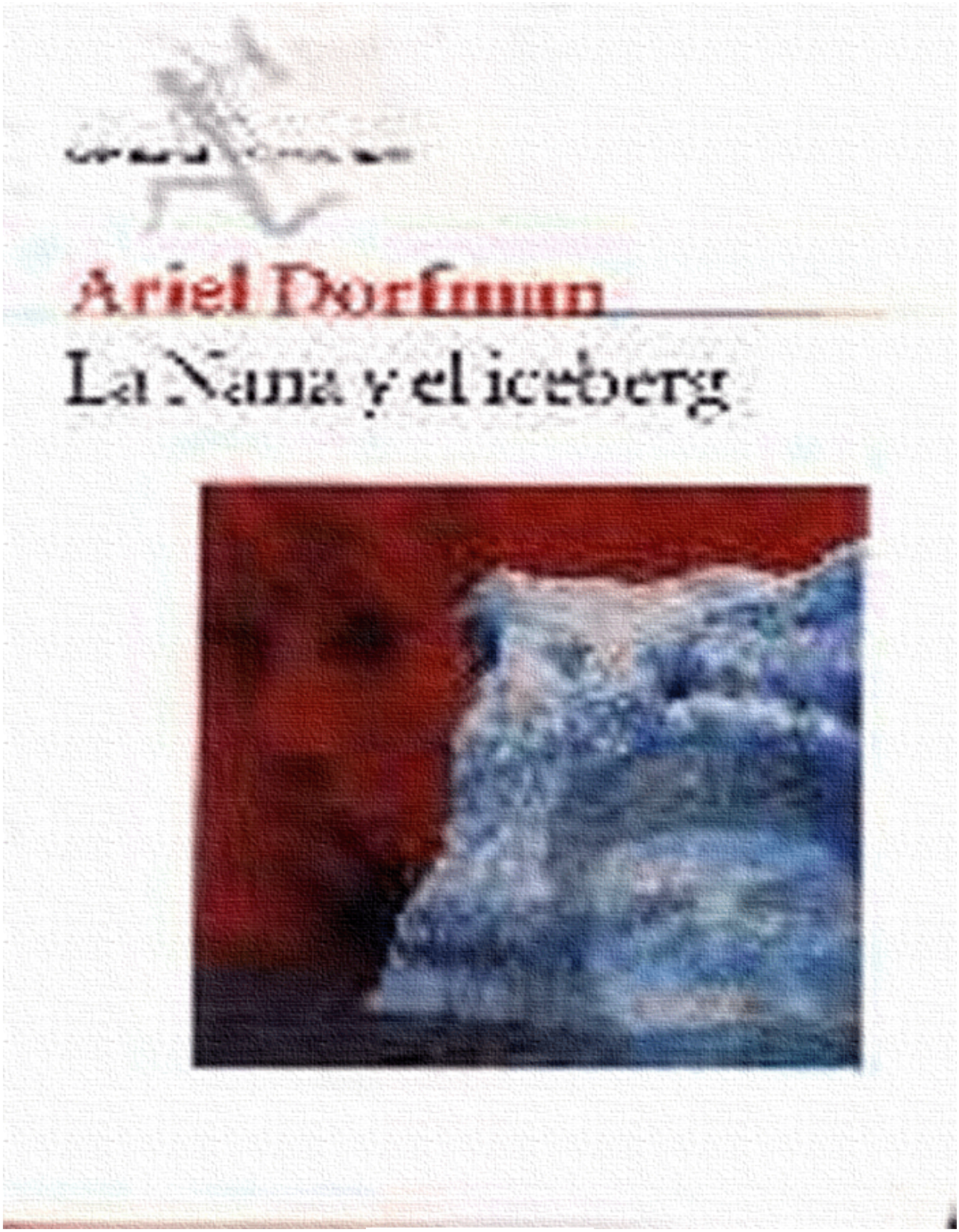
La Nana y el iceberg
Ariel Dorfman



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Con -La Nana y el iceberg- asistimos a una deslumbrante combinación de aventura, erotismo, -suspense- y humor desde ese Chile postPinochet marcado explosivamente por la historia. Un relato en el que la violencia y la represión actúan en forma de ecos de fondo en las relaciones familiares de los estrafalarios protagonistas.

Los Mackenzie, padre e hijos, escenifican los polos opuestos de ese teatro casi dieciochesco que dibuja la realidad social de su país. Así, en cada Mackenzie tendremos un buen ejemplo de lo que representan la impotencia o la seducción, la virginidad o promiscuidad, las verdades o las mentiras, el triunfo o el fracaso y el poder o la sumisión enmarcados en el Chile del año 92 que espera, con fervor, la llegada de un iceberg en el que acabarán convergiendo sus propios destinos.

-Una trama seudo-picaresca, que cubre las dos Américas, Norte y Sur... que combina lo erótico con una encantadora racha de humor travieso e inteligente... Esta novela confirma el lugar de Ariel Dorfman, al lado de Vargas Llosa y García Márquez, como una de las voces sobresalientes de la ficción latinoamericana contemporánea-.
-The Times-.

-La escritura es vital, perentoria, dinámica, y las vueltas y revueltas del argumento son ingeniosamente impredecibles: los trucos de un verdadero mago-.
-The Financial Times-.

-Una mareante farsa picarescasexual... que despliega el intercambio sorprendente y enriquecedor entre la represión y la sexualidad-.
-Newsday-, Nueva York.

-Puede compararse con los libros de Dickens, no solamente por la apuesta que está en su centro, sino por la exuberancia y vastedad, por su argumento y el sentido regocijante del ridículo...-.
-Book-, Chicago.

Ariel Dorfman nació en Buenos Aires en 1942, pero es ciudadano chileno y vive desde hace años en Estados Unidos, donde es Profesor Distinguido en la Universidad de Duke. Desde su legendario ensayo -Para leer al Pato Donald-, Dorfman ha ido edificando una obra literaria que ya ha sido traducida a más de treinta idiomas. Además de poesía, ensayo y novelas --Moros en la costa-, 1973, Premio Sudamericana; -Viudas-, 1980; -La última canción de Manuel Sendero-, 1982; -Máscara-, 1988 y -Konfidenz-, 1995- ha escrito obras teatrales, entre otras -La Muerte y la Doncella-, estrenada en noventa países, con numerosos premios internacionales, dirigida por Mike Nichols en Broadway, con Glenn Close, Gene Hackman y Richard Dreyfuss, y llevada al cine por Roman Polanski, con Sigourney Weawer y Ben Kingsley en los papeles protagonistas. Dorfman ha ganado también dos premios teatrales del Kennedy Center en Washington por el mejor drama de la televisión británica en 1966 con -Prisioneros en el tiempo-, protagonizado por John Hurt. La crítica ha destacado que su libro de memorias, -Rumbo al Sur, deseando el Norte- (Planeta, 1998), es un futuro clásico de las dos Américas.

De Ariel Dorfman se ha dicho:

-Es una de las voces literarias más importantes de América Latina- *(Salman Rushdie)*;

-Sus libros son tan enriquecedores como provocativos- *(Julio Cortázar)*;

-Es agudo y extrañamente radiante en cada una de sus páginas- *(Margaret Atwood)*.

Para mi padre, que puede leer estas palabras.

Y para mi madre, que jamás las podrá leer.

Aunque a veces casi creo que sí puede, que todo este tiempo ha estado leyendo esto que escribo.

Este libro es para ustedes.

Un navegante atrevido Salió de Palos un día.
Iban las tres carabelas La Niña, la Pinta y la Santa María…
Oh, Señor Colón, Fíjese cómo está el mundo.
Ooooh, Señor Colón.
…que bien se puede filosofar y aderezar la cena.
Y yo suelo decir viendo estas cosillas:
Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.

Sor Juana Inés de la Cruz, -Respuesta a Sor Filotea-

Prólogo

12 de octubre de 1992

-Ahora creo que una candelilla de Cera que se alzaba y levantaba ayer fue un signo de Dios y que fue el primer indicio de tierra. Y porque la Caravela Pinta era más velera e yva delante, halló tierra. Esta tierra vido primero un marinero de Lepe que se dezia Rodrigo de Triana. Al amanecer vimos gente desnuda y salimos a tierra en la barca armada-.

Del -Diario- (reconstruido) de Cristóbal Colón,
12 de octubre de 1492.

Sevilla, 12 de octubre de 1992

Un portavoz del pabellón chileno en la Feria Mundial de Sevilla desmintió categóricamente los rumores de que el iceberg antártico que ha estado en exhibición durante los últimos seis meses haya sido amenazado por una organización terrorista.

Hablando a condición de no ser identificado, el personero declaró a esta agencia de noticias que el Presidente de la República había dado órdenes para que, cuando la Feria cierre hoy, el célebre témpano fuera devuelto al eterno hielo desde el cual había sido cariñosamente extraído hace casi un año.

-Todo el mundo ama este iceberg-, dijo el alto oficial.

-Habría que ser demente para querer dinamitarlo-.

Primera Parte

9 de octubre de 1992

-Es mejor así. Nunca debieron haberme capturado vivo... Dile a Fidel que pronto verá una revolución triunfante en América... Y dile a mi mujer que vuelva a casarse y que trate de ser feliz... Sé que vienes a matarme... Tirá, cobarde, que sólo vas a matar a un hombre-.

Ernesto Che Guevara, últimas palabras (reconstruidas) 9 de octubre de 1967

Adivina quién es, Janice. Trata de adivinar.

Soy yo. Gabriel. Gabriel McKenzie. Volví -aunque no he vuelto de verdad, no me voy a quedar. Ya sé, ya sé, prometí hace un año y medio que te escribiría desde...-, claro, ¿no te dije a qué país me iba, no? Solamente que partía para América Latina y luego esas palabras de despedida el 8 de julio de 1991, para ser preciso, esa promesa de enviarte un mensaje electrónico, que al otro día me encontrarías en tu pantalla, esa promesa de volver y hacer el amor contigo, completar lo que habíamos empezado, empezado mal, por cierto, cuando teníamos, tú y yo, quince años.

Como si alguien en este mundo alguna vez cumpliera lo que promete.

Tendrás que perdonarme que haya desaparecido así. Perdonarme también el paquete de páginas que te va a depositar en Seattle el verdadero correo, -the real mail-, la más larga nota de suicidio, supongo, en la historia. Mándasela, si te da la gana, al -Guinness Book of Records-. Mándasela a un enano que trabaja ahí y que me conoce. Dile que puede celebrar. Dile que me maté en Sevilla un minuto antes de que amaneciera el 12 de octubre de 1992. Sí: me quedan tres días. Lo que calculé que iba a tardar en escribir esto acá en España y después imprimirlo y finalmente enviártelo. Si es que decido enviártelo en vez de apretar el botón que borra toda esta porquería; si no decido ser yo el único lector de mi historia. Podría mandártelo, claro, y todavía ser el único lector. Tú podrías decidir abandonar la lectura, no llegar al clímax, digamos. Pero he tratado de asegurarme de que completes la lectura. Cumpliendo una promesa que sí está a mi alcance: amén de mi propia muerte al final de este relato, habrá violencia y asesinatos. Más asesinatos que los que imaginé cuando salí en este viaje hacia mis orígenes. Y más sexo.

Sexo de verdad. No el sexo de que me jactaba en el goteo incesante de mi e-mail. Toda esa experiencia infinita, el entra y sale victorioso, los múltiples orgasmos en las camas interminables, lo que alardeé que había estrujado del cuerpo de otras mujeres después de que nos separamos, después de que lo nuestro no dio lo que se dice un óptimo resultado -todo era cierto, pero de quien hablaba era de mi papá, lo que yo iba conjeturando de sus aventuras amorosas.

Cristóbal McKenzie, mi viejo, el amante más grandioso del mundo. Lo hubieran proclamado como tal en el -Guinness Book of Records- si yo no le hubiera bloqueado su ingreso a ese libro, si no lo hubiera jodido. Así que no fue mi andrajo de carne el que hizo su entrada en todas esas múltiples anatomías femeninas, tal como jamás entró en la tuya-, todo falso, Janice. Utilicé mi distancia, mis lejanas palabras, para engañarte, seducirte otra vez más. Siempre fui bueno para el bla bla. Lo sabían mis profesores. Cuando le informaban a mi mamá Gabriel -es demasiado listo, listo en exceso, maduro más allá de sus años-. -Too clever for his own good-. Excepto mi cara. Nunca mencionaron mi cara.

Mi cara: la razón por la que me obstiné para que no me vieras en persona, para que te rehuyera cada vez que retornabas a Nueva York de visita. Fue lo primero que me pediste cuando nos reconectamos por medio de Internet. -Mándame una foto, una siquiera, así veo cuánto has cambiado desde que me fui a Seattle, acá va la mía-. Pero yo necesitaba esconderte justamente que yo no había cambiado en absoluto, que mi cara seguía igualita. No me ha crecido ni el primer pelo de la barba. Es la misma cara que viste por última vez saliendo por la puerta de la casa de tus padres, hace nueve años. Tengo veinticuatro y sigo pareciendo de quince, los mismos quince.

No es la única mentira. No soy chicano como tú, Janice. Ni una gotita de sangre mexicana. Ese origen falso te lo inventé apenas supe que tu madre había nacido en Los Angeles de una vieja familia californiana, y de ahí el castellano que hablabas, que hablamos a partir de ese momento, riéndonos a carcajadas de los gringos -o sea, de nosotros mismos-; pero más importante, más importante incluso que ese aire romántico y misterioso que tal identidad de Zorro presumiblemente me confería, fue apostar a que tu mamá iba a confiar más en un muchacho de su misma raza que en un norteamericano, y en eso tampoco me equivoqué, como lo probó dulcemente el sofá donde tú y yo... Pero a lo que iba es a que nunca te expliqué, ni entonces ni más tarde cuando nos reencontramos en el espacio cibernético, que yo era chileno.

En efecto, dejamos Chile cuando tenía cinco años de edad. Con mi madre. Exiliados los dos. Ése es el país tan secreto que nunca te quise revelar y que tampoco te mencioné cuando volví a él, cuando desaparecí hace dieciocho meses. Un país largo como una espada a punto de caerse en el océano Pacífico. Significa el fin del mundo en quechua, -chili-, esa palabra... Hasta los indios peruanos pensaron que estaba muy lejos, demasiado inaccesible y pobre como para conquistarlo. Al norte, el Atacama, el desierto más árido del planeta; los Andes prohibiendo el paso hacia el este, y al oeste ese mar perpetuo, ni una pizca de tierra durante miles de kilómetros, excepto la islita de Juan Fernández, donde el masturbador de Robinson Crusoe naufragó, la isla de Pascua y después nada hasta la Polinesia. Y al sur... Yo viajé a ese Sur, a ese continente mítico que queda al sur del Sur, primero a la Patagonia y enseguida a la Antártida. Yo viajé al continente blanco, que durante la mayor parte de la historia humana ni siquiera existía en un mapa. Sólo en los sueños existía. Yo fui testigo de cómo acuchillaban a un iceberg, presencié los hachazos con que lo sacamos de una montaña flotante en la Bahía del Paraíso, mientras los copitos de nieve me lamían la cara y yo embaucaba a mi padre. Lo había convencido de que me fuera contando cómo se había culeado a más hembras en este planeta que cualquier otro hombre en vida. Mientras mirábamos el hielo que nunca antes en la historia

había sido explorado por ojos humanos.

Tal vez sea ahí donde deba comenzar yo esta vida que nunca te conté: un día de 1492, cuando la nieve caía sobre la Antártida, iba cayendo y formando compactamente el iceberg que mis compatriotas delirantes han remolcado por el Atlántico, acá, hasta Sevilla, para proclamar su modernidad y cuánto se han alejado de aquel día tropical en que Colón avistó una lengua de tierra. Pero si me pongo a hablar de la nieve, quién sabe dónde termino... Siguió cayendo sobre el mismo témpano cientos de años más tarde, hasta aquella noche en que esto de veras comienza, en que mi mamá y mi papá dieron comienzo a este ser intrigante y mentiroso que te escribe. Aunque mi vida no puede realmente iniciarse en ese momento, puesto que mi madre insertó la muerte de otra persona en medio de mi nacimiento, antes de que yo naciera. Fue así como me lo contó ella: a mí me dieron vida porque otra persona había muerto, lo habían matado el día antes de que a mí me concibieran. Tal vez sea siempre así y nunca lo supimos: alguien más viejo tiene que morir para que un nuevo ser pueda cobrar vida. En este caso, el Che Guevara. Murió hace exactamente veinticinco años, hoy es el aniversario, ahora que lo pienso. Una coincidencia adicional, otra señal de cómo alguien, algo, juega perversamente conmigo.

Así que voy a dejar que su muerte abra mi confesión. Es ubicuo hoy, el Che. El hombre que declaró que había que crear uno, dos, muchos Vietnam decora camisetas y jarros de café, por ahí tendrás puesta una blusa con la imagen de Guevara mientras lees esto en Seattle, Janice, cuando abras el correo que te llegará sorpresivamente desde Sevilla. El Che: para mí no es una moda, alguien que recién aterriza en mi vida. Ha permanecido cerca desde que tengo memoria, el afiche con su rostro gigante ensombreciendo la pared de mi pieza de niño, allá en Santiago -y ahora mismo, aquí está, es lo primero que veo cuando despierto y el último resplandor cuando me acuesto a dormir; me acompaña acá, en este departamentito de la calle Rodrigo de Triana en Sevilla, lo coloqué yo mismo ni bien llegué para que presenciara el final de este viaje que comenzamos juntos-. Cuando mamá hizo las maletas al irnos de Chile en 1974 después del golpe militar, fue lo primero que guardó, ese afiche, y diecisiete años más tarde, cuando retornamos al país en julio de 1991 para lo que se suponía era una visita de un mes, fue también lo primero que empacó, y todavía lo tengo a mi lado, me lo traje hasta España. Creo que él hubiera aprobado lo que estoy a punto de hacer, cómo pienso vengarlo, buscar mi propia venganza.

-A ese hombre le debes la vida-, respondió mamá, cuando le pregunté esa noche inicial en Manhattan quién era el caballero en el blanco paraíso de la pared, por qué estaba ella clavándolo allá arriba antes de hacer nada más en ese pequeño departamento -lo primero que hizo, apenas llegamos a los Estados Unidos en 1974-; y como yo insistía en qué tanto había hecho ese hombre para merecer tal homenaje, ella añadió: -Te voy a contar cuando estés listo, cuando tengas edad-. Me puse a investigar su nombre, puedes creerme, Janice, que hice mis averiguaciones, ya tempranamente se notaba que yo sería lo que en Chile se llama un mateo, alguien que se come los libros, vive para ellos, y a los diez años de edad, sin la ayuda de una computadora ni de una enciclopedia electrónica, inexistentes en ese momento, pude descubrir que el revolucionario argentino-cubano Ernesto Guevara, conocido como el Che, había sido capturado y ejecutado el 9 de octubre de 1967, unos nueve meses antes de mi propio

nacimiento, y me pregunté si acaso mi madre no creería que el alma del guerrillero legendario había sido transferida por algún medio mágico a mi cuerpo de bebé en formación.

Mi mamá se rió cuando le presenté mi teoría transmigratoria, y dijo que la conexión por ahí no estaba. -Te concebimos al otro día, mi amor-, me advirtió. -Tiramos tanto que terminaste apareciendo tú nueve meses más tarde, tu padre y yo casi rompimos la cama de ese hotel en Santiago. Varios miles de kilómetros al sur de donde estaban bajando al Che, muerto y solitario el pobre, en ese hoyo de mierda en Bolivia. Para qué negártelo, me hubiese encantado que el alma del Che hubiese llegado, vagando, hasta las minúsculas células tuyas que se estaban formando adentro de mi vientre, pero la verdad es que dudo de que los residuos de su espíritu hayan cruzado las selvas y los desiertos del continente durante treinta y seis horas con la sola intención de reencarnarse en ti, entre tantas personas disponibles. Y no es necesario recurrir a tales supersticiones animísticas porque resulta, mi Gabrielito, que hay un nudo que te ata más directamente al Che, y más de uno. Ya te lo contaré, cuando llegue el momento. Por ahora basta con que recuerdes esto: estás vivo porque a él lo mataron. Así de simple. Le debes el mismo aire que respiras-.

Tuve, por lo tanto, dos padres, Janice, ambos igualmente misteriosos y distantes. El Che estuvo siempre ahí cerca, compartiendo mi espacio, mi horario, mi muralla, con el hombre que se suponía era mi padre, Cristóbal McKenzie, el gran McKenzie, quien -¡siempre la misma musiquita!- -por razones que por tu edad todavía no puedes saber- se había quedado atrás en Santiago, cuando mi mamá escapó del golpe militar. Un misterio, mi papá, aunque algunos datos biográficos esenciales sí los conocía: era algo así como un detective, algo así como un psicólogo, dedicado a rastrear niños que se habían escapado del hogar; ésa era su profesión, encontrar a pequeños fugitivos para convencerlos de que volvieran al seno de la familia, y si se rehusaban, se hacía cargo de ellos en su propia casa, a la que había bautizado Casa Milagros para honrar el nombre de su mujer, mi no tan santa madre, Milagros Gallardo. Y una cosa más sabía: mi padre deseaba que yo retornara lo antes posible a Chile.

Todas las semanas me llegaba al departamento de Nueva York una carta con una estampilla chilena y el timbre del correo de Santiago, y adentro de cada carta, una foto, para que mis ojos fueran acomodando los cambios sutiles que iban dibujándose en su figura, para que yo pudiera sustituir la cara que permanecía en mi memoria con aquella otra que el tiempo y la distancia iban modelándole desde la lejanía. Y en cada misiva, acurrucadora, graciosa, pródiga, él me llamaba de vuelta, como si sólo se tratara de subirse al próximo avión. Sentía que ensayaba conmigo todas las palabras con que había persuadido a esos otros muchachos para que retornaran a sus propios padres. Repletas de cuentos y anécdotas sus cartas, prometiéndome -¡promesas, Janice!- que si me fallaban todos los planes había por lo menos un lugar en el mundo al que siempre iba a poder arribar. Iba sintiendo yo cómo brotaba su encanto de la página, en forma casi húmeda, casi física, como un sudor; me daban ganas de zambullir mi mano en esa hoja escrita y extraer a mi papá de sus entrañas, transportar el cuerpo mismo de mi padre al Nueva York donde Chile parecía cada vez más remoto, cada vez más irreal, esperando el día en que él anunciara una visita para que yo pudiera palparle de verdad sus manos reales y ver su cara real, cuando ya no me

hicieran falta sus fotos. Pero nunca vino. -No viaja, no deja el país-, decía mi madre, aludiendo como de costumbre a algún enigma, -por razones que algún día te explicaré-.

Las razones parecían centrarse vagamente en las mujeres, otras mujeres. Se me fue haciendo claro que mi padre era un enamorado perpetuo, extremadamente popular con -esas putencas-, como las calificaba desdeñosamente mi madre, aunque también era evidente que él y mamá todavía se querían y no se habían divorciado. -El divorcio es inexistente en Chile, Gabriel, pero ésa no es la razón, podríamos habernos separado pero teníamos ganas de seguir viviendo juntos y hubiera sido una fiesta interminable si no fuera por...- A esa altura, la voz de mi mamá se iba aquietando hasta acallarse por entero, y yo, por cierto, no entendía nada de lo que estaba sucediendo ni tampoco había a quién preguntarle.

Incluso cuando vino a visitarnos la abuela Claudia, la madre de mi papá, aun en esas circunstancias si yo me aventuraba en territorio prohibido consultando sobre las razones por las que el Che Guevara adornaba mi muralla, por qué mi papá no podía viajar lejos de su país, cómo se habían conocido mis padres, la vieja simplemente enarcaba una ceja arrugada, me hacía un cariño con su mano marchita y me decía: -Querido, creo que es mejor que le preguntes eso a Milagros-.

Al abordar de nuevo a mi mamá, la respuesta era siempre la misma: -Nos conocimos por el Che y no estamos juntos también por el Che, por esa apuesta de mierda que tu padre hizo al otro día de que te concebimos, pobrecito-, y antes de que pudiera continuar con mi interrogatorio -¿qué apuesta?, ¿por qué de mierda?, ¿de qué carajo estás hablando, mamá?- ella indefectiblemente cruzaba hasta nuestro desvencijado estéreo. Mi vieja siempre tenía a mano el mismo casete, el Don Giovanni de Mozart, aunque la única parte que deseaba escuchar una y otra vez era un aria, la de Leporello. -El sirviente-alcahuete de ese rufián-, mamá me lo había explicado en la primera ocasión en que le exigí una traducción del italiano, -le está contando a doña Elvira acerca de las conquistas de su patrón. -Madamina, il catálogo é questo- ésta es la lista de todas las mujeres que se tiró, en Italia tantas, en Francia tantas, pero en España, ah, -in Ispagna son giá mille e tre- en España ya engañó a mil y tres hembras-, eso me dejó aún más perplejo, puesto que mi padre no estaba en España. ¿Cómo iba a adivinar que él terminaría acá, en la mismísima España, conmigo y mi mamá y todos los demás? Justo afuera de su pieza de hotel bullía la Sevilla caliente que dio fama a Don Juan, la ciudad de donde él provino originalmente, el burlador de Sevilla. Sí, fue acá donde burló a mujeres y maridos, y a padres y hermanos de esas mujeres, hasta que Dios perdió la paciencia y se burló de él. En esa misma ciudad andaluza, Don Juan se tiró a una mujer de más y después mató al padre de esa mujer cuando el Comendador quiso defender el honor de su hija y, para colmo, el burlador terminó insultando a la estatua del hombre que había asesinado e invitó a cenar a ese pedazo de mármol, sin saber que esa misma estatua iba a llevarlo directamente al infierno. Una historia que, en mi juventud, todavía no conocía: mi madre no estaba interesada en el desenlace de Don Juan. Le obsesionaba otra cosa. Apuntaba a la voz en el casete como si tuviera la culpa de todo. -Esa apuesta-, vociferaba mi mamá, llenando con su rabia cada rincón de nuestro departamentito de Nueva York y yo la escuchaba entre alterado y perplejo, un

niño, así de pequeño. Ella culpaba a esa maldita apuesta de todo lo que saliera mal, cuando los clientes se iban de su restaurante sin pagar o cuando una de las -waitresses- puertorriqueñas parió en la cocina una noche; todo lo que pasaba en el mundo estaba directa o indirectamente ligado, según ella, a la apuesta que había realizado Cristóbal con su mejor amigo Pablo Barón y con Pancho, mi tío Pancho, el hermano menor de mi papá, un día después de que él y mi mamá tiraron hasta hacerme aparecer. -Tiraron hasta hacerme aparecer-, palabras de ella, Janice.

No tenía empacho en usar ese vocabulario en mi presencia. Muy explícita acerca del sexo, mi mamá. Verás que no es una característica muy típica de Chile, un país donde todos tiran pero nadie dice la palabra tirar en forma pública, por lo menos no en presencia de sus progenitores, un país de hipócritas. Un país donde los militares te pueden poner electrodos en el -pico-, pero donde es obsceno decir la palabra -pico- en televisión.

Mamá era diferente, decía lo primero que se le venía a la cabeza, transparente, o por lo menos eso era lo que yo pensaba.

Debí haber entrado en sospechas: eran demasiadas las cosas que mi madre se guardaba para sí misma. Para empezar, ella nunca, ni una vez en sus infinitas descripciones de labia y clítoris y glandes y erecciones, ni una vez se había referido a su relación con mi padre, ni una insinuación acerca de las intimidades que habían compartido, de cómo había nacido yo. Señalaba con un dedo dramático el inmenso retrato del Che en mi pared. -Él es el responsable-, declamaba, casi gritando, y más que eso no le pude sacar.

Así que no es que me faltara educación sexual, sólo que a mi padre se lo excluía en forma sistemática de las lecciones. Si él hubiese estado cerca... En vez de él fue mi mamá, cuando yo tenía algo así como trece, unos dos años antes de que te conociera, Janice, fue mi loca madre quien mencionó cierta noche que había notado manchas de semen en mis sábanas. -Se llama sueño de leche-, me dijo, una mentira, puesto que así no lo llama nadie, y luego me preguntó: -¿Te gustó?-. -Como arroz con leche-, le respondí, por seguirle el juego, -me gustó bastante-. -Bueno, tu padre no está, así que supongo que me toca a mí enseñarte cómo hay que masturbarse-. Y pasó enseguida a explicarme el proceso de una manera bastante gráfica, como si no lo supiera con lujo de detalles. ¡Por Dios, mamá! Y luego me escoltó al baño, aconsejándome que no usara la mano, ésa era su recomendación. Me indicó el asiento del wáter. -Eso-, me dijo, -usa eso-. Mi madre, en su delirio, había escobillado el asiento a fondo, lo había lavado hasta dejarlo de un blanquísimo maternal para mi inauguración. -Te pones de rodillas- -había puesto un cojín en el piso, tan considerada ella-, -y mueves el culito para adelante y para atrás, suavemente. Puedes usar jabón si quieres. Recuerda: las manos son aliadas de la pereza. Las mujeres no tienen otra alternativa; básicamente necesitamos unos dedos para ayudarnos, para que la cosa funcione. Pero los hombres, los hombres deberían ser capaces de hallar caminos más creativos. Yo me voy a preparar la cena, amorcito. Una maravillosa cazuela, para celebrar. Tú, diviértete-. Y ahí me dejó. Toqué el esmalte brillante: estaba para cagarse de frío, y el asiento de madera no mostraba tampoco mayores señales de calor, ambos infernalmente helados, así que me hice la paja de la manera usual, con la mano muerta, como si fuera otra mano que la mía la que estaba

interviniendo, y por cierto que le avisé más tarde, cuando emergí del baño, que había gozado del asiento del lavabo, que muchas gracias por la sugerencia. -Espérate a que lo hagas con una mujer-, canturreó mi mamá, ensayando un mambo sinuoso con sus caderas al ritmo de Pérez Prado. -Y cuando llegue ese momento, hay algo que tengo que contarte, te tengo una historia acerca de tu papá. Y acerca del Che Guevara-. Fue la primera vez que pude vislumbrar un plazo definitivo, un instante en el futuro en que ella me revelaría el secreto de mis orígenes. -Pero tienes que estar listo para entenderlo, no es una historia que se largue así nomás-.

Ésa fue la historia con que finalmente me llenó los ansiosos oídos unos años más tarde, en 1983, cuando volví a casa a las tres de la mañana después de una cita contigo, mi dulce Janice Worth, y la encontré a mamá esperándome en nuestra cocina-comedor bajo una débil y triste ampolleta. Estaba tratando de imitar a su Nana. Ya era hora de que te mencionara a la Nana de mi madre, Janice, puesto que ella es la clave de todo lo que pasó:

Comenzando por el hecho de que mamá me aguardaba sólo debido a que su Nana la había estado esperando a ella a su vez aquella noche de mi concepción, la noche en que al Che lo enterraron, allá por 1967. Los ojos afiebrados de mi madre le indicaron de inmediato a nuestra Nana que su Milagros estaba sumamente preñada. Si mi mamá hubiese dispuesto de una dosis similar de sabiduría años más tarde en Nueva York mientras revisaba, noche tras noche, las interminables cuentas de su restorán con un ojo avizor sobre la puerta por la que yo iba a tener que llegar de lo que podría ser mi primera aventura amorosa, si mamá hubiese sido como la Nana hubiera descubierto lo que estaba pasando o, más bien, habría adivinado que absolutamente nada había pasado entre nosotros en este caso. Pero mi madre Milagros estaba tan ansiosa por felicitarme que, sin darme la oportunidad de interponer ni una palabra, me abrazó, me sentó y se puso a contarme, ahora que yo ya era un -hombre-, ahora que había probado mi virilidad, dijo ella, era posible contarme cómo yo había llegado a existir en este mundo.

No le informé, por cierto, que la cosa contigo no había, digamos, funcionado puesto que a ninguno de los dos se nos había ocurrido agenciarnos un condón. No era el momento para largarle a mamá mi secreto: que te habías negado en forma testaruda, arqueándote, caliente y trastornada, bajo la presión de estos dedos míos que te brindaban la ayuda que según los consejos de mi madre toda mujer necesita, Dios mío, ¿cómo podías agitarte así y seguir igualmente testaruda e inflexible? Como si tu madre chicana, afortunadamente ausente, te estuviese soplando advertencias al oído. Ni tampoco le conté a mi propia madre que a la noche siguiente íbamos a reanudar el combate, tú y yo, y entonces sí llegaríamos hasta las últimas consecuencias, dispuestos a garantizar que 1983 fuera siempre recordado por los dos como el año en que ambos habíamos perdido la virginidad. Nada de eso le revelé, primero porque mi mamá no tenía por qué saber nada de mis actividades sexuales y, quizá más esencial, porque yo había estado esperando lo que parecía una eternidad, casi diez años a esa altura desde que habíamos salido de Chile, esperando averiguar lo de mi papá, descifrar el misterio del hombre que me engendró. Meterme adentro tuyo, Janice, era una manera, ahora que lo pienso, de meterme adentro de él, adentrarme en su historia prohibida.

Me habían concebido la noche del 10 de octubre de 1967, eso ya lo sabía, que se habían encontrado en una marcha de protesta en la Alameda, pero ahora pude entender que todo había comenzado siete años antes, que ya se habían encontrado antes. Jugando a la escondida, uno con el otro, todo ese tiempo. El asunto tuvo su comienzo un día a principios de 1960, en la casa de su padre, la misma mansión gigantesca que algún día se llamaría la Casa Milagros, ahí en el inmenso patio trasero donde mi abuelo, el profesor Gallardo, había decidido, como todos los años, convidar a un asado a todos los jóvenes estudiantes que recién ingresaban a la carrera de Psicología de la Universidad de Chile. Un cierto Cristóbal McKenzie, apenas rayando los dieciocho, y en su primer año universitario, había aceptado la invitación, superando su propia timidez extrema, puesto que mi papá era vacilante y virginal -en efecto, jamás había hecho el amor con ninguna mujer, casi no se atrevía a hablarles, se ruborizaba con la sola idea de acercar su cuerpo timorato a esos cuerpos femeninos desbordantes.

¿Herencia familiar? Porque en vez de usar la ocasión para llevarse a la cama a una de las voluptuosas damiselas que coqueteaban flagrantemente en el patio bajo la mirada severa de la Nana, que desaprobaba tal conducta desenfadada pero que no obstante iba repartiendo a quien se lo solicitara enormes porciones de su ensalada a la chilena, cubriéndolas con cilantro suficiente como para ahogar a un ejército; digo que mi padre, en vez de penetrar el círculo de las bonitas hembras que le hacían ojitos o por lo menos de ir a hacerle la pata a los otros profesores que le daban duro a la carne y los chinchulines, el joven McKenzie, para sorpresa de sí mismo, se pasó la tarde entera hablándole a la hija del viejo Gallardo, la atribulada y requetejodida Milagros, con la que conversó en un rincón hasta que la Nana les retiró las sillas a ambos; ya era hora de partir, joven... a estudiar, se ha dicho.

Y cuando, en efecto, se retiró Cristóbal, fue como si el mundo se le hubiera derrumbado a la enamoradiza Milagros Gallardo, que se sintió estancada en la preadolescencia. La gentileza que ese muchacho desconocido le había ofrecido, el hecho de que la había tratado como un ser humano completo sin un asomo de la típica mierda adulta de -ay, qué cosa más linda, si te he visto no me acuerdo, me voy a ese otro grupo por si me toca tirarme a alguna mina-, esa atención le había revelado a la niña cuán solitaria era su existencia y dos días más tarde había decidido que no podía quedarse ni un minuto más en ese hogar donde la Nana, por mucho que lo intentara, no lograba suplir la falta de una madre.

Claro que la partida repentina e inexplicable de Milagros dejó a la policía con un sospechoso: se pusieron a interrogar a ese extraño estudiante de psicología del profesor Gallardo. Mal que mal, ese tipo, ese tal Cristóbal McKenzie, se había divertido una tarde entera a expensas de la jovencita desaparecida. Era probable que tuviera algo que ver con su ausencia.

Cuando la policía lo soltó por falta de evidencia incriminatoria, Cristóbal -en vez de darle la espalda a un episodio tan desagradable e injusto tomó el primer bus que lo llevara a la casa del profesor Gallardo.

-No soy responsable de que su hija se haya escapado-, le informó al viejo, mientras la Nana zumbaba por ahí cerca, siempre al acecho, escuchando con

mucho cuidado, -pero yo tengo una buena idea del lugar donde puede haber ido-.

-¿Y por qué, entonces, no se lo avisó a la policía?-, preguntó el profe.

Y fue la Nana la que respondió, como si pudiera leer los pensamientos más sumergidos del joven McKenzie: -Porque sólo va a retornar la niña Milagros-, dijo la Nana, -si este joven la convence-.

Así que fue la Nana de Milagros la primera en reconocer el gran talento de McKenzie, que lo lanzó, se podría decir, a su carrera. Ella fue la que persuadió al profesor Gallardo de que debía ponerse de rodillas para rogarle a ese muchacho que saliera en busca de la hija tránsfuga y, si Dios así lo permitía, que la trajera de vuelta al hogar.

Milagros se había escapado a la costa, a una playa cerca de Cartagena, donde hay una vista espléndida del océano que Magallanes había bautizado con el improbable nombre de Pacífico porque se topó con esas aguas el único día en los últimos tres siglos en que estuvieron tranquilas, y era precisamente el fondo salvaje e indomable el que le gustaba a Milagros. Ella le había descrito el sitio a Cris durante el asado, la playa grande, la extensión abierta, el modo en que las olas le recordaban algo que ella iba a necesitar pero que nunca iba a poseer, el viento húmedo y goteante sugiriéndole que toda piel pasa sin sentir todo lo que puede y debe, la dura luz del sol insinuando que sin embargo por ahí, quién sabe, algo permanece, no todo es otoño después de haber sido verano.

Su futuro marido y mi futuro padre se acercó a Milagros sigilosamente, como si él mismo fuera un emisario de las arenas claras, la tocó sin ostentación en el hombro, y antes de que ella se diera vuelta para mirarlo, ella ya sabía quién era, sabía que era él. Ésa era la razón por la que había huido, para forzarlo a él, a ese hombre, a que la rastreara hasta acá para verificar que ella no había mentido cuando juraba que había un sitio en el mundo donde no producía una tristeza irremediable oler las olas y saber que la brisa no es eterna y ver a un cangrejo que se muere sin una mirada que lo acompañe, que ese sitio sí existía. Ella se había fugado para ver si el tal Cristóbal era capaz de seguir las huellas que ella había ido dejando tras de sí.

No fue difícil para Cristóbal McKenzie inducir a Milagros Gallardo a que retornara al hogar. No era más que una jovencita desamparada que se sentía incómoda ante su adusto padre y hallaba a su Nana, por mucho que la adoraba, un poco anticuada; lo único que requería en realidad era un poco de atención, que por lo menos una persona recién salida de la adolescencia le asegurara que esa desolación que la embargaba no duraría eternamente. No era una tarea imposible para el hombre que se convertiría, siete años más tarde, en mi padre.

Claro que Milagros le pidió algo antes de aceptar ser depositada en los amorosos brazos de su Nana, antes de que él rehusara toda compensación de parte del padre -aunque no tenía dudas de que el viejo Gallardo iba a mirar sus pruebas y exámenes orales con evidente benevolencia-, Milagros logró arrebatarle a Cristóbal una promesa. Fue a bordo del tren, cuando volvían a Santiago, que ella dejó caer, como si no lo hubiera pensado largamente, que ahora él iba a volver a sus muchas mujeres, a lo que él respondió con la verdad tan simple y

aterradora de que no tenía ni una sola mujer en su vida, ni una.

-Te van a sobrar-, dijo ella, ya enferma de celos por las miles de hembras que eventualmente deslumbraría y penetraría. -Te vas a pasar el resto de tu vida encontrando niñas y niños perdidos-. Cristóbal le contestó que se equivocaba. Encontrar a Milagros no había sido más que un golpe de suerte que difícilmente se repetiría. -Pero ¿sabes qué?-, agregó, sin tomarle el peso a lo que estaba por anunciar. -Desde ahora en adelante, si la oportunidad se presenta, me dedico a buscar exclusivamente muchachos. No acepto buscar a otra niña. Tú vas a ser la única. Eso te lo puedo prometer-. También murmuró algo para sí mismo, una advertencia: era mejor mantenerse alejado de esa mujercita y su chifladura. Por ahí terminaba acusado de violación de menores, ¿quién le decía que no? Mejor olvidar a la hija y concentrarse en halagar al padre que, después de todo, disponía de la llave académica para abrirle las puertas de la profesión de psicólogo.

No la volvió a ver hasta que pasaron siete años, hasta esa noche de 1967 cuando derivó hacia la Alameda, en pleno centro de Santiago. A esas alturas, él había tenido ocasión de cumplir aquella promesa una y otra vez y, de hecho, había terminado buscando su protección, debiendo invocarla menos de quince días después del rescate de Milagros cuando sonó su teléfono. Era otro profesor, Enríquez, el viejo de biología, un musculoso amigo de Gallardo, que le solicitó a Cristóbal si podía hacerle el favor de ir a visitarlo. Armando, su primogénito de dieciséis años, se había robado toda la plata que encontró en la casa, dejando una nota sobre la mesa de caoba del comedor en la que avisaba que apretaba cueva: -Me voy y no me busquen porque apenas vea un policía me mato, porque vivo no vuelvo a esta casa de mierda-. Y si Cristóbal McKenzie había hecho maravillas en el caso de la hija de Gallardo, tal vez podía ayudar ahora también. Cris se limitó a responder: -Haré lo que pueda-. Y también: -Suerte que Armando no es mujer-, un comentario que el padre del muchacho malentendió como una referencia a los peligros que una representante del sexo femenino confrontaría en casos como éste:

Secuestro, violación, prostitución. Mi papá, por cierto, estaba pensando en otra cosa, había recordado la promesa hecha a Milagros, dispuesto a cumplirla.

-Así es que te amaba de verdad-, interrumpí. Se estaba haciendo tarde en esa cocina bajo la ampolleta solitaria y debilucha y quería apurarla, que llegara lo antes posible a la noche de mi concepción, el Che Guevara, la famosa e infame apuesta.

-Quién sabe lo que pasaba en su corazón, lo que pasa en el corazón de la gente-, respondió mamá. -Yo pienso que sabía que si se ponía a buscar niñas inmaduras iba a terminar en la cárcel.

Chile era entonces una sociedad tan reprimida como lo es ahora-.

-Pero a los muchachos, sí. ¿Era fácil para él encontrar a un muchacho perdido, no? Te quiero decir, no tuvo problemas para dar con ese Armando, ¿no?-

Problemas para dar con él, ninguno. Lo que resultó difícil fue devolver al

rufián de Armando a su hogar. Cristóbal McKenzie subió hasta la pieza del fugitivo, se sentó en su cama y luego se acostó en ella. Ésa era la manera en que lo hacía, Janice, como se las arreglaba para adivinar dónde estaban los tránsfugas, el lugar al que él hubiera partido de haber sido ese muchacho ovillado en esa cama. Era sólo su segundo caso pero dio en el blanco: el truhancillo de Armando Enríquez estaba dándose la gran vida en un burdel de la calle Riquelme, gastando hasta el último centavo que había podido desvalijarle a sus padres, borracho hasta los dedos de los pies y con ganas de otro -round- con una puta exuberante llamada Casilda. El problema era que Armando no tenía la menor intención de retornar a su vida anterior, puesto que su padre iba a golpearlo hasta la insensatez y...

-Francamente, Cris-, le dijo con toda familiaridad a su pretendido rescatador, con el que acababa de cantar a viva voz el -cirujano, cirujano, no me corte un coco sano- que se estila en tales ocasiones, -francamente dime, qué escogerías tú: ¿volver donde un padre con músculos de estibador, que te va a sacar cresta y media o quedarte acá, culeando hasta que se te acabe el dinero?-

Cris aconsejó al muchacho que subiera las escaleras azules del prostíbulo hasta el regazo tórrido de Casilda mientras él negociaba la pacífica rendición de Armando, su recibimiento afable y plácido por parte del profesor Enríquez. -Te perdonan todo-, le avisó luego a un agotado Armando, y cuando el fugitivo dudó de que tanta maravilla pudiera ser cierta, Cristóbal le aseguró que, a la menor señal de violencia, podía venirse a dormir a su casa hasta que pasara la tempestad. Era una sugerencia tan generosa como imprudente, dado que Armando golpeó a la puerta esa misma medianoche y Claudia, la madre de Cris, le dio refugio de inmediato al muchacho que sangraba de la nariz y tenía los dos ojos en tinta. Un Cristóbal McKenzie furioso y traicionado sólo permitió que la víctima retornara a los brazos fornidos de su padre cuando el bruto hubo sucumbido a varias sesiones de terapia con el viejo Gallardo, a las que también asistió Cris, demostrando un don especial para convencer a la gente, no tan raro ya que, después de todo, estaba estudiando psicología. Sólo cuando el profesor Enríquez llegó a entender que ni él ni su mujer recobrarían a su Armando hasta que la coerción física estuviera desterrada de esa casa, pudo el hijo pródigo regresar al nido donde no recibió ni una bofetada, ni en esa ocasión ni en ninguna otra.

Esa primera experiencia con los padres de Armando determinaría la estrategia central que mi padre iba a emplear en su futuro trabajo, que se convertiría en poco tiempo en una agencia de detectives con todas las de la ley. A medida que se esparcía el rumor de sus poderes sensacionales, manadas de padres -y tíos y abuelas y guardianes-, fueron llegando hasta su puerta. Antes de aceptar la búsqueda que le proponían, Cristóbal los hacía firmar un contrato por el que se comprometían a no abusar del fugitivo pródigo, refrendando la firma con un cheque por una suma descomunal que cubriría los gastos de alojamiento del niño si violaban el acuerdo de no violencia. Mi padre calculó que, mucho más que el cariño hacia el niño desobediente, la amenaza de un daño financiero detendría la mano del iracundo progenitor. Pero de vez en cuando sus cálculos se desbarataban y se encontraba alojando al niño en su casa hasta que pudiera negociar un fin a las hostilidades.

Claro que, después de varios años en que los muchachos entraban y salían del refugio materno como si fuera un carrusel (y dos de ellos, de hecho, se quedaron por más de una docena de meses), la madre de Cris le informó -debe haber sido un día de 1962, quizás en 1963-, mi futura abuela Claudia le dijo basta, que ella había criado a dos niños sin padre, Cris y Pancho, y que no estaba preparada para hacerse cargo ahora de todos los niños abusados de Chile. Adoraba ella cada paso que su hijo mayor podía dar, pero era hora de que arrendara una residencia propia con las excelentes remuneraciones que su nueva profesión le estaba aportando. Eso fue lo que terminó por hacer mi padre, mudándose y transformando su domicilio en un albergue para los muchachos que iba rescatando. Pero jamás llevó a su casa una sola mujercita.

-¡Qué gran historia de amor!-, insistí yo, interrumpiendo una vez más el relato de mi madre durante esa noche eterna de 1983 en Nueva York. Lo exclamé entonces porque era realmente así como sentía las cosas en esa época, Janice, un incurable romántico, como tú misma me calificaste cuando recién nos conocimos. -Mi papá quería conservarse puro e intacto-, le dije a mi mamá, -solamente para ti. No quería ninguna otra mujer-.

-Es una manera de ver las cosas-, dijo mamá. -Pero recuerda que nadie más le tenía ganas. Ésa era la paradoja del asunto:

mientras mejor le iba con los fugitivos, peor andaba la cosa con las damas. Hasta que terminó convirtiéndose en una rutina, supongo que podría llamarse, una rutina contra la que era imposible rebelarse-.

-O una trampa-, dije yo. Me paré, caminé hasta la ventana.

Allá abajo en la calle un taxi amarillo atravesaba la noche de Nueva York como un alarido. Pensé en ti, solita en tu cama; pensé en mañana, logré separarme de la tristeza inexplicable que nacía desde mi propia voz.

Mamá me miró, perpleja ante mi uso de palabras, tal vez perpleja por alguna otra cosa, esa palabra haciendo su aparición justo la noche en que, según ella, yo había hecho el amor por primera vez en mi vida. -Sí-, asintió ella, -una trampa. De la que yo lo liberé-.

-Entonces tiene que haberte amado-, respondí tercamente desde la ventana. -O hubiera escapado de esa trampa aceptando el caso de alguna niña, haciendo el amor con ella antes de devolvérsela a los padres. No me digas que no le iban a tener ganas. ¿Tú se las tenías, no? ¿Te hubieras acostado con él esa primera vez, cierto?-

Ella ignoró esta referencia a sus propios deseos. -No te quepa duda de que las niñas lo hubieran visto como un caballero andante. Se hubieran enamorado en el acto. Pero salir a buscar mujercitas vulnerables por ahí, qué derrota: que lo amaran sólo porque él las había rescatado, aprovecharse de que ellas estaban indefensas... Pero además había otro problema. Cris me dijo -de hecho, me lo explicó la misma noche en que hicimos el amor por primera vez, allá por 1967- que temía que su capacidad de hallar niños tránsfugas dependiera de que fuera virgen, un poquito infantil él mismo, si me entiendes. -Tengo miedo de no poder

seguirle la pista a ningún otro pequeño-, me dijo. Estaba tan obsesionado con esa posible pérdida que me lo volvió a repetir una última vez, en el momento preciso en que iba buscándome una entrada, cuando comenzó a abrirme las...-

-¡Mamá!-, protesté.

-Bueno, Gabriel, así es la cosa, así de simple y directa: un hombre mete un pedazo de su cuerpo adentro de una mujer, de su cuerpo, tal como lo hiciste esta noche, hijo, y es por eso que ahora te puedo contar esta historia, por qué tuve que esperar tanto, hasta que tuvieras edad para comprender-.

No le respondí. Que pensara que yo había hecho el amor con mi dulce Janice Worth esa misma noche, que pensara que habíamos llegado hasta el final, tu vagina y mi pene. Si solamente le hubiese revelado la verdad a mi madre en esa oportunidad, si le hubiese pedido su ayuda. Pero tenía vergüenza. Para variar, hacía de cuenta que sabía todo lo que hay que saber en el mundo. O si a la noche siguiente te hubiera confesado lo que me pasaba, Janice, o te hubiera revelado la verdad años más tarde cuando busqué tu nombre y te hallé en Internet, y reanudamos nuestros contactos.

En vez de inventar todas esas hazañas. Cada una de ellas cierta y verídica, aunque faltaba un detalle: era mi padre el que se había culeado todas esas mujeres y yo el que las había soñado. Te conté su vida como si fuera la mía.

-Y ahora ya tienes edad-, repitió mi madre, -para conocer todos los detalles-.

Me recliné contra la ventana, a lo Travolta, como si nada en el mundo me importara. -De veras no me interesa tanto el asunto-, dije. Falso: quería saber todo lo que mi padre hacía con una mujer, aunque esa mujer resultara ser mi madre. Le mentí a ella como te mentí a ti, Janice. -Los detalles sangrientos te los puedes saltar-.

-Sangre no hubo-, dijo mamá. -Quien era virgen era tu padre, no yo. Yo hasta había estado con..., bueno, ya te imaginas, con otro tipo la noche anterior. De hecho, era a ese hombre al que estaba buscando cuando vi a tu papá. El que, por lo demás, casi no llega a la protesta esa noche. Había estado buscando a un niño fugitivo...-

Ese niño, ese fugitivo. Tengo que contarte cómo lo encontró mi padre aquella tarde, esa noche en que casi no alcanzo a ser concebido. Ese niño Leopoldo reaparecerá en mi vida, va a emerger para mi mala fortuna bajo el nombre de Polo; ese niño ya adulto ha hecho miserable mi existencia desde que retorné a Chile el año pasado. Y es significativo, supongo, que él haya conocido a mi padre justo unas horas antes de que mi viejo se topara con mi madre en la Alameda, casi como si el estúpido, magro Leopoldo hubiese decidido fugarse del hogar con el propósito expreso de bloquear mi futura concepción y poseer al gran McKenzie en forma exclusiva, acaparándolo para sí por los tiempos de los tiempos.

Aunque es injusto culparlo por lo que hacía de pequeño. Estaba harto de sus padres, como cualquier jovencito de diez años de edad, y había tomado el paso drástico al que tan pocos se atreven, se había evadido sin dejarle a la familia

siquiera una nota, así que sus progenitores habían acudido a ese mago de las búsquedas, Cristóbal McKenzie.

Después de las preguntas preliminares más bien mecánicas, mi papá subió la escalera hasta la pieza del muchacho y revoloteó su mano entre las pertenencias de Leopoldo, su colección de libros, los discos, las fotos, tomó nota de los banderines en la pared y hasta llegó a oler un par de calcetines que colgaban, sin lavar, de una lámpara, para luego examinar los calzoncillos esparcidos por el piso, el retrato de unos payasos colocado justo encima de la cama, al lado de una desgastada reproducción de las estepas de Rusia. Cuando ya habían pasado dos horas de exploración meticulosa, se echó en la cama del fugitivo y ahí se quedó otra hora más, mirando vacuamente las manchas del cielo raso hasta que la madre, que daba señales cada vez más evidentes de su impaciencia, finalmente rompió el silencio. -¿Esto es todo lo que va a hacer?-, preguntó.

Lo que se agitaba en el trasfondo de cómo interrogaba la mujer a Cristóbal era la sospecha de que se habían equivocado, deberían haber llamado a la policía, quién sabía si su pequeño y nomádico Leopoldo estaba en ese mismo instante muriéndose, sangrante y humillado, sobre los durmientes del ferrocarril en las afueras de Santiago. Una lástima que no fuera eso lo que le había pasado, una lástima que ese día no lo hubieran violado; nadie le hizo pedazos el corazón con una navaja. Pero el temor de la madre no tenía asidero en la realidad.

-Me estoy colocando en el lugar de su hijo-, explicó Cris McKenzie. -Estoy imaginándome dónde iría yo si fuera su Leopoldo.

No hay otra manera de encontrarlo-. Y, de hecho, lo encontró. En la tercera fila del teatro Caupolicán (recuerda ese nombre, Janice, tiene importancia para este cuento), mirando el Gran Music Hall de Moscú, que la Unión Soviética había mandado en gira por América Latina para probar que todo no era gris y aburrido detrás de la cortina de hierro. Cristóbal McKenzie se sentó al lado de Polo y se mantuvo cerca, callado, por un buen rato, casi rozándole el codo, esperando el momento propicio para establecer contacto. La oportunidad se presentó cuando Serguei y Yuri, los payasos-acróbatas, irrumpieron en la escena caminando sobre las manos en una parodia de un partido de fútbol. Cris tuvo cuidado de reírse y chillar de alegría un segundo antes de que lo hiciera el pequeño fugitivo para enseguida sincronizar el aplauso de sus manos y el tamborileo de sus pies con el niño durante el transcurso del próximo número, de manera que cuando las marionetas de Leningrado comenzaron a representar las aventuras de un pobre chico abandonado, mi padre estaba listo para ir sonsacándole los problemas a Leopoldo, lo que andaba tan mal, que por qué andaba por ahí tan solito. Una hora más tarde, los dos estaban comiendo juntos unos hot dogs en una fuente de soda de la calle San Diego, regados con unas buenas coca-colas. Fue entonces cuando el niño, sin levantar los ojos del aserrín en que naufragaban sus zapatos, empezó a abrirse a ese hombre extraño en el que había decidido confiar. Esa misma noche mi futuro padre depositó al joven Leopoldo de vuelta en su casa, asegurándole que todavía le quedaban aventuras a granel en la vida, que para qué apurarse. Claro que el niño le tomó en serio sus pronósticos, y ya estaba planeando reinsertarse algún día -para mi fatalidad- en la vida de Cristóbal McKenzie.

Mi padre estaba extenuado. Pasarse un día adentro de la cabeza de otro ser humano, encontrar a esa persona y hallar la manera de retornarla al hogar sin usar la fuerza, hablándole en forma incesante, haciendo que el prófugo se sintiera el centro del universo -no tengo claro cómo lo hacía, puesto que mi padre nunca me transfirió los secretos de su profesión-, pero lo cierto es que lo había dejado exhausto. Como el sueño que sobreviene después del coito.

Esa noche mi papá cerró la puerta de la casa de Polo y se quedó ahí apoyado contra ella, sin aliento por unos minutos, tratando de escuchar lo que pasaba en el hogar, asegurándose de que los padres no rompieran su promesa de recibir al niño sin castigos, pero también queriendo, Cristóbal, hacer de tripas corazón e infundirse la fuerza suficiente como para asistir a la marcha cuyos gritos de desafío podía escuchar reventando por el aire de Santiago, a menos de seis cuadras de distancia.

No tenía ánimo pero fue a la protesta de todos modos, como tantos otros esa noche, debido al Che. -Así que ahí tienes el primer vínculo-, cacareó mi mamá triunfalmente. -Si no hubiera sido por la muerte de Guevara, Cristóbal McKenzie hubiera partido de vuelta a su casa a dormir, y tú no hubieras nacido-.

Más que choqueado, a papá la muerte del Che lo dejó perplejo, puesto que intuyó que la noticia de su ejecución en Bolivia ponía término a una cierta manera de pensar el mundo que había sido hasta entonces esencial y casi automática para él y los demás integrantes de su generación. Aunque tampoco hubiera podido explicar qué era exactamente lo que acababan de perder todos ellos para siempre. -Al principio pensé que tenía que ir a gritar mi rabia-, me dijo muchos años después mientras las blancas montañas de hielo flotaban en las cercanías de nuestro barco, que avanzaba hacia el Norte, de retorno de la neblina que rodea la Bahía del Paraíso y el Polo Sur. -Juntarme con alguien, con quien fuera, por ahí una mujer, aunque a esas alturas yo ya me había convencido de que nunca iba a agenciarme una, jamás; que el mismo talento que me permitía rastrear prófugos y meterme debajo de la piel de sus pensamientos y adentro del compás de su alma, que ese mismo aire juvenil que yo había preservado cuando todos los demás parecían haberlo rehuido, ansiosos ellos de hacerse adultos sin haber sido siquiera plenamente niños, que era esa misma habilidad para proyectarme en la cabeza y las emociones y el sexo de un niño inocente y temeroso lo que llevaba a las mujeres a evitar mi presencia, mi presencia sexual, digo, que pensaran qué bueno es tener un amigo como tú, alguien en quien confiar, alguien que lo único en que piensa es en acostarse, es decir, ni esperanzas de que me vieran como un posible amante. Si no hubiera sido por tu madre, si no hubiera sido porque, de todas las personas posibles, encontré a tu madre esa noche después de no haberla visto en siete años...-

No la reconoció de inmediato. Estaba dando brincos en medio de la multitud. -El que no salta es momio-, era el grito que algún loco desprendiéndose de la tierra como un energúmeno había inventado en una reciente protesta para calentar el cuerpo en esas largas marchas invernales contra la intervención yanqui en Vietnam. Y ahora todos los asistentes a la conmemoración de la Alameda rebotaban como pelotas, arriba y abajo, mientras gritaban su certeza de que ellos no eran momios, reliquias, conservadores, infectos, putos asesinos

disecados de Guevara, todos y cada uno de ellos celebrando la vida, jurando con sus piernas que el Che no había muerto en vano, que ellos seguían vivos y dispuestos a hacer la revolución. Todos, es decir, menos mi mamá, Milagros.

Ella estaba dispuesta a otra cosa, esa noche por lo menos, gracias a Dios. El deber de todo revolucionario podía bien ser hacer la revolución, como lo había predicado el mismo Che, una frase que ella continuaría repitiéndose en los años por venir, que dirigiría en particular a mi pobre y desinteresada persona.

Pero por el momento había tareas más urgentes que acometer.

Ella lo había visto, silenciosamente había contemplado ese cuerpo que saltaba entre los miles de cuerpos que negaban su ser de momios y muertos, y había sabido de inmediato quién era ese joven: hacía siete años que Milagros estaba esperando que reapareciera en su existencia. Así que no fue difícil para ella esperar un poquito más, maniobrar para ir quedando a su lado, pararse ahí discretamente, sin mover un dedo del pie, sin meterse en la farándula, aguardando el momento en que él dejara de cabriolar y agitarse para aterrizar justo frente a ella y acordarse de su promesa. Fue así como ella me lo contó cuando llegó el momento en que pude saberlo. Es así como lo recuerdo yo a través de sus ojos, la noche en que me reveló todo todito.

Pensar, Janice, que eso determinó mi existencia, y por ahí también la tuya. Bastaba con que yo hubiese ido directamente a dormir apenas volví de mi encuentro frustrado contigo, en vez de sentarme allá en esa cocina a absorber hasta el último detalle de mis orígenes, hubiera bastado que mi madre me contara todo aquello dos días más tarde cuando yo hubiese regresado exitosamente, no me cabe duda, de haber hecho el amor contigo.

Pero no, estaba yo demasiado ansioso y me quedé despierto, ahí me quedé escuchando cómo mi padre había saltado como un endemoniado esa lejana noche del 10 de octubre de 1967, para probar que él no era momio, para probar que el Che estaba vivo y que todos los que saltaban iban a desafiar la muerte pequeña y la muerte grande.

Fue entonces que él la divisó parada como una estatua quieta, con sus pies absolutamente inmóviles en medio de las olas mareantes de la multitud, sólo los ojos y cabeza de ella subiendo y bajando con los brincos y alaridos de él. Cristóbal McKenzie la vio ahí, expectante como un árbol, siguió con el baile inverosímil por un ratito más y luego, con su corazón delirando como una campana, hizo tierra justo a su lado, -casi cuerpo a cuerpo-, dijo mamá en 1983, -casi le rozaba los pechos cuando dejé de saltar-, admitió mi padre ocho años más tarde cuando fue su turno de contarme lo que había sucedido, mientras navegábamos en el -Galvarino- por el paisaje perdido del océano Antártico.

Y fue entonces que Milagros, en vez de decirle hola o quizá recordarle a Cristóbal McKenzie cómo se habían encontrado antes, dijo algo que de veras lo dejó sin aliento y que iría a tener consecuencias en las noches y los días que vendrían, por años y años.

-Está muerto-, dijo ella, y había algo de volcán muerto también en su voz, un

volcán que sabe que nunca más va a atemorizar a nadie. -Está muerto. Lo mataron de veras, al Che. Y hay una sola cosa que podemos hacer para darle vida otra vez. Y no es la revolución-.

Era algo que mi padre sentía que iba creciendo en su interior desde que los periódicos habían anunciado hacía un par de días que habían capturado al Che Guevara en Vallegrande. Hacía tiempo que se anticipaba en su mente una idea fija, por mucho que en la superficie de su existencia él proclamara, como tantos otros jóvenes de su edad, que la guerrilla, urbana o rural, dentro de poco acabaría con la opresión de América Latina, tal como había sucedido en Cuba y en Argelia, tal como en Vietnam. Sí, la idea de que por ahí no iba la cosa, que algo andaba mal, que la muerte del Che había hecho asomar nuevamente esa desconfianza, ese reciente cansancio a la plenitud de su conciencia. Había menospreciado la revelación: no le gustaba verse a sí mismo sin esperanzas, menos aun la imagen que le devolvía el espejo si era cierto que el Che había muerto. Pero era inútil seguir suprimiendo la verdad furtiva que lo conmovía, era inútil ahora que esa joven a la que no podía identificar, y que sin embargo tenía un aire de una familiaridad escalofriante, ahora que esta hermosura de hembra le estaba dictando las precisas palabras que se agitaban en su propio interior. Como si ella pudiera leerle su mente en ese momento y por la eternidad.

Cuando hicieron el amor esa noche, menos de una hora más tarde, él pudo confirmarlo. Una certeza que compartió al día siguiente con su propio hermano Francisco -mi tío Pancho- y con Pablo, el mejor amigo de Cristóbal: había descubierto adentro de Milagros cuál era la única verdad, la mejor y última verdad a su alcance en el mundo, lo supo cuando Milagros derritió su virginidad con un calor que hubiera disuelto al iceberg mismo si esa noche hubiese pasado flotando por casualidad por su horizonte.

-No entiendo-, le dije a mamá. Dejé la ventana para ir a instalarme a la mesa, me puse a jugar con algunas migas de pan que habían quedado del desayuno, todavía desparramadas sobre el mantel azul y gastado que mamá había rescatado triunfalmente de alguna tienda de segunda mano. -Perdona, pero nada de esto tiene sentido. ¿Qué tiene que ver el Che Guevara, muerto o vivo, con el sexo? La gente de los años sesenta eran todos unos chiflados, como para internarlos en un asilo-.

La respuesta de papá, muchos años después, fue más completa y comprensible que la versión que mamá me dio durante esa prolongada noche de 1983: -Vi a Milagros echada ahí, desnuda en la cama del hotel, y comencé a entender algo fundamental. Y lo entendí de veras cuando finalmente ella me dio entrada y en ella me perdí y en ella me encontré, me di cuenta de que eso era lo único que importaba en la vida, que eso era para mí el significado definitivo de la vida, el único sentido que realmente cabía en esta única existencia que se me había dado-.

-Fue algo que descubrió-, me había dicho mamá dándome una palmadita en la mano como para recordarme que con las migas del pan no se juega. -No fue en el momento en que sintió el máximo placer, me dijo, cuando el placer comenzó a acalambrarle cada músculo, no fue cuando estuvo a punto de explotar, no, era yo, lo que yo...-

Ella dejó de hablar, momentáneamente, extrañamente reticente.

-El quejido de un ángel-, mi padre completó muchos años después la admisión que mamá no alcanzó nunca a expresar. -Y me di cuenta de que quien le producía ese sonido era yo, que yo era el autor de ese sonido-.

-¿Y el Che Guevara?-, balbucí en busca de alguna clave.

-Pienso, luego existo-, le había dicho mi padre a Milagros una buena media hora más tarde del primer orgasmo, todavía abrazados, entrelazados, sudorosos, mientras unos conscriptos echaban paletadas de tierra sobre el cuerpo tan mortal del Che Guevara en la selva de Bolivia. -Primero fue Descartes. Después Marx: hago la historia, luego existo. Pero nada de eso es cierto. El axioma de McKenzie: hago el amor y por lo tanto existo-.

-Tu papá-, explicó mamá, -de alguna manera había dudado siempre de su propia existencia. Y yo le di, mi cuerpo le dio, según él, una prueba de que se había equivocado. El Che estaba muerto de veras, y Cristóbal McKenzie estaba en forma definitiva vivo, aunque sólo enteramente cuando le estaba haciendo el amor a una mujer-.

-Y ahí fue cuando juró...-

-Al día siguiente hizo esa maldita apuesta: que iba a culear todos los días de su vida, si bien fue esa primera noche que él comprendió -o así me lo dijo después- que sólo iba a vivir para ese momento maravilloso de la cópula-. Lo que papá juró fue que no debía pasar ni un solo día ni una sola noche de su vida sin que encontrara un modo -el único modo, proclamaba- de negar el mensaje de muerte que las morgues y los cementerios y los libros de historia le habían enviado durante todos esos años. -El mensaje-, dijo mi papá, -que la ejecución del Che y esa fosa en Bolivia querían que aceptara: que nacemos solos y morimos solos y vivimos en la soledad más absoluta-.

-Quería verificar, cada día de su vida-, dijo mamá, -una y otra vez, en su cuerpo y en el cuerpo de algún otro ser humano, que ambos sí existían, aunque no fuera más que en ese momento de la eternidad en que caímos aquella noche, ese momento que espero que hayas encontrado esta noche, hijo, un momento que nadie nos puede quitar-.

Pensé en ti, Janice mía, durmiendo virgencita en tu solitario lecho, en tu solitario departamento, y rápidamente cambié de tema. -Y fue entonces que él decidió hacer la apuesta de que hablas hace años-, dije. -La apuesta que tiene que ver con Don Giovanni-.

Mamá pensaba que lo de la apuesta había sido un accidente, una coincidencia desafortunada, que ese juramento de Cristóbal no era nada más que un ataque de entusiasmo juvenil. Acababa de perder su virginidad y, mal que bien, se había dado cuenta por fin de la diferencia entre el asiento de un excusado y lo que podía ofrecerle una mujer. Mamá había oído similares devociones vociferadas por otros hombres en el momento en que la sangre estaba

a punto de estallarles de placer en el cerebro y el semen manaba victoriosamente de sus penes: quiero amarte cada minuto de cada día, me quiero quedar acá para siempre, eres el cielo, mi cielo, es lo que Dios siente en cada siesta de su vida. Ella creyó que era una proclamación meramente retórica de papá, y quizá sí lo era, quizá si al otro día no se hubiese encontrado con Francisco y Pablo para el almuerzo esa puta idea no hubiera despegado, no se habría manifestado siquiera en forma pública. A lo sumo se la hubiera metido y sacado por un par de semanas, y una noche de ésas, antes de quedarse dormido en su propio departamento, él se hubiera percatado en forma somnolienta de que ese día no había alcanzado a hacer el amor. Mala suerte, no era tan importante, como olvidarse del postre después de una excelente cena, como dejar de lavarse los dientes cuando llegamos muy cansados a la cama. Así es la vida, juramos hacer tantas cosas y después les hacemos el quite, nos absorbe el paisaje, nos vamos por un desvío, postergamos la llegada al templo que siempre prometimos visitar, nos quedamos dormidos por el camino, y todo resbala de nuestra memoria como una lluvia lejana. No todos somos Cristóbal Colón, no está todo el mundo tan obsesionado. No, mamá estaba convencida de que había sido ese almuerzo fortuito al otro día lo que claveteó a papá a la madera de su juramento como si fuera una tabla maldita, transformando lo que no hubiese sido más que una fantasía pasajera en una meta de toda una vida; lo que hizo de Cristóbal un fanático del sexo que cumplía el catálogo de Leporello con un fervor que hubiera agotado al mismo héroe de la ópera de Mozart.

-Fueron los otros hombres-, dijo mamá, -fueron ellos quienes lo convirtieron en un Don Juan contemporáneo más que mis encantos. Por eso te estoy contando todo esto justo ahora, Gabriel. No quiero que hagas algo tonto, jactándote con tus amigotes machos de que vas a culear hasta el día del Juicio Final ni nada parecido, ¿entiendes? Tienes que creerme, Gabriel, te vas a joder la vida. Porque no fue el sexo el que nos embromó. Fue la apuesta-. O tal vez había que culpar del hecho a que al día siguiente era el cumpleaños de Cristóbal, veinticinco años en esta tierra, y que había partido a celebrarlo, como de costumbre, con su mejor amigo, Pablo Barón, que también cumplía los mismos veinticinco ese 11 de octubre de 1967.

Lo que seguía era la historia que, para relatarse, no había tenido que esperar a mi inauguración sexual. Me la sabía de memoria. Primero porque a mi padre y a mi tío Pablo les gustaba contar los pormenores en medio de risotadas y tragazos de vino, en el jardín del fondo de la Casa Milagros en los tiempos de Allende, a principios de los años setenta, y luego porque mamá me había repetido el cuento una y otra vez en el exilio. Y esa noche de 1983, era que no, insistió ella en volver a contármelo de nuevo.

Los dos amigos habían descubierto la extraña coincidencia de sus nacimientos paralelos cuando, veinte años antes de ese almuerzo, en 1947, el pequeño Cris le había repartido a Pablito una invitación para celebrar sus primeros cinco años en este mundo, una fiesta que doña Claudia, viuda de McKenzie, había estado planificando minuciosamente desde hacía un mes, y cuál no sería la sorpresa de Cris cuando recibió en forma paralela una solicitud del mismo Pablo para que concurriera a la casa de los Barón precisamente a la misma hora y el mismísimo día. Fue la primera ocasión en que papá sintió que de alguna inexplicable manera a él se lo estaba duplicando y que algún otro ser

compartía su destino. Aunque ese extrañamiento no duró mucho, puesto que asuntos más urgentes requerían su atención: todos los peques del kindergarten tenían dos invitaciones en la mano y se veían en la obligación de elegir a quién complacer y a quién menospreciar.

Las madres involucradas fueron informadas por sus aprehensivos hijos acerca de las invitaciones superpuestas. Se permitieron una sonrisa indulgente y se llamaron simultáneamente por teléfono hasta que, después de múltiples avisos de línea ocupada, una de ellas por fin logró romper el cerco (cada una avisaría a su respectivo crío que había sido ella la que había traspasado las barreras fónicas); y ambas sugirieron casi en el mismo aliento que la otra pospusiera la celebración. Discutieron durante un buen rato, llegando finalmente al acuerdo -las dos pensaron que la contrincante había aceptado la solución con sospechosa celeridad- de que el niño más joven, es decir el que había nacido último, sería quien tendría el derecho a que la fiesta se llevara a cabo en su casa ese 11 de octubre. Las dos habían deslizado la sugerencia como dos tahúres que tienen cuatro ases en la mano avara, las dos seguras de que el hijo ajeno tenía que ser mayor, porque Pablo había nacido a las... y aquí, la madre de Pablo se tomó una pausa que refresca, se dio el tiempo para dar la estocada mortal... a las 11.59 de la noche, eso sí, un minuto antes de la medianoche, a punto de comenzar el 12 de octubre de 1942.

Y quedó estupefacta cuando su rival, Claudia, viuda de McKenzie, contestó que esperaba que la señora Barón pudiera exhibir documentos del registro civil, puesto que era Cris el que había visto la luz del día, o de la noche más bien, en ese mismo instante, en efecto, a las 11.59, para ser precisos a las 23.59, para que no hubiese duda al respecto, y por eso ella había nombrado a su vástago con el nombre del Almirante, porque había nacido casi a cuatrocientos cincuenta años del descubrimiento de América. La madre de Pablo había respondido que esa era justamente la razón por la que no había bautizado a su hijo con el nombre del descubridor Colón, y que si el Señor hubiese querido que se llamara Cristóbal o Cristóforo o hasta Cristián sin duda hubiera prolongado su parto por otros sesenta y un segundos, pero había decidido en cambio que el bebé llegara un poquito antes del Día de la Raza o Día de la Hispanidad o Día del Almirante: Pablo era un nombre más apropiado. No había un -casi- acerca del discípulo del Señor que había visto la luz en el camino de Damasco. La respuesta de la McKenzie no tardó en volver rápida y furiosa: en España, de donde había partido Colón, eran seis horas más tarde, así que su propio hijo había nacido efectivamente el 12 de octubre en el único lugar donde importaba, es decir en la madre patria. La mamá de Pablo le pidió que no fuera tan ignorante, que en esa época no existían las zonas de horas diferenciadas. -¿Y usted, señora Barón, a quién está llamando ignorante?-, y de ahí las hostilidades se habían acelerado, las dos madres amenazaron con todo tipo de consecuencias fatales si no se postergaba el cumpleaños del otro en forma perentoria. Ambas colgaron sus receptores al mismo tiempo, cada una segura de que había sido ella la que había dejado a la otra humillada, escuchando el vacío zumbido de un teléfono que no comunicaba. Entonces las dos mujeres miraron a sus hijos, que habían estado escuchando con ansiedad creciente la batalla telefónica, y les advirtieron que la fiesta se hacía el día designado y que bajo ninguna circunstancia iba a ser admitido el otro niño al festejo. -Ya veremos quién es más popular-.

Pablo y Cris, sin embargo, decidieron hacerle un párate a estas sandeces; ellos celebrarían juntos los dos cumpleaños en el kinder mismo, y en cuanto al año entrante, una moneda al aire decidiría, y de ahí se irían alternando, -una vez tú, la próxima yo-. A ellos les importaba un rábano quién era mayor, quién menor: era demasiado el cariño que se tenían, aunque adoración podría ser un término más justo, y esa amistad iba a durar por larguísimos años, si bien iba a ser puesta a prueba por esa apuesta de su cumpleaños número veinticinco y aun más por el iceberg que se dibujaba en su futuro y en el mío.

-Y entonces, ¿qué pasó?-, le pregunté a mamá en la cocina de Manhattan que papá nunca pisó. -¿Alardeó acerca de su reciente conquista en ese almuerzo de cumpleaños?-

Nada por el estilo. Había sido la intención de Cristóbal McKenzie que su encuentro amoroso fuera un secreto. -Tienes que comprender, mi amor, que tu padre es, sobre todas las cosas, un hombre discreto. Lo saben los niños con sólo mirarlo, alguien que jamás traicionaría la confianza que han puesto en él-.

El problema era que lo que venía de sucederle a Cristóbal McKenzie con Milagros estaba transcrito en cada poro de su cuerpo, su piel cantaba el majestuoso resplandor del sexo consumado, la felicidad posvirginal de un joven que acaba de aprender durante su primera noche de amor que la mejor manera de descubrir el propio cuerpo es explorando el de otra persona.

-Y aun así, Pablo y Francisco...-

-¿Mi tío Pancho?-, pregunté.

-Sí, tu tío Pancho. Él también cayó ese mediodía, se había encontrado con Pablo y terminaron los dos yendo a almorzar.

Estaban discutiendo furiosamente de política, así que al principio no le echaron ni una mirada a tu padre. Él se sentó, pidió una Pilsener, presenció el altercado acerca del Che. Lo que...-

-Mamá, la verdad es que demasiado interés no tengo en este tipo Guevara que insistes en meter en mi vida. De hecho, me gustaría que lo sacaras de la pared de mi pieza. Es mi pieza.

Creo que eso quedó claro: esa mierda latinoamericana no me interesa para nada-. Sólo que no dije estas últimas palabras en castellano. Intercalé, en inglés: -All that Latin American shit-.

-Bueno-, respondió mi madre, -puede que tú hayas dado vuelta la espalda a tu país y tu causa y tu pasado, pero no es posible dejar fuera al Che de este relato: fue el desacuerdo entre Pablo y Francisco acerca del significado de la muerte del Che lo que detonó la apuesta del carajo unos minutos más tarde, así que harías mejor en escuchar más y protestar menos. ¿O preferirías que te cuente el resto mañana?-

Agarré unas migas duras, las escondí entre mis dedos debajo de la mesa,

jugué con ellas secretamente mientras escuchaba el monótono y pertinaz e interminable registro de la reyerta entre el mejor amigo de papá y el hermano menor de papá ahí en 1967, tan aburrido yo en 1983, o tal vez más, que Cristóbal tantos años atrás. Por lo menos él tenía una cerveza para hacerle compañía y un mozo para traerle otra, y una pija feliz y satisfecha colgándole entre las piernas que acababa de llevar a cabo una misión encomiable, mientras que dieciséis años más tarde en Nueva York yo no entendía de qué demonios estaban hablando esos compadritos chilenos sentados a la mesa del cumpleaños. Si tú hubieses estado presente, Janice, si te hubiera traído conmigo a casa para conocer a la suegra, pongamos, también te hubieras muerto de fastidio. Pero puedes saltarte las próximas páginas.

Yo, el único remedio que tenía contra el tedio, eran unas migas de pan de mala muerte.

Esto es lo que mamá me prodigó con lujo de detalles: para Pablo la captura y ejecución del Che significaba el fin de la alternativa de lucha armada en América Latina, el final de una era. Esto quería decir que para conseguir cambios estructurales -¿Sabes lo que es estructural, Gabrielito? Sí, mamá...- había que usar medios pacíficos y electorales. Mientras que Francisco era como un roble: se había perdido una batalla pero las condiciones objetivas -¿Sabes lo que son...? Sí, mamá...- no habían cambiado, la cosa estaba madura para la revolución. La muerte del Che galvanizaría a millares de jóvenes, Latinoamérica ardería en llamas. Ahora tenían un mártir más grande que la vida misma -¿acaso Pablo no había visto la foto del guerrillero heroico echado como Cristo en su cama de espinas, sus heridas como si las hubiera pintado un artista del Renacimiento?-. No le habían quitado la vida; se la habían dado. Sus ojos. Es cosa de mirarle los ojos, a punto de abrir, a punto de resucitar.

-Y esta revolución tuya-, preguntó Pablo, frotando sus lentes con un asiduo pañuelo, -¿cuánto tiempo crees que va a tardar en llevarse a cabo?-.

-Te diré... Te voy a decir: antes de que cumplas los cincuenta, antes del 11 de octubre, a las 11.59 de la noche, antes de que amanezcan los quinientos años del supuesto descubrimiento, te apuesto que el continente entero será socialista, estoy dispuesto a apostar mi cabeza-.

-No apuestes lo que no tienes-, respondió Pablo, -porque eres incapaz siquiera de ver la realidad inmediata, indesmentible. No podrías equivocarte más. Tan equivocado como Guevara cuando trató de crear una insurrección en un país del que nada sabía y donde nadie -ni qué hablar de los bolivianos- tenía ganas de que estuviera, a donde lo mandaron los cubanos para deshacerse de sus ideas jodidas acerca del hombre nuevo y todas esas vainas que molestaban a los soviéticos que están pagando los experimentos, muy loables, por cierto, de Fidel y compañía. Con todo respeto, el Che se terminó-.

-Estás loco-.

-Ven a verme en veinticinco años-, dijo Pablo. -¿Tú crees que voy a estar sentado en este restaurante, dale que suene con labios y con lengua, babeando sobre la revolución y el poder proletario y los campesinos como la vanguardia, y

la paliza que le vamos a dar al yanqui ladrón? ¿Sabes dónde voy a estar yo, quién voy a ser yo? Voy a ser el ministro más poderoso de este país, eso voy a ser cuando tenga cincuenta. No voy a ser presidente. Quiero ser el que está detrás del trono. El tipo invisible que tiene a todo el mundo en su puño. Voy a estornudar y el país entero va a decir -salud-. En menos de veinticinco años. Ya vas a ver-.

El hermano de mi padre contestó esa predicción con más pasión de lo que la ocasión merecía en vista de que se suponía que habían acudido a un almuerzo cumpleañero y no al encuentro semanal de la Asociación Leninista de Debates Públicos. -Yo no voy a ver ni mierda-, apostrofó Francisco. -No va a haber nadie con ese tipo de poder ni en este país ni en ninguna otra parte de América Latina, de acá a veinticinco años más. ¿Y sabes por qué?

Porque bajo el socialismo, el único poder real pertenece al pueblo. Tú no vas a ser el poder detrás del trono, porque no habrá trono: vamos a haber abolido los privilegios-.

Podrían haber seguido así para siempre, y mi mami también, si a mi padre ese octubre de 1967 en Santiago y a su inseguro servidor en Nueva York a los dieciséis años no nos hubiera rescatado el mozo que esperaba con impaciencia la orden. A diferencia de los dos comensales que discutían tan arduamente sobre la revolución, él era un trabajador real con una jornada completa deslomante y tenía, por lo tanto, que ganarse sus limpios billetes sin interesarse en demasía acerca del futuro bifurcado que los contrincantes le auguraban a él y sus descendientes. ¿Querían lomo o filete? ¿O preferían un pollo cazador que no estaba nada mal? El congrio estaba de chuparse los dedos, fresquito, recién llegado de la costa. Frito o a la plancha, ¿eh?.

Todos pidieron el pescado y enseguida los dos antagonistas acudieron al otro cumpleañero. ¿Y él? ¿Qué pensaba él? -Está muerto-, dijo Cristóbal como un eco de Milagros la noche anterior. -Y ninguna estrategia política -ni la tuya, Pablo; ni la tuya, Pancho- lo va a resucitar. No sirven las balas ni los votos ni nada que tenga que ver con la política. Acéptenlo. El Che murió-.

¿Nada que tuviera que ver con la política? ¿Nada de política?

Pablo y Francisco no pudieron haberse sentido más atónitos si Cris hubiese anunciado que era la séptima bestia del Apocalipsis.

¿Qué significaba eso de nada de política? ¿Cómo van a cambiar las cosas entonces?

-Yo no voy a cambiar nada-, anunció mi padre, gozando del asombro de su pequeña audiencia. -Ni un carajo-.

Bueno, entonces, ¿en qué pensaba ocuparse los próximos veinticinco años de su vida? ¿Haciendo exactamente qué cosa? ¿Qué meta se había propuesto?

-Tu padre podría haber respondido algo oblicuo, una referencia inocua, de veras no lo he pensado, algo así como creen que el congrio de veras estará fresco,

algo por el estilo, y nuestras vidas hubieran cambiado, serían tan diferentes... Él estaría con nosotros acá en Nueva York, te estaría contando esta historia, Gabriel, o alguna otra cosa. En vez de eso, algo en él comenzó a hervir y le salió a borbotones toda la verdad. Les contó lo que había descubierto en el mismo momento en que penetró en mí cuerpo-.

-Voy a pasarme los próximos veinticinco años culeando-, dijo Cristóbal McKenzie.

Lo miraron consternados. Los dos sabían que era virgen, sabían que él... Fue entonces que Francisco exclamó: -Momento, momento, queremos saberlo todo. Yo te vi partir con esa niña, nada de huevón mi hermano, ¿ah?, te vi escapando de tus tareas revolucionarias. Los dos partieron de la protesta tan rápidamente que yo me puse en guardia, no fuera que hubieran visto un pelotón de policías que - no es que te esté culpando, sólo que...-

Francisco miró hacia el fondo de los ojos de su hermano y lo que vio lo hizo sonreírse, y de la sonrisa pasó a la carcajada:

-¡Hombre, justo a tiempo para tu cumpleaños número veinticinco!

¡Te descartuchaste, por fin te hiciste macho!-.

-No creo que a papá le hubiese gustado que ese tipo de información se repartiera así nomás por el restaurante, ¿no? ¿Había mucha gente cerca?-

Mamá no tenía la menor idea. Lo único que sabía a ciencia cierta era la respuesta de Cristóbal, y papá me lo repitió, palabra por palabra, cuando por fin logré preguntárselo tantos años más tarde. -Me mantuve bien callado-, papá me lo contó todo, mientras cruzábamos las aguas heladas, que de calladas no tenían ni un asomo, -y enseguida dije sí, y todo el tiempo que perdí lo voy a recuperar. Desde hoy pienso hacer el amor cada día, todos los días que me quedan de vida-.

Fue el turno de Pablo de intervenir. -¿Tan buena estaba?-, preguntó.

-No puede haber preguntado eso-, le protesté a mamá y ella reiteró en esa cocina en Nueva York, las palabras que Pablo había pronunciado en 1967 en Santiago. -Es lo que preguntó Pablo. Y agregó: -Por muy fantástica que haya sido tu nuevo amor, no es posible que te pongas a culear, que quieras culear todos los días de tu vida-.

-Sí que puedo-.

-Te apuesto que no-.

-No entiendo-.

-Veamos. A ver si te gusta lo que te voy a proponer. Te doy veinticinco años, es el número que sugiere tu hermano. ¿Hasta que tengas... tengamos cincuenta, ya? Es una apuesta. ¿Estamos apostando, no es cierto? ¿Estamos apostando a quién crestas vamos a ser en veinticinco años más, no? Yo estoy apostando que

voy a tener tanto poder que todo el mundo va a temblar ante mí, que huevones como ustedes van a estar viniendo a pedirme favores, y Pancho...-

-Yo apuesto que no importa qué soy, ni quién soy, estoy apostando que vamos a ser libres, el colectivo va a ser libre, lo que estoy apostando es que nadie va a tener que pedir favores, que no habrá favoritismo-.

-Y Cris apuesta que va a tirar cada día, todos los días del próximo cuarto de siglo, una tarea imposible que ni Hércules con su pico gigante podría acometer. Más allá de los sueños de Humphrey Bogart o de Rock Hudson-.

-Es más fácil que lo que ustedes quieren intentar, los huevones de verdad-, respondió mi papá. -Lo que yo quiero hacer depende de mí, no de cómo salga la historia, cosas que pasan en el gran mundo, como revoluciones y cambios políticos y gente que muere o se escapa de la muerte, cosas así. Sólo yo y mi sexo.

Solitos los dos-.

Ahora fue el turno de Francisco de interceder, como si fuera el hermano primogénito y no el menor. -Oye, hermano, no apuestes algo tan estúpido. Tú no... lo que pasa es que de estas cosas todavía no sabes lo que se dice mucho, ¿no? Tu pico, bueno, resulta que de vez en cuando necesita descansar, tomarse unas vacaciones. Ahora estás lleno de entusiasmo, pero en tres meses más... La huevada no está hecha de goma, sabes. Y de todas maneras, no es así de fácil encontrar a alguien disponible cada vez que el coso se te pone duro y arriba arriba, tienes ganas y echas una miradita a tu alrededor y... ¿A cuántas mujeres te piensas tirar? Tienes que encontrar miles de minas con ganas. Y hasta ahora, bueno, ¿no es que te haya ido muy bien, no? En tus primeros veinticinco años terminaste culeando una sola vez, así que... Déjame hacer los cálculos: hasta tus cincuenta vas a tener que mandarte nueve mil ciento veinticinco. Mucha hembra, hermano, hasta para un McKenzie-.

-Tu padre-, explicó mamá, -es uno de los hombres más tercos con que me he topado en la vida, el más terco. Dijo que no hacía falta convencer a tantas mujeres. -Le haré el amor a la misma mujer, una y otra vez. La única que necesito es ella--.

-A ver si te entiendo-, dijo Pablo. -La única mujer con que vas a tirar más de una vez es la que te tiraste anoche. Cualquier otra mujer...-

-No va a haber ninguna otra-.

-Cualquiera otra, te la tiras una sola vez. Una vez y nunca más. ¿Eso es lo que estás diciendo?-

-No va a haber ninguna otra, pero sí... así va a ser la cosa.

Si hay otra, me la tiro una sola vez-.

-Bueno-, dijo Pablo, -puedes tirarte a otra mujer tantas veces como te dé la gana o ella te aguante, pero para los propósitos de esta competencia, la segunda

vez no cuenta. Pongamos que sales con...-, Pablo indicó con el dedo a una rubia cimbreante y rumbera que estaba vitrineando en una casa de discos en la vereda de enfrente, los tres le admiraron las caderas con deleite.

-¡Digamos que ésa! Te la llevas a la cama hoy mismo, después del almuerzo. Supongamos que te gusta la mercadería, mañana repites el plato, vuelves a meter palo... de todas maneras tendrías que dejarla allá, toda calentita en la cama pidiendo repetición, y encontrarte en cambio a otra antes de la medianoche. Porque ella sólo cuenta como una conquista, ¿estamos claros? Una mina, un día. Al siguiente, otra. ¿Estamos?-

-Estamos-.

-Y de lo que se trata es de penetrarla, una erección, una eyaculación, servicio completo-, agregó Francisco. -Nada de cosas con la boca. Quiero decir que puedes usar la lengua cuanto quieras...-

-No sabes cuánto te agradezco el permiso-, dijo papá.

-...Pero desde el punto de vista de las cuentas, tienes que acabar adentro de ella-.

-O por lo menos hasta que acabe ella-, intervino Pablo. -Hay que ser piadosos con el huevón, por ahí no es capaz de fabricar tanto chuño como para acabar siempre. No es un caballo-.

-Está bien. Hasta que Cris eyacule o ella acabe, según qué venga primero. Y nada de prostitutas. Nada de pagarle a una mujer para alcanzar el objetivo-.

-Ni hombres tampoco-, agregó Pablo. -Sólo cuentan las mujeres-.

Así de fortuito. Todas esas condiciones inventadas en el acto, de la nada, reglas de un juego a las que mi padre iba a adherir durante los próximos veinticinco años, términos creados en forma casual y frívola mientras el mozo recogía los restos de congrio frito, las papas, las cáscaras de limón.

-¿Y cómo vamos a saber?-, preguntó Francisco, escarbándose un diente con fruición.

-Porque nuestro McKenzie, tu hermanote acá presente, no sabe mentir. Si fracasa, viene y nos cuenta en el acto... o más bien después de que no hubo tal acto. ¿No es así, Cris?-

-Yo vengo a contarles-.

Y así se dieron las cosas. Mi madre me explicó en Nueva York:

Juraron los tres, uno más uno y otro más, que se encontrarían veinticinco años más tarde, el 11 de octubre de 1992 -justo en los albores del quinto centenario del Descubrimiento-, y ahí verían cuál de ellos había tenido razón.

-¿Y el premio?-

-¿Qué premio?-

-Si apostaron, uno de ellos tendría que ganar algo, ¿no?-

-¡Ah!, eso. Apostaron lo que los hombres latinos siempre apuestan, la única cosa más importante que su dinero o sus mujeres o sus almas, ya que hablamos de cosas cruciales, más importante incluso que su propia madre-.

-¿Y eso es...?-

-Su honor, su maldito, culeado honor, su orgullo-.

A esas alturas ya estaban los tres levantándose de la mesa.

Pablo tenía una última pregunta: quién era la mujer afortunada... o desafortunada, según el caso.

Mi padre vaciló, por lo menos en su versión de los hechos, pero calculó que si se la iba a tirar el resto de su vida, ellos terminarían sabiendo el nombre de esa mujer de todas maneras, así que les dijo quién era, les contó que se trataba de Milagros Gallardo.

Pablo asintió con la cabeza. -¿Milagros? Yo la conozco.

Escogiste bien, viejo, tuviste buen ojo-. Comenzó a caminar hacia la puerta. El mozo se puso a levantar la mesa de inmediato para colocar un mantel nuevo. Clientes con cara de hambre se impacientaban a la entrada del negocio. La sobremesa había sido larga, por ahí todavía podía embolsillarse un par de buenas propinas. -Debe culear a las mil maravillas, con ese culito-, dijo Pablo. -¿Te vas a casar con ella?-

-Tu padre asegura que él ya había decidido casarse conmigo-, dijo mamá. -Pero yo no creo que sea cierto. Yo creo que si no hubiese sido por esa apuesta, nos hubiéramos acostado unas veces más y después su ojo y sus gónadas lo hubieran forzado a buscar otras camas. Recién descubría el sexo y lo normal hubiera sido que explorara otras opciones antes de asentarse. La pregunta de Pablo lo empujó a Cris a algo que jamás hubiese escogido en otras circunstancias-.

Yo había dejado de jugar con las migajas del pan. Otros asuntos, más serios, requerían mi atención. -¿Pero él ya sabía que tú estabas esperándome?-

-Todavía no-.

-Pero cuando papá...- Casi volví a levantarme. Preferí mirar hacia la ventana y la isla de Manhattan que seguía durmiendo ahí afuera en toda su vasta soledad. -Cuando le dijeras que yo venía ya en camino, bueno, él hubiera tenido que... él tendría que...

Quiero decir, tú tendrías que haber...-

Mamá me miró con cuidado. Detrás de ella, retazos de un posible amanecer comenzaban a rellenar el paisaje de concreto de Nueva York. Podía escuchar abajo el rugido de un camión de la basura subiendo por Riverside Drive.

-Probablemente no le hubiera contado nada-.

-Pero él lo hubiera sabido, averiguado, él...-

-Entiéndeme, hijo. Yo tenía diecinueve años, tenía la vida entera por delante. Si no me casaba, no creo que hubiese tenido la fortaleza para criar un hijo como madre soltera. La Nana me hubiera ayudado a arreglar el problemita. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo? ¿Sobre tu propia existencia, digo?-

Le respondí que sí, que comprendía. Era cierto, me parecía terriblemente comprensible. Siempre había tenido la sensación precaria de que había estado a punto de no existir y ahora mamá me certificaba que yo en realidad no era más que un accidente, un -problemita-. Me di cuenta de que era efectivo que de no haber sido por la muerte del Che mi papá nunca hubiera ido a la protesta ni se hubiera cruzado con ella, ni menos aún hubiera echado a andar esa apuesta al otro día. Y de no haber sido por el Che pudriéndose en la tierra de Vallegrande Pablo nunca hubiera tenido la ocasión de sugerir que se casaran. Lo que mi madre me estaba notificando era que ella estuvo a punto de abortarme.

-Pero no fue así como resultó el asunto-, dijo mamá suavemente, pasando su mano por mi pelo, acariciándolo con lentitud. -Cris me propuso matrimonio esa misma noche y a la semana ya estábamos casados. Aunque el hecho de que yo había heredado esa enorme mansión de mi padre y de que disponía, además, de una Nana genial que era una maravilla con los niños y los jóvenes, y de que estaba feliz con la idea de transformar mi hogar en lo que Cris ya llamaba la Casa Milagros para darle refugio ahí a...-

-Sí, sí, claro que sí, a los niños que no tenían otro lugar donde llegar-, la interrumpí bruscamente. -Eso lo sé, eso lo sé de memoria. Mil veces me contaste que era necesario fundar un hogar para niños cuyos padres no podían pagarles el alojamiento.

Subsidiar a los pobres con el dinero de los ricos, hacía tiempo que papá tenía esa idea fija en la cabeza. Lo que no entiendo, todavía no lo entiendo, y nunca nadie se ha molestado en explicármelo en quince años, es por qué el asunto... el asunto entre ustedes, digo, no funcionó. ¿Qué pasó?-

-No fue por la casa, me parecía fantástica la idea de una Casa Milagros. Yo sabía lo que era sentirse abandonada y malinterpretada y que después alguien te cuidara de la manera en que Cris me había cuidado esa tarde del asado. Lo esencial para mi crecimiento emocional fue que alguien me comprendiera hasta el punto de poder seguir mi rastro hasta esa playa. Podía ver mi vida entera desplegándose ante mis ojos, Cris y yo y la Nana. Y por ahí las cosas se hubieran dado así, de no haber sido por esa apuesta, esa apuesta execrable...-

Él no le había respirado ni una palabra acerca de la contienda en que se había metido. Hicieron el amor esa noche, y la próxima, y otra vez más, y así continuaron la noche en que se casaron y también durante los días de la luna de miel que pasaron preparando la casa, arreglándola para todos los niños que a partir de ese momento mi futuro padre pensaba recoger. Eran tantos los hombres poderosos que le debían favores, progenitores opulentos que apreciaban que él hubiera rescatado a sus hijos, un general de Carabineros, un subsecretario de Defensa, el jefe de gabinete del ministro de hacienda, en fin... a todos les había hecho el servicio de salvar la unidad familiar, y entre todos le garantizaron que su establecimiento no sería clausurado y que tampoco otras organizaciones rivales de protección de la infancia le harían la vida imposible. Sus amigos le aseguraron que los escollos legales se solucionarían y los subsidios imprescindibles serían acordados, y todo anduvo sobre ruedas, especialmente ahora que había una mujer, su esposa, a cargo de la flamante nueva casa.

-Estaba de veras loco de alegría durante esos primeros días, ese primer mes-, dijo mamá. Mi padre había tenido tanto miedo de perder su talento una vez desaparecida su virginidad, de que sus jóvenes lo vieran como un enemigo, un adulto del que era necesario desconfiar ahora que había cruzado el umbral de una mujer, ahora que era, digamos, un ser maduro. Pero no pasó nada por el estilo. Continuaron los prófugos a tenerle una fe implícita durante las horas diurnas por muchas posiciones sexuales que él y Milagros ensayaran en la oscuridad de cada noche.

Mamá se levantó de la mesa, fue al refrigerador, me llenó un enorme vaso con leche. Lo miré con asco.

-Tal vez fue mi embarazo-, dijo mamá. -Estaba destinado a ocurrir inevitablemente, más temprano que tarde. Me dolía el sexo, me dolía la espalda, una pequeña úlcera se estaba desarrollando en el interior de mi vagina, me venían arcadas de náusea. Le habíamos estado dando duro, dale que suene, treinta y un días desde el matrimonio, más unos cuantos... a ver, serían ocho, nueve días antes de eso..., es decir, cuarenta días con sus noches... Tómate la leche, mi amor... De manera que cuando él se desvistió aquella noche, pensé, Dios mío, de nuevo, realmente esto no lo tolero una vez más. No era lo que estás pensando.

Mejores relaciones sexuales, jamás: la primera vez que tuve un orgasmo múltiple, que le dicen, fue, de hecho, gracias a ti...-

Me detuve en medio de un trago repugnante de leche, casi me atoro.

-¿Gracias a mí?-

-Sí. Cuando una mujer se embaraza, aumenta el fluir de la sangre, te satura cada rincón del cuerpo, hace que los pechos, el clítoris, se vuelvan más suaves, más esplendorosos y extrasensitivos, así que al más mínimo roce de un hombre, basta con un leve toqueteo de...-

-De veras no me hace falta saber nada de esto, mamá-, protesté, haciéndome el tímido, con ganas de que me contara hasta el último detalle.

-Está bien, está bien, por ahí tienes razón. Espero que no te esté avergonzando con todo esto, ¿no?-

-En absoluto-.

-Lo que importa, en todo caso, es que le dije a tu padre que era hora de descansar, que hasta Dios había reposado al séptimo día, y yo había estado a todo trapo, como una puta reina durante más días que el Arca de Noé flotando, y la mera idea de las aguas bamboleando en torno al barco me mareó más, me llevó a sentir sueño, con ganas de entregarme a las olas como quien se duerme, porque lo primero que recuerdo después de eso fue que Cris me estaba despertando, su mano me sacudía con ternura. Habían pasado unas horas. Todo ese tiempo me había estado mirando-.

-La había estado mirando todo ese tiempo-, me contó mi padre a bordo del -Galvarino-. Me pareció oír las ballenas llamándose a copular, pensé que el llamado me hacía compañía durante el cuento. Me imaginé a mi papá mirando a mi madre embarazada de mí, mirándola mientras pasaban los minutos. -Y sabiendo yo-, dijo él, que no era posible forzarla a hacer el amor, ni a ella ni a nadie, puesto que así no se podía ganar la apuesta, que el acto tenía que ser consensual, no algo que se le roba a una mujer en la penumbra-. Y fue entonces que mi padre decidió despertar a su legítima esposa. Le avisó que tenían que hacer el amor, le contó acerca de la apuesta -no todos los detalles, sólo el juramento que había hecho- y que necesitaba cubrir su cuota del día.

Mamá insiste que ésas fueron sus palabras, aunque mi padre lo niegue, pero ambos concuerdan en el hecho de que mamá se indignó y que ella lo echó a patadas de la pieza. Cristóbal se encontró a las diez y media de una noche lluviosa sin una cama y sin mujer, y con una hora y media para constituirse en el primero de los tres que perdería la apuesta, y él... -¿Él qué, qué hizo?-, le pregunté absolutamente fascinado a mi madre.

-Encontró a alguien-, dijo mamá, -pero esa parte se la tendrás que preguntar a él, porque cuando retornó ya era la una de la mañana. Yo me había puesto a llorar apenas él partió, pero fui a despertar a mi Nana y ella me dio unos consejos bien sabios, de manera que cuando entró Cris al dormitorio y quiso contarme qué le había pasado, acerca de alguna mujer con la que se había encamado en un funeral, le rogué que no siguiera. No quería saber nada sobre lo que hacía con otras... oídos que no oyen, corazón que no siente. Hablamos hasta el amanecer, tal como nosotros dos esta noche, Gabriel, mi amor, y llegamos a lo que se podría llamar, bueno, un contrato: que íbamos a cohabitar, vivir juntos como hasta entonces, aunque él le hiciera el amor a otras mujeres-.

-¿Y a ti no te importó?-

-Recuerda que a mí ya me constaba que los seres humanos podemos tirar a destajo y seguir siendo fieles a una sola persona. A mí me constaba porque era así como había vivido mis experiencias sexuales a partir del momento en que Cris me devolvió al hogar paterno. Ese día, siendo una niña de doce años, abrazando primero a mi papá y luego a mi Nana tuve la revelación definitiva de que ese

contacto no me era suficiente. Necesitaba un hombre, necesitaba algo físico y profundo que mis dos protectores no podían otorgarme. Ese algo era el sexo y comencé a buscarlo donde me lo ofrecieran, por lo general los sábados en la noche, después de las fiestas, sabes, mientras la radio tocaba -Will you still love me tomorrow?- Las cosas se hicieron más fáciles cuando murió mi padre... más tristes, claro, también, lo echaba de menos, claro que sí, aunque había sido un caballero más bien distante, un tantico frío, enamorado tan sólo de mi madre muerta y de sus libros. Tuve suerte de que mi Nana se quedara conmigo, paró en seco a la vasta parentela que vino a -hacerse cargo de la niña Milagros, pobrecita-, si bien no me cabe duda de que se sintieron aliviados de no tener que responsabilizarse de alguien tan loquilla -era la fama que tenía y la tenía justificadamente-. Con los años me puse más loca, menos domesticable. No sabía yo que lo que estaba buscando en los hombres era ni más ni menos que a Cris. Mi Nana me lo decía cuando retornaba al hogar: éste no es. Me tomaba el pulso, ponía la palma de la mano en mi frente, me olisqueaba a lo perra. Te equivocaste, me decía, meneando la cabeza, tienes que guardarte para el único hombre que importa-.

Mamá, no obstante, había seguido con sus amoríos, poniendo y sacándose los hombres como otras mujeres se prueban zapatos, haciéndolo con saña y devoción, hasta el alba de... ya era el 11 de octubre de 1967 cuando Milagros volvió a casa después de pasar la primera noche con Cris. La Nana entonces le dijo: -Esta vez sí que funcionó la cosa, no dejes que se vaya nunca más, él es el que te encontró hace siete años atrás-. Hasta supo, la Nana, que mamá estaba preñada conmigo. Y cuando la crisis estalló, a los cuarenta días, fue la Nana quien convenció a su Milagros de que Cris no estaba haciendo otra cosa que aprovecharse de tanto tiempo de abstención forzosa, y que era bueno para él probar el fruto prohibido de otras mujeres para que se diera cuenta de lo especial que era ella, en vez de pasarse el resto de la existencia deseando a rivales que eran tan inferiores. Nada destruye más una relación, dijo la Nana, que las apetencias incumplidas.

-Y yo pensé para mí misma, también-, me dijo mamá en esa cocina de Nueva York en 1983, mientras los primeros rayos del sol reptaban por el Hudson allá abajo, -pensé que Cris había sido fiel conmigo todos esos años -por lo menos, fue así como interpreté sus largos años de renuncia sexual-, así que no me costaba demasiado aceptar que se divirtiera por ahora, y además estaba tan segura como lo habían estado Pablo y Pancho de que no iba a poder encontrar una nueva mujer cada noche. Es un tipo tímido, tu padre, o lo era en ese tiempo. Lo perdoné. Nos amábamos, qué quieres que te diga, él podía tirarse a cuanta mina se le ocurriera, siempre que cumpliera con ciertas condiciones que le impuse, mis propias reglas, cuatro reglas claritas para ponerle un límite a ese juego insano a que estaba dedicado. La primera de todas: nada de morder, no aceptaba que él quedara marcado por otros dientes que no fueran los míos, y él dijo que no lo podía garantizar, pedirle a su amante de turno -tu mina, le dije yo-, mi mina de turno, asintió él, que lo único que podía hacer era pedirle que tuviera cuidado, con lo que yo sentí que me estaba prometiendo en forma implícita que él no le haría las cosas especiales que me hacía a mí...-

Mamá dejó de hablar. Debo haber estado contemplándola de una manera extraña, como si me muriera por saber -y a la vez no quisiera oír- todos los

detalles meticulosamente específicos de lo que hacían juntos. Esperó a que yo le dijera algo. Otra oportunidad desaprovechada para conversar con ella. Ese silencio, Dios mío. Dejé que siguiera contándome sus reglas y condiciones.

-En segundo lugar-, dijo ella, -que cuando perdiera la apuesta -tal como lo habían anticipado Pablo y Francisco en el almuerzo de cumpleaños-, le hice prometerme que a partir del día en que a él le fallara la suerte comenzaría Cris a vivir una vida normal conmigo, ¿ni una mujer más, se entiende?-

-¿Pero no le falló la suerte, no?-

-A él le gustaban las mujeres, y las mujeres... como endemoniadas, locas por él. Siguió retornando al hogar callado y victorioso, acumulando conquistas con la naturalidad con que los carteros distribuyen el correo cotidiano, todos los días del año aunque llueva o truene...-

-O se ponga a nevar-.

-Salvo que nunca cae nieve en Santiago. Él también hacía el amor conmigo, harto lo hacíamos, cuando me daba la gana a mí, puesto que él siempre estaba dispuesto. Me dijo que si yo estaba de acuerdo, me haría el amor tan sólo a mí el resto de sus días, pero por mi parte no pensé que fuera una promesa que yo pudiera honrar. Te quiero decir, estaba a punto de parir. Se supone que uno debe esperar unas seis semanas antes y después del parto, aunque Cris me sugirió que hiciéramos el amor en la ambulancia cuando íbamos camino a la clínica, y por ahí lo hubiera logrado si no nos acompaña un auxiliar que se subió a viajar con nosotros. De hecho, trató de convencerme de que nos echáramos un polvo rápido el día en que tú naciste. Yo me rehusé y creo que terminó tirándose a una de las enfermeras-.

-¿Se tiró a una de las enfermeras que me cuidaba en el hospital?-

-O que me cuidaba a mí. Pero no hay que desviarse de lo crucial: que entiendas por qué yo no podía acceder a sus requerimientos, ya que tornaban el amor algo rutinario y mecánico. Yo preferí que las cosas siguieran como estaban. Está bien, está bien, me respondió, todo lo que me pedía era que le avisara en la mañana, al final del desayuno, para que supiera si ese día lo íbamos a hacer juntos o no, de manera que pudiera hacer sus preparativos...-

-A mí también me suena un poquito mecánico-, dije. -No puede haber estado pasándolo muy bien-.

-Es algo que tendrás que preguntarle tú, Gabriel. Yo no quería saber nada de lo que hacía ni cómo lo hacía ni con quién. Hasta podría haber proclamado que me sentía feliz, aunque me hubiera puesto más contenta todavía si hubiese fracasado, pero cómo responderle si él seguía asegurándome que era mejor culear conmigo que con todas las otras hembras juntas del universo, y era cierto que yo no estaba siempre dispuesta. Así fueron pasando los meses, mientras tú ibas creciendo en mi interior y se iba haciendo cada vez más engorroso hacer el...-

-Yo me metí entre los dos-, dije. -¿Eso es lo que estás diciendo? Te sentías

con náuseas, rendida. Esa noche en que él partió por primera vez, si no hubieses estado embarazada...-

-Mi embarazo fue una bendición. No sólo por esos orgasmos múltiples, quiero decir que tu existencia fue una maravilla para mí; pero a lo que iba es a que mi estado aceleró una confrontación futura que era inevitable, como fuera nos forzó a los dos a llegar a un convenio al comienzo mismo de la relación-.

-¿Y la tercera condición de ese convenio?-

-¿La tercera? Ah, sí. Que nunca trajera a ninguna de esas mujeres a nuestro hogar. Y él me acomodó los deseos, él quería que yo me sintiera tranquila, y así hubiéramos podido continuar, de lo más campantes y tolerantes, seguir para siempre jamás -o por lo menos hasta que él cumpliera los cincuenta y la cortara con el experimento-, todavía estaríamos viviendo nuestro pacto si no hubiéramos elegido a Salvador Allende como presidente en 1970, el camino chileno al socialismo-.

Hubieran estado los dos viviendo su pacto -y yo allá en Chile como testigo de esa vida- si tres años más tarde el golpe militar no hubiera ocurrido, mandando al carajo la idea de una revolución sin sangre y sin armas, tal como la muerte del Che seis años antes había terminado con la ilusión de que América Latina podía liberarse mediante una insurrección guerrillera generalizada.

Mamá partió al exilio con su Gabrielito, y papá... papá se quedó en Chile. -Se quedó debido a esa apuesta imbécil-, dijo mamá, tan furiosa en Nueva York en 1983 como lo había estado en Chile en 1973 cuando trató infructuosamente de convencerlo de que se fuera con ella al extranjero. -Se quedó para poder perseguir minas, y nosotros, bueno, nos fuimos-.

-¿Y tú lo echaste de menos?-

-Terriblemente. Todavía, todos los días. Aunque déjame contarte un pequeño secreto. Echo de menos aún más a la Nana. A lo largo del día en el restaurante pienso en ella. Cuando abro en la mañana y cuando cierro por la noche, cuando compro los ingredientes en el mercado y cuando hago los planes para los menús del día, ella está siempre en... pero esa bruja testaruda no quiso venirse con nosotros. -Éste es mi lugar-, dijo ella. -En siete años más ya van a estar de vuelta-, fue su predicción. -Voy a estar cocinándoles una cazuela el día en que vuelvan-. Yo pensé que era imposible que la dictadura durara tanto, un par de años y nos habríamos sacado de encima a ese hijo de puta de Pinochet, así de simple me parecía que todo iba a salir. Volveríamos en un dos por tres. Tu padre sabía que no era cierto, que tardaríamos más de una década, que quizá no volveríamos nunca. -La gran mayoría de los ciudadanos de este país-, dijo, -no son como tú y Pablo y Pancho. Son más bien como yo. No quieren otra cosa que vivir sus breves vidas y hacer el amor todas las veces que razonablemente puedan antes de morir. Ya tienen bastante con ganarse un par de pesos. No, yo tengo que quedarme acá donde los niños entienden lo que les digo, donde las mujeres me entienden lo que les digo-. Su lengua fue siempre su instrumento más crucial, en todo sentido. Quería asegurarse de que iba a poder utilizarla, de que no viviría como un forastero perpetuo. -Ya es fantasmagórico-, decía él, -tener que habitar

esta tierra. Dejar el país sería demasiado-. Sólo una cosa quiero que me prometas, le pedí a Cris, si te va mal, si fracasas, te juntas con nosotros. Y él me lo prometió. -El primer avión-, dijo, -al otro día de que no pueda hallar una mujer con la que hacer el amor--.

-Así que ha hecho el amor cada día desde entonces-, aventuré.

-Parecería que sí. Yo sería la primera en saberlo si las cosas hubiesen andado mal. Yo soy la que tiene derecho a su cuerpo y alma apenas sus días y noches de Casanova se terminen. Ése era nuestro acuerdo, eso y las cuatro condiciones. Y la cuarta, que se me había olvidado contarte, era que siempre -salvo conmigo, claro- debía usar un profiláctico-. Mamá interrumpió su relato para mirarme con una mezcla de orgullo y severidad. -Y ya que de eso hablamos, ¿usaste un condón anoche, no?-

Otra mentira. Le dije que claro, que había usado un condón.

Una más de tantas veces que no me atreví a contarle la verdad.

Mentiras que ahora me rondan, esa primera madre de todas las mentiras que me rondó y clavó un puñal la noche siguiente, cuando mamá me vio elegante y pulcro, listo para la foto, listo para hacer contigo, Janice, aquello que, según mi madre ansiosa, ya se había consumado la noche anterior. Se sonrió y me guiñó un ojo con ridícula y falsa complicidad: -De tal palo, tal astilla. Un poco más no le hace mal a nadie, ¿ah?-.

Pero no iba en busca de un poco más, como tú bien sabes, Janice, puesto que no me había tocado nada para empezar. Y esa nueva noche contigo tampoco me fue mejor. Recordarás cuán auspiciosamente comenzaron las cosas, carburándonos y corriéndonos mano en aquel confortable sofá que gentilmente habían adquirido tus padres hacía un par de años. Yo tenía en mi bolsillo un par de condones lubricados que prometían -maximize your pleasure- y comencé a bajarte los panties -¡sé que recuerdas ese momento!- y mis dedos se pusieron a explorar lo que tenía intención de explorar un par de minutos después con otra parte de mi ser, una parte más firme de mi cuerpo. El único problema era que esa parte no tenía nada de firme. Por el contrario. De repente estaba yo descendiendo, aminorándome, quedando en el camino. Le rogué que se portara bien, que se pusiera a volar, que no me dejara abandonado justo ahora, desamparé con mi mano la caliente hendidura de tu cuerpo para ir a trabajar ese apéndice mío que ya debería estar entrando y saliendo de tu hendidura, y nada, inútil, sin respuesta. Yo sé que te acuerdas de todo: se supone que también era la primera vez para ti. No podía conseguir que ese mono frío ahí abajo obedeciera las órdenes. Traté de concentrarme en tus sofocados susurros de placer, en tu expectante excitación, pero lo único en que podía pensar era en mi padre a miles de kilómetros hacia el sur. En ese mismo momento debía estar tirándose a su mina número cinco mil cuarenta y tantos, interponiéndose entre tu cuerpo y el mío, Janice, entre mi cuerpo y mi pico. Mi papá me jodió, mi madre me había jodido al contarme prematuramente esa historia, el desgraciado del Che Guevara me había jodido al morirse y dejarme con vida para escuchar tu voz que me preguntaba qué pasaba, ¿si algo me pasaba? Me lo preguntabas con tus labios y con tus tetas y con los músculos que te temblaban en los muslos y con los dedos

de los pies que me rascaban suavemente el trasero, y yo tuve que abandonar el bote, esa noche y las dos noches que siguieron, hasta que me di enteramente por vencido. Inventé la mentira que iba a contarle a todas las mujeres de ahí en adelante cuando las cosas salieran mal: mi padre acababa de morir, por eso no podía cumplir mi rol asignado. Volvería a ti, Janice, volvería a cada una de las docenas de niñas en el futuro, las clavaría y despacharía y les haría el favor hasta que pidieran piedad, haría todo eso cuando terminara de hacer el duelo, ya nos veríamos.

Cómo imaginarme que iba a usar ese pretexto una y otra vez en los años venideros. En cada oportunidad que hacía el intento, ahí estaba mi padre, culeando en mi lugar, como si su órgano estuviese adentro de esa mujercita antes de que el mío pudiera siquiera comenzar a levantarse, como si viera de antemano su culo subiendo y bajando encima de cada niña que yo deseaba, cada niña que había respondido a mis solicitudes. Yo me había interpuesto entre él y mi mamá, me había colocado en la posición impregnable que había hecho que su juramento de hacer el amor sólo con ella fuera imposible, y ésta ahora era su venganza. No es que creyera que ésa era su intención explícita, pero así había resultado. Lo peor, Janice, es que de a poco me fui convenciendo de que no valía la pena siquiera iniciar un contacto con el otro sexo, me sentía fracasado antes de empezar. Mejor emprender la retirada.

Me pasé más y más tiempo en el baño con mi mano y, sí, hasta con ese asiento frío y despiadado del excusado, y la única vagina en la que podía penetrar cada día era la profunda garganta de mi computadora y su pantalla, donde por milagro apareciste un día tú, Janice. Ahora estabas llena de experiencias -o así me lo aseguraste; con ganas de hacer algún experimento conmigo, con este irresistible tiburón- o así me presentaba yo. Y cuando eso sobrevino, cuando nos volvimos a reunir sexualmente en el ciberespacio y me encontré más lejos de tu dulce y húmeda cueva de chicana que en aquellos tristes y frustrantes momentos sobre el sofá de segunda mano de tus padres, cuando eso sucedió, me di cuenta de que había cumplido un círculo perversamente perfecto, volviendo al mismo lugar estéril de donde había partido hacía unos años, de que no había avanzado para nada y fue entonces que decidí que había sólo una solución a mi dilema: ver a mi padre lo más pronto posible y que él me liberara de la maldición que su vida de catálogo me había impuesto inconscientemente. En mi imaginación trastornada, él era en mi cama el rival que me había ganado el quién vive, así como el aliado dispuesto a convertirse en mi guía erótico apenas le contara mi trauma. De sus cartas yo sabía que él era alguien en quien podía confiar.

Me senté varias veces a escribirle una carta, y en una ocasión hasta me puse a grabarle un absurdo mensaje en un casete. Pero se trataba de un hijo que no había visto a su padre en quién sabe cuántos años y ¿cómo iba a poder, así nomás, escupirle toda mi desdicha desde esa distancia, todo lo mal que me iba, averiguar cómo se las arreglaba él para que me ayudara? ¿Cómo fiarme del correo, norteamericano o chileno, para hacer entrega de mis secretos más íntimos? Y el más secreto de todos, el más visible y manifiesto: mi cara. La cara que no quería que vieras tú, Janice.

Una cara que ya nunca verás.

No estaba envejeciendo junto a mi cuerpo esa cara mía. Se había quedado congelada en el momento en que tú y yo teníamos quince años. La cara que viste flotando encima de tu cuerpo caliente en nuestra tercera noche y durante mi intento número treinta, cuando tratamos de hacer el amor por una última vez. Esa cara de inocencia se había mantenido tal cual era en plena y temprana adolescencia, esperando que le sobreviniera, con el pasar de los años, una ruptura y revelación sexual que rescatara sus rasgos, esa cara que gritaba a los mil vientos que yo todavía era virgen. Claro que traté de compensar ese desastre. Me dije que podría hacer creer a todo el mundo que era digno hijo de mi viejo, aun sin que nadie a mi alrededor supiera de sus hazañas.

Me vanaglorié de mis experiencias como si fuese el putamadre del universo, -the great motherfucker-, el super madrazo. Juré que cada niña con que me topara pensaría que me estaba tirando a su mejor amiga, que cada muchacho creería que me estaba fornicando a su novia. Pero la cara que reconocía a mi pesar en el espejo matutino me devolvía la verdad que dentro de poco estaría gritándole a cada habitante de Manhattan y del Bronx y de Brooklyn, la horrible verdad si es que no lograba engañarlos a ellos como había logrado hacerlo con mi madre. Descubrí muy pronto con ella que la mejor manera de encubrir lo que realmente me estaba pasando era dedicarme al exhibicionismo más flagrante.

Mentirle a mamá fue el ensayo perfecto para lo que serían las solitarias sesiones en los -chat rooms- de Internet, las perversas posturas y cópulas que terminaron siendo la única fornicación a la que accedí, exponiéndoles a seres absolutamente extraños y desconocidos mis silenciosos aullidos de placer, ellos como yo llenos de pánico por lo que se toca y se huele, y los pelos del pubis y los jadeos de un pecho de verdad, hasta que la misma memoria de tu cuerpo real debajo de lo que había sido mi peso real se fue haciendo más y más remoto, Janice Worth.

Con cada jactancia que reforzaba mi imagen pública y cibernética me alejaba cada vez más, siempre a la deriva, de la posibilidad de confesarle la verdad a alguien como tú o como mi mamá, ni qué hablar de mi papá. El correo no me servía, ni el teléfono, y cuando se inventó el correo electrónico, tampoco, puesto que, aun en el caso improbable de que mi viejo hubiera sabido lo que era una computadora y se hubiera suscrito a la incipiente red, imagínate transcribir estas palabras tan directas en una pantalla: tú me metiste en este lío. A ti te toca ayudarme. ¿Cómo lo hiciste, cómo lo haces? Él tenía la respuesta, probablemente estuviera respondiendo una pregunta similar de un desolado adolescente prófugo en Chile que se moría por un amor imposible. Lo que el gran McKenzie me susurraría a mí apenas yo pudiera sentarme y hablarle de hombre a hombre. Tan pronto como retornáramos.

-¿Y cuándo vamos a volver?-

Como si yo no supiera lo que ella siempre contestaba. -Cuando vuelva la democracia, entonces-, era la respuesta invariable.

-Esta Milagros no pisa territorio chileno hasta que no queden rastros de Pinochet-.

Así que comencé, lentamente, después de que a nuestro fiasco inicial, Janice, le siguieron varias tentativas y tanteos frustrantes, a interesarme una vez más por el destino del país donde había nacido. Debido a la cruel y hereje necesidad.

Necesitamos rebobinar ahora, Janice, echar marcha atrás en el tiempo. ¿Por qué no sabías que yo era chileno? ¿Por qué no te lo dije? No sólo para engañar a tu madre, por cálculo. Había razones más profundas, que ahora te puedo revelar. ¿Te acuerdas cómo le dije a mamá esa noche de 1983 en que no hicimos el amor que no me interesaba -all that latin American shit?- ¿Te acuerdas? Bueno, no estaba exagerando.

Durante los cuatro años previos, desde 1979 para ser exacto, había estado nadando desesperadamente en dirección contraria a Chile, tratando de escapar de los chispeantes ojos latinos del Che Guevara, de escapar del continente por el que murió y por el que exigía que quienes lo sobrevivieran también sacrificaran sus vidas, tratando de escapar de ese Chile desbordante de muerte. Era una manera mía de reaccionar contra las palabras desaforadas de mi madre, mamá dándole duro a la culpa y al melodrama. -Le debes tu vida, a él, a él, en la patria oprimida los niños se mueren de hambre, Pablo Barón está en la clandestinidad y tu tío Pancho se arriesga el pellejo cada día desafiando a los milicos, ocurren cosas en tu patria oprimida que me da vergüenza dejarlas salir de mi boca, cosas que le hacen a quien se atreva a recordar la existencia del Che, a pronunciar el nombre de Salvador Allende, o las palabras democracia, libertad, palabras prohibidas en la patria oprimida, palabras que acá en el exterior conservamos como un fuego sagrado-.

Su imagen, Janice, no la mía, te juro que así habla ella cuando se siente inspirada. Mamá me aleccionaba en la revolución que había sido incapaz de llevar a cabo en la realidad de su vida pero que ahora fructificaba gloriosamente en el cerebro de su pobre niño cautivo: el -Venceremos- de los Quilapayún y el -Te recuerdo, Amanda- de Víctor Jara, al que le habían cortado las manos en un estadio con un hacha -¿de veras le truncaron las manos a hachazos, mamá? ¿Por qué un militar iba a usar un hacha?-, y los Inti-Illimani que habían adoptado su nombre de un volcán en Bolivia -¿un volcán en Bolivia? ¿Un grupo folclórico chileno? ¿Por qué? -No hagas tantas preguntas. Cuando tengas edad, vas a entender--.

Me arrastraba a protestas y reuniones multitudinarias donde centenares de exiliados lacrimosos y sus acompañantes gringos levantaban el puño en alto y entonaban himnos de esperanza y bebían cantidades colosales de pésimo vino californiano con tal de respetar el boicot al excelente vino chileno, y devoraban gran cantidad de empanadas traídas por mi mami, al principio desde su puesto ambulante y más tarde desde su Restaurante Milagros. Forzándome, ella, a atender ceremonias por una patria muerta y moribunda que yo casi no podía recordar, forzándome a calibrar los ojos de esos hombres enjutos de Manhattan que deseaban meterse dentro de ella, los ojos que se preguntaban si terminarían la noche en el hogar de ellos o si ella los iba a invitar a compartir su cama, perturbando mi sueño con los sonidos de su cópula en la pieza de al lado. Era demasiado para mí, cada vez más insoportable.

Cierta noche, el 11 de septiembre de 1979 habíamos llegado a un loft de algún artista chiflado en SOHO para denunciar con muchos otros los seis años del golpe militar. Yo simplemente desaparecí, me hice humo tal como todos esos niños que mi padre traía de vuelta al hogar en Santiago. No podía tolerar un discurso patriótico más, un afiche más del palacio presidencial de Chile ardiendo en llamas. Tenía apenas once años y ya me había atiborrado la cabeza con palabras en castellano que significaban absolutamente -nothing-, quiero decir nada, -it didn't mean jack shit to me-, a este -American kid-: junta fascista, Pinochet cabrón, buen asilo contra la opresión.

Bajé a la calle.

Tenía que ser mi típica suerte puta que abajo, sobre la vereda justo afuera del edificio, unos niños de raza negra estuvieran haciendo algo que dentro de poco se llamaría -break-dancing-.

Contemplé sus giros y piruetas mientras rotaban de una mano a la otra y se mantenían milagrosamente a un centímetro del cemento, reconocí la música que ensordecía el aire desde el -boom-box-, la misma que siempre escuchaba. Busqué refugio en ese ritmo y descarga que nada tenían que ver con los compases de una balada cubana que me llegaba desde el loft, envenenando dulcemente el aire húmedo y pegajoso del tardío verano neoyorquino, acerca de lo inmortal que era el Che Guevara y que no estás muerto, comandante, o algo por el estilo. Logré anular esos sonidos y hacer de cuenta que no le debía nada al Che. Que no era verdad que un gigantesco afiche suyo me corroía la vida. Hacer de cuentas que yo era idéntico a esos jóvenes en la calle, ninguna diferencia, uno más de la pandilla. Ellos deben haber detectado mi ansia, porque al poco rato dejaron de practicar su danza acrobática y se pusieron a conversar conmigo.

Tenían la intención, dijeron, de pasar a ser profesionales, me avisaron que ya los habían citado para un -show- de la tele -¿qué te gusta mirar a ti -on the tube?, y de repente desde el segundo piso pude oír los sonidos del Inti-Illimani cantando una canción de melancólica victoria, una voz masculina excesivamente emotiva que gritaba ¡compañero Salvador Allende!, y un coro que retrucaba más fuerte aún con un ¡presente! una y otra vez. Imaginé a mi madre y sus compinches con los ojos acuosos, sintiéndose tan puros jurándole lealtad a otro hombre muerto, tratando de fingir que estaba vivo tal como habían tratado de fingir durante la última década que al Che no lo habían matado en Bolivia.

Me sobrevino una... no sé, algo me pasó. Sentí que era urgente quemar los múltiples puentes que me unían a ese canto y ese grito y esa muchedumbre solidaria y esos hombres muertos, y teniendo plena conciencia de lo que hacía -oh, Janice, aprecié el delicioso temblor de la traición, me encantó el escalofrío de saber exactamente lo que hacía y por qué lo hacía-, mi mano descendió al infierno de mi bolsillo y le entregué a los danzantes todo mi dinero. Bueno, no era realmente mío, era todo el dinero que se había recolectado de la venta de afiches, libros, discos y la comida celestial que mi madre cocinaba a partir de las recetas de la Nana, la plata constante y sonante de todas las baratijas solidarias que se habían vendido esa noche en el acto conmemorativo. Les pasé el dinero que provenía del expendio de las artesanías fabricadas por los presos políticos y que servían, se suponía, para alimentar a sus familias; a esos niños morenos

norteamericanos les ofrecí el dinero destinado a los periódicos clandestinos y los sindicatos prohibidos y las ollas comunes en las poblaciones. Les entregué Chile con la esperanza de que no me devolvieran ni una parte, para que nunca más tuviera que considerarme parte del destino de ese país.

-Es una donación-, les dije, antes de que pudieran expresar su asombro. Había por lo menos unos trescientos dólares. -Una donación de la Resistencia Chilena-, como si ellos supieran dónde quedaba Chile, qué era Chile, como si no se hubiesen percatado ya de que yo era un lunático total, como si no estuviesen en ese mismo momento recogiendo su música y sus camperas para partir de ahí antes de que el -crazy latino kid- se arrepintiera.

Pero no me arrepentí.

Me puse a caminar -uptown-, en dirección al norte de la isla, tomándome el tiempo, siempre a pie, con la absurda esperanza de que mamá se hubiera dormido antes de que llegara, en puntas de pie, a casa. Tomándome el tiempo. Tal vez fue por eso que paré frente a la tienda Crazy Eddie, con su vitrina repleta de televisores, todos transmitiendo el mismo programa, quizá por esa razón me quedé parado ahí durante casi una hora mirando las mismas imágenes repetidas en veinticinco pantallas fracturadas, montañas de hielo flotando sobre un oscurecido océano de olas negras, cavernas de nieve y neblina que vi por primera vez esa noche, un programa especial sobre la Antártida que yo miré embrujado desde el otro lado de la ventana sin escuchar ni un sonido. En ese momento, por cierto, no tenía idea de que el Chile que acababa de repudiar tuviese la menor conexión con ese mundo extraordinario y proscrito que estaba descubriendo y devorando con mis ojos. Sólo ahora veo cuán irónico y fatal fue que en la misma hora en que declaré mi independencia unilateral del país natal fuese emboscado por imágenes del continente silencioso de cristal que era parte del territorio de ese país, Chile deslizándose subrepticiamente dentro de mi vida por la puerta trasera mientras yo montaba guardia en la entrada principal, negándole ciegamente el paso. No, yo no tenía la menor sospecha de que el iceberg ya estuviera llamándome, seduciéndome, esperando a que lo encontrase en ese aullido de aguas. Mi mente estaba demasiado absorta en mis propias transgresiones, en ese dinero que había regalado, el dinero que, en vez de liberar a Chile, me iba a liberar a mí del maldito Chile. Liberarme de nunca más tener que asistir a otro acto de solidaridad con ese Chile con el que había roto.

Mamá jamás me llevó a otra reunión. Pagó de vuelta ese dinero con mi mesada, vendió por una suma ridícula mi colección de discos, me redujo los gastos durante un año entero, me robó a mí mucho más de lo que yo le había robado a la famosa Resistencia Chilena, mantuvo andando ocho ollas comunes en Temuco y cinco talleres para mujeres desempleadas en Arica y quién sabe qué cooperativa campesina en Puerto Varas. Me dejó sin un centavo durante meses de meses, pero valió la pena, como el dinero que se paga para rescatar a alguien que fue secuestrado, dinero que yo entregué sin chistar para salir de mi secuestro, secuestrado como estaba por el pretérito de mi mamá y que ya no reconocía como mío. Ella entendió mi mensaje de independencia, que le estaba informando que yo no tenía nada que ver con mis orígenes, que desde ahora en adelante yo era un gringo, un -boy-scout- que quería jugar al béisbol y no saber más nada del fútbol, a menos que se tratara del American football, con sus -

helmets- y estrategias bélicas y juego duro. Digo que ella lo entendió porque impuso dos condiciones a mi autonomía y yo acepté ambas.

La primera: en el hogar sólo se hablaría castellano. a la menor señal de que estaba perdiendo el uso de mi lengua materna, ella me devolvería a Chile en el primer avión para que me criara la abuela Claudia. Todos los días un capítulo de -El Quijote- y todas las noches un poema de Rubén Darío. ¿Entendido? ¿Y la segunda? -El afiche del Che se queda en su lugar-, me dijo. -Si lo tocas, te mato-. Estoy seguro de que hablaba en serio: aún no había explicado la conexión con ese hombre que había hecho posible mi existencia, pero si me atrevía a ensuciar o menoscabar su imagen, ella me retornaría personalmente a la tierra de los muertos de donde la muerte de ese hombre mismo me había rescatado. Tampoco tenía yo tantas ganas de deshacerme del afiche -antes necesitaba investigar a fondo por qué ese tipo con la estrella en la boina y los ojos traviesos y los bigotes debiluchos era tan crucial a mis orígenes-. De todas maneras, para qué poner a prueba la resolución de mi madre si yo había obtenido mis deseos de desbaratar mi relación con su país.

-Una advertencia final-, dijo mamá. -Te aviso que vas a pedir a gritos, de rodillas, que te lleve yo de nuevo a un acto solidario, vas a venir corriendo a pedirme noticias de Chile, y yo no te las voy a dar-.

Sus palabras terminaron siendo más proféticas de lo que ella jamás pudo anticipar.

Una noche, unos cinco años más tarde, como diez meses después de mi último y frustrante encuentro contigo, Janice, cuando ya me había convencido a mí mismo de que era indispensable ir a visitar al padre distante que poseía la respuesta a mi dilema, una noche, debe haber sido en 1984 más o menos y yo tendría dieciséis, me descubrí mirando de reojo las protestas chilenas en la -CBS evening news-. Durante los últimos cinco años, cada vez que había un ítem sobre Chile -lo que, por lo demás, tampoco era tan frecuente, Janice- había hecho ostentación de pararme a buscar una coca, bostezando aparatosamente, abriendo un libro que siempre tenía al alcance de la mano. Esta vez logré vislumbrar, por encima de la cabeza de mamá, a un grupo de estudiantes peleando con la policía en Santiago, mujeres arrastradas por el pelo asido por manos enguantadas, carros lanza-aguas que derribaban muchachos de mi edad.

Mamá interrumpió la transmisión. Pantalla en blanco. -¿Noto algún interés? Mejor pongamos dibujos animados-. Esperó una respuesta. -¿O quizás quieres ver algo más?-

Enfrenté sus ojos con toda la inocencia que cabía en mi cara de ángel. -Sí-, le dije. -Me gustaría ver más-.

-Te gustaría ver más de lo que pasa en tu país-.

-Sí-.

-En tu país-.

-Sí, en mi país-.

Mamá podría haberse burlado de mí, ufanándose triunfalmente, machacándome que yo-te-lo-advertí, yo-te-lo-dije. Prefirió darle una cálida bienvenida a su revolucionario pródigo retornado al hogar de la lucha, se resarció por cinco años de información que había suprimido mordiéndose los labios: se puso a la tarea de ponerme al día, adoctrinándome acerca del pueblo, el Pueblo, que había hallado una forma creativa y peligrosa de romper la hegemonía (su palabra, Janice) del tirano. Durante el último año, mes a mes se habían producido protestas masivas en Chile que casi podrían calificarse de motines: el país invisible que moría bajo la bota militar comenzaba a levantarse, a soliviantarse, a alzarse.

Yo no le dije que tenía la esperanza de que su mítico pueblo ayudaría a mi desvaneciente pene a que se levantara y se soliviantara y se alzara a su propia manera al derribar al dictador al otro lado del hemisferio, no quise que ella supiera que no eran precisamente puras ni patrióticas mis razones para celebrar la lucha popular, identificando mi fortuna sexual con su éxito y mi consiguiente retorno a los brazos de un padre sabelotodo en materia de erotismo. Mamá no tomaría bien, se me ocurría, mi certeza de que la libertad de mi pobre pinga dependía de que el país mismo estuviese libre y Pinochet purgado de este planeta.

Era enfermizo, eso lo admito ahora, Janice. Pero en aquella época tenía diecisiete y me sentía atrapado: ya no era solamente mi padre el que me acompañaba en mis citas amorosas cada vez menos frecuentes. -He's a nerd, he's a wimp-, es un ganso, un cartucho, un hueveta al que no se le para nunca, te trabaja el calor con los dedos y después, nada, un puro refrigerador -todo el mundo ya me tenía clasificado en el -high school- y esa mala fama me precedió a la Universidad de Columbia-. Sí, decidí quedarme a estudiar en Nueva York. Entré a la primera clase de mi primer año universitario y no me cabía duda de que todas las niñas de Composition 101 sabían ya los secretos de Gabriel McKenzie, el calentón, el bacalao-al-que-le-gusta-manosear-pero-hasta-ahí-nomás-llega, el que se-quedó-en-la-playa, el que se-culea-los-libros-pero-no-las-damas, porque a esas alturas ya se me notaba, Janice, que toda la energía que el 99,99 por ciento de los jóvenes de sexo masculino hacía estallar en el hoyo de algún semejante, yo la estaba gastando en palabras en una pantalla o en palabras en una biblioteca. Llegué a entender por qué los monjes medievales sublimaban el hambre de sus penes en lecturas y escrituras exhaustivas, todo ese deseo excesivo, leyendo a Dostoyevski o Góngora en vez de escuchar los conjuntos de rock, escribiendo ensayos cáusticos sobre De Sade y Borges y recibiendo la nota más alta en las pruebas de ingreso a las universidades, despreciando y envidiando a los demás miembros de mi generación que iban a ver los filmes de mala muerte de Freddie Kruger ocho veces seguidas con tal de que la mujercita histérica a su lado se aprovechara del pánico para agarrarle la mano a su compañero y por ahí algo más sustancioso. Mientras más conocimientos intelectuales acumulaba y cuanto más enciclopédicos, menos lo mostraba mi cara. Para que te des una idea, Janice, me ofrecieron ser miembro honorario de la Asociación de Abstinentes Sexuales y participar en las ceremonias de los Vírgenes Sagrados de Jesús y también de los Campeones de la Castidad. Te quiero decir, estaba jodido, requetejodido, requeterrecontrajodido. Y, te repito, no sólo me rondaba la presencia malsana de mi padre cada vez que me

atrevía a hablarle a una muchacha, susurrándome consejos por encima del hombro --Si yo estuviera en tu lugar, ahora le diría algo gracioso, yo me tiré a una minita exactamente como ésta, pezones parecidos, fue hace un par de años atrás, de hecho me culeé a una serie de vaquillas similares--, no podía dejar yo de inventar un simulacro de su voz en mi interior, a veces vejándome, otras veces urgiéndome a que no cejara en mi búsqueda. Cada noche que él hacía el amor en Chile yo me abstenía en Nueva York, como si alguna deidad insana hubiese decretado que sólo uno de los dos McKenzies, padre o hijo, podía insertar su órgano en una vagina expectante y que sería siempre el progenitor y jamás su vástago.

Insisto en que no bastaba con que mi padre fuera mi constante copiloto, sino que además, para colmo, se había subido también a la expedición el general Pinochet, insultando y ultrajándome en el mismo instante en que mis manos se disponían a trabajarle el cuerpo a una jovencita deliciosa. Por lo menos papá era una presencia benévola, quería que llegara a la meta, mientras que el General era un demonio siniestro y lascivo, como un guerrero medieval que deja su espada en la cama cuando parte a la cruzada, se la coloca entre las piernas de la esposa, para separarla de los hombres impúdicos que se mueren de ganas de saborear la honra de su dama durante la ausencia del señor. Como si el maldito Pinochet se hubiera erigido en el guardián de la lejana virtud de las adolescentes neoyorquinas que yo tenía entre miras.

Atrapado, sí, me sentía atrapado por un maleficio aterrador, y las protestas en Chile no avanzaban para nada, por mucho que mi madre y yo las aplaudiéramos desde nuestras posiciones divergentes y aparentemente unánimes, y la única manera, me dije mientras mis ojos virginales contemplaban pasar el solitario río Hudson, me lo dije un día de septiembre de 1986, el único modo de salir de la cárcel que yo mismo me había construido, era que algún héroe liquidara al dragón, matara al hijo de puta para que yo pudiera volver al hogar y ponerme a culear.

Apenas me había visitado el pensamiento cuando, a los diez minutos de haberlo pensado, retornando de mi caminata y subiendo a nuestro departamento en Riverside Drive, en el preciso instante en que me senté a mi Kaypro y escribí mis deseos como si ponerlos en una pantalla pudiera garantizar que verían su cumplimiento en la realidad, en ese momento sonó el teléfono -te lo juro, Janice, sonó como un ángel enloquecido- y mi oído atendió a lo que la excitada voz de mi madre respondía a esa voz que hablaba desde Chile: a Pinochet lo habían asesinado, un grupo de guerrilleros urbanos lo había emboscado en el Cajón del Maipo, despachándolo al otro mundo y, de paso y sin proponérselo, regalándome un boleto de vuelta a Santiago. Pero una hora más tarde, la radio desmintió la información: el General había sobrevivido milagrosamente, cuatro de sus guardaespaldas estaban muertos pero Augusto Pinochet Ugarte se encontraba vivo y listo para vengarse de sus compatriotas, listo para hacerles la vida miserable y, sin tener la menor idea de mi existencia, también hacérmela miserable a mí, garantizando que nunca tendría una hembra en mi triste cama.

Aun así, fue el momento en que comencé a abrigar una migaja de esperanza, aunque no fuera más que un hormigueo de esperanza, algo en qué creer. No te hagas mala sangre, le dije a mamá, van a eliminarlo en la próxima oportunidad,

tienen que haberse escondido y sólo están aguardando otra ocasión propicia.

Ocho meses más tarde sonó el teléfono, era un domingo de 1987 y yo me aprestaba a meterme en el buche un inmenso sandwich norteamericano cuando vi que la cara de mi madre palidecía.

-Detuvieron a tu tío Pancho-, dijo ella. -Parece que estaba metido en el atentado contra el Pinocho. A tu abuela Claudia le dio una crisis cardiaca y piensan que no va a sobrevivir la noche-. Al otro día: -Murió tu abuela. Tu padre dice que no van a soltar a Pancho para que asista al funeral. Que a Pancho..., que le están dando duro. Él dice que es inocente pero...-. Y no agregó, cómo podría haberlo hecho, que la predicción del hermano de mi padre en ese almuerzo en 1967 de que habría en el futuro inmediato una Latinoamérica socialista aparecía cada vez menos profética con el correr de los años... y que si iba a producirse tanto el derrocamiento del General como mi inauguración sexual, tendría yo que cambiar de estrategia y, en vez de confiar en los que planeaban terminar con Pinochet por la vía armada, ponerme del lado de los que usaban medios más pacíficos para asegurar su salida del gobierno. Es decir, empecé a poner mis esperanzas en el otro cumpleañero, el alter ego de papá, Pablo Barón en persona, el que, con la lentitud de los que saben a dónde van, iba escalando hacia el poder inmenso que había anunciado como su meta en ese almuerzo el día después de que yo fui concebido.

Contemplé cómo Pablo, que había vivido en la semiclandestinidad todos esos años en Santiago, emergía ahora como uno de los líderes de la oposición, vi cómo Pinochet cometía el error de ir a un plebiscito que él pensó que jamás podía perder y cómo en 1988 se convirtió en el único dictador de la historia que fue derrotado en una consulta electoral. -¿Mamá, podemos partir ahora, de inmediato?-, le pregunté, sugiriéndole que fuera a votar en las elecciones presidenciales ya próximas. Pero ella rehusaba obcecadamente --¡Yo no vuelvo hasta que este cabrón se vaya de una vez y para siempre!-- y siguió rechazando la idea con igual ahínco aun cuando Patricio Aylwin ganó los comicios el año siguiente y también cuando tomó el mando de la República en marzo de 1990, el primer presidente democrático en diecisiete años.

Y Pablo Barón, helo ahí, todo un ministro, tal como lo había prometido, la eminencia gris del nuevo régimen, el genio estratégico, el hombre que había sabido hacer el marketing de la democracia a una nación consumida por el miedo. -Mamá, ya se fue el Pinocho-. -No, no es cierto, todavía es comandante en jefe del Ejército, y designó a un tercio del Senado y nadie lo puede echar y todos los jueces son sus compinches y...- Así que fui presenciando desde lejos a ese país camino a la democracia, sufriendo una transición que significaba que todas las viejas estructuras se mantendrían en su inamovible lugar, y comenzó a bajarme una desesperación irremisible, Pinochet iba a entronizarse en el poder para siempre jamás, o por lo menos hasta marzo de 1998, y después de eso sería un senador vitalicio hasta el día en que se muriera, y el desgraciado más que seguro que viviría hasta los ciento veinte con el solo propósito de cagarme, para garantizar que yo siguiera siendo virgen hasta el año 2017, a menos que retornara por mi cuenta para ver a mi padre, pedirle su auxilio para sacarme esta maldición de encima, esta cara, pedirle que salvara mi pico de estar eternamente a merced de las interminables palabras acerca del acto sexual que llenaban mi

pantalla apenas me metía en www.allpositions.com, hacer en la realidad lo que tú y yo, Janice, ensayábamos en nuestra masturbatoria soledad. Tengo que volver al hogar, le decía yo a la pantalla anónima, anónimas personas incorpóreas que me escribían de vuelta desde San Diego y Calcuta y quién sabe qué otros lugares. Estás en tu hogar, mi amor, mi tiburón, -you little fucker-, ven a Momma, ven a Poppa, ven a chuparme la teta, sin saber si lo que la Sexy Sybille me estaba ofreciendo, aquellas mamaderas, existían siquiera en su anatomía, sin saber si acaso al otro lado de esa red había una mujer o algún hombre simulando ser ella. Yo también había practicado esa decepción, fingido que tenía ochenta débiles años, había dibujado la fantasía de las inagotables hembras de mi padre sobre la pantalla, yo me había culeado a esa pantalla cada noche durante los dos últimos años, probablemente en el momento mismo en que una mujer en Chile le abría sus piernas a mi padre, y yo apagaba la computadora y la habitación se volvía quieta y callada y oscura, y él en Santiago atenuaba las luces de la lámpara y él podía oír su respiración ahí cerca, iba explorándole la larga espina dorsal, le palpaba cada vértebra, descendía hacia el trasero generoso de esa mujer y agraciaba sus dedos con esa tibieza, mientras que su hijo estaba acá, a todas estas millas de distancia, toqueteando las frígidas llaves de esta máquina que contenía todas las palabras potenciales del universo y ni un beso, y no sé si fue para mejor o para peor cuando comencé una relación privilegiada, si así puede llamarse, contigo, mi Janice salaz, siempre tan llena de buenos consejos y variaciones sobre el Kama-Sutra y Henry Miller, y también acompañando muchas de mis inquietudes intelectuales, quiero decir que eres una dama súper-cerebral y sabia, Janice -tú fuiste la única que sospechó que algo no andaba bien, ¿seguro que eres chicano?, ¿seguro que naciste en California?, tengo la impresión de que no me estás contando toda la verdad, no sería hora de que nos encontráramos y que tú-, pero no me atreví a decirte que lo que estaba tratando de reproducir contigo eran las mil y una noches inacabables de mi padre, aunque sí insinué que dentro de poco pensaba irme de viaje y tú me respondiste que te parecía bien la idea, anda en ese peregrinaje (¿así lo llamaste, recuerdas?) y después vuelve a nosotros, acá está tu verdadera familia, ándale, yo soy la amante que te hace falta, y esas palabras me hundieron aún más en el rompecabezas de una depresión que cada vez más se asemejaba a la locura, recibiendo cada semana una carta de mi padre y su invitación para que retornara: -¿Cuándo te voy a ver? ¿Cuándo vuelves? Vuelve antes de que sea demasiado tarde-. Y mamá, como si pudiera leer la demencia en la que iba cayendo a pesar de mi insistencia en lo bien que estaba, llegó a casa un buen día -temprano y dejó resbalar dos boletos de avión sobre la mesa de la cocina. -Nos vamos a Chile este verano. Un regalo de cumpleaños. Arreglé todo en los restoranes, está todo cubierto, vamos a aterrizar el 9 de julio, el día que cumples los veintitrés-.

Mis expectativas, lo admito, estaban por el cielo, no podía haber estado de mejor ánimo cuando el avión partió de Kennedy.

Estaba tan seguro de que todo iba a andar a las mil maravillas que casi no llevé mi computadora, y sólo cuando bajamos por el ascensor con las valijas pensé en ti, Janice, te había mandado un remoto adiós esa misma mañana, prometiendo que te escribiría al otro día, y me dije que sería bonito llevarte conmigo en ese viaje del que pensaba volver listo para encontrarnos y por fin hacer el amor, cuerpo a cuerpo, completar el círculo. Empujé el botón que paraba nuestro descenso, subí rápidamente, tomé mi nueva Toshiba y mi módem y partí

en busca del hombre que me había hecho a la hora precisa en que al Che Guevara lo enterraban, muerto y solitario, en Vallegrande. Sin tener la menor idea de que lo que me mantendría en Chile sería el iceberg que estaba a punto de ser extraído a golpes de la Antártida. Si no hubiera sido por ese iceberg infernal, que había estado emergiendo del mar durante más de cinco mil años y que ya había profanado mis ojos aquella noche en que supuestamente había cortado todos los lazos que me unían a Chile, si no hubiera sido por la Antártida, agarro el próximo avión y nunca más en mi vida hubiera vuelto a ver a ese hijo de puta de mi padre.

Me alejé de ti y del texto, Janice, por unas horas.

Me escapé de este departamento, fue fácil seguir por Rodrigo de Triana hasta la Expo. Hablo de Rodrigo de Triana la calle, no del hombre. Aunque, ¿quién sabe? Por ahí estaba siguiéndolo todo este tiempo, rastreando sin darme cuenta a un hombre que murió hace quinientos años. Tal vez tú hayas visto esas camisetas, -mamá y papá viajaron a la feria de Sevilla y a mí me tocó esta porquería de camiseta-. Bueno, Rodrigo de Triana pudo haberse hecho tatuar en la frente un mensaje diferente: -Yo viajé al Nuevo Mundo, fui el primero en verlo, y a mí me tocó esta valle de porquería-. El pobre agonizó acá en Sevilla en la pobreza más abyecta -si bien, otros dicen que, por despecho, se hizo musulmán y partió a morir al norte de África. Según la propietaria de mi departamento, una andaluza que tiene, sospecho, una buena ráfaga de sangre gitana, Cristóbal Colón traicionó al tal Rodrigo, reclamó para sí los diez mil maravedíes que los reyes católicos le habían prometido al hombre que divisara antes que nadie a las Indias. Tuve ganas de responderle que si a alguien le había robado Colón ese galardón era a otra gente, a los hombres o mujeres que cruzaron desde el Asia cincuenta mil años antes de que Rodrigo de Triana hubiese siquiera nacido, pero enseguida me detuve. ¿Quién era yo para defender a los nativos de las Américas, los ancestros de mi Nana? ¿Tengo derecho a pronunciar esas palabras, yo que viajé hasta Chile y ni siquiera tengo una camiseta para probarlo, y por cierto sin haber dejado una calle atrás que llevara mi nombre? Pero en algo me parezco a Rodrigo de Triana: a los dos nos robaron lo que más preciábamos, a los dos nos traicionó un hombre mayor en quien confiábamos.

Lo que te estaba contando, en todo caso, era que, saliendo en busca de algo que comer, aterricé en el pabellón norteamericano más bien mediocre. Como única superpotencia del mundo, a ellos evidentemente les importa un pito cómo los ve el resto del mundo.

A diferencia de Chile, donde las apariencias...

Era como estar transitoriamente de vuelta en casa. Ultima vez que voy a masticar una comida de Nueva York en mi vida, gruñí para mí mismo. Un gigantesco sandwich de -pastrami on rye-, de la -delicatessen-. Le puse una tonelada de mostaza. Hasta me dejaron llevarme las sobras en un -doggie bag-, una práctica que disgusta en Chile, o en España, para no ir más lejos. Los norteamericanos anuncian: yo pagué por esto, yo me lo llevo, y yo hago lo que me da la raja. Los hispánicos piensan que es -deshonroso- que a uno lo vean llevándose los desperdicios para la casa. Se preocupan de lo que piensan los demás, de que no vayan a creer que uno tiene la despensa vacía. ¡El honor! ¡Las

apariencias! ¡Las ilusiones!

Y hablando de ilusiones, deambulé hasta el pabellón chileno para echarle otra mirada al iceberg y pasar revista a la escena del futuro crimen. Me puse a mirar a los visitantes que fluían como un río avaro por ese cúmulo majestuoso de hielo antártico que me trajo hasta acá a Sevilla como si hubiera pagado mi boleto él mismo, el iceberg que me hizo quedarme en Chile cuando lo sensato hubiera sido partir, cuando todo me gritaba que partiera de esa decepción de país el mismo día en que había llegado.

Sí, Janice, fue el iceberg el responsable.

Hasta que lo vi, brillando enorme en medio del vasto hall vacío allá en Santiago, hasta ese momento todo había andado mal en Chile durante mi primera tarde de retorno del exilio. Y entonces me percaté con sorpresa de que a mi padre ese montón de hielo viviente le fascinaba tanto como a mí y que tal vez, después de todo, algo nos unía, por ahí eso servía para ponernos en contacto. A esas alturas del primer día de mi retorno a Santiago, ya habían pasado dos horas miserables desde la llegada mía y de mamá al aeropuerto y no me podía haber ido peor. Tanto esperar el abrazo de mi padre para encontrarme con la paradoja de que, a medida que la distancia física con él se acortaba, aumentaba nuestra lejanía, me sentía más y más lejos del hombre que me había concebido. Si el iceberg no me hubiera rescatado, estoy seguro de que hubiera naufragado, hubiera caído por el precipicio de mi padre, desapareciendo hacia el fondo de un abismo, perdido de sus ojos y de su vida, lo hubiera perdido para siempre si el iceberg no le hubiera arrebatado los ojos, si no me hubiera simultáneamente embrujado los míos.

Y también nuestras manos. Una de mis manos y una de las suyas se extendieron para tocarlo, pude sentir la colina de hielo blanco azulino encandilándonos, jalándonos como un imán maligno.

El Polo Sur había atraído del mismo modo a centenares de hombres que habían muerto intentando alcanzar su centro, arrastrando sus pasos cada vez más adentro de la ventisca de una noche que dura seis meses, y todo para pararse en el único sitio de la tierra donde, mire donde uno mire, sólo hay norte, y era con esa ferocidad misma con que me llamaba a mí, a nosotros. Había algo vulnerable y dolido en esa hondura desolada, algo que estaba pidiendo protección. Alguien había desgarrado ese témpano de su hogar antártico, trayéndolo hasta acá, hasta Santiago, a la sala bochornosa, sofocantemente caldeada, con el único propósito de que yo, de que nosotros lo...

No había nada que tocar.

-Tóquenlo todo lo que les dé la gana-, dijo el ministro Pablo Barón. Se dirigía más a mi padre que a mí, pero era mi cuello el que agarraba cordialmente su mano, mis hombros los que recibían ese fuerte masaje de bienvenida. -Los dos. Todo lo que quieran.

Es una ilusión, una réplica, un holograma. Una joyita que les dé a los empresarios y los noticiarios una insinuación, una sugerencia, un simulacro de

cómo va a lucir el maldito coloso cuando lo hayamos capturado. Hasta el frío es fraudulento. Ahora el iceberg verdadero... ¡Ja! Ése es otro cuento. Nadie tiene permiso para tocar ese ejemplar, disminuir esas setenta toneladas de hielo chileno con la tibieza de manos humanas. Nadie va a mancillar nuestro iceberg, derretirlo al hijo de puta, ¿eh, McKenzie?-

Mi padre miró por sobre su hombro, como si hubiese otro McKenzie presente en el foyer cavernoso del edificio de Turismo.

Después, morosamente, como un barco que va virando contra el viento, me miró, como para asegurarse de que yo estuviera pendiente de sus acciones, y sólo entonces giró la cabeza hacia Pablo Barón.

-Mira, huevón. No tengo la más puta idea de por qué me trajiste hasta acá. Pensé que habíamos quedado en que todo el mundo se encontraría en la Casa Milagros más tarde. Ni la más puta madre idea-.

No me gustó el tono desfachatado, sorpresivamente insultante para alguien que, después de todo, según mi mamá, era su mejor amigo. No me gustó, Janice, porque era un machismo de mera exhibición, una beligerancia armada para impresionarme a mí y que no había mostrado cuando la necesité de veras hacía un par de horas, cuando nuestro primer encuentro en diecisiete años se había visto interrumpido, aunque tal vez violado sería la palabra más apropiada, puesto que lo que ocurrió fue, en efecto, una violación. Poquito después de que mamá y yo bajamos exhaustos -el vuelo venía atrasado en doce horas- y logramos trastabillar por las puertas corredizas de Policía y Aduana para ser recibidos ruidosamente por un tropel de parientes desconocidos a los que sólo había frecuentado yo en fotos esporádicas y tartamudeantes llamadas telefónicas que recibía en la intermitencia de los aniversarios y emergencias y días festivos, los remotos sobrinos y primos en tercer grado cuyo nacimiento no había presenciado, enredándose entre mis piernas, jugando a la escondida, a pillarse. Una pequeña que chillaba como si la estuvieran degollando se aferró de mis muslos con ambas manos de espantapájaros como si temiera que fuera a desaparecer de nuevo yo por otro interminable exilio, un torbellino de nombres y rostros y cuerpos emocionados que me cobijaban sin que tuviera la menor idea de su identidad, de por qué demonios esa muchedumbre parecía amarme tanto, cuando el único que yo quería que me hiciera cariños y me diera refugio era mi padre.

Pero él no tenía apuro.

Se había puesto a mirar a mi madre, eso es lo que hacía mi papá en el salón de llegadas internacionales de ese incómodo aeropuerto, listo para sondear esos músculos de ella que fluían debajo del vestido verde, desvistiéndola en forma pública de manera que cualquiera pudiese devorarla, bastaba con que tuviesen ojos, y yo los tenía, vaya si yo no iba a tener ojos, yo presencié cómo él la miraba, cómo se iba arrimando a ella desde lejos, todavía sin tocarla, seguí sus ojos depredadores dibujando la curva de los pechos de mi mamá, él estaba midiendo lo que diecisiete años de separación habían hecho y deshecho, tratando de recuperar cada noche y cada clímax de esos años, adivinando cuántos otros hombres se habían encorvado hacia ella y sobre ella, sus ojos preguntándole si esa noche él iba a poder hacerle otro tipo de preguntas con las manos y con otra

zona de su cuerpo, si el pacto sexual que habían concordado hacía tantos años era todavía válido, renovable, pronto a renegociarse, si esa noche él levantaría las sábanas de su cama y contemplaría ahí su cuerpo desnudo esperándolo mientras yo escuchaba desde la pieza contigua.

-No te hagas problemas. Esta noche no van a culear-.

Ésas fueron las primeras palabras inteligibles que oí al desembarcar en Chile, las primeras palabras que alguien me dirigió. Venían desde atrás de mis espaldas, y aunque me cogieron por sorpresa y me llenaron de curiosidad, no me di vuelta para identificar al autor de esa voz baja, urgente, lúbrica. No quería perder de vista a mi papá, no quería perderme el momento en que él mudara su visión para fijarla en mí, para recogerme en el regazo de sus ojos por primera vez en casi dos décadas, para recibirme en la cuna de sus ojos. La persona que había hablado, fuera quien fuera, tiene que haberse dado cuenta de lo que yo estaba haciendo, pudo adivinar mis pensamientos tal vez debido a que él los compartía, y fue entonces que el dueño de esa voz y de mis pensamientos se puso frente a mí, interpuso su escuálida figura colorina entre mi padre y mis ojos, apretó mi mano con el magro grosor de la suya, y dijo: -Yo soy Leopoldo, pero puedes llamarme Polo-.

Polo. El cabrito de diez años que mi padre había rescatado la noche en que la muerte del Che me abrió la eventualidad de nacer.

El niño al que mi padre había guiado de vuelta al hogar antes de cruzarse con su futura esposa en la marcha de protesta en la Alameda. El niño que, según me había informado mi mamá hacía tiempo, terminó haciéndose cargo de la Casa Milagros y de la Agencia de Detectives McKenzie. Yo sabía todo acerca de Polo por las cartas de mi papá, cómo había venido a buscar empleo, apareciendo milagrosamente el mismo día de 1981 en que la Nana le había avisado al gran McKenzie que no iba a seguir a su servicio.

Había aceptado la vieja la tarea de hacer funcionar la Casa bajo la presunción de que el régimen militar no iba a durar eternamente y con la certeza de que su niña Milagros y su Gabrielito volverían pronto, pero se estaba haciendo claro que la situación iba para largo. Ya habían pasado siete años desde la partida de sus seres más queridos, y ése era el plazo que se había dado para que los suyos retornaran, así que había decidido emplearse en casa de don Pablo Barón. La Nana había salido por una puerta y tres horas más tarde por esa misma puerta entró Polo, un joven fortachón y flaco, veinticuatro años de edad, Polo traspasando el umbral el único día en que era indispensable su presencia para cumplir el trabajo con que había estado soñando todo ese tiempo, convertirse en el asistente de mi padre, seguir los pasos de mi padre como una sombra, probando por el mero hecho de haberse materializado en ese umbral en el puntual momento en que hacía falta, que él también poseía un sexto sentido y que era sin duda la persona que Cris necesitaba para manejar la casa Milagros ahora que la vieja Nana había decidido abandonar sus labores.

Y aquí lo tenía diez años más tarde, manejándome como si yo fuera uno de los niños que había buscado amparo en la Casa Milagros, brindándome consejos acerca de cómo tratar a mis progenitores, dedicado supuestamente a calmar mi

ansiedad.

-Entiendo tu inquietud, Gabriel-, Polo fue musitando su saliva en mi oído. -Pero de veras no tienes para qué. Tu padre ya se tiró a la mujer que le tocaba hoy. Tempranito. Bien gordita estaba. Una china del barrio. Mañana me la voy a comer yo.

Siempre que Cris no tenga objeciones, eso sí-. Polo se sonrió, como si nada pudiera ser más natural que ponerse a discutir su intimidad sexual y la de mi padre con el hijo pródigo en ese aeropuerto saturado con los fervientes clanes McKenzie y Gallardo. Polo bajó un poco más su voz. -Y de paso sea dicho-, murmuró, -tu papi no quiso que tú lo supieras, pero... tal vez te reconforte saber que se tiró a la mina más temprano que de costumbre por deferencia a ti. Como es tu cumpleaños, dijo que quería quedar libre el resto del día. Para que veas qué tipo más descueve es tu padre. No tenía idea de que llegarían con tanta demora. Pero por si las moscas, tomó sus precauciones. Él es así:

siempre toma sus precauciones-.

Desvié mi mirada de la figura de mi padre por un par de segundos y traté de explorar la cara del intruso. Pero yo era un forastero en esta tierra y el mapa de Polo estaba escrito en una lengua que yo no había aprendido. Esos ojos burlones me estaban advirtiendo que era mejor que aceptara que Cristóbal McKenzie nunca iba a amarme como amaba a Polo -aunque al mismo tiempo su boca proclamaba contradictoriamente la devoción de mi padre y su propia cordialidad, Polo tratando de presentarse como si, por dentro, él fuera tierno como un payaso-. Sí, tierno, Polo, y cruel también como un payaso, me di cuenta. Polo iba a jugar conmigo, a freírme los sesos y devorárselos uno por uno a lo largo de mi estadía, comenzando ya, ahora mismo. Porque ahora mi padre emergió de repente desde... ya no sé desde donde, fue tan sorpresivo su movimiento hacia mí que había sido bloqueado por la ancha sombra de Polo, tal como el sonido de sus pasos habían sido mermados por el trajín de palabras que resbaló desde la boca de Polo: el lugarteniente de mi padre había logrado desviar mi atención en el preciso momento en que yo requería estar más alerta. Sentí a mi padre surgir desde atrás de Polo como una ola que te golpea en la playa cuando eres pequeño, mi padre cayó sobre mí sin darme previo aviso; antes de que pudiera verlo en forma clara y hacerme una idea de lo que estaba a punto de pasar, se me vino encima, envolviéndome en sus brazos como un oso.

Gabriel, Gabriel, Gabrielito -la improbable calidez de su cuerpo-. Hacía tanto tiempo, demasiado, demasiado tiempo. ¿Por qué tardaste tanto? Tal vez me había echado de menos, tal vez Polo era un mensajero de buenas nuevas, tal vez mi visita iba a salir bien después de todo.

Fue justo en ese instante, justo cuando comenzaba a relajarme, a formular en mi mente el filme del resto de mi estadía, viéndome estrenado en sociedad por mi padre, iniciado en los misterios de la seducción, convertido por fin en un mero macho de verdad, fue en ese punto tan deseado que sentí una mano pesando sobre mi hombro, dándome un golpecito perentorio. No era la mano del licencioso Polo, no era el asistente tan atento de mi padre que se intercalaba, sino que otra persona, otra suerte de entremetido. Traté de desarticular esa mano membruda

de mi piel, fingir que no estaba ahí, evaporar esos dedos y desmenuzar esos huesos. Pero la mano insistía, golpeteando otra vez y después otra vez más, y cuando no quise soltar a mi padre, tironeó con una presión urgente que me fue imposible denegar, me desgarró de esos brazos con que tanto había soñado.

Frente a mí había una montaña humana, una morena e inmensa humanidad, que me miraba desde su altura.

Resultó que yo no era su presa, sino un impedimento, más bien un perro muerto en el camino al que había que tirar a un basural.

Él venía en busca de caza mayor.

-Don Cristóbal-, dijo. -El ministro Barón me dijo que lo encontraría en el aeropuerto. Dice que quiere verlo. De inmediato-.

Papá no respondió estoy ocupado, no ves que estoy ocupado, huevón. No dijo: éste es mi hijo, Gabriel, y nada puede separarme de él en este día de todos los días posibles. No dijo: puedes decirle que se meta su invitación directamente por el culo. Eso es lo que yo esperaba, esperaba que el famoso Cristóbal McKenzie, salvador de jóvenes descarriados y favorito de doncellas y matronas, pusiera en su lugar a este matón o policía o polizonte o quién sabe lo que era el tipo; por ahí esperaba algo más que eso, que mi papá le mandara una al mentón y al suelo, mierda.

Nosotros podíamos noquear a este bruto, padre e hijo con los puños erguidos, y contando con alguna ayudita, quizás, de ese truhán, Polo. Nosotros no teníamos por qué aceptar órdenes de nadie. Volvió la democracia a este país, grandulón hijo de puta, tal vez no te has dado cuenta de que los milicos ya no mandan y por eso yo estoy de retorno con mi mamá, pedazo de ladrillo, depósito de material tóxico, ya vas a ver lo que te...

Mi padre me estaba escrutando. Me miró como si yo fuera transparente, me caló hondo con sus ojos de cámara de video, calibró mi cara de niño recién nacido, mis anteojos de carey, mi amor casi perruno hacia él; mi padre registró cada débil detalle de este supuesto cibergenio, y no creo que le haya gustado lo que vio. Él bien podía ser el palo pero yo no era su astilla, su imagen replicada. Yo era feo, era virgen, tenía las manos delicadas de quien se pasa las veinticuatro horas toqueteando una computadora en vez de una mujer, todo mi ser pedía a gritos dame una patada, dámela bien dura. Y es lo que hizo el gran McKenzie:

Me pateó, una patada a las bolas, dura. Pero no. En realidad hizo algo peor: mi papá borró lo que acababa de grabar desde mi llegada, apretó el botón rojo que elimina todo lo filmado, aceleró a fondo y me dejó atrás. Vi cómo lo hizo, lo vi darse vuelta hacia Polo, mirar por sobre mí a su asistente, como si yo no hubiera llegado, como si me hubiese quedado allá en Nueva York. -Polo-, dijo. -Puedes seguirme con el auto-. Y al grandísimo Hulk: -Espero que esto sea de veras importante, Ignacio-.

-El ministro dijo que de inmediato-, fue la respuesta del montículo de carne que, al parecer, llevaba el nombre de Ignacio, lo repitió como si fuera el único

estribillo que había aprendido.

Pero enseguida probó que sabía otras palabras: -No se preocupe, don Cristóbal. Investigaciones se hace cargo de su auto. Nosotros se lo llevamos-. Y propuso una forzuda garra dispuesta a recibir las llaves.

Para mi asombro, Polo no se sometió de inmediato a la autoridad de Ignacio. -¿Y él?-, preguntó Polo, señalándome a mí, reteniendo las llaves. -Hace diecisiete años que el cabro ha estado esperando este momento-.

Ignacio se dio un momento para meditar en torno a esta revelación. -¿Diecisiete años, eh?-, dijo, sin mirarme siquiera.

-Bueno, si se tomó tanto tiempo en volver, no le va a hacer daño esperar un par de horas más, ¿no le parece? ¿O no, don Cristóbal?-

La reacción de mi padre a esta nueva provocación fue encogerse de hombros. ¿Ése era su mensaje para mí? Yo te dije que te apuraras en llegar. Yo te pedí no sé cuántas veces que volvieras antes de que fuera demasiado tarde. Nunca viste a tu abuela Claudia antes de que muriera. De todas maneras, fue así como Polo interpretó el gesto displicente de mi papá. Polo le lanzó las llaves del auto al expectante Ignacio. -Mala suerte, Gabrielito-, dijo.

Ignacio se rascó la cabellera con una de las llaves. -¿Así que éste es Gabrielito? ¿Por qué no me lo dijeron? El ministro dio una orden específica de que lo trajéramos. Dijo algo acerca de su cumpleaños. Dijo que habría mucha champaña-. Ignacio me miró de arriba abajo. -Siempre que tenga edad legal para tomar. Pero con esa -Cara de Guagua-...-

Si Ignacio buscaba una razón adicional para ganar un concurso de impopularidad conmigo, la acababa de encontrar. El muy puto había pesquisado mi punto más flaco, me había llamado Cara de Guagua -que es como decir que tenía yo la cara tersa y suave e inocente como el culo de un bebé-. Guagua es la palabra con que llaman a los recién nacidos en Chile, Janice. Yo había pensado idiotamente que nadie en Chile notaría que mis facciones no maduraban, que no correspondían a mis años. Pero si este montón de músculos me había calzado ese apodo un par de minutos después de mi arribo, lo mismo harían todas las niñas disponibles del país. Como lo hubieras hecho tú, Janice, si yo te hubiera permitido que vieras mi jeta ocho años después de que la divisaste por última vez. Todas las mujeres de este país y del resto del mundo adivinarían también lo que había descifrado el tontorrón de Ignacio: que la ausencia de un padre me había transformado en un nene mamón lactante, mi mismo padre estaba verificando esa intuición ahora mismo al decir: -¿Cara de Guagua, eh? ¿Y qué piensas de eso, Gabriel? ¿Te gusta ese nombre?-.

Yo no respondí.

-¿O te da lo mismo cómo te llamen?-

-Me da lo mismo-, dije yo.

-No vas a reaccionar, entonces-, dijo mi papá.

-Las palabras no importan. Uno puede decir cualquier cosa, escribir cualquier cosa-. Yo pensaba en las cartas que él me había enviado, sus cartas tan llenas de una cordialidad que se había desvanecido apenas había ingresado de veras en su vida.

-Tienes razón-, dijo Cristóbal McKenzie. -Toda la razón. Las palabras importan un carajo. Un genio, este cabrito. Un verdadero genio, Milagros. Felicitaciones. Lo criaste bien-.

-En todo caso, mejor que tú-.

Silencio. Por suerte, Ignacio estaba presente con su habitual y delicado disco insistente. -El ministro dijo que de inmediato-, reiteró una vez más. Indicó hacia una limusina.

Nos metimos adentro todos.

Mamá habló sin parar durante todo el trayecto. Había preparado este viaje durante demasiadas noches exiliadas como para permitir que se lo arruinásemos, había ensayado cada detalle conmigo después de trabajosas jornadas en el restaurante Milagros, y ahora estaba determinada a vaciarme la ciudad gris en mi tímpano aburrido, exhortándome desde el asiento delantero y con la cabeza torcida en mi dirección a que me diera cuenta de lo idéntico que estaba todo y lo increíblemente cambiado, midiendo lo que diecisiete años podían hacerle a un país, a una persona. -Mira, te dije que hay viejos que todavía llevan sus verduras al mercado en carros con caballos que tienen tanta edad como ellos mismos, míralos, Gabrielito. Dios mío, ¿qué le han hecho a Bascuñán? ¿Ésa es la nueva estación de metro? Mira, Gabriel-. Pero yo no estaba de ánimo. Estaba demasiado consciente de mi padre a mi lado, silenciosamente pastando sus ojos por la ciudad borrascosa, para luego abandonar el panorama de la ventana y rapiñar un cigarrillo de una cajetilla, golpetearlo sobre la muñeca, acomodárselo en la boca. Instantáneamente, el brazo de Polo serpenteó desde mi izquierda y prendió un encendedor frente a mis ojos, le prendió la punta del cigarrillo a mi padre y luego se lo expropió de la boca para alumbrar su propio Philip Morris.

El auto se llenó pronto de una nubarrada maloliente.

Yo retuve mi tos. No estaba dispuesto a darle a ninguno de los dos la satisfacción de reconocer en forma pública cuánto me molestaba su descortesía, esos labios de mi padre que acariciaban el tabaco tal como habían acariciado la piel de mi madre en un hotel cerca de la Alameda, no muy lejos de este auto, esa noche en que se había dado el tiempo necesario para buscar al perdido Polo, esa noche en que lo había rastreado hasta el Teatro Caupolicán, sentándose a su lado y bromeando e imaginándose maneras de anticipar los deseos y pensamientos del niño para agradarle, casi como si estuviese invitando a ese fugitivo a que le devolviera el favor tantos años más tarde. Polo, en todo caso, había correspondido, estaba ahora enteramente al servicio de papá, le recordó las citas para el día siguiente, le preguntó si había firmado los cheques antes de partir al aeropuerto, informándole que uno de los muchachos no parecía haberse

mejorado de una fiebre reumática y que tal vez sería bueno que lo viera el doctor Ciruelo una vez más, Polo armando su show de vodevil sólo para mí, para que yo percibiera quién heredaría la agencia cuando mi padre se retirara del negocio. Polo, que había estado chupando, libando, absorbiendo la sabiduría del gran McKenzie mientras yo me entretenía con los asientos de los excusados y esponjas calientes y piernas eternamente clausuradas de gringas despreciativas como tú, Janice. Polo, que había exprimido de su mentor hasta la última gota de sabiduría, tantos interrogantes posibles sobre el sexo que yo, desde mi destierro neoyorquino, había estado cultivando como un jardín. Y era Polo el que iba a saborear mañana la gorda mercadería femenina que mi padre ya había probado hoy.

Por eso, ¿qué importaba si mi padre ahora, una hora más tarde, acá en este edificio de Turismo en el centro de Santiago, y sin otro público que un solitario Pablo Barón, estaba escenificando una rebelión tardía para mi beneficio? Tal vez el hecho de que compartiéramos algo, nuestra atracción sincrónica hacia ese iceberg antes de que descubriéramos que era un holograma incandescente y falso, quizás esa experiencia común lo había forzado a admitir por un instante mi presencia, lo había llevado a usar esas palabrotas, puta madre idea, para que el ministro se percatara de que McKenzie resentía la interferencia con su familia.

Pero el ministro también sabía cómo hablar de una cosa mientras supuestamente se refería a otra.

-Y la Casa, cómo anda, la Casa Milagros, digo-, demandó astutamente, la malignidad de sus anteojos brillando con alegría.

Barón tenía claro que los dos podían ser los mejores amigos del mundo, pero que mi padre, de hecho, no tenía por qué volver a verlo nunca más, salvo esa única vez que se aproximaba en el futuro, visitarlo el 12 de octubre de 1992 para comprobar quién había ganado la apuesta que habían hecho hacía veinticinco años atrás. El gran McKenzie no necesitaba más que eso de Pablo Barón.

Pero los cien jóvenes que mi papá había acogido a través de los años, ellos sí necesitaban ayuda oficial, necesitaban que la mano gordita del ministro reptara hasta el bolsillo de su vestón y sacara una Parker y firmara un cheque un poco menos portentoso que el ministro mismo pero de todas maneras lo suficientemente elocuente como para asegurar que ese año la Casa no tendría un déficit. Esos niños que habían sido prófugos necesitaban esa subvención que cuatro gobiernos chilenos de todas las ideologías habían proporcionado: los democratacristianos reformistas de Frei en los sesenta, los socialistas de Allende temprano en los setenta, los fascistas neoliberales de Pinochet durante esos largos diecisiete años, y desde 1990 el gobierno de transición a la democracia del presidente Patricio Aylwin. Todos ellos generosamente sosteniendo el refugio apolítico que mi papá, con la ardiente eficiencia de Polo, había procurado para jóvenes chilenos sin otro lugar al que recurrir. De manera que mi padre podía insultar a su amigo Barón todo lo que quisiera, pero cuando el poder lo mandaba llamar había tenido que hacerse presente y se quedaría en este sitio tanto tiempo como al ministro le diera la gana, congelándonos el culo con la brisa que salía de los escondidos aparatos de aire acondicionado, como si trataran de materializar al iceberg desde la nada. Barón nos forzaría a mantenernos así, parados ante ese

pedazo de hielo fraudulento y escuchar hasta su último pedo y lamento, porque él era dueño de los hilos que movían la plata y movían el poder y movían a la policía. Estaba bien encaminado para ganar su parte de la apuesta, -van a venir a verme y van a temblar y van a pasarle la lengua a mis zapatos, yo voy a ser el que maneja las marionetas desde detrás del trono-. Nosotros éramos sus rehenes. Él lo sabía y nosotros lo sabíamos y, ahora que se habían terminado las escaramuzas preliminares, era hora de que conversáramos de lo que importaba.

-Vamos a llevárnoslo a Sevilla-, dijo el ministro. -A este fantasma, no. No, nos llevamos el verdadero, setenta toneladas de iceberg, directo desde la Antártida. Sacarlo cascando del hielo eterno, nueve metros de alto, despedazado en fragmentos, los volvemos a ensamblar en Punta Arenas, acarreamos al maldito coloso por el Atlántico hasta el calor de España y la última feria mundial del siglo, darles algo con que podrán enfriarse la lengua, algo de qué hablar durante el verano que viene. Expo 92.

Las otras repúblicas latinoamericanas están molestas, sumamente.

Querían que nosotros nos uniéramos a ellos en su pabellón colectivo, pero decidimos ir por nuestra propia cuenta. Una vez que se haya terminado este show, nadie en Europa va a confundirnos con los otros países del hemisferio, de ninguna manera. Es hora de irle diciendo adiós a América Latina, sí señor-.

-Pero están molestas las otras repúblicas-, repitió mi papá.

-Y yo estoy acá... me has traído acá contra mi voluntad, Pablo, porque tengo que suponer que no son ellos los únicos que sienten molestia-.

-McKenzie, siempre ha sido mi opinión que eres un genio. Por eso es que te hice conducir a este agradable recinto. Pero ¿qué te parece si tú y yo y nuestro Gabriel vamos a tomarnos un cafecito?- El ministro hizo un gesto hacia una minúscula mesa disimulada detrás de una columna donde una delicia de servidora con minifalda supervisaba una cafetera con tres tacitas. -Aunque me dicen que hoy es el cumpleaños de este joven recién llegado al país, así que quizás él prefiera un poquitín de champaña. Es decir, siempre que...- Y entonces Pablo Barón soltó mi cuello y mi hombro, a los que no había cesado de masajear durante la conversación previa, y se fijó con dificultad en mí sobre el centelleo de sus anteojos, como si alguna severa luz que emanaba de mi cuerpo lo estuviese forzando a ajustar su visión. -¿Cuántos años tienes, oye? Yo pensaba que tenías...-

-Veintitrés, Pablo. Cumple los veintitrés hoy mismo-. Fue mi mamá -¡cómo se le iba a ocurrir a mi papá! la que intervenía, defendiendo mi honor.

-Sí, es lo que pensaba, le lleva cinco años a Amanda Camila, claro que sí. Lo que me recuerda que está por llegar, ella insistió en que quería venir y yo...-

-Yo creo que deberías pedirle disculpas a Gabriel-, mi madre lo interrumpió, enlazando su brazo con el del ministro.

Pablo Barón asintió vigorosamente con la cabeza. -Merece mis excusas, qué

duda cabe. Te ruego, Gabriel, que me perdones por haber olvidado tu edad. Tu mami tiene toda la razón: si alguien debería recordar tu nacimiento, ése soy yo. Mal que mal, fui yo el que sugirió que tu papá se desposara con nuestra Milagros, ¿no es cierto, McKenzie? Así que sírvete, m'hijo, hasta que te dé hipo. Sírvanse todos-.

-Polo y yo vamos a servirnos un traguito por allá-, respondió mamá. -Tenemos tanto de qué conversar, que me explique cómo hace funcionar la Casa Milagros, tanta cosa-. Soltó al ministro y enganchó el brazo de Polo, acalló sus protestas con dos dedos gráciles sobre sus labios de renacuajo, y lo remolcó como si fuera él mismo un oscuro pedazo de la Antártida, dejando al ministro a cargo de nosotros, guiándonos hasta la mesita. Nos sentó y despidió con un gesto de la mano a la servidora. Luego extrajo de su bolsillo un pedazo de papel azul pálido y lo colocó cuidadosamente frente a mi papá. Mi padre, utilizando la punta de una servilleta, levantó la hoja, leyó su contenido y luego, para mi sorpresa, me la pasó a mí, tal vez por cortesía, tal vez para darse tiempo a reaccionar. O por ahí empezaba a comprender que no iba a poder darle un buen mordiscón a la fruta prohibida de mamá si no me iba tratando con alguna deferencia. O quién sabe, podría incluso ser que estuviese interesado en mi opinión. Siempre me advertiste, Janice -adivinabas cosas de mí aun cuando te las estaba escondiendo- que tengo una tendencia a exagerar. Así que quién sabe si no estaba sobrerreaccionando, discerniendo una hostilidad suya que no era intencional.

Pero volvamos a la carta. En letras de molde toscas y rudimentarias, alguien había escrito:

-Nos vamos a culear a tu iceberg-.

Y más abajo: -No es tuyo-.

Y al final: -¿Quién soy? Es algo que sólo yo sé y tú vas a tener que descubrir-.

Firmado: -Comandante Venganza-.

Mi padre repitió esta última palabra como si la saboreara:

-¿Venganza, eh? ¿Y tú recibiste esta carta...?-.

La servidora se acercó a la mesa para llenar las tazas con café. El ministro la despachó en forma impaciente y se sirvió el café solo, pero papá le hizo un gesto para que ella volviera.

-Azúcar-, dijo.

No sabía la pobre qué hacer, a cuál de los dos obedecer.

Decidió mirarme a mí, a ver si yo le daba auxilio. Era demasiado.

Evité su oscura cara de Madonna de Boticelli, fijé los ojos en su regazo, sentí o imaginé que sentía una candelada de ardor que emanaba de su cuerpo, y me

quedé esperando que ella me dijera algo, cualquier cosa, preguntarme si necesitaba algo, vaciar más café en mi taza hasta que se desbordara, vaciar algo líquido y caliente por mi garganta. Pero al que le habló fue a mi padre.

-Ahí tiene azúcar, caballero-.

-Bueno-, dijo mi papá, -yo me sirvo siempre dos terrones. Pero si me lo sirve usted, señorita, no voy a necesitar más que uno-.

El piropo agitó a la niña, levantó con unas diminutas pinzas el terroncito y lo dejó caer nerviosamente en la taza. Un par de gotas de café saltaron por el aire y una de ellas punzó la mano de mi padre. Él se la llevó a los labios, lamió la gota, mirando como un niño travieso a la servidora mientras hacía entrar y salir su lengua una vez más. Ella le sonrió y luego, sujeta al imperioso dictamen del ministro, abandonó nuestra presencia. Sin darme ni medio terrón de azúcar. Ni un pensamiento dulce tampoco, a decir verdad. Me hubiese gustado haberle soltado alguna gracia, haber imitado esa peculiar mezcla de urbanidad y lascivia de mi padre, pero no me asomó nada, ni un gemido lamentable. Era como si mi viejo se hubiese acaparado todas las palabras de Casanova del universo, dejándome la garganta seca y vacía.

-¡Por Dios, hombre, basta de conquetear!-

-Es tu culpa, Pablo-, dijo mi papá, -y no lo olvides. Tú provocaste la apuesta original-.

-¿Y ya te culeaste a la mujer que te toca hoy?-

-¿Para qué me lo preguntas si sabes la respuesta?-, contestó mi papá. -Con los hombres de Ignacio siguiéndome por toda la ciudad como si yo fuese un criminal...-

-Tal vez todavía no me han entregado el informe del día. O tal vez no te están siguiendo en absoluto, pura paranoia. Si te estoy haciendo la pregunta...-

-Esta mañana-, dijo el gran McKenzie. -Sólo una vez. Sólo me eché a una mujer. Menos personas que las que te echaste tú-.

Pablo Barón se rió, lo tomó como una alabanza. -De eso se trata este negocio de la política. Metérselo a los demás por su propio bien, por el bien común. Y hay algunos que están felices de que uno se los tire y juran que son tus amigos para siempre jamás y hay otros que lo resienten y creen que se han convertido en tus eternos enemigos, que todo lo has hecho por razones personales. Grave error. No hay nada personal en tirarse a los demás en política-.

-Y dime, ¿cuál de tus enemigos -o tus amigos- te mandó este mensaje?-

El ministro encogió los hombros como diciendo si supiera eso, no te hubiera llamado a ti, huevón, ¿no es cierto?

-¿Cómo la recibiste, la carta?-

El ministro bajó la voz aún más. -Esta mañana. Llegó a mi oficina. Por correo normal. Aquí está el sobre-.

Mi padre volvió a utilizar la servilleta para examinarlo, y de nuevo me lo pasó a mí. Las mismas letras de molde en un sobre del mismo azul pálido. Y el remitente: -Venganza-.

-¿Y qué te parece?-

Mi padre sorbió su brebaje en forma meditativa, se detuvo con un gesto sorprendido y giró su cabeza, buscando a la simpática servidora. Estaba de espaldas a nosotros, absorta, hasta se diría hechizada por el iceberg. Contemplándola, por un instante, me vi a mí mismo como yo había sido esa noche hacía tantos años en Nueva York, respirando a través de mis ojos las réplicas de la Antártida en esas veinticinco pantallas flotantes de televisión.

Vi a un niño de once años de edad jurándose que algún día iba a tener que maravillarse con el objeto verdadero, llevar a cabo el viaje al Polo Sur. Mi padre, por cierto, no tenía tales pensamientos, tales recuerdos. Él simplemente quería asegurarse de que la mujercita que servía la mesa no se percatara de que él había depositado, en forma recóndita, otro terroncito clandestino de azúcar en su taza.

-¿Qué dice la policía? Para no ir más lejos, Ignacio podría averiguar más que yo acerca de...-

-¿Estás loco, Cris? Ignacio no tiene la menor sospecha acerca de este lío. Sólo el Cielo sabe a quién le está rindiendo informes... al Ejército, al Comando Conjunto, quién sabe. Y los otros policías, en esos confío menos aún. Ayer mismo, encontré que alguien estaba grabando mis conversaciones telefónicas. No hemos podido desmantelar lo que el régimen anterior... No. Esto necesita un investigador privado-.

-Yo no me ocupo de casos políticos. Ni menos me ocupo de icebergs. De hecho, tampoco me hago cargo de adultos. Tú conoces las reglas: fugitivos, de sexo masculino, sobre los diez años de edad, debajo de los dieciocho. No soy verdaderamente un detective, si no más bien un...-

-Ya sé, ya sé, un psicólogo, eres un psicólogo. Me lo has repetido mil veces. Salvo que esta vez vas a tener que ayudarme, porque esta vez sí que la cosa va en serio, esto podría...-

-¿Podrías hasta perder tu trabajo, ah?-

El hombre más poderoso de Chile después del presidente miró al hombre que había hecho el amor a más mujeres que cualquier otro hombre en el país y quizás en el mundo y dio un golpe seco e irrevocable en la mesa, haciendo tiritar las tazas.

-¿Me estás diciendo que no vas a hacerte cargo de este caso para que pierda la apuesta? ¿Ése es tu mensaje de hermandad solidaria, que quieres que yo

fracase? ¿Alguna vez usé yo... dime una vez en que yo haya usado mi poder para joderte, para que no alcances tu meta? Y ahora me vas a cagar a mí cuando te estoy pidiendo tu ayuda. ¿Eso me estás diciendo?-

-Lo que te estoy diciendo es que se trata de una travesura, esta carta es una broma de mal gusto que alguien te está haciendo, más claro echarle agua-. Mi padre esperó a ver la reacción de Pablo ante su diagnóstico. Pablo no dijo una palabra.

-Una broma-, repitió mi padre con mayor énfasis, como si su amigo fuera sordo. -El tipo de perradas a que se dedican mis muchachos en la Casa Milagros. Es fácil reconocer ese tono de insolencia adolescente-.

-¿Y si no es adolescente ni es una insolencia, señor profeta?

¿Si es un grupo paramilitar de ex oficiales fascistas -u oficiales en servicio activo, puesto el caso- que quieren embarazar y entorpecer al nuevo gobierno democrático? ¿O algún ministro, un colega mío, que me quiere desprestigiar? ¿O terroristas que están furiosos porque no estamos subsidiando a una bandada de viudas lacrimosas para que viajen a Sevilla a contarle al universo entero los horrores que, para nuestra vergüenza, se dieron en el pasado en la patria? ¿O alguna dama ecologista loca que nos acusa de querer violar la naturaleza, abrirle las piernas a la madre Antártida y profanar su frío blanco océano impoluto, matar el hielo tal como masacramos el siglo pasado a diez millones de focas y cuarenta mil ballenas?

Sus palabras textuales, Cris, no las mías. Este iceberg... hay una franja de seres delirantes que lo odian, que están más que listos a sabotearlo, secuestrarlo, tomarlo de rehén, derretirlo hasta que no quede sino un triste charco. Para qué mencionar a los bolivianos, que están fuera de sí porque insisten en que les robamos el mar y que éste es un nuevo agravio, o a los argentinos que sospechan que ésta es una manera de legitimar nuestro mejor derecho al territorio antártico, o los canadienses que se mueren de celos porque ellos habían planeado llevar su propio iceberg desde el Polo Norte a la Expo 92. Pero nosotros le ganamos la mano y no quieren ser acusados de imitar a un pobre país subdesarrollado del Tercer Mundo. Excepto que no lo somos, no tenemos nada que ver con el subdesarrollo ni la pobreza, estamos a punto de ser la Nueva Zelanda de América Latina. Los brasileños están verdes de envidia de nuestro éxito económico y se van a enojar aún más cuando se den cuenta de que toda nuestra estrategia de marketing es posicionarnos como una nación que, si es capaz de llevar un iceberg a España, está muy lejos del trópico. Van a pensar que nos estamos refiriendo específicamente a ellos, y para qué empezar con los sauditas y el sultán de Qatar y hasta los israelíes, que han mandado una nota diplomática en la que advierten que los témpanos deben ser usados para convertir las dunas y arenales en jardines y no como juguetes en una campaña promocional para atraer la atención frívola del mundo.

Hay montones de gente exasperada y países molestos y organizaciones frenéticas en este mundo ancho y hostil, y todos nos tienen entre miras-.

-Ya con eso, tenemos una lista bastante grande de posibles cómplices, para

comenzar-, interpuso mi padre. -Y todos ellos, supongo, con recursos harto más vastos a la mano que un pedazo de papel y una estampilla de mala muerte-.

-Dentro de unos minutos-, dijo el ministro, ignorando los reparos de mi padre, -los más importantes empresarios del país van a pasar por esa puerta. Listos para la foto, listos para poner plata en Expo 92, listos para comprarse la nueva imagen que Chile está mercando al mundo. Han comenzado a entender que no puedes vender un producto, que tienes que vender al país entero, le pones marca registrada al país y lo posicionas en toda su gloria y pujanza. Están que cortan las huinchas, felices de que esto sea algo absolutamente nuevo, con tal de cerrar las compuertas del pasado y transmitir el aviso comercial de que el Chile auténtico es el Chile del mañana. Se han puesto a mirar el futuro con ojos modernos, pero si olfatean que algo huele mal se van a retirar como ratas, le van a dar la espalda al proyecto. La persona que mandó esta carta quiere que nosotros pensemos que se trata de una travesura. Pero nosotros sabemos que es algo más serio-. El ministro chasqueó dos dedos gordinflones y el sonido recorrió el aire como si estuviera desplegando un látigo. Rebotó por la amplia pieza, atravesó el holograma del iceberg que continuaba brillando con falsa blancura, despertó a la servidora, que todavía contemplaba el lastimado interior de esa imagen. Como nadie le había dado permiso para tocar ese hielo y comprobar su carácter ilusorio, la pobre seguía pensando que era verdadero. Su cabeza se levantó bruscamente y tornó sus ojos hacia nosotros, convencida de que el sonido había sido una manera de llamarle la atención. Noté la confusión en sus ojos oliváceos, que se preguntaban si el señor ministro necesitaba algún servicio.

-Porque hay una sola cosa que los empresarios de este país temen más que a perder dinero, ¿sabes lo que es? Quedar en ridículo, de eso tienen miedo. Y la mente enajenada que concibió una amenaza como ésta lo sabe, lo sabe demasiado bien-.

-Comandante Venganza-, dijo mi padre. -De todos tus enemigos, ¿cuál te tiene más ganas?-

-¿Así que te vas a hacer cargo del caso?-

Escuché mi propia voz que hablaba antes de que mi padre pudiera responder que no.

-Sí-, dije. -Vamos a hacernos cargo-.

Los dos hombres se dieron vuelta para mirarme al unísono, atentos menos a las palabras que a mi pronunciación. Yo mismo nunca había oído mi castellano, -my spanish-, de la manera como ahora se me presentaba. En Nueva York, creyendo todos que yo era chicano, nadie dudaba de mi uso de la lengua. Tú nunca reparaste en mi acento, ni menos tu mamá, Janice. Ustedes también hablaban este idioma desde una distancia. Acá, a miles de kilómetros al sur, mi entonación me parecía repentinamente ajena, definitivamente extraña.

-¿Qué dijiste?-, preguntó mi papá.

¿Ellos creían que tenía cara de mamón, eh? ¿Cara de Guagua, eh? ¿El Cara

de Guagua que no sabía pelear a lo mero macho?

Bueno, se iban a llevar tamaña sorpresa. Este Gabriel McKenzie iba a mostrarles lo que era bueno a estos chilenos de mierda.

-Vamos a solucionar el caso-, le dije a Pablo Barón.

-Momento, momento, un momentito-. Mi padre se paró, botando de paso su silla.

-Papá-, le imploré. -Míralo. Lo único que te pido es que lo mires-. Se dio vuelta y dirigió su mirada al holograma del iceberg. Aun con la luz horadándolo como una espada de hielo, no había en ese glaciar ni un asomo de transparencia. No era claro ni abierto como podría haber sido un remanso de agua y sin embargo estaba esperando ser explorado, que alguien lo trajera de vuelta de los confines de la tierra. Yo sabía que él tenía que estar pensando cuánto más magnífico debía ser el iceberg verdadero, estaría pensando que no podíamos permitir que nadie le hiciera daño, pensaría que éste era el único territorio que compartíamos y que había que regar ese territorio, nutrirlo.

Tenía yo, por lo menos, la esperanza de que fuera eso lo que mi padre estaba pensando.

Debe haber pensado algo por el estilo, porque cuando retornó sus ojos hacia nosotros, dijo: -Te lo estoy advirtiendo, Pablo:

Yo no quiero que me echen la culpa cuando este asunto se vaya a la mierda. Si no logramos resultados en esta investigación, ya lo sabes. No me hago responsable-.

Logramos. Había hablado en plural, de nosotros. Me había incluido. Me paré a su lado.

-Claro que no te voy a echar la culpa a ti, Cris. Yo...-

-Dos semanas. Más no, Pablo. Ése es el límite-.

-Eso lo hablamos en dos semanas más, Cris-.

-Lo quiero por escrito, Pablo. Y ya que te vas a sentar detrás de tu escritorio, por qué no aprovechas para ponerle tu firma a otra cosita, algo que asegure que la Casa Milagros pueda sobrevivir por otro año, ¿qué te parece?-

-Cris. Me siento decepcionado, hasta herido diría que me siento. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. La Casa Milagros es un monumento nacional, un tesoro que tenemos que proteger entre todos. Ya firmé, esta misma mañana, una orden de subsidio-.

-Eso fue muy atento de tu parte-, dijo mi papá. -Así puedes pagar mis servicios con otro tipo de favor-.

-Dime-.

-Tú sabes a lo que me refiero. Es lo mismo que te pido cada vez que nos juntamos-.

-Y tú sabes que eso no lo puedo hacer. Y te tiene que constar que estoy haciendo todo lo que puedo. Si lo suelto a él y no a los demás prisioneros, te puedes imaginar las acusaciones de favoritismo, de...-

-Suéltalos a todos, entonces-.

-Todavía no se puede. Estamos negociando el asunto, eso también lo sabes. Negociando con los militares, negociando con la Corte Suprema, negociando con la oposición. Estamos... pero te voy a dar una muestra de mi buena fe. Si me traes el nombre -y estoy hablando de evidencia de verdad, contante y sonante- de quién está detrás de esta amenaza al iceberg, y me lo pruebas, eso sí, Cris, bueno, en ese caso a tu hermano lo hago indultar, a los pocos días lo tienes libre y en casa-.

-Me lo estás prometiendo-.

-En la medida de lo posible, sí. A Pancho lo suelto-.

-Bueno, tu promesa me basta-, dijo mi padre, estrechándole la mano a Pablo.

El ministro suspiró, aliviado. -Ni una palabra a nadie, ¿eh?-

-Solamente a Polo-.

-Polo, claro que sí-. Barón largó un bufido de impaciencia, como si la inclusión del asistente fuera tan obvia que siquiera mencionarlo era malgastar el tiempo. -Es la prensa la que me preocupa a mí. Y la gente de negocios-.

-Y la policía-, agregó mi papá. -Pero todo esto me deja con un problema. Cómo interrogo a alguien sin que entre en sospecha-.

-En eso-, respondió el ministro, -la verdad es que no había pensado-.

-Ese problema lo resuelvo yo-, metí mi cuchara, otra vez los sorprendí. Era como si cada vez que abría la boca ellos se dieran cuenta de pronto de mi existencia. Como si hasta entonces hubiera sido invisible, sus palabras pasando por encima de mí como pelotas de tenis encima de una red. -Soy periodista-.

-¿De veras?-, dijo Pablo, como para sí mismo. -Y yo que pensaba que eras experto en computadoras-. Parecía saber un montón acerca de mí. ¿Le habría pedido a Ignacio que abriera una investigación?

-Algo sé de computadoras. Pero el título de la Columbia University es en periodismo-.

-¿Estás trabajando con algún diario?-

-Dentro de poco comienzo-. No era una mentira total, Janice.

Cuando se lo dije, pensaba que en un mes más yo me volvería a los Estados Unidos a comenzar el proyecto Whatever que ideamos juntos, la primera revista de Internet dedicada exclusivamente a reportear el chismorreo de la comunidad electrónica. Para que veas que tu propuesta, Janice, no la había olvidado. Y quiero que sepas, ahora que yo por lo menos nunca seré parte de esa empresa, que la cosa va a funcionar. Hasta conseguí unos tipos que quieren meterle dinero al asunto. -Cuando vuelva a USA-, agregué.

El ministro respondió que si él tenía algo que ver en el asunto yo no iba a volver nunca más a Nueva York -y no se equivocó, ya ves-. Claro que a lo que se refería era a que Chile estaba lleno de oportunidades, decenas de trabajos para alguien que supiera computación. ¿Sabía yo que este país tenía el más alto uso per cápita de los -dataports- electrónicos en América Latina, la mayor proporción de máquinas de fax por habitante, la mayor acumulación de ciberespacio?

No alcancé a informarle que un país no puede acumular ciberespacio, que lo lindo de esos sitios es que rompen las limitaciones geográficas, no pude decir una palabra al respecto porque mi padre había intervenido: -Todo muy interesante-, dijo, -pero nada de esto responde mi pregunta inicial. ¿Cómo puede el periodismo de Gabriel, que evidentemente no ha pasado a una etapa profesional todavía, ayudarme a investigar el iceberg sin alertar a un montón de personas de que hay amenazas contra el proyecto?-.

-Podemos contarles-, dije, -que yo vine a Chile para escribir algo sobre el iceberg. Doy vueltas por ahí haciendo preguntas gringas, preguntas huevonas-.

Pablo Barón estuvo de acuerdo: -¡Excelente idea! Les dices que vienes del -New York Times- o lo que sea. Esta gente no sabría si les estás contando la verdad, no tienen cómo averiguarlo. me alegro de ver que tantos años en yanquilandia no te hicieron perder tu astucia nativa, la inteligencia que te dio Dios, m'hijo-.

-¿Y yo mientras tanto-, dijo mi padre, -me quedo haciendo qué?

¿Me quedo esperando todo el día a que el cabro vuelva con un informe?-

-Vienes conmigo-, dije. -Nadie va a sospechar nada: no nos hemos visto en tanto tiempo, me estás acompañando durante mi visita. Mal que mal, Polo puede hacerse cargo del negocio, ¿no es cierto?-

-Bueeeno-, dijo mi papá con una lentitud irritante, dejó que la palabra se tomara todo el tiempo del mundo en salir de su boca. Sus ojos cruzaron el salón, que ya estaba comenzando a llenarse de invitados, hasta la pareja que hacían Polo con Milagros, hablando con unas mujeres cargadas de joyas, flacas como esqueletos, sus caderas agrediendo el aire. -Es indispensable traer a Polo-.

-Trae a la princesa Diana si te hace falta-, dijo el ministro.

-Con tal de que descubras quién quiere sabotear mi proyecto-.

-Alguna sugerencia para comenzar, alguien que nos oriente...-

Habiéndome entremetido tan espectacularmente en la pesquisa, no pensaba cejar.

-Comiencen con Jorge Larrea. Él es el verdadero cerebro detrás del iceberg, coordina la operación desde hace varios meses. Si esperan un poco, está por llegar. Yo los presento y...-

-Yo ya lo conozco-, dijo mi padre.

-¿Lo ayudaste con algún hijo prófugo? ¿O te tiraste a su esposa?-

-Sobre esas cosas no comento, Pablo. Lo que hago con mi pico es absolutamente confidencial. Y para quién trabajo, también.

Pongamos que yo estuviera buscando a Amanda Camila, que ella se hubiera escapado del hogar, pongamos por caso. ¿Te gustaría que se hablara del asunto en todos los cócteles?-

-Tú nunca estuviste buscando a mi hija-, espetó el ministro, y escuché por primera vez algo duro y cortante en su voz. -En primer lugar, porque ella no es de las que se escapan ni del hogar ni de ninguna otra parte; y en segundo lugar, porque nunca has aceptado buscar a una niña. ¿O eso está cambiando?-

Barón se estaba agitando más y más. Y de pronto, sin previo aviso, algo cambió, se relajaron su rostro y su actitud. Saludó a alguien que estaba detrás de nosotros. Y al levantar su gordura del asiento, su cara se... Mira, Janice, tú sabes cómo odio los clichés, me precio de que mi prosa no es la común y corriente, ni siquiera en castellano, aunque fue ojalá en un inglés más elegante con que finalmente mi hábil lengua logró meterte en mi cama o más bien logró que yo me metiera en el sofá de segunda mano de tu mamá. Tengo mi orgullo de aspirante a escritor, así que tendrás que perdonar el lugar común. Pero acá va: la cara de Barón era como un sol naciente. Un cliché, pero con algo de verdad. Ahora que he visto cómo el sol se toma largas horas en engarzarse por el bajo cielo, apenas saliendo del horizonte del hielo antártico con la llegada del verano, cuando todo a tu alrededor comienza a fracturarse e irse derritiendo, a eso compararía el semblante de Pablo Barón, ese tipo de sol austral.

Enamorado de la luz. O tal vez sería más apropiado explicar que durante un instante se hizo añicos la máscara de su poder, se le vinieron abajo las defensas, era como si se estuviese transformando en un ser vulnerable, terriblemente expuesto. Y la razón era la persona que acababa de entrar a ese salón. Di vuelta mi cabeza antes de que él anunciara: -Y hablando de niñas, aquí la tenemos-. La vi en el exacto momento en que agregó: -Gabriel, quiero que conozcas a Amanda Camila-.

Yo había visto esas facciones antes. Mamá me había mostrado fotos en las

que yo tenía cinco años de edad y corría en círculos en torno a un bebé. -Mira, ésa, ésa es Amanda Camila, vas a jugar con ella cuando volvamos-. Pero no eran sus facciones las que me impulsaban hacia ella ahora que la estaba contemplando tan robusta y llena de vida acá en Chile, era su cuerpecito delgado y sus pechos floridos y florecientes que venían a nuestro encuentro, sus labios picoteando un beso de rouge sobre la mejilla de su padre, sus dedos que temblaron al tocar el cuello de mi propio padre al repetir la ceremonia del beso, excesivamente cercano a la boca para mi gusto, y sólo entonces, en ese momento en que por fin vi esos ojos, monstruosamente verdes -uno podía nadar en esos ojos y naufragar en esos ojos y ahogarse en esos ojos, yo estaba dispuesto a ese viaje feliz, yo estaba dispuesto a anegarme adentro de ella, lo iba a hacer apenas se presentara la ocasión-, fue entonces cuando supe que ésa era la razón verdadera por la cual habíamos retornado a este país. Había retornado yo, ahora me daba cuenta, para deslizarme adentro de esos ojos e inyectarme muy adentro del cerebro de esta niña. O tal vez lo que quería era introducirme por otra parte de su cuerpo, meterme de contrabando por la zona inferior a su cintura y subirle por dentro hacia los ojos, mirar desde ella el mundo. Sentí una milagrosa erección naciéndome, con unas ganas de penetrar tan dentro de ella que me podría ver a mí mismo reflejado en...

-Tú eres Gabriel-, dijo ella, -tienes que ser Gabriel-.

Yo asentí, como un idiota, con la cabeza.

-Hola, Gabriel-, dijo Amanda Camila. -Hace tiempo que te hemos estado esperando. Bienvenido a tu hogar-.

-Hola-, dije yo.

El ministro la empujó en mi dirección. -Dale un beso, Amandita. Es como si fuera tu primo. Y está de cumpleaños-.

-Ibamos a pasar por la Casa Milagros más tarde-, dijo ella, ignorando la sugerencia de su padre y quedándose a una distancia prudente de mi mejilla que ardía expectante. -Pero decidimos que era imposible esperar. Hay alguien a quien tienes que saludar-.

-¿Alguien?- El único alguien a quien yo deseaba saludar estaba parada exactamente frente a mí y mi repetición de loro de cada palabra que ella emitía era una prueba concluyente de que si pensaba tener éxito con ella se volvía imperativo que comenzara pronto las lecciones en el arte de la seducción que supuestamente me debía impartir mi padre. Ahora ella había tomado mi mano como si quisiera conducirme a un baile. La elegancia apacible de esos dedos hizo que mi corazón sufriera una dulce dolencia, el deseo de acoger cada falange en mi boca y limpiarlas una por una hasta que no quedaran más que huesos y a partir de ese momento mis dientes se pondrían a destrozarle la médula y las articulaciones, me la comería de a pedazos, de a pedacitos. Esos dedos me hicieron olvidar que yo no tenía suerte con el sexo opuesto, que nada con ella iba a resultar bien ni con ninguna otra tampoco hasta que mi papá me levantara la maldición que pesaba sobre mis desafortunados testículos y mis menos afortunados rasgos.

Intuyendo que algún pensamiento insólito estaba debilitando la mano con que apretaba la suya, Amanda me jaló más decisivamente.

-Hay que salir del edificio. Ella no quiso entrar. Dice que este sitio es maléfico-.

Habiendo logrado zafarme de mi padre y de su propio padre, Amanda Camila soltó mi mano y partió hacia donde estaba mi mamá.

Me dejó allá, náufrago en medio de esa pieza enorme que se iba repletando de hombres y mujeres vestidos a la moda -¡cada uno de ellos un posible criminal!-, entrando a presenciar el estreno en sociedad del iceberg, el proyecto Expo 92 que alguien por ahí, uno de ellos, estaba tratando de sabotear.

Mi madre estaba dedicada a apretar las manos enguantadas de ancianas criaturas que trataban de reconocerla por encima de gruesos lentes miópicos. Se me ocurrió que iba saludando a esa gente con la esperanza de hallar algo, alguien, alguna cosa, con ganas de congelar el tiempo para ver si los diecisiete años habían sido una ilusión y ella pudiera engañar el calendario y amanecer de vuelta en 1974, el día antes de que partiéramos. Fue en ese momento que dejó escapar una mirada hacia nosotros; más que a mí estaba atrapando con sus ojos al hombre que todavía amaba y que era aún su legítimo marido. En sus ojos pude descifrar lo que ella se preguntaba y yo temía: si la única roca en medio de este pantano interminable del tiempo perdido no era acaso Cristóbal McKenzie, y preguntándose también, ella y yo, lo que iban a hacer mi mamá y mi papá una de estas noches para recobrar los años de un amor desatendido, el único placer de la vida que, sin adulteraciones, la devolvía a ese momento en que yo había sido concebido bajo la sombra que arrojaba el cadáver del Che Guevara. Pero ella se deshizo de ese pensamiento apenas Amanda Camila saltó a sus brazos, riéndose como una lunática:

¡tía Milagros, tía Milagros! Tan pronto como ellas partieron hacia la salida, las dos me hicieron un gesto con los brazos, que me juntara a su expedición, como si nos fuéramos de picnic. Yo las seguí rápidamente, no quería que se me escaparan.

Fue en ese instante, cuando navegaba por aquí y por allá como un guarén entre los embajadores y diputados y presidentes de banco, fue ahí que, por segunda vez en menos de dos horas, escuché a esa voz que reptó hasta mis oídos, de nuevo desde atrás, de nuevo ese zumbido.

-Ni lo pienses con ella-, dijo Polo, en el preciso interludio en que Amanda giró, justo al lado de la puerta, y sacudió su cabellera como una señal de que me apurara. ¿No pensar en ella?

Era en él en quien yo había dejado de pensar. La presencia airosa de la niña me había ayudado a obliterar alegremente la existencia del infame Leopoldo por un ratito. Aunque él no había dejado de pensar en mí: estaba de nuevo a mis espaldas, prediciendo una vez más mis pensamientos. Había husmeado lo que yo, translúcido como hielo corrompido, incestuosamente deseaba. -Qué culo. Sobre

eso no vamos a discutir, hermano, pero sucede que Amanda sólo tiene interés en tu padre. Dice que tiene ganas de extraviarse para que él tenga que salir a buscarla. Dice que está esperando el momento en que su héroe McKenzie acepte casos de niñas fugitivas. Pero puedes creérmelo: en ese tipo de lío no se va a meter. No busca a las mujeres de esa manera-.

Salvo a mi mamá, pensé yo. A ella sí que la buscó y la encontró.

-Salvo a tu mamá-, dijo Polo, haciendo gala de esa misteriosa capacidad de leer mis pensamientos. Se me pegó. Pasamos en silencio al lado de almirantes y ministros, periodistas y jefes de empresa, promotores de la compañía de teléfonos y vicepresidentes de exportadoras de cobre, todos murmurando elogios al iceberg y al ministro Pablo Barón. De repente, dijo Polo: -Pero tu mamá fue la única mujer prófuga, la primera, y nunca más tu viejo se repitió el plato. Amanda dice que ella va a ser la segunda. Una pena que Cris haya dictaminado que es intocable-.

Yo lo encaré con una furia salvaje.

-Mira, huevón-, le dije, acentuando cada palabra como una daga, como si estuviera estampándoselas en su frente.

-Vos-te-quedái-acá-. Como si fuera sordomudo. -Ella no te invitó a ti-.

-Calma, Gabriel, calma. No tenía la menor intención de acompañarte. Tu padre podría necesitarme-. Sus ojos de payaso frío sonrieron. -Asegúrate de que esta vez no tardes diecisiete años en volver, oye-.

Lo miré desaparecer en la multitud, dirigiéndose como un bólido hacia la mujercita más hermosa del salón, una delicada vampiresa cuya gloriosa figura estaba constreñida por un traje de dos piezas sumamente conservador. No me quedé para vislumbrar si él estaba intentando adueñarse de esas piernas de gacela para sí mismo o para su patrón o para ambos. Subí las escaleras de a saltos, pasé por el lobby del edificio de Turismo y terminé en la calle.

-Ahora sí-, dijo Amanda Camila. -Te presento el verdadero Chile-.

Un loquerío de transeúntes y vendedores ambulantes hizo erupción ante mis ojos y adentro de mis oídos, diez mil olores y gritos, un enjambre de chillidos y colores y desamparados, un lunático expendiendo helados en pleno invierno, -al helado, al rico helado, piña, chirimoya alegre, chocolate, refrésquese antes de que llegue la calor del verano-, intentando convencer a los hombres grises en sus trajes grises de que compraran algo, sin lograr que ni uno se detuviera. Las veredas desbordaban de mercancías, Woody Woodpeckers de imitación, hierbas de todas las latitudes y aromas y nombres imaginables... -Compre albahaca, patroncito, al perejil, al perejil, bueno es el cilantro cuando es tanto tanto-, la dulzura enfermiza y pegajosa del maní confitado saturando el aire, y los juguetes armados en Indonesia y los relojes robados en el Perú, y las bufandas de la India, y los discos de segunda mano y las caseteras y los libros de historietas y los falsos Wranglers. Y el gentío de este carnaval -incluyendo a dos minúsculos niños mendigos que vociferaban y danzaban al son de una radio- estaba

sorprendentemente bien vestido, con sus -bluejeans- y sus Nike gastados y los -headbands- y esos gorros de béisbol colocados al revés y las parkas, todo casi indistinguible de lo que llevaba yo, salvo que su fisonomía oscura y sus cuerpos más bien pequeños denunciaban que ellos no eran ni blancos ni norteamericanos, declaraban su verdadera raza... y fue en ese instante especial que la vi, justo cuando mi mente se enganchó con la palabra -raza- y mis ojos dejaron de vagar porque ahí, en medio del suave caos estaba mi mamá Milagros aferrada de una anciana mujer casi enana, cada una de ellas acunando a la otra, madre e hija, hija y madre, agarradas las dos juntas como si estuvieran al borde de un precipicio por el cual podían caerse de un momento a otro.

¿Quién era ella? No podía ser la... Tenía que ser ella.

Nunca había visto una foto de la Nana. No le gustan las fotos, me había explicado mamá como sin darle importancia al asunto, la Nana no confía en ellas. En forma absurda, yo había conjeturado una nana victoriana, una dama a la Mary Poppins, sumamente cosmopolita, que leía Jane Austen por las noches (aunque yo sabía que la Nana no hablaba una palabra en inglés) y citaba a Beaumarchais antes del desayuno (por mucho que tampoco el francés), aconsejando a su joven encargada Milagros acerca de la vida y la libertad y los hombres. La había figurado, sin pensarlo dos veces, como pálida, europea y elegante. Así eran las nanas en mis libros. Estoy seguro de que cuando la mencioné por primera vez, Janice, tú también te representaste una figura salida de Dickens. Esta mujer, sin embargo, era... era indígena, enteramente mesoamericana, con piel bronceada a lo inca, sólo que más oscura y amarillenta, los ojos achinados, el pelo gris y apelmazado, la insinuación de un bigote rumiándole el labio superior. Fue sólo más tarde que me contaron que los chilenos prósperos llaman nanas a sus empleadas domésticas, una manera de que se sientan parte de la familia y trabajen más, haciendo los quehaceres domésticos y cuidando además a los niños mientras las amas de casa salen a trabajar o a divertirse. ¿Por qué nanas? Del inglés, no. Durante mi estadía en Chile, aprendí que los pequeños en ese país usan la palabra nana para mostrar sus heridas, llamar la atención a algún desconsuelo que sólo puede menguar o sanar la mujer que los cuida día y noche. Y también aprendí que las nanas suelen provenir del campo y son, en su gran mayoría, indígenas:

sus lejanos progenitores habitaron estas tierras mucho antes que los McKenzie o los Gallardo o los Barón o los Colón cruzaran el Atlántico en busca de oro y fama y extensas haciendas. Y eventualmente iba a aprender que las nanas absuelven el dolor de los niños de todas las edades, que ella absolvería mi dolor.

Hubo un repentino ajetreo en la calle --¡Los pacos, vienen los pacos!--, una alarma generalizada y susurrante que viajó desde más allá de una esquina y traficó por la boca de un ambulante a otro, entre todos recogiendo las mantas o pedazos de plástico en que desplegaban sus mercaderías, haciendo bultos con eficiente y temerosa rapidez y desapareciendo antes de que llegara la policía. No les puede haber tardado más de un par de segundos salir disparando. El éxodo dejó la calle quieta y tranquila y me permitió una visión completa y prístina de mi madre y su Nana. Vi a la Nana desgajar sus manos del cuerpo resplandeciente de su niña Milagros y dirigir sus pasos hacia mí, hacia su niño Gabriel, con una sonrisa que casi se le salía de la cara, los brazos abiertos.

Esos brazos me envolvieron, desterrando el frío aire del invierno, me enterraron en la profundidad de su abrigo áspero.

-Ay mi niño, mi niño-, dijo, -mi guagua, mi guagüita-. No me importó que me tratara así, quería que me siguiera murmurando palabras como ésas, pronunciadas con amor y sin deseo de vejarme, necesitaba que alguien me diera ese tipo de bienvenida, quería sentirme retornado por fin a mi hogar perdido, sentir que por fin reconocía todo. Pero hasta entonces todo me había sido ajeno y su presencia fue la primera que me mordió el recuerdo, recobrando de veras algo y alguien de mi pasado, tal vez porque yo había asesinado adentro de mí su memoria apenas partimos de Chile, probablemente para evitar el dolor de su pérdida. Había estado ella aquí, en mi interior, todos estos años, esperando emerger.

Recogí con mi respiración su realidad tan innegable y el olor era el del pan que había horneado esta misma mañana y que había puesto y sacado del horno aquel amanecer hacía diecisiete años cuando dejamos el país y que había cocinado la madrugada en que Milagros volvió a casa después de haberme concebido; en la Nana estaban todos los panes que había dorado durante una larga vida al servicio del profesor Gallardo y su familia. Me estaba abrazando la única persona que había guardado para mí un lugar en el corazón y al lado de su fogón, preparando un pan y otro pan y otro más, día a día, en sus dedos los murmullos de las cazuelas que iba cocinando, una vez por semana, anticipando nuestro retorno. Sí, yo era su niño, yo era su guagua, su recién nacido.

No pude evitarlo. Me puse a llorar. Todo lo que me había sucedido en las últimas dos horas y durante los últimos veinte años brotó de mis ojos como un río triste. A los tres años de edad, cuando me había quemado, como un idiota, con un fósforo, había trastabillado hasta ella, y ahora este niño de veintitrés años que había quemado su vida entera, cayó en sus brazos de nuevo. Ella entendió lo que este guagua necesitaba y en su boca ese vocablo repetía el significado original con que lo habían pronunciado sus predecesores maternales en los bosques de Chile antes de que las huestes de España llegaran a estas orillas. Esas sílabas, guagua, habían descendido como herencia de abuela a madre a hija y de una nana a otra nana, para que ella me lo pudiera runrunear a mí, este -gringo boy- que había nacido por casualidad en Chile y que había sido recibido por sus manos de partera al nacer. Ella sabía lo que yo necesitaba. Ella sabía quién era yo: su Gabrielito por fin de regreso, por fin en el hogar que le pertenecía.

De nuevo, mi retorno fue interrumpido por una mano masculina una voz masculina.

-Andando, andando, ¿qué pasa acá?-

Como Ignacio, este hombre era alto y corpulento, pero a diferencia del guardaespaldas de Barón, éste llevaba el uniforme verde y feo de los carabineros, y era bastante más bruto. Nos separó con reciedumbre, apresó el brazo de la Nana en una mano y agarró mi brazo con la otra, y nos impulsó sin gentileza alguna hacia un vagón policíaco negro y blanco que esperaba semisubido a la

vereda, el motor andando. El paco ignoró las objeciones de la Nana, que insistía en que nada habíamos hecho, que sólo estábamos... No quiso oír más, -Cuéntenselo a mi sargento, al cuartel se ha dicho, ley de vagancia, vendiendo en forma ilegal, fumándose un pito, vos y tu nieto, vieja de mierda, andando, andando-. Había ocurrido con tanta celeridad que no tuve tiempo para reaccionar. Traté de zafarme de la empuñadura del policía, justo en el instante en que vi a mi madre y a Amanda Camila apurándose para alcanzarnos. Pero no tuvieron la oportunidad de arreglar el malentendido, porque en nuestro camino se irguió ni más ni menos que Ignacio. El grandulón detuvo al paco y sus dos cautivos con sólo mostrar su identificación especial.

-Esta vez no, te fuiste cortado-, le dijo Ignacio al policía.

-Anda a buscarte a algún otro pobre huevón con que llenar tu cuota-.

El paco no nos soltó de inmediato.

-¿Estás sordo?-, le increpó Ignacio. -¿No ves que es la Nana del ministro Barón?-

-¿Y este cabrón? La estaba asaltando-.

-¿Cara de Guagua? No podría matar ni a una mosca. Es el ahijado del ministro. Anda a sacarle la cresta a los marihuaneros de siempre o búscate mejor un par de maricones-.

El paco nos soltó. Partió hacia la esquina. Miré esa mano que me había acogotado el brazo bajar hacia su luma, pronto a hacer que las espaldas de los vendedores ambulantes pagaran, apenas los pillara, por esta humillación.

-A ti-, me dijo Ignacio, -te vamos a tener que cambiar la cara, muchacho. Nos está dando demasiados problemas-.

-No le hagas caso-. Era Amanda Camila. -Filo con él. Filo con todos los viejos cagones-.

Era la primera vez que escuchaba esa expresión, tan corriente entre los jóvenes chilenos: filo, una palabra que originalmente se refería a una navaja y que se utilizaba para designar el deseo de cortarle el pescuezo a algún rival, de hacer sangrar a todos los viejos cagones.

-Ya te vas a acostumbrar a que te tomen preso-, siguió Amanda Camila. -Si eres joven y vives en Chile...-

-Pensé que las cosas habían cambiado-.

-Para algunos, sí. Pero si eres joven o si eres pobre...-

-Anda a quejarte a tu papito-, le dijo Ignacio. -Adentro. Acá afuera no se pueden quedar. Yo tengo que estar adentro. Entremos todos y nos servimos un champañazo-.

-Yo no entro a ese lugar, don Ignacio-, dijo la Nana. -No mientras esté esa... esa cosa ahí. Yo me llevo a Milagros-.

-Sólo por unas horas-, dijo mamá, como excusándose. -¿Quieres venir conmigo? O prefieres...-

-Tengo la impresión de que hago falta, de que mi... padre me necesita-.

-Buena idea-, asintió mamá. -Anda a ver a tu famoso padre, el gran detective en plena acción. Yo te alcanzo esta noche en la Casa Milagros... te tienen preparada una fiesta de cumpleaños-.

La Nana me tomó la mano. -Yo no voy a ir a la Casa Milagros.

Pero mañana me vienes a ver a la casa de don Pablo, mi niño Gabriel-.

-Mañana mismo, Nana-, le prometí.

-Mañana me parece bien-, agregó Amanda Camila. -Yo no me pierdo tu visita-. Se me acercó, finalmente me bendijo con un beso a lo primo tal como su padre se lo había urgido. Sentí sus labios leves como perfume sobre mi mejilla; se desvanecieron antes de que pudiera registrar siquiera su roce, como el ala de una mariposa el día de su nacimiento, el día antes de que se extinga. Si lamenté su instantánea evaporación, agradecí más, en cambio, la existencia, por breve que fuera, de su aleteo.

Contemplé cómo mis tres mujeres, aquellas tres generaciones de mujeres chilenas, hicieron su desaparición, tragadas por la muchedumbre. Los vendedores habían retornado, habían dado la vuelta a la manzana y reinstalaban su feria ambulante y rumorosa sobre el cemento húmedo, como si nadie los hubiera perturbado.

Aquí estarían mañana y al día siguiente y más allá, quién sabe hasta cuándo, tal como habían llevado a cabo esta venta perpetua durante los largos años de nuestra ausencia. Aquí estarían cuando retornáramos a Nueva York, si es que volvíamos, si es que yo no me quedaba.

En el momento en que Ignacio y yo estábamos por entrar al edificio, lo detuvo un hombre ya entrado en años. Grueso, grande, el tipo llevaba un terno a maltraer que alguien, sin embargo, había tenido el cuidado de planchar devotamente.

-¿Va a salir por este lado?-, preguntó el hombre.

-Usted sabe que yo no puedo darle ese tipo de información-, dijo Ignacio. -Vaya mejor a verlo a la oficina-.

-¿Para qué? Él nunca puede recibirme... Yo pensé que si yo lo...-

-¿Quiere que le dé un consejo, don Jacinto?- El hombre era alto, pero Ignacio

le llevaba por lo menos una cabeza. Los ademanes de Ignacio no eran, sin embargo, amenazantes. Era como si estuviera dándole sombra al viejo, protegiéndolo de alguna luz implacable o de algún viento maligno. -Ésta no es la manera de conseguir que el ministro le haga un favor-.

-No es para mí-, dijo don Jacinto, ajustándose las raídas solapas del traje, como si temiera que en cualquier momento éste pudiera caerse a pedazos. -Para mi hijo. Mi hijo, que fue guardaespaldas de Pablo Barón durante siete años. Siete años en la peor época. ¿Y cómo le han pagado sus servicios?-

-No es más que un humilde consejo-, dijo Ignacio, e hizo un gesto con las manos para que los guardias de seguridad nos dejaran pasar. Abrieron la puerta y el anciano quedó afuera, tratando de atisbar lo que sucedía adentro. -Las cosas de la vida-, dijo Ignacio. -Hace diez años, si se me hubiera presentado la oportunidad, por ahí hasta mato a su hijo. Ahora le estoy dando consejos al padre. ¡La democracia!-

-¿Qué es lo que quiere?-

-Don Jacinto quiere un pituto para su hijo. Cualquier empleo relativamente bien remunerado le basta, en el Servicio de Salud, donde sea. El viejo cree que el ministro se lo debe al hijo. Y el hijo es orgulloso y no se lo quiere pedir personalmente-.

-¿Y el ministro se lo va a otorgar?-

-Por ahí tiene suerte, pero hay centenares de tipos que han hecho mérito y buscan pega, y si hasta ahora a éste no le ha ido bien... Hace más de un año que don Jacinto lo intenta, se sienta cada mañana en la sala de espera de don Pablo-.

-Tal vez yo podría ayudar-.

Ignacio me miró de arriba abajo. -¿Quieres un consejo?- Yo no mostré ningún interés en lo que él iba a decir, pero procedió a darme su consejo de todas maneras. -No te metas en este lío-.

Decidí que tenía razón.

Abajo, en el salón, el lanzamiento inaugural del iceberg seguía a todo trapo. Un hombre de pelo argentado estaba perorando acerca del Pabellón, una estructura en forma de arca que se proyectaba sobre una gigantesca pantalla. -Tal como el tipo de embarcación que usaron los conquistadores cuando llegaron por primera vez a estas tierras, aunque la muestra está construida con alerce chileno, del genuino. Todo se fabricará acá, sí, hasta la técnica de refrigeración, y la refrigeración misma, mis amigos-, dijo, acomodándose la corbata, y de pronto me di cuenta de que todos los hombres llevaban una corbata similar, me sentí definitivamente fuera de lugar con mi gorro de béisbol, y los -bluejeans- y el suéter que casi me habían depositado en la cárcel... -La divina refrigeración, sí, digna de los dioses, es la condición de nuestras exportaciones, el salmón, la fruta, los mariscos. Es el hielo el que nos permite colocar comestibles mañana en Singapur o en Seattle y es el hielo el que va a contarle al mundo que somos

eficientes y responsables-. Hizo un gesto como de mago con los dedos y en la muralla de atrás comenzaron a proyectarse imágenes de un mar negro lleno de cráteres de hielo flotante, los mismos, yo estaba seguro, que había presenciado yo en esas veinticinco pantallas de televisión en Manhattan. -Y ese hielo, damas y caballeros, se les está por servir ahora mismo con sus bebidas, hielo que viene directamente de la Antártida, cortesía de nuestra gloriosa Fuerza Aérea, traído esta misma mañana. ¡Así que a levantar las copas, mi alma!

Van a estar tomándose la pureza de Chile, incorporando a las venas un pedazo auténtico de la última frontera de la tierra, agua que ha estado congelada desde antes que el estrecho de Bering permitiera que los primeros nobles habitantes de nuestro continente cruzaran desde Europa y Asia-.

El aplauso no impidió que los garzones comenzaran a circular con inmensas cubetas de hielo y un vasto despliegue de whisky y pisco para acompañarlas.

Yo me había plantado en la mitad de la escalera que conducía al salón. Era una buena atalaya para observar a los invitados, tratar de descubrir dónde se habría metido mi padre. Durante unos segundos, me pregunté si no habría arrendado alguna pieza en un hotel cercano, explorándole la delicada arquitectura a la servidora Boticelli, desaguándole un poquito más de azúcar, pero en eso divisé precisamente a esa doncella morena ofrendándole trago a unos empresarios acalorados y, además, mi padre ya había consumido la cuota del día, según Polo para pasar este cumpleaños conmigo. Muchas gracias, papá, no te imaginas lo bien que lo estoy pasando. Sabiendo, además, que sin duda tú y tu acólito ya se habrían agenciado el teléfono de esa niña y mañana... Cancelé esos pensamientos al ver a Cristóbal McKenzie y Polo parados frente a un general de Ejército de lo más decorado y erguido al lado de su esposa desgarbada y magra, su pelo teñido de un abominable amarillo. Era tan fea la mujer que tuve que inferir que mi padre tenía que estar pesquisando información sobre los posibles peligros que corría el iceberg; imposible que estuviese tratando de seducir a ese esperpento bajo los mismos ojos roñosos y piticiegos del milico.

Me dirigía hacia ellos cuando me detuvo la vampiresa, sí, aquella misma mujer de las pantorrillas generosas y traje conservador que había visto que Polo acechaba cuando salí yo de la fiesta.

-Hola. ¿Puedo hacerte una pregunta?-

Las que quieras, casi digo, pregúntame qué no te haría si yo fuera mi padre. Pregúntame lo que me gustaría hacer contigo, que tú me hicieras, antes de partir de este país. Pregúntale a mi pico lo que haría si no estuviese flácido y extinto en este mismo momento.

En vez de lo cual, dije: -¡Ah!... diga-.

-Se trata del iceberg. Eres la persona más joven en esta inauguración, de lejos la más joven, así que me pareció que tu opinión podía interesar. Soy reportera, Cristina Ferrer. ¿Seguro que sabes algo de mí, no?-

Esperó, con ganas de que yo le alimentara la vanidad un poquito

confesándole cuánto amaba lo que hacía en la radio, en la tele, en sus columnas chismosas. Pero su referencia a mi edad me dolió, estaba cansado de que me maltrataran.

-Yo no doy opiniones, señorita. Yo lo que hago es solicitarlas. Soy un periodista yo mismo-.

Vi cómo su deliciosa boca se abría atónita, sin tener claro si trasuntaba admiración o descreimiento. En todo caso, había que seguir al ataque.

-Para el -New York Times--, me jacté, y en el mismo instante me dio rabia que tuviera que recurrir a esa mentira para impresionarla. -Me llamo Gabriel McKenzie. Reporteando el fenómeno del iceberg, igual que usted-.

-¿McKenzie? Aquí en Chile también tenemos varios McKenzies.

Usted no estaría emparentado con...-

-Es mi padre-, dije automáticamente, sin darme cuenta de lo que estaba haciendo. Cristóbal McKenzie-.

Algo cambió en ella. Esos ojos vívidos cruzaron la habitación y se posaron en mi padre y supe que habían hecho el amor. Frente a mí estaba uno de los nueve mil cuerpos que mi padre se había pasado penetrando y saqueando durante mis estériles años en Nueva York. Y supe algo más tan pronto como ella viró para observarme con renovado interés. Esta muñequita pintona y calenturienta lo había pasado muy bien con mi padre, hubiera repetido con gusto lo que habían experimentado juntos si él hubiese estado dispuesto a servirse de nuevo el mismo plato en vez de tener que saltar a la próxima cama para cumplir su próximo cupo del próximo día. Y por ahí, quién sabe, quizá, ¿no se estaría preguntando si acaso el hijo no había heredado las virtudes amatorias del padre? ¿O esa noción derivaba de una imaginación distorsionada por mi frustración sexual? Pero la verdadera pregunta era otra: ¿para esto había hecho yo la peregrinación a Chile? ¿Para convertirme en otro Polo, explorando un territorio que mi padre ya había surcado y roturado y hecho suyo?

De manera que cuando la reportera me volvió a apretar la mano y la mantuvo aprisionada durante más segundos que los prudentes, cuando ella sugirió que podíamos comparar notas -y no solamente en referencia al iceberg, agregó, comprimiendo mis dedos como si fueran limones-, cuando parecía, sólo unas horas después de mi arribo, que alguien iba a hacer realidad mi predicción de que iba a descartucharme apenas llegara a Chile, en vez de responder con un buen estrujón propio a esta mujercita carnosa que me invitaba a investigar las virtudes de su vida y su colchón, preferí retirar mi mano de la suya: gracias, pero no gracias, de ninguna manera. Fue una decisión tan tajante como instantánea: yo sólo haría el amor con una hembra que no hubiera probado los frutos de la lengua de mi padre. Viajaría exclusivamente por los parajes que él no hubiera atravesado. Iba a abrir mi cama a la única persona que, con toda certeza, no había tirado con él. Perdería mi virginidad con Amanda Camila, me lo juré bajo la sombra gigantesca de ese iceberg fraudulento, Amanda Camila o nadie. Una decisión apresurada que selló mi destino, que me condujo, como un perro ciego, a

esta pieza en Sevilla de donde te escribo esta nota de suicida.

Como si hubiera estado escuchando mis pensamientos con un radar secreto, se juntó a mí en ese momento el padre de la mujer que yo había jurado que iba a poseer en forma exclusiva.

-Gabriel-, dijo Pablo Barón, -quiero que conozcas a Carola. Mi esposa, la madre de mis dos hijos, la mujer que me salvó la vida-.

Carola era un bombón, un bombón explosivo, vestida como estaba de un drástico rojo, y cuando enloqueció mi mejilla con un beso tan suave como elusivo, se me ocurrió que tal vez mi resolución tan heroica y terminante de sólo hacer el amor con su hijastra no iba a poder resistir la proximidad opulenta de tantos cuerpos como el de esta mujer que le había salvado la vida a Barón.

-¿Le salvó la vida, ministro?-, preguntó Cristina, otra persona que hacía eco de lo que yo cavilaba. -Y eso, ¿cuándo fue?

¿Quiere revelar las circunstancias para la prensa?-

Pablo Barón le echó un vistazo a la reportera. -El público no necesita conocer todos mis asuntos, mi amiga. Pero veo, Cristina, que no has perdido el tiempo. Ya se conocieron con nuestro Gabriel, ¿ah? Dos periodistas, cachorros, a la caza del iceberg y sus misterios. Vamos a ver quién logra descubrir antes lo que esconde el proyecto-.

-Eso me recuerda, ministro-, dijo Cristina Ferrer, -que todavía no encuentro alguien joven que me dé una opinión acerca del iceberg que...-

-¿Y Amanda Camila?-, dijo Pablo Barón. -Por acá anda-.

-Se fue-, dije yo.

-Entonces Carola-, insistió el ministro. A toda costa quería que alguno de su familia fuera entrevistado.

Cristina inspeccionó a la esposa de Pablo Barón como buscando evidencia de las actividades operatorias de algún cirujano plástico. -Tal vez en otra ocasión-, dijo la Ferrer. Empezó a irse cuando algo la detuvo: deseaba entregarme su tarjeta, su tarjeta y una última mirada coqueta. -Si te pareces a tu padre-, dijo ella, -me vas a llamar-. Y partió.

-Qué puta más insoportable-, sentenció Carola, y sin pestañear cambió de tema. -Cuéntame, ¿cuándo vas a venir a ver mis mellizos?-, me preguntó.

-Mañana-, dije.

-¿Por qué justo mañana?-, protestó Carola. -Justo mañana no voy a estar-.

-Te vamos a echar de menos terriblemente-, mentí yo. -Pero estoy seguro de que Amanda Camila va a poder cuidarme-.

-¿Tanto te gusta la Amanda, ah?- La voz a mis espaldas pertenecía -era que no- a Polo. Era un genio de lo subrepticio, culebreando hasta mis cercanías en forma anónima, brotando desde las sombras como un virus para encajarte en la oreja lo que menos querías escuchar.

-Sí, claro que me gusta-, respondí, sin brindarle siquiera una mirada.

-¿Cuánto?-, insistió Polo. -¿Cuánto te gusta?-

Pablo Barón frunció las cejas. Un color peligroso fue apareciendo en sus pupilas.

-¿Y esa pregunta? ¿Qué crestas estás insinuando, huevón?-

-¿Yo?-, preguntó Polo. -Nada, ministro. Una pregunta de lo más inocente-.

-¿Entonces te vamos a dar una respuesta inocente, no es cierto, Gabriel?- Y Pablo Barón me hizo girar violentamente, aprovechó la oportunidad para perforarme el hombro con el vigor de sus dedos. Todo el mundo en este país parecía creer que mis músculos eran su propiedad privada, que yo había volado desde Nueva York para que ellos pudieran pincharme y cincelarme y empujarme. Hasta en este caso, en que el ministro estaba aparentemente furioso con Polo, era mi anatomía la que pagaba las consecuencias. ¿O Barón me estaría mandando en realidad un mensaje no tan encubierto, para que yo comprendiera que su poder no derivaba tanto de su rango ministerial como de esas manos de carnicero, de lo que esas manos eran capaces de perpetrar si alguna vez de veras él montaba en cólera? -Antes de que tú nacieras, Leopoldo, el padre de este niño y el que te habla, éramos así, así de hermanos, él y yo. ¿Comprendes? Nuestro Gabriel le tiene cariño a Amanda Camila porque es como si fuera su hermana. Por eso ella le tiene confianza y le tengo confianza yo. Por eso lo invitamos a casa mañana y al día siguiente y durante todos los días de su vida. Y esa hija mía lo va a recibir como si fuera su pariente más cercano. ¿Tengo razón, Gabriel, dime si tengo o no razón?-

Le dije que tenía razón. ¿Qué mierdas iba a decirle? ¿Decirle la verdad, mientras él me moldeaba y me extorsionaba la carne como si yo fuera una estatua de arcilla, decirle que tenía ganas de tirarme a su hija desde el momento en que la vi y que el hecho de que ella fuera, al parecer, la única mina en esta ciudad que mi padre no había profanado sólo servía para confirmar ese deseo y endurecer mi resolución y también mi erección? ¿Decirle que él tenía la culpa, él y esa apuesta atávica que había hecho con mi papá y el tío Pancho el día después de mi maculada concepción?

¿Decirle todo esto, precisamente ahora que mi padre arribaba a la escena de la confrontación y la iba absorbiendo con sus ojos misteriosos?

-Está bien eso-, dijo el ministro. -Es un buen muchacho, Cris.

Los dos deberíamos sentirnos orgullosos. Y más tarde te vas a recordar de este día de retorno al hogar, Gabriel. En muchos años más vas a recordar el día

en que tu padre acá presente, tu padrecito, te llevó a ver el iceberg-. Y puso su otra pezuña mofletuda en el hombro de mi papá.

¿Qué tanto había para recordar? Su hija, sí; la Nana de su hija y la Nana de Milagros y mi Nana, claro que sí; el día en el futuro cuando el verdadero ensueño de hielo surgiría ante mí como una ballena de infinita blancura, saliendo de la neblina y el delirio que emana del Polo Sur apenas alguien intenta acercarse, ese día, sí, claro que sí. ¿Pero acordarme de este simulacro, de este trozo brillosamente vacío destinado a deslumbrar a los auspiciadores y los millonarios y los coroneles, destinado a hacerse abismo y olvido, para qué gastar las células de mi cerebro con algo tan espurio? Aunque heme aquí en Sevilla, a los dieciocho meses, recordando, recordando, demandándome cómo pudo ser que ese primer día de mi llegada estuviera ya todo escrito, mi desventura, mi muerte futura. Y no sólo la mía, Janice. No sólo mi propia muerte.

-Estoy cansado-, dije. -Quiero irme a casa-.

Al decir casa estaba pensando en mi pieza tibia y atiborrada de libros en Nueva York, me refería en realidad a ese sitio electrónico, mi verdadera morada donde era posible contarle a los amigos sin cara y sin cuerpo mis penas y esperanzas, recibir interrogantes y consejos de tu parte, Janice, tan llena de sugerencias sensuales, ensayar juntos y separados otra posición más en la que me jurabas que te habías echado para que yo te pudiera penetrar desde lejos mientras mis dedos hacían su labor con mi propio sexo, mientras tus dedos hacían su propio trabajo.

Estaba cansado y quería volver a mi hogar real.

Pero el hogar al que me llevaron fue la Casa Milagros en el barrio de Ñuñoa y los amigos que trataron de levantarme el ánimo fueron los ciento y tantos jóvenes que cantaron, -Que los cumpla feliz, -apio verde tuyú-- en homenaje al hijo de su protector McKenzie. Y el regalo que me entregaron en forma solemne fue un -walkman- absolutamente inútil, y la habitación a la que me condujeron al poco rato era fría y húmeda a pesar del calentador eléctrico relumbrando en la oscuridad y de un guatero --a hot water bottle-, Janice- que Polo había mandado que me colocaran bajo las frazadas. Era tarde ya, tarde en la noche de un día inacabable cuyos minutos podía medir, sin ganas de hacerlo, en un reloj que mi padre me había procurado para el cumpleaños, un estúpido reloj en vez de lo que de veras necesitaba.

¿Y mi espacio electrónico, mi pieza internet para conversar?

Ahí estaba, ahí estaría apenas echara a andar mi Toshiba y conectara mi módem, debería haber sido capaz de acceder sin problemas al correo electrónico donde tú y tantos más, Janice, zumbaban ida y vuelta por el vacío de la oscuridad digital.

Debería haber tenido la oportunidad para contarte lo mal que me había ido en Chile, confesar en ese mismo mensaje que yo era un fraude y preguntarte si acaso no pensabas que lo mejor sería volver a Estados Unidos al día siguiente y que volaras a verme a Manhattan. Nunca antes de esa medianoche exhausta me

habían hecho tanta falta tus palabras, Janice Worth, desbordando desde la pantalla hasta mis ojos. Y claro, lo que sobrevino fue un relampagazo y un chisporroteo y la pantalla que se volvía negra y ese humo promiscuo que comenzó a filtrarse desde la computadora.

--¡Fuck, fuck, fuck! --

Agarré el enchufe y, sin que me importara el calor, casi deseando que la quemazón me marchitara esta mano condenada a una eterna masturbación en algún otro baño, empuñé el chamuscado plástico del adaptador y le di un tirón. ¿Cómo podía ser tan imbécil? ¿Cómo pude olvidarme de usar un transformador para el cambio de corriente? ¿Y cuánto tiempo me tomaría encontrar a alguien que pudiera arreglar mi Toshiba a un precio razonable -si es que tenía arreglo?

Y, sin embargo, en la medida en que la cólera inicial se fue aplacando, logré sumirme en una actitud más contemplativa, preguntándome si este desastre no podía bien ser un alucinante recado de los dioses, un signo que había que descifrar. ¿Por qué había sucedido este percance precisamente al final de mi primer día en Chile? ¿Qué significaba este incidente?

Se me estaba aislando tajantemente, de eso no cabía duda.

Restablecer una conexión contigo, Janice, y con mis otros amigos de Internet, llevar a cabo la abolición de este espacio tan sólido y recalcitrante en que estaba atrapado, sería fácil. Qué problema podía haber en buscar otra terminal. ¿No era Chile, según Pablo Barón, un país archi moderno? ¿Pero era eso lo que yo de veras necesitaba? Si había hecho tostada mi computadora con tan deliberada torpeza, tal vez algo muy adentro de mi vida no quería que yo escuchara la admonición que probablemente tú me ibas a dar, Janice, una vez que te informara sobre mi paradero:

-Manda a la mierda a Chile, a la mierda con ese padre pelotas, a la mierda con el iceberg y sobre todo a la supermierda con esa chica prohibida de la que juras que te estás enamorando. Ven a mí, vuelve a mi cuerpo que te espera, terminemos lo que comenzamos en ese sofá aquella noche frustrante-.

Tal vez, entonces, yo había concertado este accidente subconscientemente para forzarme a mí mismo a poner orden en el pantano de mi vida, a terminar con el rompecabezas en que yo era un fragmento que otros movían, tal vez la única manera de deshacerme de mi cara de bebé perpetuo era romper todas las amarras y tener que sobrevivir por mi cuenta, tal vez era un error haberte prometido contactarte al otro día, Janice. Tal vez, tal vez, tal vez...

Era medianoche.

Bajé a servirme un pedazo de torta. Inútil tratar de dormir con todas las palabras que no había podido precipitar en tus oídos remotos todavía hirviéndome por dentro.

Desde la ventana de la cocina, podía ver el edificio donde estaban los dormitorios, ese anexo que mi padre y Milagros habían construido durante los

primeros años de su matrimonio, invirtiendo todo el dinero que entraba a la exitosa agencia de detectives en cemento y ladrillos y camastros para los pequeños prófugos que no podían volver donde sus padres después de haberse fugado, baños para los niños que no tenían muchas veces padres en absoluto. Ahora una luz solitaria brillaba desde el cuarto piso, desde uno de los dormitorios.

Fui atraído por esa luz y me encontré montando las escaleras lentamente, casi como si flotara en el mar rítmico de la respiración pausada de los cien jóvenes que dormían en la noche, guardianes de mis pasos, hasta que llegué a la pieza iluminada.

Me detuve en el umbral. Sentado al borde de una de las camas, estaba mi padre, calladamente canturreándole una canción de cuna a un mocosito, un rufianillo que no pudo haber tenido más de seis o siete años, aunque yo sabía que la edad mínima para ser admitido en la Casa Milagros era diez años. El niño había estado llorando... podía oír los residuos, los últimos retazos de su llanto. -Está bien-, le estaba diciendo mi padre. -Todo va a estar bien. ¿Prefieres monstruos en tus sueños o monstruos en esta pieza? ¿No es mejor ahogarlos en los sueños? ¿Qué te parece mejor?-, y eso me hizo recordar algo. Una época en que yo debo haber tenido esa edad, quizá menos, un par de noches antes de que partiéramos a Nueva York. Buscaba escapar, sobresaltado, de una pesadilla, y ahí, encima de mi cama, estaba parado el gran McKenzie. Tiene que haber estado ahí durante un largo tiempo, vigilando cómo yo dormía, esperando el momento en que despertaría por mi cuenta, sin querer él intervenir en la lucha con algo horroroso que yo iba dando, sin querer tampoco dejarme, simplemente vigilando y esperando y después acogiéndome en sus brazos tal como ahora estaba acogiendo a este chiquito diecisiete años más tarde. Ahí me quedé un par de segundos más, simplemente escuchando, y enseguida di un paso atrás como si hubiese tropezado con una escena íntima de la que por alguna razón yo estaba ahora excluido, infinitamente lejos del niño que yo alguna vez había sido y del niño que nunca más llegaría a ser y del padre que yo había perdido. Di ese paso hacia atrás y mi padre me llamó, sin dar vuelta la cara. -Entra, Gabriel. Te he estado esperando-.

Obedecí. Caminé hasta la cama.

-Carlitos-, dijo mi papá al pequeño, -éste es mi hijo Gabriel.

También él tuvo pesadillas, pensó que no terminarían nunca. Y míralo, míralo cómo ha crecido. Y él también pensó que nunca llegaría a grande tampoco, ¿no es cierto, Gabriel?-.

-Todo va a arreglarse, Carlitos-, le dije. -¿Tienes un amigo?

¿Un amigo en el mundo?-

-Sí-, respondió Carlos. -Él es mi amigo. Él me encontró. Él me trajo acá, a esta casa-.

-Basta con un amigo-, le dije yo. -No necesitas más que un buen amigo para

salir ganador-.

-Tengo que hacer pichí-, anunció Carlos, así, repentinamente.

-Eso me gusta-, dijo mi padre. -¿Puedo contarle a Gabriel por qué me gusta?-

-Si él promete no contarle a nadie-.

Di mi palabra y mi papá explicó que Carlos había estado mojando su cama cada noche, que durante las últimas jornadas la cosa había estado mejorando. El niño se acordaba de ir al baño antes de dormirse, y esto era un secreto. Los otros muchachos no lo sabían.

Carlos se deslizó de la cama y cruzó la noche fría con sus pies descalzos, tomado de la mano de mi padre. Después extendió su otra mano y se aferró a la mía.

El niño orinó suavemente y yo también tuve ganas, abriendo mi marrueco y poniéndome a mear plácidamente, y dentro de poco me acompañó el sonido de mi padre que se unía a nosotros. Había algo tan absolutamente perfecto acerca del momento, me reconfortaba de una manera extraña saber que al otro lado del planeta se estaban prendiendo las pantallas, se estaban transcribiendo palabras, la gente buscaba comunicarse con esas palabras, y yo no me encontraba entre ellos, entre esos seres humanos, y que era mejor estar acá, orinando en el aire frígido con mi padre y el pequeño fugitivo. Sería maravilloso y todo iba a arreglarse en mi vida, pensé, si sólo pudiéramos quedarnos acá para siempre, los tres dejando que nuestras aguas fluyeran juntas para siempre jamás.

Y esa sensación de bienestar duró más que un momento, persistió más allá de los instantes que siguieron, cuando le acomodamos la frazada al niño, apagamos la luz, nos mantuvimos al lado de su cama hasta que se quedó dormido.

Unos minutos más tarde, en el patio, estábamos parados, mi padre y yo debajo de una luna congelada que había aparecido abruptamente detrás de unas nubes pálidas. Sacó sus cigarrillos, me ofreció uno, sonrió cuando yo rechacé su oferta, prendió su propio pucho y aspiró hondamente la nicotina y el humo.

-¿Es algo joven para la Casa, no?-, pregunté yo.

-La mayoría de los cabros que llega acá tiene algún hogar al que volver-, respondió mi papá. -Si es que merece el nombre de hogar. Pero es algo, un domicilio, digamos. Este Carlitos lo único que tiene son las calles. Trató de robarme un día en el Mercado Central. Voy de vez en cuando para ver quién trata de asaltarme. Esos son los niños que me interesan, los más listos, los más atrevidos y llenos de vida, me gusta su autonomía. Éste había escapado del Hogar del Niño, que fundaron los pacos, y antes de eso del Hogar de Cristo, que pertenece a los curas. Era tan rebelde que lo declararon insalvable. Ahora, quién sabe, por ahí se queda con nosotros, aunque ya volvió a callejear dos veces desde que lo admitimos. Polo tuvo que salir a buscarlo, lo encontró aspirando un tarro de neoprén hace un mes atrás. Si el niño vuelve a escaparse una vez más, va a

meterse en la droga dura y crímenes más serios para pagar las drogas y no va a haber modo de rescatarlo. Así que lo recibimos aunque es muy chiquito-.

-¿Qué pasa si la Casa está llena, si no hay espacio para alguien como él?-

-Entonces se va a morir, la calle se lo va a tragar-.

Detrás de mi papá, bajo la luz repentina de la luna, podía ver la extensión de los Andes ir apareciendo, la nieve sobre las montañas reflejando sobre él un resplandor fantasmagórico, como si él mismo apenas existiera.

-Conozco a cada niño en este anexo-, dijo. -Su nombre, su historia, todo. Tu tío Pancho, tu tío Pablo Barón... ellos decidieron que había que salvar el mundo. Yo decidí salvar a un niño, cada vez que podía, un niño más-.

-Un niño más-, repetí yo.

-Los niños que a nadie le importan un carajo-, dijo.

Como yo. Ahora me va a abrazar, me dije, vamos a volver al momento en que Ignacio nos interrumpió, él va a cerrar sus ojos y yo voy a cerrar los míos y vamos a cerrar el círculo y empezar de nuevo y deshacer todo lo que no anduvo bien desde que llegué, eso es lo que está a punto de pasar.

Pero no hizo nada por el estilo. Fumó otra pitada, tiró la colilla al suelo, miró la guirnalda de humo que subía hasta nosotros como un velo.

-Gaby-, me dijo. Era la primera vez que me llamaba así, en diminutivo, con el nombre que usaba cuando yo era pequeñuelo y ni él ni yo sabíamos que iba a partir de su lado y del país, que volvería con nada más que un iceberg para unirnos. Un iceberg y mear juntos en la oscuridad con un pequeño truhán. -Gaby-, dijo mi padre, -¿no sería hora de que dejaras de hacerte siempre la víctima?-

Dio media vuelta y entró a la casa.

Yo me quedé un rato más. Después aplasté el caliente rescoldo del cigarrillo que mi padre había estado fumando. Me gustó sentirlo ahí, debajo de mi zapato, estrujado y sin vida.

Y es ahí donde voy a dejar mi cuerpo y mi historia por ahora, Janice, al final de esa primera noche que pasé en Santiago. Estoy escribiendo esta nota de suicida desde las cinco de la mañana de este día que marca el aniversario número veinticinco desde la muerte del Che. Necesito aire, comida. Si no aparezco a cenar esta noche en el pabellón chino para ese Banquete Beijing, mi familia va a comenzar a entrar en sospechas. Van a preguntarse en qué demonios ando metido. Especialmente Amanda Camila. Tiene unas antenas esa niña... Pero ya la voy a despistar, la he engañado tanto durante tantos meses... Ah sí, y tengo que asegurarme de que estén listas las gallinas que compré. Sí, Janice, gallinas de verdad, gallinas vivas y cacareantes, de esas que uno mata colocándolas sobre la rodilla y torciéndoles el pescuezo hasta que mueren. Tal como la Nana me

enseñó. Sí. Basta de escribir por hoy. Es hora de ponerme a preparar la cena con la que vamos a celebrar el cumpleaños de Cristóbal McKenzie y su mejor amigo, Pablo Barón.

Una última cena. Antes de que todo se vaya a la misma mierda.

Segunda parte 10 de octubre de 1992 -El fraude, que remuerde toda conciencia, es posible que un hombre lo practique contra alguien que confía en él-.

Dante, undécimo canto, -El segundo círculo-

¿Estás todavía ahí, Janice? ¿O ya abandonaste el buque a mitad de camino, antes de que yo pudiera llevarte hasta el final de este viaje de descubrimiento que terminó tan mal para mí?

Créeme, he tratado de mantenerte interesada, desplegando todos los trucos narrativos que aprendí cuando pensaba en otra existencia anterior a esta visita a Chile, que podía algún día convertirme en escritor. Fui meditando en la estrategia que he llevado a cabo hasta ahora para crear suspenso, lo pensé mientras caminaba hacia la feria de Sevilla. No me refiero a la Feria del Mundo, sólo al mercado local donde venden el tipo de ingredientes que necesitaré para hacer la cazuela de mañana por la noche.

Pensé, en los momentos en que elegí esas papas redondas y sanitas que son uno de los regalos de América al mundo, pensé que ésta es una historia de misterio o, por lo menos, la historia de un misterio en particular, así que es posible que me falte seducirte un poco más, Janice, única lectora mía por la eternidad; pensé que quizá no fuera suficiente prometerte mi propia muerte.

También hay que ofrecer otras muertes. Sí, como en toda obra de misterio que se precie de tal, habrá un asesinato. En esta historia que cuento alguien va a matar a un semejante, a eso me puedo comprometer.

Pero antes, mi amor, el misterio se profundizó.

Exactamente dos semanas después de que mamá y yo retornamos a Chile, exactamente dentro del plazo que había otorgado mi padre para abandonar la investigación, una segunda carta llena de amenazas contra el iceberg llegó a la oficina del ministro Pablo Barón. El mismo papel azul pálido, el mismo sobre, la misma estampilla, las mismas letras de molde tan infantiles, el mismo Comandante Venganza que firmaba. Sólo el mensaje era diferente.

¦ -¿Me mueve la ecología? Es algo que yo sólo sé y tú vas a tener que descubrir. Lo seguro es que nos vamos a culear tu iceberg. Comandante Venganza -Pablo Barón no lo tomó bien.

-McKenzie-, le dijo a mi padre desde la distancia de su escritorio ministerial, se lo dijo en un susurro, porque todavía estaba obsesionado por los micrófonos que los buenos muchachos de Pinochet habían camuflado en algún recodo de ese recinto.

-McKenzie, no has hecho ni mierda-.

Era verdad. Mi padre no había realizado el menor esfuerzo para hallar al culpable y Pablo Barón lo sabía. No puedo aventurar si el ministro había anulado la orden de que los sabuesos de Investigaciones siguieran a mi padre día y noche, pero sí puedo asegurar que el hombre más poderoso de Chile no necesitaba de esos informes, porque se había conseguido otro espía: Gabriel McKenzie, para servirle, asistente e hijo del detective encargado del caso. Era yo el que había notificado al ministro que el gran McKenzie tenía cero interés en resolver el caso. Esta segunda carta venía al rescate justo a tiempo y permitía al ministro acorralar a su mejor amigo y forzarlo a proseguir la investigación -y con más energía, Cris, qué carajo-. Lo que yo no le había contado al ministro, sin embargo, en la conversación original en que traicioné a mi progenitor, era que ese mismo progenitor no se interesaba en buscar al culpable porque estaba seguro de quién era, estaba seguro de que era Pablo Barón en persona el que había escrito y mandado la amenaza. Le transmití una tonelada de información a Barón, pero no lo que sucedió esa mañana después de que mamá y yo desembarcamos en Chile, ese 10 de julio de 1991, cuando mi papá me sentó al lado de Polo, que ya estaba instalado devorándose un desayuno tardío, y nos preguntó:

-Y bien, ¿qué hacemos ahora con este lío del iceberg?-

-No hacemos nada-, dijo Polo, embetunando su marraqueta dorada y perfecta con suficiente mantequilla como para darle un infarto de colesterol a un gringo como yo. -Está claro que es Barón mismo el que escribió esa carta-.

Decidí que me moriría de soledad mucho antes que de colesterol, así que agarré mi propio pedazo de pan grasiento, y mientras mascaba le dije que no entendía lo que él acababa de decir.

Mi padre me miró por encima de la mesa, trazando con el dedo índice el diseño de uno de los copihues bordados en el mantel. Se había disipado aquella magia que habíamos compartido la noche anterior bajo la luna de los Andes, retornado él a su habitual actitud crítica, levemente irónica, nada de Gaby, ni siquiera Gabriel. Intuí que se moría de ganas de llamarme Cara de Guagua, que quizá había sofocado ese nombre cruel tan sólo debido a la persistente imagen de Carlitos tomando su mano y la mía.

-¿Qué hay para entender? Es muy simple: Barón falsificó esa carta para joderme, para que yo perdiera la apuesta-.

-¿Cómo puede algo así influir en tu apuesta?-, pregunté. -Sigo sin entender-.

-Sigues sin entender-, prosiguió mi padre, -porque como todos los otros gringos del mundo, tú pensabas que podías llegar a un país del que nada sabías e inmiscuirte en una situación de la que sabes aún menos, prometiéndole a alguien que acababas de conocer que solucionarías su problema -que no es un verdadero problema porque lo armó él mismo desde el principio-. Desde que lo nombraron ministro que está buscando una manera de ponerme a sus órdenes...-

-Pero si es tu mejor amigo-.

-Claro que lo es y yo lo quiero más que la cresta, más que a un hermano. Pero te apuesto diez contra uno, no, mejor cien contra uno, que él está usando esta maniobra para ganar la apuesta. Espera nomás, va a tratar de despacharnos a la Antártida, nos va a mandar a Tierra del Fuego, va a inventar todo tipo de pesquisas y viajes raros para cagarnos. Un jueguito en que yo no pienso meterme. En dos semanas más, dejamos caer la investigación. Que el huevón se investigue a sí mismo-.

-¿Y qué tiene de malo un viaje a la Antártida?-, pregunté. Me dio un temblor, y no era porque la estufa a parafina casi no calentara el aire crudo y fresco, sino por la deliciosa anticipación de ese continente escondido que el hombre sólo había comenzado a explorar de reojo durante este siglo, el lugar donde Scott escribió sus notas de despedida mientras la tormenta de nieve avanzaba, las praderas de hielo y montañas alucinantes que Shackleton nunca había podido cruzar en toda su extensión. -¿No quieres ver al verdadero iceberg?-

Polo estuvo a punto de responderme, pero mi padre lo calló.

-Sí, es algo que quisiera ver-, dijo el gran McKenzie, y algo se suavizó en su mirada, en su voz. -Me encantaría ver al verdadero iceberg. Pero puedo viajar todo lo que quiera, donde me dé la gana, después del 12 de octubre de 1992. Cuando haya pasado los cincuenta. Me falta poco más de un año-.

-¿Pero qué tiene que ver todo esto con una carta que Barón podría haberse...?-

Polo contestó mi pregunta antes de que pudiera formularla completamente. -No hay vaginas navegando en ese barco-, dijo. -Ni una champa. Tendría que haber... pongamos que el viaje por mar tardara quince días..., así que Cris necesitaría quince minas, una por noche, un coro entero. ¿Y cuántas mujeres se permiten a bordo de esos barcos de la Armada chilena? Cero. Ni una. Por ahí aceptarían una mina. Más claro echarle agua, tu papi pierde la apuesta, el ministro se muere de la risa: un McKenzie, el menor, en la cárcel y América Latina bastante alejada de sus predicciones, ¿no?, y el otro, el hermano mayor, abstinente en medio del hielo eterno, con una pija que por primera vez en casi veinticinco años no la puede ejercitar, a unas cuantas acostadas de ganar el premio. ¿Y por qué? Porque su hijito cayó en la trampa que Barón nos tendió. Porque su hijito se creyó un sabelotodo. ¿Ahora entendiste?-

Claro que entendí. Entendí que el abstinente iba a ser yo, y que si estas hostilidades y errores seguían, mi vida iba a ser un viaje eterno a la Antártida sin una hembra a bordo. Quedaría como Scott, soñando con mujeres tibias a las que nunca había hecho el amor mientras la noche polar se iba aproximando sobre él y sus hombres congelados. Pero mi padre me había aconsejado anoche que no me hiciera tanto la víctima, que no me dejara vencer tan fácilmente, que respondiera a un golpe con otro golpe.

-Yo también sé apostar-, dije. -¿Qué te parece, Polo, si hacemos una

competencia tú y yo, a ver quién tiene razón? ¿Qué pasaría si yo te apuesto que hay otra persona que quiere destruir al iceberg, que no es Barón, ah? Y si yo pierdo, yo no voy a tirar durante los próximos veinticinco años. Ni una mujer ni un hombre ni nada. Ni el culo de una oveja-.

Polo había dejado de masticar su pan. Su taza de café con leche quedó a medio camino entre la mesa y su boca, echando vapor en esa cocina frígida. Tal vez se había dado cuenta por primera vez de que yo era hijo de mi padre y de que por lo tanto valoraba el uso de mi lengua por sobre todos los instrumentos -y que, además, apostar y arriesgar todo al cara o sello estaba en los genes de la familia.

-Y si tú pierdes-, apuré mi ventaja, -ni un poquito así de cuero de mujer. Un cuarto de siglo de castidad absoluta, huevón-.

A mi padre le causó gracia esta bravuconada mía. Quién sabe si no veía en mí una réplica de ese joven que se había sentado a la mesa de cumpleaños con su hermano y con Pablo. Aunque tampoco iba a dejar que a su compinche Polo fuera a darle un ataque cardíaco ante la posibilidad de que sus genitales quedaran refrigerados hasta el año 2016, no quería verlo humillado. Llamó a una tregua.

-Nada de apostar, los tontorrones-, dijo. -Eso debilita nuestro trabajo de equipo-. O tal vez pronunció esas palabras para ablandar a Milagros que acababa de ingresar en forma displicente a la cocina, tal vez trataba el gran McKenzie de sugerirle en forma subterránea que él se arrepentía de haber aceptado ese desafío de cumpleaños hace casi veinticinco años atrás.

-¿Trabajo en equipo?-, preguntó Milagros. -¿Tienen planes?-

-Lo llevo a ver a su tío Pancho-, respondió mi padre. -Y después Pablo nos arregló una reunión con Jorge Larrea. ¿Te acuerdas de él? ¿El que fue ministro de Hacienda de Pinochet?-

-¿El que se casó con la Pocha Alvarez?-, dijo mi mamá.

-La Pochita Alvarez-, dijo Polo. –M'hijita rica-.

Esta vulgar revelación de su intimidad con la mujer de Larrea molestó a mi padre. Frente a Milagros no, idiota, parecían decir sus cejas fruncidas. La sonrisa complacida de Polo se desvaneció.

-Ese gallo-, confirmó mi padre. -Bueno, ahora está dedicado a coordinar este proyecto del iceberg y como Gabriel tiene interés en escribir algún articulillo al respecto...-

-¿De veras?- Mi madre me miró en forma inquisitorial. -No sabía que tuvieras planes para escribir algo durante tu visita-.

-Una cosita que se me ocurrió anoche-, dije. -Lo vendo al volver a los United States-.

Mi mamá no mencionó más el asunto. Había aprendido hace tiempo, supongo, que cuando una mujer interrumpe un ritual masculino, una ceremonia a lo boy scout o una confrontación en las duchas después de una intensa jornada deportiva hay que dejar que los muchachos terminen sus jueguitos sin interferencia.

Aunque no pudo contenerse unos minutos más tarde cuando me detuvo en el umbral de la Casa, justo cuando estaba siguiendo a Polo y a mi padre al auto. Quería saber cómo me sentía, si el retorno había sido propicio.

No parecía muy contenta, mi mamá. Tenía los ojos hinchados y exhaustos. Hacía años que no la veía tan mal. Si no la había cargado con las tristezas del joven Gabriel en Nueva York, cuando ella vivía despreocupada y alegre, menos iba a echarle encima, ahora que ella luchaba por recobrar un país que se le había escapado durante diecisiete años, una confesión íntegra y detallada de mi saga de un padre perdido y un celibato forzado.

Tal como lo había hecho hasta ahora, yo podía perfectamente arreglármelas solo.

-¿Cómo van las cosas con tu padre?-, me insistió. -Los vi anoche, hablando en el patio. Me puse a mirar la luna sobre la cordillera y de repente, ahí estaban, los dos-.

¿Qué estaría pensando ella al observarnos? ¿Cómo me iba a mí?, ¿o si mi padre tenía la intención posterior de subir a verla?

¿Había subido él?, ¿ella lo había rechazado?

Preguntas que no hice.

-Las cosas van a las mil maravillas-, dije.

-¿Y amigos? ¿Quieres que te conecte con los hijos de algunas...-

-Todo está bajo control-, dije. -Amanda Camila me va a arreglar algo. Estoy seguro de que va a saber cuidarme. La voy a ver a la hora del almuerzo-.

-Qué niña más simpática-, dijo mi mamá. -¿No te parece? ¿Atractiva?-

-Simpática-, dije yo, -pero no es mi tipo de mujer-.

-Y a mí que me daba la impresión de que estabas, bueno, de que te gustaba, digamos-.

-Definitivamente no es mi tipo de mujer-.

-¿Así que todo anda bien?-

Tenía que darle algo, una mínima mordida de miseria, un problemita para que mi madre neurótica no se sintiera excluida.

-Lo que pasa es que mi computadora se jodió anoche. Se me olvidó poner el transformador-.

Siempre ansiosa por ayudar, ofreció llevar mi Toshiba a la casa de Pablo Barón, a ver si el ministro me ayudaba a encontrar quién arreglara la máquina. Le agradecí y me encaminé al auto, mi bufanda navegando la brisa tan clara y tajante, listo para enfrentar el sarcasmo de Polo y tratar de comprender por qué mi padre se había puesto, de repente, tan nervioso. Su cuerpo se agitaba como si quisiera rascarse pero no tuviera manos. Tal vez se inquietaba de una manera similar cada vez que iba a visitar a su hermano preso para informarle que una vez más existía la esperanza de un indulto que, sin embargo, jamás se materializaba.

Tal vez ya le había llevado a ese hermano la misma promesa solemne del mismo ministro Barón y nunca resultaba nada.

Por cierto que esta vez mi tío Pancho tampoco creyó una palabra de lo que hubiera dicho Pablo Barón.

-¿Ese hijo de puta?-

Sus palabras rebotaron con un eco en la inmensa sala húmeda.

Estaba llena de prisioneros y sus congeladas familias, arrumbados todos encima de escaños y taburetes a maltraer. En un rincón cercano, un hombre musculoso y sin afeitar -joven, era tan joven- estaba sobando a una mujer, manoseándola a todo dar. La tenía sentada en su falda, prácticamente tirándosela frente a todos los presentes, incluyendo a un niño de unos siete años que los miraba sin mayor interés y a los guardias que tampoco parecían darle importancia. Ellos pasaban al lado de la pareja como si nada, vigilaban sin ganas a otros convictos grises y taciturnos y a sus esposas o madres o hermanas, todos uniformemente vestidos con algo menoscabado y opaco, como si supieran que de todos modos ningún color iba a quedar registrado en esa cerrazón helada, apenas iluminada por rayos de sol plagados de polvo filtrándose desde un enrejado alto y mezquino y distante. Dirigí la mirada hacia arriba y logré vislumbrar sobre las ásperas murallas de cemento dos tristes ampolletas que chisporroteaban como si estuvieran a punto de apagarse, como si fueran goteando oscuridad en vez de luz. ¿Era una penitenciaría de alta seguridad? ¿Con sus aparatos para detectar metales sin funcionar, con sus custodios a punto de dormirse y más atentos a escarbarse los dientes que a revisar la ropa de los visitantes? Yo podía liberar a mi tío de esa prisión, digna de Dickens, lo podíamos hacer mi padre y yo en una rápida acción de comando. No necesitábamos a Pablo Barón.

A mi tío Pancho no le hacía falta tampoco. De hecho, odiaba a Pablo Barón.

-Ese traidor-, rugió, y todo el mundo se sobresaltó. Los carceleros dejaron de caminar, el preso y su amante interrumpieron su vaivén agitado por un segundo, hombres y mujeres levantaron sus cabezas y contemplaron a mi tío, y enseguida todo volvió a la normalidad, cada uno respirando el vapor frío de su propia desdicha. Al parecer, estaban acostumbrados a ese tipo de vociferaciones. -¿Ese

traidor? ¿Ese huevón que les chupa el pico a los neoliberales y los neofascistas? Cuando estaba en la resistencia, sobrino, ¿sabes lo que decía acerca del modelo económico, acerca del capitalismo aberrante, acerca de Milton Friedman, y el mercado libre? ¿Cuando Barón peleaba contra la dictadura? Cuéntale, Cris, cuéntale a tu hijo lo que...-

-Me importa un pito lo que decía Barón-, interpuso mi papá.

-Es la mejor carta que tenemos para sacarte de esta mierda-.

-Yo no salgo hasta que liberen a todos-, dijo el tío Pancho.

-Nada de privilegios. Ni menos pedirle un favor a gente que anteayer juró eliminar la miseria y ahora continúa la política de Pinochet. ¿Lo llevaste a visitar los hospitales, Cris? ¿Llevaste a Gaby a ver cómo los pacientes tienen que traer su propio algodón, su propia aspirina, porque el presupuesto...?-

-Sólo llegó ayer-, dijo mi papá. -No vino a Chile para visitar hospitales. Vino a vernos a nosotros, a su familia. ¿Por qué no te calmas un poco?-

-Me voy a calmar cuando esté muerto-, vino la respuesta beligerante. -Me voy a calmar cuando no haya gente sin zapatos y sin educación y sin empleo, ahí voy a calmarme, muchas gracias.

Gabriel, ¿sabes cuánta gente en el mundo vive hoy con menos de un dólar al día¿ ¿Lo sabes?-

-Deja al niño en paz-, dijo mi papá, pero yo respondí que no, que no tenía la menor idea.

-Un billón coma tres. Casi un billón y medio. En 1960, el veinte por ciento más rico del planeta era dueño del setenta por ciento de la riqueza del mundo. ¿Sabes cómo anda el asunto ahora, después de la famosa globalización, ahora que los Pablo Barón tienen el timón, chupando la teta imperialista y multinacional? Los más ricos tienen el ochenta y cinco por ciento. ¿Y los más pobres? Antes disponían del 2,3 por ciento. Ahora: del 1,1. Y acá en Chile, las cosas se están empeorando también, según...-

-Las estadísticas dicen que las cosas van mejor-, irrumpió Polo.

-Las estadísticas-. El tío Pancho resopló indignado. -Cada cual las usa a su antojo. Llévalo a La Pintana, Cris, lleva a mi sobrino a La Pintana a ver si las cosas van mejor-.

Se pusieron a discutir como si fueran todavía niños chicos. Mi padre le avisó a su hermano que la política no le interesaba a Gabriel, ni a él, ni a nadie más, y que Pancho debería haberlo escuchado cuando se murió el Che; y mi tío acusó a mi padre de ser responsable de la degeneración de Chile, ellos eran los responsables, gente como él, que se había abstenido y le importaba un bledo, que no había participado durante los años de Allende y que no había hecho nada para resistir a Pinochet; y mi padre estaba feliz, dijo, de no haber hecho nada, porque

estaría en la cárcel igual que Pancho; y Pancho respondió que Cris tenía miedo de caer detenido porque hubiera perdido su apuesta -y no hubiera podido tirar hasta que le diera hipo con cuanta huevona anda por ahí-.

Polo decidió que era el momento apropiado para romper la tensión. -Si quieres que te metamos una mina, Pancho, podríamos convencer a un par de mujercitas de que te echaran una visita.

Unas que ya pasaron por las pruebas de calidad, como quien dice-.

-Las mujeres te debilitan el espíritu de lucha-, declaró mi tío. -Te atan a lo cotidiano, te cargan con una familia. Por eso Lenin nunca tuvo niños. Ése fue tu error, Cris. Hasta que conociste a Milagros eras un revolucionario, un...-

Mi padre se paró. No soportaba más. No sabía por qué se molestaba en visitar a su hermano. Ya le había advertido la semana pasada, que iría con Gabriel, que por favor se comportara, y habían acordado evitar temas controversiales, ¿acaso no habían convenido en que lo fundamental era que Gabriel se sintiera confortable? Había un montón de trabajo como para estar perdiendo el tiempo en discusiones huevonas. Así que se iba. Adiós.

Mi padre partió hacia el portón de salida. Yo le hablé de atrás: -Me voy a quedar un poco más con el tío Pancho, papá-.

El gran McKenzie se dio vuelta para mirarme como si no pudiera creer lo que escuchaba. Por segunda vez esa mañana, él me veía, tal vez con agrado, demostrar una sorprendente autonomía. Asintió con la cabeza. -Voy a estar con el alcalde-, dijo, y ahora sí se marchó, seguido por un Polo presuroso.

-No es un hombre malo este Cris-, dijo con toda tranquilidad mi tío, apenas mi papá estuvo fuera de alcance. -El alcalde le debe un favor. Hace muchos años él mismo fue un niño prófugo y Cris lo encontró, le resolvió el problema. Ahora el tipo me cuida, advierte a sus subordinados que me traten bien, que nadie... ya sabes, que nadie me haga, bueno, nada. Aprecio esa consideración, no pienses que no soy agradecido. Cris me acusa de hablar demasiado fuerte y golpeado. Yo no hablo fuerte. Es el resto del mundo el que se queda callado, por eso se escucha mi voz, ése es el problema-.

Mi padre me había advertido que su hermano era temperamental, que variaba de un segundo a otro su estado de ánimo. -Le hicieron daño, sabes-, me había explicado mi viejo en el auto cuando acelerábamos camino a la Peni, atiborrándonos del glorioso sol de un día en que todos los habitantes del país deberían haber estado libres para vagar a su regalado gusto debajo de esos Andes cubiertos de nieve. -Para que confesara. Él seguía insistiendo en que era inocente, hasta que finalmente lo... quebraron, supongo que es la palabra que mejor describe lo que le... Y desde entonces, él...- Pero ese preámbulo no me había preparado ni para la explosión virulenta de palabras que acababa de escuchar ni menos para ese tío Pancho, apacible y casi distraído que ahora se sentaba frente a mí cavilando sobre las virtudes de su hermano.

-Fui cargante, insufrible, hoy-, dijo, -a propósito. Quería deshacerme de tu

papá, quedarme solo contigo-.

Me asombró su astucia. ¿Había alguien en Chile que dijera en forma simple y directa la verdad¿ -¿Querías estar solo conmigo¿ ¿Para qué¿-

-Para que me digas lo que de veras está pasando. ¿Qué puede querer tanto Pablo que esté dispuesto a contemplar mi liberación a cambio de conseguirlo?-

Le conté acerca de la amenaza y las sospechas de mi papá.

-¿Hay alguien que quiere dinamitar el iceberg, ah?-, dijo mi tío. -Bueno, puedes estar seguro de que no es Barón. Él no iba a poner en peligro sus planes para Sevilla sólo para ganar esa ridícula apuesta. No, es Cris el que está obsesionado con ganar.

A mí no me sorprendería que el ministro pensara que es Cris quien mandó la amenaza: mi propio hermano, sí, Cris tratando de ver si esa maniobra hace que Barón pierda el puesto... y la apuesta, claro-.

-¿Mi padre mandó la carta?-

-Tal vez. Tal vez por eso Pablo recurrió a Cris, para tenerlo cerca, vigilarlo. En eso se ha convertido este país: todo el mundo dedicado a cagarse al otro, te cagué, huevón, me cagaste, huevón, con tal de montar hasta el palo más alto del gallinero.

Es la ley del gallinero. No confundir con la ley de Moraga-.

-¿La ley de Moraga?-

-Muy simple. El que caga, caga. Como ves, Chile es un país lleno de leyes. Muy legalista nuestra patria. Yo estoy preso y a Pinochet lo reciben en la Moneda. Barón se caga en el país y Cris se caga en Barón-.

-¿No podía ser algo más sencillo?-, sugerí. -Algunos de tus camaradas, por ejemplo, atacando uno de los proyectos favoritos del gobierno por las razones que expresaste, en protesta contra una democracia que tiene a gente como tú en la cárcel-.

-Creo que no. Algo hubiera sabido del asunto. Pero ya que lo mencionas, por ahí no es una mala idea, hacer volar en pedazos la mierda esa. ¿Lo viste, al iceberg?-

Le dije que únicamente una réplica, pero ya estaba fascinado por su misterio, la maravilla de su... pero él no me dejó seguir, se largó en una diatriba contra ese témpano de porquería, su transparencia y blancura e higiene. Aunque traté de explicarle que era azul, que era bello, él lo veía como el símbolo de un Chile purgado de memorias, el Chile que soñaban algunos. Sin sangre, sin el olor a viejos zapatos, sin botas militares, nada que perturbara la pizarra borrada de un país que quiere olvidar su dolor, cerrar la puerta sobre el pasado, no verse reflejado en el espejo, escaparse a todo vapor hacia una modernidad que lo haría

aún más dependiente.

Traté de razonar con él. A pesar de su excentricidad, tuve la impresión de que estaba frente a la única persona en Chile -de sexo masculino, digo que me respetaba de verdad, que no quería utilizarme para algún otro propósito, el único, de hecho, que no podía manipularme en absoluto, en vista de que dentro de un par de minutos él estaría de vuelta en una celda cien veces más deprimente que esta sala inmisericorde y yo estaría libre para pasear por las calles en busca del hombre que estaba planeando destruir el iceberg que me costaba tanto describirle a mi tío.

-¿Sabes lo que sentí? Mirándolo, mirando a través de ese hielo, tuve la sensación de que me podía devolver algo que había perdido desde siempre, el recuerdo de un paraíso que -y no era solamente yo, también mi papá sintió lo mismo, yo sé que ese iceberg...-

-Claro, si están los dos buscando el Edén en un pedazo de naturaleza impoluta. ¿Quién no quiere redimirse con ese sueño? Entiendo la función que cumplen ciertos objetos naturales, artísticos. Engels dijo en algún lugar que eso salva el valor de uso de... creo que fue Engels, en todo caso, no me cites hasta que te lo pueda confirmar. Pero a lo que iba es a que todo el hielo del mundo y todas las ferias del mundo no valen lo que vale un viejito que se muere en la soledad más desesperada a la vera de un camino y que trabajó toda su vida y no tiene ni una cama en que morir, una mano que lo consuele. Cambiaría todo el arte de todos los museos del mundo para que ese viejo sonriera antes de morir-.

Dejé de discutir con él. No se discute con un hombre que está preso porque cree en algo intensamente, no tiene sentido tratar de quitarle la creencia que ese hombre necesita para sobrevivir, para convencerse de que valió la pena su sacrificio.

-Tengo que irme, tío Pancho-.

Lo abracé, sentí cómo su cuerpo temblaba de emoción contra el mío.

-Deja que lo vuelen en pedazos, Gabriel-, me murmuró urgentemente, como si fuera el último mensaje del último hombre de la tierra. -Ayúdalos a que vuelen a ese hijo de puta del iceberg-.

Lo solté y di un paso atrás. Una lástima que un tipo tan lindo y amoroso como mi tío estuviese tan absolutamente chalado, loco de atarlo.

-No creo que quiera ver morir ese iceberg, tío-.

-¿Y si fuera yo, ahí, con dinamita en una mano y un fósforo en la otra? ¿Me tratarías de parar, me dispararías para salvar el iceberg de Pablo Barón?-

-Nunca le he disparado a nadie en mi vida-, dije, -así que no me parece que éste sea el momento para comenzar-.

-Nunca es tarde-.

Nuestro diálogo se estaba convirtiendo en una escena de una mala película de gángsteres. Aunque terminó siendo un vaticinio de lo que vendría, la violencia que en estos momentos se cierne sobre Sevilla.

-Voy a volver a verte, tío-.

-Una cosa más, mi niño-. Mi tío Pancho sacó una Bic y garabateó unas palabras en un pedazo de papel. -Espero esa visita, Gaby-, dijo. -Este mismo domingo. Sin tu papá y su parloteo incesante acerca de su pene y sus mujeres, para que podamos de veras comenzar a conocernos-. Comprimió el papel, me lo puso en la mano y desapareció.

Un guardia me bloqueó la salida, quiso saber qué llevaba escondido ahí. Los tipos no eran tan tontos como yo había pensado. Tal vez ellos fingían estar dormidos para engañar a neoyorquinos simplotes e inocentes como yo, para poder pillarnos.

Abrí mi puño, desarrugué el mensaje, leí su contenido, le avisé al guardia: -Es una cartita de mi tío-.

-De aquí no se pueden sacar a la mala cartas ni cartitas, gringo-.

-Es algo personal-.

-Eso no lo puedo saber hasta que lo haya leído yo, ¿no es cierto¿- Chasqueó los dedos con impaciencia.

-Si quieres hacer el amor en este país-, el guardia fue deletreando lentamente el mensaje de mi tío, -tienes que empezar a enamorarte del país mismo-. Me miró perplejo. -Y eso, ¿qué mierdas significa?-

-Pregúnteselo a él. No lo escribí yo-.

-No pienso preguntarle nada a ese demente, a ese... si no fuera el hermano de Cristóbal McKenzie, lo haríamos...-

-¿Le harían qué?-

-Que aprendiera a portarse bien-.

Estaba dándole vueltas a esa última frase mientras me despedí de ese lugar, dejando atrás a sus prisioneros amarillentos y sus parientes cadavéricos y sus guardias somnolientos. Mi padre me esperaba al lado del detector de metales, la máquina que se había echado a perder; le estaba hablando a una mujer vestida casi enteramente de negro mientras Polo pispeaba de cerquita.

-No-, decía mi papá. -Lo siento, pero de veras que no puedo-.

-Basta con que me diga dónde se encuentra, si mi Enriquito está vivo o si lo mataron. Nada más que eso. Usted visita mi casa, entra a su dormitorio, se sienta

en la cama, como es usual con su agencia, y me dice dónde lo tienen detenido. Su cama está igualita, tal como el día en que se lo llevaron, don Cristóbal-.

-Si hubiera partido por su propia voluntad, no tendría inconvenientes en hacerme cargo del caso, señora. Pero como a él lo detuvo la...-

-Bueno, a mí me dijeron que él se había ido con una niña por ahí, eso es lo que me dijeron cada vez que fui a reclamar. -Se fugó con una minoca bien buena-, me decían, -se cansó de vivir con una vieja tan sapa y tan fea, una mamá que no le daba libertad-. Eso decían. Podía usted hacerse cargo del asunto basado en lo que ellos decían-.

-Sí, señora-, dijo mi papá con una voz muy tranquila, -pero tanto usted como yo sabemos que no es cierto. No era cierto cuando se lo llevaron y es aún menos cierto ahora que al muchacho lo han reconocido oficialmente como desaparecido y fallecido, el gobierno democrático lo declaró muerto. Así que de veras yo no puedo...-

-Entonces, ¿dónde está su cuerpo? Si está muerto, dónde está su cuerpo, dígame eso. O ayúdeme a encontrarlo, podríamos...-

-Perdóneme pero tengo que irme-, dijo mi padre, tomándome el brazo.

La mujer nos miró a ambos. Sus ojos estaban muertos y sin embargo algo en ellos ardía como un fuego.

-Éste es su niño-, dijo ella. -Cualquiera se da cuenta de que es su niño. Si a él se lo hubieran llevado, qué habría hecho usted, qué...-

-Estaría importunando a un detective que hace lo que hago yo y él me diría lo que yo le estoy diciendo a usted, señora: no me meto en secuestros, no me meto en política, no me meto en asesinatos-.

-Usted no lo ama-, dijo la mujer de repente. -Si usted lo amara de verdad a su hijo, a mí me ayudaría-.

Mi padre no respondió. Me sacó de esa cárcel, como si estuviera remolcándome lejos de esa mujer y sus ojos muertos y ardientes.

Cuando estuvimos en el auto, me dijo: -Ya me estás juzgando, igual que tu mamá-.

Había malinterpretado mi mirada. Yo no le estaba reprochando el trato que había dispensado a esa mujer. Él había hecho lo mismo que yo en SOHO, los dos le habíamos dado la espalda, cada uno a su manera, a este tipo de dolor, a este tipo de problemas.

Ambos nos habíamos protegido. Lo que yo resentía no era su actitud hacia ella sino hacia mí, el hecho de que era cierto lo que esa madre le había dicho: él no amaba de verdad a su hijo.

-Yo no puedo ayudar a esa mujer-, insistió mi padre. -Nadie la puede ayudar. Vino a verme por primera vez hará cosa de unos quince años atrás, me acorrala cada vez que puede. Pero yo no voy a meterme en esos asuntos. Aprendes a mantenerte lejos, alejado, distante, lejos, lejos, lejos... tan lejos como puedas. Como tú.

Cuando partiste, cuando tú y tu mamá rajaron de acá-.

-Yo tenía seis años de edad-.

-Podrías haber vuelto antes. Cuando murió tu abuela tenías diecinueve. Nadie te retenía. Así es que a mí no me culpes por guardar mi propia distancia-.

No estaba claro si se estaba refiriendo a la distancia entre él y aquella mujer o a la distancia que estaba instalando entre nosotros dos o a su general distanciamiento de todo, excepto de las dolencias de esos jóvenes que se habían escapado del hogar. A ellos les había ofrecido el mismo calor que me había transmitido a mí en sus cartas a lo largo de los años. ¿O su calor había sido drenado en todas esas vaginas, muriendo y sangrándose ese calor una noche tras otra durante casi un cuarto de siglo, había extenuado él toda su ternura en ese río incesante de almohadas chilenas cuyos detalles probablemente no podía recordar¿ Los próximos quince minutos pasaron en silencio. Estábamos atrapados en un taco. Reverberaban las bocinas, los choferes de taxi gritaban improperios, el smog y la humareda azulina de los tubos de escape se juntaban adentro del auto al aire ya neblinoso del humo de los cigarrillos que habían prendido Polo y mi papá antes de siquiera encender el motor.

De pronto, increíblemente, vi acelerar a un Chevy de un color vomitivo contra el tránsito, pasando como un bólido a nuestra izquierda, sin importarle que los autos que venían en sentido contrario tuvieran que esquivarlo. El automovilista estaba hundido en su asiento, mirando al frente con resolución insana y hablando sin cesar por un celular. Tuvo que detenerse unos metros más allá porque un camión le bloqueaba el camino. Se puso a tocar la bocina furiosamente, exigiendo en forma beligerante que los conductores de los autos que él había pasado en forma ilegal le hicieran un hueco.

-Ese tipo está -crazy--, dije yo. -Es un inconsciente y un desconsiderado-.

-Por Dios, no seas tan gringo. Él comete esa infracción porque sabe que si no se adelanta, alguien lo va a madrugar-. Como para probar que mi padre tenía razón, en ese mismo momento un Citro6n siguió el ejemplo del Chevy y nos pasó velozmente, también por la izquierda, casi chocando. -Eso es lo que pasa cuando el país se llena de gente que sólo piensa en sí misma-.

-Por lo que yo he visto-, dije yo, -tienes toda la razón-.

Mi padre me miró. ¿Pensaría que yo aludía a él, a la forma como me trataba a mí, a la forma como había tratado a esa mujer que pedía su ayuda¿ ¿Pensaría que yo estaba lanzándole una indirecta que él no merecía¿ Fuera cual fuera mi intención, Cristóbal McKenzie lo tomó a mal. Abrió la puerta del auto. -Me voy-, dijo. Parecía ser uno de esos días en que iba a pasarse escapando de sus

parientes de sexo masculino.

-¿No vienes conmigo a ver a Jorge Larrea¿-

-Una pérdida de tiempo-, dijo mi papá. -Es mejor que yo... hay otra cosa que tengo que hacer-. Me podía imaginar a qué se refería, aquella servidora morena o alguna otra lola apetecible, esperándolo, otra cama a probar, una vez más sacarse de adentro del cuerpo otro espasmo de líquido caliente. O tal vez simplemente estaba buscando un pretexto para separarse de mí.

-Polo, lleva a este cabro a lo de Larrea. Después me vienes a buscar a las tres de la tarde... ya sabes dónde-.

-Momento, momento. ¿Quién me va a llevar a la casa de Amanda?-

-Eso ya se arregló-, dijo Polo. -Ya verás-.

-A las tres-, repitió mi papá, la mitad de su cuerpo ya afuera del auto.

-¿Vamos a aceptar el caso de los mellizos?-, preguntó Polo.

-Segunda vez que se escapan-, dijo mi papá, -así que ya conocen nuestros métodos, pero necesitamos la plata. El iceberg lo único que nos va a dar es un dolor de cabeza, según parece. Y a ti, Gabriel, te veo esta noche... ya sabes dónde-.

Antes de que pudiera pedirle una explicación, de dónde era ese dónde, se había ido. Lo vi navegando un camino entre los autos inmovilizados hasta desaparecer en una nube de bocinazos, chillidos y humareda de vehículos.

-Lo está pasando mal-, dijo Polo. -No creo que le esté yendo muy bien con tu mamá-.

-No me parece que sea un asunto que te concierna-.

-Los asuntos de McKenzie me conciernen siempre-, dijo Polo, sin el menor asomo de hostilidad en su voz. -Cuando le va mal en una cosa, sufre la Agencia-.

-¿Cómo les va con la Agencia?-

-Fantástico, ¿cómo nos va a ir? Podríamos crecer, incorporar otros detectives, meternos en un montón de otros rubros. ¿Sabes lo que tiene un valor incalculable en este negocio, en cualquier negocio? La marca registrada, ser un producto conocido. Los padres saben que Cristóbal McKenzie cumple. Y cada año que pasa se vuelve más fácil: tenemos más y más gente que nos debe favores. Pero aunque no tuviéramos su ayuda, bastaría con el reconocimiento del público, nuestra posición en el mercado, eso es suficiente. Igual cosa con las mujeres-.

-¿Las mujeres?-, pregunté yo. No debería haber hecho esa pregunta. Era algo de lo que tenía que hablar con mi papá, mi papá y nadie más, pero no pude sofocar mi impulso: si ayer y hoy eran típicos, no iba a tener pronto una

oportunidad para hacerle una interrogación oral al gran McKenzie.

Polo me guiñó un ojo amigable. -Las mujeres, Cara de Guagua-.

El auto justo delante del nuestro comenzó a avanzar lentamente.

Parecía que el tráfico estaba a punto de dispersarse. Polo presionó la bocina con alegría feroz y puso el pie a fondo en el acelerador. -Las mujeres se le tiran al cuello... claro, saben que tiene magia, que él tiene ese no sé qué, vaya si lo saben.

Pero no sólo eso: es también un asunto de mercado. Han oído que él se ha tirado a tantas, no tienen la menor idea de cuántas, nadie de veras sabe los detalles de esa apuesta... extraño, en este país donde terminamos sabiendo todo lo que hay que saber del prójimo..., pero sí tienen claro que este tipo es el rey del negocio y con eso basta. Quieren probar la mercadería, ver si lo que se rumorea es cierto. Así que antes de que se las meta, están con ganas, ya están que explotan. Esperan que él se las vaya a culear bien culeadas y sus esperanzas siempre se ven realizadas.

No tan diferente de la agencia McKenzie de Detectives. Pero te voy a decir que crear una reputación, eso tarda-.

El auto circulaba ahora con rapidez y Polo echó por la ventana su vigésimo cigarrillo del día, casi pegándole a un ambulante que ofrecía paltas resplandecientes -paltas, Janice, son aguacates, por si acaso-, inmensamente verdes.

-Una vez que tienes fama, todo el resto es chancaca. Todo fluye de ahí. Y los otros hombres le tienen tanta admiración y respeto que ni siquiera los cornudos buscan vengarse. Más bien se le acercan para pedirle consejos. Autógrafos. Claro que hay un lado menos positivo de esta ecuación, Cara de Guagua. ¿Sabes cuál es?

Algo me decía que él me lo iba a largar aunque le avisara que no tenía el menor interés en saberlo.

-Si comienzas a tener una mala reputación-, sentenció Polo, sin esperar siquiera mi negativa, -ya está, se acabó el negocio, en la guerra o con las minas o con las ventas. Se te queda pegada la mala fama para siempre. ¿No sé si me entiendes?

Yo entendía, por Dios que lo entendía.

Habíamos arribado al cuartel general de Larrea. Era un moderno edificio de vidrio oscuro, que refulgía aun en ese smog. No tenía la más mínima gana de que Polo me acompañara al séptimo piso, donde estaban las oficinas de Expo 92. Supuse que me dejaría solo, preferiría él tener un par de horas para salir a cazar a la mujercita que mi padre se había manducado ayer, la empleadita regordeta que vivía en el barrio y que ahora le tocaba probar a él. Pero no perdía nada yo con ser cortés y le dije: -¿Vienes conmigo?-

-Una pérdida de tiempo-. Como un eco de las palabras de mi padre. -Ya nos tiramos a la Pochita, la mujer de Larrea. Manso poto que tenía la perica-.

-¿Vos te tirás todo lo que se tira mi papá?

-No todo. Pero no me va nada mal. Mira, si te pegas a él durante tu visita, capaz que a ti te toque algún calorcito también-.

Y habiéndome entregado esa profecía consoladora, Polo partió.

Unas horas más tarde, yo emergí de las oficinas que albergaban el proyecto del iceberg, con tres sospechosos. En realidad, tres y medio. No estuvo mala la cosecha, para una mañana de trabajo.

El primero, Jorge Larrea mismo. El hombre de los cabellos plateados que anoche había brindado tanto hielo antártico a los huéspedes sedientos de whisky y pisco en la inauguración, el encargado mismo de la operación y al que encontré, tal como ayer, obsesionado con separar a Chile de una Latinoamérica de siestas, desastres y sangre, un continente quejándose siempre de su mala suerte, mendigando ayuda, atiborrado de locos que todavía querían imitar al Che Guevara. -Ésta es la oportunidad-, dijo, -para que la gente en el exterior piense que Chile es un lugar como Australia o Hong Kong, lleno de gente industriosa, responsable, eficiente. Chile como un país independiente y próspero. Que se basta a sí mismo-.

Me expuso sus teorías mientras me hizo transitar por los diferentes cubículos donde se estaba diseñando la Expo 92 -las cuatrocientas mil cajas, las esculturas, los sonidos-. Insistió para que me llevara una casete, -El túnel de los sonidos-, -lo que van a escuchar las muchedumbres cuando entren al Pabellón camino al iceberg, los múltiples ruidos que contienen y representan a Chile-. Me condujo de una pieza a la otra, cruzando espacios de luz tenue, corredores de madera cremosa y curvante, cielos rasos centelleantes con alambres de cobre translúcidos, pinturas abstractas de máscaras en colores suaves y contornos taciturnos. Hasta que finalmente, con su mano entusiasta labrando mi hombro bastante menos entusiasta (ésta es definitivamente una costumbre nacional, Janice, mi hombro como el cebo en que los dedos adultos se enganchan con gusto sádico), desembarcamos en el corazón del proyecto: el sistema de refrigeración, la razón por la que Larrea había aceptado dirigir lo que él llamó -esta sagrada misión-.

Larrea me mostró un modelo del procedimiento para refrigerar el iceberg, diagramas de cables y aparejos y termostatos y tubos y ventilación auxiliar, y debería yo haber estado poniendo atención -era acá, después de todo, donde el saboteador buscaría paralizar la operación- pero no pude fijarme en la profusión de detalles, porque de una pequeña caja de madera embozada con la bandera chilena Larrea había extraído, a fin de ilustrar con un croquis dónde en el pabellón iba a instalarse exactamente el iceberg -¿qué crees que desenterró de esa caja?-, un pedazo de papel de un azul pálido, del exacto tamaño de aquel en el que alguien anónimo transcribió la amenaza contra el iceberg en letras de molde, y fue con letras sumamente parecidas a las que ahora las manos excitadas de Larrea transcribían la palabra -iceberg-, y cuando me alcanzó la

hoja, recordé que el mensaje original estaba en el bolsillo de mis jeans en la Casa Milagros.

Escudriñé ese pedazo de papel tal como había hecho con el otro hacía menos de veinticuatro horas, y me costó suprimir los latidos victoriosos de mi corazón. ¿Podía ser que aquella carta la hubiese escrito él mismo? Pero ¿con qué objetivo? Sin un motivo, te enseñan todas las novelas de detectives, no puede haber un crimen.

Y en ese instante, casi como si me estuviera leyendo la mente, me lo explicó con lujo de detalles: lo que podría haber llevado a Jorge Larrea a amenazar su propio proyecto favorito.

-Cuando vinieron a verme con esta idea, en 1988, yo ya no era el ministro de Hacienda del General. Estaba aburrido, buscando algo que hacer... Pero primero, déjeme que le cuente acerca de mi familia-. Larrea me miró con ansiedad. Para calmarlo, me puse a tomar notas, el diligente reportero yanqui. -Mi padre llevó a cabo, hace cincuenta años, una hazaña que todos pensaron que no se podía realizar: comenzó a fabricar refrigeradores, nuestra propia marca chilena, todo hecho ni más ni menos que acá en nuestro país. Marca Conquistador. ¿Y sabe por qué ese nombre, Conquistador? Porque mi ancestro, hace veinticinco generaciones atrás, vino con Diego de Almagro en la expedición que descubrió Chile en 1532.

Esa expedición fue finalmente un fracaso. Anote, joven. Cuando Pedro de Valdivia encabezó el próximo intento, ese primer Larrea volvió a participar. Cruzaron la cordillera por el paso de San Fernando y los caballos comenzaron a tambalearse y a caerse y a morir de frío. Ni qué hablar de los indios que habían traído del Perú, que estaban acostumbrados a un clima más benigno. Y unos meses más tarde, otros conquistadores bajaron por el mismo paso y se comieron los caballos, se pudieron salvar porque aquellas bestias habían sido preservadas por la nieve. Fue cuando escuchó el relato de esa experiencia, que el primer Larrea aprendió la lección de que el poder último nace con el hielo y necesita del hielo para mantenerse, y sus hijos y nietos transmitieron esa visión a sus descendientes. Todos en esta familia nos criamos jurando lealtad a los dioses del hielo. Mis predecesores fueron los primeros terratenientes a quienes se les ocurrió que los comestibles podían ser preservados para siempre jamás, siempre que tuvieras frío suficiente a tu disposición.

Mandaban a sus yanaconas -indios, mihijo-, a las montañas los mandaban, para que les trajeran hielo para el vino. El vino fresquito en el verano, no hay nada mejor. ¿Usted ve este dedo?

Me mostró el dedo que había perforado mi hombro, que acababa de escribir la palabra -iceberg-, que quizás había deletreado la palabra Comandante un par de días atrás. El dedo tenía un algo blanquecino y achicharrado.

-Cuando yo era un cabro chico, metí mi dedo en el congelador de nuestro frigidaire Conquistador. Le aposté a mi hermano mayor que mi dedo podía mantenerse allí durante más horas que el suyo.

Y yo gané, carajo. Me gané también un resfrío de mierda y una paliza y que desde entonces en este dedo no haya sensación, nada.

Pero yo le demostré a mi hermano quién amaba más el hielo, quién era el verdadero hijo de nuestro padre, cuál de los dos hubiera sobrevivido esa expedición original atravesando los Andes con los indios calchaquíes acosándolos y con los pies que sangraban con esas piedras peor que cuchillos. Y ahora, me voy a llevar el hielo de vuelta a España. Se lo voy a llevar a los Larrea que se quedaron en la madre patria sin atreverse con los océanos y los desiertos de América, les voy a llevar más hielo de lo que nunca se imaginaron.

Y fue en este momento que se me brindó la revelación de su posible complicidad. Se inclinó hacia mí como si estuviese a punto de compartir un secreto, susurrando roncamente por encima de los bosquejos y los planos de la máquina encargada de asegurar que el iceberg jamás iba a derretirse. -Hay algo que falta-, dijo él. -No le voy a negar que es una aventura, de eso no cabe duda.

Tenemos tantos escollos que remontar. ¿Podremos llegar hasta la Antártida? ¿Nuestra belleza blanca y salvaje se dejará capturar?

Se trata de cientos de toneladas de hielo, hay que romper en fragmentos las montañas flotantes y congeladas de ese continente en medio de olas que miden más de veinte metros de alto. Y no sabemos si nuestro sistema de refrigeración va a funcionar sin fallas. Muy excitante. Pero algo falta. Algo esencial y peligroso para una verdadera aventura. ¿Sabe lo que a mí me gustaría? Me gustaría que alguien esté pensando en derretirlo, ojalá lo intenten-.

-¿Han habido amenazas?- Tratando de mantener yo la calma.

-¿Todavía no, qué demonios. Pero tengo la esperanza, rezo para que suceda-.

-¿Usted quiere que alguien destruya al iceberg? -

-Quiero que hagan el intento. Quiero que alguien... alguien cercano, dentro de Chile mismo, que ese alguien odie el iceberg tanto como yo lo amo. Quiero que se atrevan. Eso me daría una vitalidad... Déjeme que le cuente acerca de cuando yo me sentí más lleno de vida. Escriba lo que le voy a contar, escriba, mire que va a ayudar a que sus lectores extranjeros entiendan un par de cosas. ¿Sabe cuándo fue ese momento de maravilla? Cuando Allende quiso expropiar nuestra fábrica de refrigeradores, allá por el año 1972. Sí, los socialistas determinaron que era necesario entregársela a los trabajadores. Devolver, dijeron.

¿Devolver? Que atrevimiento. Como si mi padre no fuera el que la fundó. Y como si los trabajadores tuvieran la menor noción de cómo manejar una empresa. Lo que saben es destruir, malgastar la plata que no es suya hasta quedar en bancarrota. Y nosotros dimos una pelea heroica, les sacamos la cresta, les ganamos. Usted ha visto el lema: Chile, país ganador-.

Me miró y de pronto disminuyó el nivel frenético de su entusiasmo.

-Ya lo sé, ya lo sé. Usted tiene un tío que está en la cárcel.

La historia no lo ha tratado bien a su familiar ni a sus ideales.

Pero no se olvide de que si ese tío suyo hubiera sido el vencedor, estaríamos todos sufriendo el terror de una dictadura comunista, los Andes serían nuestro Muro de Berlín, eso es lo que hubiera sucedido si a Allende no lo derrocamos, si gente como el señor Francisco McKenzie hubiera ganado. El finado Allende era democrático, eso estoy dispuesto a admitirlo, ¿pero le cabe alguna duda de que iban a manipularlo, liquidarlo cuando les conviniera? Como Kerensky. ¿La gente que lo estaba usando para sus propios fines, los soviéticos, los cubanos? Mala hierba. ¿Y nuestra economía? En ruinas. Ningún milagro económico, ningún crecimiento récord, ninguna clase media dinámica: todos estaríamos vestidos uniformemente, marchando a la misma monótona melodía. Pero no fue así como se dio el asunto. Su tío perdió y Chile ganó. Nadie se viste de la misma manera en Chile Expo 92.

Espere, déjeme que le muestre una cosita más-.

Me llevó a la pieza contigua.

Pensé: capaz que se está engañando a sí mismo. Capaz que escribió esa carta al ministro para excitarse, la escribió y luego se olvidó de lo que había hecho. Capaz que necesita sentirse amenazado, con un enemigo a sus espaldas tratando de aniquilarlo a él y su amado iceberg.

Hasta ahí nomás llegaron mis teorías. Adivina quién me esperaba en la habitación de al lado.

Amanda Camila.

-¿Qué haces tú acá? -, le pregunté, confundido.

-Yo trabajo en la Expo-, respondió ella, sonriendo como una princesa, haciendo una reverencia.

-Es una de nuestras -hostess-, dijo Larrea. -La más feliz de todas nuestras hostess. Desbordante de alegría todo el día-.

-Mi papá decidió que este empleo era justo lo que yo necesitaba-, agregó ella, evidentemente de muy buen humor, -¿y quién soy yo para discutir sus opiniones, no? -

-Quiero que usted le eche un vistazo a esa ropa-, dijo Larrea, como si estuviese anunciando un desfile de modas.

Al igual que las otras hostess que yo había visto pasando por los corredores, Amanda Camila llevaba ropa que era, y a la vez no era, un uniforme: una blusa color crema, una pollera de color café que caía en pliegues escrupulosos hasta la rodilla y una especie de guardapolvos -a smock-, Janice- entre azul y negro que te permitía presentir la forma de su cuerpo pero que simultáneamente, y con bastante delicadeza, escondía lo sustancial. Un atavío tan chic, tan fresco y

moderno, y sin embargo el diseñador había sabido contener la sexualidad, sometiéndola, casi reprimiéndola, diríase. Como si se me estuviera invitando a echar una rápida mirada para enseguida cerrarme el paso, prohibirme explorar lo que había más abajo y más adentro.

En ese momento, otra anfitriona, con su pelo rubio cayendo largamente por su espalda, entró. -Lo llama el ministro Barón, don Jorge. Su línea privada-.

-Hablaré desde mi oficina, Laura-.

Me dejó ahí admirando la vestidura de ambas jóvenes. -Ése es el nuevo Chile, mi amigo-, dijo Larrea, dispuesto a seguir haciendo de guía aun en momentos en que iba saliendo de la habitación, -suelto, contemporáneo, individualista, pero unificado, eso sí, en un propósito común-. Laura llevaba un jumper azul y negro que le resbalaba por las piernas y una chaquetita café a medio muslo, lucía los mismos colores que Amanda repartidos de una manera diferente, las dos mujercitas con sus prendas intercambiables exhibiendo y enmascarando flagrantemente sus cuerpos.

Amanda detuvo a Laura antes de que partiera: -¿No quieres que te presente a mi primo? -.

Laura se dio vuelta. -¿El que me contaste? ¿El hijo de Cristóbal McKenzie?

-El mismo-.

Me imaginé que una mirada lasciva cruzaba la cara de Laura como un animal nocturno. ¿Esa mirada, que parecía invitarme a que la-vinie-ra-aver-más-tarde, era para mí, o de nuevo me estaban viendo como un suplente de mi legendario padre? Algo en mí comenzó a desvestirla mentalmente, el padre que yo tenía adentro de mi cerebro se puso a quitarle la ropa. Ella vio lo que estaba haciendo, se inclinó para darme el consabido beso en la mejilla, y pude oler sus pechos y ella suspiró mi nombre en uno de mis oídos como si ya estuviéramos debajo de la ducha caliente, y yo podía sentir sus pezones duros contra mi piel.

¿O todo esto era pura ilusión, me estaba embaucando a mí mismo con algo sin fundamento en la realidad, Chile me estaba enloqueciendo? Tal vez sí me hubiera vuelto loco, hubiera terminado cerrando la puerta como si fuera una barricada y agarrando una de las tetas de Laura con una de mis manos maduras y aferrándome con la otra a mi Amanda Camila, hubiera deshojado esa indumentaria que alguien había inventado con saña para tentar a cada macho acá en Chile y en Sevilla, quizá hubiese enterrado mi rostro entre sus piernas rogándole que tuvieran piedad de mí, si en ese momento no nos hubiera interrumpido un joven rubio que parecía salido de una revista de modas y que entró en la pieza en busca de Laura. Su chaqueta era del mismo café tibio y acogedor que la pollera de Amanda mientras que sus pantalones negros contrastaban con una camisa azul turquesa que no necesitaba una corbata para mostrarse viril y elegante. Lo odié instantáneamente.

Esa mañana, yo había elegido una indumentaria que estimé adecuada para la ocasión. No quería otro enfrentamiento con la policía y como había que jugar el

rol del reportero -cool- de Nueva York, había sustituido mi gorro de béisbol y mis -jeans- gastados por un traje con corbata, pero en la presencia de este Adonis y sus colores tan perfectamente Armani, su culito tan esbelto, su invulnerabilidad absoluta, me sentí infinitamente inferior. Por suerte, Janice, el desgraciado no estuvo con nosotros más que diez segundos, justo el tiempo de partir por la misma puerta por la que había entrado, llevándose a la linda Laura, justo el tiempo para que Laura me dirigiera una última ojeada lujuriosa antes de desaparecer... de esa habitación y de mi vida. Qué me importaba a mí: Amanda Camila se había quedado conmigo y el abrazo que me dio, bien apretadito, más que compensó por la pérdida de Laura. Mi corazón infiel y felón recordó que en este viaje de descubrimiento yo había jurado hacer el amor con Amanda Camila y con nadie más.

-Ay, Gabriel, no te imaginas la felicidad de que hayas venido-. Me soltó. Demasiado pronto, pero qué se le iba a hacer.

-Este lugar es tan pero tan pero tan aburrido-.

-No pareces aburrida-.

-Se supone que siempre tengo que estar sonriendo, eternamente feliz. Como esos idiotas-. Gesticuló con un pulgar sensual que yo me hubiera metido gustoso en la boca, que hubiera chupado como una mamadera durante una hora entera, ella lo usó para señalar a varias niñas sexys y cimbreantes que tremolaban por los pasillos, todas y cada una de las -hostesses- níveas y rubias y que no se parecían para nada a la imagen que yo tenía de la chilena típica, para decir la verdad. -Yo detesto este proyecto, esta estupidez.

Ojalá que alguien termine culeándose a ese iceberg de mierda-.

Culear. Ella había usado la mismísima palabra de la carta. Y podría bien haber utilizado el papel de la oficina de Larrea. Y estaba poseída, al parecer, con la suficiente rabia como para hacerlo. Y eso hubiera calzado perfectamente con la teoría original de mi padre, que la amenaza no era más que una travesura de adolescentes. ¡Mi segundo posible criminal!

Indagué un poquito más. -A Larrea lo tienes engatusado, en todo caso-.

-A él, y a los demás, los tengo a todos engañados. Años bajo el reinado de mi general Pinochet me dieron un buen entrenamiento, casi estoy diplomada en el arte de la simulación.

Mi viejo, por ejemplo, mi viejo no tiene la menor idea de lo que estoy pensando, supone que soy la Copia Feliz del Edén. Pura risa-.

-¿Y no lo eres? -

-Ahora que llegaste tú, Gabriel, sí. Eres mi pretexto para escaparme... como soy la encargada de llevarte a casa a almorzar.

Eres de veras un amor, Gabriel-.

-¿Hace cuánto que estás metida en el proyecto?

-Desde que comenzó, más o menos. Hace un año que mi papá complota con Larrea. ¿No me digas que quieres que yo te dé una entrevista?

-Tal vez, más tarde. Podrías explicarme, por ejemplo... bueno, en Estados Unidos, si estuvieran trabajando en algo tan sensitivo, que tiene dividida a la opinión pública, habría todo tipo de medidas de seguridad. Yo no vi ni un guardia.

-No hace falta seguridad. Aunque haya gente a la que no le gusta el iceberg...

-Como tú.

-Y la mayoría de mis amigos. Pero ellos no van a hacer algo, digamos, violento, Gabriel. La gallada en este país habla mucho de la violencia, pero ahora que hay democracia, no van a hacer nada, sabes. Te quiero decir, tardaron diez años en atentar contra Pinochet. Éste es un país archipaciente. Muy cartucho-.

-¿Cartucho?

-Que no se la puede. Se usa para la gente que tiene miedo de hacer el amor.

Cambié de tema. -Pero supongamos que tú decidieras -es un decir- derretir el iceberg, ¿cómo lo harías?

Se rió a carcajadas. Sospechosamente fuerte, a mi entender.

-¿Derretir el iceberg? Si ni siquiera lo han capturado todavía.

Cómo alguien podría...-

Como si estuviera programada una interrupción, Larrea metió su cabeza plateada por el umbral. -Hora de partir, Amanda. Tu padre ya llegó a casa, quería saber por qué todavía no se habían ido ustedes dos-.

-No he terminado las entrevistas que...-

-No importa-, dijo Larrea. -Vuelves a la tarde. No hay que dejar al ministro esperando. Ni siquiera su sobrino de Nueva York, por muy reportero estrella que sea. Amanda, busca tu auto y a nuestro joven McKenzie lo pasas a recoger frente al edificio en unos diez minutos más-.

-Él puede venir conmigo-.

-Dije que lo pasas a buscar en unos diez minutos más-.

Apenas ella se había alejado, Larrea me dijo, a boca de jarro, así como así, tuteándome: -¿Así que estás preocupado por el iceberg, eh, Gabriel? ¿De que alguien quiera derretirlo?

¿Había estado fisgoneando, escuchando mi conversación a la escondida? ¿O era capaz, como el brujo de Polo, de adivinar mis pensamientos?

-¿Por qué iba a preocuparme yo?-, respondí, tratando de aparentar la más completa indiferencia. -Yo lo pensé a raíz de lo que usted mismo propuso como posibilidad-.

Él comenzó a encaminarme hacia la salida.

-Lo propuse, pero claro que no tengo lo que se dice pruebas, evidencia-. Se metió en su oficina para buscar una pipa. -Aunque si alguien lo estuviera planeando, vamos a averiguarlo pronto. En este país siempre terminamos sabiéndolo todo-.

Sobre su escritorio divisé un retrato prominente de su señora esposa, Pochita, la del manso culo.

-No todo-, le dije.

-Te voy a decir lo que vamos a hacer-, dijo Larrea, acompañándome hasta el ascensor y comprimiendo salvajemente el botón con ese dedo suyo que él había congelado por la eternidad con tal de probar que era un eximio descendiente de sus antepasados próceres, apretó ese botón como si se tratara de uno de esos enemigos que querían quitarle su fábrica, quitarle su iceberg, quitarle su honra. Esperaba que Larrea no supiera que mi padre lo había transformado en el Gran Cornudo de los Conquistadores, aunque no hubiera objetado que el gerente de la plateada cabellera, que parecía estar en excelsa forma física, le diera un par de buenas y merecidas patadas en el traste a Polo.

-Si tú averiguas algo, me lo haces saber, y yo te correspondo-.

-De acuerdo. Pero usted debe sospechar de alguien ahora mismo o no habría...-

Tan pronto entramos al ascensor y las puertas se cerraron, Larrea dijo:

-Aquí sí que no han podido poner micrófonos-. Se sonrió con amargura. -Tú sabes, nuestro proyecto es como el país, reúne a gente como yo, que trabajamos para el régimen militar, con nuestros opositores, gente que fue allendista. Ellos forman la mayoría de los participantes, el talento creativo de esta empresa. Arquitectos, cineastas, sociólogos, escultores, ya los vas a conocer. Ellos también desean, como yo, un nuevo Chile. O dicen que lo desean. Porque no puedo dejar de preguntarme si no están simulando, si algún revolucionario resentido no se habrá infiltrado en nuestra organización. -Off the record-, ¿no es cierto, Gabriel? ¿Palabra de McKenzie?

Como mi periódico de Nueva York no existía, no tuve inconveniente en confirmarle que nosotros jamás publicaríamos sus revelaciones.

-Lo que pasa es que no puedo confiar en esos ex revolucionarios cuando

juran que están cansados de un Chile siempre víctima, siempre lacrimoso. Así que se me ocurrió al principio que ellos podrían estar tratando de hundir el iceberg.

Imagínate qué aventura: como si Colón hubiese tenido a bordo de una de sus carabelas a un saboteador-.

Ya estábamos en la calle pero él seguía, inclaudicable, obsesivo. Ni el smog que envolvía la ciudad y que había transformado la temprana gloria matutina del día en una densa grisura encapotada logró disminuir sus especulaciones. -Ahora último, sin embargo, he descartado la idea de algún traidor dentro de la organización. Estoy dándole vueltas a otra persona.

Te acompañé para que pudieras conocerla-.

Sólo dejó de chacharear cuando saludó a aquella esplendorosa periodista del día anterior, Cristina Ferrer, que le dio un besito en la mejilla antes de repetir la misma ceremonia tan agradable conmigo. -Pero si es Gabriel McKenzie, qué sorpresa más genial-, chilló. Mientras me abrazaba, silabeó en mi oído una invitación, que por favor me juntara a ellos para el almuerzo, -mira que si no vienes me muero de lata, tanto aburrimiento-.

¿Podía ser que todas las mujeres de Chile estuviesen de veras tan aburridas? Su aliento estaba bien húmedo y hablaba entrecortada como si viniera de correr la maratón o por ahí su jadeo anticipaba un segundo encuentro con los genitales de los McKenzie, que en mi caso se estaban sintiendo más bien deprimidos y sin energía.

Y la cosa empeoró cuando divisé a una segunda mujer que se había quedado rezagada con evidente disgusto mientras Cristina depositaba tantos besos en caras masculinas. Era una mujer alta, angular, severa de rostro y parsimoniosa en su vestir y sin duda con un cuerpo igualmente severo y parsimonioso debajo de una indumentaria de solterona que, por suerte, tapaba enteramente sus inexistentes encantos.

-Gabriel McKenzie-, dijo ella, acercándose más, y el modo como repitió mi nombre indicó que ella no tenía ninguna intención de invitarme a compartir un centímetro de su carne, hasta un labio rozando una mejilla sería horriblemente promiscuo. -Usted debe ser el hijo de Cristóbal McKenzie-.

-Sí-, dije en forma vacilante, puesto que no tenía cómo saber si no resultaría ser una pariente a la que tendría que dar un abrazo. -Y usted es...

Me puso de vuelta y media. Mi padre había rehusado resueltamente prestar su nombre para las campañas. Me hizo entender que Cristóbal McKenzie no había participado en el plebiscito contra el dictador, que no se había interesado en contribuir a las ollas comunes, que le había importado un bledo la lucha por impedir que los japoneses talaran los bosques del Sur ni menos la marcha más reciente para ratificar el tratado que ponía restricciones transitorias sobre la masacre de las ballenas.

Logré finalmente contener su aluvión recordándole que yo no era mi padre, que yo ni siquiera vivía en Chile. Su cascada de injurias se convirtió en una sonrisa, si es que así puede llamarse lo que malgració su boca. Ella sugirió que yo podía redimir el nombre familiar si firmaba la protesta contra la violación de la Antártida por la gente de la Expo 92.

¡Una protesta! Así que ésta debía ser la persona que había despertado las sospechas de Larrea, hela aquí tomando su lugar en un horizonte ya atestado de posibles sospechosos. Esta mujer tenía, en todo caso, más ganas, y medios, para hacerle daño al iceberg, si es que ésos eran sus planes. Y si disponía de un colaborador al interior de la Expo 92 éste podría haberle pasado el tipo de papel en que se había escrito la nota...

-Todo lo que hacen día y noche es hacer circular peticiones de protesta-, Larrea se mofó de ella. -Que nadie lee y que cuesta tanto dinero imprimir y distribuir que si se gastara en comprar tierra y plantar árboles... Siempre que de veras te interese salvar el ozono nuestro, eh, Berta, o eso es puro bla bla.

Berta hizo como si Larrea no hubiera abierto la boca.

-No hay otro sitio parecido en todo el planeta-, dijo ella, su cara suavizándose, casi rellenándose. -¿Ha estado allí? ¿Ha ido a la Antártida?

-No, aunque me encantaría que...

-Va a venir con nosotros-, Larrea interpoló su invitación.

-Va a ayudarnos a traer el iceberg a su nuevo hogar.

-Ya tiene un hogar, dijo el espantapájaros ecológico.

-Está en el medio en que nació, en que le corresponde vivir, el hogar que nadie debería violar. Y vamos a hacer todo lo que podamos, usando todos los medios, para que ustedes no lo molesten.

-¿Todos los medios?, inquirí yo, oliendo la posibilidad de acciones violentas.

Pero la violencia no provino de ella -en un día en que cada nuevo acontecimiento parecía diseñado a sorprenderme más que el anterior- sino de un hombre rechoncho que apareció como de la nada, tan repentinamente que ni lo vi avanzar. Lo que sí vi fue el puñete, derecho a la nariz, con que el tipo derribó a Larrea, mandándolo al suelo.

Larrea quedó tendido en el pavimento por un segundo, la sangre chorreándole profusamente, mientras el hombre lo injuriaba con palabras borrachas, la mano todavía empuñada furiosamente:

-Eso te va a enseñar, conchatumadre, a vos y a tu iceberg culiado. No vas a volver a insultarme a mí, huevón desgraciado-.

Larrea, en todo caso, no estaba pensando en dejar de insultar a su

contrincante. Por el contrario, se levantó con un brío que desmentía sus sesenta y tantos años y, pasándome sus anteojos como si yo fuera su manager en el ring, noqueó al asaltante con dos golpes rápidos, uno directo al estómago seguido por un -uppercut- al mentón.

Pasó todo con tanta velocidad que me tardó entender qué estaba pasando.

-¿Quién es?, le pregunté finalmente a Larrea, mientras Cristina le paraba la sangre con un pañuelo y Berta atendía al adversario caído, que se quejaba a nuestros pies.

-A este maricón, sentenció Larrea, -no lo he visto en mi vida-.

Justo en ese momento, el auto de Amanda Camila se detuvo frente a nosotros, las gomas chillando. La hija de Pablo Barón no dejó su asiento de conductor. Prefirió quedarse observando la escena a través del vidrio del auto como si fuera una pantalla de televisión y nosotros, unos actores dedicados a entretenerla con un buen melodramón.

-Tu chofer, anunció Larrea, -ha llegado.

Protesté. Había que llamar a la policía, llevar a Larrea al hospital, pero él, casi empujándome, me hizo montar en el Subaru.

Me aseguró que se sentía a las mil maravillas, incluso pensaba debatir con Berta durante el almuerzo, tal como lo habían programado con Cristina Ferrer.

Amanda Camila aceleró. Por lo que podía ver en el espejo retrovisor, el debate ya había comenzado, ahí sobre el pavimento teñido de sangre, dos de mis posibles delincuentes, enfrentándose con energía mientras que el tercero, mi dulce tercer delincuente, me alejaba de esa confrontación con lo que a mí me parecía excesiva celeridad.

-Acaba de invalidarse, dije yo, tu teoría de que nadie quiere hacerle daño al iceberg. Ahí está la violencia que negabas-.

-¿Tú crees que este incidente tiene algo que ver con el iceberg?

-A mí me parece evidente-.

-¿Sabes lo que amo de ti, Gabriel? Eres tan ingenuo, un gringo tan perfecto. Por eso me siento segura a tu lado. Los hombres chilenos, lo único que quieren es manosearte, meterte cuanto antes debajo de unas sábanas o al asiento trasero del auto se ha dicho, y un polvo más que rápido. Su mano revoloteó por encima del -stick shift-, creo que en castellano se llama palanca de cambio, algo así, en todo caso su mano rozó mi brazo. Ese solo toque, liviano como una hoja en la brisa, me produjo un efecto eléctrico, como si una corriente delicada me estuviese pasando por el cuerpo. Comenzó a formárseme una erección que no iba a ser fácil disimular. -Pero tú, Gaby, apenas te vi ayer, supe que podía confiar en ti. No puedes imaginar lo maravilloso que es para una niña saber que existe la posibilidad de ese tipo de amistad con alguien del otro sexo.

Hubiera sido esperable que con cada palabra fraterna y lúgubre con que ella hacía la alabanza de mi falsa inocencia, se hubiese empañado mi entusiasmo fálico, pero el instrumento de que hablo seguía su curso hacia las alturas con ganas de probar cuán equivocada estaba ella en su juicio.

-Espera-, dije yo, estás cambiando de tema para no aceptar tu error. ¿Qué tiene que ver esto con lo que acabamos de ver? Ese hombre que atacó a Larrea a causa del iceberg, cómo puedes...

Amanda Camila se detuvo en un semáforo rojo, haciéndole una señal amistosa a un joven galán que cruzaba la calle mientras parloteaba en su teléfono celular -un conocido, claro que sí, otro hijo de puta que quería manosear a mi Amanda-. Durante los próximos minutos ella explicó que ese borracho no había hecho más que propinarle a Larrea un combo en el hocico. ¿Combo en el hocico? Los chilenos, dijo Amanda, los chilenos de sexo masculino, para ser más preciso, se lo pasan golpeándose a raíz de nada, por razones difíciles de entender, y que ellos mismos frecuentemente tampoco entienden.

-¿Ese gallo? Típico, anoche estuvo en un bar, mandándose su cuarta botella de tinto, cuando Larrea aparece en la tele y declama unas palabras inocuas en la ceremonia de lanzamiento del proyecto, algo acerca del iceberg como símbolo de lo fríos y modernos que somos, y nuestro borracho cree que lo aluden a él, que a su mujer se la está acusando de ser frígida como ese pedazo de hielo, y cuando Larrea sigue y arenga a los chilenos patrióticos a que cumplan con su deber, tal como mi viejo lo hace todo el santo día, el gallo piensa que Larrea está denunciando que ha faltado a su deber en la cama o que no llamó a su madre para el día de las madres, y se pasa las horas confusas cavilando sobre esos improperios y sigue tomando y sus compadres igualmente bebidos lo enardecen, que le enseñe modales a ese tal Larrea, y nuestro héroe súper mamado no puede dormir en toda la noche y se consigue la dirección del proyecto del iceberg y espera afuera a Larrea toda la mañana y cuando nuestro descendiente de los conquistadores sale a la calle para escoltarte al auto, paf, combo en el hocico. El idiota va a despertarse y no va a recordar por qué era que odiaba tanto a Larrea. O por ahí va a guardarle rencor hasta el día en que se muera. Bienvenido a Chile, Gabriel, tierra de resentidos y envidiosos, reino del chaqueteo...

¿Chaqueteo? Si creen que estás volando muy alto, te agarran la chaqueta, te tiran para abajo, que te achiques. Deben ser las montañas: todo el mundo quiere que los demás no se hagan muy grandes, que muestren humildad. Ésa es la clave del famoso incidente. Te lo podría apostar. Diez a uno. No. Cien a uno, mejor.

Por Dios, hablaba igual que mi padre. Cometí el error de decírselo. A la mención del gran McKenzie se le iluminaron los ojos a Amanda Camila y me lanzó preguntas a granel. ¿Cómo nos llevábamos? ¿Habíamos salido anoche a festejar mi cumpleaños, me había introducido él a alguna persona fascinante, iba a enseñarme todos los secretos de su profesión... de detective? Siguió burbujeando como champaña la Amanda acerca de mi padre: qué suerte la mía, tener ese tipo de viejo, siempre abierto a una aventura.

Preferí interpretar su referencia como una aventura a lo Tarzán más que a lo

Casanova, y dije:

-No veo cómo puedes decir que a él le gusta la aventura. Mi papá no movió un músculo durante la dictadura. Tu viejo ha pasado por peligros mucho mayores, es un héroe de verdad. Incluso tú te arriesgaste más que él. Mi papá tuvo demasiado miedo para hacer algo.

-No fue tan peligroso. Ni tan terrible tampoco. Sabes, no debería decir esto pero... sabes, casi echo de menos esos días.

-¿Echas de menos la dictadura?

-No entenderías, quienes estuvieron fuera del país nunca...

-Inténtalo. Ponme a prueba-.

Me miró de reojo, puso atención a la corriente subterránea de mi voz, a la soledad en ese -ponme a prueba-, y decidió aceptar mi reto.

Al principio, me dijo, su vida se había ido llenando de miedo, terror fue la palabra que usó, creo. Cuando estaban clandestinos todos, con su papá y su mamá, antes de que la mamá muriera, antes de que...

Amanda guardó silencio por unos instantes y yo no la apuré.

-La mitad del tiempo yo estaba que me moría de miedo y la otra mitad me moría de aburrimiento y todavía no tengo claro cuál es peor. Eso duró hasta que tuve nueve, diez años. Entonces comenzaron las protestas. Estaba tan atemorizada como antes, pero por lo menos estábamos en la calle, disputándole el aire a los fachos. Por lo menos ya no me quedaba debajo de mi cama esperando que algún monstruo sin rostro viniera a matarnos. Estábamos llenos de vida, sabíamos por qué hacíamos lo que había que hacer, por muchos golpes que nos dieran.

Posó sus ojos de verdemar sobre mi cara de niño chico, midió cómo tomaba yo esta confidencia, luego volvió a mirar la avenida Irrarrázaval congestionada de vehículos, justo a tiempo para no chocar contra un hombre que empujaba un carro repleto de cartones. Debe haberle gustado lo que conjeturó de mi reacción, porque continuó: -Era tan buena esa rabia, Gabriel. Sentirme tan enojada y tan segura de mí misma. De niña, yo pensaba que era mala. Te dices, si ellos supieran, los adultos, lo que estoy pensando de verdad, quién soy de verdad, no me amarían. Y cuando mamá murió fue como si algo, alguien quisiera... castigarme, supongo. Y bien, todo eso desapareció, todas las dudas borradas por el peligro. Por primera vez en mi vida, me sentí tan... pura.

Había en su voz una sinceridad emocional, una desnudez, sí, que me sobresaltó. Puede haber sido ése, Janice -por favor, no tengas celos-, el momento en que intuí que quizá sería posible amarla, no la sexualidad que ella paseaba por mi persona camino a otro, no el cuerpo con que ella tentaba mis órganos de reproducción mientras soñaba con mi padre, pero amarla a ella, despedazar las máscaras de su alma era tanto más importante que el momento en que ella se

sacara la ropa para mi placer.

Vislumbré su necesidad de que un representante del sexo opuesto, aunque fuera uno solo en este planeta, prefiriera escucharla que tirársela. Ella me había honrado al decidir impulsivamente que yo era esa persona y no me importaba, por lo menos en ese momento, si eso quería decir que nunca llegaríamos a hacer el amor. No me importó que quizá tuviera que pagar con mi abstinencia el hecho de haberme puesto a jugar ese rol de amigo desinteresado. Casi sentí un alivio por el hecho de que mi pene iba marchitándose entre mis muslos, disminuyendo sus exigencias de auxilio y redención. Yo había sido como ella, yo me había pasado una vida desesperante en busca de alguien con quien compartir mis secretos, y no había hallado a nadie. Y aunque no podía contarle nada de lo que a mí me dolía, aunque no era posible abrirle su corazón o sus piernas y echarle adentro toda mi soledad, estaba feliz de que yo fuera capaz de abrir mi propio ser a su efusión, dejar que Amanda Camila encontrara un refugio adentro de mí.

-¿Y ahora?, le pregunté.

-Ahora ya no está el Lobo Feroz de Pinochet para que nosotros nos sintamos pulcros y angelicales. Ahora todo es medio grisáceo.

Bendito color gris, como siempre dice mi viejo. No hay peligro.

No hay grandes proyectos. Y yo estoy al acecho de que algo ocurra, cualquier cosa. Un terremoto, por ejemplo. ¿Qué piensas de los terremotos?

Le dije que los terremotos me dejaban cagado de susto. Me acordé de un sismo bastante grande que sobrevino antes de que partiéramos de Chile, y creí que el suelo iba a abrirse y que me iba a tragar. Le había dicho a mi Nana que ahí abajo había una serpiente colosal, gruñendo y masticando, y que abriría su boca y...

-Yo los adoro-, dijo Amanda Camila. -Adoro la idea de que de repente se nos ha reducido a la insignificancia, que Dios simplemente encoge los hombros o estornuda y nosotros no somos más que una hormiga en la piel de la tierra. Adoro esa sensación de que finalmente algo va a pasar. Finalmente, finalmente las cosas van a cambiar para siempre jamás, que nunca nada va a seguir como antes. La naturaleza nos está instando a que comprendamos quiénes somos, unos pobres animales solitarios que a duras penas están agarrados de este planeta con las uñas y con los dientes. Adoro la sensación de estar a punto de morir, que no pueda hacer nada para evitarlo, que no esté en mis manos. Más, quiero más, me pongo a gritar. Quiero más, quiero que todo explote. Quiero el Apocalipsis. ¿Nunca te has sentido así?

Estaba describiendo lo que yo había pensado que sentiría si hiciéramos el amor, si ella... pero yo no quería seguir imaginándome esa posibilidad. Era mejor no arruinar esta isla de paz compartida a la que habíamos llegado. Dije: -¿Qué haces, entonces, cuando se termina el terremoto?

-Armas tu propio terremoto-, respondió, riéndose. -Tratas de armar un lío de la gran puta. Yo he hecho cosas que si te las contara...

¿Se refería a la carta de amenaza al iceberg? ¿Estaba ella a punto de revelarse como el Comandante Venganza? Esperé más intimidades, pero como no me las brindó, seguí con mi propia exploración: -¿Qué hiciste? ¿Algo relacionado con el iceberg?

Barrió con mis sospechas. Ella estaba en ese proyecto sólo mientras tanto. Había querido estudiar antropología, arqueología, obsesionada por desenterrar la sabiduría de las viejas tribus, lo que los últimos sobrevivientes podían legarle a la humanidad contemporánea desde los albores del tiempo, pero su viejo no había dado su aprobación, declarando que Chile estaba atiborrado de intelectualillos, puro bla bla, y que era mejor que estudiara administración de empresas. Dijo que ella podía hacer más por sus queridos nativos si aprendía a manejar una firma comercial que si los estudiaba hasta la muerte. Carola, la buena madrastra, había hecho de puente y mediadora entre padre e hija, sugiriendo un compromiso, que Amanda se tomara un año para pensarlo, ganarse unos pesos, se calmara, y si al final de ese período todavía estaba convencida, ellos pagarían la universidad. Y el ministro había agregado un regalo adicional para endulzar el arreglo: un viaje a la Patagonia, dos viajes de hecho. Era el sueño de Amanda Camila, ir a Tierra del Fuego, rebuscarse algún sobreviviente de los cazadores de guanacos, las tribus que vivían en canoas, los aborígenes exterminados. Si ella pudiera contactar a una persona, una sola, que recordara cómo había sido ese mundo antes de que llegaran los blancos...

-Libres-, dijo Amanda, entusiasmada. -Tal vez por eso estoy tan hechizada con los indios aquellos, porque vivían con tanta libertad.

-¿Por qué no te vas? , pregunté.

-¿Irme?

-En efecto, si tanto odias vivir con tu papá, simplemente deja la casa. Búscate un trabajo, arriéndate una pieza, consíguete un préstamo. No puede ser tan difícil.

Ella entró abruptamente a una estación de servicio, paró el auto, le pasó las llaves a un bencinero de piel bien oscura.

-No vivimos en los Estados Unidos, Gabriel. Los jóvenes acá no hacen eso. Los jóvenes como yo, digo. Las niñas se van del hogar cuando se casan. Y la mayoría de los muchachos, también-.

-¿Y eso no está cambiando?

-Algo. Depende de la clase social. Yo... supongo que no tengo las agallas como para ser pionera. Me gusta la comodidad. Por mucho que me queje de todo y de todos, la verdad es que me encanta tener este auto, una casa bonita, los almuerzos de la Nana, un papá famoso con que me puedo mandar la parte, mis hermanitos...

Recibió de vuelta las llaves, pagó el gas, le dio al bencinero una propina,

echó a andar el auto. Y me contó lo que le había sucedido a ella en otra estación de servicio cuando tenía unos doce años de edad. Fue una de las primeras veces que había salido sola con Carola, que recién se había enganchado con su papá.

Habían parado el auto y un joven alto y rubio había venido a echarle bencina, revisar el motor, la presión de los neumáticos, cosas por el estilo. Tenía el uniforme grasiento y las manos cubiertas de un aceite mugroso, lo que contrastaba con su pelo color maíz y sus ojos de un azul cielo. Resultó que Carola conocía a la familia de este joven. Un tipo rebelde, se había peleado con su familia pudiente, partiendo un día a vivir por su cuenta. Carola hablaba de él como si hubiera asesinado a sus propios padres. -Amandita-, Carola le había dicho, -míralo.

Quiero que te lo grabes. Él podría haberlo tenido todo y ahora es apenas algo más que un mendigo.

Amanda no despegó sus ojos del camino, de los árboles polvorientos.

-Después de eso, me asaltaban pesadillas, despertaba y había soñado que yo trabajaba en una estación de bencina.

-Eso es ridículo. Ni siquiera aceptan mujeres en las...

-Puede ser ridículo, pero es así como te dominan. Los adultos tienen todo el dinero y es mejor que hagamos lo que ellos quieren. Es más fácil pelear contra la policía en la calle que contra tu propia familia y sus prejuicios. Por eso me gusta tanto tu papi, cómo enfrenta a los que tienen el poder, defiende a la gente pequeña, y piensa que quienes se escapan del hogar son mejores que los que quedan.

Habíamos llegado a una gran verja verde, que Amanda abrió con su -beep-.

-Vivimos en esta comunidad, dijo ella. -Nos mudamos cuando murió mamá, más o menos cuando la Nana vino a trabajar con nosotros. Papá necesitaba un lugar que fuera como un condominio donde todos los dueños -acá hay unas veinte casas, en algunas comunidades hay más, en otras menos- fueran contrarios a Pinochet. De manera que si venían los dinacos y te metían metralletas a la mala en tu living para poder acusarte de terrorismo, o si venían a secuestrarte, bueno, tenías montones de testigos, cantidad de amigos para ayudar.

-Un lugar seguro, lindo para vivir, dije yo.

-Bonito-, asintió ella, -en esos tiempos. Una verdadera comunidad: estábamos metidos todos en el mismo jaleo. Ahora son unos imbéciles que meten sus narices en asuntos ajenos.

Con repentina rabia, enganchó primera, pasó la verja, y esperó a que se cerrara tras ella. Pero la puerta no se movió. Apretó dos veces su aparato -beeper-, dos, tres veces. Nada. -Gabriel, hazme el favor de ir a cerrarlo. Un mecánico vino a arreglar el maldito coso ayer mismo y ya se volvió a romper. ¿Tan modernos que

somos nosotros, no, en este país?

Al cerrar la verja divisé a don Jacinto, el viejo corpulento que ayer había estado aguardando al ministro afuera de la recepción para el iceberg. Estaba inclinado contra un árbol, fumándose un pito, a la expectativa. Me saludó con la mano como si fuéramos viejos amigos. Yo le devolví el saludo muy cordialmente.

Estuve a punto de comentar con Amanda Camila su presencia cuando otra cosa capturó mi atención: a un lado, bajo unos árboles sin hojas, había una piscina vacía hecha de concreto, -a swimming pool-, Janice, bien rudimentaria. Pensé en la ninfa a mi lado en su traje de baño, asoleándose, bruñéndose todo menos las partes más privadas que nunca nadie había visto, pensé en sus brazadas fulgurando en el agua fría, esa piscina como una holgura más que ella obtenía a cambio de su libertad.

-Bueno-, le dije, -por lo menos tienes una piscina.

-Yo nunca me baño en ella-, dijo Amanda Camila. Su voz se endureció ásperamente.

-Vamos-, dije yo, ¿ni siquiera en verano?

-Si te contara..., comenzó y luego se mordió el labio.

-Olvídalo mejor-.

-¿Olvida qué?

-Todo-, dijo Amanda. -No quiero hablar más del asunto.

-Oye, no es más que una piscina. Para qué...

-Mira, no quiero hablar más de la puta piscina, ¿ya? Que alguien respete por lo menos mi espacio privado.

Su espíritu no mejoró durante el almuerzo. Debería haberle levantado el ánimo la comida que nos sirvió la Nana. Imposible que uno estuviera deprimido con esas maravillas entrándote por las narices y después por la garganta; mejor que cualquiera de los tres restoranes Milagros, porque esta palta reina, este pan amasado, este pollo arvejado, el arroz con leche que se anunciaba, eran los platos auténticos que mi madre imitaba raquíticamente en las lejanías de Nueva York y que las hordas de gringos insaciables jamás iban a saborear de veras en la Amsterdam Avenue. La Nana nunca cocinaría para ellos, nunca se subiría a un avión, nunca dejaría su país. Pero Amanda Camila seguía de mal humor, jugueteando con su entrada y con su pan.

La verdad es que su padre no le hizo las cosas más fáciles.

-¿Cómo anduvo la entrevista con Larrea?-, preguntó, y tuve la certeza de que Amanda requería que yo fuera crítico, me sentí compelido a presentar el punto de vista que ella evidentemente no podía expresar en voz alta, ni en la oficina ni en

la casa. Así que a Barón le hice ver que la Expo 92 pretendía presentarle al mundo una imagen de Chile que borraba el pasado, particularmente el pretérito indígena, las raíces autóctonas de la identidad nacional. Tan pronto como pronuncié esas palabras, Amanda se paró, dio un paso atrás de su padre y desde un ángulo que él no podía ver me señaló vigorosamente con la cabeza que yo iba por buen camino.

-Por Dios, hombre-, dijo Pablo Barón, -no me digas que eres uno de esos intelectualoides, puro análisis vacuo y nada de sentido común. Escúchame, Gabriel, yo los conozco a estos teóricos. Por la puta, yo fui uno de ellos, el golpe me salvó de ser así para siempre. Son tipos que viven en todo confort, con sus aparatos de video y sus celulares y sus refrigeradores último modelo y si se les echa a perder el microonda, vieras el escándalo que arman. No pueden vivir sin su televisión por cable y sus máquinas de fax y su -worldwideweb-. ¿Y qué quieren para los indios? Esos hipócritas quieren que los nativos se queden atascados en algún pasado mítico, un ayer mítico, inexistente, imposible de resucitar y -lo esencial- con toda la supuesta majestad de la pobreza y el atraso. Quieren poder visitar a los indios en sus aldeas pintorescamente mapuches y escuchar canciones seudofolclóricas mientras una machi los embruja por unas horas... y después vuelta a casa en Las Condes a escuchar a U2. Y si te atreves a preguntarles si acaso los indios no estarían mejor compartiendo el progreso y la prosperidad con los demás, bueno, en realidad, ni siquiera se los debería llamar indios, puesto que en Chile de hecho no hay...

Interrumpí al ministro.

Desde que su padre había comenzado la diatriba, Amanda Camila se había puesto a ensayar, detrás de la ancha espalda de su progenitor, un lento y burlesco -strip-tease-, simulando lúbricamente desabotonarse su indumentaria Expo, utilizando el silencioso lenguaje de su cuerpo para comentar cada vocablo que el ministro exhalaba, urgiéndome de esa manera a rebatir sus afirmaciones, soplando besos en mi dirección, levantándose las polleras en forma obscena. ¿Estaba acaso sugiriéndome que si yo abrigaba esperanzas de repetir esta ceremonia en algún otro lugar, sólo para mí, menos promesa y más desnudez plena, era recomendable que yo encarnara sus fantasías rebeldes contra el viejo, que ella ya sabría encarnar las mías? Por un instante, tuve la ilusión de que ella y yo nos entendíamos.

-Con tu permiso, tío Pablo, pero yo ayer vi en la calle montones de gente y muchos de ellos, por lo menos desde la perspectiva de este reportero neoyorquino, tenían pinta de indios.

-Un espejismo-, sentenció Pablo Barón. -Parecen nativos, la tez y todo eso, pero culturalmente no lo son. Anda, pregúntales.

Ni uno habla una palabra de mapuche, ni uno vive en una ruca y consulta a los médicos brujos cuando les da una bronquitis, que para eso está la penicilina. Lo que esa gente quiere es lo mismo que quieren los demás habitantes del país: que una mala economía no les joda la vida. Empleo, agua potable, un auto, una televisión en colores, ropa bonita, eso quieren. Que sus hijos tengan la misma oportunidad que cualquier otro cabro para, pongamos por ejemplo, leer tu revista

en Internet. La misma oportunidad que se le da a alguien como Amanda Camila, ¿no es cierto, mi amorcito?

Se dio vuelta y encontró a su amorcito en medio de una contorsión, que tuvo que refrenar, fingiendo que se estaba rascando una pierna. Ella se sentó a la mesa y contempló cómo su padre, aliviado quizá de que pudiéramos abandonar el delicado tema de los asuntos indígenas en Chile, me trataba de sacar información acerca de mi futuro trabajo en Nueva York. Se me ocurre que puede haber sido un error mencionarte a ti, Janice, que había otra persona, una mujer, comprometida con el proyecto, con nuestro proyecto de la revista -Whatever-. Lo dije, no para que Amanda Camila sintiera celos, sino porque fue la respuesta automática a la pregunta de su padre acerca de si había de veras un nicho para ese tipo de producto, para que supiera que alguien más -específicamente tú, Janice- estaba seguro de que podíamos conseguir financiamiento para nuestra pequeña empresa; una mentira, por cierto, para que pensara que yo era autosuficiente, económicamente hablando.

La juguetona osadía que había mostrado Amanda Camila un par de minutos antes desapareció y en su lugar volvió esa misantropía que empezaba a conocerle. Tal vez adivinó ella que esta persona que se me asociaba en los negocios había sido -casi- alguien que se me asoció en forma digamos más íntima. Y le caíste aún menos bien, Janice, cuando el ministro comentó: -Podrías aprender de Gabriel, m'hija. ¿Ves lo que pasa cuando uno se pone manos a la obra? ¿Ves cómo meterte a estudiar administración de empresas podría rendir beneficios? ¿Ves cómo alguien como esta joven Janice sabe qué hacer con su vida? Mira a Milagros, mira cómo se armó una carrera sin contar con otra cosa que sus dotes de cocinera. ¡Ése es el tipo de espíritu emprendedor que precisamos para este país!

Ése fue el momento que eligió la Nana para entrar con el postre. Colocó un platillo frente a Amanda Camila, con la advertencia: -Tu favorito-. Pero ni esa solicitud de parte de la mujer que la había criado despertó a la hija de Barón de su modorra; no estaba interesada en el arroz azucarado con sabor a canela que su padre y yo nos pusimos a devorar como si no hubiéramos comido ya un almuerzo digno del Banquete del Juicio Final.

Hice un último esfuerzo, sin embargo. Suponiendo que la incomodidad de Amanda nacía de tu existencia, Janice, destaqué que mi socia -tienes que perdonarme que te haya utilizado así podría aprender un par de cosas de Amanda Camila. Todos los gringos podríamos aprender algo de una niña que había pasado por tiempos difíciles, tiempos de clandestinidad. Pero su padre no iba a darle a ella la posibilidad de ser florero de mesa. Acaparó de inmediato la atención para sí y, en vez de cantar las hazañas de su hija, dijo que esos tiempos de que hablaba yo habían sido -¿?Cómo ponerlo para que no me entiendas mal, Gabriel?- divertidos. De hecho, había llegado el momento para ir contando el lado gracioso de la resistencia, basta de historias sombrías, basta de tanta solemnidad y reverencia.

Se largó con una extensa historia acerca de un día en que había estado esperando en una esquina que lo pasara a buscar un compañero para llevarlo a una casa de seguridad donde lo aguardaba Marta, su esposa, junto a la Amanda

Camila. En cada encuentro entre resistentes había una contraseña que usaban para reconocerse. El problema era que a Barón se le había olvidado.

Así que cuando un hombre extraño se le acercó y le pidió un cigarrillo, Barón le dio lo que era evidentemente la respuesta incorrecta, que no fumaba. El hombre se fue y volvió cinco minutos más tarde y se dedicó a mirar, al lado de Barón, una vitrina. El toque de queda iba a comenzar en menos de una hora.

El extraño tenía que ser el contacto, ¿pero qué pasaba si la policía secreta había arrestado al verdadero y le estaban tendiendo una celada a Barón? El hombre sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno y le ofreció otro a Barón y Barón dijo que en realidad le gustaba fumar, lo que por cierto tampoco resultó ser la contraseña, porque el hombre no lo invitó a que escaparan de esa esquina, sino que le pasó el pucho y Barón tuvo que fumárselo para que el hombre no entrara en sospechas. Barón se puso a toser, claro, porque en su puta vida había aspirado tanto humo, y los dos se miraban con recelo para seguir contemplando las lavadoras en la vitrina, como si fueran dos vagabundos que no tenían otra cosa que hacer. El hombre empezó a correrse y cuando dio vuelta a la esquina, Barón comprendió que, fuera o no ese tipo su contacto, estaba jodido de todas maneras, puesto que dentro de poco esas calles estarían colmadas de patrullas militares que iban a interrogar a cualquier cuerpo que vagamente se pareciera a un ser humano.

El ministro me guiñó el ojo desde detrás de sus anteojos.

-¿Y qué es lo que hice? Qué demonios, mando a la mierda las reglas: salgo apresurado en busca del tipo y lo agarro justo cuando está por subirse a su auto y le digo... Amandita, tú dile a Gabriel lo que le dije.

-Se me olvidó la contraseña, huevón-, me anunció ella en un tono apático. Era una historia que tenía que haber escuchado mil veces.

-Tal cual. ¿Y sabes lo que respondió él? -A mí también, huevón--. Barón se echó a reír, atragantándose con una porción formidable de arroz con leche. -¡A mí también! Alguien debería escribir la historia de la resistencia como una epopeya cómica.

No fue todo tenebroso-.

-¿Y nunca tuviste miedo?, le pregunté.

-Claro que sí. Pero el miedo es aburrido, el miedo es siempre idéntico, poco original. La ingeniosidad... eso cambia cada vez.

Mira, déjame que te cuente lo que me pasó una noche. Estaba en una casa de seguridad -durante esos primeros meses, estaba cambiando de casa cada dos días prácticamente- y una mujer increíblemente tentadora me dio refugio...

-Oh, no, viejo-, protestó Amanda Camila, -no vas a contarle ésa, por favor ésa no.

-A mi chiquitita no le gusta este cuento-, dijo. -Los hijos siempre tienen problemas para aceptar que sus padres son criaturas sexuales.

Amanda Camila se paró de la mesa. -Me voy. Es más interesante la oficina de la Expo 92.

-Está bien-, dijo el ministro. -Andáte nomás. Yo paso a dejar a Gabriel camino al centro.

Más arisca que nunca, Amanda Camila hizo una histriónica salida, golpeando puertas y sin despedirse. Francamente, yo estaba feliz de verla partir. No tenía muchos deseos de estar encerrado con ella en su auto durante la hora que iba a tardar en volver a lo de Larrea. Y me sentía además intrigado por la historia que Barón había comenzado. Me estaba preguntando si la naturaleza o algún dios travieso o el fantasma de Guevara no me había jugado una broma de mal gusto al infligirme el padre equivocado, si Barón no era la persona que debía darme consejos y guiarme hacia la iniciación sexual.

-Así que me encuentro en esa casa solo, con esa mina absolutamente fabulosa que es mi anfitriona, y déjame decirte que hay un cierto resplandor que se le pega a uno cuando está prófugo y uno, la verdad es que aprende a enfatizar esa cosita. A las mujeres les encanta un hombre perseguido por la ley. Les gusta sentir que te pueden proteger, esa madrecita que llevan adentro.

Y yo que tengo sólo esa noche para metérmela en la cama y no sé exactamente cómo proceder. Porque, mal que mal, la mujer esta te está salvando el pellejo, si me entiendes, y quieres asegurarte de que no termine fastidiada, que no piense que estás tratando de aprovecharte de ella. Que es lo que, precisamente, estás tratando de hacer, sacarle todo el provecho que puedas. Aunque también es posible que ella se moleste si no le haces el favor antes de partir, si no estás a la altura de tu imagen romántica y acosada.

En esta ocasión, yo estaba tratando de satisfacer ambas necesidades, insinuando algo para después retirarme un poquito, cuando escuchamos una conmoción calle abajo y la empleada llega corriendo y nos avisa que los milicos estaban haciendo un casa a casa y que la próxima era la nuestra. Nos miramos con esta mujer y yo le tomo la mano y subimos apresurados hasta su dormitorio, y empezamos a desvestirnos y ella dice -Acuérdate que es sólo un simulacro, ¿no?-. Y yo le respondo, claro que sí, puro simulacro.

Y abajo están golpeando a la puerta con un rifle y escuchamos a la empleada que abre y los soldados que entran gritando y nos metemos en la cama sin perder un instante más y yo me pongo encima de ella y -¿Es puro simulacro, no?-, y yo, claro que sí, pero el miedo me hinchó el pico como si... te quiero decir que nunca lo tuve más grande en mi vida y ella comienza a mostrarse un tantico apreciativa y puedo escuchar a la soldadesca montando las escaleras y yo echo atrás la ropa de cama de una patada para que cuando entren nos vean lo que se dice todo, cuando se abra la puerta, y se abre y los dos giramos la cabeza, la mujercita y este tío Pablo que te habla, ya estábamos más o menos enredados digamos que con vehemencia y detrás del capitán que entró enérgicamente a la pieza llega la empleada excusándose, que ella le dijo que no había que molestarnos, y él se

queda ahí unos segundos y mi culo que seguía moviéndose arriba y abajo, y ella está echando unos gemidos que puede que sean reales o puede que sean pura actuación y el capitán se sonroja y da un paso atrás y yo le digo, jadeante, que me dé un minuto, que si me puede dar ese minuto, y él dice -Tranquilo nomás-, y deja el dormitorio y se va con toda su tropa.

Pablo Barón hizo una pausa, esperando mi reacción.

-Y tú, ¿seguiste?-, pregunté. -Una vez que partieron los milicos, seguiste con... bueno, eso.

La Nana, con una empleada más joven y aún más morena, entró a levantar la mesa. Pablo Barón esperó hasta que hubieran terminado y estuvieran lejos, y sólo entonces se inclinó hacia mí y susurró: -¿Quieres saber algo que nunca le he contado a nadie?-.

Asentí con la cabeza.

-¿Me preguntaste si seguí? Esa mujer... era Carola-.

-¿Carola? ¿Tu esposa?

-Mi esposa. Y estaría furiosa si supiera que te conté este pequeño incidente revelando su participación. Todo el mundo piensa que nos conocimos muchos años más tarde, incluyendo su madre y su ex marido. Para que veas que los militares algo bueno hicieron, Gabriel. Si ellos no hubieran invadido esa casa aquel día, nunca me hubiera metido en la cama con ella y hubiera perdido a la mujer de mi vida. Pero hay algo que tenías ganas de preguntarme. Anda. Me doy cuenta de que hay algo que...

Quería que me explicara cómo se sabe cuando una mujer quiere la cosa, cuando su no quiere decir sí, cuando su quizá quiere decir sí, cuando su sí dice llegaste hasta acá y no más. Pero ésas eran las preguntas que estaba reservando para el gran McKenzie, yo estaba apostando a que algún día iba a ser capaz de preguntarle y de aprender a su lado. Para Barón tenía, en cambio, otra pregunta.

-Amanda Camila, ¿esto lo sabe?

-Ya te dije, eres el primero. Estoy feliz de que a mi hija le diera una de sus crisis neuróticas. Cuando se pone temperamental, me gustaría que estuviera lejos, en la Patagonia, estudiando huesos en algún sitio arqueológico, siempre que no esté acá, cerca. Si ella se hubiera quedado para nuestra conversa, yo te habría dado una versión sanitizada y falsa, cómo me metí en la cama con una mujer cuyo nombre no recuerdo y fingimos el acto sexual y que no pasó nada y que embaucamos a ese capitán estúpido, aunque Amanda ya tiene edad como para darse cuenta de que es más difícil salirse de una cama que entrar en ella. Pero ella no tiene la menor idea -nadie lo sabe- de que la mujer en el cuento es la mujer a la que seguí viendo y con quien me casé más tarde, cuando murió Marta. La mujer con la que tendría a mis mellizos-. El recuerdo de sus hijos lo hizo sonreír. -Ven, Gabriel. Quiero que les eches una mirada. Y después de veras nos tenemos que ir. Al presidente no lo puedo hacer esperar. Ni siquiera cuando mi

sobrino perdido finalmente vuelve al nido-.

Estaban durmiendo la siesta, lado a lado en cunas paralelas, mientras la Nana los custodiaba, tarareando una canción que reconocí -Arroró, mi niño, arroró mi sol, arroró pedazo de mi corazón-, llamándolos mi niño, prometiéndoles que eran su sol, que eran parte de su corazón y su sangre, las mismas palabras que había usado para Milagros y para la madre de Milagros cuando la Nana, que tenía entonces sólo diecisiete años, había llegado a esa otra casa para criar a la recién nacida. Alguien parecida a la Nana había musitado palabras similares en los oídos de Pablo Barón cuando él era un pequeñuelo. Me sonrió, les acomodó las sábanas, me guiñó el ojo como diciendo mira como un padre de verdad trata a sus chicos.

Antes de que nos fuéramos de la pieza, la Nana me tomó la mano.

-Mi niño-, me dijo. -Mañana vuelves a almorzar. Te voy a hacer sopa de lentejas, congrio frito, leche nevada. Para los dos, allá en mi cocina. Para que conversemos. Sin la presencia del caballero- -indicó a Pablo Barón- -ni de ellos-, agregó, señalando los retratos de Amanda y Carola que colgaban en la pared al lado del ratón Mickey y el Porky Pig y el Condorito, un personaje chileno, Janice, todos ellos vigilando el sueño plácido de los mellizos.

Miré al hombre más poderoso -o casi- de Chile para ver cómo tomaba él este destierro de su propio hogar.

-Ella está a cargo del buque-, dijo, sonrojándose. -En esta casa hacemos lo que manda la Nana. Ella es la verdadera patrona-.

Tal vez. Pero en el auto, él volvió a dar las órdenes. Instó al chofer a que no se detuviera ante la corpulencia de don Javier que, tan pronto como aparecimos saliendo por la verja, tiró su cigarrillo y se puso a agitar el remolino de sus gordos brazos.

Antes de que pudiera preguntarle por el viejo, Pablo Barón estaba dándole duro al teléfono, respondiendo a una larga lista de problemas que, durante su almuerzo, se habían acumulado en el palacio presidencial. -Los argentinos están que se cagan de rabia por este asunto del iceberg-, me confidenció después de una llamada, -y me acaban de informar que la Armada boliviana mandó una protesta secreta; una Armada sin mar, ¿qué te parece eso como absurdo, con un puro lago para hacer maniobras?-. Pasó enseguida a llamar al secretario general de un sindicato para explicarle por qué una huelga en este momento sería altamente inconveniente, que el presidente mismo apreciaría cualquier esfuerzo para calmar las tensiones y dar la impresión de la normalidad más absoluta. A lo que siguió una llamada a un coronel.

-No, el General no tiene por qué preocuparse. Puedo asegurarle personalmente que no habrá investigación alguna de la cuenta corriente de su yerno-. Y para mí:

-Tienes que perdonarme tanto trabajo. Llegaron ustedes un poco tarde a almorzar.

Me sentí halagado por la atención y, francamente, seducido por el hecho de que este hombre tan importante hubiera postergado los asuntos de Estado para comer conmigo, aunque no era yo tan ingenuo ni inocente como pensaba su hija o como mi cara le hubiera inducido a Barón a creer. Algo quería él de mí. Y emergió cuando hizo una pausa en sus urgentes llamadas para preguntarme, como si no le diera mayor relieve al asunto, ¿cómo se desarrollaba la investigación del iceberg? Acabábamos de llegar a un chalet espacioso cerca de la plaza Pedro de Valdivia donde recientemente, según el chofer, se había instalado un negocio que reparaba computadoras. -Esto es de lo mejor-, aseguró el tipo. -El dueño es un amigo de mi hermano.

Dígale que lo mandó Simón Sierra-.

-¿La investigación del iceberg?-, pregunté, medio cuerpo afuera del auto.

-Sí. No tengo cómo saber nada. Le pedí a Ignacio que no me informara acerca de las actividades de tu padre. Así que yo cumplí mi parte del acuerdo, pero no estoy seguro de si Cris me está correspondiendo, si hizo algo esta mañana para... para encontrar al hijo de puta que mandó esa carta-.

Le dije al ministro que volvería de inmediato. No sabía qué contestarle, a quién le debía lealtad. Contemplé las manos delicadas y las uñas violetas con que la recepcionista transcribía la orden de reparación para mi Toshiba. Qué alivio:

una mujer que no reconocía el nombre de mi padre, que no asumía en forma automática que este McKenzie (o cualquier otro, para el caso) tenía que mantener en alto el estandarte de la familia. Si no hubiera estado inquieto por la pregunta de Pablo Barón, capaz que me hubiera puesto a pinchar con ella. Pinchar es coquetear en chilensis, Janice. Hubiera tomado su existencia como prueba de que había millones de mujeres chilenas, para qué mencionar a los billones de otras nacionalidades, que mi progenitor no se había tirado. Pero no tuve tiempo para este pensamiento potencialmente liberador: el ministro estaba en el auto, esperando para ver si estaba dispuesto yo a hacer de espía contra mi propio padre.

Estaba dispuesto.

No le informé, por cierto, de que, según el gran McKenzie, el culpable no era otro que el mismo Barón. Pero todo lo demás sí, o casi: que mi papá se había negado a acompañarme a lo de Larrea esa mañana, perdiéndose de esa manera una serie de pistas de que no podía yo, en este momento, informar al ministro (me pareció prudente no mencionar esos papeles azul pálido de Larrea ni menos la conducta altamente sospechosa de Amanda Camila), y que el nudo del problema parecía residir en que mi padre estaba absorto en otro tipo de cosas. Cosas femeninas, aventuré.

-Eso no tiene importancia-, dijo Pablo Barón, justo en el momento en que frenamos frente al edificio que albergaba las oficinas de Sevilla Expo 92. -Mientras tú estés buscando al que está detrás de esta conjura y me tengas al día, vamos bien. La semana que viene vamos a la Patagonia con Amanda Camila. Un

regalo que le habíamos prometido… tiene mal humor de vez en cuando pero se ha portado muy bien ahora último. ¿Quieres acompañarnos? ¿Inspeccionar el dispositivo de seguridad para el iceberg? Por ahí podemos convencer a Cris de que se nos junte, encontramos un modo de que se suba al buque-.

Es lo que había tenido la esperanza de escuchar. Que el ministro se ensuciara las manos, que presionara a su mejor amigo para que dedicara más tiempo al iceberg y más tiempo, por lo tanto, a mí. Iba a ir manipulando a Barón a fin de que me fuera ayudando a crear lazos emocionales más permanentes con mi recalcitrante padre.

No podía saber, por cierto, lo milagrosamente bien que irían mis planes: que en menos de dos semanas llegaría una segunda carta, seguida por una tercera y una cuarta y una quinta en los meses sucesivos, cada martes otra pálida hoja de papel azulino con otro mensaje en letras de molde que anticipaba la inminente destrucción del iceberg. Yo no podía saber que Barón nos iba a convocar a su oficina apenas le llegó esa segunda amenaza y que usaría esa nueva carta para obligar al gran McKenzie a que comenzara de verdad a buscar a los responsables.

Pero a esas alturas, por cierto, yo ya había viajado a la Patagonia y tenía una excelente idea de quién había enviado las amenazas. Estaba yo, de hecho, armando una trampa con la que pensaba atrapar al tal Comandante Venganza.

Tienes que perdonarme la interrupción.

Fui a inspeccionar la cocina que queda al final del pabellón chileno acá en Sevilla, donde voy a cocinarle a la familia la cena de mañana por la noche. Todo marcha de acuerdo con mis planes. Federico no sospecha nada. El hijo de don Jacinto. ¿Te acuerdas de don Jacinto, el viejo abultado que buscaba empleo para su hijo? Bueno, yo le conseguí trabajo, presioné a Pablo Barón para que lo colocara. Para mi suerte, fue jefe de seguridad, primero para el iceberg y finalmente para el pabellón mismo. No podía predecir, por supuesto, que yo iba a necesitar sus servicios algún día, mañana mismo voy a necesitarlo para que no escarbe entre las ollas y las zanahorias y las cebollas, debajo de las gallinas cacareantes que voy a estrangular y hervir, para que no descubra lo que estoy entrando de contrabando al recinto.

Si hubiera sabido al principio de mi estadía cómo engañar a guardias de seguridad, habría pasado aquellas horas de la tarde de mi segundo día en Chile con Amanda Camila en vez de vagar por las mugrientas calles de Santiago, donde los autos se echan a perder y las protestas terminan en motines; tal vez ella hubiera seguido confesándose conmigo y los dos hubiéramos terminado, quién sabe, haciendo el amor esa noche.

No fue así, claro, como sucedieron las cosas. Dos hombres recios y fuertemente armados me cerraron el paso al edificio que cobijaba los sueños de Larrea y el cuerpo inaccesible de Amanda Camila. -No puedes entrar-, me advirtió el más grandullón y el otro agregó: -A menos que tengas un pase especial-. Les causó un ataque de risa mi sugerencia de que llamaran a Larrea: don Jorge estaba en el hospital -algún loco le había roto la nariz de una trompada, y por eso ahora había servicio de seguridad-. Así que el patrón no estaba en condiciones de

confirmar que yo tenía derecho de entrada. Contactaron a Amanda Camila, que era pura miel, su malhumor desvanecido, como si eso me ayudara ahora:

-Pobrecito, Gabriel. Voy a llamar a mi papá-. Le dije por el citófono que de ninguna manera. El ministro iba a pensar que yo era, además de soplón, un llorón. Deja de hacerte la víctima, había sugerido mi papá. No era un mal consejo. Yo estaba avanzando. Anoche había mirado el lado positivo de las cosas cuando reventó la computadora; y tal vez este embrollo en que me veía metido ahora me transmitía un nuevo mensaje de independencia, tal vez no era conveniente que me pasara una tarde entera adentro de una torre de múltiples ventanales, presenciando cómo un grupo de expertos recomponían la dañada imagen de Chile para los millones de extranjeros que visitarían la Feria de España. Tal vez la nariz de Larrea había sido desbaratada para que yo me viera forzado, durante unas cuantas horas, a enfrentar por mi propia cuenta esta ciudad desconocida donde había nacido y comenzar a enamorarme de ella, aumentando, según mi tío, la posibilidad de hacer el amor con sus habitantes de sexo femenino.

Había ante mí una selección extensa de fantasías y calles que me llamaban y, sin saber cuál de todas elegir, opté por comenzar desde el principio, como quien dice, visitando el lugar donde Santiago había sido fundada. -Quieres ir al Santa Lucía, entonces-, dijo Amanda Camila, su voz un tanto distorsionada por efecto del citófono. -Es bien fácil llegar. Trata de subir el cerro, hasta arriba. Hay un teatro chiquito en la cima, construido hace unos cien años. Un actor ciego solía abrir cada obra que montaban con unos versos: -Venid, niñas, al Santa Lucía.

- Venid, niñas, al Edén. - Las solteras encontrarán marido - y las viudas lo hallarán también-. Aunque no vayas a subir si se te hace tarde, ni siquiera si alguien te ofrece un polvo rápido-.

-¿Un polvo rápido? Yo no tomo drogas-.

-¡Polvo es sexo, gringo tonto!-

-Bueno, no tengo interés en polvos rápidos ni tampoco en viudas-, sin poder ocultar para mí una cierta satisfacción de que ella creyera que el hijo del tigre McKenzie también era un putamadre.

Amanda se puso seria. -No es broma, Gabriel. Ten cuidado.

Recuerda que el sol se pone bien temprano acá en invierno-.

No hice caso de su advertencia. -M'hija-, le dije, de lo más paternalista, -yo he sobrevivido diecisiete inviernos en Nueva York-.

Mi ánimo era moderadamente optimista cuando me di media vuelta y partí en ese peregrinaje, dejé que mis pies me llevaran al centro. Era bueno sentirse solo, un forastero en ese vasto desorden metropolitano donde nadie me conocía, sin presión para hacer una representación o mentir o ajustar mis facciones a los ojos y deseos de otra persona. Deambulé a mi propio ritmo, dándole vueltas en la cabeza a mi lista de presuntos culpables.

Mi papá, Pablo Barón, Larrea, Amanda Camila, los ex revolucionarios involucrados en el proyecto, ese adefesio ecológico de Berta, hasta el borracho presuntamente inocente -era como si cada persona con que me topaba tuviera una razón para amenazar al iceberg-. Todos, salvo yo. Yo me había enamorado de ese témpano que todavía no había visto sin intermediario, seducido por su mera imagen, dispuesto a defender su exhortación de que era posible comenzar la vida de nuevo, desde cero. Era la única zona de esta geografía chilena que prometía un mañana inmaculado.

Quién sabe si no fue eso lo que había atraído al fundador de Santiago a este valle hacía tantos años, a este cerro donde mis piernas cortas y largos pensamientos finalmente me trajeron. Ahí estaba, a un lado del centro, el cerro Santa Lucía, donde Pedro de Valdivia, el 12 de febrero de 1541, había establecido la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo. El conquistador había realizado esa fundación bastante más al sur de lo necesario, según una ciberenciclopedia que había consultado antes de venir a Chile, más alejado de su sitio de aprovisionamiento en el Perú de lo que era prudente, porque quería reclamar para sí el disputado territorio que se extendía por miles de kilómetros hacia el sur profundo, el estrecho peligroso y deseable que Magallanes había encontrado por casualidad veinte años antes y que conducía a las riquezas de la India. Valdivia había escoltado al predecesor de Larrea -obsesionado con el hielo y soñando con fortunas que saldrían de esa frialdad-, había conducido a su tropa por encima de los Andes, situando su capital en este valle porque quería adueñarse de la famosa y mitológica provincia de la Antártida famosa. Dejó todos sus bienes terrenales y el acopio de sus esclavos indígenas y una vasta hacienda allá en Lima porque una especie de iceberg también había poblado sus sueños, la esperanza de un nuevo inicio. Y también, según los chismes acerbos y envidiosos, porque era un hombre casado y quería tirarse a su amante, doña Inés de Suárez, a su regalado gusto, lejos de los ojos enclaustrados de la Inquisición peruana. Yo lo comprendía sumamente bien: venir tan lejos para fornicar a destajo. Esperaba que hubiera valido la pena. Nada de polvos rápidos para él en este cerro Santa Lucía.

Estuve parado un buen rato, ahí, al pie de ese montículo masivo, a un costado de la Alameda Bernardo O'Higgins, sin decidirme todavía si subir o no por unas escalinatas romanas de lo más majestuosas, que conducían a una maraña de rocas y árboles y columnas. Me quedé leyendo la carta que habían esculpido en una roca, en realidad el fragmento de una carta, la que don Pedro el Conquistador de Chile había mandado al emperador Carlos V para persuadirlo de los portentos de la comarca que venía de colonizar en su nombre: -y para que haga saber a los mercaderes y gentes que se quisieran venir a avecindar que vengan porque esta tierra es tal que para vivir en ella y perpetuarse no hay mejor en el mundo...-

Bueno, en cuanto a lo último, el tal Pedro no se había equivocado: se habían perpetuado, una reproducción de la que yo mismo era evidencia, como si no hubiera bastado con el tráfago de cuerpos que pasaban a pie y en autos a mis espaldas. Mis padres habían tomado bien en serio la exhortación del fundador de perpetuarse, habían esparcido sus genes en esta réplica que era yo, en efecto, aquí mismo, sobre esta misma Alameda mi papá había saltado mientras mi mamá lo esperaba tranquilamente para llevárselo al hotel más cercano. Pero

hasta ahí nomás había llegado el proceso reproductivo. yo era el callejón sin salida, este virgen de veintitrés años de edad que sentía que las palabras del conquistador y los vigorosos acoplamientos suyos con doña Inés en este mismo sitio eran una burla intolerable de mi mera existencia. Aunque quién sabe si no estaba reaccionando como el borrachín de anoche que había tomado como un agravio las palabras de Larrea cuando eran más bien una invitación. ¿Quién me podía decir si Valdivia no era otra figura masculina adulta en mi vida que proclamaba que si se amaba una tierra lo suficiente uno terminaba perpetuándose en ella, penetrando en el interior de una mujer fértil, llenándola con un vástago? Tal vez lo que él había escrito hacía más de cuatro siglos era todavía válido para este niño que no había logrado hasta ahora expulsar su caliente semilla adentro de nada más acogedor que el sistema de drenaje de la ciudad de Nueva York.

Me senté en un banco para considerar cuál debía ser mi próxima movida: si remontar el cerro o quedarme acá entre los plebeyos, ¿la historia como pasado o la historia como presente?.... cuando noté, a un costado a un hombre alto y rubio al que un equipo de cine estaba filmando.

-Éste es el cerro Santa Lucía, que los indios llamaron Huelén-, el hombre hablaba en inglés, un inglés potable pero con un leve acento alemán. -Durante años, fue un baldío, un vertedero de rocas y polvo en medio de la ciudad. Hasta que en 1872, Benjamín Vicuña McKenna, el más gran historiador de Chile e intendente de Santiago, lo transformó en este parque magnífico.

Acá- -y señaló algo que estaba semioculto en la roca, cubierto por enredaderas brillantes de humedad- -McKenna instaló una placa el día en que comenzaron los trabajos. Todos pensaban que había perdido el uso de la razón, pero logró llevar su proyecto a buen término en tres años. Cuando los vecinos se quejaban de que las explosiones de pólvora desalojaban rocas gruesas, cayendo sobre techos y niños, Mckenna, en vez de parar sus obras, redobló los esfuerzos. Su única concesión a la opinión pública fue pagarle a un trompetista para que diera la alarma antes de cada explosión para que la gente amenazada pudiera buscar asilo. Lo que querían, claro, era meterlo a él en un asilo, en un asilo de locos-.

El joven rubio se rió brevemente de su propio chiste.

-Dame un primer plano de la placa-, le dijo al camarógrafo en castellano. Fue traduciendo las palabras a medida que el zoom se acercaba a la placa: -A la memoria de los expatriados del cielo y del infierno, enterrados acá en el transcurso de medio siglo, 1820-1872. ¿Por qué sin patria? Porque este cerro había sido un cementerio; el Santa Lucía entero, durante cincuenta años, sirvió para arrojar cadáveres que la Iglesia y el Estado prohibían enterrar en tierra sagrada. Los suicidas, los heréticos, los ejecutados. Y los asesinos. La gente que nadie quería, que nadie reclamaba. Todos, enterrados acá. Un cerro lleno de fantasmas.

¿Triste historia, ah?-

El hombre rubio me estaba mirando directamente a mí, sentado tan cerca en

ese banco. -O tal vez no tan triste-, dijo, sus ojos perforando mis ojos. -Tal vez Vicuña McKenna, que había estado en el exilio, tenía muy claro lo que hacía. Uno construye un parque donde los muertos y olvidados se entierran. Uno comienza de nuevo desde cero, uno siembra árboles, uno toca cornetas para despertar y proteger a los vecinos, uno limpia las memorias de los muertos de las rocas. Uno no permite que el pasado lo devore-.

Habló con tanto fervor, con tal convicción, que casi presumí que él requería de mí una respuesta, como si fuera un ángel que había venido a la tierra para salvarme. O un demonio cuya misión era divertirse a mi costa.

-No permitas que el pasado te devore-, repitió el hombre, como para sí mismo. Y después, al técnico sonidista: -Esta última frase, me la cortas. Cut-.

El camarógrafo le preguntó si le parecía que con eso bastaba y el extraño hombre rubio dijo que había luz como para subir al cerro y explorar lo que filmarían mañana. Me miró con curiosidad, como esperando que yo lo acompañara. O tal vez como si él también me reconociera, me conociera de antes, de otra existencia.

Yo no respondí a esa silenciosa invitación.

Empezó a montar las escalinatas del cerro y por un último momento nuestros ojos se encontraron y nos medimos, preguntándonos ambos por qué nos sentíamos tan atraídos y repelidos por la presencia, por la ausencia, del otro. Y después el tipo desapareció; yo pensé que se había ido para siempre, pero como Polo, iba a entremeterse en mi vida cuando menos lo necesitara; más de una vez en esta historia ese doble mío de pelo rubio hará su contundente aparición. En ese momento, ya tuvo una indebida influencia en mi vida al mantenerme lejos del cerro y su cima. Si no hubiera sido por ese furtivo y ambiguo reto que me lanzó, sugiriendo que yo montara con él, de no haber sido por eso, seguro que subo el Santa Lucía ese día y mi existencia hubiera cambiado para siempre. Pero no lo hice.

Me acomodé con más ahínco en el banco y sentí, casi de inmediato, una punzada en la nalga: era el casete que Larrea me había entregado antes del almuerzo, los sonidos que Chile había acumulado en todos esos siglos desde que Valdivia había fundado esta ciudad en la frontera de la nada, los sonidos que el Proyecto Iceberg llevaría a Sevilla para engatusar a nuevos mercaderes que en nada se parecían a los invitados por el conquistador, para que desembarcaran en estas tierras y se perpetuaran. ¿Qué mejor sitio para escuchar esos sonidos que acá?

¿Qué mejor retorno al hogar?

Por suerte, tenía conmigo ese walkman supuestamente inútil que me habían regalado los muchachos de la Casa Milagros para mi cumpleaños. Me lo había insertado en mi chaquetón al vestirme esa mañana, con la ilusión de que la gente con la que iba a simular una entrevista creyera que se trataba de una grabadora, de las que usan los periodistas. Ajusté los audífonos, inyecté el casete y eché a andar lo que un visitante escucharía, aprendería de Chile, antes de ser admitido

al santuario del iceberg en el pabellón en Sevilla.

Cerré mis ojos para concentrarme con más intensidad y esperé.

ahí, en aquella penumbra que súbitamente se instaló bajo mis párpados. Y enseguida capturé, emergiendo del silencio espectral, la melodía encantada de un organillo, igual a la que había oído de niño en las calles de Santiago. Me acordé de cómo corría donde mi Nana para mendigarle una moneda que después depositaba en el tarro de lata que un mono ansioso me extendía mientras su amo, un anciano casi ciego, daba vueltas a la manilla y me hacía escuchar una canción triste cuya letra nunca supe. Esta vez la música se fundió con una voz baja y grave, como si el que hablaba estuviese escasamente despierto y quería que sus oyentes también se durmieran, como si tratara de desenterrar palabras como minerales de un pasado que se iba alejando, alejando: sube a nacer conmigo, hermano. Yo debería haber sabido quién era el dueño de esa voz.

Había visto a mi madre tocar un disco medio rayado del que montaba esa voz monótona, pero el nombre no podía recordarlo por nada del mundo. En todo caso, yo ya había nacido una vez en este lugar y no me estaba yendo muy bien, que digamos, muchas gracias, así es que no me parecía una idea tan fabulosa tratar de subir a nacer de nuevo, y en cuanto a un hermano, no había ninguno cerca ni dispuesto a ayudarme, especialmente ahora que el próximo sonido me aclaró cuán perdido yo estaba -un árbol que caía estrepitosamente entre la foresta-. De ese árbol, yo no sabía ni mierda. Sólo que parecía gigantesco. No podía imaginarme su tronco ni sus hojas ni el nombre de su especie ni situarme visualmente en el bosque donde se había venido a tierra, las montañas donde ese árbol había crecido antes de ser destruido a hachazos para que alguien pudiera capturar su sonido de agonía en una grabadora. Y a eso siguieron los gritos bulliciosos de fanáticos -hinchas, los llaman acá, Janice-, probablemente la barra de un equipo de fútbol entonando palabras que no podía descifrar y alentando a un equipo, Colo-Colo, al que nunca había visto jugar, y mientras más escuchaba, Janice, menos podía identificar de dónde provenían esos sonidos o su significado.

Como si algún ser maléfico hubiera armado esa colección con la intención expresa de hacerme comprender que yo era un extranjero bajo este cielo, forzarme a pasar una vez más por la experiencia de perder mi país, el país que nunca te confesé a ti ni a tu madre, mientras yo miraba ese sofá de segunda mano donde íbamos a realizar nuestros desencuentros sexuales. Y como para empeorar aún más la cosa, en ese mismo momento, sobrepuesto con la sonora réplica de olas rugiendo sobre una playa que yo nunca había visitado -tal vez la playa misma donde mi padre había seguido a mi madre cuando ella se escapó del hogar-, entremezclado con esas olas cacheteando la arena mojada, se presentó el sonido de voces encolerizadas y pies que marchaban y consignas que se voceaban, y me pregunté durante un instante paranoico si de veras alguien me tenía personalmente entre miras y estaba implantando ese estrépito político adentro de los ruidos típicos de Chile para evocar en mí esos himnos del exilio de los que me evadí en SOHO, pero abrí los ojos y me quité los audífonos y me di cuenta de que estos específicos chillidos no se originaban desde adentro de mi casete sino que provenían de la Alameda misma, donde una mínima turba de manifestantes iba desfilando, haciendo un barullo infernal.

Agitaban banderas rojas y pancartas en las que exigían la libertad de los presos políticos y un salario mínimo decente y el acceso de todos por igual a la universidad y muerte a los imperialistas yanquis. Todo esto bajo el retrato omnipresente del Che, con su barba rala y la estrella en la boina, la misma foto que todavía no había desempacado de mi valija, la misma que miro en este mismo momento en mi departamentito, aquí en Sevilla.

Puños en alto y voces desafiantes iban proclamando lemas no muy diferentes de aquellos que, hace veinticinco años atrás, el 10 de octubre de 1967, mi mamá y mi papá habían aullado en el frío aire de Santiago, lemas que mi mamá había valientemente insistido en invocar en SOHO y otros sitios de solidaridad y que habíamos presenciado en la televisión en los remotos Estados Unidos mientras los jóvenes de Chile le disputaban la calle a la dictadura. Sentí surgir adentro de mí una aberrante ola de nostalgia. Si hubiera podido juntarme a esos estudiantes, si el tiempo pudiera congelarse, si no hiciera falta más que levantarse del banco y bajar de la vereda hasta la calle para lograr la abolición del tiempo, yo me imaginé que de alguna manera podría reconectar con el hombre que había sido mi padre la noche en que por primera vez viajó hacia el interior de una mujer. Tal vez bastaba con eso, nada más que eso para retornarme al momento cuando se reunieron en esta Alameda para entender cómo ese padre había dejado atrás su inocencia, meramente eso para seguir su huella y alcanzarlo. Si sólo pudiera yo haber retornado a esos momentos en el exilio cuando mi madre y sus compañeros del destierro cantaban esas canciones de duelo y combate mientras yo miraba con apatía, si hubiese hallado en mí la sabiduría o las agallas para volver a Chile por mi cuenta y ponerme a luchar al lado de Amanda Camila y los miles de otros en estas mismas calles y de ahí a la tibia fraternización en la que recaen los jóvenes después de haber arriesgado juntos la vida.

Si esto, si aquello, si lo de más allá, me dije, pero la verdad del asunto era que yo no me había sumado a ese movimiento, había naufragado de este lado del espejo del tiempo: era demasiado tarde. Éstos no eran los manifestantes de antaño, no eran los que brincaban en forma inofensiva, jugando a ser revolucionarios sin pagar las consecuencias. Ni se parecían a los cruzados que habían desafiado a Pinochet con sus caras al viento, sabiendo con certeza lo que podían perder, lo que podía pasarles, por estar reclamando como suyas esas calles sucias. En cambio, estos veintitantos jóvenes que ahora se exhibían frente al cerro Santa Lucía eran fragmentos aislados de un movimiento de masas enfermo, tan residuos del pasado como yo mismo, juzgados por los espectadores como una curiosidad, casi ignorados por los ciudadanos de Santiago absortos en su ansia de tomar el bus o comerse un sandwich o castigar a un hijo o reunirse con un amante en la capilla del Santa Lucía o pagar la cuenta atrasada de la luz. Estos manifestantes extremadamente serios del Chile democrático de 1991 actuaban como si la dictadura siguiera en el poder: habían escondido sus rostros con pañuelos negros, sus gritos rimantes montando con más furia mientras el público les ponía menos atención, el único testigo de sus esfuerzos esta cara de guagua solitaria que no tenía la menor intención de juntarse a su causa o a su marcha. Aunque una niña con una larga cascada de pelo logró cautivar mi interés y me hizo un gesto, que me uniera al grupo, ven. Su puño me invitó a la refriega, nuestros ojos se intersectaron como si estuviéramos haciendo el amor en el aire, a medio camino entre ella y yo, y por un leve instante tuve la ensoñación

de que aquí estaba la respuesta, que lo que se necesitaba no era más que el coraje de tomarle la mano en la oscuridad, meterme en esa oscuridad. Pero le señalé que no con la cabeza, mi cara que nunca iba a madurar le contó que era tarde para eso, y como si ése fuera el gesto que los marchantes habían estado esperando secretamente, su desesperación al no ser atendidos ni comprendidos se convirtió en forma casi automática en violencia, advirtiendo al público que no estaba dispuesto a escuchar sus voces que tendría que reconocer y comprobar entonces su existencia a través de métodos más duros.

Uno de los que protestaban levantó una piedra y entregó su mensaje en forma directa y contundente a un bus que pasaba. Una ventana se hizo trizas y empezó a caer un goterón de sangre desde la frente de una anciana que había tenido la mala ocurrencia de tomar ese bus a esa hora de ese día. De pronto, se desató el caos: llegaron los carabineros con sus bastones, y más proyectiles extraídos del cerro que había visto nacer Santiago, y vi cómo agarraban a la niña que me había invitado a participar y se la llevaban a uno de esos vagones de policía del que el inmenso Ignacio me había salvado ayer. Yo escapé como pude, salí corriendo en medio del aire cargado de gases lacrimógenos.

Definitivamente había pasado mucho tiempo desde que mi madre y mi padre y Pablo Barón y Pancho McKenzie y su múltiple pandilla habían, con toda inocencia, fingido que el Che Guevara no estaba muerto; el tiempo había pasado desde que Amanda Camila, como la niña a la que, en ese mismo momento, le estaban propinando una paliza adentro del carro policial, Amanda, su puño elevado al aire, me había esperado en esta avenida, Amanda Camila me había esperado y yo no había llegado.

Disparé por una calle que bordeaba el cerro y ahí encontré pruebas de que los otros habitantes de Santiago compartían mi falta de interés en el destino desafortunado de nuestros conciudadanos: un joven con una chaqueta de cuero y pantalones bien apretados estaba empujando un auto en panne -un bellísimo Mercedes de color granate, ni más ni menos- mientras el conductor lo animaba y un grupo de hombres de caras fofas y mujeres algo entraditas en carnes brindaban consejos sarcásticos, ni uno de ellos dispuesto a ensuciarse las manos o a ejercitar otro músculo que la mandíbula.

No me cabe duda, Janice, de que tienes meridianamente claro, lo tienes que haber sabido el día en que te dejé en ese sofá ingrato esperando mi retorno, que no soy exactamente un ser altruista, en absoluto el tipo de persona que se devana los sesos ideando maneras de ayudar a sus semejantes cuando tienen problemas -lo contrario de mi famoso padre-. Y sin embargo aquí se dio una ocasión donde comencé a sentir -¿cómo llamarlo?- indignación, supongo; sí, comencé a sentir una indignación sumamente gringa contra esta gente, contra la hostilidad que ellos mostraban hacia ese joven, me dio rabia la envidia de ese público cruel por no tener ellos un auto parecido. Sus recomendaciones empezaron a tornarse vulgares; comprendí que se mofaban del joven porque era homosexual, o ellos, por lo menos, así lo pensaban. Mételo en el tubo de escape, decían. Más adentro, con más fuerza, decían. Necesitas lubricación, mi amor.

Y yo, que recién había rehusado esa marcha de los estudiantes rebeldes, decidí prestarle asistencia, es decir, un hombro, a ese joven, ayudarlo a empujar,

en efecto, con más fuerza, según exhortaban los mirones. El conductor, su cara sonrojándose -no sabía yo si del esfuerzo o del miedo o del bochorno-, nos urgía a que persistiéramos, especialmente ahora que la camarilla empezaba a hostigarme a mí también. Epa, ahora los dos se pueden tirar al Cara de Guagua. Oigan, maricones, cuidado con la policía, los van a llevar presos por abuso de menores.

Afortunadamente el motor partió y el joven de la chaqueta de cuero y los pantalones estrechos quiso saber si podían llevarme a alguna parte, y aunque eso significó un aumento de los gritos procaces desde el coro de idiotas -me llamaban m'hijita rica, ven a acostarte conmigo, mi amor, pa' mostrarte lo que es bueno-, abrí la puerta de atrás y me subí, y partimos.

Me trataron como un rey, Oscar el conductor y Nano el que había empujado. Su buena disposición hacia mí se transformó en adoración cuando les conté que venía de los Estados Unidos -el país más maravilloso del mundo-, afirmó Nano-, y que vivía yo en Nueva York -Christopher Street-, suspiró Oscar en el restaurante al que me llevaron, al lado de la Enoteca, encima del otro cerro, más grande, de Santiago, el San Cristóbal, -qué ensueño. No como acá, ¿entiendes?-, agregó, susurrante-. Noté que la ternura con que se había dirigido a Nano desaparecía de su voz al ordenar el vino. Le hablaba al mozo reciamente y con una dosis exagerada de machismo. Era evidente que Chile lo forzaba a esconder sus preferencias sexuales. -Ya va a cambiar todo eso-, agregó, sirviéndome un Antiguas Reservas 1988, haciendo un gesto hacia la ciudad que centelleaba ahí abajo. -La gente se irá volviendo más tolerante en la medida que el país deje atrás sus tradiciones más vetustas. Hay que darle tiempo a las cosas. El mercado, el libre mercado, va a arreglarlo todo-.

Nano discrepó de inmediato. Eran como una pareja de casados.

Nano estaba seguro de que nada iba a cambiar, porque los chilenos -hombres, mujeres, niños, la Iglesia- odiaban a los gay. Avisos sobre el sida habían sido prohibidos en la televisión porque mencionaban condones. Oscar contempló a Nano con tolerancia cordial, pero se mostró un poco menos indulgente cuando la diatriba de Nano terminó en una nota melodramática: -Lo que quieren es matarnos, que desaparezcamos, eso quieren-. Ahí Oscar me hizo ver que su amante tenía una tendencia a resaltar lo negativo y me insistió en cuánto había mejorado la situación de los homosexuales comparado con el tiempo en que ellos recién se habían conocido -precisamente arriba del Santa Lucía-. Ahora tenían un dúplex hermosísimo, que Oscar me ofreció. Si yo necesitaba ayuda, ellos estaban para servirme. -Nosotros te damos un empujoncito, tal como tú nos diste uno a nosotros cuando nos hizo falta-.

Otra persona perfectamente inútil llena de consejos igualmente inútiles. Todas las personas con que me encontraba en Chile parecían estar listas para actuar como mi guía, proponían su auxilio, salvo la única figura que yo verdaderamente necesitaba, quien, en ese momento, probablemente estuviera siguiéndole la pista a un muchacho cuyo rostro jamás había visto. Debería haber estado acá, mi padre, debería haberme convidado él a este restaurante para echarle un vistazo a la vasta ciudad y sus muchas hembras esperando al lado de sus solitarias lámparas. Ni Oscar ni Nano podían proveerme los consejos que requería para levantarme a una de esas solteras de Santiago o viudas alegres

que, según los versos que me había recitado Amanda Camila, podían estar en busca de un marido o de un polvo rápido.

-¿Por qué no se van?- Ya había hecho yo esa pregunta una vez hoy, tratando de entender por qué Amanda Camila se quedaba en un hogar que detestaba. Aunque me dirigí la pregunta a mí mismo, en realidad: ¿por qué seguía acá, qué demonios estaba haciendo yo en este país castrante?

-Tal vez-, respondió Nano, -algún día decidamos irnos-.

-Pero primero...-, agregó Oscar, frotando los dedos como si estuviera contando billetes. -En esta tierra uno puede hacerse rico... en un dos por tres. El país se desarrolla a pasos agigantados. No hay otro lugar en el mundo que tenga esta tasa de crecimiento. El milagro chileno. Comencé yo con duraznos y vino, hará cosa de diez años atrás, exportaciones a USA, todavía sigo en ese negocio. Pero eso no es nada si se coteja con lo que se gana acá-. Señaló a un tipo elegante y romanticón que, desde una mesa cercana, hablaba enérgicamente por un celular. -¿Ves a ese tipo? Bueno, déjame que te cuente un secreto. Te apuesto lo que quieras que está utilizando uno de nuestros teléfonos-.

-¿Ustedes fabrican teléfonos?-

-Teléfonos falsos-, dijo Nano. -Toda esa gente hablando por celular en las calles, en sus autos, ¿los viste? La mitad de esos aparatos, quizá más de la mitad... parecen celulares, pero no lo son-.

-Hemos fabricado miles de miles-, interpuso Oscar. -Se los vendemos a gente que no puede pagar el servicio, que de hecho no lo necesitan, pero quieren desesperadamente que los demás los consideren como supermodernos, para que se mueran de envidia. Y eso fue sólo el principio. Nos metimos también en ropa de última moda. Versace, Armani, Christian Dior-.

-¿Ustedes distribuyen en Chile esas marcas?-

-De alguna manera, sí-, dijo Nano, traviesamente. -Nosotros fabricamos... las etiquetas. Las ponemos en productos un tanto más, digamos, ordinarios. Nadie se da cuenta de la diferencia. La gente hace aspaviento, se pasean frente a la mirada ajena, se sienten de lo más -in-. Hemos ganado millones-.

Y estaban con posibilidades de ganar todavía más. Su último negocio eran las empresas estatales que, en toda América Latina, se estaban privatizando, compañías telefónicas (con teléfonos verdaderos) en Perú, compañías de electricidad en la Argentina, todas compradas a un quinto de su valor y revendidas después...

Bueno, una ganga, llegar y llevar.

A medida que la conversación se extendió a otras aventuras financieras que estaban a punto de emprender, yo me resolví a contarles lo de nuestra revista, Janice. Pensé, por qué no buscar los fondos para -Whatever- acá en Chile. Convencer a quien quisiera tomar el riesgo. Y Oscar y Nano eran precisamente

eso, piratas modernos, metidos en todo lo que oliera a ganancia, decididos a llenarse los bolsillos con suficiente dinero como para que sus compatriotas tuvieran que aceptarlos, invitarlos como pareja a cenas y fiestas. El dinero... una manera para llamar la atención más eficaz que las piedras que los manifestantes habían lanzado en la Alameda hacía unas horas. -El dinero terminará por ser-, dijo Oscar, -lo que nos iguale a todos-.

Les gustó nuestro proyecto, Janice, vieron su potencial. Eran, después de todo, mercaderes de ilusiones. Oscar pensó que no podría llevarse a cabo hasta que hubiese más clientes en Internet y suficientes compañías dispuestas a pagar avisos. Nano, en cambio, estimaba que valía la pena arriesgarse. Discutimos eventuales presupuestos, mientras el vino fluía duro y disparejo, yo tomando más que ellos. Y también me serví un postre, la copa Enoteca. Y después mis nuevos amigos y -ojalá- futuros asociados condujeron su Mercedes hasta la punta del San Cristóbal donde la Virgen, una gigantesca réplica de María, se elevaba sobre el valle de Santiago. Fueron mostrándome el plano de la ciudad, toda esa gente allí abajo rezándole a la Madrecita de Dios para que les mandara alguien con quien compartir los sueños, cualquiera fuera la persona, Virgencita, con tal de no despertar en la soledad. Yo no ofrecí mi propia rogativa, puesto que ni la Santísima María ni mi propio Cristóbal habían respondido bien a mis plegarias.

Se estaba haciendo tarde. El Mercedes descendió por el otro lado del cerro y comenzó a cruzar el enjambre de calles que acabábamos de contemplar desde las alturas. Oscar iba indicando con entusiasmo todos los hombres y mujeres que flagrantemente escupían palabras en teléfonos, hablándose a sí mismos en la orfandad de sus autos, mintiendo para que nadie supiera cuán desamparados y miserables se sentían. ¿Quién era yo para menospreciar a esa gente? ¿Acaso yo no les mentí a mis nuevos amigos acerca de lo que hacía en Chile, no les encajé la fantochada de que era un reportero escribiendo algo sobre el iceberg?

Resultó que ni Oscar ni Nano tenían una opinión acerca del iceberg, casi no habían escuchado hablar del proyecto. ¡Qué alivio! Alguien en Chile que no era un presunto criminal, aunque naturalmente en las novelas de detectives el personaje que parece menos sospechoso termina siendo el que más debemos vigilar, así que decidí someterlos a una interrogación sin que se dieran cuenta. Una prueba, Janice, de los extremos de mi demencia chilensis. Por suerte, en ese mismo momento, frenamos frente a la Casa Milagros.

-¿Tú vives acá?-, preguntó Oscar. -¿McKenzie? No estarás emparentado con Cristóbal McKenzie, el detective, el huevón que...-

-Soy su hijo-. Vi que esa noticia no era del agrado de Oscar.

-¿Pasa algo?-

Después de un momento de vacilación, Oscar dijo que mi padre... bueno, con todo respeto, pero mi viejo estaba haciendo más daño que bien con su jueguito de ir corriendo detrás de estos niños engatusándolos para que volvieran al hogar. Estaba interfiriendo con el conflicto natural y sano que debía existir entre padre e hijo, impidiendo que los muchachos aprendieran en la calle cómo competir y cómo sobrevivir. Tal como el Estado había intervenido excesivamente en los

asuntos de la ciudadanía en el pasado, sobreprotegiéndolos como un padrino. Claro que sí, algunos niños sucumbirían, algunos se iban a joder. Pero así era la vida. -Cuando yo tuve diecisiete años de edad-, dijo Oscar, -me escapé de mi casa. Bueno, de hecho, fue sólo por una noche.

Mi padre esperó mi retorno, me sacó la cresta a correazos...-

-Porque sospechaba que eras maricón-, dijo Nano. -Deberías haberlo admitido y sacarle la cresta a él, por troglodita-.

Oscar ignoró esa sugerencia militante. Lo que había aprendido esa noche dura fue que nadie iba a ir a salvarlo, ningún McKenzie negociaría en su favor. Era algo que tenía que aprender de la vida. Si te equivocas, te agarran a patadas. Era una suerte para Oscar, según él, que su padre no hubiera salido corriendo a buscar a McKenzie. -Yo no hubiera tenido la oportunidad de ser quien soy ahora-, dijo. -Todos esos niños allá adentro, mimados y protegidos de los rigores del destino, ¿tú crees que alguno de ellos va a terminar haciendo algo importante?-

Estábamos estacionados en esa calle, el motor andando, la calefacción a todo dar, mirando las luces encendidas y alegres de la Casa Milagros. Pensé en Carlitos y sus siete años de edad, allá en su dormitorio en el anexo, Carlitos anoche, cuando lo fuimos a acompañar en la noche.

-Pero si se los deja en la calle-, dije yo, -se pueden morir o terminar presos o...-.

-Si tu padre los hubiera dejado vagar por la ciudad-, dijo Oscar, la mayoría, es cierto, moriría. Los débiles. Pero pensemos en los dos o tres que llegarían lejos, que superarían su mala suerte. Ellos son los que importan, los que traen progreso al mundo. Los otros, mala cueva. ¿Entiendes lo que es eso, mala cueva? Mala suerte. -Bad luck-, dicen ustedes los gringos.

-Though shit-. Se jodieron. Gente como tu papá sólo está...-

-Cállate de una vez, Oscar-, dijo Nano. -Algo de protección no está mal. A nosotros no nos vendría mal-.

-No me callo-, dijo Oscar. -Ese McKenzie es un huevón promiscuo. ¿Sabes lo que me molesta? Cuando alguien como él sale a acostarse por ahí y levanta minas, todo el mundo quiere su autógrafo. Mientras que a nosotros nos llaman libertinos. Para que sepas, Gabriel, yo soy conservador, para los negocios y para el amor. Soy monógamo. Yo quiero a Nano y él a mí y somos fieles, mucho más que estos hijos de puta que confiesan sus pecados el domingo golpeándose el pecho y el lunes se tiran a la mujer del mejor amigo. Y tu padre... se dice por ahí que se ha tirado todo lo que lleva pollera, con excepción de sacerdotes y escoceses. Y no me digas que eso no es la pura verdad-.

-Algo ha tirado por ahí-, admití. -Le gustan las mujeres. A mí también. Y tú no sabes lo que te estás perdiendo-.

Oscar me miró. Él había adivinado, apenas me subí a su coche, que yo no

era homosexual, aunque también tuvo inmediatamente claro que a mí me importaba un pito donde cada cual metía su cosa. Si ahora estaba perplejo, era por la crueldad superflua de mi comentario, mi súbita necesidad de degradarlo. Vi cómo de sus ojos danzantes se drenaba la tibieza anterior, me pareció que se habían enfriado como un par de diamantes feos, preguntándose por qué quería yo trazar una línea divisoria entre los dos; tú allá, yo acá.

-¿Sabes por qué tu padre necesita tirarse a tantas mujeres?-, preguntó Oscar, estirando su mano hasta la puerta de mi costado y abriéndola. -¿Sabes por qué? No se atreve a tirarse a otros hombres. Eso es lo que buscan en todas esas cuevas femeninas.

Contactar a sus amigotes, hacer el amor con ellos a través de las mismas damitas. Por eso se pasan la vida corriendo frenéticamente de una a otra, con la esperanza de que se van a culear a la mujer que acaban de culearse sus cumpas, tratando de alcanzar al otro por medio de esa vagina compartida, tratando de ocupar el mismo espacio. Éste es un país incestuoso-.

-No escuches a este huevón-, bufó Nano, saliendo del auto para despedirse. Yo lo seguí. -Es exactamente al revés. Se tiran a toda esa variedad de mujeres porque se odian entre sí, quieren ser los únicos padres, todos sueñan con ser padres de la patria.

Tirarse una hembra es la manera de probar que uno no es hembra, de asegurar que no te van a despreciar los otros tipos-.

Oscar también se había bajado del Mercedes.

-Y ellos sí que no saben lo que se están perdiendo, Gabriel-, dijo. -Yo lo hice con mujeres y lo hice con hombres... y yo te puedo contar lo que es mejor, más recio y divertido y variado-.

Nano me dio un abrazo de despedida.

Luego le tocó a Oscar. Él también se suavizó, me entregó su tarjeta, señaló el celular adentro del auto, enarcó las cejas insinuantemente. -Ese teléfono es verdadero. Tú nos sacaste de un apuro, nosotros te vamos a ser leales. Te hace falta un lugar donde pasar la noche, varias noches, vienes a nuestro -penthouse-. Te podemos mostrar Santiago, por ahí te brindamos un consejo -o una cama cuando los requieras. Nano y yo. Por ahí hacemos negocios juntos. Me llamas-.

-¿Mañana?-, dije. -Tal vez mañana podríamos...-

-La semana que viene-, dijo Oscar. -Mañana no. Partimos a Bolivia-.

Al ver mi interés, intercambió una mirada con Nano y cuando éste asintió con la cabeza, Oscar dijo: -¿Off the record-, eh, Gabriel? A nadie ni una palabra. ¿Prometido?-.

Se lo prometí. Fue tal vez la única promesa que cumplí. Eres la primera persona, Janice, a la que voy a contarle esos planes.

Oscar explicó que cantidad de empresarios estaban a la busca de una manera de ganarse unos pesitos durante el año del descubrimiento que se venía, hacerse la América a costa de Colón.

Pero cuando la fecha llegara y se fuera, una vez que Colón volviera a su habitual insignificancia comercial, los traficantes se encontrarían con millones de jarros conmemorativos y réplicas baratas de la Niña, la Pinta y la Santa María vendiéndose a menos del costo. Si se quería ganar plata, había que encontrar una leyenda que no se desvaneciera. ¿Podía adivinar yo en quién estaban pensando?

-San Ernesto-, dijo Oscar. -El año que viene se cumple un cuarto de siglo desde que murió-.

-Desde que lo mataron a mansalva-, intercaló Nano.

-Claro que lo mataron. ¿Qué hacía él, el Gran Macho Guevara, en ese país que no era el suyo, rebelándose en nombre de unos campesinos y unos indios que no querían tener nada que ver con él? lo mataron, era que no. ¿Qué hubiera hecho él con sus adversarios si los pillaba? ¿Qué le hizo a esos prisioneros en las cárceles de Cuba? Al paredón, él firmó sus sentencias. Al que no se sometiera a las consignas, palo. ¿Qué crees que habría hecho contigo, Nanito lindo? Campo de reeducación, eso si tenías suerte-.

-Lo que no entiendo es-, dije yo, sin poder creer que de nuevo el Che me estuviera rondando, -¿para qué van a Bolivia, entonces?

¿A visitar el lugar del asesinato? ¿No es como si ustedes lo admiraran mucho que digamos, no?-.

-Mira, a mí me importa un divino rábano lo que hizo el Che cuando vivía. Muerto, en cambio, pertenece al mejor postor. Eso es lo que significa morir, Gabriel. Por eso vale la pena que postergues lo más posible tu despedida de este mundo, para que la gente no te pueda cagar aún más de lo que lo hicieron cuando estabas con vida. En cuanto a San Ernesto de la Higuera... él está maduro para un buen negocio. Es un ítem que yo llamaría caliente. Representa la rebelión que cada uno de nosotros secretamente desea, siempre, eso sí, que esté convenientemente encajonado en la muerte. La pregunta es... y es la única pregunta que vale la pena hacer: ¿cómo se lo posiciona en el mercado? Nano piensa que deberíamos meternos en camisetas, café, figurines, armas de juguete. Pero yo pienso que detrás de eso no hay más que imágenes. Y como cualquiera puede reproducir imágenes, al final van a inundar el mercado. Mientras que la tierra... eso nunca pierde su valor, no puede fabricarse. La Higuera. Vallegrande. Va a convertirse, de acá a unos años, en una meca turística; van a ir miles de curiosos a echarle un vistazo al lugar donde lo martirizaron al Che. Vamos a comprarnos toda la tierra que se pueda, las casuchas, los negocitos, hasta la escuela si se puede, todo lo que esté a la venta en La Higuera. Chelandia. Va a tardarse un tiempito. Un cierto despegue para el aniversario número veinticinco, pero los treinta, mama mía, ya vas a ver. No nos va a parar nadie. Tours del Che, el museo de cera del Che, un pequeño parque de diversiones en el que la atracción principal sea el carrusel de la vida del Che, la casa embrujada de los

enemigos del Che, restoranes con su nombre en todo el mundo -carne argentina importada, arroz con frijoles, menú económico, guajiro-. Hasta jabón Che, aunque era un tipo poco higiénico, le decían El Chancho. Se hubiera muerto de pura mugre, si la CIA no lo despacha antes. Y pensar que lo despacharon sólo para que nosotros nos hiciéramos ricos-.

Nano no estaba, como era de esperarse, de acuerdo. Pensó que sería una moda pasajera, si es que... El Che estaba tan lejos del mundo actual que nadie lo iba a recordar siquiera. Con mayor razón había que resucitarlo, contrapuso Oscar, volviendo al auto.

Los miré desapareciendo calle abajo. Ya estaban discutiendo, ya los echaba de menos, debería haberme ido con ellos a Bolivia, debería haber usado la ocasión para exorcizar al Che para siempre de mi vida. Deseé fervorosamente ser homosexual para que ellos me lo metieran por el culo y me liberaran de mi padre. Si por lo menos hubiera utilizado esa oportunidad para desaparecer por una noche, comprobar cuánto le importaba yo, si acaso quería él encontrarme. En vez de lo cual, me deslicé silenciosamente en la Casa Milagros, vislumbrando, a través de una puerta semiabierta, a mi madre y a Polo y al gran McKenzie en el living, tomándose un coñac, supongo, mientras una fogata inmensa chisporroteaba, tornando naranjas sus rostros, su vestimenta. Me fui derechito a mi pieza, diciéndome que me juntaría con ellos más tarde, una vez que me hubiese duchado, mudado de ropa, pero en los últimos días no había dormido más de tres horas, quizá cuatro, y tan pronto como cayó mi cabeza sobre la almohada y, por un mero capricho, me puse el walkman donde todavía estaba el casete esperándome, tan pronto como me llené los oídos con la melodía del organillo de mi infancia y los sonidos en que estaba contenido Chile, me dormí, dejé que me acunara el país que seguía eludiéndome, dejé que me cuidara los sueños.

Desperté a las pocas horas. Alguien había puesto una bolsa de agua caliente en mis brazos como si fuera un bebé, me había cubierto con un par de frazadas. Tal vez mi papá había venido calladito a decirme buenas noches y fueron sus manos las que... y de pronto, como una piedra que fractura una ventana, recordé que tenía yo una cita con él, que el gran McKenzie me había pedido que me juntara con él donde yo sabía, y resultaba que, de repente, yo sí sabía dónde.

Eran las cinco de la mañana, pero de todas maneras bajé las escaleras, crucé el patio congelado, monté hasta el dormitorio de Carlitos. Quién sabe si mi padre no seguiría ahí.

Pero se había ido.

El que sí estaba era Carlitos, llorando sobre su almohada, con miedo de mojarse, con miedo de levantarse al baño y enfrentar la oscuridad, ese niño que había sobrevivido cada calle infame de Santiago estaba aterrorizado de los monstruos que podían encontrarlo ahora que él tenía un domicilio fijo en este dormitorio, ahora que él no disponía de sus defensas habituales.

Lo llevé al baño, lo abrigué con una manta, le canté lo que la Nana le había murmurado a los mellizos la tarde del día anterior.

Miré a ese niño que tenía mi edad cuando yo dejé Chile, miré a Carlos dormirse bajo mi sombra. Debajo de la ternura que goteaba por mi interior, se escondía una mente más fría y calculadora.

Estaba consciente de que había llevado a cabo ese acto de caridad antes que nada porque era lo que se esperaba de mí, porque tenía la esperanza de que mi padre supiera que lo había hecho. Yo lo mencionaría al otro día, apenas se diera la ocasión. Era para mi papá que yo estaba armando esa escena, esa representación, haciendo mérito ante sus ojos ausentes.

Pero mi papá no estaba, por cierto, ausente en absoluto. De repente me di vuelta y ahí lo encontré. ¿Durante cuánto rato había estado en el umbral, el gran McKenzie, custodiándonos a ambos, a Carlos y a su hijo?

Bajamos las escaleras en silencio, salimos al patio donde, sólo anoche, él me había dicho que era hora de que dejara yo de hacerme la víctima. De nuevo, encendió un cigarrillo.

-¿Pasaste un buen día?-, preguntó.

-Aprendí algo, creo. Tal vez-.

-¿A no tener miedo?-

-Tal vez-.

-Una vez que aprendemos eso...- Aspiró con placer. -Las reglas, las convenciones, están ahí para romperse-.

-Voy a tratar de acordarme de eso-.

-Y la investigación, ¿cómo va? ¿Algún sospechoso?- Nada había de irónico en su tono... o si existía, era una ironía suave.

-Demasiados-, respondí.

-No me extraña-, asintió el gran McKenzie. -Ése es el problema de tratar de solucionar un crimen antes de que ocurra.

¿Cualquiera en el mundo puede ser culpable, no?-, y antes de que contestara: -¿Me cuentas mañana, ya? Mientras me acompañas.

Tenemos un caso interesante. Unos mellizos que ya conocen nuestros métodos están tratando de despistarnos. Vamos a pasar el día juntos. Tienes que estar listo, eso sí, a las ocho en punto.

Pero por ahora necesito dormir un poquito-.

Él lo necesitaría, pero yo no. Más despierto no podía estar. Y sabía lo que me hacía falta: ejercicio. ¿Te acuerdas, Janice, de cómo me gustaba hacer jogging,

cuando tenía quince años? Todavía salgo a trotar, corro con abandono, sin darme cuartel, corro con una alegría insana. Y desde que había llegado a Chile no había hecho ni un asomo de ejercicio, así que me di una larga ducha, me puse mi equipo de jogging, hice un extenso precalentamiento y partí a explorar las calles de un Santiago que todavía no había amanecido, seguro de que estaría de vuelta con tiempo de más para hacer el enlace con mi padre.

Quizá fueron los pájaros que empezaban a despertar. Quizá fue el intenso frío de la cordillera que cubría el valle en esos momentos en que yo corría hacia el sol que respiraba justo debajo de las montañas, golpeando ya las cumbres. Quizá fue la promesa de los frutales, y la luz, y las calles donde tantos otros madrugadores caminaban con firmeza y resolución. Ellos iban al trabajo y yo iba a hacer el amor esa misma noche. Yo lo sabía, estaba enteramente convencido, algo mágico estaba por suceder hoy. Mi padre me revelaría su secreto, me contaría cómo había encontrado, en una hora y media, una mujer dispuesta a todo esa noche cuando mi madre no quiso seguir haciendo el amor con él.

Esta noche yo le quitaría la ropa a Amanda Camila con movimientos lánguidos, líquidos, con la seguridad de alguien que ha hecho eso mismo muchísimas veces. Esta noche yo vería sus ojos de verde marea desde adentro. Corrí colina arriba, pasando el olor a pan recién horneado y las ampolletas solitarias que se prendían sobresaltadas en los dormitorios y niños llamando a sus nanas en la penumbra matutina y el ruido de las letrinas emergiendo de su desamparo nocturno, letrinas que esta noche no iban a quedarse con mi semen.

Bastó con eso. Una invitación de mi padre, la convicción de que había roto el cerco. Era como si, al resolver la adivinanza de la cita con él y lo que él esperaba de mí, por el solo hecho de haber entendido dónde debíamos encontrarnos y lo que debía brindarle yo a ese niño fugitivo que se moría de miedo de la oscuridad, meramente por haber sabido entregar esa mínima medida de compasión, era como si de alguna manera yo hubiera pasado una prueba, atravesado un pasaje a cuya salida o término me aguardaban mi padre y la madurez. O tal vez ese padre se había dado cuenta de que yo no era tan maricón después de todo. Tal vez estaba escrito en mi rostro que me había negado a partir con Oscar y Nano, había trazado esa línea que me diferenciaba de ellos. Tal vez era esa prueba de fuego la que finalmente me había convertido en un hombre.

Trotando por la ladera hacia el sol, sintiendo sus ganas de salir desde adentro del macizo andino, me puse a celebrar mi existencia, a constatar cómo iba desapareciendo el peso de mis piernas y de mi sexo. Sé que esto te va a parecer raro, Janice, especialmente ahora que yo sé que no era cierto, ahora que tengo claro que lo que imaginaba en ese momento era total y absolutamente falso, ahora que te escribo desde Sevilla con la muerte acercándose. Pero lo que los golpes de mi corazón y de mis pies me ofrecían, mientras fui subiendo la cordillera que me había visto nacer, bajo la cual dormían Amanda Camila y mi madre y la Nana, y conspiraba mi tío soñando escapatorias y revueltas, y hacía planes Pablo Barón para un nuevo Chile y Oscar y Larrea y quién sabe cuántos otros que preparaban su próximo negocio, y bajo la cual Nano preparaba unirse al movimiento de liberación de los gay, cada uno bajo su montaña con su propia ilusión posible o imposible, tuve la certidumbre de que mi suerte se había alterado de una buena vez. Que la vida que el exilio y la historia me habían

robado estaba a punto de volver a mi control.

El desborde de mi entusiasmo puede haber sido lo que me descarriló.

Llegué hasta un campo cercado con alambre de púa y un cartel inmenso que prohibía la pasada. Más allá un tropel de caballos apacibles pastaba y en la distancia, sobre una colinita, un bosquecillo de eucaliptos se mecía en la brisa temblorosa, reclamando mi presencia. Desde ahí el panorama de Santiago amaneciendo debía ser magnífico, perfecto. Justo el lugar para inaugurar esta misma mañana este nuevo nacimiento mío, obedecer la voz interior de mi padre que me instaba a no tener miedo, exigiéndome que me apropiara de cada rincón del país de la manera en que él lo había hecho, de la manera en que Oscar y Nano jamás lo harían. Cuando comencé a pasar por encima de la alambrada, dos obreros de la construcción que cruzaban la calle en ese momento intentaron una advertencia: -No, joven, por ahí no se puede-, o algo por el estilo. Yo no iba a fijarme en su cobardía. Las reglas existían para romperse, según mi padre. Y en el momento mismo en que pronunciaban ellos sus palabras de cautela, un rayo de sol iluminó los árboles y era como si cada hoja se hubiera encendido de un fuego severo, y lo tomé como un signo de que Dios bendecía mi ofensa a la propiedad y a las buenas costumbres y seguí colina arriba. Hoy era un día cuando nada podía terminar mal.

Muchas cosas terminaron mal ese día y la primera fue un soldado que, justo en el momento en que alcancé la frondosidad de los eucaliptos, hizo su aparición repentina, su metralleta lista para disparar.

-¿No sabe que ésta es zona militar?-, preguntó.

Me detuve. Afortunadamente, mis Nike y mi equipo de entrenamiento Reebock, más el hecho de que me chorreaba el sudor y me faltaba el aliento y me resplandecían las conquistas anticipadas de la noche venidera, todo eso le señaló al soldado que yo no era el prototipo de un espía. El joven recluta no me trató con el desprecio del guardia de la penitenciaría el día anterior o el carabinero en plena calle el día en que yo había llegado. Tal vez algo mágico todavía estaba a punto de ocurrir, porque no me amenazó ni me disparó en el acto ni me tomó preso ni me dio una buena paliza. Enfaticé mi acento gringo, tartamudeé que yo venir desde Estados Unidos, que lo lamentaba, degradándome tan patéticamente que el soldado debe haber sentido vergüenza ajena. Dijo que desapareciera al tiro o él... no, por allá no. No me dejaba volver por donde había venido. Apuntó en otra dirección, hacia otra alambrada, más al sur. Era inamovible, tal vez preocupado de que algún superior se diera cuenta y lo culpara por haberme dejado en libertad. Indicó con su arma hacia el sur, vigiló mi carrera trastabillante por encima del pastizal, dejando atrás a los caballos, cruzando esa barrera de alambres de púa.

Nunca llegué hasta esos árboles, Janice, nunca vi la ciudad de Santiago despertando en todo su esplendor.

El camino sobre el cual había tropezado no me condujo de vuelta a mi punto de partida. Comenzó a torcerse de una manera perversa, curvando por acá y descendiendo por allá, siguiendo interminables calles que anunciaban -Propiedad

Privada, Recinto Militar-. Guardias en casetas de seguridad me contemplaban con sus ojos puntiagudos mientras fumaban el último cigarrillo de la noche o el primero de la madrugada. Terminé en un barrio industrial, repleto de depósitos de mercancías, fábricas, sitios baldíos y un viñedo solitario y escarchado: no podía haber estado más desorientado, más perdido.

Hasta que llegué a una fábrica y vi desplegado un cartel inmenso y deslucido: -Refrigeración Conquistador-. ¿Era posible?

¡Tal vez mi situación no era tan confusa ni desalentadora! Tenía que ser un signo positivo que, de todas las empresas posibles, fuera precisamente la de Larrea donde había recalado yo, la fábrica que su padre había establecido para probar el genio y empuje de un chileno.

Afuera, un centenar de obreros estaba esperando que se abrieran los portones, pateando el suelo frío con sus zapatones, intercambiando chistes y comentarios deportivos. Se callaron cuando yo me aproximé. Les pedí ayuda. Se dividieron en cuanto a lo que debía hacer: uno apuntó hacia el norte, otro en la dirección contraria, y los demás se pusieron a discutir entre ellos quién tenía razón.

Me senté, a ver si llegaban a algún consenso. Estaba agotado de todas maneras; mi -jogging- había durado ya una hora, hora y media. Uno del grupo, un electricista, según me informó, se acuclilló a mi lado, sacó un termo de una mochila y me ofreció café. Varios otros escarbaron en sus bolsos y encontraron pan, galletas, un sandwich.

Charlamos un ratito. Yo les pregunté acerca de cómo les iba, dije que era periodista, y al parecer, me creyeron. Me contaron que las cosas no estaban del todo mal, que tenían paga y algunos beneficios, aunque se preocupaban por el futuro. Que le contara yo a mis lectores extranjeros que los chilenos no estaban produciendo acá el refrigerador entero como en el pasado. Ahora esta fábrica sólo ensamblaba el producto final: las partes venían de Ecuador e Indonesia y quién sabe de dónde más. De China, dijo uno de ellos. Sí, China, eso es, concordaron otros. También había rumores de alguna maquinaria ultramoderna que importaría el patrón desde Japón, y eso podría llevar a despidos. Y como derecho de huelga casi no tenían...

Entonces hice algo bien tonto, Janice. Quise repagar la bondad de esos obreros. Ahí me encontraba, perdido y sediento y enamorado y tardío, y este electricista y sus compadres me estaban dando consuelo. Y la única manera en que yo podía devolverles el favor, la única estúpida carta que tenía en la mano, era que yo conocía al dueño, a Larrea, el hombre que podía subirles el salario o echarlos a la calle, cerrar esta fábrica o abrir otra, seguir armando refrigeradores para el hogar o comenzar a producir congeladores industriales. Así que les avisé que no se preocuparan, que yo era amigo del patrón, había estado con Jorge Larrea sólo ayer, y que interpondría una recomendación a favor de ellos apenas saliera su patrón de la clínica. ¿Sabían ellos que alguien le había roto la nariz? ¿Por qué demonios ofrecí ese tipo de ayuda, por qué era tan fundamental para mí probar mi propia importancia? ¿Por qué no pude tan simplemente haberles agradecido, siguiendo mi camino, volviendo a mi propio hogar a enfrentar mis

propios problemas considerables?

Sonó la sirena de la fábrica, se abrieron los portones y fueron entrando despacito los hombres. Unos cuantos giraron la cabeza para mirarme una última vez, como dudando si creerle o no al gringo estrafalario. Sólo el hombre que me había ofrecido el café al principio se dio el tiempo para cerrar lentamente la tapa del termo, y sugerirme que entrara con él. Si yo era tan amigo de don Jorge Larrea, no tendría inconveniente la gerencia en prestarme un teléfono para que pudiera llamar un taxi o a mi familia. Era la solución más lógica, pero en forma testaruda quise afirmar mi independencia. No quería que mi padre galopara al rescate. Estaba seguro de que él me esperaría. Era lo que yo me merecía, después de todo. Así que le dije al electricista tan amable que yo podía arreglármelas solo; ahí lo dejé laborando duro y parejo entre los cables que garantizaban a las chilenas dueñas de casa que podrían conservar sus carnes y congelar sus restos y mantener fresco su queso y sus sorbetes, lo dejé para encarar las calles inmediatas donde la gente no podía darse el lujo de ese tipo de refrigerador ni tampoco, de hecho, comer carne de ninguna especie.

A unas cuantas cuadras de la fábrica, mi carrera me llevó a un barrio de mala muerte, que parecía asolado por un terremoto del que todavía no se había recuperado: chozas de lata enroscada y callejuelas ahogándose en barro, mujeres empobrecidas que me miraban desde ventanas oscuras y humeantes, y una turba de niños mal vestidos que corría a mi lado, pidiéndome monedas, toqueteando mis pantalones Reebock. Acá estaba el Chile infinitamente más desafortunado que el de los trabajadores de aquella fábrica, viviendo incluso un destino bastante peor que el de esos vendedores ambulantes que había divisado mi primer atardecer en Santiago; acá se encontraban aquellos que la marea del milagro económico había abandonado impotentes y abatidos en este basural. Ésa era la razón por la cual mi tío estaba encarcelado, el Chile que mi madre, su puño perforando el aire de Manhattan, había jurado liberar, los desperdicios humanos que Oscar había sugerido anoche mismo que debían morir, he aquí las mujeres y los hombres que la muerte del Che había desamparado. Y aquí estaban los jóvenes que mi padre y todos los curas y monjas caritativas de Chile no habían podido redimir, un enjambre de unos ocho, quizá nueve muchachos, parados en torno a una fogata en medio de lo que apenas podía llamarse una calle, más bien un sendero de fango entre dos hileras de cabañas que tampoco merecían el nombre de casas. Éstos eran los jóvenes que no habían podido emigrar de Chile como lo había hecho yo. Habían sufrido otro tipo de destierro a una zona de Chile donde la existencia del iceberg importaba un carajo, ni menos interesaba Internet ni los teléfonos celulares verdaderos o falsos y para qué hablar de las visitas guiadas a la tumba del Che Guevara. Ahí estaban, en ese baldío, ahí estaban, sin hacer nada, sólo alimentando ese fuego, a la espera de que algo pasara, de que alguien llegara.

Y ese alguien que llegó se llamaba Gabriel McKenzie. Llegar es un modo de decir. Más bien me detuve, dejé de correr. Debería, tal vez, haber pasado de largo como si no los hubiera visto, fingir que no existían, imitar al resto del país.

Esperaron mi próxima movida, y mientras más tiempo transcurría, más aumentaba mi situación de peligro. Hice un ademán de partida, como si ahora pudiera simplemente darles la espalda.

-Oye, huevón. ¿A dónde vai?-

No respondí. No quería que identificaran mi acento.

-Quizá el Cara de Guagua está buscando a quien culearse. Vino para un -fucky-fucky-. Esas palabras, -fucky-fucky-, Janice, las dijo un cabro alto, desgarbado, las dijo en inglés. -¿Querís tirarte a mi hermana?-

-El Cara de Culo vino a tirarse a tu mamá-, dijo otro del grupo y se rieron entre todos.

-¿De veras?-, dijo el cabro alto. Tenía una cicatriz, profunda, lívida, justo encima del ojo derecho. -¿Para eso viniste de visita, Cara de Guagua, Cara de Culo, Cara de Conchatumadre?-

Se estaban acercando.

-¿Qué hora es?-, preguntó otro. -Pregúntale por la hora-.

-Parece que es hora de pedirle la hora-, dijo el más alto, casi tocándome. -¿Qué hora es?-

Miré mi reloj, el que mi padre me había dado para el cumpleaños. Eran casi las ocho. Allá abajo en el valle, en la semitibieza de la Casa Milagros, ese mismísimo padre estaba terminando su café con leche, mirando por la ventana, preguntándose dónde mierdas me había metido yo, Polo golpetearía su propio reloj en forma significativa.

Levanté mi brazo, le mostré al joven más alto la hora.

-No puedo ver bien-, dijo el líder de la banda, arrimando sus ojos al reloj como si fuera cegatón. Su cicatriz palpitaba sobre la ceja como una luna enferma. -Algo pasa con mi vista. Capaz que necesito verlo más de cerca-. Chasqueó los dedos y le pasé el reloj. Lo miró. Lo sacudió. Se lo puso en las narices y aspiró profundamente. -Y ahora, te tengo una pregunta. Y no te hagas el mudito conmigo, Cara de Guagua. Yo te hago una pregunta, y tú me la contestái. ¿Qué hora va a ser mañana a esta misma hora?-

-La misma hora que hoy-, respondí desganadamente. Tanto pasarme la película de que yo iba a ser un pionero y un conquistador, de cómo yo iba a mostrarles a estos pobres chilenos lo que era bueno, esos sueños míos de viajar hasta el Polo Sur, la demarcación que había trazado entre Oscar y mi persona para ver quién era hombre de verdad, y a la primera oportunidad de enfrentar un verdadero desafío, lo único que salía de mi boca era esta idiotez.

-Así que no es tan huevón como parece. Más inteligente que yo.

Porque yo no sé qué hora va a ser mañana a esta hora. Capaz que quieras regalarme este reloj. Para que yo pueda saber la hora mañana cuando vos no estís para contarme-.

-Guárdalo-, dije. -Pero yo me tengo que ir-.

-Cara de Guagua tiene que irse. Pero ustedes son testigos: el gringo me está dando su reloj de pura buena gente y sin apremios ilegítimos, ¿no? Porque ahora Leo, acá presente, te tiene otra pregunta-.

Leo dijo: -Sí. Quería saber cuánto calzái-. Se puso en cuclillas y comenzó a desatarme los cordones. Yo no traté de impedírselo. Dejé que me sacara los Nike. Que se los probara. El lodo estaba frío, mis pies descalzos, sumamente descontentos.

Estornudé.

-Y ahora el Carloncho tiene otra pregunta. Tus pantalones, Cara de Guagua. ¿No te hacen falta los pantalones, no es cierto?-

-Me hacen falta-, dije yo.

-Bueno-, dijo Carloncho, -pero si se va a tirar a la vieja del Choclo, no va a necesitar sus pantalones. ¿O te la vai echar al buche con los pantalones puestos, huevón?-.

-Se va a tirar a tu madre-, dijo Choclo, -y no va a tener nada puesto. Así que elige, Cara de Guagua. O te los sacái vos o te los sacamos nosotros-.

Mientras ellos iban bajando mis pantalones, pensé en forma absurda acerca del modo como había planeado que iba a terminar este día, el modo como pensaba celebrar la noche, con Amanda Camila quitándome una prenda tras otra, desvistiéndome tal como ahora estos dos niños lo estaban haciendo. Me dije que esto no podía ser cierto, no era aquí donde se suponía que debía terminar mi excursión de -jogging- ni mi vida, conmigo en este barrial temblando de frío y miedo. Y ahora decidieron que iban a despojarme de los calzoncillos también, levanté un pie y después el otro, como si fuera un infante al que le estaban cambiando los pañales en la playa. Uno de los rufianes hizo una bola de mis calzoncillos, convirtiéndolos en una pelota improvisada que lanzó al aire. Los otros se pusieron a patearla y se la pelotearon así un buen rato, sin que mis calzoncillos tocaran el suelo inmundo.

Eran unos genios para el fútbol estos niños, verdaderos brujos del balón. Los miré sin decir una palabra, mi pija colgando suelta y apesadumbrada en el frígido aire santiaguino.

-¡Basta!-

Me di vuelta, y se dieron vuelta también los dos cabros que se estaban disputando el derecho a probarse mis pantalones, y enseguida Leo y Carloncho y Choclo, todos giraron sus cabezas. Y ahí, como si saliera de una versión chilena de un filme de Schwarzenegger, estaba Ignacio de Investigaciones, Ignacio con una pistola celestial en la mano, Ignacio el inmenso que había venido a rescatarme por segunda vez en treinta y seis horas.

Los delincuentes no se quedaron para informarle a Ignacio que yo les había ofrecido todo esto, reloj y zapatos y pantalones, de mi propio libre albedrío. Partieron con su botín en las cuatro direcciones cardinales, dejándome solo con Ignacio y los calzoncillos enfangados.

Los levantó con la punta de su arma y me los pasó silenciosamente. Yo los examiné y los solté. Era mejor arriesgar una pulmonía y congelarme el culo que volver a ponérmelos y contraer quién sabe qué crónica y asquerosa enfermedad chilena.

Los dos contemplamos los calzoncillos por un segundo. Me quité el polerón, me lo amarré a la cintura.

-Vámonos mejor, Cara de Guagua-, dijo Ignacio. -A un lugar calientito-.

Impasible, lo seguí a su auto.

-Pasamos primero por mi casa-, dijo él, -para conseguirte algo de ropa. Vivo camino a la Casa Milagros-.

Asentí con la cabeza, todavía silencioso. Mostraba consideración de su parte, no escoltarme de vuelta a casa con mi culo y mis genitales a plena vista.

-Nadie tiene por qué saber de esto- dijo.

-Y tú-, le dije, tuteándolo en forma automática, ya era una relación íntima, digamos, -¿cómo lo supiste?-

-El señor ministro me pidió que te cuidara-.

-¿Así que ya no estás siguiendo a mi padre?-

-Don Pablo pensó que podrías meterte en algún lío. El señor ministro suele tener razón-.

-Bueno, no quiero que me sigas vigilando-.

-Cuando seas ministro, Cara de Guagua, tú me das las órdenes, ¿qué te parece?-

-¿Y qué pasa si, ahora que sé que me andas acompañando, me logro escurrir? Ahora va a ser más fácil-.

-Te me escapas, y es a mí al que metes en un lío. Pero yo soy discreto. ¿Te interrumpí ayer mientras paseabas con los dos maricones? ¿Intervine para que no entraras a hacer huevadas a esa zona militar prohibida?-

Ignacio frenó frente a un bungalow modesto, con flores invernales que sobresalían coquetamente de los barrotes de hierro de una reja imponente. Un minuto más tarde volvía con un par de calzoncillos boxer, pantalones de ejercicio,

unas zapatillas de gimnasia, una camisa que decía Colo-Colo estampada con el perfil de un indio. -Son de Ignacio chico-, dijo. -Creo que te van a caber-.

-¿Cuántos años tiene tu cabro?-

-Diez, Cara de Guagua. Es grande. Como yo-.

Mientras me mudaba, le hice una proposición a Ignacio. Si él, desde ahora en adelante, me llamaba Gabriel, yo no trataría de eludir su vigilancia, dejaría que me protegiera. Hasta lo consultaría antes de emprender alguna actividad que pudiera conducir a una calamidad como la de esa mañana.

-Me parece bien. Pero quiero que sepas que si tratas de escaparte, voy a quebrarte personalmente las dos piernas-.

-Eso no sería exactamente cuidarme, ¿no?-

-Tendría que decirle al señor ministro que te cuidé tanto que se me pasó la mano, que me traicionó mi entusiasmo-.

Él se rió y después me reí yo y eso nos relajó a ambos, creándose un aire de camaradería. Yo le pregunté por su equipo favorito de fútbol, que es siempre una manera de que tu interlocutor se sienta feliz y cómodo, y él puso por los cielos al Colo-Colo y una serie de jugadores cuyos nombres jamás había oído nombrar y que tampoco, ya que te estoy contando, por lo menos a ti, Janice, la verdad, jamás querría oír nombrar de nuevo en mi vida. Me dijo Ignacio que su hijo menor, el cabro cuya ropa llevaba puesta, era un Maradona para el balón y que probablemente terminara siendo un jugador profesional. Después hablamos del resto de su familia y me pasó unas fotos de los cuatro niños. El mayor ya estaba bien encaminado: administración de empresas, la carrera del futuro. La segunda estaba por graduarse en diseño gráfico y el tercero vendía seguros de vida y ya le habían ofrecido una promoción. La vida había tratado bien a Ignacio y su mujer.

¿Y él no quería que alguno de sus críos siguiera sus pasos y se hiciera tira? Dijo que de ninguna manera, me habló de las largas horas, el tedio de la eterna espera afuera de la casa de algún mandamás que había que proteger o de una escoria humana a la que había que espiar, todos ellos unos tipos aburridísimos.

Estaba contento vigilando mis movimientos, dijo, porque yo era tan impredecible, tan extraño. Pero por lo general las cosas eran excesivamente rutinarias, no era una vida que él le recomendaría a nadie.

Pensé que podía aventurar yo una pregunta más íntima. -¿Y no te preocupas de las piernas que rompiste?-

-¿Qué piernas rompí?-

-¿Tienes que haber roto una buena cantidad de piernas en tu profesión, no? Esos cabros, los de la población. Si los hubieras agarrado...-

-Son patos malos, Gabriel-, dijo Ignacio. -Están buscándose una paliza. Yo

no hago otra cosa que protegerte a ti, a gente como tú. La gallada se queja siempre de la brutalidad policial, pero si no fuera porque hay huevones como yo, dispuestos a todo, a ti y a los tuyos los estarían asaltando en plena calle día y noche. ¿Te gusta la vida que llevas? Se la debes a gente como yo-.

-¿Y otras personas, las víctimas, digamos? Digo cuando Pinochet, a eso me refiero-.

-Uno rompe lo que tiene que romper-, dijo Ignacio, encogiéndose de hombros.

-A mí me daría pesadillas-.

-No es bueno tener demasiada imaginación-, dijo Ignacio.

-Demasiadas horas detrás de un escritorio, eso no hace bien. Ni para la circulación ni para la cabeza-.

Y de ahí no lo saqué. Lo que había hecho, lo que por ahí todavía estaba haciendo, lo tenía sin cuidado. Su problema no era cómo aliviar su conciencia. Lo que él quería aliviar era el aburrimiento.

-Recuerda nuestro pacto, Gabriel-, dijo, depositándome frente a la Casa Milagros.

Nos dimos la mano. La suya era inmensa, como la de un oso, pero extraordinariamente suave, casi como un pianista.

Adentro, mi madre me contó que mi padre y Polo habían partido hacía media hora. Habían esperado hasta que se cansaron.

-¿Qué hora es?-

-¿Dónde está tu reloj? Dios santo, ¿dónde están tus zapatos de correr?-

-¿Me dejó algún mensaje?-

-¿Quién?-

-Mi papá-.

-Oh, tu papá. Fue irónico y críptico y poco cooperativo, tal como ha estado desde que llegamos. Que tú sabes dónde encontrarlo-. Me miró consternada. -¡Gaby! ¿Dónde están tus zapatos?-

-Mejor que no lo sepas-, le dije yo. -Necesito una ducha-.

Como de costumbre, ella tenía planes para mí. Intuí que no le producía desagrado que la cita con mi padre no hubiese resultado.

Qué bonito, canturreó con excesiva alegría, cuando los dos, madre e hijo, partimos en el van de la Casa Milagros para pasar juntos la mañana. Compramos

un par de zapatillas Nike increíblemente caros -dos pares, puesto que mi madre los pagaba, los exitosos restoranes Milagros, -Comida latina para románticos-, eran los que de verdad pagaban todo-, los adquirimos en el colosal -mall- Alto las Condes. Era más grande que ningún -shopping center- de los nuestros en los Estados Unidos, tan desmesurado que jovencitas premunidas de minifaldas y patines se deslizaban por los pasajes de las tiendas ofreciendo muestras de comida extranjera, importada directamente desde Norteamérica, que yo me metí feliz en la boca y que mi madre rechazó con impaciencia. -Lo que han hecho con este país-, dijo ella. Pasó a ser su letanía y consigna durante el resto de la mañana. Me mostró triunfal y tristemente a los clientes que pasaban con sus carros de compras atiborrados de mercancías y me confidenció en un susurro que iban a abandonar todas sus compras antes de llegar a la caja registradora, que comprarían un solo ítem, que todo esto era pura apariencia, paseando su falsa riqueza únicamente para que los demás consumidores creyeran en su inmensa fortuna. Cuando yo le hice ver que si todos hacían lo mismo, el Alto las Condes hubiera entrado en bancarrota hacía mucho tiempo, era evidente que alguien tenía que estar comprando algo y más que algo, ella se limitó a responder: -Lo que han hecho con este país-. Y repitió la misma frase más tarde, cuando nuestro vehículo cruzó por una esquina donde, de niña y después como adolescente y finalmente cuando era una mujer, había comprado empanadas casi tan buenas como las de la Nana. Ahora un Burguer King, una Pizza Hut, un Dunkin donuts habían reemplazado la vieja ruca con su techo rural de paja y sus blancos muros de adobe. Cometí el error de mencionarle que no me vendría mal un buen -whopper- como desayuno tardío y una contundente coca para acompañarlo. Ella sacudió con furia su linda cabellera. -Lo que ellos han hecho con este país-.

Ellos estaban tratando de que el país profundo desapareciera, de borrar todo lo que nos hacía maravillosos y diferentes, de transformarnos en una de esas carreteras de neón con que los States están atestados. Era más fácil conservar la tradición del verdadero Chile vivo en el Restaurante Milagros de Nueva York que en este lugar.

Pero ella no pensaba volverse todavía. No la habían derrotado.

Abruptamente, su actitud se volvió positiva, casi lunáticamente optimista. Cada vez que la rueda del van golpeaba contra un vado o un hoyo en el camino, estremeciéndonos, ella daba un gruñido satisfecho, mi madre demente. -Qué bien-, dijo, -qué bien que el país se defienda, que el país siga resistiendo-, y cuando le pedí que se explicara, ella se largó con un dilatado himno a la tierra misma, al suelo y subsuelo de Chile que no aceptaba la modernización, rompiéndole el culo a las calles, forzando a la gente a ir más despacio, corren y corren y corren, míralos, lo que han hecho con el país... denunciando, claro, ante todo a Pinochet y compañía, pero también al nuevo gobierno democrático que había continuado con el mismo proyecto económico. Pero mamá tenía la impresión de que ese modelo iba a fracasar, y lo que tenía planeado era llevarme, a mí y a mis Nike, a visitar a algunos de los que estaban llevando a cabo la lucha contra este tipo de explotación, patriotas que todavía pensaban que el éxito de una nación debía juzgarse de acuerdo con cómo satisfacía las necesidades de su pueblo más que a una ciega obediencia a las fluctuaciones de mercados internacionales. La gente que trabaja con la comunidad y en ella, dijo mamá,

sindicatos que están tratando de cambiar las leyes laborales heredadas de la dictadura, cooperativas campesinas, asociaciones de profesionales de la salud que se oponen a los planes para expandir aún más el imperio de la medicina privada, centros para crear formas alternativas de trabajo, sacerdotes que siguen peleando contra la extrema miseria, un hombre que ha usado un subsidio sueco para abrir un centro en el campo para labradores migrantes, la agrupación de parientes de ejecutados por razones políticas, un grupo de profesores de video que estaban llevando cámaras a las poblaciones para que los vecinos pudieran filmar su propia vida, terapeutas que trataban a las víctimas de torturas, un nuevo centro contra la violencia doméstica, La Morada, donde las feministas ponían en cuestión el machismo de Chile, las mujeres que cosechaban todos esos duraznos y uvas que desbordaban los almacenes en Nueva York y que se habían organizado para tener salas infantiles y para que se prohibiera el uso de ciertos pesticidas peligrosos que en los Estados Unidos se habían abandonado hace décadas, y además había un grupo ecológico que estaba educando a los obreros de una fábrica acerca de los efectos de la polución...

-Momento, momento-, la tuve que interrumpir, tanto proyecto me mareaba. -¿Todo esto ahora, ahora mismo, hoy?-

-Lo que no visitemos hoy, lo podemos ver mañana. O la semana que viene-. Me echó encima toda su agenda política. -¿Te acuerdas de esa gente que mirábamos juntos en la tele? ¿Arriesgando su pellejo en la calle? Algunos se han vendido, creen que todo marcha bien, se están llenando de plata. Pero hay otros, ellos todavía siguen en la brecha, aunque no sean tan visibles como en el pasado. Yo me pasé el día de ayer llamándolos, viejos amigos que están asqueados de lo que se ha hecho con el país. Que todavía creen que los pobres son la última reserva de nuestra verdad, de quiénes somos de veras, que es injusto y contraproducente que sean empujados a tomar empleos mal pagados y soñar con un consumo malsano, lanzarlos al siglo veintiuno antes de que hubieran tenido siquiera una experiencia real del siglo veinte. Ese país está vivo y vibrante, el viejo Chile. Lo único que hace falta es rascar la superficie, Gabriel, y ahí lo encontrarás. Yo tengo hambre de ese Chile. Sé que tú también, que tú me vas a acompañar-.

Por cierto que yo no tenía ninguna intención de acompañarla.

Si tenía hambre, venía de las ganas de comerme un donut, preferiblemente del Dunkin. donuts, y mientras antes, mejor.

Había saboreado lo que significa la pobreza esa misma mañana y, francamente, no tenía ningún deseo de repetir el plato. De hecho, me sentiría afortunado si pudiera, desde ahora en adelante, evitar simplemente que los dedos y cuchillos de los pobres me sacaran una tajada de mi carne. Mientras más lejos de ellos y de quienes se desvivían por ayudarlos, más contento. Aunque éste no parecía el momento apropiado para revelar que mi propio entusiasmo por la Resistencia Contra la Opresión y la Dictadura había sido bastante fraudulento durante todos estos años, para decir las cosas por su nombre, Janice. Y ciertamente menos ahora que la cólera reciente y creciente de mi madre contra lo que se había hecho con su país durante nuestra larga ausencia parecía haber tenido un efecto benéfico sobre ese espíritu suyo que yo había notado bastante

deprimido ahora último. Se la veía definitivamente más animada que ayer.

-Okay-, dije yo. -¿Dónde comenzamos?-

Mamá se alegró aún más. Había pensado que era bueno empezar por el cementerio. No estábamos lejos y algunos cuerpos de desaparecidos habían sido descubiertos en una fosa común, y un grupo de médicos forenses habían logrado realizar una identificación positiva. Había leído en el periódico que hoy iba a realizarse algo así como un servicio que conmemoraría a los muertos y como uno de los identificados había sido un enamorado de ella, le parecía que...

Algo se fracturó adentro de mí, como despertándome de una alucinación. De pronto, no daba más. Basta de cementerios. Basta de fosas comunes. Basta de ex amantes que se la habían tirado en la época antes de que reencontrara a mi padre en la Alameda.

Basta de explicaciones eternas acerca de lo que algún macho de antaño le había tatuado en su cuerpo, los detalles de lo que le había hecho, en esos tiempos cuando el Che todavía vivía. Ni una palabra más.

-Déjame acá, mamá-.

-¿Dónde? ¿Por qué?-

-En esta esquina-.

-¿Pero por qué?-

-Tengo que bajar, te digo-.

Detuvo el van y me miró con una llamarada de inquietud en los ojos.

-¿Qué pasa, Gabriel? Si no quieres ir al cementerio, podemos comenzar por La Morada y...-

Casi le cuento, casi le largo toda mi historia como un vómito.

Pero ella estaba dedicada a salvar el país y mi padre estaba dedicado a salvar a los niños fugitivos y ninguno de los dos tenía interés en salvarme a mí. Era realmente demasiado tarde para confesar todo lo que me había pasado, no sólo durante esta visita, sino durante todos los años anteriores, desde la frustrante noche aquella en que tú y yo no hicimos el amor hasta mi obsesión con Amanda, de SOHO a Santiago. Salí del auto.

-No es nada, mamá. Acabo de darme cuenta de dónde tengo que encontrarme con papá. Otro día te acompaño al cementerio-.

Apenas ella había partido, giré la cabeza en busca de...

¿Dónde diablos estaba Ignacio? No tardé mucho en avistar su auto estacionado en doble fila calle abajo. Fui a verlo. Estaba masticando unos maníes

confitados, me ofreció un par y se echó un manojo en la boca.

-¿Sabes dónde está mi papá?-

-Puedo averiguarlo-.

Unos minutos y un cartucho entero de maní confitado más tarde, la información se filtró por la radio de Ignacio.

-¿Puedes llevarme a donde está él?-

-Me ahorra el trabajo de tener que seguirte. Y podemos usar lo que no gastas en taxi para comprarnos unos caramelos-.

Compartimos los Ambrosoli en el trayecto. Le mostré mis nuevos Nike, él los admiró, yo le pasé el segundo par. Para Ignacio Chico, dije, una ayuda en su carrera profesional.

-Eres un tipo generoso, Gabriel-, dijo Ignacio el inmenso.

-Agradécele a mi madre. Aunque pensándolo bien, mejor no se lo menciones. No tiene la menor idea de que son para ti. Tampoco tiene la menor idea de lo que me pasó esta mañana. Y apreciaría que no se lo contaras a Barón-.

-El señor ministro ya lo sabe-.

-¿Qué dijo?-

-Dijo que necesitábamos hacer más para mejorar la calidad de vida en las poblaciones, que esos delincuentes eran los hijos de la dictadura. Tonterías, con todo respeto. Lo que necesitamos es más pacos, más cárceles-.

-¿Qué dijo acerca de mí?-

-Yo le expliqué que tú le habías sacado la cresta a dos de los cabros a mero golpe limpio y que yo sólo intervine cuando el líder de la banda sacó un cuchillo. Se rió. Dijo que de tal palo, tal astilla. Y hablando de tu papá...-

Ignacio se apropió de un estacionamiento donde un anciano trataba de meter su auto. El caballero bajó para alegar, pero se hizo humo cuando Ignacio exhibió su identificación, la misma tarjeta con que había domesticado al paco esa primera noche en Chile. Apuntó con un dedo hacia un café que quedaba al otro lado de la calle. En el ventanal, el gran McKenzie estaba conversando animadamente con una mujer ya entradita en años, nada de bonita en realidad, con un peinado gato que no iba bien con su cara redonda, un poco ramplona.

-Se la va a llevar a la cama-, dijo Ignacio. -Diez, quince minutos, no va a necesitar mucho más que eso-.

-No me parece muy apetecible, que digamos-.

-Quién sabe qué tiene entre las piernas. Una vez que se apagan las luces... Y además si alguien sabe tiene que ser tu viejo ¿no?-

-Él sabe-, confirmé yo, aunque tenía bastante menos información sobre sus actividades que el mismo Ignacio.

Miramos a mi padre seduciéndola, sacar una rosa, olerla, pasársela para que ella hiciera lo mismo, pedir champaña y tres vasos, uno para la dama, otro para él, el último para la rosa.

-Eso es tener clase-, Ignacio respiró las palabras. -De esa me tengo que acordar. Champaña para la flor-. Me pasó los binoculares. -Mira las burbujas-.

Era extraño, espiar a mi propio padre con un agente de la policía política, un hombre que probablemente había investigado a mi tío o a Barón mismo durante los años de Pinochet, que había hecho todos los esfuerzos a su alcance para que yo no volviera nunca a mi país para hacer el amor, y que ahora colaboraba -por cierto que sin saberlo- con mis intentos de perder mi virginidad.

Lo escuché preguntarse por el tamaño de las tetas de esa señora, cuán moradas serían las puntas de sus pezones, cuánto tardaría McKenzie en producirle un orgasmo, y si acaso no se cansaba de estar dale que suene día tras día tras día. ¿Nunca descansaba este huevón?

-Y ése, ¿quién es ése?-

-¿Dónde?-

-Ese hombre-. Lo señalé con el dedo. -Allá-.

El hombre estaba en un Escort arrendado, lo bastante cerca del café como para darle un panorama inmejorable de lo que sucedía adentro entre mi padre y su conquista. El hombre era chiquitísimo, regordete, blancuzco, y escudriñaba intensamente a la pareja detrás del ventanal. Los binoculares de Ignacio revelaron sus pequeñas manos delicadas tomando copiosas notas.

-Oh, él. No te preocupes de ese huevón-.

-¿Es uno de tus agentes?-

-¿Ese marica extranjero?- Ignacio parecía de veras ofendido por mi sugerencia. -¿Tú crees que nosotros emplearíamos a semejante insecto?

-¿Estás seguro? Tal vez otro servicio de seguridad...-

-Te digo que ni siquiera es chileno. Es un chiflado.

Olvídalo-.

No le hice caso a Ignacio. Un nuevo misterio: a mi padre lo estaba vigilando otra persona. No quise que Ignacio pensara que eso me inquietaba, así que no

insistí y él no agregó más información. Otro error mío, como verás, Janice.

Las cosas adentro del café no parecían avanzar con la velocidad que Ignacio había pronosticado. El gran McKenzie había pedido unos platos y la comida acababa de llegar. De pronto, Polo hizo su aparición. ¿Había estado adentro del café todo ese tiempo? ¿O había entrado por una puerta lateral? Le dijo algo a mi papá, pasándole un móvil.

-Aburrido-, dijo Ignacio. -¿Qué te decía?-

Miramos cómo mi papá hablaba por teléfono. El diminuto hombre en el auto dejó de tomar notas durante el transcurso de la llamada y resumió cuando mi padre terminó de hablar.

-Esto tiene para rato-, dijo Ignacio. -Yo tengo que ir a cagar. ¿Puedo confiar en que no vas a tratar de escaparte, Gabriel?-

-No tengo ganas de que me rompan una pierna-, respondí.

Ojalá me hubiera pedido que le prometiera que no haría nada estúpido. Porque de haber hecho yo esa promesa, más que seguro que no hubiera actuado como lo hice cuando vi al hombre pequeño y pálido comenzar a sacar fotos de mi padre y la mujer con ese horrible peinado felino. Polo había desaparecido de nuevo, pero los dos amantes se besaban apasionadamente por encima de la mesa del café. El espía enano se había puesto a sacar fotos, una tras otra, como un paparazzo, y a mí me dio una rabia que... ¿Me enojé con él porque estaba haciendo lo mismo que yo, acechando la vida sexual de mi padre? ¿O era que me gustaba imaginarme en el rol del hijo que salva al padre en vez de que él me salvara a mí? O por ahí me seducía la idea de que yo estaba amparando a una mujer cuya honra peligraba. La verdad, Janice, es que no puedo acordarme de los motivos precisos que me llevaron a emerger del auto de Ignacio y cruzar la calle donde el hombre parecía estar a punto de agotar el rollo entero del filme, sin duda pagado por algún marido airado, algún amante celoso, alguien que iba a hacerle la vida difícil a mi padre apenas se revelaran las fotos -difícil, claro, siempre que yo no interviniera y arreglara las cosas-. Había estado yo, de todas maneras, buscando una forma de reintroducirme en el horario de mi progenitor después de que mi salida de esta madrugada había terminado en forma tan catastrófica. Ésta era una ocasión mandada por el cielo.

Abrí la puerta del auto del enano y con una mano le arranqué la cámara mientras con la otra lo agarraba de su camisa.

-Eh-, dije yo, -¿qué es esto? ¿Espiando, eh? ¿Cuánto te pagan por este sucio negocio, eh, pigmeo de mierda?-.

El hombre tartamudeó un par de palabras incoherentes. Su castellano era atroz. Cambió al inglés y lloriqueó que por favor no le hiciera daño, -I'm only doing my job-, sólo hacía su trabajo. Yo lo saqué de su asiento, colocándolo sobre el pavimento. Era liviano como un niño, con esa cabeza enorme como un huevo y su cuerpo minúsculo y jorobado. -Your job, huh- ¿Ahora yo le estaba gritando en inglés ¿Destruirle la reputación a la gente, eh, ése es tu trabajo? De pronto, se

calló, se entregó al silencio o al destino o... y yo no sé por qué, pero ése fue el momento que elegí para darle una cachetada. Lo golpeé porque podía hacerlo, porque todavía me dolía mi propia humillación de esa mañana, toda la ignominia de los últimos veintitrés años.

Cuando estábamos acostados en ese sofá, Janice, tú me murmuraste, -Eres tan suave, Gabriel, tan considerado, sé que te puedo tener confianza-. Así que sabes que no soy un ser violento; hasta las fantasías sadomasoquistas que practicábamos después frente a la pantalla, tu pantalla, la mía, nada más que quimeras... Pero con este tipo fui atropellador y le hubiera dado otra cachetada si una mano no me lo hubiera impedido. Era Polo, por cierto, ¿quién si no Polo iba a acercarse por detrás sin que yo lo notara? Y ahí estaba, era que no, mi papá y, por cierto, también la dama. Desde más cerca parecía bastante más tirable, atractiva, su cara tan ordinaria como siempre, su pelo igualmente repelente, pero un cuerpecito bastante suculento con esos ojos hermosos de almendra, la piel sedosa y las piernas largas y esbeltas. Pero no tuve la oportunidad de pispear más, porque ella se dio media vuelta y entró al café a buscar su cartera, para enseguida partir en forma precipitada, sin que mi padre hiciera nada por impedir su fuga.

Ya tenía las manos llenas mi papá con su hijito y sus andanzas.

-¡Gabriel! ¿Qué putas haces acá?

Le expliqué lo del hombre, lo que hacía ese espía de mierda.

Mi padre suspiró. -Cuéntale, Polo-.

-El libro -Guinness--, dijo Polo. -El de los mejores récords-.

-No entiendo-.

-Representa al puto libro -Guinness- de los putos récords-, dijo Polo. -Trataba de establecer si Cris es el hombre que se ha tirado a más mujeres diferentes en forma consecutiva en el mundo.

Quiso investigar el asunto aunque no estaba seguro de que pudiera conseguir que sus jefes aceptaran la categoría. Todavía están discutiendo el asunto. El respeto a la familia, ese tipo de huevadas. Hace seis meses que él sigue a Cris-.

-Pero las fotos...-

-Necesita evidencia-.

-¿Quién ser este vandal?-, preguntó el enano del -Guinness Book of Records--. -¿Ustedes lo conocerlo?-

-Cuéntale, Polo-.

-Es el hijo de Cristóbal McKenzie-.

-Así pagar ustedes mi... mi bueno-, el hombre tenía la voz ronca y su castellano era verdaderamente deplorable. -Yo dar my reputation para entrarlo al Book. Chilenos barbarians así me agradecen. No merecer estar en libro-.

-A la chucha con tu libro-, dijo mi papá. -Nunca me importó un carajo entrar ni estar ni quedar en ese libro idiota. Lo único que quiero es ganar mi apuesta-.

-¿Por qué cooperar con libro, entonces?

-Para ver si me dejaba usted tranquilo. Y mire lo que ha hecho ahora. Lila se fue, tuvo miedo-.

-Culpa de su hijo idiota. No culpa mía. Pero yo no molestar más. Yo me voy. A Inglaterra. Reglas son claras: interferencia o trucos y nosotros partimos. Tuvo oportunidad, señor McKenzie. Ser de los immortals. The new don Juan. The new Casanova. Ahora nada-.

-No quiero ser como esos tipos-, dijo mi papá. -Ya tengo bastante con tratar de ser yo mismo. Y usted es un rompeculos.

Así que mientras antes parta, mejor-. El hombrecito, indignado, se metió en su Escort arrendado, puso el motor en marcha y se fue. -Polo, ¿qué hora es?-

-Tenemos que apurarnos, Cris. Si los mellizos de veras se fueron hacia Temuco, como parece probable, podríamos estar la noche entera en el camino y...-

-Está bien, está bien-. Mi padre me encaró. -Dios mío, Gabriel. ¿Dónde demonios te metiste esta mañana?

-Salí a correr, me perdí-.

-No hay caso contigo, de veras que no tienes remedio. Polo, anda adentro, paga la cuenta, ¿quieres? ¿Qué hay de la monja? Tú crees que la monjita...

-La hermana está que revienta de ganas, Cris, pero sacarla del convento sin darle tiempo para que... ¿Qué te parece Hilda, la del Mercado Central? Acaba de cumplir los dieciocho y si te acuerdas la última visita, esos ojitos que te echaba... Si podemos convencerla de que deje sus almejas por unas horas, eso sí-.

-Intentemos con Hilda. Siempre que tú puedas hacerte cargo de su puesto-.

Polo nos dejó en la vereda, solamente los dos por un brevísimo intervalo. Mi padre hizo un gesto como si estuviera a punto de seguirlo; pero se detuvo y me miró.

-¿Tú crees que necesito alguien que me proteja? ¿Tú crees que te necesito a ti cuando tengo esta boca con la que engatuso a cuanto marido, padre, hermano, se me cruza, el que me venga a joder? ¿Cuando puedo llamar a centenares de parientes agradecidos, para qué mencionar a las mujeres felices y satisfechas?

Dios mío. ¿Qué mierdas voy a hacer contigo, Gabriel?-

-Te encuentro... tú sabes dónde-.

-¿Yo sé dónde?

-Tú sabes dónde-, repetí y me fui. No hubiera podido soportar que él me dijera, directamente, que yo no tenía derecho a acompañarlo, que si esta mañana hubiese llegado a tiempo podría haber estado mirando yo la escena de la seducción desde adentro del café en vez de estarlo espiando desde la distancia, que si algún lunático hubiese interrumpido la aventura asaltando al tipo del -Guinness book of Records- hubiera sido yo el que lo ayudaría a buscar a quién tirarse en vez de Lila, los tres buscando un sustituto para esa mujer con el peinado execrable. Me fui de su lado porque si él no encontraba a ese sustituto, si perdía la apuesta con Barón, no quería estar cerca.

Ignacio había desaparecido. Yo sospechaba que se había escondido, de puro avergonzado, y así era. Estaba a la vuelta de la esquina, mirándome con la cara despreciativa que yo creía superada, la que había visto en el aeropuerto cuando él se interpuso entre mi padre y mi cuerpo. Pero esta vez no podía responsabilizarlo a él, yo tenía la culpa o tal vez era la cadena de circunstancias que se habían desencadenado a partir del combo en el hocico de aquel borrachín y que habían culminado con Gabriel McKenzie dándole una cachetada igualmente sin justificación a otra persona. Una cosa había llevado a la otra.

Me estaba volviendo cada vez más chileno y, además, sintiéndome más y más víctima, pobrecito yo, pese a la recomendación de mi padre.

-¿Y ahora qué?, preguntó Ignacio. Y caritativamente se acordó de agregar: -Gabriel-.

Me había puesto de acuerdo para almorzar con la Nana y fue allá adonde derivé, fue a esa mujer a quien le entregué todo lo que pasaba en mi atribulado corazón -todo, Janice-. Mi viejo deseo por ti y mi deseo más reciente por Amanda Camila, la traición contra la resistencia en SOHO y mi error con el hombre Guinness en el café, mi frustrante llegada a Chile esa primera noche y mi salida frustrada para hacer -jogging- esta mañana, mi fascinación con el iceberg fracturado frente a esa vitrina en Manhattan y mi horror de las mujeres, mis encuentros con Polo y Carlitos y Larrea, mis mentiras y mis sueños, mi pija que se caía y mis esperanzas que se elevaban, todo, todo, tal como ahora te lo estoy entregando tardíamente a ti, Janice, todo. Che Guevara y Pinochet, Milagros y Cristóbal y Pablo Barón y tío Pancho y Oscar. Mi largo exilio en Nueva York y mi corto exilio en Chile y mi temor de que quedaría exiliado para siempre, mi virginidad y mi alarde y mi tristeza, todo.

Había en ella una bondad que... Esto no lo estoy inventando, te lo juro. No es algo que imaginé: de ella emanaba un consuelo como una ola, algo palpable, real. Como una fruta que se puede sacar de un árbol y comerse con la bendición del huerto entero.

Mi Nana me había dado los únicos momentos auténticos de paz que había

experimentado en este viaje, sobre esa calle entre los vendedores transitorios como pájaros el día en que arribé exhausto y deprimido, en el dormitorio de esos mellizos tan chiquitos acunándolos con su canción. Ella se encontraba en el origen de cada momento exultante de mi memoria, el organillo como un dulce torbellino en la melodía de mi pasado, el primer pan cuyo olor aspiré, mi mano en su mano cuando di mis primeros pasos por mi primera calle. No tuve a nadie más en quien confiar y su cuerpo tibio estaba acá ahora para abrazarme, tenerme cerca, despeinarme con cariño, darme amparo. Ella era la única persona que no me iba a utilizar para sus propios fines, porque yo sentía que su propósito irrenunciable era que yo fuera feliz, verme abrigado y bien alimentado y perpetuándome en este valle. Había esperado el retorno de mi madre durante toda la noche de mi concepción, le había dado consejos a esa madre cuarenta noches más tarde cuando mi padre partió a penetrar a otra mujer para ganar su apuesta. Ella sabría qué decirle a este niño atrapado en el cuerpo de un adulto, este adulto con cara de niño, ella iba a poner orden en mi existencia, yo sabía que ella tendría la respuesta.

Lo único que dijo, sin embargo, cuando terminé mi confesión y también el portentoso festín con que me regaló, no quiso comprometerse con otra cosa que con un -Tengo que hacer las compras-. Fue todo. -Cazuela de ave para mañana-, dijo. -Quiero que prestes atención, mi niño-.

Le pregunté, impaciente, qué podía hacer yo, y ella insistió en que algunas cosas no esperan, comida para la familia, por ejemplo. Algún día entendería yo y que le hiciera el favor de no pedirle consejos hasta que ella me señalara que estaba lista para responder.

Le hice caso. La acompañé a la feria y miré como compraba los ingredientes, los mismos que adquirí yo hoy a mediodía acá en Sevilla, las zanahorias y las cebollas, el ajo y el zapallo, los porotos verdes y las papas. -Todo hay, salvo choclo-, dijo ella, -que tenemos congelado en casa. Pero cuando tú hagas esta cazuela vas a poder comprarlo nuevo y fresco. Tienes que tener cuidado, eso sí, de pelar bien el maíz. Usa tu pulgar para probar la consistencia de los granos amarillos. Y que no se te olvide cómo matar la gallina-, dijo, colocando la desafortunada ave firmemente sobre la rodilla, torciéndole el pescuezo, -pero siempre antes hay que pedirle su permiso a la criatura, agradecerle que da su vida para que nosotros sigamos creciendo.

Fíjate cómo la desplumamos y luego chamuscamos la piel, que el fuego no sea demasiado fuerte-. Tal como lo haré yo mañana, Janice, cuando prepare la última cena que he de comer, la última cena de Barón y McKenzie. Era casi como si me estuviera preparando para Sevilla, o es lo que me gustaría pensar, asegurándose de que el calor dejara liso y limpio el pellejo.

Miré el modo en que ella iba engrasando la olla, cómo sacaba las especias. -Asegúrate de que tengas cilantro, Gabriel, y cuidado con la sal, siempre es mejor poner de menos que de más, siempre se puede agregar más tarde si falta-.

Sólo cuando todo estaba cocinándose, una vez que ella había secado sus manos ajadas en el delantal y mandado a los mellizos con la empleada a que aprovecharan los últimos rayos de sol en una plaza de juegos infantiles cercana,

sólo entonces se permitió ella un comentario al larguísimo relato de mis múltiples fracasos. -Ese hombre-, dijo ella. -El daño que ha hecho ese hombre-.

¿Ese hombre? Inmediatamente se me ocurrió que el referente tenía que ser mi padre. Pero tal vez no. Tal vez era Polo el que había hecho todo ese daño, Polo que había usurpado su lugar cuando la Nana abandonó la Casa Milagros, y que también había usurpado el mío cuando yo no estaba presente para defender mis derechos. O Pinochet. ¿No era Pinochet el que nos había jodido a todos, mandándonos al exilio, y a mi tío Pancho a la cárcel, y convirtiendo a mi padre en un ser frío y seco? ¿No era Pinochet el que nos había arrinconado, a esta generación a la que yo habría pertenecido si me hubiera quedado en Chile, acosando a la delicada Amanda Camila hasta llenarla de cólera? ¿O sea trataba de otra persona? ¿Alguien que sólo conocía la Nana, alguien que ella prefería dejar en las sombras por ahora, alguien que de veras nos estaba haciendo daño, alguien más cerca de la familia, un Pablo Barón? No estaba dispuesta a decir más. -Yo sé lo que sé-, dijo, -y lo que tú necesitas saber es acerca de las mujeres-.

Todo se reducía a algo que podía comprenderse por medio de una leyenda que ella había escuchado, no quiso explicar ni cómo ni cuándo. En los tiempos en que el mundo era joven y reciente, mandaban las mujeres. Habían obtenido su poder mediante el truco de disfrazarse como monstruos, poniéndose máscaras espantosas y atemorizando a los hombres, que creyeran que esos espíritus eran dioses que los castigarían si no obedecían a las mujeres. Y así las mujeres gobernaron durante muchos años y muchas generaciones.

Los hombres no tenían derecho a asistir a los rituales que llevaban a cabo las mujeres, sólo las niñas, cuando la sangre comenzaba a fluir por primera vez entre sus piernas, entonces se las invitaba a la choza sagrada y se les contaba el secreto de los monstruos. Y podían, a partir de ese momento, colocarse ellas mismas las máscaras y llenar de terror el corazón de los hombres.

Pero un día un hombre oyó, por casualidad, a dos mujeres que conversaban al lado de la fogata. Se reían, gozaban por el hecho de haber engañado a los hombres tan estúpidos. -Para que veas, Gabriel, que en algunas cosas las mujeres no han cambiado para nada. Les gustan los chismes, pierden todo lo que han ganado por el hecho de hablar demasiado, y eso fue precisamente lo que pasó en esos tiempos de antaño. Ese hombre les contó a los otros hombres y decidieron vengarse. Masacraron a todas las mujeres de la tribu, mataron a cada una de ellas... excepto las más jóvenes, Dios mío, las que todavía no sabían el secreto. Y los hombres esperaron que las chiquitas crecieran y cuando estuvieron listas y maduras, hicieron el amor con ellas y los hombres se pusieron las máscaras ellos mismos y aterrorizaron a las nuevas esposas y nuevas madres y nuevas amantes. Vinieron en plena noche vestidos como fantasmas y chillaban con voces horribles para que no los reconocieran y las mujeres tuvieron que obedecer o vendrían los monstruos a matarlas. Es así como han mandado los hombres desde entonces, es porque yo hago la cazuela y Pablo Barón la come, la razón por la cual tú tienes que aprender a hacer cazuela-.

La Nana me miró. Yo no tenía la menor idea de qué significaba todo este asunto de la leyenda.

-Nunca te olvides, Gabriel, que quien te cuenta esto es una mujer-, dijo la Nana, que no había soltado mi mano mientras desarrollaba su relato. -Lo que eso quiere decir es que las mujeres saben. Tenemos las llaves del reino: los bebés y el placer y la comida. Si tú haces la cazuela, haces el mundo. Es una lucha... la vida, el sexo, todo. Las mujeres no pueden dejar que los hombres sepan lo poderosas que somos de verdad. Y nos gusta que los hombres sean fuertes y nos gusta también que sean débiles. Que lleven puesta una máscara y que se la saquen sólo para nosotras. ¿Entiendes?-

-Muy poco-.

-Por eso las mujeres se hacen las que tienen miedo. Para que ustedes puedan protegerlas. Hacen de cuenta que no saben de dónde vienen los monstruos. ¿Ahora entiendes?-

Hice un gesto de negación con mi cabeza.

-Algún día-, dijo ella. -Prométeme que algún día te vas a acordar de esta leyenda. Cuando más falta te haga-.

-¿Y cuándo es que me va a hacer falta?-

-Cuando te haga falta, vas a saber-.

Y de nuevo la Nana cambió de tema. Era el momento de examinar los problemas actuales, aquí, ahora. A ella no le gustaba el iceberg, dijo que lo sentía lleno de malos espíritus, pero parecía poseer la respuesta a mis dilemas, por lo menos por ahora. Había una razón por la cual yo había divisado por primera vez ese hielo tan azul en la vitrina aquella en Nueva York, se me estaba transmitiendo una clave, a mí, a ella también. Si yo podía resolver el misterio de quién estaba mandando esas amenazas...

Inquirió más detalles, acerca de mis sospechas, mi investigación.

Si yo tuviera que quedarme con una persona que pudo haber hecho aquello, ¿quién sería esa persona? De repente, sentí que... no sé cómo especificarte esto, pero supongo que sentí la necesidad de cuidar lo que decía, de proceder con cautela. No debido a ella. La Nana ya había jurado que ella jamás respiraría una palabra a nadie más. -Sólo a mi sombra-, fue como lo puso ella. No, mi estado de alerta se debió a que, de pronto, se me ocurrió que Ignacio podía estar escuchando, desde afuera, mis explicaciones, que esta casa debía estar bajo vigilancia electrónica igual que la oficina del ministro, y que era una cosa que la policía secreta supiera mi embarazante vida, gozar con la noticia de que nunca me había tirado nada más carnoso que una silla de wáter, y muy otra que descubrieran a dónde llevaban mis pesquisas. Claro que lo probable era que supieran más que yo, de todas maneras. Puede que ellos mismos fueran los responsables, como Barón mismo insinuó cuando comenzó a explicarnos el caso a mi padre y a mí. Conjeturé a un Ignacio escribiendo trabajosamente esa carta por orden de uno de sus superiores, uno de los duros que quería sabotear el nuevo gobierno democrático. ¿Qué importaba si averiguaban mis sospechas? A esas alturas, ya le había contado el asunto a mi tío, cuya celda estaba sin duda

más custodiada que la oficina de Barón, así que no perdía nada con puntualizar mis inferencias y presunciones. Entre los delincuentes potenciales, no podía sugerir a Larrea ni a Amanda Camila ni menos al beodo aquel cuyo nombre siquiera sabía y tampoco iba a mencionarle a la Nana que mi papá y Barón estaban en la lista, así que decidí responsabilizar a Berta, la ecologista. De todos los posibles perpetradores, ella parecía la única, en ese momento, a la que podía aludir sin comprometer mi investigación.

-¿Eco qué?-

-Ecológico, ecologista-, dije yo. -Gente que le importa la tierra, que piensa que estamos destruyendo el planeta con nuestro estilo de vida-.

-Tienen razón, esas personas, esa gente eco lo que sea. ¿Cómo se escribe esa palabra?-

Y en ese instante sacó del bolsillo de su delantal un pedazo de papel azul pálido, exactamente igual al que el ministro Barón había recibido en su oficina, y ella deletreó con dificultad la palabra -Ecología-, con las letras de molde idénticas a las que yo ya había visto y que volvería a divisar una y otra vez en los meses a venir.

Lo que no probaba un carajo, por supuesto. Un carajo en ese momento. Se me pasó por la mente que podía ser ella, la Nana, la que había enviado esa amenaza. Tenía la misma oportunidad que Larrea o que los asociados izquierdosos de Larrea adentro del proyecto o que Amanda Camila o que mi padre o que Barón o que la ecológica Berta o que los argentinos o que los bolivianos o que los camaradas de mi tío o que Ignacio el inmenso o tantos otros que iban a despertar mis sospechas a medida en que avanzaran mis pesquisas. Pero ella no tenía ninguna razón, ningún motivo. Así que me deshice del pensamiento, me dije que lo estaba borrando cuando en realidad simplemente lo guardé en un rincón de mi memoria.

Necesito descansar, Janice. Me sentí enfermo en ese momento, me cayó encima un mareo apenas terminamos de conversar con la Nana. Y ahora también me siento débil, a punto de desmayarme. O quizá sea que esta noche, en un par de horas, voy a salir a encontrarme con un hombre que es un contacto de mi tío, un hombre que acá en Sevilla ha prometido hacerme entrega de los explosivos que voy a necesitar para llevar a cabo mis planes. A los veinticinco años exactos de mi concepción, de ese día en que enterraban al Che en Vallegrande.

No es suficiente celebrar el cumpleaños de los cincuentañeros con comida, Janice, como verás.

Tengo otros planes. Pero no los vas a averiguar hasta que sea demasiado tarde como para impedir los asesinatos que voy a cometer justo antes de la medianoche infernal, justo antes de que se cumplan los quinientos años de esa América que no volveré a ver nunca más.

Tercera parte

11 de octubre de 1992

-Les va bien a las parejas que se construyen, no sobre el amor, sino sobre la amistad-.

-Hoy vino a bordo de la nao una almadia con seis mancebos y los cinco entraron en la nao. Estos los mandé detener e los traygo.

Y después enbie a una casa que es de la parte del rio del poniente y truxeron siete mugeres entre niñas e grandes, y tres niños... Esta noche vino abordo en una almadia el marido de una destas mugeres y padre de tres fijos, un macho y tres hembras: y dixo que yo lo dexase venir con ellos y a mi me plugo mucho.

Y quedaron agora todos consolados, con el que deven todos ser parientes-.

Del -Diario- (reconstruido) de Cristóbal Colón 12 de noviembre de 1492

Y bien, el día llegó. Amanece, está amaneciendo el día antes de que América alcance la mayoría de edad, la última oportunidad de que los dos cumpleañeros McKenzie y Barón pierdan su apuesta.

Mi padre debe estar tirándose a mi mamá en su habitación del Hotel Príncipe de Asturias, para asegurarse de que hoy, de todos los días posibles, nada salga mal. Y Pablo Barón, en la -suite- que queda justo al otro lado del pasillo, debe estar haciéndole reverencias lejanas al mandatario, tratando de asegurarse de que hoy, de todos los días posibles, no lo vayan a echar de su puesto, debe estar llamando a su presidente en Santiago para pedirle instrucciones de cómo proceder, si anunciar ya que el gobierno chileno ha decidido arrastrar el maldito iceberg de vuelta a la Antártida, para soltarlo en Bahía Paraíso y permitirle que se reúna un año después de su captura con sus hermanos y hermanas iceberg en esas aguas tan frías. Un truco publicitario. Como si ese monte majestuosamente azul pudiera alguna vez retornar a lo que fue, como si pudiera borrarse lo que ha vivido durante su cautiverio. Como si yo no pudiera hacerlo volar en mil pedazos esta misma noche.

Y ahí lo tienes. Lo admití. Aunque más que seguro que ya lo habías adivinado.

Pero me estoy adelantando.

Todo esto sólo va a tener sentido, Janice, cuando veas lo que me pasó en la Antártida. Pero primero, cuatro meses antes, me fui en viaje de descubrimiento a la Patagonia.

Pensar que casi no fui, pensar que pude haberme salvado si hubiese atendido lo que decía mi cuerpo. Me estaba gritando que me quedara, estaba peleando como un loco por preservar su vida, me hizo sentirme más enfermo que nunca antes en la vida para forzarme a que no hiciera ese viaje con Amanda Camila y su padre a la Tierra del Fuego, para que yo no terminara acá en Sevilla a punto de suicidarme frente a todas las naciones del planeta.

No escuché la advertencia que me vociferaba mi cuerpo.

Interpreté ese mareo que me sobrevino después de mi larga confesión con la

Nana y los cinco días de cama y vómito que le siguieron, como lo contrario de una admonición: más bien como una depuración. Causa y efecto. Apenas había terminado de depositar en la Nana los sórdidos y humillantes detalles de la historia que no había sido capaz de contarle a nadie durante los ocho últimos años casi de inmediato expulsé de mi interior toda la comida que acababa de devorar. Durante mi adolescencia, después de todo, Janice, yo no había tenido la menor indisposición, ni una vez desde que tu calor no logró excitar mi virilidad. Era casi como si mi cara infantil viniera equipada con su propio sistema de inmunidad, cada microbio de la tierra huyendo de este ángel caído. Así es como interpreté yo la historia de frustración y represión, decepciones y deseos, que me había estado sosteniendo a lo largo de los años, una obsesión de araña vengativa y rencorosa que no dejaba que ni las bacterias ni las damas se me acercaran. Y ahora en el sitio donde se había refugiado mi desventura se iba cavando un vacío repentino, quedando yo abierto como una vagina en la que mi súbita enfermedad podía verterse y coagular.

Aunque no hace falta tanta teorización dudosa. Existía una explicación médica para mi dolencia.

Me vino a examinar el doctor Ciruelo. En Chile, los médicos todavía hacen visitas a domicilio. ¿Qué te parece eso, Janice? Salen al atardecer, después de sus horas regulares, casa por casa, tomándose un vinito o un café con el resto de la familia.

Para que veas que Chile todavía conserva algunas costumbres que podríamos imitar en nuestro Nueva York siempre tan apurado.

Ciruelo estaba feliz de echarle otro vistazo al cuerpo cuyo nacimiento había asistido él veintitrés años atrás. Mientras sus dedos buceaban y escrutaban, rememoró qué guagua tan bonita había sido yo y esa información me reconfortó tanto como la tibieza de sus manos. El culpable inmediato, le explicó el doctor al ministro, a Amanda Camila, a mi madre, con la Nana revoloteando cerca, fue el haber salido a correr. Aun a esa hora tan temprana en la madrugada había emanaciones más que suficientes como para noquear a un regimiento, particularmente si nuestro Gabrielito no estaba habituado al tipo de smog que plagaba a Santiago y que tenía en la cama a la mitad de los escolares. Las montañas atrapaban el gas, no le permitían escaparse: era la maldición de los araucanos recayendo sobre aquellos que habían destruido su valle glorioso. Me mejoraría en unos días, me aseguró, cerrando su maletín. Nada de qué preocuparse. Se volvió a Barón.

-El verdadero malo de la película, Pablo-, le dijo el viejo Ciruelo en forma seca, dando la impresión de que él también había traído al mismo ministro a este mundo, -es el smog. Lo que estamos viendo es lo que va a pasarnos a todos si seguimos quemando la atmósfera con millones de autos que no precisamos. Contemplen el futuro-.

El futuro -es decir, yo- no intervino en la discusión que siguió. El ministro defendió la modernización, la necesidad de alcanzar a las naciones más desarrolladas como la única manera de garantizarle la prosperidad a los pobres. El doctor Ciruelo insistió que era un suicidio colectivo: terminaríamos con la

polución de los países avanzados y sin ninguna de sus ventajas, lo peor de ambos mundos por mucho que nos tratáramos de autoengañar. Como esa payasada del iceberg, dijo Ciruelo, apuntando a Barón con su estetoscopio. La misma gente que estaba contaminando el país con su actitud de desarrollémonos-cueste-lo-quecueste, ellos eran precisamente los que estaban exportando esta falsa imagen de pulcritud y pureza al mundo. Tu proyecto favorito, Pablo, es un escándalo, gastar tantos millones en ese iceberg cuando hay tanto que hacer acá en casa, tantos hospitales que construir. Y el ministro: -Bla bla bla, cómo va usted a pagar todos sus hospitales si no aumentamos sus ventas en el exterior y eso es lo que el iceberg...-, y Ciruelo lo interrumpió con palabras muy poco doctorales:

-Ese iceberg maldito, a veces me da tanta rabia que... que me dan unas ganas de volarlo de un dinamitazo-. En cuanto a mí, Gabriel McKenzie, detective de segunda categoría, las ganas que me dieron a mí fue de contrabandear mi mano desfallecida hacia el interior del maletín del doctor para ver si no contenía un papel pálido y azul, si no podíamos tenderle una celada y hacerlo confesar de inmediato que él había mandado aquella amenaza y con esa confesión librarme de la pesquisa, transformándome en el héroe de la película. Pero yo no tenía fuerzas ni para levantar un vaso de agua. Lo único que quería era que esos dos hombres dejaran de discutir acerca de la atmósfera y la capa de ozono y el hoyo que crecía sobre la Antártida y los nuevos buses importados de Corea del Sur que emitirían menos partículas tóxicas. Que los bolivianos compraran nuestros viejos buses y se jodieran, dijo exultante Pablo Barón, les costaba respirar de todas maneras allá arriba en el altiplano. Yo lo que quería era que el ministro y el doctor estuvieran discutiendo mi mal, mariposeando en torno a mí, intentando desterrar mi mareo, o por lo menos, mi soledad. Quería unas píldoras mágicas que me permitieran levantarme lo justo para que Amanda Camila deslizara su hermosa falda y su infinita hendidura bajo mi cabeza, sentir mi nuca tan cerca de la fuente de su sexo, soñar con dar vuelta esa cabeza y enterrar y aliviar mi boca ahí, entre sus extremidades, para que comprendiera por qué los McKenzie vivimos de nuestra lengua y morimos también por ella. Lo que necesitaba era sanar, que desapareciera este golpeteo en el pecho, este tamborileo en el cerebro, este letargo en el pico. Que me amaran hasta que me volviera la sanidad mental y física.

Terminó siendo la única ventaja de mi desmayo: quedarme en la casa de Amanda Camila durante los días que siguieron, instalado en ese dormitorio para huéspedes que la Nana me había improvisado. Podría haber retornado a la Casa Milagros, tan mal no estaba. Pero disimulé, logré que todos -casi todos, digamos-, creyeran que estaba infinitamente peor. Vi la oportunidad para estar cerca de mi amor y lejos de Polo. Es verdad que lejos también de mi padre, pero me dije a mi mismo, mientras babeaba y regurgitaba líquidos y sólidos en una palangana que la fiel Nana me mantenía siempre en la vecindad de la cara, que si el gran McKenzie deseaba venir a buscar a este refugiado y llevárselo a su hogar, era cosa que hiciera su aparición. He aquí una prueba, una verdadera prueba, -a real test-, Janice, de sus verdaderos sentimientos. Y vino, en efecto, una vez, ese mismo viernes, unas cuantas horas después de mi colapso. Tuve la esperanza de que ya no estuviera furioso con mi acto de espionaje, recé porque mi nuevo sufrimiento pudiera quizá suprimir de su memoria la cachetada inexcusable que yo le había administrado al enano del -Guiness Book of Records- esa misma mañana. Cuando oí aproximarse a mi papá, cerré mis ojos, y esperé el consuelo

que seguramente me traía, mi frente esperó su mano cordial, mi sudor esperaba su pañuelo, mi pija vivía en espera de sus consejos... pero nada.

Pensé, quizás está custodiándome, impidiendo que los demonios de la oscuridad invadieran mis sueños, como lo hizo con Carlitos, como lo habíamos hecho entre ambos la noche anterior.

Esta ilusión no tardó en hacerse añicos.

Pasaron unos minutos y me di cuenta de que había partido, puesto que, haciendo un esfuerzo auditivo descomunal, pude escuchar su crispada conversación con mamá en la pieza de al lado. Le estaba informando a ella que era evidente que yo estaba de lo más bien, que todo no era más que una búsqueda fraudulenta de una simpatía que yo no me merecía, lo mismo hacen los fugitivos de la Casa Milagros cuando han cometido alguna travesura. O eso o el niño se había reblandecido, era un marica, -lo has mimado excesivamente-. Ella preguntó si de veras pensaba él eso, lo que acababa de decir, que yo estaba inventando esta enfermedad, y mi padre dijo que sí, -desde que llegó ese cabro ha estado representando un rol, buscando la compasión de los dioses, haciéndose la víctima-. Mamá le dijo que él, Cris, debería tratar de comprender lo difícil que era retornar al nido después de tantos años, que tratara de brindarle al hijo lo mismo, una parte mínima de la piedad que dispensaba a todos los hombrecitos menores y a todas las mujeres adultas del universo, aunque no hubiera gastado un watt de energía en combatir a Pinochet. Su respuesta -Si querías un héroe, deberías haberte casado con el Che Guevara- fue contestada por un -El Che está muerto-. Y él:

-Sí, ya me lo dijiste aquella noche en la Alameda y yo te creí, de qué me culpas ahora-. Y la réplica de ella: -Era una manera de llamar tu atención, no sabía que ibas a transformarte en un hijo de puta frío, sin corazón-. Y él: -No pensaste esa noche que yo fuera frío, no me encontrarías frío ahora-. Y ella: -Prefiero tirarme a un cadáver-.

No tenía el vigor -o las agallas para ladrarles que se callaran, vayánse de una vez a la cama y olvídense de mí. Mi cuerpo no tenía defensas contra esas voces; me estaba llenando de un veneno mucho más nocivo que el aire de Santiago. Fue un bálsamo para mí cuando por fin partió, cuando el gran McKenzie, mi supuesto boleto al cielo de las vaginas infinitas, bajó a trancos recios las escaleras y mi madre retornó a mi lado, apaciguando mi frente dolorida, tomándome la temperatura, suministrándome otro tipo de cielo, cucharaditas de caldo creado por las manos de la Nana, gota a gota de la líquida sustancia de la cazuela que esa mujer anciana quería que yo algún día me pusiera a cocinar, que esta noche acá en Sevilla voy a cocinar para todos, para todos, salvo para ella.

-Milagros-, dijo la Nana, -me parece que ha llegado el momento. Anda mejor a la Casa a buscar tu valija, las cosas de Gabriel-.

Mamá la miró y estuvo de acuerdo. Ésta era la mujer que le había advertido a ella durante años que esos hombres transitorios no le convenían, la mujer que la obligó a quedarse con Cristóbal McKenzie cuando él volvió a casa con el olor funerario de otra mujer en su piel, la mujer que supo que yo venía en camino

antes de que lo supiera mi misma madre.

-Gabriel-, susurró Milagros, -vamos a quedarnos acá, en casa de Pablo y Carola. Hasta que te mejores-.

Lo que me estaba contando era más drástico: estoy dejando a tu padre. Me tiene hasta acá. Este viaje ha sido un desastre.

Unos minutos después de que mamá anunciara su decisión, escuché a Amanda Camila que volvía del trabajo, escuché su voz preguntando desde el nacimiento de las escaleras cómo se sentía el Gabriel, escuché sus pies subiendo en forma demente para verme, y la vi entrar danzando a la pieza, todo tal como yo lo había soñado. Mi niña mágica sabía exactamente lo que me hacía falta para sanar. -Eres demasiado -fome-, Gabriel, soporífero y sesudo. Lo que necesitas es un poco de música-. Se puso a tocarme sus canciones favoritas norteamericanas y británicas por una serie de artistas que no podía identificar. -Por la cresta, Gabriel, ¿dónde has estado metido estos últimos cinco años? - Yo le dije que por cierto me conocía todas las canciones de memoria -¿Nirvana?, ¿quién mierdas era Nirvana, un hombre o una mujer?- aunque la vorágine en mi cabeza no me permitía, según expliqué, concentrarme. Como si pudiera engañarla respecto a eso -otras cosas sí, Janice, tantas otras mentiras mías que se tragó-, como si no hubiera adivinado que mi existencia libresca sólo había admitido la música clásica, hasta ahora nada de rock, pocas fiestas, jamás un baile, ni siquiera un pito de marihuana. Ella me iba a enseñar a volar, a ensayar todas las voladuras que nuestra edad exigía, fumar y bailar, apenas yo pudiera levantarme de la cama, mover un poquito el esqueleto, twist y boogie y mosh y rap. Era delicioso oír en su boca tan chilena esas palabras gringas cuyo sentido no parecía entender porque me pedía que yo las tradujera, lo que no había podido hacer -¿mosh?, sigo sin saber lo que eso significa, Janice aun si mi cerebro no hubiese estado sumido en una sopa espesa que convertía todo lo que me entraba por los oídos en algo foráneo y hostil. Pero con tal de que ella me siguiera teniendo la mano y acariciándola, perfilando las venas y los huesos y las articulaciones de mis dedos con sus dedos, yo estaba decidido a sofocar toda queja. Podía sentir su energía flotando vagamente cerca de mí y entrándome por los poros, y no sólo la energía suya; otros miembros del clan Barón venían también en camino. Al poco rato, Carola entró al galope, resplandeciente y robusta en un vestido más rojo que el anterior, y me trajo más compañía -sus mellizos traviesos estaban más que dispuestos a visitar al primo enfermo-. -Mira al primo, pobrecito el primo Gabriel, está enfermito-. Los dos niños se pasearon por encima de mi cuerpo y con su dulce olor a caca me redoblaron el vértigo, pero me dio pena verlos partir, que la Nana implacablemente anunciara que era hora de bañarse. Su infantil exploración de mis dientes y el lóbulo de mis orejas eran como una bienvenida, casi un tónico, de manera que ya podía alzar la cabeza contra las almohadas cuando mamá volvió con nuestras maletas desde la Casa Milagros. Ella propuso un juego de cartas para levantarme el ánimo y las cosas se pusieron aún más festivas cuando Pablo Barón retornó de una reunión de urgencia del gabinete y pidió que le sirvieran la comida, a él y a los demás, en mi cuarto. Por mucho que yo no quisiera nunca más ver algo sólido en mi vida, pero -Te va a hacer bien ver a los demás devorándose la cazuela de la Nana-, decidió el ministro. Era verdad. Yo no podía sostener un naipe o un tenedor o siquiera un grano de arroz en la mano, pero me encantó verlos tan felices, Carola y Pablo y Milagros y Amanda

Camila, jugando al póquer mientras la sopa y las bebidas bajaban por las gargantas, timándose el uno al otro y ocultando las cartas debajo de mis frazadas, forzando mi complicidad múltiple. Cuando ya cada uno se fue despidiendo con un casto besito en la frente, me dejaron con la certeza de que mi mareo había sido una bendición, la torcida manera en que el destino me habría maniobrado hasta desembarcar en el único lugar de Chile que tal vez -¿quién sabe si no era cierto?- yo podría finalmente llamar mi hogar.

Sí, de veras como un hogar, un espacio donde habita una familia. ¿Qué importaba si mi padre se hallaba en ese mismo momento taladrando el cuerpo de una mujer desconocida lo que mi madre ya no aceptaba que él le hiciera a ella? Tenía yo otros seres que me amaban y que me iban curando con su cariño. Y no todo era indulgencia.

El domingo, después de dos días de mimos y arrumacos, Pablo Barón decidió que el amor que se precia de tal es exigente y a veces duro y me hizo abandonar mi cama. Aunque fuera por unos minutos, necesitaba yo usar las piernas, hacer algo de ejercicio.

-El miércoles-, anunció, mientras yo daba mis primeros trastabillantes pasos en cuarenta y ocho horas, a punto de desvanecerme si no hubiera sido por sus falanges de hierro que se hundieron en mi hombro como un garfio, levantándome como si fuera un pedazo de carne o un juguete. -El miércoles, nos vamos a la Patagonia. Tengo que reunirme con el ministro argentino correspondiente, ponernos de acuerdo en algunos asuntos pendientes, echarle una mirada a los dispositivos de seguridad para el iceberg. La loca de Carola inventó alguna estupidez suya que tiene que atender -porque tiene ganas de ir, supongo-, y ella ofreció quedarse de chaperona para ti y Amanda Camila, procurar que ustedes dos no se metan en demasiados líos-.

-¿Y mi papá?-, logré exhalar la pregunta. -¿No íbamos a convencerlo de que se subiera a bordo?-

-Dice que está muy ocupado... siguiéndole la pista a alguien que puede esclarecer el asunto del iceberg. ¿Tú que crees?-

-Siguiéndole la pista, un carajo-, dije yo. -A una pollera, tal vez-.

-Polleras sobran en Punta Arenas. No sabe tu viejo lo que se está perdiendo. Esos culos patagónicos, ¿eh, Gabriel?-

-¿Y mi mamá?-

Milagros prefería hacerle compañía a la Nana. Y la Nana no podía venir en este viaje. Alguien tenía que quedarse para atender a los mellizos. -Ya te dije que la Nana es quien manda-, gruñó Pablo Barón. Me ayudó a sentarme otra vez sobre la cama.

-Te dije que era la que decide todo lo que se hace en esta casa-.

No me parecía tan claro. Si la Nana hubiera sido de veras quien mandaba,

entonces nos hubiera acompañado en esta expedición mientras Carola se quedaba en casa con sus hijos, una solución altamente deseable, aunque por suerte no se la explicité a Barón, porque en ese mismo momento la Carola de los rojos vestidos irrumpió estrambóticamente en la habitación armada con un teléfono inalámbrico. La primera llamada que recibí en Chile.

Absurdamente, me pregunté si acaso no podrías ser tú, Janice, si no me habrías rastreado hasta acá para exigirme que nos acostáramos de una vez. Pero era mi tío Pancho, desde la cárcel.

Hoy era domingo, día de visitas, ¿y dónde crestas estaba yo, qué demonios hacía yo en la casa de Barón? ¿Por qué dormía yo en la casa del enemigo? -Estoy enfermo, tío-, dije. -Ellos me están cuidando-.

-A ti te estarán cuidando, el único-, respondió. -No están cuidando a nadie más. El país se está endeudando más cada día, la gente comprando televisores a cinco años plazo con plata que no tienen y todo para ver avisos comerciales que ofrecen productos que nadie precisa. Y tu compinche Barón es el responsable. En la época en que peleábamos contra Pinochet, él decía que la nación tenía que producir para la mayoría, no para los ricos.

Pregúntale, pregúntale si no es lo que dijo en esos tiempos-.

La pieza giraba como un trompo lento. Me eché sobre la cama, mi cabeza descansando en almohada, empuñando apenas el receptor en mi mano húmeda. Silenciosamente enuncié el nombre de mi tío a Pablo Barón, que se encogió de hombros. Hice el mismo gesto como si quisiera avisarle que yo no era responsable por los parientes locos que me tocaban en la vida.

-Voy a intentarlo-, le dije al teléfono.

-¿Cuándo me vienes a ver? ¿Este jueves?-

-Voy a estar en la Patagonia. Me lleva el tío Pablo-.

-¡Claro! A visitar la escena del crimen-.

-¿Qué crimen?-.

-Pregúntale, pregúntale a Pablo Barón lo que hizo su familia en la Patagonia. Dile que lo que su bisabuelo hizo ayer, sus hijos harán mañana. Dile que no me extraña: está demostrando su fidelidad a su familia, a sus orígenes de clase, a su sangre.

Díselo. Dile que lea su Lenin-.

-No entiendo de qué estás hablando, tío Pancho-.

-Ya lo entenderás, ya vas a entender. Una última pregunta, sobrino. ¿Cómo andan esos labios?-

-¿Mis labios?-

-¿Te llegaron a salir boquerones de tanto besuqueo, Gabriel?

¿Ah? ¿O es el frío lo que los tiene partidos? ¿El frío y la falta de compañía? Y ya que tocamos el tema del frío, ¿cómo le está yendo a ese bulto seboso del iceberg, eh? ¿Sigue flotando? ¿Ya encontraste al Comandante Venganza?

Dirigí una rápida mirada a Pablo Barón. Afortunadamente, no tenía cómo darse cuenta de que yo le había revelado su secreto al hombre que más lo odiaba. Decidí atajar la conversación antes de que quedara en evidencia mi irresponsabilidad. Por ahí estaban grabando nuestras palabras. Sus carceleros o los hombres que custodiaban a Barón o Ignacio que me vigilaba a mí... había un superávit de guardianes ocultándose en los escondrijos de este Chile nuevamente democrático.

-Casi no te puedo oír, tío. Te iré a ver apenas vuelva de Punta Arenas-.

-Me oyes de lo más bien, pero tienes miedo de que tu amigote Pablo también me vaya a escuchar. El miedo es lo que está jodiendo a este país y ahora tú agarraste el mismo virus, igual que mis demás compatriotas. ¿Todavía quieres averiguar quién es el Comandante Venganza? Tengo información que te puede interesar ¡Ja! Ésa sí que no te la esperabas, ¿ah? Por ahora, te doy el siguiente dato: el que va a sabotear el iceberg está muy, pero muy cerca del proyecto-.

Mi tío colgó y me quedé con el tono de marcar en la oreja.

Pablo Barón me recibió el fono, lo cortó, me dijo cuánto todavía amaba a ese huevón chalado que era mi tío, aunque fuera un dinosaurio, todavía aferrado a sus viejas creencias marxistas, incapaz de adaptarse al nuevo mundo, al nuevo orden mundial. Una lástima que no fuera posible soltarlo. Hacía unos meses, un senador ultraconservador, Jaime Guzmán, eminencia gris del régimen de Pinochet, había sido asesinado, probablemente por el mismo grupo que había atentado contra el General en 1986, el grupo al que pertenecía Pancho. La muerte del senador le había brindado la oportunidad a las fuerzas pro Pinochet de presentarse como víctimas, permitiéndoles que atacaran el terrorismo como el problema principal que debía enfrentar el país, borrando sus propias violaciones contra los derechos humanos y anunciando que desde el retorno a la democracia había subido la tasa de delincuencia. Si el tío Pancho hubiese estado suelto, no cabe duda de que hubiera justificado, con esa bocaza suya, el asesinato, y el ministro que había firmado el decreto de su libertad seguro que también iba a perder su puesto. Y su apuesta.

Aunque de todas maneras, él pensaba cumplir lo prometido si resolvíamos el caso del iceberg...

-Él dijo algo acerca de la Patagonia y tu familia, que te preguntara acerca de los Barón y algún crimen secreto-.

-Oh, eso-, dijo el ministro. -No es ningún secreto. Te lo voy a contar, te sientas a mi lado en el avión. Aunque voy a tener que disputarte con Amanda

Camila, una lucha sin cuartel. Dice que ella te quiere todo para sí-.

Tengo kilos de más, a cada uno le puede tocar un poquito-.

-¿No te estarás enamorando de ella, no?-

Me sorprendió la pregunta y aún más la velocidad de mi respuesta. -Tengo una amiga en USA. Janice. Me saca los ojos si me meto con otra-.

-A veces hacemos tonterías, pensamos que vale la pena, aunque terminemos sin ojos-.

-Amanda es como una hermana, tal como me dijiste, tío. Ella no me atrae-.

-¿Y ella? ¿Crees que ella pueda estar enamorándose de ti?-

¿Qué pretendía con este tipo de preguntas? ¿Por qué insistía con el mismo tema? ¿Sentía celos de su propia hija? ¿Cómo averiguarlo? Por muy mareado que yo estuviese, mi cabeza todavía era capaz de idear un pequeño experimento. A ver cómo reaccionaba.

-Está interesada en mi padre, según parece-.

Pablo Barón dio un bufido. -Así me han dicho. Me alegra que así sea. Ojalá que siga fascinada con Cris hasta que se tope en unos años más con el hombre que le convenga-.

-Pero a ti no te...-

-No va a poder ni acercarse a él. Te voy a decir por qué.

Tienes que entender que sólo Cris y yo sabemos esto... prométeme que nunca se lo vas a contar a Amanda ni a nadie más-.

Se lo prometí. Las palabras son tan baratas, Janice.

-Cuando ella nació, no habían pasado dos horas y llegó él, el gran McKenzie, a la clínica. -Pablo-, me dijo, escucha lo que me dice: -Pablo, antes de que yo vea a esa niñita, les tengo un regalo, para ti y para ella-, y yo le digo que me importa un carajo el regalo, que venga a echarle una mirada a su nueva sobrina, cosa más linda. Qué extraño, ahora que lo pienso, tú ya la habías visto, eras un rufiancillo de... ¿qué? Tres, cuatro...-

-Tenía cinco años de edad-.

-Milagros te había traído, debes haber sido el primero en ver a la Amandita, aparte de Marta y yo y el doctor Ciruelo. ¿Se conocen desde hace tiempo, ¿ah?-

-Mi padre-, le recordé al ministro. -El regalo-.

-Un sobre. Me lo pasa, un sobre flaco. Lo abro y me cae un condón en la

mano y -¿Qué broma es ésta?- pregunto, -porque si tú crees que a mí este tipo de bromas malsanas me gustan el día en que nace mi primera hija...- Pero Cris me interrumpió. -Era para que supieras que no hay modo de que alguna vez yo vaya a tirarme a tu chiquita-. -No está en edad como para que estés pensando en cochinadas como...- Pero tu padre me responde: -Una vez que a un hombre le nace una hija, su relación con toda la población masculina cambia drásticamente, y yo lo que no quiero es que esta guagua tan hermosa se interponga entre nosotros y destruya nuestra amistad. Yo te estoy jurando acá, el día de su nacimiento, que puedes tener la absoluta certeza de que jamás la voy a tocar. La voy a preservar y cuidar como si fuera mía. Tal como tú lo harás siempre con Gaby-.

-Y tú, ¿qué hiciste?-

-Le dije: -Se agradece la atención, compadre, pero no quiero tu huevada de condón. Te lo devuelvo-. -Lo tienes que guardar, te digo-, insistió Cris, cerrando las dos manos para que no pudiera entregárselo. -Te va a traer suerte-. ¿Y sabes? Es cierto. Desde ese momento es como si una estrella mágica estuviera velando por mí. O tal vez fue el nacimiento de Amanda Camila, como si un ángel hubiera nacido junto con ella. Pero soy supersticioso, Gabriel. Nunca dejo de llevarlo conmigo. Mira. Te lo muestro-.

Extrajo un pequeño sobrecito amarillento de su billetera y me forzó a que lo examinara, lo que nunca cubriría el pene erecto de mi padre, lo que nunca entraría en la vagina de Amanda Camila, la garantía de que, en esta única zona, mi padre no llegaría antes que yo, que no estaría bloqueando mi camino. A menos que hubiese otras mujeres que él...

Se lo pregunté a Barón. -¿Y ésa fue la única vez que juró que no tocaría a una mujer?-

-La única vez-.

Sentí que habíamos llegado a un nivel de intimidad, casi de amistad -el hombre más poderoso del país haciéndome su confidente, su compadre casi, una y otra vez-. Si pudiera haberle confesado a él lo que me estaba anonadando, la pestilencia que de veras me jodía y que nada tenía que ver con la polución del aire de Santiago. Pero a lo único que atiné fue a largarle una pregunta que hacía tiempo que me rondaba.

-A ti te importaría que yo, te quiero decir, no te molestaría que yo te hiciera una...-

-Lo único que puede separarnos, Gabriel, es si tú llegas alguna vez a tocar a esa niña, si tratas de meterte con ella.

Pero con tal de que dejes tranquila a mi guagua, puedes hacer lo que te dé la gana, decir lo que te dé la gana. Así que adelante-.

Quise saber cómo podía estar seguro de sus mujeres, Marta primero y después Carola, con un mejor amigo que estaba siempre listo para tirarse al

dulce.

-Lo primero-, contestó el ministro, -es que la amistad es más importante que el sexo. El sexo pasa... unas cuantas entradas en terreno enemigo, unas cuantas retiradas, un espasmo de placer, y sanseacabó. Pero la amistad. Eso dura, para eso sí que vale la pena vivir. Dura más que cualquier contacto que tengamos con las mujeres con sus enormes tetas y sus cerebros minúsculos. Pero no me cites, no le cuentes a nadie, con todas estas feministas enloquecidas que andan dando vueltas por acá... En todo caso, déjame que te responda específicamente: Marta le tenía verdadera tirria, apenas lo aguantaba para complacerme. Yo creo que estaba celosa de Cris. Pensaba que yo quería más a Cris que a ella, y tenía razón. Así que me machacaba todo el día la monserga de que él era una mala influencia y que iba a perjudicar mi carrera política el que se me asociara con un tipo tan mujeriego y cínico y putamadre-.

-¿Y Carola?-

-Sabes, por ahí se la tiró... o hizo el intento. Ganas no le pueden haber faltado. Pero de alguna manera yo creo que guardaría su distancia. Con tantas otras minas listas para la foto, ¿por qué justo meterse con la mía, ah? Si él valoraba la amistad conmigo hasta el punto de traerme ese condón idiota cuando nació Amanda Camila, bueno, ¿qué sentido podría tener envenenar la relación? Porque tu papito tiene toda la razón. Algo así puede arruinar la mejor confraternidad. Como la que tenemos nosotros, tú y yo-.

-¿Como la nuestra?-

-La nuestra, sí. Te voy a decir lo que quiero, Gabriel. Quiero que me jures, júrame lo mismo que tu padre-.

-¿Jurar qué?-

-Que nunca vas a tratar de tirarte a mi niña-.

-Tío-, dije yo, -la verdad es que esto no hace falta-.

-Hace falta. Créeme que hace falta-.

Me tenía acorralado. Le mentí a todo dar, crucé los dedos mentales, juré que nunca iba a tratar de hacerle el amor a su niña.

-Tirar. Usa esa palabra. Nunca te la vas a tirar-.

-Nunca me la voy a tirar-.

-Si te la tiras, te jodes. Dilo. Dilo-.

-Si me la tiro, que me joda-.

Y me jodí, vaya si me jodí, si todo no se fue a la mierda cuando finalmente me la tiré, Janice. Y comencé a sentirme jodido, como una débil anticipación de lo

que vendría, durante los próximos días. Se me ocurre que a ti te hubiera gustado perversamente verme, ver mi dolor: tener a la niña que amas malcriándote para que te mejores, el cuerpo que no podía tomar en mis brazos tomándome en los suyos, pero como hermano, como un maldito hermano. Peor: como si yo fuera su casta hermana. El dulce dolor de escucharla pronunciar palabras que, en otro contexto, hubieran sido una declaración de un frenesí total:

-Eres un sueño, Gabriel, una persona con quien por fin no tengo que simular, alguien con quien puedo ser yo misma-.

De haber estado presente, Janice, es probable que hubieses insinuado que ella había adivinado mi pasión y estaba jugando conmigo. Es lo que me preguntaba yo durante esas horas que pasé solo en cama o amontonado en un sillón mientras la Nana tejía a mi lado y los mellizos hacían de las suyas en la cercanía.

¿Sabría Amanda Camila lo que su padre me hizo jurar, estaría atormentándome a propósito? ¿podría ella haber estado en el clóset, suprimiendo una carcajada, mientras yo supuestamente renunciaba para siempre a su cuerpo dorado? Porque la verdad es que coqueteó conmigo, Janice, como si se hubiera graduado en la Universidad de las Vampiresas.

Después del trabajo el lunes, ¿sabes a lo que se dedicó? Entró en mi pieza con diez vestidos diferentes, diez, te digo. ¿Cuál me gustaba más para Punta Arenas? Haría mucho frío, la ciudad más sureña del mundo en pleno invierno pero también había que acordarse que estaríamos adentro cantidad de tiempo, visitando museos, cosas así. Ella quería que yo le ayudara a elegir y se puso a probar sus alternativas de vestimenta, demandando mi opinión sobre qué color venía mejor con su piel, con su pelo, entraba y salía de esas prendas mientras yo desviaba los ojos, apenas vislumbrando la cúspide de sus pechos desbordando el sostén, la curvatura de su perfecto trasero llenando los calzones, los pelitos del pubis invitándome con sus espirales apenas divisadas. Puedes mirar, tontito, me decía. Y después, el martes por la noche, me llevó con y contra mi voluntad a su dormitorio para que la acompañara mientras hacía la valija, pasándome cada trapo para que yo sintiera su suave contorno, lo que dentro de poco cubriría su cuerpo, lo que yo hubiese arrancado de ese cuerpo con furia y felicidad aunque significara que las manos de Pablo Barón me arrancaran el corazón. Cuando habíamos terminado de empacar, la seductriz se sentó ante sus afeites y perfumes y cremas y me hizo decidir cuál le quedaba mejor. Me acostó sobre su cama porque empecé a sentirme de nuevo mareado, y me desabotonó el pantalón. -No te hace bien estar tan apretado-, respiró, y se puso a viajar ida y vuelta, de su tocador a mi postrada persona, ida y vuelta con sus enseres, solicitando mis opiniones. -Es fantástico tener un hermano-, dijo ella. -Eres el primero al que le puedo pedir este tipo de ayuda.

A Carola sólo le gusta el color rojo y es tan retro, papá no tiene criterio para nada y mi nana dice que todos estos artificios son obra del diablo. Por suerte llegaste tú, Gabriel.

Ven, cepíllame el pelo-.

No sabía si estar tan cerca sería el infierno o el paraíso, pero me levanté a duras penas y fui aplicándole largas y vigorosas brazadas a la cabecita que yo había visto enteramente pelada cuando yo tenía cinco años. Tal vez la había deseado secretamente desde ese momento infantil, pidiéndole en forma silenciosa, en esa época, que creciera pronto para que pudiéramos jugar juntos. Tal vez ahora estaba ella devolviéndome el favor, jugando conmigo como una manera de animarme y desterrar los demonios de mi enfermedad, porque, en efecto, allá abajo, en el espacio colgante entre mis piernas, podía sentir el comienzo de una ebullición, un signo robusto de que la sangre empezaba a volver a circular en forma normal. Tal vez Amanda Camila se percataba de que era la única manera de sanarme. Pero si ella sabía eso, entonces también había descifrado el deseo recóndito de mis músculos por su persona, aunque eso era imposible, tomando en cuenta su pertinaz repetición de que éramos amigos, amigos y nada más. Lo enfatizó tanto y con tanta tozudez que me era inconcebible siquiera un abordaje. A menos que fuera una provocación magistral. Si yo hubiese podido interrogar a mi padre al respecto, que él me dijera -Por cierto que te está toreando, divirtiéndose contigo. Lo que tienes que hacer, Gabriel, es tomarle la mano y mirarle los ojos y decirle...-, ¿qué?, ¿qué debía decirle yo? ¿Qué podía decirle yo que no me llevara a perderla para siempre jamás? ¿Cómo hubiera reaccionado mi papá? Bueno, para comenzar, se la hubiera comido a la primera oportunidad, eso es lo que habría hecho él de no estar juramentado a respetar su virtud. Mientras que yo, ahí me tenías, Janice, una semana después de habérmela encontrado, atrapado en el dulce terror de su presencia, la dulce frustración de su cuerpo prohibido y disponible, la dulce locura de su padre que me masacraría si hacía algo con ella y mi propia mano que me estrangularía si no lograba hacerlo pronto, pronto, muy pronto. Y de repente, ese martes por la noche fue demasiado. Decidí que de ninguna manera iba a subirme a ese avión que partía la mañana siguiente para la Patagonia. No podía tolerar otra mirada de soslayo a su ombliguito tan redondo y perfecto, un minuto más de mi oxígeno entrándole a sus pulmones. ¿Qué pasaría cuando Barón volviera a Santiago y Carola partiera a hacer sus diligencias dejándonos solos, dejándome que avanzara sobre el campo de Amanda Camila, que me retirara, dejándola a ella que avanzara y se retirara, cuando yo me quedara con las mismas preguntas y la misma falta de respuestas de ahora? A la madrugada siguiente, cuando ella vino a despertarme, le avisé que iba a quedarme. Su respuesta fue hacerme cosquillas -Dios mío, Janice, sus dedos me escarbaban mientras su negligé se entreabría y todos los olores nocturnos de su cuerpo se filtraban hasta mí, y fingí que me estaba cayendo de la cama, cualquier cosa, hasta parecer un chambón, con tal de escapar de esas manos endemoniadas.

-No puedo-, dije con debilidad. -Me siento mal. De veras que no puedo-.

-Tienes que venir-, respondió, -porque yo a la Patagonia no voy sin ti-.

-¡La Patagonia! ¡La Patagonia! ¿Qué tiene de especial la famosa Patagonia?-

Mejor no hubiera preguntado. Tuve que mamarme una detallada lección de geografía y antropología. No se trataba, puntualizó ella, de la Patagonia como el umbral a la Antártida, tal como yo la había concebido hasta ese instante. La Patagonia más bien como el lugar donde los primeros y últimos indios se habían extinguido. Por eso ella deseaba, con tanta porfía, estudiar a los onas, a los

alacalufes, a los fueguinos. Buscó un mapa mundi, apuntó al norte. El estrecho de Bering. Por ahí, hace cincuenta mil años, los primeros habitantes de las Américas habían atravesado el mar, marchando por encima del hielo. El hielo, allá en el comienzo del mundo, y también al final, el hielo que voy a reventar en cincuenta mil pedazos esta noche, Janice, un fragmento por cada uno de esos años que los inmigrantes asiáticos a este hemisferio pasarían en su nuevo hogar.

-Ahora quiero que mires esto. Acá abajo-. Señaló Tierra del Fuego. -Más al sur no puedes ir, nada queda más lejos del estrecho de Bering y las luces boreales. Ahí terminaron, los primeros, los que pasaron en forma inicial, los que prosiguieron su camino hacia el sur. Algunos dirían que era porque fueron los más débiles, que las tribus más recias y emprendedoras los forzaron a retirarse del norte. Pero yo creo que eran los más aventureros, los pioneros. Olvídate de los vikingos y los polinésicos y sobre todo del hijo de puta de Colón y también de los peregrinos del -Mayflower- en Massachcha y de Magallanes. Mis indios, mis hombres y mujeres, hicieron el amor por primera vez en el suelo de este continente que todavía no poseía, Gabriel, ni un habitante humano. Ellos fueron los precursores maternos, los predecesores paternos, los verdaderos progenitores remotos de la gente que, cuarenta mil años más tarde, después de sucesivas migraciones, finalmente llegó a una tierra donde no había más tierra, esas tribus arribaron hasta la frontera externa del hielo, de nuevo cara a cara con el hielo. Frente a ellos la Antártida, adonde ni siquiera ellos podían penetrar, aunque quién sabe si no la exploraron en sus canoas en el verano, cuando el día dura la noche entera, mis indios-.

Algo triste fue arrastrándose en la voz de Amanda Camila mientras hablaba. Mientras habló del exterminio de esos indios.

Lo que se exterminaba no era sólo el cuerpo. Cuando murieron, dijo ella, lo que se había extinguido con ellos eran los ojos que se habían repetido durante generaciones de generaciones, miles de generaciones, los ojos que habían visto por primera vez la aurora del norte y que luego partieron hacia el sur para ver la aurora austral. Y sus leyendas, sus historias, sus idiomas, contenían el eco de esas primeras visiones, la primera vez que algún miembro de la especie vio lo que nadie antes había visto. Amanda abrigaba ideas un tanto heterodoxas acerca de esos mitos: más que entenderlos como adaptaciones a un clima frío y a los vientos inclementes, de historias de cómo se sobrevive en el peor clima del universo del sur, ella pensó que los que contaban esas leyendas podían estar retornando más bien a aquello que ya conocían cuando habían habitado el norte más distante, duplicando las leyendas del hielo que moraban en las partes más olvidadas del cerebro, que habían amamantado en la leche más profunda.

Habían hecho el círculo entero, de polo a polo.

Para ser exterminados. Le hice ver a Amanda Camila, siempre el pesimista yo, que la odisea de esos intrépidos había terminado en la muerte. Algo peor que la muerte, dijo ella: su extinción era una advertencia. El revés del Descubrimiento. El genocidio que habían sufrido era el preludio de un movimiento que ahora avanzaba hacia el norte, el anuncio de la muerte que iba a extirpar o asimilar a todas las otras culturas, las otras tribus que vinieron después. Su desaparición presagiaba algo más drástico, no sólo para los otros

habitantes originales de las Américas. Anticipaba lo que sería el destino de todos si dejábamos que eso sucediera, si seguíamos viviendo como si esa gente no tuviera nada que enseñarnos. Hubo una pausa y luego ella dijo: -Gabriel, no es que sólo vieran esos paisajes por primera vez. También les pusieron nombre-.

Se tomó un par de segundos para ver cómo tomaba yo esa revelación. Como yo no tenía la menor idea de lo que ella quería de mí, guardé silencio.

-¿No te das cuenta? Los antepasados de los fueguinos, los primeros, vieron ese hielo allá en el norte y lo bautizaron.

Después Alaska y Saskatchewan y Oregon y Tenochtitlán- y Guatemala y Bogotá y enseguida Cuzco y después este valle en este lugar que llamaron Chile, el lugar al fin del mundo quiere decir esa palabra. Y por último el final de verdad, al extremo sur, y en el camino fueron nombrando cada objeto por vez primera como si fueran dioses. Nombraron el maíz y nombraron el tomate y nombraron los cerros. Así que lo que se pierde con la extinción es el nombre de esas cosas, cómo se llamaban las múltiples caras de la naturaleza en ese amanecer cuando aquellos hombres y aquellas mujeres la contactaron. Y mi sueño es que quede en alguna parte un descendiente de ellos, sólo uno me basta. Porque si él se muere, entonces lo que se estará anunciando es la muerte también de todos nosotros-.

Estaba enteramente chiflada, ella y su visión apocalíptica.

Pero yo estaba chiflado por ella, más perdido que el primer emigrante indio que pisó este continente.

-¿Y es por eso- -pregunté, con dificultad, pretendiendo sentirme más mal de lo que estaba- -que me necesitas para que yo me levante y vaya contigo poco menos que al Polo Sur, vomitando el camino entero, para que podamos buscar a alguien que no existe?-

-¿Tienes algo mejor que hacer con tu tiempo?-

La miré. Si alguien podía salvarme, era ella. Si alguien podía inyectarme fe en la humanidad, era ella.

-Te acompaño-, dije.

No debí haberle prometido esa estupidez. Comprendí mi equivocación unos tres segundos más tarde cuando entró mi madre a la pieza y me contó la próxima jugada que el destino me tenía preparada. -Apúrense, niños-, dijo ella, excitada. -Antes de que los deje en el aeropuerto, tenemos que pasar por una estación de policía en La Granja. Encontraron al tipo que robó tu reloj-.

-¿El tipo al que Gabriel le dio una buena paliza?-, dijo Amanda.

¿Pero de dónde había sacado ella esa versión de los hechos? ¡Ignacio! Ignacio le había pasado a Barón esa mentira y él se la había transmitido a su hija y ahora ella pensaba que yo era un héroe. Lo pensaría, es decir, hasta que escuchara la humillante verdad de boca de Leo o Carloncho o como mierdas se llamara ese

joven alto y desgarbado. ¡Choclo! Ese conchadesumadre del Choclo.

¿Era demasiado tarde para arrastrarme hasta la cama, cubrirme con una manta, abandonar la búsqueda del último ona y volverme a Nueva York y a tu abrazo electrónico, Janice? Era demasiado tarde. Tenía que cultivar una astucia superior, asegurarme de que Amanda Camila nunca averiguara lo que verdaderamente había sucedido. No sería fácil: mamá había decidido transportarnos al aeropuerto, y yo sospechaba que era porque necesitaba saciar su malsana curiosidad, fisgonear cómo había perdido yo el reloj y mi ropa.

-Espero que no seas excesivamente duro con ese muchacho-, dijo mamá. -Recuerda que no es culpa suya lo que él te hizo-.

-¿Ah, no? ¿Y quién tiene la culpa, entonces?-

-El sistema-, respondió ella. -Es el hijastro de Pinochet y la impunidad, quiero que recuerdes eso. Él no ha tenido privilegios, no tuvo el lujo de una buena educación-.

-¿No tuvo una mamá como tú?, ¿ah? Trataré de no olvidarme de eso-.

-Gabriel-, interpuso con alegría Amanda Camila, -siempre va a comportarse como corresponde-.

Antes de que partiéramos, la Nana me había deslizado una figura blanca diminuta en la mano. -Que la Virgen te proteja, mi niño-, había susurrado. -Y no te preocupes. Vamos a arreglar todo-.

¿Vamos? Le pregunté qué significaba ese nosotros implícito.

Ella había prometido que no le contaría a nadie. La Nana llevó entonces sus dedos a sus labios e hizo un movimiento giratorio, como si estuviese cerrando una boca. -Sólo a mi sombra. Ya te lo dije, sólo a mi sombra. Mi boca está sellada. Juro sobre la tumba de mi madre muerta, la madre que jamás conocí-.

-No necesitas jurar. Basta con que no se lo digas a nadie-.

Mi propia madre, sumamente viva, nos había interrumpido desde la puerta. -Y ustedes dos, ¿en qué conspiración andan metidos?

Hay que apurarse, Gabriel. Antes de la policía tenemos que pasar a buscar tu computadora. Vamos a llegar tarde para el vuelo-.

Mi Toshiba no estaba, por cierto, lista. Un técnico la había desarmado y por un error otro técnico la había reensamblado sin arreglar el desperfecto. Iban a tener que empezar de nuevo. La recepcionista con sus largas uñas púrpuras trató de calmarme, no me cobrarían nada si yo quería retirar la mercadería.

Les dejé la computadora. ¿Qué otra cosa podía hacer? Había sobrevivido hasta entonces sin comunicarme contigo, Janice, ni con ningún otro amigo de Internet. Tal vez los dioses del subdesarrollo seguían insinuando que debía yo

navegar las aguas chilenas sin ayuda extranjera. Aunque necesitaría una intervención divina para sobrevivir al muchacho alto que me aguardaba como una plaga. Sí, era él, ahí en la estación de policía, no había cómo equivocar ese aspecto escuálido, su cara con espinillas, esa cicatriz como una luna pudriéndose encima de una ceja. A su lado, teniéndole la mano, estaba sentada una mujer joven. ¿Su hermana, su novia? Se había encontrado en esta situación antes, le había tomado la mano en otras ocasiones, endomingada con su mejor ropa, ella se había puesto esas prendas una y otra vez para acompañarlo a tantas estaciones de policía.

Me clavó la mirada y yo pude ver quién era ella, leer su feroz determinación de respaldar a ese muchacho sin importarle qué crimen hubiera cometido o a quién hubiera dañado o a dónde terminarían encarcelándolo, podía ver que de mí no esperaba nada, no me estaba pidiendo, como mi madre lo había hecho hacía menos de una hora, que mostrara un poco de compasión. Ella sabía que a mí me importaba un carajo lo que le pasara a él o a ella o a gente como ellos: yo venía desde lejos y a esa lejanía volvería dentro de poco y ella se encontraría de nuevo en otra mañana como ésta, poniéndose la mejor ropa que tenía para visitar esa estación de policía u otra, para sostener la misma mano, apretarla hasta el día en que ya no habría una mano que apretar, ningún joven alto e insolente que necesitara esa mano, el día en que sólo habría un cuerpo para enterrar.

-Éste es su reloj-, dijo el sargento.

Lo recibí. Miré a la amiga del Choclo y de pronto recordé, quién sabe por qué, a aquella niña que hacía un par de días me había mirado con tanta intensidad en la Alameda, esa niña con la cabellera suelta al viento y una mascarilla ocultándole su nariz y su boca, sólo esos ojos encendidos invitándome a que me uniera a la marcha. Aunque era imposible que fuera ella, esa niña a la que habían lanzado con brutalidad hacia el interior de ese vagón.

Mis propios ojos retornaron al reloj. Se lo devolví al sargento.

-No es mío, señor-, dije.

-Tiene su nombre-, insistió el sargento. -¿Usted confirma que es Gabriel McKenzie nacido el 9 de julio de 1968? ¿Un regalo de cumpleaños de tu padre que tanto te quiere?-

-Soy Gabriel McKenzie, pero ya no es mi reloj. Yo se lo regalé-

El muchacho alto metió su cuchara. -Ya le dije, mi sargento, que el joven me lo había dado en forma voluntaria. Le dije que tenía testigos. ¿Pero a nosotros quién nos escucha, no?-

-Te callas, huevón-, le dijo el sargento. -Señor McKenzie quiero que sepa que no tiene por qué temer a este delincuente, Salvador Salazar, conocido como El Gangrena, alias el Choclo. Ni de su banda tampoco. Puede contarnos la verdad y llevarlo a juicio-.

-No le tengo miedo a ése ni a nadie-, dije yo. -Ya lo dejé noqueado una vez y

lo puedo hacer una vez más. ¿Es así o no, Salvador?-

Choclo vio lo que yo requería de él, cuál era el acuerdo tácito, y colaboró en mi estratagema.

-Me noqueó-, dijo el muchacho alto. -Y después me pasó el reloj-.

-¿Y por qué usted, señor McKenzie, le pasó el reloj?-

-Digamos que yo estaba pagando una vieja deuda. Me dio pena.

No era culpa de él que nadie le hubiera dado una oportunidad-.

-¿Así que no quiere que le devolvamos el reloj?-

-Es de él, es de Salvador Salazar-.

-Es mío-, dijo el Choclo, -así que pasando-.

De vuelta en el van, rumbo al aeropuerto, la admiración de mi madre y el sentimentalismo de Amanda Camila, las dos felicitándome por haber sido tan piadoso con el muchacho aquel, primero lo había golpeado y enseguida perdonado, me compensaron de más por la reiteración del mareo que provocó ese bamboleo después de tantos días de reposo. Me sentía, de verdad, ufano. No era, por cierto, debido a esa rectitud y magnanimidad fraudulentas. Había logrado tornar una situación desastrosa en una resonante victoria: cerré la sucia boca del Choclo, evité que alguien averiguara la verdad de lo ocurrido, recogí una mirada de gratitud sorprendida de parte de la muchacha en la estación de policía, que nada esperaba de mí o del mundo, y, lo fundamental, recibía ahora la adoración de estas dos mujeres, madre real y amante potencial. Y lo único que yo había perdido era un reloj que de todas maneras no me gustaba. Y, de paso, sentí un cierto alivio. Lo que le había dicho al sargento no era enteramente postizo. Era cierto que había una deuda que yo debía pagar. Yo había robado dinero de la resistencia chilena. Tal vez Salvador podía, sin tener conciencia de ello, acoger mi reloj como parte de pago, en nombre de ese pueblo.

-Hay una sola cosa que no entiendo-, dijo mi mamá, justo cuando llegábamos a la rampa de las partidas de Pudahuel. -¿Por qué le diste también la ropa?-

-Fue una apuesta-, dije velozmente.

-¿Una apuesta?-

-Sí, le regalé el reloj y entonces... bueno, yo sé que esto no te va a dar vergüenza a ti, mamá, pero tal vez Amanda Camila...-

-Por favor-, dijo ella. -Ya estoy crecidita-.

-El tipo ese dijo que le había ganado la pelea. Y que después yo lo había humillado aún más, frente a todos sus amigos, al darle el reloj. Pero que eso no

importaba porque él lo tenía más grande que yo. Así que le aposté que no era cierto y los dos nos sacamos los pantalones y los calzoncillos. Y los otros niños se arrancaron con mi ropa-.

-Los hombres...-, dijo mi mamá. -Qué manera de ser tan totalmente el hijo de tu padre-.

-¿Quién ganó?-, quiso saber Amanda Camila.

Era una pregunta que, por primera vez, me permitía expresar mi sexualidad de una manera abierta, y no iba a desperdiciar la oportunidad. Dos pájaros de un tiro: medir también su posible participación en este asunto del iceberg. -Eso es algo que sólo sé yo y tú vas a tener que descubrir-, le dije y me miró de una manera extraña. ¿Porque reconoció la frase de su propia carta? ¿O debido a que había comprendido los deseos que escondían esas palabras? Fuera cual fuera la razón, ella decidió ignorar mi alusión, retornarme a la inocencia que, por mi parte, yo estaba tan ansioso de abandonar.

-Por Dios que eres hijo de tu padre-, exclamó. -Tal como él, te gusta redimir a cuanto joven suelto encuentras por ahí. Estoy segura de que ese Salvador Salazar aprendió su lección. Lo libraste de una vida de crimen y violencia-.

No compartía yo su optimismo tan acaramelado. Tal como los niños que habían danzado sobre el pavimento de SOHO aquella noche en que les di todo ese dinero, este rufián chileno debe haber pensado que yo me había escapado de un asilo. Apostaría un par de otros relojes a que en ese mismo momento el tal Choclo estaba cambiando el regalo de mi padre por un cuchillo largo y afilado con el que cometería su próxima felonía. Si nos llegáramos a topar otra vez, me daría un buen filo filo, a la chilena, para establecer cuál de los dos era el más macho. Pero si Amanda quería que yo encarnara la figura de algún sacerdote caritativo sacado de -Los miserables-, allá ella. A las mujeres les encanta que un héroe, por ahí un santo, les haga el amor.

Mi envalentonamiento no duró mucho.

Estábamos cruzando hacia el hall atestado del aeropuerto, cuando veo... a quién sino al enano del -Guinness Book of Records-, bajando de un taxi camino sin duda a la -British Airways-, retornando a su patria para informar de que a él no le constaba que McKenzie padre hubiese roto todos los récords en su persecución de una hembra diaria, pero sí estaba seguro de que el menor de los McKenzie era un bárbaro y un hijo de puta redomado.

De hecho, si ese hombre hubiera sabido la verdad acerca de mi destino, podría haber documentado mi estadía en Santiago, podría haber inventado una nueva categoría para su libro que hubiera ganado yo de lejos: -el tipo que más se cagó a sí mismo en el universo-. Pero justo en ese momento él me vio. Tuvo un instante de vacilación: asaltarme de inmediato o esperar hasta agarrarme en un lugar menos público. Era evidente que él había estado soñando con incrustar sus dos manos diminutas en mi garganta.

Utilicé el interludio de ese titubeo para escaparme. -Siento un poco de

náusea-, le dije a Amanda Camila y partí en una dirección para, enseguida, ocultándome detrás de un carro atiborrado de maletas que empujaba un portero sudoroso, escurrirme hacia los servicios para caballeros.

Estaba abriéndome el marruecos, tiritando ante la posibilidad de que me confrontara alguien a quien en efecto yo había noqueado pero que no iba a proveer a Amanda Camila con una versión honorable ni noble de mis motivos, cuando escuché una voz:

-¿Usted es el hijo del ministro, no es cierto?- Era don Jacinto, el anciano portentoso y ajado que había estado importunando a Pablo Barón para que le diera empleo al hijo. Estaba parado al lado de una canilla goteante, fumándose un cigarrillo, contemplando mis intentos de mear. Lo que, por cierto, me enfriaron las ganas; el órgano que no había comparado yo con el de Salvador, el órgano que no logré insertar en los dobleces de tu vagina, Janice, el órgano que se encabritaba de ganas de visitar el interior de Amanda Camila, simplemente se paralizó ante la mirada insistente del intruso don Jacinto.

-No-, dije yo. -Soy Gabriel McKenzie-.

-¿Entonces por qué vive en la casa del ministro?-

-¿Y a usted qué le importa? Y otra cosa más: ¿la gente en este país no sabe leer? Mire lo que está escrito ahí: -Prohibido fumar--.

-Yo sé leer. ¿Quiere que le lea una carta que don Pablo Barón le envió a mi hijo? ¿Sabe quién es mi hijo? Mi hijo es Freddy Gutiérrez, el hombre que arriesgó su vida por alguien que en esa época era prófugo de la justicia. Mi hijo, que dejó sus estudios universitarios para protegerlo, que tuvo tanto estrés que no pudo seguir trabajando. Que todavía tiene pesadillas. El miedo, sabe.

¿Usted ha sentido miedo alguna vez, mi hombrecito? ¿Eh?-

Lo sentía en ese mismo instante, con el enano Guinness paseando en las cercanías y yo encerrado acá, mi descompostura agravándose con el amargo humo de ese padre que no iba a cejar hasta que se le hiciera justicia a su hijo, que no cejaría hasta que yo vomitara.

-Lo único que hace falta es que el ministro llame al jefe de Salud Comunal, nada más que eso, unos meros treinta segundos, treinta segundos para pagar siete años de servicio gratuito. ¿No es tanto, no? ¿Mi hombrecito? Esta carta-.

Extrajo un sobre de azul pálido y un pedazo de papel del mismo color. ¿Acaso había alguien en Santiago que no tuviera acceso a esos objetos de escritorio? De nuevo, comenzaron mis sospechas.

¿Este padre estaba lo suficientemente airado como para vengarse de Barón, despedazándole su iceberg? No pude pensar en más alternativas, porque don Jacinto agitó la carta en mi cara, recitando su contenido.

--Mi estimado don Jacinto: Le agradezco su paciencia. Le dejaremos saber si

podemos o no ayudar a su hijo. El ministro manda a Federico sus saludos más cordiales y quiere que él sepa que recuerda sus servicios con gran calor. El ministro Barón también lamenta que no haya visto a Federico durante estos últimos años-. ¿Sabe lo que significa esto? ¿Lo sabe?-

¿Qué significaba? ¿Que el ministro mismo también tenía a su disposición ese tipo de papel? ¿O pudo un subalterno suyo haber enviado esa carta?

Pero don Jacinto no se refería a eso, naturalmente.

-Significa-, dijo él, -que no va a hacer nada por Freddy. Eso significa. Aunque mi hijo se pasó siete años de su vida protegiéndolo. Aunque arruinó su vida. Y ahora... y ahora, ya ve....

Don Jacinto se acercó a mí, casi me escupió las palabras en plena cara. Pude aspirar la nicotina desesperanzada y rancia de sus pulmones. -Usted es su hijo. Dígale lo que tiene que hacer.

Usted le tiene que decir.

-No soy su hijo y no tengo nada que decirle.

Me di media vuelta y partí rápido de ese baño de caballeros, entrando de vuelta con aún más celeridad. Justo afuera de la puerta acechaba el hombrecito Guinness, de espaldas a mi escondrijo, pero si yo emergía a plena luz, sin duda que él me vería. Los músculos abultados de su cuello me advertían que durante esos días, mientras yo, gracias a la polución, me había ido debilitando y cayendo en la invalidez, él, en cambio, se había dedicado, minuto a minuto, con una determinación que únicamente pueden comandar los enanos más malignos y con la obcecación de un ser acostumbrado a perseguir y evaluar los grandes récords -el macho con el pelo más largo del mundo, la mayor cantidad de adolescentes que cabe en una cabina telefónica, la tarta de manzanas más inmensa de la galaxia-, él se había obsesionado con la humillación que yo le había infligido, rezando para que el Dios de los Guinness le entregara mi persona antes de que él tuviera que partir de Chile, para que pudiera despedirse como se debe, con palabras y probablemente también con un puño que, no por pequeño, dejaría de ser contundente. Y era posible que lograra su desquite sin siquiera tocarme, puesto que, al menos que yo ideara un modo de escabullirme, iba a perder mi avión y mis posibilidades de llegar a la Patagonia y acercarme al santo iceberg, remedio de todos mis males. Amanda y Barón estarían atravesando los cielos de Chile mientras yo iba a quedarme para siempre acá, como un náufrago en una isla en que el único otro ocupante era un don Jacinto expulsando una y otra vez la humareda de su hijo triste y damnificado.

Y fue entonces, al pensar en el viejo, que me di cuenta de que cada uno poseía algo que el otro necesitaba. Yo podía avanzar la causa del hijo de don Jacinto ante el ministro y Dios le había otorgado a don Jacinto, por suerte, un cuerpo alto y gordo detrás del cual podía esconderme yo y avanzar hacia el avión. ¡Ésa era la solución! Si él me ocultaba de los ojos testarudos y agudos del enano aquel, yo me convertiría en el campeón de su niño Freddy. Me estaba yendo bien en este negocio, canjeando un favor a cambio de otro, pasando y pasando. Tal vez

Chile me estaba enseñando algo después de todo.

Don Jacinto logró pasarme, como de contrabando, al lado del peligroso enano Guinness con toda mi anatomía intacta y por mi parte, cumplí el compromiso adquirido, apenas desperté a bordo de ese avión que volaba rumbo al Sur, después de una extendida siesta, feliz de que mi enemigo diminuto se encontrara en algún punto por encima del Amazonas, con destino a un sitio tan poco hospitalario como Manchester. Pablo Barón estaba en el asiento al lado del mío, firmando con diligencia un enjambre impresionante de papeles. -¿Te sientes mejor?-, preguntó. -Mira por la ventana-.

Bajo la sombra de nuestro avión brillaba un mar tan azul que me obligó a cerrar los ojos. -El Golfo de Penas-, anunció el ministro, y yo pensé que toda la geografía de este país era un comentario a mi condición, aunque más allá había una serie de glaciares majestuosos y precipicios multicolores. -Esto lo divisó Darwin camino a Valparaíso-, dijo Pablo Barón, -pero no alcanzó a ver el Ventisquero Colgante, que es algo así como una cascada perpetua de hielo que entra al océano. Ay, Gabriel, qué país más maravilloso. Si los que detentamos el poder pudiéramos merecer este país, ser tan puros como el país mismo-. Hasta su pausa fue fervorosa. -Tal vez por ahí vayamos a ser capaces de brindarle a este pueblo un gobierno del que se enorgullezca-.

Me estaba entregando la oportunidad para hablar de don Jacinto y le conté que me había topado casualmente con el viejo, sugerí que tal vez algo podía hacerse para ayudar a su hijo.

-Tienes un corazón de oro-, dijo Pablo Barón. -Igual que tu papá. Te voy a contar con toda franqueza cuál es el problema.

Nosotros llegamos a un acuerdo con Pinochet. Es bastante simple: a nosotros nos devuelven la democracia, la gente vota, se acaba la censura, no hay más tortura ni ejecuciones, pero nosotros, a cambio, no buscamos una revancha. Eso quiere decir, ante todo, que no hay juicios por violaciones de derechos humanos, y que no hay recriminaciones, pero también significa que todos los designados por Pinochet, centenares de miles de empleados que él metió en la administración pública, ésos se quedan en su lugar, atornillados, apernados. Con el resultado de que no hay puestos suficientes, ni cerca de lo que necesitaríamos para todos aquellos que esperan, con mucha justificación, que les recompensemos por sus servicios durante los años de la dictadura.

Y no podemos crear nuevos empleos; de hecho, la presión internacional, el Fondo Monetario, todas las instituciones, nos fuerzan más bien a recortar el presupuesto. Y las escasas posiciones de que disponemos, Gabriel, hay que utilizarlas para contratar únicamente a los mejores. No somos una agencia de empleos. Este tipo Freddy, el hijo de tu don Jacinto, era un huevón arrogante. Y dejó la cagada más de una vez. Prefiero no contarte lo que...

Barón me lo contó de todas maneras. Freddy se había tirado a la esposa de un oficial naval en Concepción; el cornudo era un encargado de Inteligencia, y Freddy nunca avisó a sus superiores en el partido. Y como si eso fuera poco, un día el tipo desapareció, así no más, en medio de una operación de la que estaba a

cargo, sin dar previo aviso, y después se averiguó que su familia lo había tenido que internar en una clínica psiquiátrica. Pero cuando Barón y la Concertación habían ganado las elecciones, el papito de Freddy había venido lloriqueando, exigiendo una pega. El ministro sabía que le debía a Freddy la vida, pero no era hora de favoritismos, transformar al gobierno en una agencia de empleos estilo mafia siciliana.

Pensé en el viejo esperando afuera del edificio de Turismo, en las cercanías de la casa de Barón, en el interior del aeropuerto, y aquel momento cuando él me deseó buen viaje con una lucecita de esperanza en los ojos. Le dije al ministro: -¿Y qué pasaría si le sugerimos su nombre a Larrea? Después de ese asalto estúpido, van a necesitar a alguien que sepa algo de seguridad y que no esté involucrado con la policía secreta del régimen militar-.

Y entonces Barón consintió de mala gana, dijo que lo haría por mí. Sin saber ni él ni yo que sería Freddy, muchos meses más tarde, esta noche para ser exacto, quien me haría pasar al pabellón chileno por la puerta trasera, dejar que yo, con mi comida y mis explosivos, burlara los dispositivos de seguridad.

Sin saber, Pablo Barón, que lo que estaba facilitando era su propia muerte. A él le preocupaba otra cosa: que mi buen corazón (lo que él llamó mi buen corazón) no me dominara. -Nada más que esta vez, eh, Gabriel. ¿De acuerdo? Ni una nueva solicitud a favor de otras posibles víctimas. Sea quien sea. ¿Estamos de acuerdo?-

Dije que sí con la cabeza, con un bostezo. Pablo Barón me acomodó una frazada y me precipité en un sueño inquieto.

Me despertó quién sabe cuánto tiempo más tarde una violenta sacudida del avión, como si un gigante en el cielo le hubiera dado un bofetón. Desde la cocina vino el ruido de vasos y platos que se quebraban con estrépito.

-No hay por qué preocuparse-, dijo Pablo Barón, -no es más que el viento de Magallanes. Estamos demorados, sobrevolando el aeropuerto de Punta Arenas hasta que la neblina se disperse un poco más-.

-¿Qué maravilla, no?- La voz alegre y entusiasta de Amanda Camila brotó en el momento preciso en que el avión repentinamente perdió altura y las máquinas rugieron haciéndonos emerger súbitamente de la turbulencia. Estaba parada justo al lado de nosotros, meneándose como una bailarina con cada convulsión y estremecimiento del avión.

-¡Vuelve a tu asiento!-

-¿Crees que vamos a estrellarnos, papá?-, preguntó Amanda Camila, aferrándose como una loca al asiento de su padre para no caerse ante el bamboleo demente del avión. -¿Crees que éste es el último viaje de nuestra vida?-

-Va a ser tu último viaje, te lo aseguro, si no vuelves a tu asiento. Y ajústate el cinturón-.

-A sus órdenes, mi capitán-. Ella lo saludó a lo militar y volvió tambaleándose a su sitio, al lado de una pálida Carola, cuyos ojos estaban cerrados mientras sus labios tremolaban como si estuviese rezando.

-Mira eso-.

Aunque yo hubiera preferido más bien imitar a su timorata esposa y clausurar mis ojos para no tener que presenciar mi propia muerte, lo obedecí. Allá abajo estaba Tierra del Fuego, la Isla Grande, proyectándose en medio de un mar muy negro. Era una planicie arrimada a una cadena de montañas nevadas, y sobre sus pastizales de un color café rojizo miles y miles de diminutos cuerpos se movían, una lenta multitud de...

-¿Sabes lo que son ésos?-

-Ovejas-, dije yo, acertando por una vez.

-Ovejas-, concordó el ministro. -La mejor lana del mundo.

Absorbe diferentes tintes como... Antes de que descubrieran petróleo, era la principal exportación de la región. ¿Te acuerdas lo que te dijo tu tío acerca de los Barón, de nuestro crimen?

Bueno, ahí está la causa. Si no fuera por esos animales y lo que hizo mi bisabuelo para defenderlos, yo no sería quien soy hoy en día-.

Pensé que ése no era el momento para aprender acerca del pasado. Era el momento para rezar como un demonio de que hubiese algo llamado futuro. ¿Pero quién resiste una buena historia antes de morirse? ¿Acaso no es la muerte lo que te excita, Janice, mi promesa de suicidarme lo que te mantiene leyendo ahí en Seattle?

De hecho, el relato de Barón logró distraerme del agitado bandeo del avión, del modo como crujía su metal como si estuviese a punto de quebrársele un ala. Por ahí, ésa fue desde el principio la intención del ministro. Sin darse cuenta de que su historia terminaría por ser otro clavo en su futuro ataúd.

Los indios de estos parajes, los tehuelches gigantes y los onas también bastante grandes y los yahganes, más pequeños, habían podido vagar por esta región, entre las más inhóspitas del mundo, durante diez mil años, algunos cazando guanacos a pie y otros cazando focas desde sus canoas. Los primeros exploradores europeos entraron en conflicto con los nativos en forma episódica, esporádica; no hubo masacres, sólo unos cuantos secuestros. Se los llevaban al Viejo Continente para exhibirlos, estudiarlos. Darwin mismo se había robado uno de los salvajes, y aun cuando los blancos comenzaron a llegar en forma más numerosa, a mediados del siglo diecinueve, a raíz del descubrimiento de algunas vetas menores de oro, las cosas no variaron sustancialmente, nada cambió de hecho hasta que se introdujo el pastoreo de ovejas en la Patagonia. Eso provocó a los aborígenes, particularmente a los onas, que se pusieron a matar a los rebaños, a veces para alimentarse, en otras ocasiones para fastidiar a los invasores y forzarlos a retirarse. Entraban a saco en los rebaños, los ahogaban o

les metían cuchillo, dejando los cadáveres congelándose al frío y retornando a buscarlos meses más tarde para comérselos. ¡El mismo hielo que permitía que pudiera exportarse la carne de cordero! Hasta que la rapiña incesante llevó a la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, que ya había perdido demasiado dinero, a que le pusiera un precio a cada cabeza de indio. Cabeza es una manera de decir, porque bastaba con las orejas, los genitales. Una libra esterlina por cada montoncito de carne humana.

-Y ése fue el crimen que cometió mi bisabuelo-.

-¿Él los mató?-

-Él les pagaba a los asesinos. Estaba sentado, día tras día, en su mesa, desembolsando. Nada más que un hombre detrás de un escritorio, un contador que había venido a hacer fortuna en el Nuevo Mundo. De hecho, tu tío se equivoca: no se trataba de un Barón. Tenía un nombre inglés, Wendell; del lado de mi madre, emigraron cantidad de ingleses, croatas, escoceses. Ningún McKenzie, que sepa. Hubiera sido gracioso si el bisabuelo de Cris hubiera estado trabajando por acá el siglo pasado al lado de mi antecesor, uno que degollaba indios y el otro a cargo de contar y remunerar esa matanza, pero no fue así, por lo menos no me parece. Cris conoce al dedillo su historia familiar y no hizo la conexión cuando yo descubrí mi pasado. Y vaya si lo descubrí. Por pura casualidad me topé con ese nombre un día en un libro de historia. Tengo que haber tenido dieciocho, por ahí diecinueve años, haciendo una investigación para un curso de historia en la universidad, y te puedo asegurar que me sentí anonadado. Eran tiempos afiebrados aquellos, Gabriel, con la Revolución cubana y el Che proclamando la necesidad de un Hombre Nuevo y Vietnam, y yo era ardoroso y fanático. Siempre he sido un animal bastante político. Me sentí culpable, sentí que debía hacer penitencia, tú sabes, pagar por lo que Joseph Wendell le había hecho a los indios. Ahí estaba yo, levantando el puño en nombre de los desposeídos del mundo, y mi propia familia... El abuelo de mi madre había ayudado a exterminar a una de las últimas tribus nómades de la humanidad. Así que juré que ayudaría a liberarlos.

Bueno, si no a ellos mismos, a los otros pueblos olvidados. El complejo de Che Guevara... lo teníamos todos en esa época. No es que ahora haya dejado de creer en la liberación, sigo pensando en que hay que construir una sociedad más justa y proteger a los que carecen de una voz. Por eso siento que es improcedente que tu tío o el doctor Ciruelo me critiquen-.

-O mi mamá-, agregué yo.

-O Milagros. En efecto. La gente se va al exilio, retorna, quiere encontrar el país tal como lo dejaron. Pero nosotros nos quedamos acá, aprendimos lo que se puede y no se puede realizar, la diferencia entre los sueños y la realidad-. Estaba agarrando calor con el tema, sin hacerle caso al brutal corcoveo y trauma del avión mientras preparaba su aterrizaje. Luché contra la náusea, concentrándome con valentía en esas palabras de Barón.

-No tengo de qué arrepentirme-, iba explicando él. -Es fácil modificar todo en la mente de uno. Pero cuando tienes que cumplir en forma responsable, no en el

bla bla bla del parloteo infinito, sino en el día a día, cuando tienes que construir nuevas escuelas para superar las causas de la pobreza, cuando tienes que convencer a la Sociedad de Fomento Fabril de que es bueno para el país que suban los impuestos a los empresarios, cuando quieres dictar una nueva ley de protección de los derechos de los pueblos indígenas, lo que se necesita es ser pragmático, flexible, realista. No puedo devolverles la vida a esos onas cuyos genitales fueron mutilados y que alguien tiró, de un golpe, en el escritorio de mi bisabuelo, pero puedo arreglar las cosas para que sus descendientes tengan una oportunidad, sea quien sea el que lleve un poquito de su sangre. Es a ellos a quienes tengo que pagar una parte, una pequeña parte de la deuda de la familia-.

El avión se ladeó violentamente, a duras penas enderezándose, y Amandita lanzó un chillido de placer. Estaba gozando esta aventura más que si fuera un terremoto.

-¿Y ella -pregunté-, sabe algo acerca de esto?-

-¿Amanda Camila? Se me ocurre que no. He tratado de que no se entere, aunque con locos como tu tío gritándolo a los cuatro vientos, quién sabe si... Tal vez lo averiguó. Tal vez de ahí le nació su obsesión con la Patagonia. Te tiene que haber contado, supongo, cómo le gustaría grabar las historias, la tradición oral, de los onas, de uno de los tehuelches. No puede y lo sabe... están todos muertos, no queda ni uno. Pero nunca hablamos del asunto. Trato de evitar el tema, sabes, Gabriel, porque... bueno, es una tontería, pero me sigo sintiendo... culpable. No por mi bisabuelo. Por lo que a mí me toca. Te quiero decir, tengo la vaga sensación de que yo podría haber hecho más, que la historia nos atrapó, a mi generación no se nos permitió hacer todo lo que podríamos haber hecho. Pero si yo fuera a admitirle eso a Amanda Camila, el problema sería que ella... lo que pasa es que ella simplemente no me entiende, Gabriel. Y lo extraño es que tengo la certeza de que tú sí, de que en ti puedo confiar, lo sentí desde que volviste-.

¿Qué pasaba con esta familia, con este país, que seguía recibiendo de parte de la gente sus confidencias? ¿Qué me pasaba a mí que todos venían y me expectoraban sus secretos en los oídos? Es decir, todos, menos mi papá. ¿Y qué podía hacer yo con tanta información, tantas emociones, tanta intimidad que no podía retribuir, cuando no tenía yo sino a una Nana, una mujer indefensa de ochenta años, a la que encomendar mi propia alma?

-Si yo le contara mis dudas-, prosiguió Barón, -Amandita simplemente me diría que renuncie, que yo debería dejar el gobierno, y no se trata de eso. Estoy orgulloso de nuestros avances y logros. Ella no acepta que hay momentos en que su padre se plantea estos dilemas, cuando yo me pregunto si no pudo haber otro modo de... Pero no lo hay, no lo hubo, así es la cosa. No hay alternativa al camino que elegimos, dada la situación que heredamos. Es un milagro que hayamos hecho tanto. Tres años atrás, carajo, yo estaba preso-.

-¿Estabas preso?-

-Un par de días. Incitando a la rebelión, ese tipo de estupidez. Ni me tocaron. Pero cinco años atrás me dieron una golpiza que..., bueno, llegaron a casa, amenazando con expulsarme del país. Y diez años atrás, si hubieran sabido mi

identidad o dónde me escondía, me mataban-.

La distancia que él había recorrido desde esos momentos de extremo peligro se recalcó aún más por la presencia de oficiales militares que nos recibieron al pie de la escalinata del vapuleado avión, los honores con que lo inundaron en el salón VIP del aeropuerto, la escolta armada que nos acompañó hasta la ciudad misma de Punta Arenas. A mí me tocó un limo más chico, con Amanda Camila, y sus palabras de desprecio, indicaban que su padre no se equivocaba respecto de la falta de simpatía que ella le guardaba. Mostró al principio una mínima prudencia, en vista de que nuestro conductor era un sargento del Ejército con orejas largas y ojos inquisitivos, pero finalmente no pudo contenerse.

-¿Por qué tiene que abrazarlos, por qué tiene que intercambiar chistes con ellos, por qué les sonríe en forma incesante, andar rogándoles que por favor le muestren las fotos de sus chiquillos?-

-Está simplemente haciendo su trabajo-, dije yo, sintiendo que debía defenderlo. La cordialidad que se había instalado entre su padre y yo a bordo del avión me había convertido, sin que yo pudiera entender bien por qué, en el portavoz extraoficial del ministro.

-No necesita lamerles el culo-, dijo ella. -Bastaría con darles la mano-.

-No entiendo por qué insistes en...-

-Vas a entender. Si nos dieron las habitaciones que papá me prometió, te puedo mostrar algo que te va a hacer entender-.

Las habitaciones en el piso más alto del lujoso Hotel Cabo de Hornos eran las que Pablo Barón había prometido, pero Amanda Camila ni siquiera me dio el tiempo para derrumbarme sobre la cama: como un torbellino, ella hizo su aparición y me paró frente a la ventana, abriendo las cortinas. Frente a nosotros estaba el estrecho que Magallanes había navegado en la primera vuelta al mundo, el sol invernal poniéndose temprano -¡eran las tres y media de la tarde! sobre esos precipicios verdes y montañas blancas y aguas oscuras. Ella señaló hacia una península, o por ahí era una isla, que a unos cien kilómetros, quizás un poco más, se adentraba agresivamente en la vasta marejada. Un último rayo de luz golpeó uno de sus promontorios, tornándolo rojo y rosado y amarillo.

Era la isla Dawson, a donde lo hubieran enviado a su padre si los militares lo hubiesen capturado en los días después del golpe de 1973. A los que sobrevivieron, dijo ella, los que tuvieron suerte, a ésos los mandaron a Dawson. Los mismos hombres que Barón había abrazado con entusiasmo en el aeropuerto habían transformado a esa isla en un campo de concentración, llenándolo con los ministros del gobierno de Salvador Allende, los representantes del Congreso libremente elegidos, los subsecretarios como su papá, forzándolos a construir sus propias barracas, su propio campo de prisioneros, ahí los tuvieron meses de meses sin someterlos a juicio. Era indignante ver a su padre someterse ahora a esos hombres en forma obsecuente, cuidándose de nunca mencionarles el pasado, esforzándose todo lo posible para que los milicos no se incomodaran.

A mí me parecía que ella era excesivamente dura con él y se lo hice ver. Lo que él hacía, era por el bien del país, para que ella y todos los otros habitantes tuvieran estabilidad después de tantos años turbulentos. Y además, quería que ella supiera que su padre era el hombre más considerado y gentil que yo había conocido acá en Chile. Ella no sabía cuán afortunada era de tener un papá que se preocupara por ella, que la mimara tanto. Debería dejarlo en paz.

Amanda Camila suspiró, me propinó un suave beso en la frente.

Esperé que aquella boca descendiera un poquito, se convidara a mi propia boca. No hizo nada por el estilo.

-Está bien-, dijo. -Por ti, Gabriel. Voy a tratar de ser cariñosa. Él ha hecho todo lo posible para que lo pasemos bomba, ¿no es cierto? No sabes cuánto tiempo llevo esperando este viaje.

Hasta conseguí que Carola prometiera que nos iba a dejar solitos apenas parta mi viejo. Ya vas a ver. Vamos a divertirnos tanto, sólo tú y yo y nadie más-.

No era cierto. Ni nos íbamos a divertir tanto y sí habría alguien más. El tercero en discordia, el que me haría la vida imposible y la estadía una pesadilla, hizo su flamante aparición a la hora de la cena o, más bien, cuando estaban sirviendo los postres. Amanda Camila había notado, al parecer, la presencia de ese hombre cuando, un poco más tarde, entramos al comedor. Fue ella quien le preguntó a su padre, cuando al arribar la copa de helados Cabo de Hornos a nuestra mesa, quién era ese joven, el de allá. Mi mirada atravesó el salón y lo reconocí de inmediato: era aquel hombre rubio que había estado alardeando acerca del Santa Lucía y su cementerio clandestino ante una cámara de televisión, el hombre que me había penetrado los ojos con tanta insistencia, tanta intensidad.

-¿Quién?-, preguntó Pablo Barón.

-Ése, al que saludaste desde la distancia cuando entramos al comedor-, dijo Amanda Camila. -El guapo-.

Yo no lo encontraba tan guapo. Buen mocito, digamos, facciones bien esculpidas, pelo ondulante y rubio, una nariz recta y decidida, está bien, está bien, era guapo, gallardísimo, de hecho, Janice, irradiaba desde sus putos ojos azules un aura de estrella de cine. Pero nada me alertó de que me iban a hacer falta más que nunca los consejos que mi padre jamás me había impartido para mantener a raya a ese demonio de macho durante los días que siguieron. No me hubieran venido nada mal algunas rápidas sugerencias desde el momento mismo en que ese hombre respondió a los gestos de convite de Pablo Barón y cruzó el comedor hasta nuestra mesa.

-Max Behrends-, murmuró el ministro, mientras el tipo navegaba el laberinto de las mesas. -Cineasta chileno, una historia increíble de agallas y determinación. He estado tratando de persuadirlo de que sea él quien filme la saga del iceberg, pero tiene sus propios planes. Estoy seguro de que ya se los va a contar-.

Fue tal como lo pronosticó el ministro: Max Behrends nos contó sus planes con lujo de detalles.

En los días venideros, yo iba a terminar conociéndolo más de lo que hubiese deseado. ¿Te has encontrado a alguien en la vida, Janice, al que simultáneamente admiras y detestas, una persona cuyo movimiento más mínimo, cada gesto, su misma existencia, parece un insulto, un desafío, una señal de que tú podrías haber sido diferente, tú podrías haber sido esa persona de haber tenido más suerte o contado con alguna bendición especial o si muy sencillamente hubieras tenido el coraje para tomar el camino que decidiste desechar? Max Behrends era para mí esa persona, Dios lo había mandado a la tierra con el único y expreso propósito de que yo tomara conciencia de todos los errores con que había plagado mi propia vida. Él había hecho lujuriosamente bien todo lo que yo había hecho execrablemente mal. Cada vez que había vacilado en la romería de mi existencia, titubeando frente a una encrucijada, tomando el sendero equivocado, te puedo certificar que él hubiera tomado el otro de haber tenido la ocasión. Max había calcado mi vida, una copia en papel carbón. No, borra lo que acabo de escribir. Max se había robado mi vida.

Acababa de celebrar sus veintitrés años, dos días después del mío, de hecho el 11 de julio. Importa, esa fecha, ya lo verás. El día después de que lo viera montar el cerro Santa Lucía, el muy hijo de puta subió y yo me quedé abajo.

Behrends era, como yo, un exiliado. Nacido en Austria, había llegado a Chile a los seis años de edad, la misma edad de cuando yo me fui: pudimos incluso habernos cruzado en el aeropuerto, es posible que él hubiera tocado suelo chileno en el simétrico momento en que yo lo abandonaba, su vida en Chile comenzando justo cuando la mía se terminaba, continuando él lo que yo no pude llevar a cabo. Y eso no es nada, Janice. Durante los próximos cinco años él sufrió en Chile lo que yo sufrí en los Estados Unidos: la sensación de ser un forastero, la experiencia de tener un solo progenitor para cuidarlo, aunque en su caso era su papá el que insistía en rememorar Austria, tal como mi madre me sobresaturaba con el recuerdo de nuestro país lejano. Y más o menos en la misma época, septiembre de 1979... No lo podía creer cuando escuché esa fecha, el mismo mes y año en que yo decidí romper con Chile y hacerme norteamericano, Max estaba, en Chile, llegando a la decisión precisamente contraria.

Los niños en Chile, como los niños en todas partes del mundo, se burlan de los extranjeros. Llaman Otto y Fritz a la gente de origen alemán, se los representan como lentos y tontos, imitan extravagantemente sus acentos. -Eh, Otto, don Otto-, los cabros chilenos invocaban con escarnio a Max en el patio del colegio, en el barrio. -Eh, Fritz, ¿te gustaría ver mi salchicha, la pi-chu-la?- Y Max se había tomado cinco años para contraatacar, pero cuando lanzó su ofensiva, fue mortal y devastadora. Ese día en septiembre de 1979, él desafió a sus perseguidores: -Les apuesto que yo sé más acerca de su propio país que todos ustedes juntos-.

Era bueno para las apuestas, Max -como yo, como mi papá, como Amanda Camila-. Y entonces Max sorprendió a sus compañeros de curso con un par o más de preguntas que ellos fueron incapaces de responder: -¿Les apuesto que no

saben cuál fue la primera mujer asesinada en el San Cristóbal? ¿Les apuesto que no saben la hierba que usan los mapuches, con la que frotan a una hembra para que se caliente y quede lista para entregarse al primer hombre que se le cruce en el camino? ¿Les apuesto que nadie sabe que el Santa Lucía fue alguna vez un cementerio?-

Los niños chilenos guardaron silencio porque ignoraban absolutamente todo acerca de su propia patria, mientras que Max se había pasado los años previos devorando la historia del país y su gente, sus animales y su arquitectura, sus héroes y sus villanos, y estaba por fin listo. A sus compañeros de curso les enunció las hazañas de un cierto marqués que, en 1820, había degollado a su amante por una supuesta y nunca probada infidelidad, enterrando el cuerpo en el San Cristóbal sin que se lo castigara, ni siquiera un día preso, sólo debiendo pagarle a la madre de la niña unos pesos por año a manera de compensación.

Una de las típicas historias que Max le narraba a los niños en su época escolar y a Amanda Camila y a mí mientras nos servía de guía por toda la Patagonia durante los cuatro días que siguieron, siempre acentuando lo erótico, lo estrafalario, lo espectacular.

Esos niños habían estado tan fascinados como nosotros, con tantas ganas como nosotros de conocer las propiedades del huenangue, la hierba del amor de los mapuches, la banda entera preadolescente pidiéndole que les obtuviera una muestra de ese filtro pasional que se vendía en un puesto que Max había descubierto en el Mercado Central. Yo, por mi parte, no quise admitir mi interés, pero Amanda Camila no tuvo reparos. -Me encantaría probar esa hierba-, dijo ella, a bordo del jeep de Max, que avanzaba haciendo crujir la nieve camino a Puerto Hambre.

-No hay mejor poción que la que producen nuestras propias glándulas-, sentenció Max, -pero pruébala, por cierto, si tienes ganas-.

-Así que los niños creyeron en esa superstición-, comenté yo.

-Sí-, respondió Max. -Da lo mismo cómo la llames, superstición u otra cosa. Si los ayudó a salir de una timidez pueril... Y a mí me ayudó a sobrevivir: de excluido, pasé a ser líder. Nunca más me sentí un extranjero-.

Otro tipo de supervivencia lo esperaba: cuatro años más tarde, cuando él se escapó de su hogar, sería ese acopio de información infinita acerca de Chile lo que le permitió vencer la adversidad.

De nuevo, casi el mismo día en que yo no logré hacerte el amor a ti, Janice Worth, el día en que mi padre McKenzie se interpuso entre nosotros y comenzó a rondarme como un fantasma, Max Behrends estaba rompiendo con su propio progenitor.

-¿Sabes quién es Walter Rauff, Gabriel?-, preguntó Max.

Siempre la misma táctica: se ponía a dispararme interrogantes que yo nunca podía contestar. Lleno de nombres que yo debería haber tenido a mi disposición y

que nunca antes había escuchado siquiera mentar, Max terminaba habitualmente respondiendo él mismo a sus propias preguntas. -Un criminal de guerra nazi, directamente, personalmente responsable del exterminio de cientos de miles de judíos. La Corte Suprema chilena, allá por 1963, rechazó su extradición. Lo dejaron en nuestro país, gozando de la más inmensa libertad. Libre para que, diez años más tarde, cuando los militares dieron su golpe, él pudiera ofrecerles su asesoría, mostrarles un par de cositas que se les podía hacer a cuerpos enteramente indefensos. Yo llegué a conocerlo. Unos días después de nuestro arribo a Chile en 1974, mi padre se vino a Punta Arenas, me introdujo a Rauff, nos dimos la mano muy corteses y conversamos en alemán. Me subió a su rodilla. Un viejo amable, cariñoso, por lo que recuerdo-.

-¿Qué hacía acá en la Patagonia?-, hice aquella pregunta, interesado pese a mí mismo, incapaz de fingir indiferencia.

-Vino después de la Segunda Guerra Mundial. Consiguió un trabajo en los frigoríficos, inspeccionando animales muertos-.

-Carne-, intercaló Amanda Camila. -Rauff tenía experiencia en esa materia. Como algunos de los hombres que lo contrataron aquí en Tierra del Fuego. Ellos habían llevado a cabo su propia campaña de exterminio, su pequeño genocidio privado-.

No pude darme cuenta por el tono de su voz si ella sabía que su antepasado Wendell se encontraba entre esos hombres, laborando en estas mismas haciendas por las que pasábamos ahora, que Max había visitado cuando era un niño. Sin saber Max en esos tiempos lo que terminaría averiguando años más tarde, que Albert Behrends era un financista de Walter Rauff, el conducto para el dinero que grupos neonazis le enviaban del extranjero ahora que vivía en Chile, un país donde -y aquí Max citó una de las cartas de su padre- -los ideales del Tercer Reich podían finalmente volver a encarnarse, donde las fuerzas armadas no temían limpiar con sangre una sociedad corrupta, femenina, enferma-.

Max había leído esa carta y una serie de otras que su padre había escrito, y enseguida lo confrontó, lo insultó y salió de esa casa, decidido, a los quince años de edad, a sobrevivir sin ayuda de su familia. El idéntico día de 1983 en que yo, a un hemisferio de distancia, estaba enganchando mi destino al de mi padre, conociendo también mi origen.

-Lo desheredé-, dijo Max. -Lo que yo hiciera a partir de ese instante iba a deberse a mis esfuerzos y los de nadie más-.

-¿Pero tu papá no te buscó, no mandó a alguien a que te siguiera la pista?- Fue la única pregunta que me vino directo del corazón durante toda esa tarde en que atravesamos la nieve de la Patagonia, preguntándonos si acaso nuestras vidas no habían coincidido en una más de tantas fantásticas intersecciones, si el gran McKenzie no habría recibido esa mañana una llamada de un atribulado Herr Behrends pidiéndole que recuperara su querido...

-Nunca supe de él, nunca lo volví a ver. Creo que él me dejó esa información, esas cartas, las dejó a propósito, ese día en 1983, para que yo las encontrara.

Creo que barruntaba que estaba a punto de convertirme en un ser totalmente diferente de él. Así que me puso a prueba, trató de que aceptara quién era él, trató de conservarme para siempre bajo su bota. Odiaba mi exuberancia, que me interesaran las costumbres de los indios de Chile, aun de niño. Se me ocurre que yo le recordaba a mi madre muerta y él la odiaba, estoy seguro de que la odiaba. Era una mujer, después de todo. --Está corrompida- decía siempre, -es sucia-. Se refería a su menstruación. Creo que se odiaba a sí mismo por haberla deseado, por esa debilidad, me odiaba a mí por ser hijo de ella.

Quería que yo me muriera en las calles de Santiago-.

Pero en vez de morirse, Max había prosperado. Nos lo contó exhaustivamente mientras visitábamos los pingüinos y la estancia San Gregorio y los artefactos paleoindígenas en la caverna de Pali Aike. Había sobrevivido, nos dijo, porque sabía historia.

-Me fui al cerro Santa Lucía con ganas de comenzar mi nueva vida donde la ciudad de Santiago había comenzado la suya.

Supongo, Gabriel, que tú conoces ese sitio, ¿no?-

-No sé cómo adivinaste-, dije, ninguno de los dos dispuesto a reconocer que nuestras trayectorias ya se habían cruzado, que habíamos intercambiado esa mirada de complicidad a los pies del Santa Lucía.

-Me puse a conversar con un par de turistas alemanes-, prosiguió Max, les ofrecí una visita guiada, y me recompensaron con algunos pesos. Luego me busqué a unos irlandeses que se alegraron de saber que tantos católicos de origen irlandés habían contribuido a la independencia de Chile -O'Higgins y McKenna, y mi lengua no paraba- y al anochecer ya me había ganado lo suficiente como para alquilar una pieza en un hotelucho de mala muerte-.

Para la cena, se había servido un buen banquete de sobras tiradas en los tarros de basura del Chez Henri, un restaurante que quedaba en la Plaza de Armas. Compartió esos residuos de comida con otros jóvenes callejeros que, después de hartarse, se habían ido a dormir bajo los puentes del Mapocho, niños que quizá todavía dormían en el mismo lugar o que estarían muertos o encarcelados. Mientras que Max... Max floreció en medio del infortunio, ahorró cuanto pudo, nunca tomó drogas, nunca le robó a nadie, y nunca lo violaron. En una época en que la mayoría de los chilenos no había despertado aún a las maravillas del mercado libre, Max transformó un peso en dos y dos pesos en cuatro y ocho en... y así siguió la cosa, Max supo en qué invertir, Max siempre estaba atento a la mejor manera de poner a trabajar su plata, Max era un pirata austríaco siempre listo para sacar provecho del próximo negocio.

Al principio, no había sido más que la intuición de que él podía venderle a los turistas algo más valioso que los meros antecedentes históricos, anecdóticos. Comenzó a demandarles un porcentaje a los restoranes adonde conducía a los visitantes y se llevaba también una pequeña tajada de cada souvenir que ellos compraran en las tiendas folclóricas. No tardó mucho en darse cuenta de que si él proveía directamente a sus dientes con objetos turísticos, subía el margen de

ganancia. Y con las utilidades armó un restaurante propio, tal como lo había hecho mamá en Manhattan, comida típica chilena cocinada a la antigua, con las recetas de antaño. Y cuando tuvo capital suficiente, se dedicó a comerciar directamente con los mapuches; de hecho, con los años, Max fue sugiriendo él mismo a los artesanos en Temuco una serie de diseños destinados a satisfacer a los turistas cada vez más exigentes.

Cuando cumplió los dieciocho años, había acumulado suficientes beneficios como para armar su propia pequeña productora cinematográfica. Inicialmente, lo filmado servía para videos turísticos como el que yo había visto en producción el día en que nos topamos en Santiago. Pero en la medida en que los acontecimientos políticos empezaron a sobrecalentarse, Max se especializó en protestas y vida cotidiana, vendiendo trozos selectos a estaciones de televisión extranjeras. Era a través de sus ojos que yo había presenciado lo que sucedía en Chile, era Max el que me había estado alimentando secretamente con imágenes del país durante los años en que yo tenía la esperanza de que el pueblo chileno derrocaría a Pinochet y me traería de vuelta a un hogar, a un padre y a una cama tibia y acogedora. Había filmado el plebiscito de pe a pa, ganándose un premio al mejor documental en algún estúpido festival de filme de alguna localidad montañosa norteamericana y lo habían nominado enseguida para un -algo dorado de no sé qué-. Un subsidio de una fundación alemana le había permitido escribir un guión que se transformó en menos de un año en una película que él mismo rodó en Estados Unidos. Capaz que la hayas visto, Janice, -Into the Body-, acá en Chile tuvo un éxito relativo con el nombre -Cuerpo a cuerpo-. Se trata de uno de esos expertos forenses, sabes, uno de esos que se especializan en cadáveres y la reconstrucción de la muerte de alguien, y ese médico norteamericano se enamora de una mujer cuyo marido ha desaparecido en Chile y se presume que murió, y ellos por cierto tienen que rastrear al marido que desapareció y averiguar si de veras está muerto. En todo caso, a raíz de ese filme él fue ensalzado como la revelación latinoamericana de la década. Y ahora, en las alas de ese exitazo, Max Behrends había venido a la Patagonia que conoció de niño, dispuesto a pagar una deuda, según nos explicó. Preparando su próxima película. ¡Pagar una deuda!

¡Preparar una película! Había venido a robarme la niña, mi niña.

Aquella noche en que conoció a Amanda Camila en el restaurante del Hotel Cabo de Hornos, nos atormentó y entretuvo con pedacitos y anticipos de la cinta que estaba planeando. Se sentó y se apropió de mi copa de helados. -¿No te importa compartir, no, Gaby?-, dijo el huevón, haciéndose el muy familiar, y le dije que no, que adelante, tuve la esperanza de que le diera indigestión.

-¿Qué sabes de la Patagonia?-, me preguntó, comenzando a devorar mi postre. -Te quiero decir, los reporteros algo leen antes de viajar, ¿no? ¿Qué cosa? ¿Chatwin? ¿Pigafetta? ¿Fitz Roy?

¿Bridges?-

-Un poquito de uno, un poquito de otro-, dije, escondiendo mi ignorancia detrás de lo que esperaba que la concurrencia estimara era mi resplandeciente modestia.

-¿Qué te dice el nombre de Sarmiento de Gamboa?-

Busqué en los recintos más recónditos de mi memoria.

¡Sarmiento, Sarmiento! Era un nombre que en algún lugar yo...

-Presidente de la Argentina-, anuncié triunfalmente. -Escribió un libro en el siglo diecinueve acerca de América Latina, proclamando que nunca progresaría a menos que la civilización derrotara la barbarie, si la ciudad domesticaba lo salvaje y rural-.

--Facundo--, dijo Amanda Camila, tratando de ayudar, mi linda.

-Ése es el nombre del libro que escribió Sarmiento. -Civilización y barbarie--.

Claro que Max se refería a otro Sarmiento, de Gamboa, el primer hombre en navegar desde el Pacífico hasta el Atlántico, y escogido a raíz de esa hazaña por Felipe II para colonizar el estrecho en 1581 y cerrarlo a los bucaneros ingleses y holandeses. Partiendo de España con quince naves, había tardado tres años en llegar a la Patagonia y a esas alturas lo único que le quedaba era una fragata. Fundó dos fuertes y partió de vuelta a la madre patria para buscar provisiones, nuevos colonos, todo lo que hiciera falta para asentar su conquista. Dejándolos a todos allá, hombres, mujeres, niños, sin un barco en que escaparse, con una dotación de víveres que duraría justo hasta su retorno.

Max hizo una pausa dramática.

Sarmiento de Gamboa, dijo, no volvió nunca por ellos.

Esperaron infructuosamente. Cuando el pirata inglés Cavendish pasó por uno de los fuertes algunos años más tarde, sólo pudo rescatar a uno de los quince sobrevivientes, un hombre llamado Tomé Hernández. A los demás los dejó en tierra, enfrentando una muerte segura. Después Cavendish navegó hasta el otro fuerte, donde nadie había podido resistir los dos inviernos polares.

Desde una horca, colgaba el esqueleto de un pobre diablo. La justicia del rey seguía dispensándose en medio de la ruina generalizada. Cavendish bautizó ese lugar con el nombre de Puerto Hambre.

Max introdujo otra pausa en su relato de sobremesa, para atraparnos mejor en esos ojos azuladamente inocentes. -Si quieren-, dijo, -pueden venir conmigo y echarle una mirada a Puerto Hambre. tengo que explorar bien el terreno para la filmación-.

-No creo que nos alcance el tiempo-, respondí rápidamente.

-Tenemos cantidad de cosas que hacer, arqueología y otras cosas por el estilo, nativos, ya sabes. Museos. ¿No es cierto, Amanda?-

-Cierto-, dijo ella, pero su voz temblequeó, parecía haberse olvidado ya de su

pronóstico de lo mucho que nos íbamos a divertir solitos. Sin nadie más, había sido su promesa hacía unas horas en mi habitación.

-¿Qué le pasó a Sarmiento de Gamboa?-, preguntó Carola. Ella también parecía encantada con el guapo Max. La vi inclinarse un poco más hacia él, para no perderse ni una palabra que cayera de sus falaces labios germánicos.

-En el viaje de vuelta a España, fue capturado por sir Walter Raleigh y llevado a Inglaterra, donde la reina le tomó simpatía y lo soltó. Camino a casa, los hugonotes en Francia lo pillaron y lo encarcelaron. Eso duró dos años. ¿Tipo con suerte, eh?

Finalmente Felipe II pagó su rescate, pero Sarmiento nunca pudo convencer a su monarca de que valía la pena mandar una expedición para auxiliar a los colonos que él creía que todavía seguían esperando su retorno. Estaba equivocado. Ya se habían muerto todos de hambre. Y los españoles jamás trataron de colonizar otra vez Tierra del Fuego-.

-Qué filme más deprimente-, dije yo, mirando desconsolado mi copa vacía. No quedaba helado ni para lamer.

-Bueno, de hecho, es una historia de amor-, dijo Max, limpiándose delicadamente los labios con mi servilleta. Inventé un personaje llamado Catalina, una mujer que Sarmiento de Gamboa ama y que deja en la Patagonia. La misma Catalina que Tomé Hernández enamora y después abandona. Ambos prometen amor eterno y nunca vuelven-.

-Eso es todavía más deprimente. ¿Quieres someter a tu público al espectáculo de una mujer muriéndose de inanición en Puerto Hambre?-

-De ninguna manera. Ella sobrevive. Ella hace la única cosa inteligente que una mujer podría haber hecho en esas circunstancias: se une a los selknam-.

-¿Los selknam?-, pregunté yo.

-El nombre verdadero de los onas-, dijo Amanda Camila. -Lo que se llaman a sí mismos-.

-Se llamaban-, dijo Barón.

-Se me ocurre que va a ser un filme precioso-, dijo Amanda Camila, ignorando el comentario de su padre que le recordaba la extinción de los onas. -Esa mujer comenzando una nueva vida entre los aborígenes, dándole la espalda a la España que la abandonó-.

-Bueno, de hecho-, dijo Behrends, -sus dos amantes tienen ganas de volver a buscarla. El problema es que no pueden. No hay, para poner las cosas en forma brutal, mucho que controlar en su propia vida. ¿Saben cómo se va a llamar mi largometraje?-

-El Hombre que se Despidió y nunca más Volvió-, dije yo, esperando que

entendiera la ironía y por ahí le hiciera caso a mi sugerencia.

Behrends hizo caso omiso. -Por Culpa del Viento-, dijo.

-Porque el viento es el verdadero malo de la película. Ese viento que pueden escuchar ahí afuera. ¿Lo escuchan?- Pusimos un oído atento, aunque, por mi parte, yo lo había estado sufriendo desde que el avión había comenzado su bamboleo insano. -Sarmiento ni siquiera alcanzó a despedirse de sus amigos o la amada que yo le inventé-, prosiguió Behrends, -porque el viento lo llevó mar afuera, lo llevó aullando por el Atlántico, no lo dejó tranquilo hasta que lo depositó en Brasil. Siguió intentando contrariar ese viento tempestuoso durante varios meses, pero no había caso.

Finalmente, hubo un motín y sus hombres lo forzaron a partir hacia España. Y en cuanto a Tomé Hernández, algunos años más tarde se subió a la nave de Cavendish para pedir auxilio, dejando en tierra firme a sus catorce compatriotas que se quedaron debatiendo si el hecho de aceptar la oferta de rescate de un hereje haría peligrar la eterna salvación de sus almas, y de pronto apareció un viento favorable y el bucanero inglés, que estaba meditando en cosas más mundanas, dio la orden de partir de inmediato. Así que tampoco alcanzó Hernández a decirle adiós a esa mujer-.

-Pobrecita-, dijo Pablo Barón.

-Yo no le tendría tanta pena-, contestó Behrends. -Creo que finalmente ella se sintió... bueno, contenta, diría yo. Creo que ella encuentra que la vida entre los selknam era más pacífica, más satisfactoria, especialmente para una mujer, más humana quizá que entre los europeos-.

-La ficción-, el ministro dio un gruñido despreciativo. -Por suerte nadie me está tratando de meterme a mí su novela o su película, torciendo mi vida para el entretenimiento de gente que no conozco-.

-Con tal de que sea coherente-, dijo Behrends, -uno puede hacer lo que viene en gana con la historia. Esta Catalina es un ser que yo imaginé, pero su experiencia se basa en las narraciones de cautiverio. Muchas mujeres fueron secuestradas por los indios y en la mayoría de los casos no quisieron volver a la civilización, tenían cero ganas de ser rescatadas. Así que los hombres de Catalina arden en deseos por ella al otro lado del Atlántico y ella finalmente no los echa de menos en absoluto, saliendo de caza con los onas hombres, partiendo rumbo a la Antártida en busca de una ballena. Desaparece en la vasta blancura con una sonrisa en la cara. -The End-.

-Qué hermoso final-, exhaló Amanda Camila.

No me gustó ese suspiro, esos ojos adorativos, no me gustaba la manera en que este ario arrogante estaba jugando con mi Antártida, mi descubrimiento, el dominio del que yo me había enamorado.

-¿Y no tienes miedo de que el viento destruya tu película-, dije, -del mismo modo en que destruyó a tus protagonistas?-

-Con tal de que los que están poniendo la plata no tengan miedo-, dijo él, -¿por qué iba a tenerlo yo?-

-Bueno, si tus productores se retiran-, Pablo Barón dijo, -no te olvides de nuestra oferta: el iceberg precisa a un gran artista que narre su peregrinaje a Sevilla. Después de todo, es el viaje que esa mujer que inventaste jamás hizo, el viaje de vuelta al hogar. Completarías el círculo de tu historia-.

-Una mujer no es un iceberg, ministro-.

-Algunas sí lo son-, respondió Pablo Barón. -Afortunadamente, eso no incluye a la presente compañía. Pero acuérdate de mi oferta-.

-Tomaré en cuenta su oferta cuando el gobierno se acuerde de que seguimos sin una ley de fomento a la industria fílmica, ministro. Es una lástima que tenga que realizar mi largometraje con dinero extranjero, que ninguna ganancia se vaya a quedar en nuestro país-.

-Estamos estudiando el asunto-.

-Es lo que le dijo el rey a Sarmiento. Era así en esos tiempos, es así ahora. En esa época, la gente estaba ciega, no podía ver, ni menos explotar, las riquezas y maravillas que estaban acá, al alcance de la mano, listas para recogerse.

Siempre llegamos tarde a todo, nosotros, los latinoamericanos. Si los españoles hubiesen escuchado a Sarmiento de Gamboa, no nos perdemos tres siglos. ¿Quién sabe qué prodigios nos hubiera entregado esta región de haberla colonizado mucho mucho antes?

Quizá las tribus fueguinas estarían vivas todavía, como los esquimales cerca del Polo Norte-.

-O quizá hubieran desaparecido antes, los hubieran exterminado antes de que alguien pudiera siquiera fotografiar a uno de ellos-. Era la primera vez que escuchaba a Amanda Camila criticando a Behrends y usé la oportunidad para pararme, un tanto bruscamente al parecer, puesto que todos se asombraron ante mi gesto repentino.

-Ha sido un placer, señor Behrends-, dije. -Llámeme si pasa por Nueva York el año que viene-.

-No creo-, respondió él, -que vaya a tardar tanto tiempo antes de que nos veamos-.

Me quedé con la impresión de que él no lo decía en serio, la ilusión de que no reaparecería jamás. No estuvo para el desayuno, ni hizo acto de presencia cuando el auto de la Armada vino a llevarnos al muelle desde el cual el -Galvarino- iba a partir en noviembre a recoger el iceberg, no estuvo tampoco cuando inspeccionamos el frigorífico Simunovic, que serviría primero como depósito y después como atelier donde el escultor Armando Jorquera volvería a ensamblar

los inmensos pedazos de hielo, no estuvo presente cuando un almirante me explicó con lujo de detalles cómo pensaban garantizar ellos la seguridad del iceberg.

Ni tampoco se dejó ver Max en el único sitio donde de veras temía encontrarlo, a la hora del almuerzo en el comedor del hotel, ni apareció para brindar por Pablo Barón y despedirnos de él y lanzarle la mentira de que lo echaríamos tanto de menos. Y por cierto que no exhibió su figura maldita de cineasta rubio cuando Amanda Camila y yo atravesamos a duras penas la nieve, cruzando la plaza Muñoz Gamero al Museo de los Salesianos, lo que nos tomó casi media hora, negociando esa cuadra y media con la estrategia de dirigirnos primero a un costado y luego al otro y así, en zigzag, con tal de hacer algún progreso contra el viento. Tuve la esperanza de que Max hubiera decidido alquilar un barco que lo llevara hasta el Cabo de Hornos y que ahí hubiera repetido el destino de los compañeros náufragos de Sarmiento de Gamboa, deseé fervientemente que él estuviese en ese mismo instante hundiéndose con su equipo de filmación, tocando el fondo del fiordo más profundo del Canal del Beagle; yo quería que su cámara lo siguiera registrando en los momentos en que se precipitara lentamente a su muerte acuática e insolente en ese golfo helado, filmando un documental que le hubiese ganado un Oscar, siempre que alguien lo hubiera visto. Pero nadie lo vería. Nadie vería nunca más ni una imagen suya.

No tuvo ni él ni yo esa suerte.

Max Behrends ya estaba en el Museo de los Salesianos, esperando nuestra presencia. No la nuestra. La de Amanda Camila.

Durante toda la tarde anterior y la mitad de la noche, yo había estado instruyéndome acerca del museo y de los onas, los indios favoritos de Amanda Camila. Me había instalado en la espléndida biblioteca del hotel, leyendo hasta que mis ojos enrojecieron de fatiga. La próxima vez que alguien apareciera con todo tipo de informaciones y anécdotas y noticias, yo le ganaría el quienvive. Y parecía que mi táctica iba resultando. Camino al museo, Amanda Camila había tratado de explicarme que el museo había sido fundado por… y yo la interrumpí. Sí, por los padres salesianos, la misma orden de sacerdotes católicos que había establecido una misión religiosa en la isla Dawson. Sí, la misma isla Dawson que había servido como campo de prisioneros muchos años más tarde. El gobierno le había brindado a los salesianos el derecho de proteger de sus perseguidores a los indios, a pesar de que sólo hablaban italiano y de que sabían lo que se dice nada de los nativos. Los salesianos comenzaron por reclutar a los tehuelches y cinco años después a unos cuantos onas y así siguieron durante veinte desastrosos años. Y en 1911, los padres se vieron forzados a dar por terminada su misión porque la mayoría de sus -protegidos- había muerto de pulmonía y otras enfermedades. Este museo era todo lo que quedaba, lleno de artefactos y tejidos y fotos.

No me cabe duda de que la impresioné, y hubiera tenido ocasión para ahondar su admiración por mis conocimientos, si Max Behrends no hubiera decidido darnos un -tour- particular del museo con el beneplácito del padre curador. Max ya había visitado ese lugar muchas veces antes: éste era su quinto viaje a Punta Arenas. Él se había pasado la mitad de su vida -y no la mitad de un

día y una noche, como yo- estudiando la región y sus habitantes. Lo que yo decía, él lo corregía; cuando yo tenía razón, él agregaba más información y más relevante; y todo comentario mío era respondido invariablemente por su propia perspectiva, más vasta y erudita.

Ahí estábamos, parados frente a una escena que exhibía la vida de la misión, con un sacerdote severo y una monja austera supervisando a una mujer nativa que hilaba cerca de una salamandra, hilando el tipo de tejidos que cubrían varias murallas del museo, hilando sin piernas -porque ese modelo a escala humana no estaba completo, la parte más abajo de la cintura era puro concreto, como si esa mujer hubiese quedado varada ahí para siempre sin extremidades inferiores.

-No querían que ella se escapara-, dije yo, -por eso le cortaron las piernas-.

-Hay otra interpretación-, dijo Max amablemente, porque nunca fue agresivo ni arrogante, siempre -o por lo menos al principio- mostró la más exquisita cortesía. -Sexo. Cuando uno no puede explicarse algo, si buscamos la conexión sexual, las cosas tienden a volverse comprensibles. Cuando Mayorino Borgatello, el padre salesiano que se horrorizó ante el exterminio de la población indígena, visitó Italia en 1889 para conseguir fondos para su cruzada, fondos para salvar a los nativos, ¿qué crees que trajo consigo en el barco de vuelta?-

Yo no dije una palabra. Pensé comida, medicinas, ¿algo que tuviera que ver con sexo? ¿Tal vez condones, catres, cómo adivinar lo que el maldito cura había importado desde Italia?

-Ropa-, dijo Amanda Camila.

-Tal cual-, concordó Max. -Ropa. Toneladas de ropa, porque la palabra de Dios no podía predicarse ante cuerpos desnudos. La indecencia debía ser cubierta, no podían convertirse las almas hasta haber salvado los cuerpos. Los indios habían sobrevivido durante miles de años al aire libre. La escarcha resbalaba por esos cuerpos untados con grasa. El cuerpo entero lo tenían como nosotros tenemos la cara, curtido y capaz de aguantar las temperaturas más bajas, pero los sacerdotes los forzaron a vestirse y, claro, los indios se enfermaron. A los veinte años, en 1911 para ser exacto, la mayoría había perecido. La enfermedad terminó por liquidar a los pocos que habían logrado sobrevivir a los cortadores de genitales y orejas. Así funciona la historia.

Primero a los pueblos conquistados se los mata con armas de fuego, se los aterroriza. Y luego se los mata con la civilización. Pienso en ellos agonizando, uno tras otro, y su idioma que moría con ellos, el cementerio que se expandía, sus almas al cielo, sus tejidos al museo, solamente las calaveras para recordar que existieron-.

Señaló una hilera de cráneos que nos sonreía desde una esquina sombría.

-¿Y esa mujer?-, preguntó Amanda Camila, haciendo un gesto hacia la figura que hilaba, trunca y sin piernas.

-No le obsequiaron un sexo, no le dieron la parte inferior del cuerpo,

borrándole los genitales para que no pudiera pecar. Pero también se le estaba impidiendo la reproducción. Tal vez el cura que la esculpió expresaba su deseo inconsciente de que esa mujer se quedara para siempre en esa frígida e inocente infancia, hija de los salesianos supuestamente virginales y más allá del sexo.

Aunque no fueron capaces, por cierto, de bloquear los actos sexuales de sus pupilos. Justo antes de que la misión se cerrara, hace ochenta años, nació un bebé. Si hubiese sobrevivido, sería el último de los onas. Pero todos murieron. Qué extraño cómo las mejores intenciones pueden llevar a las peores consecuencias: los sacerdotes que se impusieron la tarea de defender a los indios de los hacendados sólo empeoraron su situación. Por lo menos tenemos este museo. Ya es algo-.

-¿No crees que hubieran muerto los indios de todas maneras-, pregunté yo, -con o sin curas?-

-Tal vez-, dijo él. -Si los dejan ahí, en su estado natural, ¿qué daño podrían haber hecho? Dejarlos solos, no molestarlos, y por ahí podríamos haber aprendido algo de ellos. Pero no aprendimos un carajo, no lo vamos a hacer, jamás aprendemos nada.

Miren, vengan a ver los cuadernos que usaban en la escuela. Los hacían deletrear, cien veces, como castigo: -Me ganaré el pan con el sudor de mi frente-. Eso les enseñaban. Como si no se hubieran ganado sus mariscos y su carne y sus frutos y sus raíces durante diez mil años. Antes de que se hablara el italiano, o el castellano, para no ir más lejos, ellos disponían de un vocabulario más vasto que el que tenía Shakeaspeare. Vengan. Hay algo que les quiero mostrar-.

A mí me bastaba. Estaba harto de indios extintos y patéticos, pero especialmente harto de la presencia robusta y las opiniones tajantes de Max Behrends. Dejé que él tomara el dulce brazo moreno de mi Amanda, que sus dedos la siguieran conduciendo delicadamente por un lado del museo y yo partí en otra dirección, como si estuviera distraído, vagando a mis anchas.

Terminé frente a una exhibición de fotos.

Fue entonces que hice mi descubrimiento, mi Descubrimiento con mayúscula.

Mirándome, entrándome a los ojos sin el menor asomo de temor ni timidez, encarnada en una pequeña niña ona entre su papá y su mamá, estaba la Nana. Era ella, su boca llena, los ojos achinados, la intensidad de la expresión, el pelo desprolijo. No era de veras ella, no podía ser, claro que no, porque esa foto se había tomado varias décadas después del nacimiento de la Nana, ese grupo de onas pintarrajeados acababa de volver de la caza en 1931, mirando la cámara como si no supieran que el tiempo les iba a jugar una mala pasada, que la cámara se la estaba jugando en ese mismo momento, que los hombres que sacaban la foto no podían hacer nada para salvarlos, no podían hacer otra cosa que desarrollar la imagen y dejarla para que mis ojos y otros ojos la contemplaran en este museo sesenta años más tarde, para contarme que tal vez la Nana fuera un miembro de la tribu selknam, una hermana o una tía o algún otro pariente de

esa pequeña de la foto, tal vez nuestra Nana era la última de los onas.

Llamé a Amanda Camila, y Max se le pegó, era que no. Le mostré la foto a mi amor en silencio, esperé su reacción, quería asegurarme de que yo no estuviera alucinando.

-Dios mío-, dijo ella. -Esto es increíble-.

-Es un parecido asombroso, ¿no te parece?-

-Como para no creerlo-.

-¿Quién? ¿Qué?- Max Behrends estaba totalmente perdido. Por una vez, no tenía la menor noción de lo que estaba pasando.

Lo hubiera dejado ignorante por los tiempos de los tiempos, pero Amanda Camila le informó que la niña en la foto era idéntica a nuestra Nana, como calcada. Aunque no podía ser la Nana, porque la Nana tenía mucha más edad que esa chica indígena, y además era una mapuche, de eso Amanda no tenía dudas.

-¿Es alta?- Max usaba el tono inquisitorial de un juez que iba a asignar un dictamen definitivo.

-Pequeñita-, dijo Amanda, -casi una enana-.

-Bueno, entonces no puede ser una selknam. Sería alta. Eran todos tan enormes...-

-Todos, no-, respondió ella. -Pero no sería fantástico que mi Nana fuera la última, si todo este tiempo hubiera sido la última de los onas la que me había estado criando. Encontrar el último sobreviviente ha sido el sueño de mi vida-.

-Murieron todos-, dijo Max. -Sólo podemos reconstruirlos con nuestra imaginación-.

-Para lo que les sirve-, dije yo.

-Por lo menos, que alguien cuente su historia-, replicó Max.

-Sí-, dijo Amanda Camila, -y eso es lo que tú pretendes -Por Culpa del Viento-: tratar de mostrar a los espectadores cómo vivían los indios, cuando los europeos llegaron acá y no pudieron sobrevivir, cuando esos fueguinos eran los dueños de la Antártida, serían los dueños si estuviesen vivos. Esa mujer que inventaste, Catalina, va a terminar siendo nuestra guía hacia el pasado perdido de esa gente, ella los va a resucitar tal como ellos la rescataron a ella cuando sufrió ese abandono-.

Me di por vencido. Esa mujer sin piernas hilvanando por la eternidad bajo la mirada inexorable del sacerdote aquel y la monja, tenía más posibilidades de tener una relación sexual que yo. Amanda Camila estaba siendo llevada lejos de

mis brazos como si el puto viento de Punta Arenas la estuviese soplando más allá del horizonte. Este Max era cosa seria. Había robado mi vida, estaba robando el corazón de mi amada, estaba salvando, sin saberlo, a mi propio corazón de ser despedazado y devorado por un iracundo Pablo Barón. A menos que yo realizara alguna veloz maniobra de salvataje, sería él quien nadaría hacia sus ojos verdes como el mar, llegaría ahí adentro antes de que yo lo pudiera hacer, iba a usurpar ese cuerpo que yo había jurado que sólo yo iba a poseer.

Miré de nuevo aquella foto.

Y entonces, como un relámpago, tuve la revelación de que la Nana era, en efecto, una ona. Parado ahí, mirando derechito a esos ojos de niña que eran tan parecidos a los de la Nana, recordé algo que había leído anoche justo antes de quedarme dormido. Caían mis párpados cuando por casualidad yo tropecé con la descripción de una kloketen en uno de los libros que había secuestrado de la biblioteca del hotel: una ceremonia de iniciación para los hombres selknam en que se ponían máscaras y aterrorizaban a las mujeres, reencarnando el dominio de lo masculino sobre lo femenino, exorcizando a la mujer que devoraba a los hombres, a la deidad vengativa de la Luna, a las mujeres que alguna vez los habían gobernado, utilizando la misma estrategia de esconderse detrás de esas mismas máscaras. Yo había estado demasiado agotado para pensar más en el asunto, hasta ahora que me daba cuenta de que aquí se hallaba el origen de lo que la Nana me había contado después de mi confesión, la leyenda enigmática que ella me instó a nunca olvidar.

Más tarde, esta iluminación acerca del verdadero origen de la Nana iba a cambiar mi vida. Pero en ese momento, averiguar la secreta y remota identidad de la mujer que me había criado no me ayudaba a bloquear los avances de Behrends. De hecho, a menos que ingeniara una manera de que esa información sobre la Nana me diera una ventaja en la batalla por Amanda, dentro de poco él iba a estar encima de su cuerpo musitándole linduras que no tenían absolutamente nada que ver con onas o sacerdotes o Sarmiento de Gamboa.

A eso estaba dedicado a pensar yo ese domingo, en mi pieza de hotel en Punta Arenas, pensándolo mientras mis manos solitarias se posaban sobre mi también solitaria anatomía. Era tarde en la mañana y yo había cerrado con llave la puerta interior que comunicaba con la habitación contigua de Amanda Camila para que ella no entrara de improviso. Estaba echado desnudo en mi cama, deprimido y desprovisto, con mi pico al aire exigiendo urgente servicio: demasiados días habían pasado desde que había dejado Nueva York, desde que mis manos llevaran a cabo el trabajo de bombín que ninguna hembra tenía ganas de realizar. En otras palabras, Janice, me estaba masturbando, tal como lo hacía frente a mi pantalla cuando tus palabras serpenteaban desde tu soledad de Seattle, invitándome, dándome instrucciones. Mientras acariciaba mis genitales lentamente, tanteando por acá y por allá, entrecerrando los ojos para conjurar la imagen del culito tan apretadamente apetecible de Amanda Camila adentro de sus calzones, esos pelitos que ella había permitido asomarse a modo de tentación, tuve conciencia de que esto no era lo que debía estar haciendo. Qué derrota más tremenda, hacerme la paja acá en el mero extremo del mundo, mi gran aventura y exploración culminando en una triste gárgara de semen. Anticipé que en el momento en que mi placer se desparramara en la toallita de papel

Kleenex que mantenía convenientemente a mano, en ese instante divino e infernal estaría yo reprochándome este fracaso, de estar abandonando el campo al enemigo. Behrends iba a pasar a buscarnos en media hora más para llevarnos a Puerto Natales y yo había decidido dejar que ella lo acompañara solita. Él me había aniquilado. No había nada que yo pudiera hacer para entorpecer su marcha triunfal hacia la seducción de Amanda. Al anochecer su mano estaría abriendo el cerrojo de la habitación de mi amada y sería la mano de ella la que le abriría las sábanas mientras yo escuchaba detrás de la puerta. Estaba escrito que yo sería el espectador de esa pasión ajena. Todo lo que había sucedido el día anterior lo había escrito: el tipo era brillante, era todo lo que yo hubiera querido ser, sabía todo lo que yo debía haber sabido acerca de los onas y del hielo y de Chile y de las mujeres.

Apenas yo esbozaba la más mínima opinión, él se aprovechaba de ella y la envolvía en una de sus teorías y la iba elaborando hasta la saciedad. -Pensar que es verano en Nueva York-, dije yo, Janice, tratando de impulsar la conversación hacia un terreno en que pudiera ganarle, mi propia zona territorial. Y su glosa: -No sólo están trastocadas las estaciones, Gaby, Amanda. Todo lo demás también lo está. Vivimos al revés en este continente. Los grandes mitos occidentales, los relatos... cuando se transfieren acá, no caben, se tornan en su contrario. La búsqueda de Itaca, por ejemplo, el mito de Edipo, Electra, Antígona, todos se exageran y enseguida se tuercen más allá de lo reconocible, la gente lo vive de una manera diferente-. Y Amanda: -¿Y don Juan?-.

Max le sonrió, el muy canalla. -Si Latinoamérica es el infierno, entonces el padre de la mujer que él violó no podría conducir al don Juan nuestro a su perdición, ¿no te parece? Puesto que ya estaría condenado de antemano-. Sonriéndole como para susurrarle:

-Yo te puedo sacar de este infierno, yo te puedo transportar al cielo, haz la prueba, vamos-. Y ella haría esa prueba, este mismo domingo a la noche lo haría. No lejos del Cabo que se había descubierto el día de Santa Ursula y del martirio de las once mil vírgenes, ella le entregaría su virginidad a mi rival, y aun si algún día lograra yo hacer el transbordo hacia su cuerpo proscrito, él habría llegado antes, él hubiera arado ese campo minado, fertilizándolo y por ahí haciendo también su cosecha antes de que yo metiera siquiera la punta de una pala en esa tierra.

En eso estaba. Había decidido que si no podía atascar esa seducción por lo menos no iba a forzarme a mí mismo a presenciarla. En eso estaba, jugueteando con mi muñeco, mirándolo en el espejo, fingiendo que era una mujer la que me miraba, creciendo hacia mi clímax y, entonces, cuando sentí que se me aguaba la boca, algo totalmente inesperado ocurrió.

Me detuve.

No sabía que yo tenía ese tipo de voluntad. Me detuve a punto de eyacular. Sí, cuando el dolor en mi pene estaba a punto de hacerse explosión, me detuve. No era así como debía ser mi primer orgasmo en Chile, no en esta cama desolada frente a la isla Dawson, donde tantos presos políticos se habían masturbado en desesperación, echando su semilla al viento. ¿Cómo iba yo a descargar la mía a

plena vista del estrecho que habían atravesado Magallanes y Darwin y el capitán, Cook en mejores tiempos? ¿Había viajado hasta el final del mundo con el solo propósito de hacerme la paja?

Me detuve, digo, y dejé que mi pico se marchitara y agarré el teléfono y llamé a mi papá en Santiago. Le hablaría en forma directa, pensé, simplemente le contaría toda la puta verdad, así como así. Papá, necesito tu ayuda. Nada de mendigar con los ojos, esperando que comprendiera. Comunicación como se debe, de macho a macho. La única ventaja que le llevaba a Max Behrends: mi padre no era un nazi. Mi padre salía a buscar niños perdidos en la lluvia.

Me contestó, por supuesto, Polo. Era, como de costumbre, un modelo de amabilidad y finura: mi viejo había dado órdenes de que no se lo molestara y, por si me interesaba, Cris no estaba con mi mamá, esa cosa no parecía estar funcionando tan bien como Polo podría haber anticipado. ¿Cómo me sentía? ¿Menos mareado?

Aclarando que él quería saberlo, y no mi papá, que en ningún momento había demostrado el menor interés por el estado de mi salud. -Tal vez está cabreado-, dijo Polo, -porque no le pegaste más al huevón ese del -Guinness Book of Records-. O por ahí te culpa por lo de Carlitos. Sí, Carlitos se escapó de la Casa. Y cuando Cris partió a buscarlo y finalmente lo encontró, ¿sabes lo que el chico le dijo? Dijo que se había fugado y no iba a volver, debido a ti. Que tú le habías prometido que lo ibas a visitar.

Así que concluyó que nosotros no cumplimos nuestras promesas.

Será por eso que Cris se fastidió. ¿Qué te parece a ti?-

-Dile que me llame, ¿quieres, Polo?-, dije, sabiendo que aun en el caso improbable de que le transmitiera el mensaje, mi papá no haría el esfuerzo. Mi intuición se vio confirmada por la última atenta pachotada de Polo: -Dile a Amanda Camila que su tío Cris le dice hola, que le gustaría que cenaran juntos cuando ella vuelva-. No me cabía duda de que había ensayado esa mentira, meditando qué tipo de despedida me jodería aún más que la desmoralizadora noticia de la fuga de Carlitos de la Casa Milagros. Polo no podía saber que a mí me constaba, después de las confidencias de Pablo Barón, que mi papá no iba a tirarse a mi amor. Ni menos podía adivinar el tonto de Polo que él me estaba entregando la respuesta a la pregunta que tanto me apestaba la vida: qué hacer con el plomo de Max Behrends. Polo me había pasado el perfecto antídoto. Un plan ya comenzaba a formarse en mi mente.

Estaba vistiéndome con celeridad cuando sonó el teléfono. Por un segundo, mi corazón saltó de alegría, pensando que podía ser mi padre. Tal vez había encontrado a Carlitos, tal vez los dos querían que yo retornara al hogar, los dos me estarían esperando.

Era un McKenzie, por cierto, pero otro: mi tío que me llamaba desde la cárcel, otro domingo, día de visitas, sin nadie que lo fuera a ver. Él me había rastreado hasta acá. ¿Cuándo iba a estar de vuelta en Santiago? ¿Había encontrado al culpable?

-Tío, hay algo que te tengo que preguntar-.

-¿Quieres saber cómo sé yo que se trata de alguien que está cerca, adentro del proyecto mismo?-

-Quiero saber otra cosa, tío. Tú tienes experiencia. Cuando uno quiere algo imposible... ¿Qué es la cosa que más necesitas, tío, si quieres hacer algo que todo el mundo piensa que no se puede hacer?-

-Paciencia-, dijo mi tío Pancho. -Sea lo que sea lo que estés tratando de conseguir, date todo el tiempo del mundo, porque cuando algo se intenta en forma apresurada, nunca sale bien-.

Fue ese consejo el que me inspiró durante la campaña para meter a Amanda Camila en mi cama que llenó los meses que vendrían. Una estrategia a largo plazo. Pero comencé con algo más concreto: le mandé a la hija de Pablo Barón los saludos de mi padre, tal y cual los había explicitado Polo. Se los transmití para separarla de Max Behrends camino a Puerto Natales ese domingo, me acuerdo de que lo hice en el mismo momento en que pasábamos las grandes haciendas de ovejas donde su antepasado Wendell había hecho su fortuna. Y seguí metiendo al gran McKenzie en la conversación cada vez que pude. Podrías conjeturar que eso fue una estupidez, calentarla con la idea del interés de mi padre, su suave sexo femenino comenzando a lubricarse con la posibilidad de que él le tuviera ganas. Pero recuerda que yo tenía claro su juramento, que era el único hombre en el mundo con que yo podía inflamar los deseos de Amanda Camila, sabiendo que no se cumplirían debido a ese condón guardado con tanta convicción en la billetera de Pablo Barón. Volver a encender el entusiasmo de Amanda por mi padre era darme tiempo, entorpecer y obstaculizar la relación entre ella y el cineasta intruso. Es lo que hice en la Casa Menéndez Braun y frente al solitario lema que consignaba la muerte de los onas, rodeado por los enormes mausoleos de los grandes hacendados, y en todos los otros sitios adonde fuimos ese día: alimentar su fascinación con mi padre, nutrir sus fantasías, provocar un deseo cada vez mayor de algún McKenzie masculino, de manera que cuando se confirmara la inaccesibilidad del que se llamaba Cristóbal hubiera cerquita un Gabriel más que dispuesto a brindarle consuelo. Y mi táctica funcionó. No nos trasladábamos solamente los tres en ese jeep a lo largo de esa tarde dominguera: mi progenitor había agregado su presencia fantasmagórica. Yo lo cité incesantemente, alabé su pericia de amante, lo usé para perforar cada comentario que emitía Behrends, engolosiné a Amanda Camila en su nombre.

Finalmente, había encontrado el modo de que mi padre insensible me auxiliara.

No niego que era peligroso deshacerme de Behrends suplantándolo con el gran McKenzie. Habiéndolo reinyectado en los ojos de Amanda Camila, se volvía aún más urgente contar con la ayuda de mi padre para derrotar precisamente su propia imagen engrandecida. Y eso requería, según la sugerencia de mi tío, paciencia, mucha paciencia para llevar a cabo el programa de acción en el que finalmente me embarqué durante las semanas y los meses que siguieron.

Por suerte, esa segunda carta me esperaba en el despacho del ministro Barón al retornar a Santiago. Volví un lunes y a la mañana siguiente, el martes 23 de julio, para dar una fecha exacta, sólo dos días después del domingo patagónico en que logré aplazar el asalto de Max sobre Amanda, tuve la fortuna de ser convocado a la oficina de Barón, para encontrármelo a él y a mi padre y a Polo, los tres mirando lóbregamente ese nuevo mensaje del Comandante Venganza. Fue la ocasión en que todo el rompecabezas terminó de componerse en mi mente.

Lo primero que me llamó la atención fue la fecha del envío.

Estaba marcada claramente la mañana del viernes anterior, el día mismo en que yo me había encontrado haciendo esa peregrinación a las ruinas de Puerto Hambre en el asiento trasero del jeep de Max Behrends, observando con furia las cabezas del chofer y de mi amada, meneándose al unísono; y el hecho de que fuera un viernes por la mañana eliminaba a mi principal sospechosa, Amanda Camila, a menos que ella le hubiese entregado la carta a otra persona para que se la enviara, a fin de brindarse una coartada. Pero eso era insensato: ella no necesitaba una coartada, ni siquiera sabía que había una investigación o que estaba en mi lista. Ella no tenía por qué arriesgarse, haciendo entrega del sobre pálidamente azul a un cómplice. Podía haberlo depositado ella misma el miércoles antes de partir a Punta Arenas. Definitivamente, ella quedaba descartada.

Pero más importante era la palabra -Ecología- que yo le había deletreado a la Nana en un pedacito de papel tan parecido a éste que ahora ocupaba nuestra atención, ahí, sobre el escritorio de Barón. De manera que la Nana tenía los recursos, tenía la información; pero, sobre todo, gracias a mi viaje a la Patagonia, ahora sabía yo que ella disponía de un motivo. Tal vez todos estos años la Nana había sabido que era una selknam, puede incluso que ella haya sido aquella niñita nacida en la isla Dawson hacía ochenta años atrás, la última ona que vio la luz en esa isla... y había decidido esconder su origen, por razones que todavía yo no alcanzaba a vislumbrar, simular que era mapuche. Y después ella había descubierto, tal vez en forma reciente a través de mi tío, que su patrón, Pablo Barón, era el biznieto de Joseph Wendell, el contador que había pagado una libra esterlina por cada onza de carne de su tribu. Y ahora, para colmo, el descendiente de Wendell estaba rapiñando el iceberg de un continente que le pertenecía a ella por derecho de nacimiento, que le pertenecía a esos antepasados muertos, los primeros en navegar por esa neblina y darle nombre a cada forma que emergía.

Yo, por cierto, no tenía ninguna evidencia efectiva y eran demasiados los interrogantes sin respuesta. Cada insinuación que yo introducía, cada interpelación mía a la Nana acerca de su infancia, eran respondidas por un silencio o un aplazamiento.

-Soy huérfana-, decía ella, -y no hay nada más que contar-. ¿Y si no supiera que los Barón, cuyos herederos masculinos ella estaba acunando y para los que cocinaba tantas delicias, habían pagado contante y sonante por las orejas que escucharon ese viento, por los testículos que a ella la contenían y anticipaban a medias?

¿Cómo cabían mis sospechas en su amabilidad, su feroz lealtad para con la familia Barón? ¿O esto sólo era una manifestación más del famoso disimulo de los indios, lo que descubrieron a partir del primer conflicto y el primer cautiverio, agachar el moño y nunca dejar que alguien poderoso percibiera lo que de veras pensaban, buscando refugio en un silencio más intransigente y pertinaz que los glaciares? ¿Era eso?

Esas dudas no tuvieron, finalmente, ninguna trascendencia, puesto que entre el 22 de julio, cuando volví de la Patagonia, y el primero de noviembre, cuando partí de nuevo hacia el Sur, esta vez a la Antártida, logré acumular pruebas irrefutables de su culpabilidad.

Le tendí una celada y ella cayó redondita. Cada semana nos citábamos para un almuerzo sumamente privado, cada jueves ella me cocinaba su magnífica cazuela, forzándome a prestar la más escrupulosa atención. Cuando terminábamos de comer, yo me ponía a divagar, elaborando todo tipo de teorías estrafalarias respecto a un nuevo sospechoso en el caso del iceberg, cada almuerzo uno diferente. Y era esa persona que invariablemente quedaba implicada en la próxima carta, siempre con la marca postal de un viernes. Un jueves le avisé, por ejemplo, que estaba seguro de que el autor era el cónsul boliviano, y fue ese mismo el que apareció inculpado en la carta que temblaba en las manos enfurecidas de Pablo Barón el martes siguiente: -¿Vengo de Bolivia? Eso es algo que sólo yo sé y tú vas a tener que descubrir-. O un artista cuya exhibición había sido excluida de la muestra que llevaban a Sevilla. En efecto, en la carta siguiente: -¿Estoy enojado porque excluyen mi arte de Sevilla?

Eso es algo que sólo yo sé y tú vas a tener que descubrir-. Una y otra vez, las cartas simétrica y sistemáticamente se hacían eco de lo que yo le aseveraba a la Nana y a nadie más.

Por cierto que me guardé el secreto de su delito. Me mantuve firme en la decisión a la que no tardé en llegar ese día cuando leí la palabra -Ecología- y adiviné quién la había escrito. No iba a mencionar mi hallazgo a mi padre ni tampoco a Barón: por qué liquidar la investigación en el momento exacto en que, como un regalo del cielo, se me estaba entregando aquello por lo que había rezado desde mi arribo a Chile, poder pasar unas cuantas horas al día con mi padre. El ministro le había arrancado al gran McKenzie la promesa definitiva de que de ahora en adelante se iba a dedicar cada mañana, cinco días por semana, a rastrear la persona que insistía en burlarse de nosotros y los esfuerzos publicitarios del gobierno y de los empresarios chilenos. Y si no, estaba implícito que Barón no reanudaría al año siguiente el subsidio para la Casa Milagros.

La verdad es que aun si mi silencio no hubiera redundado en mi propio beneficio, de todas maneras no hubiera hecho la denuncia, ni entonces ni nunca. ¿Para qué? Si ella había cometido esa infracción, también tenía claro yo que no tenía medios para llevar a cabo sus propósitos, puesto que ni siquiera se daba cuenta, pobrecita ella tan ingenua, de que yo la había pillado y la estaba manipulando. En algún momento futuro, cuando yo hubiese asegurado una conexión permanente con mi padre, cuando hubiera hecho el amor con Amanda, pensé, capaz que le confiaba el secreto a McKenzie, contándole que no hacía falta continuar con nuestras pesquisas. Yo había solucionado el caso hacía mucho

tiempo.

Aunque por ahí no era necesario avisarle ni a él ni a nadie. Me complacía la noción de que yo me reservaba ese secreto, una intriga que sólo yo conocía, que sólo conocía la Nana, sin que ella se diera cuenta de mi participación, la manera en que yo colaboraba en su misión de venganza, por retórica que fuera, contra los hombres que le habían robado a su clan las tierras y, como si eso fuera poco, ahora también la Antártida. Haciéndoles un servicio a los onas -algo mucho más gratificante que cualquier mejunje ficticio que pudiera cocinar con sus cámaras el pillo de Max Behrends.

Por si mis últimas frases pudieran hacerte creer que me movía una especie de nobleza justiciera, déjame aclararte, Janice, que esa motivación fue siempre secundaria. Buscaba, ante todo, mi propio provecho. De hecho, a la primera persona que inculpé indirectamente, mi propia pequeña revancha, fue al mismísimo Max Behrends. -Sabes quién me preocupa de veras, Nana-, le dije un par de días después de mi retorno. Estábamos solos en la casa, los mellizos durmiendo la siesta, la empleada absorta en una telenovela mejicana. -Conocí en Punta Arenas a un cineasta, un tipo que hace películas y tiene unos dedos que no me gustan nada.

Se me ocurre que le tiene ganas al iceberg-. No entregué su nombre, ni otros detalles, y lo único que quiso saber ella fue cómo se escribía esa palabra, -cineasta-, tal como me había preguntado acerca de -Ecología-. Y unos días más tarde, ahí estaba el mensaje en el escritorio de Barón. Podía verlo fruncir el ceño ante el acertijo: -¿Soy acaso un cineasta que ama la Patagonia y no quiere que filmen al iceberg? Eso es algo que yo sólo sé-... Podía vislumbrar el gusano de un presentimiento depositándose y creciendo en la mente del ministro, podía deletrear la pregunta interior que se iba formulando, si acaso no sería mejor retirar la oferta de que Behrends fuera el que filmara el iceberg, si no había que repensar la colaboración del gobierno en la filmación de -Por Culpa del Viento-. Sí, en las semanas que vendrían, él cerraría su casa y sus oídos a mi rival.

Barón iba a instruir a la Nana para que le avisara a Max, si es que llamaba, que Amanda Camila no estaba disponible. Me aseguré de que todos sus mensajes terminaran en el tacho de la basura, torpedeé los lances del hombre que mi padre, sin siquiera haberlo conocido, sin mover un dedo, ya había derrotado en el campo del amor de la Patagonia. También me las arreglé para que nos encontráramos con Max, me di el gusto de pavonear al gran McKenzie frente a esos ojos tan bonitos que jamás verían desnuda a Amanda Camila. Logré armar esa expedición cuando, haciéndome el inocente mientras comentaba la carta del cineasta a Barón, quise averiguar si su oficina tenía una lista de realizadores chilenos.

-El único que sabemos que no puede estar metido en esto es ese tipo Behrends al que nos topamos en Punta Arenas, el que se entusiasmó con Amanda Camila-, dejé caer ese dato y ese juicio, como si no supiera que eso alertaría a mi padre, lo llevaría a fisgonear la existencia de ese hombre cuya integridad me parecía más allá de toda sospecha, precisamente porque yo lo proclamaba tan inofensivo. Y unas cuantas semanas más tarde, me divertí durante la hora de su confrontación, contemplando la perplejidad de un

Behrends que intentaba comprender la razón de nuestra visita, mi padre y mi alter ego Max por fin cara a cara.

Cuando se terminó la sesión, yo dejé a mi padre en el pasillo y volví a meter mi cabeza en la oficina de Max. -¿Quieres que le mande tus saludos a Amanda Camila?-, le pregunté maliciosamente.

Esperaba que respondiera con un -claro que sí- o un -¿para qué?-, con tal de que estuviera afligida la voz, como la que yo había usado cuando le mandé un recado a mi papá por medio de Polo.

Mi ex rival no me ofreció ese placer. -Mejor que no le mandes nada-, dijo él, sin una pizca de dolor en su respuesta. Y me sorprendió al mudar enteramente de tema. -¿Sabes quién fue Lautaro?-

¿Lautaro? ¿Lautaro?

Un indio, yo me había topado con ese nombre, no iba a dejar que se me escapara. Me angustié un poco, hasta que decidí que el tipo estaba, como siempre, jugando conmigo, tratando de volver a una posición de superioridad y ganarme al juego de ¿quién conoce mejor a Chile? que él había practicado con tan estruendoso éxito entre sus altaneros compañeros de curso.

-Un indio-, me dijo el enciclopédico Max. -Cuando él se fue de la tribu, debe haber tenido la edad mía cuando yo abandoné el hogar. Cuando se hizo paje de Valdivia. No sé si conoces a Pedro de...-

-Lo conozco, lo conozco-.

-Lautaro aprendió de los invasores el lenguaje y las tácticas militares, aunque muchos nativos piensan que él conocía esas tácticas por su propia tradición; hacía siglos que los araucanos las desplegaban contra los incas. Eso se disputa. Lo que, en cambio, no es materia de disputa es que Lautaro les exprimió todos los secretos que tenían los conquistadores para después escapar de ellos y conducir a su pueblo a la victoria, matando a Valdivia, aunque no le vaciaron oro hirviente por la garganta.

Ésa es una historia idiota, una metáfora, digamos-.

-Mira, Max, no sabes cuánto te agradezco esta lección de historia, pero no hace falta que sigas desplegando este exhibicionismo fácil. A mí me importa un carajo quién fue ese huevón, Lautaro-.

-Sólo pensé-, dijo Max, -que te podía interesar, nada más. Si es que eres de verdad un experto en Internet, como contaste-.

-¿Y qué tiene que ver Internet en todo este lío?-

-Para algunos, algunos nativos, Lautaro sirve de modelo para los habitantes originales de este país, cómo podrían enfrentarse hoy a la condición moderna: uno aprende del invasor, uno se apropia de sus armas e instrumentos, uno lo

derrota. Ayer el arcabuz y el caballo; hoy, la computación y la red Internet.

¿Pero a ti no te interesa, no es cierto?-

-No entiendo ni puta de lo que me estás hablando-, dije.

-No-, respondió Max. -Es cierto. No tienes puta idea-.

-Bueno, me espera mi papá-. Enfatizando a propósito ese -mi-, recordándole que yo sí tenía un padre mientras que él... Salí al corredor y rápidamente tuve que devolverme al escuchar que Max decía desde adentro: -Mátalo-.

-¿Qué?-

-Mata a tu padre, si te interesa mi consejo. Aunque no creo que te interese en absoluto. A menos que de verdad quieras ser como yo. No me lo niegues. Te mueres de ganas. Pero no lo vas a lograr nunca-. Se estaba dirigiendo a mí como si no tuviéramos la misma edad, como si él fuera mi maldito abuelo. -Nunca vas a ser como yo si no haces lo que yo hice. Dejar el hogar. Mira a Lautaro, aunque te importe un carajo. Él abandonó su hogar dos veces: primero cuando se fue de la Araucanía, y luego cuando dejó atrás el hogar que había armado entre los españoles, con el fin de matar a su padre adoptivo, Valdivia. Mira a Valdivia mismo.

Dejó España y después Perú, y después Santiago, porque siempre quería ir más lejos. Hazme caso: mata a tu papá o nunca vas a ser libre-.

-Voy a recordar tu consejo cuando me esté tirando a la Amanda-, le dije.

Y con esas drásticas palabras flotándole en los oídos, partí.

-Ojalá que ese maricón no se le acerque a la Amandita-, dijo mi padre cuando me junté con él en la calle. Asentí con entusiasmo.

Fue, probablemente, lo único en que estuvimos de acuerdo durante nuestra investigación conjunta. La cosa no estaba funcionando bien entre nosotros. Todavía parecía enojado porque yo le había fallado. Él le exigía a sus niños la más absoluta entrega, de hecho era un pequeño tirano, mi papá. Pagaba esa sumisión con un compromiso total y benevolente, pero ay de ti, si te equivocabas, como lo había hecho yo con el tipo ese Guinness.

Nuestras salidas matutinas prescritas por Barón tampoco habían ayudado a mejorar la afinidad. Odiaba esas excursiones, prefería dedicarse a buscar prófugos, no disimulaba las ganas de que llegara la hora del almuerzo para poder ligarse a alguna doncella o matrona expectante, y ni una vez se le ocurrió convidarme, ni para la comida ni para los preliminares de sus asaltos sexuales.

Y su resentimiento se vio alimentado con saña por el omnipresente Polo. -Qué pérdida de tiempo-, resoplaba Polo y el gran McKenzie daba un soplido despreciativo como respuesta, como si los dos fueran adictos a la cocaína, como si ellos no harían huevadas como ésta si Pablo Barón no los tuviera agarrados

por las pelotas, si no tuviera la suerte de la Casa Milagros y la de su hermano Pancho en sus gordas manos ministeriales.

Yo no perdí la esperanza, sin embargo, de alcanzar de nuevo la intimidad que habíamos compartido esas dos noches en que habíamos oficiado como gemelos ángeles guardianes de Carlitos en el dormitorio de la Casa Milagros. Sabía que había un lugar en la tierra donde yo podía resucitar esa certidumbre de que nuestra relación tenía un futuro glorioso, en los días antes de que Carlitos se escapara hacia las calles de Santiago. Me di cuenta de que no todo estaba perdido durante mi última noche en Punta Arenas, la noche en que perfeccioné mis planes. Había mirado hacia el sur, desde los muelles a los que traeríamos tres meses más tarde las ochenta toneladas de hielo azul desgajado de las montañas sumergidas y flotantes del continente cristalino. Eso es lo que necesitaba. Estar con él sobre los altos mares. Alejarlo de Polo. Apartarlo de la urgencia cotidiana de capturar a un fugitivo durante el día y a una mujer por la noche. Si yo pudiera viajar simplemente con él hacia el hielo mágico que a los dos nos había hechizado, que ya esa noche en que traicioné a mi país en Manhattan me había enamorado, prometiéndome maravillas. Sí, eso era, no me cabía duda. El hielo derretiría la cólera de mi padre, apaciguaría su distancia. Me abriría su corazón, completaría la historia de su vida que mi madre no había podido contarme: cómo había conquistado a la otra mujer, la primera de tantas otras, lo que tienes que hacer para lograr que una persona absolutamente extraña se acueste contigo cuando te quedan menos de dos horas antes de que sea medianoche y dispones de cero experiencia.

Tienes que admitir, Janice, que mis expectativas no eran precisamente auspiciosas. Tenía todo en contra salvo mi carta especial, el as en la manga: Milagros Gallardo. Era ella la que poseía la verdadera clave del corazón de mi papá. Era ella la que iba a engatusarlo a bordo de esa nave camino a la Antártida.

Conseguir su cooperación resultó ser menos difícil de lo que yo había pensado. Armado de los consejos de la Nana, dispuse mi trama. Ante todo, precisaba convencer a mi mamá de que nos quedáramos en Chile por unos meses más, puesto que sus tres restoranes Milagros estaban de lo más florecientes sin su vigilancia inmediata. Le expliqué que las razones por las que deseaba permanecer en el país eran principalmente de orden financiero, que me había agenciado un empleo.

Era verdad, Janice. Oscar y Nano, de retorno de sus negocios de tierras en Bolivia, me habían contactado con una serie de empresas que requerían un consultor en materia de computación.

Los ejecutivos que me contrataron estaban desesperados por conectarse con Internet y establecer páginas Web, aunque en la mayoría de los casos no les hacía falta para nada. Lo fundamental era poder vanagloriarse de lo modernos que eran y tan pero tan tecnológicamente avanzados. Le insinué a mi madre que todo eso podía ser lucrativo, quizá hasta iba a obtener un contrato para nuestra revista -Whatever-. Chantaje emocional, Janice: ¿qué mejor manera de garantizar su presencia en Santiago que implicar que su partida sabotearía mi carrera profesional, precisamente ahora que por primera vez yo estaba ganando buena

plata? Pensé que iba a tener que pasarme días y noches tratando de persuadirla, pero estuvo de acuerdo casi de inmediato, ni siquiera sugirió que yo me quedara sin ella, si era tan importante. El encargado de operaciones de los restoranes podía arreglárselas de lo más bien en Nueva York. Nos estaban mandando más que suficiente para vivir como príncipes en este país donde a la gente se le pagaba cuatro veces menos que en los Estados Unidos. -Hasta podría quedarme para siempre-, suspiró mamá, -si las cosas anduvieran bien, no sé si me entiendes-.

-El próximo paso, mi niño Gabriel-, dijo la Nana cuando le informé que mi madre no se opondría a mis planes, -es que tú acompañes a Milagros a los encuentros que ha organizado por las tardes. Anda, visita con ella esa gente y esos lugares y esas organizaciones que tanto le encantan. Se los celebras y verás lo feliz que se pone, lo fácil que va a ser convencerla de que te ayude-.

Tengo que admitir que eran tardes bien raras, Janice. A las tres, les enseñaba a unos burócratas de mala muerte en una compañía de seguros cómo usar sus programas de computación para bloquear y bajar de categoría una serie de reclamos por accidentes laborales y dos horas más tarde, a las cinco, entraba con mi madre en una sala cavernosa y sucia donde nos juntábamos con trabajadores lesionados cuyas demandas de compensación estaban siendo impugnadas por el mismo consorcio financiero al que yo acababa de asesorar. Raras, en efecto, pero también milagrosas, esas sesiones izquierdosas, porque mi asistencia hizo que ella sintiera que su hijo comenzaba a comprender su punto de vista, vio que yo estaba dispuesto a aprender, congraciándome con ella de manera que cuando finalmente le expuse cierto día mi perentoria necesidad de que me acompañara en la aventura de capturar el iceberg, estuvo de acuerdo, saltó ante la oportunidad, abrazó la idea como si hubiera sido suya. La única mujer que mi padre podía tirarse, según las reglas de la apuesta original, una y otra y otra vez sin perder el premio que tanto él como Barón se disputaban, el único anzuelo que podía engatusar al gran McKenzie a que subiera a ese barco. Ése era el proyecto con el que iba a conseguir mi inauguración sexual: como en un filme medio porno, medio Disney, iba a lograr reunir a mis padres otra vez, casarlos de nuevo.

Claro que no bastaba con trabajarle la idea a mi mamá. ¿Cómo convencer a mi padre tan suspicaz? ¿Cómo conseguir que Barón forzara al gran McKenzie a que montara la pasarela del -Galvarino-¿ ¿Con qué argumentos alimentar a Barón? La mera orden autoritaria, -Tienes que ir, Cris, nada de discusiones- sería contestada por la ironía de mi papá: -Sé que quieres ganar la apuesta, Pablo, pero tan ingenuo no soy. No hay modo de que yo me suba a un buque que navega lentamente hacia la Antártida sin por lo menos quince mujeres solteras a bordo-.

No, yo tenía que encontrar algo irrefutable, una razón que mi padre pudiera por lo menos considerar válida. Sólo cuando él hubiera aceptado que su presencia en ese viaje era necesaria y legítima, podría yo sugerirle a mi madre que le avisara que nada le encantaría más que pasarse unas semanas surcando esas aguas hacia el hielo que existía al final del mundo. ¿Qué te parece una luna de miel en el clima más frío del mundo? ¿Qué te parece si nos damos un poco de calor después de diecisiete años de separación?

De nuevo, fue mi tío el que me proporcionó una respuesta.

Unos cuantos días después de retornar de la Patagonia, cuando fui a visitarlo, aproveché para preguntarle qué había querido decir con eso de que el culpable estaba cerca del proyecto, preocupado yo de que él pudiera tener sus propias pruebas irrebatibles de que la Nana estaba involucrada.

Nada por el estilo. Era una cosa que él simplemente sabía...

-Informantes-, me susurró como si los dos fuéramos parte de una gigantesca conspiración, imposible revelar quiénes, por qué, cuándo, pero eso era lo que manifiestan los informantes. Dicen que la persona que escribió las amenazas se ha enquistado en el interior del proyecto mismo. -Son todos unos traidores-, dijo él.

-Solían ser gente de izquierda, todos-.

-¿Larrea?-, objeté yo de inmediato. -¿El ex ministro de Hacienda de Pinochet? Es dueño de una fábrica-.

-Él no. Los demás. Quiñones, el hombre que hizo el diseño del proyecto. Armando, que va a esculpirlo. Jacobo, que lo va a filmar. Y Gerardo, a ése lo conocí antes de que partiera al exilio. Es el ingeniero. El que ideó cómo refrigerar al coso ese.

Va a rodearlo de seis columnas fálicas, no sé si has visto los bocetos-.

-Seis picos colosales-, asentí yo, alimentando la fantasía sexual de mi pobre tío que, como yo, no agarraba ni media hembra.

-Pero ¿qué tiene que ver algo de esto con la rabia que tú le supones a Gerardo en referencia al iceberg? Es su obra maestra-.

-Es un vendido. Fue allendista, se pasó añares en el exilio, volvió para el plebiscito en 1988. Y ahora colabora con los mismos tipos que lo desterraron. Y también está Lalo Goic, el peor de todos. Predicaba la lucha armada. Dedicado ahora a la publicidad. Del que más sospecho-.

-Pero ¿por qué, tío? ¿Por qué iban a querer destruir su propia obra?-

-Yo a esta gente la conozco-, dijo tío Pancho, restregando sus manos nerviosamente, mirando a los guardias que hacían sus rondas somnolientas. -Están dedicados al iceberg, quieren llevarlo a Sevilla. Se han comprometido a fondo, han puesto su orgullo en la balanza, pero más esencial, como diría Marx, es el hecho material de que su futuro económico depende de que tengan éxito. Lo que están asegurando es que les van a comisionar otros proyectos en los años que vienen. Y aun así, muy adentro, saben que es un error, sus conciencias no los dejan tranquilos. Se sienten culpables, y es en ese momento en que se ponen a escribir, uno de ellos se puso a escribir esa primera carta. Una broma, se dijo, nada más que eso, y aquella noche durmió bien, durmió bien el que mandó la amenaza. Pero pasan los días y vuelve a surgir el remordimiento y el tipo es como

un drogado. Necesita su narcótico. Necesita volver a calmar sus escrúpulos. Necesita mandar una segunda carta para que no le siga batiendo el corazón, no le siga doliendo la cabeza, que no le sigan hablando esas voces interiores que le dicen grandísimo esquizofrénico hijo de puta, estás acostado con el poder, te estás dejando culear por la burguesía, secretamente odias esta transición que dices amar tanto-.

-¿Así que ésta no es la última carta?-

-Van a haber más-.

Tenía razón en cuanto a que siguieron llegando cartas, cada una de ellas enviada por la Nana con la información delirante que yo iba canalizando a través de ella. Y se equivocaba, por cierto, acerca de los cinco allendistas adentro del proyecto a los que él les echaba la culpa. Lo que no me detuvo a mí de usar sus acusaciones falsas para hacer avanzar mi propia agenda.

Yo incriminé a esa gente, Janice. Poco a poco, fui entretejiendo sus posibles motivos en las conversaciones de los jueves que tenía con la Nana, yo dirigí como por control remoto su mano para que los inculpara en las cartas que Barón recibía indefectiblemente cada martes. Primero, -¿Me encuentro dentro del proyecto mismo? Eso es algo que sólo yo sé y tú tienes que descubrir-. Y después, unas semanas más tarde, -¿Estoy más cerca de lo que crees. ¿Muy cerca? Eso es algo que sólo yo sé-

etcétera, y enseguida, después de unas semanas en que las alusiones se referían a un grupo a favor de los derechos de los pueblos indígenas y a un obispo católico que había denunciado el materialismo del iceberg, de nuevo referencias indirectas a los conspiradores internos -¿A quién no le gustaría tallar ese iceberg desde la nada?-, y un mes más tarde, -¿Se puede derretir un iceberg mientras se lo filma?-, insinuaciones enigmáticas que involucraban en forma indirecta al escultor maravilloso, al maravilloso cineasta, y digo maravillosos porque llegué a conocerlos, a Armando y a Jacobo y a los demás, tuve la ocasión de pasar muchos días con ellos antes de que viajáramos todos juntos a la Antártida. Tuve la ocasión de traicionarlos.

Déjame confesarte, Janice, que sentí una leve desazón -nada más que una huella- por lo que estaba haciendo. La teoría de mi tío era absurda: mis nuevos amigos habían sufrido bajo la dictadura. Algunos habían sido exiliados, a otros los habían despedido del trabajo, uno había pasado varios años en la cárcel.

Pero no mostraban -por lo menos yo no lo pude advertir- sentimiento de culpa alguna por el hecho de dejar atrás el pasado. No querían quedarse para siempre atrapados en su propio sufrimiento. La experiencia los había hecho madurar, dijeron, y veían el proyecto del iceberg no como una deslealtad hacia sus ideales sino más bien como una reivindicación. Gerardo, por no mencionar más que a uno, consideraba al iceberg como una manera de retornar victoriosamente a la España que lo había recibido como un mendigo despatriado hacía sólo un par de años. Todos sentían algo parecido: el mundo que había apenas tolerado el tartamudeo de palabras mal pronunciadas en idiomas impronunciables, ese mismo mundo tendría que reconocer ahora su capacidad y

eficacia. Poseían, además, un gran sentido del humor, veían esta saga como un modo de liberar a Chile de su solemnidad excesiva, sus corbatas grises y cuellos atildados y genuflexiones reverentes. Los intrépidos del iceberg eran todos unos traviesos y rompeculos, para decir verdad. Ya es hora de dejar de quejarse y gimotear, decían, hora de que un país tan dividido pueda juntarse en torno a un proyecto que es delirante y desfachatado.

Se convirtieron en mis amigos, amigos del alma diría si no fuera porque los utilicé, los cargué con una culpa que no era suya, jugando con la paranoia de Barón, apretando a mi padre.

Mi complot culminó con la carta que traía la fecha postal del viernes 11 de octubre, justamente cuando faltaba un año exacto para el cumpleaños número cincuenta de los dos apostadores, y esa amenaza transmitía el mismo mensaje que yo le había entregado a la Nana: -¿Voy a dar el golpe antes de que el iceberg llegue a su primer puerto?- -Es alguien que está adentro del proyecto-, le había dicho yo a la anciana mientras ella pelaba las pipas. -Yo creo que el Comandante Venganza va a golpear antes de que el iceberg llegue a su primer puerto-. Y ella había llevado a cabo mis instrucciones furtivas, había creado las condiciones para que el gran Barón advirtiera al gran McKenzie: -Está a bordo, hay una buena posibilidad de que esté a bordo del -Galvarino-. Necesito a alguien confiable en ese barco-. Y antes de que Barón dijera otra palabra, preparándose para presionar desmedidamente a mi papá, el gran McKenzie había respondido que le encantaría viajar a la Antártida. El ministro se asombró tanto que no tuvo otra alternativa que aceptar la condición que impuso Cris, cualquier cosa con tal de que se uniera a esa expedición. Barón pensó que había engañado a su mejor amigo, realizado una maniobra magistral para ganar la apuesta. Pero Barón palideció cuando oyó lo que exigía mi padre: -Milagros va a acompañarme-. Ni siquiera pudo objetar que no había espacio para ella, que no aceptaban mujeres en ese tipo de naves. Se quedó sin palabras. Después de todo, mi madre todavía dormía, como yo mismo, en casa de los Barón; y sus espías tenían que haberle informado que las cosas no marchaban bien entre Milagros y Cristóbal, sin saber que mi mamá, por sugerencia de la Nana, había cenado la noche anterior con su marido y que le había propinado la pregunta sobre la Antártida después de saborear juntos el vino favorito de ambos, no podían saber esos espías que mi padre había respondido, bebiéndose a esa mujer suya con total admiración: -¿Esto significa que tú, que nosotros…?- Barón se sintió choqueado, pero no tanto como Polo, que de pronto se encontraba varado en la Casa Milagros, teniendo que cuidar el negocio y a los cien niños. Pobre Polo: esas primeras palabras fatales que me dirigió a mi arribo a Chile, que esa noche mi papá no iba a tirarse a mi mamá, esas palabras volvieron a golpearle, como un bumerán, donde más le dolía, patada en los cocos para enunciarlo con todas sus letras, Janice.

Arrinconado, Polo. Había perdido su propia apuesta diminuta, que él desmontaría a ese Gabriel usurpador, que yo partiría rumbo al norte sin haber culeado, sin nadie que me amara, retornando solitario y sin padre a Nueva York.

Fue en ese momento, Janice, en esa oficina, cuando oí a Barón aprobar los términos de mi papá para la expedición antártica, que por primera vez desde que había salido a correr hacia las montañas animado por la certeza de que iba a poseer pronto el cuerpo de Amanda Camila, fue entonces que de nuevo y en

forma definitiva sentí que ya no tenía el tiempo en contra, que por fin, por fin el tiempo jugaba a mi favor.

El resto, me dije, contemplando a esos dos hombres y a todos los demás hombres a los que había sometido a mis propósitos, será fácil: conquistaría la Antártida y pasaría después a conquistar a amanda Camila. Reemplazaría a mi padre en su corazón y, pese a su propio padre tan celoso y receloso, lograría seducirla.

Sabía que todo iba a funcionar magníficamente.

Lo increíble es que todo funcionó tal cual. O casi tal cual.

Mi plan era perfecto, soberbio. Excepto por una cosa. La muerte de la Nana. Para eso no estaba preparado.

Ella se murió y todo se fue a la misma mierda.

Nuestra nave partió a la captura del iceberg el primero de noviembre de 1991, el Día de todos los Santos; yo partí con mi madre y mi padre desde la ciudad más austral del planeta con el propósito secreto de levantar para siempre jamás -pensé que sería para siempre jamás- la maldición que pesaba sobre mi vida norteña. Nuestra destinación era Bahía Paraíso, que queda adentro del gancho del archipiélago antártico y que, por ser una ensenada particularmente tranquila, hacía viable sujetar esa masa flotante de hielo sin correr mayores peligros.

-Lo que no quiere decir que deje de ser sumamente peligrosa nuestra empresa-, le anunció el capitán a nuestro grupo reunido en el comedor del barco en los momentos en que la punta de América desaparecía de nuestra vista, la última y final tierra de las Américas, lo que había constituido el final de su odisea para las tribus que descendieron desde el estrecho de Bering y el final también de la vida para tantos marineros náufragos que habían muerto ahí mismo antes siquiera de adentrarse en aguas que se consideraban las más traicioneras del mundo. Nuestro capitán sabía de qué hablaba. -Nunca antes se ha intentado nada como esto. Los pocos barcos que se aventuran más allá del mar de Drake tratan de evitar los icebergs, no subirlos a bordo. Para cualquier persona sensata que explora la Antártida, es evidente que el hielo es su enemigo principal. No sólo los témpanos pueden partir un barco en dos, el hielo puede llovernos desde arriba y el hielo nos puede inmovilizar desde abajo y el huracán de hielo puede caernos desde el lado y hundirte, hundirnos. Mejor hubiera sido salir en dirección al sur en unos meses más, en pleno verano, cuando hasta barcos turísticos navegan estos golfos. Pero nuestras órdenes son claras: hay que volver a tierra firme con este iceberg a mediados de noviembre para que llegue a Sevilla con tiempo suficiente para montarlo para la feria. Y yo, por mi parte, sigo órdenes. Como espero que mis órdenes sean obedecidas por todos los que viajan a bordo de esta nave. Y si hay una emergencia vamos a necesitarlos a todos, incluidos nuestros convidados. Repito: a todos-.

El capitán, un destacado miembro de la Armada chilena, me miró como si estuviera reprochándome algo. Estaba furioso porque le habían impuesto una

mujer, pero por supuesto que desatar su rabia contra el jovencito este con esa cara de guagua era lo más fácil.

Traer un cuerpo femenino a bordo, pensaría el capitán, era coquetear con el destino, invitación a un desastre, aún más si esa hembra se encontraba ligada con un hombre, una relación romántica que el gran McKenzie naturalmente trataba de disimular.

Mientras el capitán hablaba, por ejemplo, mi padre tuvo el cuidado de no tomarle la mano a mi mamá, por muchas ganas que se tuvieran los dos, no fuera cosa de provocar la envidia de los machos que los rodeaban. Mi padre, siempre tan discreto, no quiso enardecerlos con el recuerdo constante de que cada noche él iba a estar entrando en ese ejemplar espléndido de mujer mientras ellos no entrarían en nada más excitante que sus camastros solitarios y revueltos. Yo no estaba preocupado. Sabía que mi padre terminaría por encantar a nuestros compañeros de viaje, les contaría anécdotas de sus pesquisas, los iba a mantener entretenidos. Y, más crucial, haría lo imposible por disimular las vehementes secuelas de la satisfacción sexual que irían amaneciendo en su rostro cada mañana. Y en cuanto a Milagros, ella se había recortado el cabello para que cupiera debajo de la máscara de esquí, se había vestido como un hombre, ocultando sus pechos debajo de capas considerables de ropa, señalando su disposición a que se la considerara como un miembro más de la tripulación. Todo el mundo aceptaría finalmente su presencia como algo de lo más natural.

Mi estrategia era dejar solos a mis padres, dirigirme a mi papá únicamente cuando fuera necesario. Que la aventura fuera mi portavoz, ir enlazando yo con él en forma lánguida, a través del colectivo, una cara más entre tantas, una boca más al desayuno, un par adicional de ojos oteando la neblina para asegurar que esa loma que surgía colérica y apremiante desde el mar repentino y blanco no nos fuera a embestir. Es cierto que el radar se encarga de tales tareas, pero aun así, si te encuentras en pleno océano y sabes que no hay tierra a mil kilómetros a la redonda y que en vez de dirigirte a ella emprendes rumbo en sentido contrario, hacia un hielo tan vasto e inmenso que, si se derritiera -y algún día va a derretirse, Janice, eso viene en camino, y ahí, adiós Nueva York, adiós chile, adiós Sevilla-, equivaldría a toda el agua del océano Atlántico, bueno, en ese caso, lo más inteligente sería no perder de vista el horizonte, confiar en tus propios sentidos más que en ningún instrumento inhumano que emite sonidos y señales, mantenerse siempre vigilante para no imitar el destino del -Titanic-, hundirse más y más bajo las aguas asesinas, mi padre y yo atentos al mismo peligro, encadenados por el paisaje.

Camino al sur, tuvimos suerte. Los mares estaban tan quietos que el segundo oficial Puertas comenzó a preocuparse. ¿No estaría preparándose alguna maligna sorpresa, no iba acaso a reaccionar eventualmente la naturaleza, haciéndonos pagar esta tranquilidad con alguna tormenta¿ -El tiempo puede cambiar de una hora a la otra-, nos dijo José Puertas, éramos un grupo que nos habíamos juntado en la proa para gozar de la salpicadura del mar, aunque era difícil mojarse en esas aguas tan extraordinariamente calmadas. -Así que hay que estar alerta. Pero el -Galvarino- nos va a cuidar. Es una buena nave y ha pasado de todo -bueno, casi todo-, se conoce bien este continente. Con el -Galvarino- estamos seguros de volver sanos y salvos-.

Fue Lalo Goic el que rompió el silencio.

-Yo no habría escogido ese nombre-, dijo Lalo. -Galvarino-.

Estaba pensando, don José. ¿Usted cree que la Armada se opondría a la idea de cambiarle el nombre a la nave?-

-¿Cambiarle el nombre?-, preguntó el segundo oficial. -¿Qué tiene de malo -Galvarino?-

-Pésimo para la publicidad-, respondió Lalo. -Un nombre asociado con la mutilación, con la sangre. De todos los barcos posibles, van y escogen uno que lleva el nombre de un cacique indígena al que los españoles le cortaron las manos, primero la mano derecha, después la izquierda. Proyecta una mala imagen. De perdedores-.

-Una mala imagen, señor Goic, de perdedores-, dijo el segundo oficia la tendríamos si este barco se hundiera tratando de separar a ese iceberg del arrecife congelado del que forma parte hace miles de años. Una mala imagen si ese pedazo inmenso de hielo se precipita sobre la cubierta y nos perfora el casco y usted tiene que ponerse a nadar en aguas tan frías que va a pedir a gritos que le abran un refrigerador para poder entrar a descongelarse. Una mala imagen, bien perdedora, si usted termina tan cuajado de escarcha que sus párpados no se atreven a pestañear porque las órbitas de sus ojos se secaron con el frío.

A mí me toca asegurar que eso no suceda. A usted le toca asegurar al mundo que -Galvarino-, fue un héroe de la gran puta, un hombre que insultó a los desgraciados que le cortaron las manos. Un hombre que insultó a la muerte misma porque le impedía seguir matando a los invasores de su patria. Un chileno que hubiera sentido orgullo de que su nombre agraciara una nave que desafía noche y día esa muerte. Creo que es mejor que no le mencione su idea de cambiar nombres a mi capitán. Buenas tardes, señores-.

El segundo oficial Puertas nos dejó meditando acerca de sus palabras en ese crepúsculo afiebrado que parecía durar una eternidad, el cielo y el mar confundidos en una tonalidad roja y amarilla.

-Yo no sé-, dijo Lalo después de una larga pausa, -si hay que admirar a un hombre como Puertas o tenerle lástima. Esa historia que cuenta sobre -Galvarino-... que insultó a sus asesinos, todo eso. Probablemente no sea cierta. Claro que lo mataron, a él o a alguien parecido, probablemente le cortaron una mano, pero no, necesitamos más. Pero claro, tienen que ser ambas manos, necesitamos que recite versos desafiantes mientras la sangre borborita de sus muñones. Como Víctor Jara. No bastaba con que le hubieran despedazado las manos en el estadio antes de asesinarlo.

No, algún periodista idiota en el exilio tuvo que escribir que se las habían cortado... ¿la imagen de Galvarino, del Che, no es cierto? No basta con que hayan matado a unas cinco mil personas.

Tuvimos que proclamar que los militares habían matado a cien mil-.

-Hay una razón-, intervino una voz. Era Armando Jorquera.

Estaba mirando hacia el sur, hacia la mortaja de la Antártida, clavando sus ojos en la luz que fulguraba más allá de la punta del barco con la esperanza de ser el primero en divisar la capa de hielo de donde pretendíamos extraer lo que iba a ser su obra maestra de escultor. -La razón es que la gente insiste en olvidar, insiste en cubrir el pasado, no quieren que nos muestre su cara. Los militares dicen que no han matado a nadie, nosotros respondemos que mataron a muchos más que la cifra verdadera... y así va la cosa, ida y vuelta. Es el proceso del olvido el que nos crea estos problemas-. Señaló los témpanos de todos los tamaños que flotaban a la deriva cerca del barco. El viento y el agua los habían talado con siluetas y perfiles y figuras que ninguna imaginación humana era capaz de anticipar; era su paraíso, lo que había venido soñando desde hacía más de una década. -Eso es lo que yo amo de este iceberg. Ves en él lo que quieras ver. Algunos ven el progreso, otros ven la amnesia; los de más allá ven a una naturaleza violada, los de más acá ven el amor por la naturaleza; uno de los grupos lo proclama como la más latinoamericana de las búsquedas mientras que el grupo contrario insiste en que su témpano es frío y nórdico y europeo. Yo lo que veo es... una oportunidad. Una oportunidad para empezar de nuevo. Nunca nadie ha tocado ese pedazo de hielo. Ni una mano, ni un dedo, ni una memoria. Podemos hacer de eso que vamos a capturar lo que nos dé la gana, puedo organizarlo de acuerdo con el mapa de mi imaginación-.

Armando constituía, para mí, un reto: me inquietaba en forma especial. No se trataba tanto de que lo hubiese inculpado injustamente -después de todo, había hecho algo similar con todos los otros participantes de la Expo que estaban a bordo- sino porque, al estilo de Max, me recordaba los caminos que yo no había tomado. Con esta diferencia: Armando era mi amigo, o por lo menos él se consideraba como tal, él pensaba que yo era un compañero del alma, alguien que lo comprendía, y era cierto, sí que lo comprendía y lo quería. Pero estaba más enamorado de Amanda Camila, más necesitado de un padre. Había tenido que elegir entre la lealtad que le debía a él y la lealtad exigida por mi órgano sexual, y no tuve la menor vacilación: cuando me convino, desperté sospechas en Barón y casi terminé costándole a Armando su puesto en la expedición. Casi destruyo su posibilidad de cumplir lo que planificaba hacía tantos años: capturar un iceberg.

Déjame retroceder por un instante, Janice, explicarte que Armando había partido a Nueva York desde Chile en el mismo período en que mi madre me arrastró al exilio. Era algo mayor que yo, es cierto, unos cuantos años, pero él también había perdido a su padre -se lo había llevado el cáncer y no un golpe militar-.

Igual que yo, había seguido estudios universitarios en los Estados Unidos. Y otro paralelo: él también le había dado la espalda a Chile, más o menos cuando yo lo estaba haciendo. Se cansó de las canciones y las protestas y las empanadas a las que su madre lo llevaba contra su voluntad. Pero hasta ahí nomás llegaban las similitudes. Él había vuelto a Chile antes de la derrota de Pinochet, trayendo consigo sus esculturas premiadas en no sé cuántas bienales y una beca MacArthur, las -genius grants-

que tú y yo hemos soñado en sacarnos, ¿te acuerdas? ¿Y sabes por qué volvió a Chile? ¡La Antártida lo hizo volver! No tanto la Antártida misma como un cierto programa de televisión sobre ese continente. Eso me lo reveló a bordo del -Galvarino-: él había visto esas mismas imágenes que tanto me hechizaron a mí cuando pasaron por sus veinticinco pantallas fracturadas esa noche en que volvía yo de Soho, él había estado mirando ni más ni menos que el mismo documental, allá mismo en Nueva York, sobre el Upper East Side, a menos de un kilómetro de donde yo estaba parado en la calle bebiéndome ese espectáculo. En efecto. Él había visto esos icebergs fantasmagóricos y había decidido que si su lejano país contenía maravillas semejantes, entonces ése era el lugar donde él quería pasarse el resto de su vida. Mientras que yo, tan encantado como él con las imágenes, no hice la conexión con el odiado Chile y apuré mi norteamericanización, me armé una vida que naufragó en aquel sofá, Janice, nuestras aguas tan frías que no alcanzaron a mezclarse. Un mismo programa de televisión que condujo en mi caso a un callejón sin salida y en su caso, a una vida nueva, la determinación de retornar, la certidumbre de que en esos mares él hallaría el material desde el cual plasmaría lo que se agitaba en sus ojos, a punto de reventar desde sus ojos, el misterio de América, el misterio de la vida en un planeta donde alguna vez el hielo fue supremo y donde volvería a ser supremo algún día, la oportunidad de predecir en su escultura las frígidas cenizas del porvenir, cuando la tierra se hubiera enfriado y el universo estuviera huyendo de sí mismo hacia la nada, la nada en todas las direcciones. Su oportunidad para esculpir un monumento a una humanidad cuyo destino es la muerte.

Si yo hubiese tenido una pizca de su pasión. No pasión por el iceberg, Janice. Estaba tan fascinado como él, igualmente embrujado por el sortilegio de ese monte de hielo azul. Más bien esa vocación por la belleza que tenía él, que todavía tiene, esa devoción por las formas y el movimiento, las aristas duras de la realidad, la suave y redonda garganta interior de la realidad.

Tal vez eso me podría haber salvado. Tal vez si no hubiera dirigido mi inteligencia a tratar de ganarle el quienvive a los demás, ponerme como supremo propósito hacer el amor con una mujer, tal vez si mi energía... Pero estoy superponiendo mi desesperación presente sobre ese pasado. Porque ésas fueron, indudablemente, las dos mejores semanas de mi existencia. Armando podía ver el futuro en el iceberg y yo también lo podía divisar:

sabía que ese iceberg me acercaría a mi padre.

Y es lo que pasó. Supe que mi estrategia estaba funcionando a toda máquina cuando entramos a la base naval que construyó la Marina sobre el canal del Beagle, para cargar agua, que viene siendo el objeto más valioso en toda la Antártida. Puedes morirte de sed, Janice, en medio de la sal congelada de ese mar infinito; hay más agua potable en el Atacama, en el Gobi, en el Sahara que en ese continente frío y líquido y muerto. Necesitábamos racionar el agua, nos especificó el segundo oficial Puertas. Había que tener cuidado cuando uno se lavaba, e igual que el capitán, dirigió su mirada hacia mí, de nuevo como una manera de no clavar sus ojos en mi madre, para que nadie pudiera reprocharle que estaba acusando a la única mujer a bordo de malgastar ese precioso fluido en largas duchas y baños lujuriosos. Podía leer en sus ojos que él estaba

imaginándose cómo se enjuagaría ella el champú de su pelo, cómo exigiría ella que su ropa estuviese siempre limpia, cómo odiaba el peso de ese cuerpo femenino en su cubierta, las ganas que tenía de tirarse a esa mujer.

Todo eso lo vi, pero no me importó. El primer contacto profundo con mi padre acababa de ocurrir hacía un par de minutos, mientras contemplábamos lado a lado cómo transferían el agua al barco. Armando bromeó que tendríamos que lavarnos todos juntos, usar una y otra vez la misma agua, cada miembro de la expedición.

-Como cuando éramos cabros chicos-, dijo. -De manera que lleguemos limpios, purificados, antes de entrar a la Bahía del Paraíso-. Sus palabras despertaron en mí y en el espejo de mi padre una memoria que había estado esperando durante años para emerger desde la oscuridad vacía adonde yo la había consignado.

Había ocurrido unos días antes de que mamá y yo dejáramos Chile. El chillido cortante de un helicóptero me había arrancado del sueño. Había estado soñando que me desgajaba ese acero, truncándome las manos como un halcón, un sonido que iba triturando los brazos, avanzando hacia mi corazón. Corrí hasta la pieza de mis padres en la Casa Milagros y encontré a mamá durmiendo sola en ese enorme lecho y casi me encaramo a su lado, estuve a punto de sacudirla, pedirle que me salvara de esas tijeras que venían por mí, entrándome, cuando vi un racimo de luz que irradiaba desde la puerta entreabierta del baño, y escuché el tenue sonsonete de la ducha. Era mi papá. No sabía en esa ocasión, por cierto, que él acababa de venir de un encuentro amoroso con otra mujer, ni que él se frotaba en forma ritual, purgándose para que pudiera compartir otra vez más la cama, y quién sabe si el cuerpo, de Milagros. Todavía mi madre no me había iluminado respecto a mis orígenes, al Che Guevara, a la apuesta aquella. Lo único que sí tenía claro era que si yo no despertaba a mi mamá, ganaría el elogio de mi papá, que él me consolaría, y también que dentro de poco no lo vería más, nunca más, ni a él ni a los helicópteros, mi madre así lo había prometido, si partíamos no habría para qué ver a esos malos militares nunca más en la vida.

Así que entré al baño y ahí estaba él, mi padre desnudo cantándose algo suave bajo el manantial de la ducha, sus ojos cerrados como si estuviese recibiendo, más que una tormenta de agua, el sol en plena cara. Esperé a que él se diera cuenta de mi presencia y unos segundos más tarde él giró su cabeza y se protegió los ojos con una mano y lanzó hacia atrás su melena y me sonrió.

-Chiquitito-, me dijo. -¿Tuviste una pesadilla, ah? Ven, entra a la ducha. Esta agua es mágica. Limpia todos los pensamientos malos, todos los pensamientos tristes-.

-Papá-, dije yo en voz alta, para que me oyera por encima del run run de la ducha.

-Calladito, mi amor. ¿No queremos despertar a tu mami, no? Los hombres cuidan a las mujeres, nos aseguramos de que puedan dormir sin que nadie las moleste-.

Me saqué el piyama y me reuní con él bajo esa ducha tan vaporosa. Tengo que haberlo visto desnudo antes, pero ésa fue mi primera memoria de sus genitales, la primera y la única, de hecho, primera y última vez que los vi, tan cerca que estaba yo.

-Pichula-, dije yo, apuntando a su órgano, que estaba a la altura de mis ojos, ese pico que había estado hacía poco adentro de una mujer. Tal vez supe que algo especial acababa de ocurrir con ese instrumento -era grueso y largo y hasta bonito, como el cuello de una muñeca, no erecto, Janice, sólo más bien grande y sin que colgara del todo y muy reposado-. Yo lo llamé pichula porque ése era uno de los términos más usados por los niños-rufianes que estaban albergados en la Casa Milagros.

Él lanzó una carcajada.

-Pico-, dije, por si conseguía que volviera a reír. -Penca, plátano, pistola, pinga, porongo-.

-Basta-, dijo. -No vayas repitiendo esas palabras. Tu Nana se va a enojar. Con los hombres, sí, puedes usarlas. ¿Mejor llamarlo pene, te parece? Tú tienes uno, papá tiene uno, a mamá le encantaría tener uno pero no puede. Nada más importante en el mundo, Gaby. Dilo. Pene-.

-Pena-, dije yo.

-No-, me corrigió el gran McKenzie. -Pena es algo triste, cuando te dan ganas de llorar. Pene, Gaby, es lo opuesto. Una pequeña letra de diferencia, una e en vez de una a. Pero si aprendes a usar bien tu pene, puedes creerme que va a haber menos pena en este mundo-.

No me permitió que yo lo tocara. Unicamente me pasó el jabón, la misma barra con que había estado lavándose los residuos femeninos de sus poros. Me ayudó a crearme una linda espuma, como si yo también necesitara quitarme ese olor. Y ahí nos quedamos por un largo rato -quien sabe cuánto tiempo, Janice-. Cuando eres niño chico, unos pocos minutos parecen una eternidad. Pero pasó una racha interminable de tiempo, te quiero decir, la piel de los dedos de mis pies comenzó a arrugarse, era como si mi padre quisiera desbordar sobre nosotros todos los tibios ríos de la cordillera, teniéndome muy cerca, recogiéndome en sus brazos, simulando que yo era tan fuerte que podía levantarlo, esa fuente de agua eterna absolviéndonos desde arriba, diciéndonos un adiós que se dilataba y se extendía, cada, minuto una hora y cada dos minutos un año, separándonos y convergiéndonos y compartiéndonos.

Y cuando hasta esa agua se acabó, hasta la descomunal caldera de la Casa Milagros fue enfriándose, él me mostró cómo se cerraba la canilla. Y luego me sacó de la ducha y me fue secando con una toalla voluminosa del color azul del sol antártico cuando sale por las mañanas, aunque ni él ni yo sabíamos que ya estábamos destinados a tomar ese rumbo para poder reencontrarnos diecisiete años más tarde, ayudando a que me pusiera el piyama otra vez y llevándome a esa cama fluida donde su mujer y mi madre soñaba un futuro donde su Cristóbal no iba a tener que drenarse otras mujeres de su piel y él sería de ella, sólo de ella,

nos quedamos dormidos los tres, aquella noche, sumergidos el uno en el otro como si nos ahogáramos en el amor. Nunca dormiría yo de nuevo en su cama, nunca volvería a despertar en la mañana y ver los brazos de ella enlazándolo, una de las manos de mi papá agarrada de mis dedos tan pequeños como si yo fuera un volantín a punto de despegar, a punto de salir por los aires sin jamás retornar a tierra, ésa fue la última vez.

Y ahora él visitaba también ese mismo recuerdo, acá en la cubierta del -Galvarino-, ahora que nos abríamos paso al sur con justo el agua para quince días. Removimos el agua de nuestro pasado y ahí vimos las mismas bendiciones y los mismos cuerpos, mirando ese pasado de nuevo los tres ahora en otra cama más vasta, los tres reunidos una vez más, esperando que en esta ocasión alcanzaríamos a resolver bien nuestros problemas, que esta vez nos bautizaría el agua que había estado coagulándose de frío durante todos esos años desde que Colón se largó a navegar, cumpliendo la promesa de la nieve que había caído por primera vez en un lejano amanecer, la nieve que estaba cayendo ese mismo día tantos años más tarde cuando mi padre tomó esa ducha y me invitó a que liquidáramos juntos mis pesadillas.

No arruinamos el momento con palabras, no clavetearnos ese recuerdo como los coleccionistas hacen con los insectos. Lo dejamos ahí, colgando entre nosotros, como si la memoria fuera Milagros misma, la mujer que nos unía, el punto de nuestro encuentro, el interior tan profundo de ella de donde yo provenía y adonde el gran McKenzie siempre quería retornar. En homenaje a ese cielo que comenzaba a oscurecerse hacia las once de la noche, dejamos que la memoria permaneciera en el aire como un sol que sabe que volverá antes de lo esperado, cuyo débil color bajo el horizonte te dice que nunca te ha abandonado del todo. No quise perforar esa memoria, tampoco papá se refirió a ella, permitimos que nos siguiera bañando, atendiendo su oferta de que nos cuidaría, esa agua comunal, tal como nos había amado a lo largo de la noche del helicóptero y de la cama hacía tantos años atrás.

Esa memoria persistió entre nosotros durante los días que siguieron, aunque se manifestó, más que en alusiones directas, en el hecho de que mi padre me sonreía sin cesar. Claro que le sonreía a todo el mundo. Su contento alimentaba el de mi madre y ella a la vez no cabía de la alegría de tenerlo sólo para ella, y su felicidad mutua se hizo contagiosa y puso de buen ánimo al barco entero. Hasta el gruñón e irritable segundo oficial se puso a jugar a las damas con Lalo Goic y Lalo tuvo cuidado de que su rival ganara casi todas las partidas. Milagros me confidenció una mañana después del desayuno mientras nos paseábamos por la cubierta que ella había venido fundamentalmente para satisfacer el antojo de un hijo, sin saber que su recompensa sería el retorno de su ser amado. Insinuó que tal vez ellos iban a poder continuar su relación más allá de este viaje, una vez que el iceberg estuviera bien embalado en sus siete cajas gigantes.

Esa noche yo me quedé parado en el exterior de su cabina y los escuché haciendo el amor, escuché sus suspiros sugerentes, esa risa callada, y fue como si me estuviera mojando en la luna de mi inocencia pasada. No sentí ni un pellizco de celos: me estaban rehaciendo una vez más, dándome una nueva licencia para vivir. Él sabía que yo había arreglado este encuentro, compensándolo hoy por haberme interpuesto ayer entre ellos, convertido por fin

en el ayudante y alcahuete de mi padre.

Pude confirmar nuestra nueva relación privilegiada, cuando al cuarto día, en medio de una leve nevazón, llegamos a la última base chilena en las islas Shetland del Sur. Descendimos sobre ese suelo, si es que así puede llamarse ese vasto baldío de hielo de donde sobresalían rocas negras y bruscas y erizadas, lo que hizo aún más increíble encontrarse con una pequeña urbe ocupada por cien o más conscriptos y sus oficiales que habían acampado ahí el invierno entero y estaban dichosos de que hubiésemos llegado a visitarlos. Nos presentaron la oficina postal y el banco (provisto de una máquina dispensadora de billetes, te juro que es cierto, Janice) y estaban a punto de mostrarnos con orgullo su centro de entretenimientos, cuando un teniente llegó hasta el gran McKenzie, enarbolando un pedazo de papel. Un mensaje, urgente, vía correo electrónico, para Cristóbal McKenzie. -Y quiero que usted sepa, caballero-, dijo el hombre, enfurruñado en sus botas y su bigote escarchado, -el honor que es para mí entregarle este mensaje o cualquier otro mensaje. Usted una vez rescató a un primo mío, el que después hizo una carrera brillante en una financiera. Gracias a usted, señor McKenzie. Así que ahí lo tiene, el mensaje-.

Mi padre no se lo recibió de inmediato. -¿De quién viene?-

-De alguien que se llama Polo, señor-, respondió el teniente.

Sentí que desfallecía. Había cavado mi propia tumba. Yo fui quien le había enseñado al inefable Polo las delicias de la red electrónica. Lo había hecho como una forma de exhibicionismo, para que supiera el hijo adoptivo que el hijo postergado sí servía para algo. No le había dado lecciones en mi computadora que seguía durmiendo el sueño de los injustos en la casa de reparaciones donde las promesas se amontonaban una encima de otra como pájaros muertos. Me había agenciado unas viejas máquinas que Oscar y Nano no necesitaban y las había instalado en la Casa Milagros. Y ahora Polo estaba usando esa pericia que yo le había traspasado -¡como Lautaro!- para cagarme, madrugarme por la espalda una vez más. Probablemente había inventado alguna crisis, tratando de forzar al gran McKenzie a que emprendiera la retirada desde esa base, sin duda que Polo ya había contactado a los militares para que llevaran de vuelta a su ídolo en algún helicóptero parecido a ese que me despertó en la noche justo antes de que yo partiera para los Estados Unidos. Ese helicóptero iba a cortar los lazos con mi papá, iba a dejarme abandonado en ese barco rumbo a la península antártica en busca de un iceberg que ya no sería capaz de cumplir su oferta de un reencuentro con mi progenitor.

-Hágame un favor, teniente-, dijo mi padre. -Dígale a ese Polo, o como quiera que se llame, que su mensaje llegó demasiado tarde. Dígale que nuestro barco ya había partido. ¿No es cierto, Gabriel?-

-Cierto-, dije yo.

Esa noche -si es que puede llamarse noche algo que apenas oscurece durante cuatro horas- mi madre me sacó de mi sueño, aunque no fue sólo ella porque debajo de las siete membranas de su ropa, pude oler el desparrame del semen de mi padre. Podía celebrar yo que el juego de sus cuerpos fuera como el

de las olas con la nave y la nave con la península cercana, pude aceptar que era bueno que ellos me hubieran creado desde la nada y que antes de que retornara a esa blanca sombra de la muerte, también yo habría jugado con un cuerpo elegido. Me estaban sanando, pude sentirlo. Y mi madre, que ahora venía hasta mí con la exhalación de mi padre remotamente adhiriendo a su torso y a sus piernas, era la prueba de que el tiempo vendría cuando él no iba a tener que usar el agua con la que nos habíamos bañado juntos para deshacerse de las otras mujeres, un tiempo se aproximaba, como la Bahía del Paraíso, en que los tres nos bañaríamos nuevamente en el mismo río.

-Hay algo que tienes que ver-, susurró ella, y los otros que estaban dormidos también la escucharon y se pusieron su ropa en las rápidas sombras, sin importarles la presencia de una mujer.

Todos subimos corriendo a la cubierta, donde el gran McKenzie y el capitán miraban hacia adelante y hacia arriba y hacia el lado.

Frente a nosotros se levantaba un iceberg del tamaño de una ciudad, un meteoro de hielo colosal y callado, más grande que un estadio de fútbol, más inmenso que la avenida más atiborrada de rascacielos de Nueva York, un horror flotante que brillaba y borraba bellamente la línea del horizonte... a unos dos kilómetros de distancia, ese Himalaya de cumbres y despeñaderos deslizándose en nuestra dirección.

-Vamos a dar un rodeo-, dijo el capitán, muy sigilosamente, como si el iceberg pudiera escucharnos, como si Dios, al oír sus palabras, pudiera mandar a ese prodigio a perseguir nuestra nave en forma fría y final. -Si un pájaro llegara a posarse en él, ese monstruo podría darse una vuelta de campana, así de inestable lo ha vuelto la acción del viento a través de los siglos. Si nos agarra en su surco...-

Estaba bloqueando nuestro camino. Estaba advirtiéndonos que no prosiguiéramos. Me estaba avisando que tuviera cuidado, que me volviera.

Estaba haciendo guardia en la boca de la Bahía del Paraíso.

Y, sin embargo, no hicimos caso de su advertencia, casi no tuvimos tiempo de ponderar lo que nos estaba murmurando en medio de la neblina de la Antártida, porque hubiéramos tenido que hacer un desvío de todas maneras. Había un barco atrapado en Bahía Desolación, un nombre apropiado para el paisaje que encontramos cuando partimos al rescate. Al llegar, ahí lo divisamos, su mástil sobresaliendo del hielo en que había estado inmovilizado desde el invierno. Un alemán, su esposa y sus dos hijos se habían adentrado en aquella caleta al final del verano y ahí los aprisionó el lento anillo de un frío que termina siendo tan frío que ya no puede serlo más y no obstante sigue avanzando hacia una frialdad de cero absoluto donde ya nadie ni nada nunca más se mueve ni respira. En la medida en que la oscuridad de la noche polar descendió y ascendió y los rodeó, el alemán y su Frau decidieron evacuar a los niños y quedarse esperando el deshielo, más que felices de permanecer en ese sitio durante los siete meses invernales, compartiendo sus cuerpos y una provisión cada vez más reducida de agua. Todo esto lo supimos después de haber atravesado a pie esa

distancia congelada hasta el barco, mi padre y yo y el segundo oficial Puertas y Armando y un par de tripulantes, tardando cuatro horas en llegar y cuatro horas más en volver con los dos alemanes, quienes, después de embutirse una buena comida y abastecerse de agua fresca, decidieron volver a su nave. Mi padre estuvo de acuerdo cuando yo dije que eran como Adán y Eva, que no debía haber nada mejor que pasarse con la mujer que amas una noche que dura seis meses. Casi tan bueno, respondió él, como meter el amor de seis meses en una sola noche porque... y aquí se detuvo en la mitad de su frase, y yo supe que el resto me lo contaría cuando él estuviera listo, cuando lo estuviera yo.

El séptimo día de nuestra odisea, a las cuatro de la mañana, a la hora en que el sol cae arriba hacia el cielo que existe al final del mundo, nos deslizamos en las aguas de Bahía Paraíso como si no quisiéramos que nada ni nadie supiera que habíamos llegado, como si quisiéramos sorprender al iceberg.

No se dejaría capturar con tanta facilidad.

Armando sabía exactamente lo que debíamos buscar: los famosos hielos negros de la Antártida, bautizados con ese nombre porque ese tipo de hielo era antiguo y había podido darse el tiempo para hacerse transparente, durante siglos había ido devorando sus propias imperfecciones, esterilizó su pasado y operó sobre la memoria que le quedaba, a la espera de ojos que pudieran penetrarlo de lado a lado, azul como el cielo con el que quería unirse, azul como las aguas por las que algún día viajaría rumbo al norte. Pero eso no era suficiente... la edad, la transparencia, el diamante de su profundidad. Armando había soñado cada fragmento torcido y cómo las partes se acoplarían, qué ribete gigantesco y precipicio definitivo y cañón despiadado necesitaba él en esos flotantes cadáveres de hielo para que pudiera ensamblarlos en Sevilla, separar esas piernas del cuerpo para que danzaran en la luz de España, crecerle un nuevo cuerpo al iceberg bajo la electricidad de la Feria del Mundo; él sabía muy bien lo que le hacía falta para que ese delirio suyo se hiciera realidad.

En dos botes, partimos hacia ese cementerio de escombros, los desperdicios de millones de años de borrascas y nevazones y ventiscas que soplaban desde el sur como si quisieran anunciar la conclusión del tiempo junto con la conclusión del espacio.

-Por esta calle-, anunció Armando.

-¿Qué calle?-, preguntó el segundo oficial.

-Ahí, ahí, las calles de hielo. ¡Miren el hielo por las calles, vean cómo fluye la sangre del hielo por las calles!-

No era un espejismo. Dos días antes, habíamos visto un espejismo en el océano, un iceberg donde era imposible que existiera, emergiendo entre las olas como una ballena y desapareciendo, habíamos visto una caravana de fantasmas cruzando las aguas como si fueran un desierto de arena azul, nos habíamos pellizcado al vislumbrar islas de palmas verdes, desde esas islas nos llamaban voces de mujeres. No estoy exagerando, Janice, éste es el modo mediante el cual ese continente se defiende, te enloquece, te tienta para que ignores tus

instrumentos de navegación y penetres en la ceguera blanca y te pierdas para siempre antes de morir. Es el hielo el que se burla de los visitantes. Yo que he burlado a tantos lo digo, yo que he terminado acá en la ciudad del burlador don Juan, que burló a muchos más que yo y terminó, igual que yo, en el infierno: no somos nada comparados con los espectros que el hielo propala y luego sofoca para finalmente reflejar desde algún espejo en ese cielo encapotado lo que está sucediendo a miles de kilómetros, el hielo que llama desde su pantalla infinita. Insisto en que eso no era lo que Armando estaba viendo, no eran calles ilusorias de una ciudad ilusoria que él estaba señalando, sino más bien un laberinto de hielo que urgía a nuestro barco a que entrara en la brecha y entre las grietas y adentro de las cavidades y las fisuras sibilantes que nunca nadie se había atrevido a tocar desde que existía la memoria humana, el hielo que había terminado matando a la mayoría de los hombres que llegó hasta ese paraje y armó allá una primera fogata y caminó sobre su aridez inmaculada.

Y nosotros teníamos la intención de escindir de esa masa unas sesenta, ochenta, cien toneladas, y aunque no fuera sino un dedillo, ni la astilla de una astilla de la piel de la Antártida, encontraríamos una resistencia sin piedad, estaba vivo ese hielo, Janice, vivo y escondiéndose. -Escucha-, Armando me dijo a mí y a mi papá, -quiere que vengamos a buscarlo, nos ha estado esperando. ¿Has estado soñando con mi llegada, no, mi amor, quieres viajar, te gusta, nos tienes ganas, no es cierto?-

El primer día trabajamos casi hasta la medianoche y logramos absolutamente... nada.

-Vamos a encontrarla-, dijo mi padre, temblando. Antes de que mi madre se lo llevara, quedaba menos de una hora para que hicieran el amor y él siguiera con su virilidad y su apuesta intactas. -mañana la vamos a encontrar-.

-¿Y cómo sabes que es femenino el iceberg?-, preguntó Milagros Gallardo.

-Porque tarda una eternidad encontrarla-, dijo mi papá. -Y cuando finalmente llegas hasta ella, se te va, se te va-.

-No-, dijo Milagros. -Cuando finalmente llegas hasta ella, es el hombre el que se va, se va, el que no puede tolerar quedarse en un solo lugar-.

-Mañana-, dijo el gran McKenzie, -tú vienes con nosotros-.

-Yo lo voy a encontrar-, dijo ella. -Yo voy a encontrar ese iceberg tan macho-.

Y cumplió su pronóstico. O digamos que fue la presencia de mi mamá lo que permitió que el iceberg se materializara. Juraría que fue en el mismo lugar por el cual habíamos pasado diez veces, siempre el mismo hielo sucio del color de una blancura cercana a la nada, vislumbrado siempre idéntico entre gajos y hendiduras, y de repente ahí estaba, el meollo y el núcleo de lo que buscábamos.

Armando lo supo de inmediato, lo vio a través de los ojos de Milagros Gallardo, lo vio con los ojos míos, lo vio como mi padre lo había visto esa tarde de mi llegada a Chile cuando el falso iceberg me impidió volver a ti y a Manhattan,

Janice. Armando simplemente apuntó su dedo y el encargado de la lancha nos trasladó hacia su presencia majestuosa, el hielo que se había estado formando desde que a mí me concibieron, desde que habían sido concebidos mi madre y mi padre, desde antes del nacimiento de Colón, el hielo que se había endurecido en espera de mi mirada, invadiendo las manos y la mente del escultor para que lo encontrara, a él, a ella, a eso, encontrar su faz fría cuando estuviera listo, lista, para exhibirse, para emprender el viaje.

Era demasiado tarde para llevar a cabo la operación en ese momento. Necesitábamos la luz del amanecer, un día entero para asegurarnos de que no se cortaría ninguna parte esencial. Armando tenía que poder mirarlo al revés y al derecho mientras lo iba sonsacando de la montaña en que había crecido, sonsacando como uno lo haría con un niño que debe ser separado de su madre, convenciéndolo de que afuera lo que le aguarda es la vida y no la muerte. Teníamos que encarar ese desafío cuando saliera el sol y no cuando el sol comenzara a aplastarse y hacerse triste detrás de las monumentales catedrales de hielo que protegían aquella bahía.

-Reubicarlo no va a ser ningún problema-, aseveró el segundo oficial, mientras los motosierristas frotaban satisfechos e impertérritos sus guantes bajo el viento que comenzaba a aullar con anticipación.

Nevó toda la noche.

Nevó y la luz amanecida de la bahía reveló un panorama enteramente diferente del de la noche anterior: todo estaba cubierto y oculto nuevamente, cada abismo colmado y cada pasaje irreconocible. el viento comenzó a mover los témpanos, agitando uno contra otro como si fueran barquitos de papel.

Durante el breve intervalo nocturno del verano polar yo había escuchado a los icebergs quejándose, triturándose el uno contra el otro, escuché el viento de esa leve noche como un eco del monstruo escondido en el helicóptero hacía tantos años atrás, escarneciéndome, escarneciendo al grupo entero, ese viento que emitía el sonido de un animal herido, exactamente el sonido que iba a bramar el iceberg cuando lo escindiéramos, cuando lo desgajáramos de su madre montaña. Salté de la cama, pero los otros ya habían partido. Cayéndome de cansancio, supe que no lo íbamos a encontrar. Habíamos perdido el iceberg bajo el camuflaje de la nieve. Todo tenía una apariencia idéntica. Volvía a enmascararse bajo la manta blanca que la noche antártica había mandado para salvarlo, para que no se lo llevaran: más nieve y tan densa y espesa que nunca iba a poder derretirse en los cuatro días que nos quedaban, que podría tardar una década para convertirse en azul cristalino. A menos que pudiéramos limpiar el paisaje, encontrar su vientre luminoso en medio del basural de las nevazones que se agitaba en cinco mil pedazos bajo un viento que no cejaba, a menos que...

Desde el -Galvarino-, se disparó una y después otra luz de bengala, para reclamar el retorno de los dos botes, íbamos a tener que hacernos a la mar. El peligro era inminente. Cualquiera de esos glaciares que se agitaban a la deriva por aquí y por allá a su divino antojo podía hundirnos, aplastarnos, congelar nuestro casco en medio de esas aguas, dejando que nos visitaran de ahí en adelante los albatros y los vientos, convertirnos en una exhibición tal como

nosotros queríamos exhibir al iceberg en la última Feria del Mundo, colocar nuestros cadáveres en esta feria en el último extremo del mundo para que el viento nos cincelara, el viento que nos había estado soñando durante quinientos años, con sus manos y sus ojos de huracán, y que en un instante podía transformar a los cazadores en cautivos.

-Si sigue cayendo la nieve-, el capitán nos informó esa noche mientras sorbíamos una sopa lastimosa que no tenía ni una de las virtudes restauradoras de la cazuela mágica de la Nana, -esto se acabó. Tenemos que agarrar el primer pedazo de hielo de mierda que... con el perdón de la compañía presente-.

-Hielo de mierda, hielo conchudo-, interpuso mi mamá, -merece que se lo tiren por el culo, hijo de puta-.

-En efecto-, dijo el capitán, asombrado con estas expresiones de la única dama a bordo, pero dispuesto también a no enmudecer y mantener el control de la situación. -Creo que las palabras sobran. Sabremos cumplir con nuestro deber-.

Lo habíamos visto. Entiende, Janice, habíamos estado tan cerca que lo podríamos haber tocado. El iceberg de Sevilla... el mismo que voy a reventar a dinamitazos esta noche, antes del cumpleaños de América, antes del cumpleaños de Cristóbal McKenzie y Pablo Barón, ese mismo... nos había mostrado su rostro, el rostro de él, de ella; ese iceberg había esperado hasta el último momento posible de la jornada para manifestarse, para que siempre supiéramos que sí existía, existía pero que no era posible capturarlo, para que supiéramos que nunca iba a revelar su secreto. Sólo había separado la bruma que lo rodeaba, como un valle que nunca nadie ha visitado, porque supo en algún estremecimiento interior, algo que crujía en el azul profundo bajo su piel, que una tormenta lo cubriría y lo defendería al día siguiente. Quería que viéramos sin tocar, que soñáramos sin hacer el amor, que nos pasáramos el resto de la existencia buscándolo, eso es lo que quería.

Quería ser virgen para siempre.

Yo no dormí esa noche. Grabándome ese viento que se extinguía, me arrastré hasta la cubierta para presenciar una nieve que ya había disminuido hasta el punto de que era posible ver el sol remoto que comenzaba, a las cuatro de la mañana, a vestirse de luto para despedirse de nuestra arruinada expedición, revelando a nuestros ojos una comarca enterrada en un blanco sin fin y sin forma, encapotado como un cielo de puro abismo sobre la chata superficie de las aguas. Bahía Paraíso. Un paraíso vacío que no contenía senderos que pudiéramos cruzar ni señales de nuestro paso: todo, todo borroneado.

Fui hasta la cabina que ocupaban mi padre y mi madre, golpeé a su puerta, esperé a que el gran McKenzie se manifestara, sus cabellos desarreglados por el combate de la noche, su esposa echada allá en el estrecho camastro con su cabeza casi sin pelo sepultada muy adentro de la almohada.

-Haces falta-, le dije.

Tenía que ser él. No había otro. Su especialidad: perseguir los deseos de un fugitivo hasta el único sitio en el mundo donde nadie lo podría encontrar. ¿Por qué no un iceberg? -Estás loco-, dijo. -Yo a los niños los llevo de vuelta a sus padres. No invado sus hogares para secuestrarlos. No soy algún agente de policía hijo de puta que quiere...-

-El iceberg quiere que lo encuentren-, dije. -Tú lo sabes. No quiere pasarse el resto de la eternidad en este lugar-.

-No puedo hacerlo-.

-Escucha cómo llama-, dije. Era yo el que llamaba y él, a esas alturas, ya lo sabía, sabía que yo necesitaba que él hiciera el intento.

Encontró el iceberg al mediodía exacto de ese día, 9 de noviembre, o quizás era el 10. El tiempo deja de existir en el borde del mundo. Cristóbal McKenzie señaló una espesura nevada en el medio de la nada y entró en acción el ventilador gigante que Gerardo había armado, un viento humano destinado a contrariar el viento que soplaba desde el Polo Sur y que había enterrado a Scott y casi mata a Amundsen y estuvo a punto de cobijar al iceberg por otros quinientos años. Cuando el ventilador terminó de delinear el contorno elemental de nuestro iceberg, tres miembros de la tripulación se encaramaron hasta su cima, empezando a barrer los residuos de nieve hacia el mar, reptando por las grietas de su superficie, delicadamente, como si fuera música la que iban barriendo, su cara que comenzaba a iluminarse, las mismas cuencas de dolor y vulnerabilidad que había tratado de tocar con las manos de mi padre la noche en que conocí a Amanda Camila, en que me acunaron los brazos de la Nana. Ahí estaba, azul como azul es el comienzo del universo, listo por fin a arriesgar el viaje a través del calor tropical hacia la Europa que había mandado a Colón en busca de especies y oro, listo ese iceberg para devolver un reflejo a los ojos de millones de turistas que nunca entenderían su misterio pero que podían entender, por lo menos, que todavía existía un misterio en algún lugar de la tierra, un continente que el hombre todavía no había cubierto con sus mapas y pasos y máquinas y huellas digitales.

No dio ni un alarido cuando lo cercenamos de su hogar. No hubo otro sonido que la sierra y las instrucciones y el goteo del sudor y de las imprecaciones en el combate contra el sol, ningún otro sonido que el lento derrumbe en las aguas del Paraíso, las olas lamiéndonos, lengüeteando sus orillas, y nosotros que lo remolcábamos hacia la nave, ni un sonido esa noche cuando se durmió flotando al lado del casco, ni un sonido cuando lo seccionamos en los segmentos de rompecabezas que había diseñado Armando, ningún sonido que no fuera el machaque de la red y el gancho envolviendo cada montículo resquebrajado, y la cicatriz ronca de esas cuerdas metálicas que lo estrangulaban, ni un rugido, ni una melodía fantasma, ni un espejismo. Sólo los hombres al otro día maldiciendo y esforzándose y celebrando, encadenando las punzantes aristas de su cara de iceberg ya cautivo, cada pedazo percutiendo sobre la cubierta con un apacible golpeteo casi alegre, maniobrándolo para que cupiera en el contenedor oscuro, la leve fricción de mantas termales que conservarían intacto ese frío profundo hasta que pudiéramos alojarlo en las cámaras de refrigeración que lo esperaban en Punta Arenas y que lo resguardarían durante los meses venideros.

Y finalmente, todas esas manos asegurándose de que cada contenedor estuviera bien sujeto para que algún día cercano seis columnas fálicas en Sevilla pudieran rodearlo con aire frígido y bloquear el calor amenazante.

Esos sonidos y ni uno más acompañaron el comienzo de su éxodo, el final del mío.

Miramos todo eso con mi papá mientras él fumaba sus cigarrillos, él miraba ese iceberg con los ojos que había reservado para Carlitos, lo miró con ternura, me miró a mí también.

Era por esto que yo había deseado extraer al iceberg de las montañas azules y flotantes de la Antártida.

Desde que había llegado al país de mi nacimiento, se me había zarandeado hacia acá y hacia allá y hacia más allá, como una barcaza en un mar atormentado. Mi tío decía algo y yo estaba de acuerdo y después Larrea decía lo contrario y de nuevo yo estaba de acuerdo, y hacía lo que me pedía Amanda Camila y sonreía cuando Pablo Barón esbozaba una sonrisa, moldeado por sus manos y sus voces y sus deseos. Como si no hubiera una médula adentro de este Gabriel McKenzie que se había pasado tantos años distantes suponiendo que el mero retorno a Chile arreglaría todo. Pero la personalidad que traje al hogar original no había probado tener más consistencia que la neblina, una semblanza de identidad fijada por un camuflaje astuto pero sin un centro verdadero, como si fuera... sí, hielo que flota en un mar caliente, listo para disolverse, lejos de toda tierra que pudiera revelar dónde quedaba el norte, dónde el sur, cómo anclarme a algo que perdurara y durara, algo menos evanescente que palabras en el rostro de una pantalla. Yo había venido a Chile, me di cuenta, buscando esa tierra firme, en busca de la playa que podía ser mi padre, algún paraje donde desembarcar, aunque fuera el arrecife de un padre donde naufragar.

Para eso había hecho mi peregrinación a Chile y Chile, hasta ahora, no había respondido a mi llamado.

-Papá-, dije, de repente. -Soy virgen-.

-Lo sé-, dijo mi padre.

-Y siento no haber vuelto antes. Siento que la abuela Claudia nunca haya podido verme antes de morir-.

-Creo que es cierto-, dijo él. -Creo que de veras lo sientes-.

Esperamos hasta que Jacobo y su cámara desaparecieron, nos alejamos del iceberg que dormía calladamente en sus siete cajones.

-Necesito ayuda, papá-, le dije. -Necesito ayuda de verdad-.

-La ayuda-, dijo mi papá, -ya viene en camino. Era cosa de que lo pidieras-.

Quería saber quién era la mujer afortunada a la que le tenía ganas y yo le mentí, por cierto, le dije que era Cristina Ferrer.

Estaba preocupado de que, por ahí, su juramento a Pablo Barón de no tirarse a Amanda Camila pudiera hacerse extensivo a este Gabriel también, que él considerara que la hija del ministro estaba prohibida a todos los hombres de la tribu McKenzie. Así que resultó que, en el mismo momento en que yo le estaba pidiendo que él se me abriera, yo mismo me cerré y no le tuve confianza.

Aunque no tardé mucho en calmar mi conciencia, puesto que de inmediato él me respondió con una mentira propia. -No está mal-, fue su comentario acerca de Cristina, y yo tanteé el terreno: -Tú no... no te la... Quiero decir, no es una de las que...- Y él contestó: -Claro que no, no es mi tipo-, aunque yo iba a descubrir dentro de poco que uno de los secretos de su éxito era que no había un tipo de mujer que le gustara más que otro. Le encantaban todas las mujeres con que se cruzaba, hallaba en cada una alguna cosa y frecuentemente más de una cosa que le parecía rescatable e insustituible. Pero lo que me importa destacar, por ahora, Janice, es que pensé que estábamos a mano, padre e hijo, cada uno permitiéndose el lujo de su pequeña decepción inicial.

-Entonces, dime, ¿cuál es tu problema, por qué ya no...?

-Tú eres mi problema-.

-¿Yo? Pero si yo ni siquiera he estado presente. Es tu madre la que se encargó de todo, y en sus cartas ella declaraba que te estabas tirando a medio Nueva York. Y si lo que te está jodiendo es el famoso síndrome del padre ausente, etcétera, etcétera, hay miles que se las han arreglado perfectamente bien sin su papito, incluyéndome a mí y a tu tío Pancho-.

Le hice el relato de lo que había sucedido aquella noche en Manhattan cuando volví de tu sofá invicto, Janice, y cómo mamá había descargado sobre mis hombros el ejemplo de su marido Casanova. A mí lo que me jodía no era su ausencia sino su excesiva presencia.

-Ay, Milagros, Milagros-, suspiró papá. -Las mujeres. Pero todo eso todavía no me deja claro qué diablos quieres que yo haga por ti-.

Saqué a flote la pregunta que había estado marchitando mi sexo desde que supe la historia de mi concepción, la pregunta que mamá no había sabido responder. -¿Qué pasó esa noche, la noche que dejaste a mamá y sólo te quedaba hora y media para encontrar a otra mujer?- Esa pregunta.

Él me dijo que no me apurara tanto. Primero él tenía que ponerme al tanto del enrevesado cortejo de Milagros y la apuesta, insistió en repetir lo que yo ya sabía, aunque me divirtió conocer su versión que en varias particularidades difería de la que me había entregado mi mamá. Le llevó un buen rato, pero finalmente, más o menos cuando la nave levantó anclas y enfiló hacia el norte entre gritos y vivas, llegó al episodio que yo había estado esperando desde mis quince años, cada minuto de los largos ocho años de mi virginidad. ¿Cómo era que un joven cuya única experiencia sexual habían sido cuarenta noches con una

mujer que, a su vez había estado preparándose para amarlo desde que ella tenía doce, cómo se había convertido ese hombre, que no había saboreado el sexo femenino antes de la noche en que al Che Guevara lo estaban cubriendo de tierra boliviana, cómo había terminado Cristóbal McKenzie por ser un putamadre? Porque si él lo podía hacer, yo también. Yo había jurado que era posible cada vez que las mujeres airadas e insatisfechas me echaban de sus camas, lo había jurado cuando contemplaba a otros hombres quitarme cada falda promisoria, y ahora estaba a punto de conocer el secreto.

-No hay ningún secreto-, dijo mi padre, mientras mirábamos retroceder la península antártica, un carnero del cabo sobrevolando la estela de basura que dejábamos atrás, comiéndose las inmundicias que arrojábamos al mar a cambio del iceberg de que lo habíamos despojado. -Más bien suerte, diría yo. Heme ahí, a las diez y media de la noche, seguro de que no había modo de que pudiera encontrar a alguien en el tiempo que me quedaba, que si algo iba a suceder tenía que ser que ese alguien me encontrara a mí, fuera quien fuera, en esa ciudad vasta y oscura y lluviosa.

Porque era fines de agosto, Gaby, y había estado cayendo agua desde la mañana. Decidí que saldría a vagar y que el destino se encargara de salvarme. Aunque la verdad es que tenía claro que, a poco más de un mes de haber hecho la apuesta, estaba a punto de transformarme en el primero que la iba a perder. Y la tristeza debe haberse exhibido en mi cara, ahí, caminando bajo la lluvia sin un paraguas, el agua chorreándome por el pelo y la nuca. Fue esa tristeza la que me salvó, porque a los cinco, quizás a los diez minutos de haberme despedido de Milagros, alguien vio esa cara, un hombre que estaba en la puerta de un edificio de departamentos sobre la avenida Irrarrázaval. Él la tenía abierta, como esperando a alguien y cuando me divisó, me saludó como si me conociera (jamás lo había visto antes, te lo juro), me agradeció mi presencia, dijo que era una lástima que fuera para esta ocasión, y pasó a darle la bienvenida a una pareja que entraba de la lluvia, -ustedes saben dónde es-, y ahí se quedó, haciendo guardia al lado de la puerta mientras yo seguí a la mujer y al hombre al segundo piso. Me dije, ésta es la única invitación que me va a tocar esta noche, mejor que me pase las próximas horas guarecido del diluvio. Hasta que llegara la medianoche y volviera derrotado, con la cola entre las piernas, a Milagros. Entré al departamento ¿y qué crees que encontré?-

-Una orgía-, aventuré yo.

-Un velorio-, dijo mi papá. -Estaban velando a un muerto. Me veía tan deprimido que el pariente que me había saludado, el hermano del finado según supe después, me había confundido con uno de los dolientes. Habrían unas cincuenta personas sentadas en un modesto living-comedor, el cadáver expuesto en su ataúd, con velas y flores y un cura amigo, lo típico. Todos lloriqueaban, ojos enrojecidos, y muchas toses nerviosas, voces bajas que ya intercambiaban chismes sobre el difunto. Yo iba a retirarme, pero el hombre y la mujer que habían subido conmigo insistieron en que yo entrara primero, que le diera mis condolencias a la viuda, toda de negro, que estaba sentada rígidamente al lado del fiambre, tratando de no mirarlo, tratando de no mirar a nada ni a nadie. Como que me dieron algo así como un empujoncito y no había nada que hacer, tuve que llegar hasta ella y anunciarle -Mi sentido pésame- o alguna otra

estupidez por el estilo, como si algo que digamos en ocasiones fúnebres pueda ser inteligente. Le di la mano y ella me la tomó y me preguntó: -¿Lo conocía usted bien?-. Era el momento para murmurar alguna otra idiotez y emprender la retirada. Pero me sentí, no sé cómo describirlo, tan desalentado por su dolor. Compasivo, probablemente sea la palabra. Gabriel, yo no estaba tratando de seducirla, no tenía el menor presentimiento de que en menos de una hora iba a estar haciendo el amor con ella en el baño-.

-¿Era linda?-

-Creo que no entiendes, Gabriel. Era más bien deslucida, medio amatronada, un bacalao, especialmente comparada con Milagros tan monona. Pero eso no era lo que importaba, lo que importa. Cuando comienzas a medir a una mujer por su pinta, la primera cosa que te tienes que preguntar es si la estás escogiendo por ella misma o por la manera en que la podrían ver los hombres que te rodean, si te la quieres tirar para ganarles a esos otros la partida y hacerlos morir de celos. Si la viuda de aquella noche hubiese sido deslumbrante, nunca hubiera logrado acostarme con ella, porque habría estado obsesionado por metérselo lo antes posible y ésa hubiera sido una estrategia equivocada, precisamente lo que no hacía falta. Terminamos haciendo el amor porque, en efecto, no era mi intención, no se me pasó por la cabeza la posibilidad.

Estaba malgastando un tiempo valioso, el reloj avanzaba implacable, quedaban setenta y cinco minutos para el plazo final, y aun así, me quedé con ella. Le respondí aquella pregunta acerca de si había conocido bien a su marido, con la verdad. No sé por qué, sentí probablemente que ella estaba harta de mentiras. Tan pronto como alguien se muere, todo el mundo se pone a mitificarlo. Yo dije: -En absoluto, señora. Necesitaba abrigarme de la lluvia. Pero me voy de inmediato, no quiero importunar en una noche que...-. Ella me tomó la mano. -Quédese-, dijo. -Se lo ruego. Usted es el único al que le puedo contar cuánto odiaba yo a ese hijo de puta. Por favor no se vaya...--.

-¿Ella odiaba a su marido?-

-El finado no le había sido infiel, no se trataba de eso-, dijo mi papá. -El problema era que el tipo la golpeaba. La golpeaba porque la comida estaba fría y la golpeaba porque estaba demasiado caliente, la golpeaba al emborracharse y después, cuando al tipo le volvía la sobriedad, volvía a golpearla, para que ella supiera que la paliza previa no era un accidente, que a él le gustaba de veras lastimarla. Tuve que escuchar sus quejas susurrantes, interrumpidas cada tanto por alguien que venía a condolerse lacrimosamente. Debí haber aprovechado la primera interrupción para partir, pero no podía hacerle eso a ella.

Estaba tan sola, sin una persona en que confiar en el mundo. Así que me quedé. Había un gran reloj de péndulo contra la pared y fui mirando pasar los minutos frente a mí, ya estaba pensando en lo que iba a contarle a Milagros esa noche, la historia que iba a contarle a Pablo y a Pancho al otro día cuando les informara que ellos tendrían que disputarse el futuro, ver cuál de las dos visiones de América Latina iba a prevalecer, y que en todo caso no había en ese futuro un sitio para un hombre como yo para quien lo único que importaba era hacer feliz a otro ser humano en una cama. Enriqueta -así se llamaba la viudita- debe haber

intuido que algo en mí se estaba quebrando, porque de pronto dejó de hablar de lo mucho que odiaba a ese desgraciado, las ganas que tenía de que el cadáver ya estuviera a mil metros bajo tierra. Me miró y dijo: -Si usted no lo conocía a mi marido, entonces, ¿por qué tiene el aire tan triste?--.

-Y tú le contaste acerca de tu apuesta, le dijiste que la amabas... por Dios, ¿qué crestas le contaste?-

-No era justo que yo la cargara a ella con mis problemas, Gabriel. Simplemente le expliqué que era una historia demasiado larga para contar. Pero el mero hecho de que ella hubiera dejado de preocuparse de su propia situación por primera vez desde que nos conocimos, me dio un respiro para poder pararme -eran las once y media de la noche, ella vio donde apuntaban mis ojos- y preguntarle dónde quedaba el baño. Una leve vibración de alarma reptó hasta sus ojos. -¿Va a volver?-, me preguntó. Era la oportunidad de haberme escapado, pero dije: -Claro que voy a volver-.

-¿Y te siguió al baño?-

-Me siguió al baño. Me estaba esperando afuera cuando traté de salir. Se deslizó adentro y cerró tras de sí la puerta con llave.

Me agarró el pico, así, directamente, sin previo aviso.

-Métemelo-, dijo, -para que una vez yo lo sepa, una vez por lo menos-.

-¿Saber qué? ¿Qué quiso decir con eso?-

-Tal vez que nunca había tenido un orgasmo, tal vez que su marido nunca se lo había metido, qué sé yo. No pregunté. -Hazlo por mí-, dijo ella. -Sé que te mueres de ganas, pero hazlo por mí-. Qué me habían dicho. La sujeté contra la puerta, contra las batas de baño colgadas en la puerta, la de ella y la del finado, y me tiré a la Enriqueta, la segunda mujer de mi vida, me la tiré esa noche sabiendo que nunca volvería a hacerlo. Apenas tuve tiempo de ponerme un condón...-

-¿Tuviste calma como para pensar en eso cuando...?-

-Todavía no le había hecho a tu mamá la promesa aquella, pero no quería empezar a poblar el planeta con críos... miles de ellos si finalmente llevaba a cabo la apuesta, así que se me ocurrió desde el principio que era mejor protegerme-.

-¿Y siempre has usado condón desde entonces?-

Mi padre se permitió una pausa, se dio vuelta de manera que ya no miraba hacia la Antártida sino hacia el barco que iba rumbo al norte, a Punta Arenas, la dirección en que seguiríamos hasta depositar la carga que habíamos robado de su eterno hielo.

Sonrió. -Siempre-, dijo. -Yo siempre cumplo mis promesas-.

-Y entonces, ¿qué pasó?-

-Fue bien rápido para los dos, acabamos casi de inmediato.

Alguien golpeó discretamente, justo en el momento en que le estaba vaciando todo lo que tenía dentro, justo cuando ella me jadeaba en el oído, yo lo maté, yo envenené al hijo de puta...-

-¿Envenenó al marido?-

-Es lo que dijo. Tal vez lo decía para que yo gozara más, tal vez era algo que ella deseaba haber hecho. Las mujeres dicen las cosas más extrañas durante el acto sexual, algunas se ponen a reír, o lloran o te murmuran bien bajito algo muy perverso, porque creen que eso te va a hacer durar más. Es harto trabajo, sabes, ganar esta apuesta, Gaby. Pero, en cambio, uno se da tantos gustos. nunca puedes anticipar, por ejemplo, cómo va a reaccionar ella, cómo le va a cambiar la cara cuando se abra a ti. Es siempre dulce, Gabriel, pero quiero que sepas que, con la excepción de la primera vez que yo lo hice con tu mami la noche que te creamos, salvo esa ocasión, digo, ese polvo con Enriqueta fue el mejor de todos, aunque no duró más que un par de minutos, la cacha más dulce de todas porque fue tan inesperado, porque me salvó e inauguró un futuro en que yo iba a conocer a tantas otras hembras maravillosas, continuando mi exploración. Y yo no había hecho otra cosa para merecer ese galardón que escuchar a esa pobre mujer, quedarme con ella cuando le hacía falta un poquito de compañía. Así que la primera lección es...-

-No hay que preocuparse de las apariencias-.

-Y la segunda lección es que tienes que saber cómo escuchar.

Las mujeres se pasan la mayor parte del día escuchando a los hombres o escuchando a otras mujeres hablando acerca de los hombres. Un hombre que sabe abrirse a las palabras de una mujer va a encontrar que la mujer, más tarde, está dispuesta a abrirse a él, abrirle otra cosa, digamos-.

-¿Siempre ocurre así?-

-No, no. No hay fórmulas. No es una ecuación: tú escuchas y de inmediato ella te hace el amor. Puedes fingir, después de todo, hacer de cuentas que te interesa lo que ella está diciendo. Puede que ella no se percate de que a ti te importa un comino lo que sale de su boca. O puede comprenderlo y no le importa, te tiene ganas de todas maneras-.

-¿Pero ésa no es la mejor manera, eso me estás diciendo?-

-No es la mejor manera. De vez en cuando te va mal... mujeres que no quieren pagar con sexo tu sincero interés en ellas y sus ideas y problemas, pero ésas pueden terminar siendo las mejores, las mujeres con que tú quisieras casarte si pudieras proponerle matrimonio a cada una-.

-¿Y a ti te ha ido mal?-

-Cantidad de veces-.

-Pero entonces cómo haces para...-

-La primera vez que una mujer me rechazó, ya había acumulado un cierto saber, algunos trucos. Para comenzar, cada mañana yo leo los obituarios, y si, a eso de las diez, diez y media de la noche no he encontrado pareja, parto a un velorio. Tienes que creerme que siempre hay alguna mujer que tiene ganas de tirar en esos lugares. Debe ser la proximidad de la muerte, la advertencia de que es mejor que lo pases bien lo antes posible porque el tiempo está volando, la rosa que se marchita, todo ese hueveo poético, ya sabes. Pero generalmente no te hace falta endulzar con muchas palabras la oferta. Yo he descubierto que la mejor manera de comerse a una mina es acercarse a ella sin estar obsesionado con las ganas de tirártela. No estoy diciendo que en alguna zona de la mente y en una zona bien precisa de tu pija, no se agita la esperanza de que las cosas van a andar bien. Soy humano y no un santo, después de todo. Pero siempre comienzo guardando mi distancia. Puedes confiar en mí, no te voy a hacer daño, no quiero ni tocarte, así es como te respeto. Y entonces, una vez que haya bajado la guardia, el instinto natural entra a funcionar, piloto automático, el impulso sexual comienza a salir a la superficie con tanta lentitud que ni tú te das cuenta de lo que está pasando, ni ella lo reconoce tampoco, llamándola como un insecto en una noche caliente de verano. Pero los dos terminan comprendiendo todo. Ése es el momento, el momento más maravilloso, dirían algunos hombres, cuando los dos saben lo que está por suceder, lo que ella va a hacerte a ti, lo que tú le vas a hacer a ella-.

-Y si ese momento no viene, ¿cuándo te das por vencido, cuándo partes a la dirección que sacaste del obituario?-

-Jamás de inmediato, no en todo caso. Es por eso que yo prefiero, por lo general, armar mis encuentros con el sexo opuesto hacia el mediodía. Porque cuando ella te rechaza, cuando te da la espalda, es ahí que la cosa comienza a ponerse de veras interesante. No hay que tirar la esponja tan fácilmente. Ella intuye -como Enriqueta- que tú estás a punto de perder todo, que tu vida entera depende de que ella diga que sí. Intuye que no es una broma cuando le dices: si no haces el amor conmigo, estoy perdido. Lo que intuye es que te has enamorado. No, te lo digo en serio, Gaby, tienes que enamorarte instantáneamente y después puedes dejar de amarla con la misma rapidez. Ella comprende que su indiferencia -el pecado capital, Gabriel, la indiferencia al sufrimiento ajeno, que es mucho más grave que la crueldad brutal y abierta, porque la crueldad no se esconde, la crueldad te remuerde la conciencia...sí, eso hay que hacer, que ella sienta que su indiferencia te va a destruir y aun así le eres leal, todavía estás a su disposición. Es en ese momento que ella de veras se quiebra-.

Las olas crecían, montaban colosalmente y luego descendían como una cachetada, el Mar de Drake no nos iba a tratar con la misma deferencia de una semana atrás, cuando habíamos viajado en dirección al sur: las aguas más tempestuosas del mundo iban a mostrarnos su peor faz.

-Tengo que irme-, dijo mi papá. -Tu mamá no se siente muy bien y yo...

-Es tarde-, asentí, sabiendo por qué tenía tanto apremio.

-¿Quieres verme?-

-¿Verte?-

-Te quiero decir, por ahí te puede ayudar. Podría meterte en la pieza, tú miras, por ahí entiendes que no es nada muy del otro mundo. Milagros no se daría cuenta, está tan mareada desde la mañana que... y aun si lo supiera, no creo que le importaría. Te quiere tanto, haría cualquier cosa -pero absolutamente lo que fuera- para que estuvieras contento-.

-No le vas a contar nada de lo que yo...-

-Ni una palabra. Un secreto entre hombres-. Me dio un suave puñetazo en el hombro. Yo se lo devolví. -¿Te parece que eso te podría hacer falta? ¿Con eso te levanto mi maldición?-

-Te agradezco la oferta, pero...-

-No es nada del otro mundo-, insistió él. -Estuviste ahí desde el comienzo, desde adentro, digamos. Si te hace bien ver la cosa desde afuera, por ahí te...-

-No, gracias, papá. Lo único que necesito es saber qué pasó al otro día, el día después del velorio y de la viuda, digo, a quién te tiraste después, y con eso debería bastarme. Si me cuentas eso, estoy seguro de que... Ya sabes-.

-¿Quieres que yo te transmita un informe sobre todas las mujeres con las que hice el amor o te basta con los números tres y cuatro y cinco? Podría tardarnos un par de años. ¿Cuánto necesitas saber?-

No tenía una respuesta. Yo había pensado que la mera enunciación de su primera aventura extramatrimonial, el hecho de que él me completara la historia que había quedado suspendida desde que retorné al hogar después de nuestra catástrofe, Janice, que eso sería suficiente para liberarme. Me había balbuceado a mí mismo esa esperanza tan a menudo durante los últimos ocho años, me había ayudado a seguir adelante después de cada encuentro sexual frustrante, como un peregrino que piensa que, después de llegar a Jerusalén o a la Mecca o a algún templo en alguna colina, todo va a ser perdonado, todo el pasado limpio y redimido. Excepto que lo que mi padre me había entregado hasta ahora era inútil, me podría haber ayudado en la época en que lo único que quería era acostarme con una mujer, con cualquier mujer, pero dada mi circunstancia actual, esa información no contenía la fórmula mágica. Lo que de veras necesitaba era una fórmula para convencer a una chica que me estaba tratando como a un hermano de que hiciéramos el amor. Y si mi progenitor podía sugerir además cómo persuadir al padre de la chica que me trataba como se trata a un hijo, de que no me asesinara, tampoco me vendría mal. Pero no estaba en condiciones de revelarle nada de eso, por cierto, al gran McKenzie. Estaba condenado a esperar pacientemente a que algún caso de los muchos que me iría confesando me calzara, que una historia o una palabra me otorgara casualmente una clave.

-Todo-, le dije. -Te acuerdas de todo, ¿no es cierto? ¿Cada mujer?-

-Eso es lo único que les juré. Les juré que no las olvidaría y hasta ahora he cumplido esa promesa. Sí, recuerdo cada último detalle-.

-Necesito saber todo-.

-Si tuviéramos un año en una isla desierta...-, dijo. -Pero aun si dispusiéramos de todo el tiempo del universo, dudo de que eso resolvería tu problema. Te voy a decir lo que vamos a hacer.

Juntémonos mañana después del desayuno. ¿Vas a ser capaz?- Señaló el mar embravecido. Era como si el barco estuviese atrapado en una gigantesca máquina para moler carne. Yo le dije que sí con la cabeza. -Vamos a hacer un pequeño experimento. Vamos a conversar con los otros hombres a bordo-.

-No les vas a contar lo que nosotros... lo que yo...-

-Tu secreto está a salvo conmigo. Voy a preguntarles algo bien simple, qué es lo que más les gusta acerca del acto sexual, nada más que eso. Veamos lo que responden-.

A la próxima mañana, logré precipitarme fuera de mi camastro que subía y bajaba como la mano de un epiléptico, y reptar hasta el comedor. Estaba prácticamente vacío, aunque no podía saber si era porque estaban todos enfermos o sumamente ocupados. Mi papá, en cambio, me esperaba frente a una taza volcadísima de café.

-Sabes, Gabriel, en este negocio, si uno quiere conquistar a una mujer, no basta con saber cómo les funciona el cerebro.

También necesitas penetrar en las cabezas fantasiosas de los hombres. Yo me he dedicado a observar un poco a la compañía masculina que llevamos a bordo y los tengo clasificados, dispuestos en un cierto orden, digamos. Es lo primero que hago cuando veo a otro hombre. Porque siempre hay que tener claro en qué andan los otros concursantes, por mucho que te hayas enchufado con una hembrita que jura eterna devoción. Hay que medir la capacidad de los posibles rivales. Mi intuición dice que hay que empezar con él-.

Se refería a Armando Jorquera. Estaba sentado frente a una mesa, los ojos fijos en el espacio vacío mientras sus manos, como si fueran títeres autónomos, jugueteaban con los restos de una marraqueta, moldeando la miga en bloques, inconscientemente ensayando el ensamblaje del iceberg en Sevilla. Estaba sumido tan adentro de su visión que mi padre tuvo que repetir dos veces la pregunta antes de que él la contestara. Pero cuando lo hizo, cuando Armando le dio respuesta a ese interrogante -¿cuál es el mejor momento en una relación sexual?-, cupo perfectamente en la historia del velorio que mi papá me había contado. El mejor momento para Armando era cuando él veía a una mujer a través de una habitación repleta de personas y ellos intercambiaban miradas y ambos sabían que dentro de poco estarían intercambiando algo diferente. Está

todo en la cabeza, dijo Armando: una vez que ya ocurrió en tu cabeza, lo que viene después es inevitablemente imperfecto. No es que me queje de lo que sigue, pero nada es como ese momento deslumbrante cuando anticipas cómo va a ser el futuro, lo despliegas ante ti como una mujer desnuda que, oculta debajo de una gran sábana, va revelando de a poco y lentamente su cuerpo.

-El próximo encuestado-, dijo mi papá, -debería ser nuestro cineasta. Suerte que no se trata de ese huevón de Max-.

A Jacobo lo visitamos en su litera. No se sentía del todo bien. Estaba descubriendo que los mares que le habían permitido capturar el iceberg con su cámara no iban a permitirle regresar a casa sin cobrarle un precio alto y mareante al cuerpo que se había robado esas imágenes. Pensé que el gran McKenzie no iba a importunarlo, tan sudoroso y mareado que estaba el pobre, pero no, la misma pregunta, le va a hacer bien hilvanar una respuesta.

Y en efecto le dio un poco de ánimo. Jacobo no tenía la menor duda de cuál era el mejor momento: la penetración. -El momento cuando entras, a fondo, el momento en que te metes en ella y ya no hay retirada posible, esa estocada. Ella ha aceptado abrirse y darte refugio, acepta que tú estés ahí adentro y que ése es tu hogar. Aun si tienes que apartarte, si te expulsa, si algo interrumpe el asunto y no hay más remedio que quitarte de encima, si es rápido o si es lento, nada se compara con ese instante cuando el mundo cambia, cuando tú has cambiado todo, después de tanta imaginación, de tanto demandarte si ella te lo va a consentir o no, si podré, si no podré, meramente el alivio de saber por fin, ese momento-.

-Estamos armando una secuencia, todo está saliendo tal como yo lo pronostiqué-, dijo mi papá después de haberle agradecido a Jacobo sus confidencias y despedirnos hasta el almuerzo -ante cuya mención nuestro filmador se escurrió al lavabo para desalojar lo que podía quedarle en las tripas-. -Tal vez puedas adivinar lo que va a decirnos el ingeniero-.

Gerardo estaba afuera, inspeccionando los cajones que encerraban esas toneladas de hielo. Su respuesta -que nos gritó en medio de sus esfuerzos por certificar que todo se encontraba firmemente amarrado, mientras una ola tras otra golpeaba la cubierta y los tres nos aferrábamos a los cables que sujetaban los contenedores- era, predeciblemente, que lo que le gustaba más era la exploración de lo que había adentro, todo lo que viene justo antes del orgasmo, la posibilidad de controlar y prolongar el proceso pasional por el tiempo que uno pudiera aguantarlo, todo el jugueteo y descubrimiento, las idas y venidas, el retenerse. -Es más que un momento, si tienes la voluntad-, aulló en nuestros oídos. -Si logras que dure una eternidad, serás feliz. Ésa es la mejor parte-.

Y luego fuimos hasta la sala de radio, donde Lalo estaba trabajando su publicidad matutina, nutriendo de información a los lejanos periodistas que querían entretener a sus lectores con noticias de la expedición, algo acerca de que el -Galvarino-

Había crecido manos extras para poder traer el hielo a su verdadera patria. Se tomó un pequeño respiro, lo suficiente para ayudar a mi padre a ir

completando su indagación, creía que se trataba de algún tipo de adivinanza al estilo de los concursos de la tele. No había nada, anunció Lalo y el radio operador asintió, como el placer de dejarse ir, soltar toda esa carga. A la mierda con eso de imaginarse todo antes del hecho o el momento de la penetración o tomarse el tiempo para internarse... la naturaleza había organizado las cosas de manera que no hubiera nada más excelente que vaciarte en una vagina ansiosa. Todo estaba armado para ese momento, todo lo demás a su servicio, todo lo demás de segundo orden comparado con los verdaderos fuegos artificiales.

-El capitán-, dijo mi padre, -corona nuestra encuesta-.

Nuestro capitán le pasó el timón al segundo oficial y nos llevó a su cabina y nos brindó un poco de agua en copas de champaña -el más preciado regalo que nos podía ofrecer-, antes de responder que el mejor momento era indudablemente cuando todo había terminado, cuando podías dormirte en los brazos de otra persona, el reposo del guerrero, esas últimas caricias al clítoris que reclamaba un tanteo de despedida, esa mano en el pecho de la mujer, esa caída en el olvido, de uno mismo y de ella, ése era el momento para saborear, cuando se había cumplido cabalmente con el deber y el barco estaba sano y salvo en el puerto y el viaje había llegado a su término.

-Y en cuanto a nuestro viaje-, preguntó mi papá, -¿cómo anda la cosa?-.

-Para mañana ya estaremos en Punta Arenas. Esta tormenta no puede durar más que... denle tres, cuatro horas. A lo sumo-.

-Tiempo más que suficiente-, dijo mi papá. Volvió conmigo al comedor, donde se estaba sirviendo el primer turno para el almuerzo. Mientras el cocinero preparaba un caldo para Milagros, el gran McKenzie se volvió a mí: -Y, ¿qué te parece? ¿Cuál de ellos tiene razón?-.

-No lo sé-, dije. -Yo nunca...-

-Ellos sí-, vino la interrupción, -y cada uno tiene una respuesta diferente-.

-¿Y entonces?-, pregunté. -¿A quién creerle?-

-Demasiados consejos-, dijo Cristóbal McKenzie. -Te estoy dando demasiados consejos, y eso no es bueno. Eso es lo que quiere decir el experimento que acabamos de llevar a cabo. Te podría relatar minuciosamente la seducción y el orgasmo de cada mujer que me he tirado en este país y todavía no entenderías.

Peor aún, mientras más te cuento, más enorme se hace mi sombra, más tratarías de ser como soy yo cuando tu problema, Gabriel, es que no has aprendido a ser tú mismo. Estás tratando de actuar de acuerdo con un modelo, hacer mi camino, y las mujeres lo intuyen.

Mira, si a una mina le ofrecen un producto original y a su lado le colocan una imitación y los dos cuestan el mismo precio, ¿cuál de los dos crees tú que ella elegiría? Pero basta de explicaciones y palabras y más palabras. Necesitas un poco de acción. Cuando retornemos a Santiago, me vas a acompañar-.

-¿La noche que volvamos?-

Se rió. -Al día siguiente-, dijo. -Tú y tu mamá buscan sus cosas, se vuelven a instalar tranquilos en la Casa Milagros, nos juntamos a la hora del almuerzo. Pasamos un tiempecito juntos.

Primero encontramos un par de fugitivos, después unas minas.

Tenemos mucho trabajo-.

-¿Trabajo?-

-Esa cara tuya, Gabriel. Vamos a enseñarte cómo amar y cómo usar esa cara que Dios te dio. Ya vas a ver-.

No voy a ver un carajo, me dije un tanto alicaído, y me lo volví a decir, durante el día y medio que nos quedaba a bordo del -Galvarino-, aun cuando las cosas se hicieron más amigables con mi papá, aun cuando Milagros se nos juntó y por primera vez desde que dejamos Chile en 1974 nuestro trío familiar estuvo reunido y riéndose a carcajadas, aun cuando dejamos atrás el estrecho de Drake y entramos al estrecho de Magallanes. -No voy a ver un carajo-, me repetí una vez más cuando el avión partió de la Patagonia. Estábamos retornando al territorio regentado por Polo sin la alteración milagrosa por la que yo había estado rezando. Y apenas vi a Polo en Pudahuel esperándonos, estaba seguro de que él encontraría el modo de que el gran McKenzie cambiara su decisión de ampararme, y confirmé esa certeza cuando vi a Polo abrazar a su Cris como un hermano retornado de la tumba, y lo apretaba, y lo apretaba y no lo quería soltar por nada del mundo; cuando tuve que despedirme de todos mis amigos tal como antes había tenido que decirle adiós al iceberg cautivo que aullaba silenciosamente en ese frigorífico de Punta Arenas, llamando a su madre sin que ella respondiera. Y estuve absolutamente seguro de que me iba a ir mal cuando me hallé solo en la casa de Barón esa misma noche, contándole a Amanda Camila y a su padre y a Carola la historia de la cacería del iceberg, proyectando un optimismo que no sentía, quedándome dormido al amanecer después de escuchar desde el otro lado de la puerta de mi amor el modo en que respiraba su sueño nocturno, el modo en que ella jamás respiraría en mi oído en esa misma cama. Mañana iba a mudarme, salir de esta casa sin haber sentido ese aliento agitándose bajo el peso de mi cuerpo. Nunca íbamos a ponernos a trabajar, mi padre y yo, esa cara mía. Algo iba a interferir, algo siempre hacía su aparición, para frustrar mis expectativas.

Algo hizo su aparición, por supuesto, pero no fue debido a la acción de Polo.

Debe haber sido cerca del mediodía del día siguiente. Estaba empacando mi ropa. Mi Nana, que había anticipado que yo iba a retornar a vivir a la Casa Milagros, había planchado mis camisas y pantalones, lavado mis calcetines, colocado todos mis libros en una caja, la computadora ya funcionando, pero todavía sin usar, adentro de su bolso. -Ya ves, mi niño, ya te dije que íbamos a encontrar un modo de arreglar las cosas-. Y fue ahí donde me encontró Ignacio.

Me tenía malas noticias.

Una hora antes, a Polo y a mi padre los habían detenido. Los estaban interrogando ahora mismo. Ignacio no quería entrar en mayores detalles. Ya estaba poniendo en peligro su empleo por el mero hecho de haberme venido a dar este aviso. Algo tenía que ver con el iceberg, eso era todo lo que podía revelar. Y que Inteligencia militar le había solicitado a Investigaciones que apresaran a esos dos, que los militares estaban involucrados de una manera que él no quería especificar.

-Dios mío-, dijo la Nana, haciendo la señal de la cruz sobre su grueso busto.

-¿Dónde está mi mamá?-, le pregunté.

-Partió a Talca con la señora Carola-, respondió la Nana. -La señora quería mostrarle un proyecto en que anda metida, una cooperativa campesina creo que dijo que era. No vuelven hasta mañana-.

-¿Tiene un celular la Carola?-

-Ella es como yo-, dijo la Nana. -Odia esas cosas modernas-.

Disqué el número personal de Pablo Barón. -El ministro está reunido con el presidente-, me informó la secretaria, imposible molestarlo. Tuve la misma mala suerte cuando llamé a la oficina encargada del iceberg para avisarle a Amanda Camila: había partido a Farellones, donde iban a fotografiar, entre montañas y nieve y roca, un desfile de modas de los guías de la Expo 92, para simular que habían viajado todos hasta la Antártida, enfrentando la represión de los vientos y el hielo en su escasa vestimenta. La recepcionista no sabía cuándo estarían de vuelta.

-Ignacio. ¿Puedes arreglarme un encuentro con mi padre?-

Dijo que sí, que no los tenían incomunicados y que, de hecho, iban a soltarlos, al parecer, mañana mismo. ¡Mañana! Esa palabra me golpeó como un puñetazo en plena cara.

Dejamos a la Nana en casa para que atendiera cualquier llamada que llegara de su patrón o Amanda Camila o de otra persona que pudiera ayudar a liberar a mi papá.

Ya en su auto, le pregunté a Ignacio: -¿Y el ministro está enterado de esto?-

Se encogió de hombros. -Mejor eso se lo preguntas tú-.

-¿Y por qué me estás ayudando?-

Él ajustó sus anteojos oscuros, me miró por encima del marco.

-¿Te acuerdas cuando me preguntaste hace unos meses si me importaba lo que hacía, eso de fracturar una pierna por acá, por allá, en tiempos del General,

en esa época? Te respondí que no, que para nada. Y es verdad. Es el precio que se paga si queremos tener un país limpio. Siento orgullo por lo que hice. Lo volvería a hacer, Gabriel, si me lo piden. Pero este asunto con McKenzie es diferente. Aquí hay gente que está usando su poder político para beneficiarse en forma personal. No me refiero a plata, eso está bien, eso es natural. Pero uno no usa su poder para robarse la mujer de otro o para chantajear al amante o para que tu cabro llegue a la universidad cuando no se lo merece. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, Gabriel? Uno mata para darle seguridad a la ciudadanía, uno mata a una persona antes de que ponga una bomba que va a reventar a un montón de inocentes, a veces uno tiene que matar para proteger a los que son demasiado débiles para defenderse solos. Pero no le haces daño a alguien para ganar una apuesta, si me comprendes lo que te estoy diciendo, Gabriel-.

-¿Me estás diciendo que el ministro armó esto para joder a mi papá, para que perdiera la apuesta?-

-No sé de qué apuesta estás hablando. No sé qué hizo o no hizo el ministro. Nunca tuve esta conversación contigo. Pero quería que supieras que no es justo, no es lo que hace un hombre de verdad, si me comprendes lo que te estoy diciendo-.

-Estás del lado de mi papá-.

-Él me pidió que te llamara, que te trajera, si podía hacerle ese favor. Él ayudó una vez a un sobrino mío. ¿Cómo no voy a hacer algo para un macho como McKenzie? Como chileno, me siento orgulloso de que sea mi compatriota. Un tipo que deja bien parado el nombre de Chile en todo el mundo-.

Mi padre me quería ver, me consideraba la única persona en quien podía confiar, que sabría solucionar sus problemas.

Para variar, mi optimismo resultó iluso.

-Mira, huevoncito-, me dijo Cristóbal McKenzie cuando finalmente me lo presentaron detrás de un vidrio, teniendo que hablar los dos por medio de parlantes, -tú me sacas de acá. Tú me metiste, tú me sacas-.

No entendía. ¿Por qué tenía yo la culpa? ¿Qué había hecho yo que...?

-Era una trampa-, dijo mi papá, su amargura en aumento con cada minuto furioso que pasaba, que lo acercaba a una medianoche que clausuraría el primer día en casi veinticinco años en que no habría tirado con una mujer. -Y tú caíste en ella, tal como Polo me lo había advertido. Barón escribe la primera carta para envolverme y a pesar de mis objeciones tú me comprometes en el asunto. Después escribe una segunda amenaza para forzarme a que te acompañe, maniobrando para que Polo y yo visitemos cuanto sospechoso anda suelto por ahí, él se sigue mandando cartas para ver si no logra meterme en el -Galvarino- camino a la Antártida sin una hembra a bordo, y cuando eso falla...-

-Él no escribió las cartas-, lo interrumpí. -No fue Pablo Barón el que escribió esas cartas-.

-Basta, Gabriel-, dijo, -basta de tanto autoengaño. Él las escribió y luego fue pasando pedacitos de información a Inteligencia militar, mencionó toda la gente que parecía tener problemas con el proyecto del iceberg... la embajada argentina, los ecologistas, los artistas que se quedaron fuera de la muestra, el Movimiento Nunca Otro 1492, el proyecto de 70 billones de dólares Hielo para el Desierto, los canadienses que fabrican el Vodka Iceberg, los israelíes y su Hielo para el Milenio que están buscando un contrato exclusivo para hacerse cargo del agua de la Antártida. Una lista completa. ¿Y de dónde crees tú que consiguió la información de que ellos podrían amenazar al iceberg? ¿Quién le pasó esa información, Gabriel?-

Hubo una pausa. Y ese silencio suyo, Janice, mientras atendía mi respuesta, me dolió mucho más que cualquiera de sus palabras.

-Fui yo-.

-En efecto. Tú le diste la información, para que él pudiera ir a las autoridades correspondientes, la gente que tiene preso a mi hermano, y decirles: miren, ¿han notado quién está visitando a las personas que están en esta lista? Pero si no es otro que Cristóbal McKenzie y su amigo Polo y ese hijo estúpido suyo que tiene cara de bebé. ¿Por qué no le hacen algunas preguntas, bastaría con una noche, nada más que una noche, simplemente para averiguar a raíz de qué extraña coincidencia cada persona con que ellos hablan termina pensando que tal vez no sería una mala idea, después de todo, volar al hijo de puta del iceberg en mil pedazos? Él le sopla a Inteligencia militar que este McKenzie probablemente esté alentando a esas organizaciones él mismo, puede que esté mandando las cartas también, como una manera de vengarse por lo que le han hecho a su peligroso hermano terrorista Francisco McKenzie, cualquier cosa para humillar a la patria. Pero la patria no está tan indefensa. Basta con una advertencia, dice Barón, un día es más que suficiente para cerciorarse de que McKenzie no está haciendo algo que podría dañar nuestra imagen nacional. Después de todo, él ha auxiliado a muchos oficiales cuando sus hijos se fugaron, así que déjenlo partir mañana por la mañana, una vez que haya aprendido su lección. Pero que pase adentro por lo menos una noche, una noche para que no reincida-.

-Es tu mejor amigo-, protesté. -Cómo puedes acusarlo así nomás, sin pruebas, sin...-

-Por eso es tan astuto su plan. Pablo puede declararse inocente. Él no hizo nada, él trató de impedir la detención, pero si el Ejército quiere hacerle unas cuantas preguntas a alguien...

Es su trabajo de ministro, mal que mal, mantener contentos a los milicos. Y si, por casualidad, esa acción lo ayuda a ganar su apuesta, bueno, fue el destino, cosa de suerte que él terminara siendo campeón. Mi mejor amigo, Pablo Barón, se queda con la victoria, y cuando yo vaya donde él, cuando tú lo encares, te va a mirar con toda ingenuidad y te va a jurar que es inocente. Y me jurará lo mismo a mí mañana-.

-Lo que no entiendo es por qué no me hizo detener a mí-.

-Porque no estabas en el país todavía cuando llegó la primera carta-, respondió el gran McKenzie. -Así que tú no podrías ser parte de la conspiración, no tienes cómo saber quién está mandando un carajo. Yo te corrompí, eso es lo que Barón tiene que haberle dicho a los hombres que vinieron a detenerme esta mañana, que acaban de interrogarme. O por ahí, como tienes tal pinta de adolescente, él argumentó que no podrías dañar a una mosca. Yo qué sé qué razones esgrimió. Pregúntale a Barón, pregúntale a Barón cómo es que tú estás libre para dar vueltas por Santiago echándole una mirada a todas las mujeres con las que nunca vas a tirar, todas las mujeres que yo me tiré. Para nada, para perder a última hora-.

El guardia había venido por él.

-Y si yo te digo-, mis palabras le llegaron en el momento en que él se paraba para irse, -que yo sé quién mandó de veras esas cartas, que tengo evidencia, ¿qué me responderías si te digo eso?-.

-No me lo digas a mí-, fue lo último que me lanzó mi papá.

-Díselo a Barón-.

Es lo que hice.

Llamé de nuevo a la secretaria del ministro -él todavía estaba reunido con el presidente- y le dije que volviera a casa de inmediato, que su hija necesitaba hablarle en forma urgente, que era algo sumamente serio, muy pero muy grave. Enseguida llamé a la Nana y le pedí que cuando llamara su patrón le dijera que Amanda Camila estaba desesperada por hablar con él, que se había encerrado en su pieza y no quería salir. Y otra cosa, Nana: no salga usted tampoco, por favor, mire que tengo que conversar algo, ya voy en camino.

A la Nana la senté en la cocina.

-El ministro está por llegar, Nana-, le dije. -Y antes de que llegue, quiero que usted sepa que yo estoy enterado de todo-.

Me miró con tranquilidad. -¿Y de qué estás enterado exactamente, mi niño?-

-Sé lo que usted hizo-.

-¿Y qué es lo que yo hice?-

-Las cartas, Nana-.

Durante un rato no pronunció una palabra. -¿A Cristóbal lo tomaron preso por culpa de las cartas?-, preguntó finalmente.

-Sí, y si la persona que escribió de verdad esas cartas no se presenta, mi papá va a perder su apuesta-.

-Y tú vas a salvar a tu papá-.

-Lo voy a salvar-.

-¿Y nunca has pensado, mi niño Gabriel, que tal vez nada mejor le podría pasar a tu padre que perder esa apuesta, dejar de jugar ese juego?-

-Lo voy a salvar, Nana-.

-Y quieres que yo te ayude-.

-Quiero su confesión, Nana-.

-¿Mi confesión?-

-Quiero que confiese que fue usted la que escribió esas cartas-.

Se paró despaciosamente, como si le doliera la espalda. Fue hasta el lavaplatos, llenó la tetera con agua, la puso al fuego.

-¿Y puedo saber por qué escribí yo esas cartas?-

-Estaba enojada con Pablo Barón-.

-Yo estaba enojada con Pablo Barón. ¿Estás seguro de que yo estaba enojada?-

-Por lo que él le hizo-. Si se lo puse en términos tan vagos fue para que pudiera ella misma revelar sus motivos, por si mi teoría de que era la última de su tribu estuviera equivocada. Por ahí tenía ella algún otro motivo que yo desconocía.

-¿Y tú quieres que le cuente eso? ¿Estás seguro de que quieres que le cuente que fui yo la que escribí esas cartas?-

-Yo no le iba a contar a nadie, Nana. Era un secreto que me iba a guardar. Tiene que creerme, si mi papá no estuviese en la cárcel debido a esas cartas que usted escribió, yo nunca...-

-Yo te creo. Un niño debe siempre elegir antes que nada a su familia, una mujer debe siempre elegir a su hijo como primera prioridad, un padre siempre va a elegir la protección de sus hijos. Así son las cosas-.

Empezó a silbar la tetera. Le indiqué que me haría cargo, que yo podía prepararle el té, pero ella volvió a levantarse laboriosamente, armó su brebaje, una tacita para mí, otra para ella, una tercera taza vacía que colocó al otro lado de la mesa.

-Para el ministro-, dijo. -Para que me oiga con cuidado. ¿Eso es lo que tú quieres, no? ¿Que él me escuche con cuidado?-

-Sí-.

-¿Y estás seguro de que eso es lo que quieres? ¿Estás seguro de que él me va a creer?-

-Es la verdad-, respondí, -así que no le queda otra que creerle-.

-Sí-, dijo ella, -no tiene alternativa-. Sorbió su té, hizo una mueca como si se le hubiera quemado la lengua. -¿Y a ti no te preocupa lo que me va a pasar cuando él sepa lo que hice?-

De eso, la verdad, no había pensado; si la castigarían. ¿Cómo reaccionaría el ministro ante una mujer que lo había traicionado en su propio hogar, acaso podría él dejar a sus mellizos con una Nana tan artera? ¿Y acaso los militares, guardianes de la imagen inmaculada del iceberg y de la patria, no iban a exigir que la Nana fuera echada a la calle, hasta encarcelada?

Dije: -No tiene alternativa, como usted dijo. Él no puede vivir sin su ayuda. Carola tampoco. Yo mismo no podría vivir si no la tuviera cerca-.

-Niño, niño, vas a vivir sin mí. Vas a ver lo fácil que es-.

-Usted cree que él... Nana, si eso significa que...-

-Yo hice lo que hice-, dijo ella, -y ahora supongo que tengo que pagar. Todo tiene que pagarse en este mundo. Antes de que lo pagues en el próximo. Pero no te vayas a preocupar. Tienes razón.

Él no me va a hacer nada-.

-Nana, usted está segura de que...-

-Tú eres el que tienes que estar seguro-, respondió ella. -Yo hice lo que hice y tú tienes que hacer lo que tienes que hacer-.

En ese momento, escuché un chirrido de neumáticos, un auto que frenaba, los pesados pies de Pablo Barón rompiendo el pavimento.

Corrí hasta la puerta a recibirlo.

-¿Amanda Camila?-, jadeó. -¿Qué es lo que...?-

-No le pasa nada, tío Pablo-, dije. -Tuve que avisar que algo grave le pasaba porque si no tú no ibas a venir. Ella está de lo más bien, está en Farellones con unos fotógrafos. Se trata de mi papá-.

-¿Tú me hiciste correr hasta acá para ayudar a tu papá? ¿Casi me diste un ataque al corazón para...?-

-Mi papá me está echando la culpa a mí. Por favor, tío, ayúdame, tenemos

que soltarlo, nunca te he pedido que me...-

-No hay nada que yo pueda hacer, Gabriel. Dios mío, no puedo creer que me hiciste llegar hasta acá para... He tratado de razonar con ellos pero los milicos tienen plomo en el cerebro, cemento. Sólo lo quieren por una noche, dijeron, para averiguar si sabe algo de esas amenazas contra el iceberg. ¿Cómo crees que me siento yo, ganando esa apuesta con la ayuda de ellos?-

Se sentía a las mil maravillas. Cristóbal McKenzie estaba equivocado acerca de la identidad de quién había escrito aquellas cartas pero tenía toda la razón respecto de las intenciones de Barón: él había usado las amenazas del mítico Comandante para derrotar a su adversario, me había usado a mí como informante para tenderle una celada a mi papá. Ambos, Cristóbal McKenzie e Ignacio, habían comprendido bien la estrategia del ministro. No había modo de convencer a Pablo Barón de que él intercediera para conseguir la liberación de mi padre: era él mismo quien lo había mandado tomar preso.

-¿Qué pasaría si tú le contaras a los militares que encontraste a la persona que escribió esas cartas, que tienes una confesión? ¿Soltarían a mi papá?-

Pablo Barón se sacó los anteojos, los frotó con un pañuelo, se los volvió a colocar, me miró, trató de calar lo que escondía el charco turbulento de mis propios ojos.

-Eres un gran muchacho, Gabriel-, dijo. -Pero nadie va a creer que tú mandaste esas cartas. Ni siquiera estabas en Chile cuando se mandó la primera. No van a aceptar una confesión tuya. Van a pensar que se trata de lo que es, en efecto: un hijo intentando salvar a su padre-.

-No se trata de una confesión falsa, tío. Se trata de la persona que de veras escribió esas cartas-.

-¿Quién es?-

-Si te cuento, ¿tengo tu promesa de que vas a forzarlos a soltar a mi papá?-

-Voy a hacer lo que pueda, si...-

-No, tío. Eso no me basta. Necesito tu promesa. Sobre la vida de tu hija, sobre la vida de tus mellizos. Lo haces soltar antes de las diez de la noche-.

-¿Cómo puedo garantizar yo eso?-

-Amenazas con renunciar. Amenazas con un escándalo: tienen preso a un hombre inocente, no vas a aceptar que vuelvan a las violaciones de los derechos ciudadanos de la dictadura-.

-¿Tú sabes quién es el culpable? ¿Tú sabes quién es?-

-Necesito tu promesa-.

-Tienes mi promesa. ¿Quién lo hizo? ¿Quién escribió esas cartas?-

-Necesito una cosa más. La promesa que le hiciste a mi papá.

Acerca de mi tío Pancho. Tienes que soltarlo-.

-No puedo hacer eso. Te estás inmiscuyendo en asuntos de Estado-.

-Le prometiste a mi papá, me prometiste a mí que si encontrábamos a la persona que estaba amenazando el iceberg, lo ibas a hacer. Ahora tienes que cumplir. No tiene que ser hoy. Me basta con que sea antes de que termine este año. Pero lo tienes que hacer-.

-¿Y si no cumplo?-

-Voy a hacer público el nombre de la persona que es culpable-.

-¿Y eso me forzaría a cumplir mi promesa?-

-Sí-, le dije yo. -Prométeme. Vas a soltar a los dos hermanos-.

-Lo prometo-, dijo el ministro Pablo Barón. -Me encantaría tener una razón para liberar a ambos. Pero si estás jugando algún juego loco, una travesura que...-

Lo conduje hasta la cocina. -Nana-, dije, -el ministro está listo para escuchar su historia-.

-¿Y esto?-, dijo Pablo Barón. -¿Qué tipo de broma estúpida están jugando ahora?-

-Siéntese, don Pablo-, le dijo la Nana, señalando una silla.

-Déjeme que le convide un poco de té-.

-No quiero té. No quiero sentarme. Quiero saber por qué...

¿qué carajo pasa acá?-

-Ella escribió las cartas-, dije. -Las escribió la Nana. De la primera a la última. La primera por su cuenta, el resto con la información que ella recibió de mí, de los que yo sospechaba-.

-¿Qué cosa?-

-Ella lo hizo-, dije. -Pregúntale. Pregúntale si no es cierto-.

-Nana, ¿Gabriel se ha vuelto loco? ¿O la loca es usted?-

-Si yo no escribí esas cartas, don Pablo-, dijo la Nana, -¿quién las escribió?-.

Pablo Barón cayó en la silla como si fuera un sepulcro.

-Yo escribí las cartas, don Pablo-, dijo la Nana muy calladamente, sirviéndole el té. Era como si hablara del menú para la cena. -La primera porque estaba enojada y las otras porque pensé que ayudarían a Gabriel en su trabajo, le harían más fácil la vida-.

-¿Enojada?-, dijo el ministro. -¿Por qué estaba enojada?-

-Tengo mis razones, don Pablo. ¿No diría que yo tengo mis razones?-

-Esto no tiene ni pies ni cabeza-, dijo él. -Gabriel, deberías sentir vergüenza: convencer a una anciana para que se declare culpable de algo que no hizo para que tú puedas salvar a tu papá, eso...-

Montó con fuerza la voz de la Nana. -Yo escribí esas cartas-.

-¿Y quién le dio el papel? ¿Cómo consiguió el papel?-

-Amanda Camila siempre traía ese papel a casa-, respondió la Nana. -Pensé que sería bueno poner mi mensaje en el papel que usaban para el iceberg. Nunca me gustó ese iceberg. Estaría bien que alguien quisiera de veras hacerlo volar en pedazos-.

-¿Amanda Camila le dio ese papel?-

-No me lo dio ella, don Pablo. Yo se lo saqué sin que ella lo supiera-.

-No le creo-.

-Tiene que creerme, ministro, porque es la verdad. Yo pensaba que a estas alturas usted ya habría adivinado. Desde el principio, la carta decía que era alguien que estaba enojado.

Venganza. El Comandante Venganza-.

-Comandante Venganza-. En forma mecánica, Barón tomó su taza, se tragó una bocanada ardiente de té, murmuró las palabras una y otra vez, como si las respirara. -Venganza, claro que sí, venganza-.

-Si usted quiere, yo preparo mis cosas y me voy, don Pablo. Es cosa de que usted disponga-.

Él la miró aturdido, como si no estuviera escuchándola. De repente, se paró. -No, claro que no. Claro que no. Fue sólo una broma, como dijo McKenzie desde el principio, una travesura. Y después quería usted ayudar a Gabriel, nada más que eso-.

-¿Y usted cree que podríamos esconder lo que hice, que no sepan doña Carola ni Milagros ni Amandita? Ya siento mucha vergüenza y me voy a sentir peor si saben que hice algo tan torpe a mi edad. Creo que jamás me lo

perdonarían-.

-Tonterías-. Pablo Barón fue hasta ella, le dio un beso rápido en la frente. -No hay nada que perdonar, absolutamente nada. Es mejor olvidar el asunto, dar vuelta la página. Pero desde ahora en adelante, las cartas se acabaron, ¿no es cierto? ¿Ni una carta más?-

-¿Cree que voy a tener que hablar con las autoridades, don Pablo?-

-No, claro que no-, dijo él. -Yo me encargo de eso. Ellos me deben unos cuantos favores. No es tanto lo que voy a pedirles-.

-Tienes que pedirles lo de mi papá-, dije. -Inmediatamente-.

-Claro que sí, claro. Apenas yo pueda...-

-Nuestro acuerdo era-, dije yo, -que esto se hacía de inmediato-.

Estaba muy alterado, evidentemente atemorizado de que alguien descubriera que las amenazas se habían originado en su propio hogar. Recordé lo que había dicho él acerca de los chilenos, que la única cosa que ellos temían de verdad era aparecer ridículos.

Miró el teléfono que yo le estaba ofreciendo como si fuera un animal a punto de morderlo. Me lo aceptó, comenzó a discar.

-Nana-, dijo, -usted está segura de que...-.

-Estoy segura, don Pablo. Ésa es la única manera de salvar a la familia. Yo hice lo que tenía que hacer. Ahora usted tiene que hacer lo que le corresponda-.

Pablo Barón terminó de discar. Ladró un nombre y cuando esa persona se materializó al otro lado de la línea, dijo: -Necesito que me liberes a Cristóbal McKenzie. Sí, ya sé lo que hablamos anoche. Pero ahora lo necesito en libertad. Te explico más tarde.

Sí, puedo poner las manos en el fuego por él. Es eso... o voy a tener que renunciar-.

Le di un golpecito en el hombro.

Me dio una mirada que sólo puedo describir como salvaje. Como si sus ojos estuviesen a punto de emigrar de su cara, de desaparecer.

-¿Me esperas un momento?-, le dijo al teléfono y luego a mí:

-¿Qué mierdas quieres ahora?-

-No tengo problemas con que Polo se quede una semana extra-, dije.

-¿Una semana?-

-Nuestro acuerdo sólo concierne a los hermanos McKenzie-.

Me miró con esos ojos bellacos, esos ojos llenos de malicia.

Se sonrió. -Sólo Cristóbal McKenzie-, dijo al teléfono. -El otro detenido... Leopoldo no sé cuánto..., con él no hay apuro. Por él no meto ni un dedo al fuego. Sí, hasta la semana que viene. Sí.

Gracias-.

Pablo Barón colgó el receptor.

-Encuentro esto tan difícil de creer, Nana-, dijo. -De veras que lo encuentro difícil de creer-.

-Siempre es difícil de creer cuando la gente en que uno confía no merece esa confianza-, dijo ella. -Ésa es siempre una lección dura. Un ministro debería saber eso, pero hay veces que nos tarda mucho tiempo aprenderlo, aceptar que la vida es así. Míreme, don Pablo: tengo ochenta años y todavía estoy aprendiendo, todavía me sorprende lo que la gente es capaz de hacer, a quién puede traicionar-.

-Usted es una buena mujer-, dijo Pablo Barón. -Usted es una buena mujer y sea cual sea la tontería que hizo, ya es cosa del pasado. La necesitamos acá y no queremos que se vaya-.

-¿Usted piensa que voy a tener que hablar con esa gente militar, don Pablo?-

-Le garantizo que no la van a molestar, Nana-.

Yo lo seguí hasta su auto.

-Qué lío de la gran puta-, dijo. -No sabes el lío de la gran puta que has armado, Gabriel-.

-¿Yo? ¿No veo qué hice yo, por qué siempre me echan la culpa a mí?-

-Sí, sí, tienes toda la razón, claro que no tienes nada que ver con...-

-Pude haber ido donde la Cristina Ferrer-, dije yo, -con todos los detalles. Ya sabes lo bien que me llevo con ella-.

-Ya lo sé, ya lo sé. Has actuado de una manera muy responsable. De veras. Perdóname que te haya retado así. Estoy perturbado, no es más que eso, es natural que si... pensar que alguien que vive en tu casa podría... pero basta. Tratemos de dar vuelta la hoja, de olvidar el incidente, seguir adelante con lo que importa. No tengo que desatender lo que de veras importa-.

Se subió al auto. -Eres un buen muchacho, Gabriel. Lo mejor que conozco. De veras. Vamos a guardar el secreto. Tenemos que guardarlo, que nadie lo sepa-

.

El final de la primavera en Chile, Janice, es caliente y seco.

Yo estaba que me derretía con el sol. Me puse a mirar, a ver dónde estaba Ignacio, y por cierto que ahí se encontraba, calle abajo, esperándome, permitiéndose una aparición ahora que Barón había partido.

-Va a liberar a mi papá-, le dije yo. -Gracias-.

-No sé de qué estás hablando. ¿Dónde quieres que te lleve?-

Casi entré a hablar con la Nana, para agradecerle su confesión, agradecerle que me hubiese salvado, pero quería estar presente cuando al gran McKenzie lo soltaran de la cárcel, no quería perderme ese momento por nada en el mundo. Y cinco horas más tarde, cuando en efecto emergió sano y salvo, cuando me abrazó con un cariño que nunca antes había mostrado, apretándome con tanta fuerza que yo pensé que iba a atravesarlo, sin un Ignacio para separarnos con un golpe en el hombro, sin un Polo para murmurar obscenidades en mi oído o escarnio en el suyo, nadie entre el cuerpo de mi papá y el mío, cuando finalmente cerramos ese abrazo que se interrumpió en el aeropuerto y me estaba repitiendo lo que me había dicho en esa ocasión -¿por qué tardaste tanto en venir?-, yo supe, Janice, que todo iba a estar bien desde ahora en adelante. Fue en ese momento que yo confirmé que había hecho lo correcto al elegirlo a él por sobre mi Nana, sacrificándola a ella para que a él lo liberaran. Fue entonces que sentí... quiero que sepas, fue algo que sentí físicamente, mi Janice tan salaz, sentí que mi cara comenzaba a cambiar como si el calor que emanaba del gran McKenzie la estuviera esculpiendo.

No es que madurara, esta cara mía, no era cosa de edad sino más bien de que se estaba enamorando de sí misma, aceptando que era una maravilla que yo tuviera tanta inocencia en mis facciones.

Fue entonces, te insisto, que supe de nuevo lo que había sabido ese día en que corrí rumbo a la cordillera y llené mis pulmones con el aire poluto de Santiago, supe que dentro de esa semana Amanda Camila sería mía.

Eran las nueve y media de la noche.

-Dos horas y media-, dijo el gran McKenzie. -Tiempo más que suficiente. ¿Cómo lo lograste?-

Mientras estaba firmando los papeles administrativos que confirmaban su liberación sin cargos, yo dije: -Encontré al culpable. Hice que se confesara. Barón tuvo que soltarte-.

-¿No escribió esas cartas él mismo?-

-Fue otra persona-.

-¿Quién fue?-

-Hemos acordado que no vamos a divulgar los nombres.

Simplemente vas a tener que confiar en mí-.

Lo pensó un par de segundos. -Eso está bien-, dijo. -Son buenos los secretos. Te hacen parecer más misterioso, más deseable-.

-Barón también aceptó liberar al tío Pancho. Tal como lo había prometido si resolvíamos este asunto del iceberg...-

-Me estás tomando el pelo-.

-Antes de fin de año. Ya vas a ver-.

-Te pasaste, Gaby-. Se dio vuelta para hablar con el detective sentado detrás de su escritorio. -¿Dónde está Leopoldo Gómez?-

El hombre revisó unos papeles. -Lo van a soltar pronto-.

Esperé a ver la reacción de mi padre. ¿Armaría un escándalo?

¿Esperaría a Polo? ¿Insistiría en verlo? ¿Proclamaría, en forma solidaria, que él no se iba hasta que liberaran también a su asistente?

-¿Puede darle un mensaje de mi parte?-, dijo mi papá. -Que vendré a verlo mañana-.

Yo imaginé a Polo en su celda cuando le contaran que el gran McKenzie andaba libremente por las calles. Imaginé la cara de Polo llenándose de una palidez especial, fuera de lo ordinario.

Más bien como una vieja foto que comienza a desvanecerse ahí mismo en el espejo de su celda, frente a sus ojos que se irían ellos mismos desvaneciendo. Imaginé la facha que tendría en una semana, cuando viniéramos a buscarlo, cuando él pudiera darse cuenta de que yo había reconquistado a mi padre durante los largos minutos encarcelados en que él, Polo, había estado contando los días y las noches. Sí, especialmente las noches, las siete noches de mi noviciado que él jamás iba a poder quitarme.

-Y bien-, me dijo mi padre, como si yo fuera Polo, como si ya hubiera tomado el lugar de Polo, -ahora, ¿a dónde vamos?-.

Le mostré los obituarios del día que yo había recortado de -El Mercurio-. Consideró que eso mostraba bastante ingeniosidad de mi parte, un cierto grado de sofisticación: quería comenzar donde él lo había hecho, seguir de cerca sus pasos.

-Algo me dijiste de mi cara-, le dije, una vez que estuvimos en un taxi camino a un velorio que mi padre, conocedor erótico de cada barrio, estaba seguro de que iba a servir a nuestro propósito, de que estaría atiborrado de parientes femeninos

esperando consolación. -El trabajo que teníamos que hacer con mi cara-.

-No sabes usar tu cara-, dijo. -Si tuviera facciones como las tuyas, yo estaría gritando aleluya, agradeciendo a Dios-.

-¿Es cierto?-

-Lo que el Señor te da, Gaby, úsalo. Tu problema no tiene nada que ver con tu cara. Las mujeres deberían estar compitiendo por ti, disputándose cuál de ellas te puede tratar de una manera más maternal, llevarte de vuelta al vientre, hacerte arrumacos como a un bebé. Pero tú les estás avisando que hay algo que no funciona bien en esa cara, puesto que tú mismo no te tienes cariño. ¿Por qué entonces te iban a tener cariño las bellas damas?- Me escrutó en forma crítica, me miró de arriba abajo. -¿Pero sabes? Algo ya cambió. No sé lo que es pero has... Tal vez no voy a tener que enseñarte nada-.

Fue su amor, su entusiasmo. Era eso y nada más que eso lo que yo necesitaba. Durante los próximos siete días, sus consejos fueron magistrales; sus cuentos, entretenidos; su instinto, inigualable; sus métodos para levantar minas, asombrosos; pero nada de eso importó tanto como la ternura en su voz, la afinidad que fue estableciendo entre nosotros, transmitiéndome mucho más que esos veinticinco años de andar a la siga de las polleras del universo. Transmitiéndome su ser entero, inyectándome su afecto como si fuera una vacuna contra la tristeza, envolviéndome en su confianza con la ferocidad con que me había envuelto su abrazo cuando vine a liberarlo de la prisión.

Para qué contarte de las mujeres que fuimos recogiendo... Él se las tiró y yo me abstuve. -Quiero guardarme para Cristina Ferrer-, le dije. -No quiero hacer el amor hasta que esté listo-.

Él entendió, me enseñó a usar mi boca, a culearse a una hembra con los dedos, me dijo que les contara que estaba estudiando para ingresar al sacerdocio y no podía traicionar mi vocación religiosa, que les contara que le había jurado a mi madre en su lecho de agonía que no penetraría a una mujer hasta que hubiese pasado un año desde el deceso. Lo único que tienes que asegurar, me insistió, es que te enamores de ellas, aprende a enamorarte instantáneamente, aprende a hacerlo en forma sincera y profunda, busca y encuentra en cada una aquella cosa que ella tiene exclusivamente y ponte a adorar esa cosa, viaja al centro de aquella mujer y ponle tu mano en el corazón de esa cosa única y maravillosa, ama esa cosa por sobre todas las cosas durante el tiempo breve o largo que pases con ella. Y asegúrate también de que nunca vayas a traicionar su memoria, que una zona de su recuerdo lo limpies y lo veneres cada día. Yo te podría recitar mis mujeres, una tras otra. Y ellas lo saben; la prueba es que ni una se ha quejado, ni una ha venido hasta mi puerta a joderme, importunarme, hacerme la vida imposible, ni una me recuerda con resentimiento. Tienes que ser fiel con ellas durante esa hora, esa hora y media, ese día... o, si tienes suerte, durante toda una vida.

No fueron tanto las palabras mismas, Janice, como el hecho de que él me las estaba legando. Las mujeres quieren dos cosas, me dijo, de los hombres: quieren un padre que las proteja y un hijo al que proteger. Puedes jugar una carta o la

otra, o puedes jugar las dos a la vez. Pero si no las sabes jugar, si ofreces vulnerabilidad cuando deberías parecer fuerte o te creen excesivamente pagado de ti mismo y arrogante cuando lo que desean es un tipo indefenso, ahí la cosa comienza a joderse. Buenos consejos los suyos, pero no tan fundamentales como su presencia.

Esos consejos y las posiciones del Kama Sutra y las claves y las frasecitas oportunas, todo eso podría haberlo hallado yo en un manual de sexo, en una biografía de Henry Miller o Casanova o Frank Harris, la mayoría de esas exhortaciones ya las había memorizado y me habían impresionado tanto como una hoja que cae en una laguna y termina succionada hasta el fondo. Me lo estaba tragando a él, no a sus observaciones; le estaba dando a él un refugio en mi interior.

Era evidente por la forma en que Amanda Camila comenzó a mirarme que ella iba tomando conciencia de que algún tipo de transferencia estaba llevándose a cabo en mí. Bastó una mirada esa primera noche cuando retorné a casa, para que se diera cuenta de que algo se había transmutado en mí.

Había ido allá a buscar mi valija, la mudanza de vuelta a la Casa Milagros que se había visto postergada por la irrupción de Ignacio y la consiguiente crisis que se desató.

Estaba esperándome en la oscuridad, ahí en el segundo piso, al final de la escalera.

-Amanda Camila-. Susurré su nombre. -¿Por qué estás levantada a esta hora?-

-¿Dónde has estado?-

-Salí. Con mi papá-.

Me fijó su linterna en plena cara. Pestañeé con el brillo repentino. -Hubo un apagón-, dijo. -Te estuve buscando. No estabas. Me quedé esperándote-.

Dejé que me paseara esa linterna por el rostro, no me moví ni me cubrí los ojos.

-No deberías hacer eso-, dije. -Quedarte despierta, digo-.

-Es lo que cualquier hermana haría, preocuparse por su...-

-No soy tu hermano-, le dije. -No quiero ser tratado como un hermano-.

Su linterna detuvo el movimiento incesante. Esos ojos de océano me estaban oteando desde detrás del fulgor intenso, preguntándose qué alteración era ésa, como una marea que se iba o tal vez una marea que subía hacia ella. La lumbre descendió por mi cuello, bajó por mi pecho, más abajo, todavía más abajo, fijándose finalmente en mi regazo, entre mis piernas.

-¿Dónde has estado?-

-Ya te dije. Con mi papá-.

Su linterna seguía en el mismo sitio, juntándome con ella como si estuviéramos copulando, como si nos estuviéramos hablando a través de ese rayo de luz.

-¿Te has estado portando mal, haciendo travesuras?- Tratando, Amanda Camila, de transformarme en un bebé, tratando de hacerme retornar a una inocencia que estaba desapareciendo, que de hecho nunca había existido.

-Soy virgen-, dije. Así como así. Se me salió. Mi padre había dicho: -A las mujeres nada les gusta más que la verdad, pronunciada en forma brutal, con tajante simplicidad. O si no puedes brindarles la verdad, por lo menos tienes que entregarles su apariencia, que ellas crean que te estás dando íntegramente.

Entrégales tus palabras, ellas te van a hacer entrega de su cuerpo. Cuando has logrado entrarle a alguien con el sonido de tu boca, no puede tardar mucho para que tu pene siga el mismo camino-. Dije: -Nunca he podido hacer el amor-.

-No te creo-.

Bésala, dijo mi padre. Hace dos días atrás no me hubiera atrevido, dos días antes yo hubiera dicho algo como: lo vas a creer cuando hagamos el amor, o ver para creer, o es sólo una broma. Bésala, dijo adentro de mí el gran McKenzie, empujando mis labios hacia ella, bésala como respuesta, deja que tus labios respondan, deja que sus labios comprendan que les estás admitiendo quién eres.

La besé y ella entendió.

Fue un beso rápido. Me retiré casi de inmediato. Mi padre me estaba diciendo que no me sobrepasara. Yo lo había visto esa misma noche seducir a dos jovencitas veinteañeras. Elige a tu doliente, había dicho, la que tiene un grado mayor de madurez o la que tiene menos experiencia pero parece más lasciva. A ninguna de las dos le podría importar un bledo ese tío que hacía tres años que se moría de tos y de cáncer al pulmón. Sí les importaba que al tipo se le hubiera ocurrido estirar la pata justo hoy cuando tenían ganas de salir a pasarlo bien. Yo había visto a mi padre inflamar el deseo de esas mujercitas y luego fingirse indiferente durante los exactos diez minutos, forzarlas a que ellas hicieran la próxima movida. -Primero tú eres el cazador, después te conviertes en la presa-, me había explicado él más tarde. -Primero estás tú arriba, después es ella la que te monta.

Primero por delante, enseguida por detrás. Primero desde abajo, finalmente por arriba. La variedad, Gaby... saber cuándo decir no, cuándo decir sí, cuándo decir que tal vez-.

-Tal vez-, le dije yo ahora a Amanda Camila. -Tal vez-.

-Yo pensé que tú...-

No dejes que te cuenten demasiado lo que piensan al principio, mi padre me estaba diciendo desde alguna zona de mi interior, me lo estaba diciendo sin jamás haberlo dicho en mi presencia, ni esa noche que se acababa ni nunca antes ni después tampoco, estaba inventando sus palabras en mi corazón y debajo de mi piel.

Que no consuman su energía con excesivas palabras. Los gestos siempre valen más.

Llevé mis dedos a sus labios. -Necesitas dormir-. La despojé suavemente de la linterna, le tomé la mano, la conduje a su pieza. -Te veo mañana-, dije.

-¿Acá?-

No vayas demasiado al lugar donde tienes planeado hacer el amor, mi padre me murmuraba desde lejos, desde cerca. No gastes la novedad de un sitio, de manera que sea toda una aventura cuando finalmente te la lleves a la cama.

-Mejor nos encontramos en el restorán La Casa Vieja-, dije yo.

-¿No quieres almorzar acá?-

-La Casa Vieja-, confirmé. -A las dos de la tarde-.

-¿Te vas a la Casa Milagros? La Nana me dijo que tú...-

Las últimas palabras son siempre las más importantes, las que van a perseguirla como un eco durante la noche, a hacerse eco en ella hasta la próxima vez que se junten.

-Me voy para poder venir a visitarte-.

Cerré la puerta, esperé afuera de su habitación tal como lo había hecho la noche anterior. Esta vez ella sabía que yo estaba cerca, sabía que yo estaba escuchando su respiración, sabía que mientras ella dormía mi cara se iría alterando desde adentro, acompañando su sueño.

Agarré mis cosas, bajé las escaleras, dejé mis enseres en la puerta de entrada, llamé a un radiotaxi.

Monté al segundo piso por última vez.

A la pieza de la Nana. Fui hasta su puerta. ¿Dormía ella?

¿Rezaba al pie de la cama como todas las noches? ¿Estaba despierta ahí en su cama, con los ojos abiertos, esperando a que yo fuera a decirle buenas noches? Escuché cómo respiraba, tal como me había puesto a escuchar a Amanda Camila esta noche y la noche anterior. Tal vez fue por consideración a ella, el no querer perturbar su sueño. Tal vez pensé en el día tan duro que le había tocado. ¿O era que yo prefería evitar una mirada que, después de todo,

bien podía ser de reprobación? O algo peor:

Evitar una alternativa bastante más humillante, que ella me había perdonado por haber sido leal a mi padre antes que a ella.

Incluso para mi alma despistada habría sido demasiado tener que soportar tanta nobleza suya.

Ojalá hubiese sido la vergüenza y no el temor lo que me hizo detenerme ante su puerta, no abrirla, decidir que era mejor bajar las escaleras justo a tiempo para ver la llegada del taxi, tomar mis bártulos y arrastrarlos hasta el auto que me esperaba, en vez de cruzar el vasto desierto de su habitación hasta arribar a su cama y tender una mano hasta su pelo gris para darle una última caricia a esa mujer dormida, ojalá hubiese sido el sentimiento de vergüenza lo que me impidió hacer eso.

Si hubiese sido la vergüenza, me salvo, me hubiese salvado si pudiese haber sentido en ese momento vergüenza, si fuera capaz de sentirla ahora mismo.

Me fui de esa casa y nunca la volví a ver.

Nunca alcancé a decirle adiós.

Me tiré a la Amanda Camila la noche en que murió nuestra Nana.

No es que yo supiera que la Nana se estaba muriendo. El que se estaba muriendo era yo, mi Amanda parecía a punto de morir, primero yo, primero yo encima de ella, y arrojé mi alma en su interior, rápidamente, sin que yo diera aviso ni pudiera controlarlo, y después ella, ella que se montó encima de mí, y yo que me agarré y dejé que ella me usara como yo la había usado a ella y entonces no hubo más ella y no hubo más yo, y en el silencio de la noche tuvimos que callar nuestro corazón unísono por temor a despertar a los vivos y a los muertos, pero el alarido silencioso y doble de nuestros cuerpos no despertó ni a unos ni a otros, no pudo impedir que la Nana viajara de un mundo al otro; nuestro amor no pudo impedir que nuestra Nana se muriera en la misma casa a cuatro pasos de distancia.

¿Para qué aburrirte ni provocarte, Janice, con una descripción de nuestro acto sexual, aquel que ocho años antes deberíamos haber llevado a cabo juntos, tú y yo? Basta con decirte, si es que eso te sirve de consuelo en tu frío Seattle adonde tal vez has estado esperando múltiples revelaciones pornográficas que te den un poquito de calor, que no fue ninguna de esas cosas que los cinco hombres en alta mar habían elogiado como la cumbre de la cópula: ni anticipación, ni penetración, ni emoción perpetua, ni eyaculación, ni relajación, ni siquiera un poco de cada una, como mi padre había tal vez sugerido. No, lo que más gocé fue nuestra conversación más tarde, el perezoso vaivén de palabras con Amanda Camila, el modo en que compartíamos todo de una manera diferente, sus dedos enlazando mi pelo y ensortijándolo, mi mano acariciando su pecho, pero no porque fuera una teta, sino debido a la manera en que subía lentamente con su respiración y su parloteo. Eso es lo que importaba, eso es lo que echo de menos ahora. Dios sabe que si hubiese una sola cosa que pudiera convencerme de

quedarme en esta tierra y hacerme desistir de mis planes de suicidio y asesinato, sería la promesa de que encuentros como ése podrían repetirse alguna vez. Promesas falsas. No van a volver nunca más.

La Nana se moría en las cercanías, y aún más cerca, Amanda Camila me estaba contando aspectos de su vida que nunca había admitido a nadie. Exploramos lo que el otro, la otra, había sentido, nos pusimos a conjurar una posible vida dedicada a exploraciones como ésa, un mundo donde la existencia de la persona que amas es más importante que tu propia supervivencia. Yo tuve ese paraíso en mi mano como un pájaro y lo aplasté, lo asfixié hasta que se hizo polvo, se estaba haciendo polvo y muerte en los mismos momentos en que ella hablaba, en que yo la escuchaba.

¿Qué había significado para ella la iniciación sexual, tener sexo por primera vez, acaso había...?

-Pura rabia-, dijo ella. -Hace años que tengo ganas de explotar, que pensaba... y ahora, es como si hubiera comenzado a drenarse esa rabia, irse yendo. No, no es eso. Todavía sigue ahí adentro, pero es una rabia buena. Con alguien como tú, alguien a quien contarle las cosas, puede cumplir una función, qué sé yo, liberadora, supongo, enojarme limpiamente y no en forma sucia.

Porque ahora tengo alguien con quien compartir mi exasperación, con quien hablar-.

Me contó lo que había callado aquel día en el auto camino a su casa, cuando empezó a confiar en mí. Cómo había ido llenándose de esperanza, durante los últimos años de la dictadura, en la medida en que se aproximaba la democracia. -Empecé a creer que los milagros son posibles. Ahora me doy cuenta de que estábamos soñando, pero no te imaginas lo que es, Gabriel, tener fe, haber puesto toda tu confianza en algunos líderes, entre ellos mi propio padre para comenzar. Ellos nos prometieron... ¿Sabes cuál era la consigna de la campaña contra Pinochet? La alegría ya viene. Claro que no venía, ni estaba a la vuelta de la esquina.

No te digo que las cosas no cambiaron, eso no sería justo; algo más de libertad, algo menos de temor, pero alegría, no, la alegría no vino-.

Ella se sentó en la cama y mi mano resbaló por su cuerpo hasta reposar sobre su muslo. Sólo la luz más leve se refractaba desde el baño, vistiendo su desnudez en un suave centelleo, sólo para los ojos míos. -¿Quieres saber cuándo me di cuenta de que era un fraude la transición? ¿El momento exacto, Gabriel?-

La revelación había llegado a raíz de la piscina. La piscina que todos usaban juntos en su comunidad y que la había puesto de tan mal humor el día en que visité esta casa donde acabábamos de hacer el amor. Era una palabra elocuente, comunidad, porque tenían tanto justamente en común en esos días: la pelea contra Pinochet, y el terror, y los riesgos, y el caceroleo y los periódicos clandestinos, y también, claro, la piscina. Había sido como un pequeño Edén, una isla en la que todo funcionaba exactamente al revés de como sucedían las cosas allá afuera, en el mundo de la dictadura.

-Construimos un espacio-, dijo Amanda, -donde todo era diferente, una anticipación de lo que todos los hombres y las mujeres del país vivirían una vez que hubiera finalizado la repre. Lo construimos entre todos. No solamente aquellos que eran dueños de las casas, Gabriel... todos. Cada casa tenía una sirvienta, algunas hasta dos. Pero esas mujeres formaban parte del grupo, también participaban en las protestas. Ni una traicionó a los opositores que residían acá. Éramos como una familia. Incluyendo -y en forma especial- al cuidador, Eduardo.

Digo cuidador, pero básicamente era el amigo de todos, jardinero, maestro carpintero, entrenador de fútbol para los cabros más chicos, siempre dispuesto, siempre listo a ayudar. Y su hijo, Alvaro, era uno más de la pandilla de gente joven, y se le trataba como a los demás, aunque su padre no hubiera llegado ni a la secundaria, venía originalmente del campo, entiendes, tenía tez más morena, tenía más sangre indígena. Te estaría mintiendo si te dijera que Alvaro era mi mejor amigo en el mundo, pero éramos bien compinches, sabes, nos habíamos criado juntos, por lo menos desde que nos vinimos a vivir acá. Y la Nana... era como si la Nana lo hubiera adoptado, vio en él al hijo perdido que ella nunca tuvo. Adoraba a ese muchacho-.

Al pasar los años, la relación de Alvaro con los adultos de la comunidad había ido cambiando, tensándose. Alvaro se había resentido, vuelto más díscolo y difícil en la medida en que comenzó a darse cuenta de que no dispondría de las mismas oportunidades profesionales y educacionales que los demás adolescentes de la comunidad daban por sentadas. Hasta que en el verano de 1990, es decir, el verano recién pasado, vino el reventón.

-Alvaro comenzó a convidar a la piscina a algunos amigos, lo que hacíamos todos nosotros, excepto que sus amigos no tenían medios económicos, no tenían nuestra apariencia física ni se vestían como nosotros, los hijos y las hijas de los propietarios.

Alvaro traía a sus amigotes porque nuestros padres siempre le habían dicho: tú eres uno de los nuestros, te tratamos igual que a nuestros propios críos. Tomaba drogas, claro que sí, pero eso lo hacíamos todos. Y era tan insolente con los adultos como los demás, tal vez incluso un poco más cortés que nosotros. Pero Carola -estaba a punto de parir a los mellizos y andaba medio nerviosa- se quejaba, -Una mala influencia-, decía siempre, -ese cabro-, refiriéndose a que me influenciaba mal a mí, y mi padre estaba vagamente de acuerdo. Estaba él tan metido en el traspaso del poder... te quiero decir, encabezaba el equipo de la transición, ayudando a armar el gabinete del presidente Aylwin, negociando con los milicos si Pinochet iba a ser senador vitalicio cuando se retirara como comandante en jefe del Ejército, las ceremonias, el protocolo, toda esa huevada... de manera que casi no tuvo tiempo de seguir para nada lo que estaba sucediendo acá en la comunidad. Pero papá debió haberse preocupado, debería haberle importado. La semana después de que asumió el nuevo presidente, los dueños del condominio se juntaron a discutir qué hacer con Alvaro, y votaron que era necesario que Eduardo, nuestro cuidador, se mudara, buscara otro lugar que la comunidad para vivir con su familia. Y mi papá, claro, votó con la mayoría. -Es para mejor-, dijo él. -Alvaro se lo ha estado buscando, se le ha dicho una y otra

vez que tiene que ponerse en regla. Es él o nosotros, él o los demás niños. Así son las cosas-. Ese hijo de puta de mi padre-.

-Pero tienes que aceptar que razones no le faltaban-, dije yo, como siempre defendiendo al generoso ministro de los ataques salvajes de su hija, no sólo por la hospitalidad que me había mostrado sino también porque yo entendía, genuinamente, su punto de vista. Aunque tal vez más importante fue sentir que por fin podía contradecir impunemente a Amanda Camila. Era como si haberle hecho el amor me hubiese liberado de mis temores, me hubiera permitido, pensé, decirle lo que de veras pensaba yo. Ya no era necesario esconder mis opiniones, podía darme por entero a ella tal como ella estaba en tren de hacerlo conmigo. -Este Alvaro que te gusta tanto debería haber tenido más cuidado. El argumento de tu papá es impecable. Cuando te equivocas una vez y después recaes una y otra vez, y para colmo no te respalda nadie con poder, bueno, tus problemas no pueden atribuirse tan sólo a la pura mala suerte. Ese tipo se jodió a sí mismo. Eso le pasó por huevón-.

-Gabriel McKenzie-, dijo mi Amanda, subiendo el tono de su voz. Traté de callarla. No queríamos que alguien despertara, que nos encontrara en esa cama. -Debería darte vergüenza. El único pecado de Alvaro es ser pobre. Su padre era nuestro empleado, no tenía casa propia. De haber sido propietario, le hubieran tolerado su conducta. Me toleran a mí, aunque soy una pesada insoportable, porque soy la hija del ministro-.

-Pero si es así en todas partes-, vino mi objeción. -Si yo llego borracho a nuestro departamento en la Riverside Drive, el portero me ayuda hasta el ascensor. Si algún vago se tambalea desde la calle y se pone a vomitar en el hall, el mismo portero lo va a despachar a patadas. Así son las cosas-.

-Así no eran las cosas cuando estábamos tratando de deshacernos de Pinochet-, contestó ella, mi linda cabeza caliente. -Se suponía que iba a ser diferente. Un país donde todos iban a tener las mismas oportunidades, donde no tratas a la gente de acuerdo con lo que gana-.

-No hay ningún país así en el mundo-, dije yo, gozando de mi rol de aguafiestas.

-Bueno, debería haber uno-, respondió Amanda Camila. -Y ése fue el país que nos prometieron. Y eso no explica tampoco lo que sucedió enseguida-.

-¿Qué es lo que sucedió?-

-Eduardo y su mujer y Alvaro y los otros hijos -eran cinco los cabros, Gabriel- se mudaron. El cuidador volvía todos los días para ocuparse del césped y los parrones y los jardines y limpiar la piscina. Todo estaba claro: acá puedes trabajar pero no puedes vivir. Tus manos pueden podar mis frutales pero no vayas a usarlas para tocarme el poto-.

-¡Esperaría que no!-

-Es una metáfora, tonto-, dijo ella. -En todo caso, para mí todo se había ido a

la mierda, esa expulsión terminó constituyendo para mí un símbolo de la transición, una prueba de la porquería de país en que nos habíamos transformado. No puedes construir un país libre si no hay libertad en la casa, no puedes proclamar la justicia universal al menos que estés dispuesto a ejercer esa justicia en tu vida privada. Porque lo difícil es ser ecuánime y equitativo en tu barrio, lo fácil es proclamar lo que anda mal en el barrio ajeno. Pero claro, yo alego ahora, alegué un poco entonces, pero lo cierto es que no hice nada. Ya me sobraban problemas con Carola y con mi viejo, con lo de mi carrera y todo eso. Ni tampoco ninguno de los otros que habían crecido con Alvaro hizo algo. Simplemente nos despedimos de él y seguimos con nuestras vidas. Salvo una persona-.

-La Nana-, dije yo.

-La Nana-, confirmó Amanda Camila. -Todos los días ella armaba una pequeña protesta. Todos los días ella se iba a la piscina y se sacaba sus alpargatas y metía sus pies en el agua, bien adentro-.

-¿Eso era todo?-, pregunté. -¿Ésa era su protesta?-

-Con eso bastaba. Lo que pasa es que no te conté que en esa misma reunión de la comunidad en que desterraron a Eduardo y a su familia, los dueños también decidieron fijar nuevas reglas para el uso de la piscina. Acuérdate, Gabriel, ésta era la gente que había protagonizado la resistencia contra Pinochet. Los que habían sido encarcelados por jugárselas, los que habían sido relegados, exiliados, golpeados, de todo. Y esa gente, esencialmente, era parte del nuevo gobierno, los dirigentes y técnicos que iban a conducirnos a la tierra prometida. ¿Y sabes lo que habían votado en la misma reunión en que se deshicieron de Alvaro y su familia? Votaron que se restringía el acceso de las empleadas domésticas a la piscina. No era que las empleadas se bañaran tanto en esa piscina, pero unas cuantas se habían puesto unos viejos trajes de baño y chapaleaban su poco, particularmente si se encargaban de las guaguas como lo hacía la Nana. Claro que la Nana hasta esa votación no había metido ni el dedito de un pie en el agua. Es demasiado tradicional para eso. Las carnes no son para exhibirse, dice siempre ella, es mucho mejor dejar algo a la imaginación. La Nana nunca había mostrado interés en la piscina.

Pero a partir de ese día de la votación, de una manera muy deliberada ella empezó a meter ambos pies... y eran bien polvorientos, casi como si se los hubiera ensuciado a propósito, los zambullía en el agua como si fueran unos pescados bien morenos. Día tras día tras día. Y nadie se atrevía a llamarle la atención, nadie le dijo que leyera las instrucciones que algún jetón había pintado en un cartel cerca de la piscina. Yo creo que le tenían miedo, creo que todavía le deben tener miedo. Yo le tengo miedo, yo no me hubiera atrevido a retarla. Así que unos dos meses más tarde, debe haber sido fines de abril de 1990 y lo peor era que iban a cerrar la piscina por la temporada de todas maneras; lo que importa es que adoptaron una nueva resolución:

que a la Nana, a ella con nombre y apellido, se le prohibía el ingreso al área de la piscina desde ese momento en adelante-.

-¿Y tu padre estuvo de acuerdo con eso?-

-Dijo que no tenía alternativa. Como ministro, él tenía que respaldar el proceso democrático, la voz de la mayoría, huevadas por el estilo. Fue a conversar con la Nana, le explicó la decisión, por qué ella no podía seguir usando la piscina. La Nana lo miró y le dijo: -Yo debería irme, don Pablo, agarrar mi valija y partir. El problema es que no tengo dónde ir. Así que me quedo.

¿Hay algo especial que le gustaría para la cena?-. Y mi papá le contestó que le encantaría un plato de su maravillosa cazuela. Y fue como si no hubiera pasado nada. Sólo que para mí había pasado algo, había pasado más de lo que yo podía tolerar. Perdí el control, Gabriel. Le di duro a mi papá. -Está bien que los maridos se tiren a las empleadas-, dije yo, -pero no está bien que las empleadas se bañen junto a las esposas en la piscina. Y está bien que le limpien la caca a sus niños, pero no está bien que se bañen junto a esos niños. Y...- Mi papá levantó una mano y ya sabes que la tiene bien grande. -Momentito, señorita. Si no le gusta cómo se hacen las cosas en esta casa, puede encontrarse un trabajo y mandarse a cambiar. Pero no tengo paciencia de santo para aguantar tanta queja, tanto reproche. Mi mujer acaba de parir y yo tengo un trabajo del carajo. Y lo que necesito en mi hogar es un poco de tranquilidad. Si te quedas, vas a sonreír.

Vas a recordarnos lo felices que estamos de que vivas con nosotros. Eso es lo que vas a hacer--.

-¿Y qué hiciste?-

-Le obedecí y me dediqué a esperar. Esperé mi oportunidad para vengarme, enseñarle una lección que nunca se olvidaría. Fantasías de una revancha, ese tipo de cosa. Tonterías, mirándolas en retrospectiva. Aunque una de las cosas que... Gabriel, hice algo tan infantil-.

-¿Qué hiciste?-

-Fue unos días antes de que llegaras. Estaba verdaderamente cabreada con mi trabajo en la Expo y Larrea que todo el día le daba con eso de que no había indios en Chile. Yo que veía cada noche a mi Nana, sin mencionar a los millones de otros mapuches que...-

-¿Estás segura de que ella es mapuche, ah?-

-Según su certificado de nacimiento, sí. Pero eso no importa.

Lo que importa es que me eran intolerables esas caras tan fraudulentamente felices y esos uniformes tan a la moda y el iceberg acá y el iceberg allá y mi padre ufanándose de cómo cambiaría el conchudo iceberg la imagen de Chile, que éramos tan fríos y alejados de los trópicos, y yo pensé para mí misma, yo a este viejo hijo de puta le voy a dar un poco de miedo, que por lo menos se pase una noche sin dormir. Así que escribí una carta. Le mandé un anónimo a mi papá en el que amenazaba con culearme el iceberg, derretirlo-.

-¿Qué?-

-Oye, no hay para qué excitarse. No fue más que una travesura, algo para sacarme la rabia de adentro. La firmé Comandante Venganza. Más que seguro que mi papá la tiró a la basura-.

-Momento, momento. Escribiste esa carta, esa primera carta. ¿Y nada más, ni una carta después de ésa?-

-Claro que no. ¿Para qué? Aunque por ahí hubiera mandado alguna otra si no me hubieras hablado tú ese día, ¿te acuerdas?

Me preguntaste quién en Chile iba a querer hacer reventar el iceberg. Y me di cuenta de lo ridículo que era hacer ese tipo de amenazas. La gente que quiere acabar con el sistema imperante no se dedica a dinamitar símbolos. Termina matando gente. Y en ésa sí que no estoy-.

-Pero ¿por qué no me contaste que habías... Por Dios, Amanda, por qué no me lo contaste antes?-

-¿Y por qué iba a contarte?-

-Porque me dijiste que me tenías confianza. Prometiste que me ibas a contar todo-.

-Si te hubiera contado todo, mi amor, no estaríamos acostaditos en esta cama ahora, jamás te habría prendido. Hace meses que te ando tratando de capturar. Las mujeres siempre tienen que guardarse un no sé qué. Le hice caso a la Nana. Ella me aconsejó que tuviera paciencia-.

-¡Nana! Dios mío. ¡Nana!-

-Pero ¿para qué te alteras tanto?-

Tenía razones de más para alterarme. La Nana me había mentido a mí, a Barón; tiene que haber sabido que Amanda Camila era responsable de la carta inicial. Y el ministro tiene que haberse dado cuenta también cuando la Nana largó esa falsa confesión. Los dos, cómplices, habían cubierto juntos el crimen de la muchacha.

Por eso él había aceptado tan velozmente la versión de la Nana, por qué no se habló más del asunto y sus consecuencias, por qué yo había podido sacar tan fácilmente a mi papá de la cárcel.

Barón estaba protegiendo a su hija. Y a sí mismo. Porque una cosa es que una anciana de ochenta años que cocina y cuida a los niños mande cartas demenciales sobre temas de los que no tiene la más puta idea y muy otra que un miembro de la familia misma del ministro despliegue una conducta tan destructiva. Capaz que él hubiera tenido que renunciar, por ahí celebraba sus cincuenta años en la desgracia en vez de peregrinar acá, a Sevilla, donde yo lo espero. Es decir, el ministro estuvo a punto de perder su apuesta y su carrera.

Pero... ¡momento, momento! Aun si Amanda había escrito la primera carta, no podría ella haber escrito la segunda, porque estaba en Punta Arenas conmigo cuando se envió. Ni pudo tampoco haber mandado las siguientes, puesto que no tenía la lista de sospechosos. Pero si no fue ella, ¿entonces quién había sido? ¿La Nana? ¿Sería posible? Evidentemente la Nana era más astuta de lo que yo había pensado, hasta era probable que hubiese falsificado su certificado de nacimiento. Acaso ella no podría haberle contado a alguien y ese alguien se habría puesto a su vez a escribir, con la información traspasada por la Nana, las cartas que llevaban a cabo mi plan, carta tras carta que yo necesitaba desesperadamente para que se cumplieran mis sueños. ¿Quién podría haber participado en algo tan descabellado, quién era ese alguien que...?

Y entonces, de pronto, supe la respuesta. La persona que la Nana más amaba en el mundo, la persona a la que había dedicado su existencia y que había traído a este mundo como partera y que había cuidado cuando murió su madre. La persona a la que la Nana había esperado para cerciorarse de que estaba preñada y a la que le había aconsejado que se quedara con su nuevo marido cuando él partió a buscar un rápido enlace amoroso en la noche. Había sólo una persona por la que la Nana se autoinculparía, la persona a quien le había murmurado mis secretos pese a sus promesas de silencio, esa persona que había comprendido cuando la Nana le transmitió mi triste historia que ella misma era la responsable del lío que hervía en el cerebro de Gabriel McKenzie y el lío aún más descomunal y desastroso en la vida sexual de ese joven, la misma persona que había cargado a ese Gabriel con el Che Guevara y una vida de exilio y un padre mítico con un pico siempre en alza, esa persona que había llenado al niño aquel de historias paralizantes. Y de repente esa persona en que confiaba la Nana se dijo que era imprescindible compensar por su ceguera de tantos años su incapacidad de ver tanto dolor ajeno, tanta soledad, y procedió esa mujer a escribir una carta tras otra, todas las cartas que le hicieran falta a ese joven Gabriel hijo para que forzara a su padre a subirse a bordo de la investigación y a bordo de esa expedición a la Antártida. La persona que de todas maneras quería, por razones propias, que el gran McKenzie navegara en ese barco hacia el sur, su estrategia y mi estrategia, sus intereses y los míos, convergiendo, los dos necesitándolo a él en el -Galvarino-... sólo una persona podría haber escrito esas cartas para salvar a su niño y a su matrimonio y a sí misma: la sombra de la Nana. Milagros Gallardo. La mentirosa, intrigante, maquinadora Milagros Gallardo.

Salí disparado de la cama. -Espera, espera, ¿a dónde vas?- No quise escuchar a Amanda Camila. Me puse los pantalones y me dirigí por el corredor a la pieza de la Nana.

Y la encontré muriéndose. Sin que yo pudiera animarla, despertarla: casi no se le oía la respiración, casi no tenía pulso. La sangre en su cuerpo estaba circulando cada vez más lentamente, un sonido duro y raspante reptando desde su boca.

Mi Nana se estaba muriendo, pero no di de inmediato la voz de alerta. Estaba demasiado consciente de Amanda Camila en su cama en esa pieza cercana, demasiado consciente del olor a cueva y champa y semen que se

congelaba en mi pene y entre mis piernas, demasiado claro que nuestro prohibido encuentro sexual estaba tatuado en todo mi ser, resplandeciendo desde mí y desde ella, detectable de inmediato si llegaran a despertar Barón y Carola.

Corrí de vuelta al dormitorio, le dije a Amanda que se duchara.

-¿Por qué? ¿Por qué?- Se lo explicaría más tarde, te prometo que te lo cuento más tarde, tienes que tenerme confianza. Yo mismo fui a ducharme también, cuidadosamente me sequé el pelo con la secadora, y entonces, y sólo entonces, me aventuré a la pieza de la Nana.

Ya estaba muerta.

¿Podría yo haberla salvado?

No es una pregunta que me hice. No tenía ningún sentido. Por lo menos, en ese momento no. Tal vez una llamada rápida a una ambulancia podría haberla ayudado, aunque tienes que creerme que en chile los servicios de urgencia no responden de la manera a que estamos acostumbrados nosotros, los norteamericanos. Por ahí tardan una hora o más para llegar a la casa con las sirenas chillando. Y la Nana ya se hubiera muerto de todas maneras. El doctor Ciruelo declaró después que se trataba de un derrame cerebral, nadie pudo haberla salvado, fue indoloro, no sintió ni supo nada. Pero digamos, por el mero gusto de discutir, que los de urgencia hubiesen llegado en cinco minutos, reviviéndola con un respirador. Todavía hay que hacerse la pregunta: ¿es eso lo que ella hubiera querido? Lo que lleva a la verdadera pregunta:

¿por qué murió ella esa noche, por qué escogió morir -si es que en la muerte hay algo que escogemos- precisamente la noche en que ella presenció el encuentro entre sus dos niños vírgenes, los dos hijos de las dos familias a las que había servido durante toda su existencia finalmente reunidos en un abrazo amoroso? ¿Acaso no había muerto ella porque su misión en la vida había culminado?

En todo caso, fue así como me lo expliqué camino a la ducha, mientras el agua lavaba de mi cuerpo la evidencia de la pasión que la Nana había posibilitado al declararse culpable de haber escrito esas cartas, eso es lo que me fui explicando a mí mismo en los momentos en que el agua caliente me purgaba la sangre de Amanda Camila de mis testículos: la Nana quería que su alma entrara a la nuestra, ella murió cuando estábamos nosotros dos creando una nueva vida, es lo que me dije, estaba muriéndose en el instante mismo en que descubría yo las mentiras que ella había contado para salvar a mi padre y salvarme a mí y a Milagros y a Amanda Camila. Ella había muerto cuando yo comenzaba a vivir, pensé, murió para que la vida pudiera continuar sin ella. Tal como lo había augurado ella, dando de sí misma hasta el respiro final; en absoluto era la vieja vengativa que quería humillar a los hombres que habían asesinado a sus ancestros, de ninguna manera la bruja indígena maldiciéndonos con palabras que rememoraban las que se habían pronunciado al comienzo de la existencia humana y durante el cruce del estrecho de Bering y que contenían el eco de las Américas vistas y oídas por primera vez.

No, por el contrario, ella había interpretado el rol de sirviente leal a la perfección, había auxiliado a sus patrones hasta más allá de su última respiración, ella había amado a Milagros Gallardo y al niño que creció desde su vientre, y luego a otra criatura llamada Amanda Camila que, tal como Milagros, carecía de madre, y quizá hasta había amado al viril Cristóbal McKenzie que resguardaba a tantos niños extraviados que pedían una mano amiga a gritos. Y en el extremo de su vida, adentrándose ya en el océano final de ese viaje, después de haber juntado a sus seres amados, había sido capaz de hacerles, de hacernos, un servicio final. Ésa era la razón recóndita, la simetría de su muerte y nuestro encuentro de amor, Janice. Un mensaje que yo me dije que ella me estaba mandando: está bien, no quiero seguir viviendo, no hay nada más que yo pueda conseguir con mi existencia, no quiero que me preguntes por qué te mentí. No quiero que me preguntes por el último sobreviviente de los onas. Quiero llevarme mis secretos a la tumba para que nadie me fuerce a revelarlos. Ésta es la bendición que dejo para ti y para tus descendientes.

Lamenté su desaparición, no creas, hice algo así como un duelo. Algo así. Lloré con todos los demás, las lágrimas de cada uno obedeciendo a diferentes razones, cada uno haciendo el luto por una Nana diferente. Pero ésta es la triste verdad, Janice: su muerte no me importó profundamente porque estaba demasiado enamorado de la nueva vida que acababa de abrirse para mí. Ésa es la verdadera razón por la que nosotros -los humanos, no sólo los McKenzie y los Barón de la tierra- no nos dolemos a fondo con lo que desaparece de este mundo y nunca habrá de volver. Estaba demasiado entusiasmado con hacerle el amor a Amanda Camila cada noche y cada tarde y cada mañana, tan adentro de las conversaciones que seguían a cada encuentro de los cuerpos que se entraban, las palabras que se entrelazaban. Repetí la alegría que había desbordado al gran McKenzie cuando por primera vez entró adentro de Milagros Gallardo aquella noche en que enterraban al Che. A ninguno de los dos, finalmente, le importaba un carajo la muerte del Guerrillero Heroico: más esencial era que esa muerte los había juntado. De la misma manera, la desaparición de la Nana de nuestro planeta tampoco alteró tanto, después de todo, mis planes. Miré cómo caían las paletadas sobre su ataúd en el Cementerio General ese día de noviembre en que el sol me hincaba sus garras en el hombro peor que un halcón, y una mano descendió sobre mi cuello y no era Ignacio y no era Barón y no era mi padre McKenzie y no era Polo, sino mi tío Pancho. Lo habían soltado justo a tiempo, justo para que pudiera asistir al funeral de esta mujer que le había dado la libertad, aunque él nunca lo iba a saber. Se aferró de mí y luego rompió su abrazo y lanzó una flor sobre la sepultura. Yo seguí su ejemplo y tiré mi propio clavel rojo sobre ese suelo que cubría a la mujer que podía bien haber sido la última ona o por ahí era una simple mapuche, pero que ciertamente era la única persona que verdadera y completamente me había amado en este mundo, hasta el punto de sacrificar su vida por mi bienestar. Tiré esa flor sangrienta sobre ese pedazo de tierra que la acompañaría por el resto de la eternidad. Y después me fui a casa a tirarme otra vez más a la Amanda Camila.

Siguiendo los pasos que habían dado Cristóbal y Milagros veinticinco años antes.

Como un eco extraño de lo que le había sucedido a ellos, Amanda tardó los mismos cuarenta días y cuarenta noches para contarme que estaba preñada.

Tres días después de la Navidad, el 28 de diciembre de 1991, el Día de los Inocentes, el día cuando Herodes mandó masacrar a los recién nacidos, ése fue el día que Amanda eligió para informarme que estaba esperando a mi hijo y que había que llamarlo Mercedes en honor a la Nana -y ni siquiera me di el tiempo para notar que nunca había conocido cuál era el nombre real de la Nana-. Sólo me dije a mí mismo que si Barón llegaba a saber esto, yo estaba frito. Lo había dicho en voz alta, si yo llegaba a rozarle la punta del pezón de su hija con el toque caliente de mi pulgar, me iba a exterminar. Y yo que había entrado muy adentro de esa mujer. Yo que había roto mi promesa solemne.

Me dio pánico. No me atreví a buscar la ayuda de mis padres.

Les había mentido, comenzando por el gran McKenzie. ¿Cómo decirle que yo me había culeado a su ahijada, escogiéndola precisamente a ella porque era la única mujer a la que él no se habría tirado antes, contarle que le había mentido acerca de quién era mi pretendida para poder conseguir su auxilio, contarle que yo era un hijo de puta tramposo y que él no se había equivocado al principio cuando me mantuvo a cierta distancia? Yo había visto la forma salvaje en que me había cortado de su vida cuando él me acusó, en esa cárcel, de haberme interpuesto en su camino, la manera inapelable en que él me había separado de su vida como si yo fuera un condón usado.

Tampoco a mi madre. ¿Cómo hablarle acerca de lo que no le había revelado a ella todos esos años, la historia que sólo supo por boca de la Nana? ¿Cómo admitirle, con sus ojos en mis ojos, que yo había dejado que la Nana se muriera sin dar la voz de alarma? ¿Cómo contarle algo tan perturbador a cualquiera de ellos, madre o padre, habiéndome fallado ambos? ¿No era éste el mensaje definitivo que la Nana me estaba transmitiendo con su muerte? Eres bastante grande como para enfrentar esto por ti mismo. Ya no eres Cara de Guagua... esto es lo que significa crecer, mi niño, hacerse cargo del peso del mundo porque los mayores ya no pueden hacerlo por ti. Eso es lo que significa quedarse sin una Nana que te escuche en el funeral de la noche, que pueda oír tu confesión cuando todo a tu alrededor naufraga, eso es lo que significa madurar. Que ella no va a retornar nunca más y que a ti te toca, como el huérfano en que te has convertido, arreglártelas solo por los tiempos de los tiempos.

Fue entonces que intenté por primera vez hablar con la Nana en mi mente, comenzando de veras a sentir su ausencia, a comprender lo que significaba la muerte de alguien. Los muertos no responden a nuestras preguntas, no se les puede pedir consejos. No es posible ir hasta su cama y poner tu cabeza entre sus brazos y dejar que te acunen y te acurruquen hasta que vuelvas a recuperar una cierta esperanza. Nunca escucharía a mi Nana cantándome otra vez hacia mis sueños, cantándome de vuelta a la vigilia, cocinándome hacia la madurez, dándome una moneda para depositar en la mano del organillero. Se había ido, perpetuamente y sin dejar una traza, llevándose mi infancia consigo. Fue entonces que se fue dibujando frágilmente la pregunta por mi posible complicidad en su muerte, la conexión entre mi felicidad y su desaparición, y si acaso no podría haberla revivido; la idea se insinuó en mi mente para luego abandonarla confusamente, para no tener que aceptar una culpabilidad que podía devastar la exaltación que sentía por haberme hecho hombre, confusamente, digo, porque ella no estaba presente para rescatarme esta vez de la confusión, esta vez tendría

yo que decidir qué hacer sin ayuda de nadie más. No estaba ella a mi lado como había estado cerca de mi madre cuando Milagros había retornado preñada conmigo, no estaba la Nana presente para darme la orden de que fuera derechito a ver a Barón y reconocer que yo era el padre de la criatura y que el ministro hiciera lo que le diera la gana, porque íbamos a tener esa guagua por mucho que a él le pesara, no estaba ella frente a mí para asegurarme que de ninguna manera el padre de Amanda Camila iba a matarme, que tenía razones de más, y que ella conocía bien, para no hacerme daño.

¿Me hubiera aconsejado que no tuviera miedo? ¿Me hubiera impedido que le exigiera histéricamente a Amanda Camila que abortara ese bebé, la presencia de la Nana en aquella habitación hubiera persuadido a Amanda Camila de que fuera a ver a su padre conmigo en vez de tratar de protegerme, como lo han hecho siempre todas las mujeres de mi vida? ¿Podría la Nana haber callado a Amanda Camila cuando ella proclamó con excesiva nobleza que sobre todas las cosas había que evitar que Pablo Barón descubriera quién era el autor de ese niño que crecía adentro de ella y que insistiría en que el momento de la concepción había sido a principios de noviembre, cuando yo estaba en la Antártida?

No sé lo que la Nana hubiera dicho. Lo cierto es que ella no estaba y Amanda sí, y fue Amanda la que dijo: -Va a ser una niña, y la voy a llamar Mercedes, porque va a tener el alma de la Nana adentro. Y nada, Gabriel, nada en este mundo o en el otro, me puede hacer desistir de darle vida-.

Estaba equivocada, Janice; habían cosas en este mundo que ella no conocía y que la llevarían a ese carnicero que oficiaba de doctor, habían cosas que la forzarían a borrar de ese mundo y del otro a ese bebé que habíamos concebido la noche en que la Nana nos dejó para siempre, cosas que yo iba a tener que revelarle.

Yo mismo descubrí esas cosas al día siguiente cuando Barón entró como una tormenta a mi pieza en la Casa Milagros y por su cara era indudable que Amanda Camila le había contado, y por su cólera era igualmente evidente que, pese a las protestas de su hija acerca de mi inocencia, él sospechaba que yo, entre todos los hombres potenciales del mundo, era el que había cometido lo que él llamó esa terrible violación.

Me miró con esos ojos llenos de malicia, llenos de astucia y malicia y cariño paternal.

-¡Gabriel! ¡Me lo tienes que jurar! Júrame que no fuiste tú.

No me voy a enojar, te lo prometo, te lo prometo por todo lo que es santo, pero tengo que saber la verdad, la tengo que saber-.

Todo colgó en la balanza por esos pocos segundos que duraron más para mí que el invierno más oscuro de la Antártida y fue durante ese transcurso que decidí confesarle la verdad, enfrentar su rabia infinita y mis mentiras aún más inmensas, hacerme hombre de una vez y para siempre. Un zumbido de palabras de la Nana adentro de mi oreja me urgían a que lo hiciera, como si estuvieran hirviendo cerca, esas palabras, y con ganas de emerger al mundo. Pero nunca

tuve la oportunidad. Nunca tuve la oportunidad para cambiar mi destino.

Tardé demasiado.

Y Pablo Barón llenó el vacío con su propia verdad que brotó desde sus labios por primera vez en más de veintitrés años, él también tenía un secreto, sus propias mentiras que debían salir a la superficie. Fue él quien tomó la palabra y me silenció, me dejó con mis engaños y enredos íntimos para que se pudrieran en mi boca y en mi corazón. Se me acercó, aproximó sus anteojos a los míos, y luego retrocedió, susurrando angustiosamente las palabras que yo no quería escuchar entonces, que todavía sigo escuchando ahora mismo, aquí mismo en Sevilla, en este último día de mi vida y de la vida suya. Aún en ese momento, él tenía miedo de que otra persona lo supiera, todavía temiendo esos micrófonos, otros hombres grabando lo que él ahora me admitía en una voz baja y ronca...

-Es tu hermana-, dijo Pablo Barón. -Dime que no lo hiciste, mierda. Con tu hermana, no-.

-¿Mi hermana? ¿Amanda Camila? ¿Mi hermana?-

-Hicimos el amor con tu madre la noche antes de que ella se encontrara con tu padre, la noche antes de que Milagros y Cristóbal... Es un secreto que hemos guardado todos estos años.

Jamás quisiera que él... prométeme que nunca le vas a contar una palabra de esto. Lo mataría pensar que yo soy el padre de su único hijo-.

-Esto es una locura-, dije. Pero no era una locura. Era sensato, horriblemente sensato, explicaba tantas cosas. Por qué Barón me había cuidado desde mi llegada a Chile, admitiéndome en su hogar, tratándome como se trata a un hijo pródigo, alabando todo lo que yo llevaba a cabo tal como lo hace cualquier padre orgulloso. Se hacía comprensible por qué él me había amenazado con las penas del infierno si tocaba a su hija, por qué se había esmerado en juntarnos y a la vez mantenernos separados. Tal vez explicaba también por qué me sentía tan atraído por ella, por qué había terminado yo en la casa de Barón, en la cama de Amanda Camila, hallando amparo en mi verdadera familia. Podía incluso aclarar por qué mi padre McKenzie me había rechazado automáticamente, por qué le había costado tanto quererme. Porque de alguna manera quizás Cris intuía, con ese instinto animal de la especie, que este cabro debilucho y anteojudo no podía ser su hijo. Era absolutamente sensato y lógico y, sin embargo, tuve que combatir esa idea. -No te creo-, le dije.

-¿Por qué te tiraste a tu hermana? La verdad, Gabriel.

Necesito la verdad-.

Me estaba ahogando, asfixiando, en esa revelación, en el pozo séptico de esa revelación. No era el momento para contarle la verdad, llenar el aire con mis intenciones tan nobles. Necesitaba tiempo para respirar, para pensar.

-No-, le dije. -Tú sabes que yo no la tocaría-.

-Júramelo-.

-Te lo juro por lo más sagrado-.

-Eres un gran muchacho-, dijo Barón. -No sabes mi orgullo por lo que acabas de decir, lo contento y aliviado que estoy. Porque ahora te puedo pedir ayuda-.

-¿Ayuda? ¿A mí? No entiendo-.

-Ella insiste en quedarse con este niño idiota que algún hijo de puta le hizo y yo no la puedo convencer de que se deshaga del crío. Pero un hermano puede decirle cosas que un padre no puede, y ustedes dos son tan amigos, yo sé cuánto te quiere, con tanto afecto que... Gabriel, no podemos dejar que ella arruine su vida-.

-¿Su vida?-, pregunté. -¿Y mi vida? ¿Qué pasa ahora con mi vida?-

-Pero si a ti nada de esto te ha dañado-, dijo él. -Tú no eres el que va a tener una guagua a los diecinueve. Es ella la que va a cometer un error que nunca... hay que cuidarla, salvarla-.

-Yo tengo que hablar con mi mamá-, dije. -Necesito averiguar si esto es cierto-.

-Háblale, claro que sí. Pero ni una palabra a Cristóbal.

Tienes que prometerme eso-.

-¿Me estás pidiendo promesas a mí? ¿A mí? Por Dios, ¿cómo pudiste guardar este secreto todo este tiempo, jugar conmigo de esta manera?-

-Todo lo que hice-, dijo Pablo Barón, -fue con la intención de no lastimarte. He tratado de no lastimar a ninguna de las personas que amo. Y ahora te estoy pidiendo que ayudes a tu hermana, que ayudes a tu padre-.

Mi madre concedió que se había acostado con Pablo la noche antes de que Cristóbal McKenzie hiciera su aparición en la Alameda. De nuevo había sido Guevara el responsable, siempre el Che en el origen de mi historia: se habían buscado la noche en que ejecutaron al Che de puro desesperados, amándose sin saber ella que él era el mejor amigo del hombre con quien ella había estado soñando hacía tantos años, sin saber él que ella se convertiría en la futura esposa de ese mejor amigo. Pero él no había eyaculado adentro de ella, de eso Milagros Gallardo estaba absolutamente segura. Le sobrevino algo así como una advertencia.

Algo le había avisado, cuando sintió que el órgano de Pablo se endureció y comenzó a pulsar y sus estocadas se hicieron más hondas y largas y dislocadas, algo le dijo que lo expulsara de su vagina, y fue así que Pablo Barón terminó echando su semilla en las sábanas de la cama de Milagros.

-¿Hicieron el amor en la Casa Milagros?-

-No se llamaba así en ese tiempo, pero sí, claro que sí, cada tanto yo me traía a algún muchacho-.

-Así que la Nana supo-.

-Tiene que haberlo sabido-, dijo mi mamá, sus ojos llenándose con una neblina de dolor ante ese recuerdo repentino de la Nana muerta. -Ella sabía de mí, de nosotros, todo lo que había para saber. Pero lo que importa, Gabriel, es que Pablo no te está contando toda la verdad. No se me ocurre por qué ha decidido hacerte, justo ahora, esta revelación. Después de tantos años de silencio. tal vez porque los dos estamos juntos de nuevo, con tu papá -¡y te juro que sí es tu papá!-, felices el uno con el otro, lo que significa que no cabe duda ya de que Pablo no gana la apuesta, que en el mejor de los casos puede empatar. Así que fue a visitar al hijo de su mejor amigo para jactarse de que no hay tal empate, de que finalmente él es el gran ganador y macho. Y aunque no le creas, se va a sentir superior. Los hombres son unos ilusos. Ese alarde de que él es tu padre es un puro espejismo, como los que vimos camino a la Antártida, pero a Pablo le hace falta, necesita pensar que él triunfó sobre McKenzie. Quiere impresionarte, que tú creas que al final de cuentas, fue él quien engendró el único hijo de tu papá. Como si te estuviera diciendo:

-Bueno, nunca vamos a saber cuál de los dos, Cris o yo, nacimos antes, quién es el que llegó primero a este mundo, pero hay algo que nadie puede borrar y es que yo soy el padre, el único. Puede que Cristóbal se haya tirado a todas esas mujeres, pero soy yo el que va a tener descendencia, mis genes los que van a sobrevivir generación tras generación--.

-¿Y no es cierto?-

-De ninguna manera. Yo soy la madre y lo sabría. Olvida lo que te dijo el envidioso de Barón-.

Imposible olvidarlo. Amanda Camila podría bien ser mi hermana.

Y la Nana lo había sabido. Ella lo había sabido, claro que sí, y de todas maneras había permitido que formáramos, los dos hermanos, una pareja, y más que eso, había buscado esa cópula activamente.

Así que, después de todo, ella había actuado en forma artera, hasta diabólica se podía decir. Hablaba ella todo con mi mamá, pero jamás le había traspasado esa información esencial, que yo quería tirarme a la hija del hombre que la Nana consideraba mi padre. Qué buena venganza contra los Barón y los Wendell que había diezmado su linaje, pagando una libra esterlina por cada genital. O, si era mapuche, qué manera más elegante y sofisticada de joderse a los españoles que habían cortado las manos de Galvarino y sometido a los ancestros de la Nana en estas largas tierras. O si sus planes estaban animados, más que por una urgencia tribal, por la necesidad de rebelarse contra ese momento cuando a sus pies cargados de polvo se les había negado la bendición del agua de la piscina, si

su motivo era desquitarse por la expulsión de Alvaro de la comunidad, qué mejor revancha que juntar a los dos hijos de Barón en un abrazo incestuoso la noche misma en que ella moría, muriéndose con alegría porque se había burlado de nosotros, los descendientes de los hombres que habían venido a saquear este valle y a perpetuarse. Amanda y yo, los callejones sin salida de una civilización supuestamente superior, el hermano macho y la hermana hembra que tendrían una estirpe deforme en un país deforme.

A menos que mi mamá tuviera razón y yo no era el hijo de Barón. ¿Pero acaso podía creer algo de lo que ella decía, esa mamá que se había pasado los últimos cuatro tramposos meses escribiendo cartas que trataban de deshacer el daño que ella le había impuesto a su hijo exiliado, con sus asientos de excusado y afiches del Che Guevara y canciones del IntiIllimani y cuentos apremiantes acerca de los múltiples orgasmos inducidos por el gran y grandísimo McKenzie? ¿Podía creerle cuando ella había entrenado a la Nana para que la Nana me engañara, cuando ya había mentido tanto para protegerme, cuando no había duda de que volvería a mentirle a Dios mismo para que Barón no lastimara a Cristóbal, para que no pudiera el ministro cacarear su victoria?

No cabía duda: Milagros Gallardo jamás permitiría que Pablo le quitara el hijo a Cris, menos ahora que finalmente yo había logrado ganarme la camaradería de mi papá, ahora que ella estaba gozando de algo más que camaradería con él.

Era imposible que mi mamá me estuviera contando la verdad. Fue un juicio definitivo al que llegué en ese mismo momento, Janice, una conclusión que no pude evitar ni soslayar porque cabía demasiado perfectamente en mi desastrosa historia personal de perpetua mala suerte. En vista de cómo mi vida se había desarrollado hasta ese momento, con la maldición del Che primero y más encima la maldición de la Nana ahora, con sus dos fantasmas rondándome como un par de borrachos, las posibilidades de que mi amante fuera mi hermana y de que mi hijo fuera también mi sobrino eran muy altas: si los dioses que habían estado jugando conmigo, si habían organizado toda esta trama intrincada con el solo propósito de que yo pudiera abrigar la ilusión durante cuarenta días y noches de que era posible encontrar la felicidad antes de que ellos me recagaran, ¿qué porrazo y derrumbe más exquisito que éste? Era tan demente y tan torcido este destino mío que tenía que ser cierta esta última jugada de los dados del universo.

Le conté todo a Amanda Camila.

Ella me lo creyó. Fue casi demasiado rápida su aceptación de nuestro parentesco, como si hubiera estado buscando un pretexto para romper conmigo, retornarme a la condición de hermano en vez de amante. Como si esto le probara cuánta razón había tenido cuando ella me había saludado la primera vez, poniendo una cierta distancia entre nosotros, y también durante esos largos meses en que ella me había tratado como a un hermano, esos largos meses en que yo soñaba con chuparle todo lo que tenía adentro y afuera de su cuerpo, esas ganas mías de nadar hacia sus ojos verdes para verme desde adentro de ella; en los mismos momentos en que yo me perdía en esas visiones lujuriosas, ella había intuido que era mejor mantener una cierta separación, estableciendo una barrera que me tardó mucho tiempo traspasar. Y tal vez, por eso había gozado ella tanto

de mí lo que yo había, de hecho, celebrado más que nada en ella: la intimidad de nuestro intercambio verbal, el compañerismo que, según ella, no necesitaba forzosamente el sexo para alcanzar su plenitud.

Presencié en ella un cambio abrupto como tantos otros en el pasado, esas alteraciones de conducta y actitud absolutamente impredecibles a que me había acostumbrado: aplicó ahora la misma tenacidad con que había defendido la existencia del bebé a tratar de borrarlo de su cuerpo y de la tierra, devolvernos al momento desde donde habíamos partido hacía cuarenta días. Ella pensaba que sólo la muerte de nuestro hijo podía restaurarnos a la inocencia que ella tanto deseaba.

Me pidió que yo arreglara el asunto.

Y cuanto antes, mejor.

Le pedí ayuda a mi tío Pancho. No fui capaz de acudir al gran McKenzie. De hecho, hice lo posible para no cruzarme con él. Mi padre -así lo sentía a él, eso es lo que seguí llamándolo, eso es lo que todavía lo llamo-, mi padre Cristóbal podría haber olisqueado que algo andaba mal. Tenía esa capacidad perceptiva, esa compasión hacia los desamparados y atribulados, y yo necesitaba tiempo para hacerme una máscara. Me había enseñado a ocultarme de las mujeres, mostrar sólo lo necesario para que ellas cayeran en mi abrazo. Y ahora yo tenía que perfeccionar esos mismos instrumentos para embaucarlo, lograr que nunca adivinara que su amigo Barón había penetrado a Milagros antes de que él pudiera llegar a ella. Yo, Gabrielito, finalmente protegiéndolo a él, pagando con mi silencio las lecciones de amor que él me había brindado.

Así que el que me socorrió fue tío Pancho. Sumamente discreto, por una vez. Ni me preguntó el nombre de la niña. Sólo quería saber las fechas.

-¿Hace cuánto tiempo que la perjudicaste?-

-Algo más de un mes-.

-Así que va a nacer... ¿cuándo exactamente?-

-No hice los cálculos pero... fines de agosto, el 24 de agosto, creo que ella dijo. Por esos días-.

-El día en que bautizaron al Che Guevara-, dijo mi tío Pancho.

-Tu hijo estaría naciendo el día en que los padres del Che lo introdujeron a Dios. ¿Qué te parece?-

-No me parece nada, tío-, respondí. -Lo que necesito es deshacerme del bebé. ¿Me puedes ayudar o no?-

Me hubiera ayudado, dijo, aun si el alma del Che se hubiera reencarnado en ese feto. Las mujeres tenían el derecho de decidir lo que hacían con su cuerpo... claro que en Chile nadie le reconocía ese derecho. El aborto estaba penalizado. Y

la misma gente que había combatido a la dictadura, ahora...

-Tío, a mí lo que me hace falta es un médico que haga abortos.

No necesito una arenga política. ¿Me puedes ayudar o no?-

Mi tío Pancho se consiguió la dirección de un doctor que hacía muchos años atrás lo había rescatado de una situación delicada.

-Tengo que suponer que el tipo sigue operando-.

El doctor estaba en plenas funciones. Su único problema: era imposible que acomodara a una paciente hasta febrero del año entrante.

-¿Qué fecha tenía usted en mente?-, preguntó, limpiándose las manos en un trapo. Hacía las veces de secretaria, enfermera, recepcionista. Él hacía de todo en esa clínica clandestina en la calle Arturo Prats.

-Mañana-, dije yo.

-¿Mañana? Si la dama sólo lleva un mes y tantos, no hay apuro.

Febrero o, si insiste, fines de enero-.

-Tiene que ser mañana-.

-Escúcheme, joven. Mañana es el 31 de diciembre. Ultimo día del año, por si no lo sabía. Durante la mañana no cabe ni un alfiler más. En la tarde, bueno, me tengo que preparar para el Año nuevo, hay que arreglar el pisco sour y el cola de mono, dormirse una buena siesta. Por ahí termino yendo a Viña con la patrona y vemos los fuegos artificiales-.

-Sáltese la siesta-, dijo mi tío.

-Es el último día del año-.

-Y precisamente debido a eso es que estamos dispuestos a pagarle el doble-.

-¿Pagan el doble? Lo hubieran dicho antes. Vengan a eso de las tres de la tarde-.

-La mujer en cuestión viene sola-, dije yo. -Ella no quiere que nadie la acompañe-.

-¿Cuál de los dos es el padre?-, preguntó el doctor.

-Soy yo-, dije, y algo en mí tembló.

Extendió su mano. Le dirigí una mirada a mi tío. Él asintió con la cabeza. Estaba bien. Este doctor con sus gruesos labios y ojos adormilados era de confianza. Puse los billetes, todos nuevos, sobre la mesa. Había cambiado dólares

esa misma mañana.

-La próxima vez-, dijo el doctor, -use un profiláctico-.

Un consejo que le debería haber dado a Pablo Barón hacía veinticinco años atrás. O tal vez era Cristóbal McKenzie el que necesitaba oír y atender esas palabras. Bastaba con que los dos le hubieran hecho caso para que yo no estuviese acá, si ambos padres posibles míos, Janice, hubiesen colocado algún látex entre su semen y mi madre, yo sería una persona tanto más feliz. Tanto más feliz de no haber nunca existido.

Llamé a Amanda, le di la dirección, no pude tolerar verle la cara, tocarle la barriga, imaginarme la vida creciendo al otro lado de esa piel morena. Tuve ganas de repente de exigirle que tuviéramos el crío, qué importaba si vivíamos para siempre pecando en forma desafiante e incestuosa. Pero en vez de proponerle eso, colgué, colgué y salí de la caseta telefónica y decidí, al instante, volverme a los Estados Unidos, salir de Chile y retornar a Nueva York y nunca pisar de nuevo esta mierda de país. Sin despedirme de ninguno de ellos, especialmente sin ver otra vez a Amanda Camila, simplemente empacar mis cosas de una manera callada y solitaria, dejando atrás una nota que dijera -Adiós, me voy a casa, los veré en el más allá-. No estar en esta ciudad en los momentos en que estuvieran extrayendo mi semilla del vientre de mi Amanda.

Todos los asientos del avión para esa noche estaban vendidos, y tampoco había reserva disponible para enero. Eran las vacaciones de verano y los chilenos partían como trastornados a visitar el mundo Mágico de Disney. Era evidente que pocos pensaban que la cercana Patagonia tenía la menor fascinación.

Todos los aviones, repletos. Lo que había disponible, lo único, era un asiento para la noche siguiente, el 31 de diciembre. -La última noche del año casi nadie viaja-, explicó la niña que trabajaba en la American Airlines. Tenía una nariz bastante grande, pero lindos dientes, pechos firmes. -A la gente no le gusta pasarse el Año Nuevo a bordo de un avión-.

-Yo no puedo pensar en un lugar mejor para pasar de un año a otro-, dije yo, -suspendido en el aire, entre países. Hágame la reserva, por favor. Puedo celebrar por lo menos dos veces, a medida que vayamos cambiando de zona-.

Ella me sonrió. No me costaba nada encandilarla, seducirla con todas las maniobras que mi padre McKenzie me había enseñado, seducirla de la manera en que mi padre Barón había embrujado a Carola y a mi madre y a quién sabe quién más. No requería el menor esfuerzo y me dije, ¿por qué no, qué se pierde? La espero afuera de la oficina de la aerolínea, a ver qué pasa. ¿Qué mejor manera de pasarme la última noche en Santiago? La niña me sonrió de nuevo con esos dientes perfectos debajo de aquella excesiva nariz y me advirtió que yo debía llegar al aeropuerto varias horas antes para que tuviera tiempo de cambiar mi boleto.

-El tiempo sobra-, dije. -¿No te parece?-

-Eso depende-, dijo ella, también tuteándome, -de lo que quieras hacer con el

tiempo-.

-Es cosa de que lo averigüemos con un par de tragos en la mano-.

Pero no estuve esperándola cuando salió del trabajo, no fue ésa la carne femenina que saboreé esa noche.

Apenas había abandonado la oficina de la American Airlines, vi a una mujer cruzando la calle, navegando su hermosísimo culo entre la muchedumbre que atestaba la calle Agustinas, el sol de la tarde golpeteándole suave sus hombros espléndidamente desnudos. Era Cristina Ferrer, la mujer que, según le conté a mi padre, yo tenía entre miras, la mujer que ese mismo padre me había jurado, mentiroso como siempre él, que nunca se había tirado, la mujer con la que debería haberme acostado cuando tuve la oportunidad, haberla mandado a ella a esa clínica del aborto en vez de Amanda Camila.

Cristina me saludó con la mano y yo le devolví con entusiasmo el saludo.

Me la tiré esa noche, Janice. No, esto no es una invención: le hice de todo en ese hotel cerca de la Alameda, acabando tres, tal veces cuatro veces. Tenía la esperanza de que fuera el hotel en que mis padres me habían concebido -o tal vez no había sido así, tal vez Barón y mi madre ya me tenían encaminado la noche anterior en la Casa Milagros-. No había respuesta en la raja de Cristina, ningún placer real en esa cavidad, ya que te estoy contando la verdad, ni tampoco una conversación después de cada sesión salvaje, ni alivio ni resolución por el hecho de estar duplicando la historia de mi padre, la historia de cualquiera de los dos padres míos. Supongo que lo que estaba buscando en Cristina era a Amanda, buscando a la mujer que nunca más sería mía, buscando a la mujer que, en ese mismo instante, se estaba pasando una noche solitaria e insomne preparando el aborto de nuestro hijo, estaba buscando yo a mi hermana y no la pude encontrar.

-No me has llamado, niño pícaro-, me había dicho Cristina, cuando crucé la calle hacia ella. -Está acabándose el año y no me has llamado ni una vez-.

Y yo le tomé la muñeca y contemplé su reloj de pulsera y dije:

-Yo no diría que el año se haya acabado todavía-, como si fuera el diálogo de una película de pésima categoría, pero me funcionó la jugada. Lo peor es que ese tipo de frases a menudo es justo lo que hace falta para iniciar la conquista. -Pueden pasar un montón de cosas en una noche. Y, por si acaso, yo no soy como mi padre-.

-No me digas-. Preguntándose, Cristina, si eso significaba que, después de todo, no me iba a acostar con ella.

-A mí me gusta repetirme el plato-, dije.

Una y otra vez -con ella y con otras-. En los días y las noches que iban a sobrevenir, en Chile y en Sevilla y en los puntos y puertos intermedios, estableciendo mi propio catálogo, conquistando a las mujeres por el puro gusto, usando las técnicas y estrategias y consejos del gran McKenzie, pero nada más

que eso. Nada de enamorarme y desenamorarme cada vez. Nada de recordar el nombre y la virtud especial de cada una de ellas.

Sólo la vaga neblina de una cama y otra cama. Claro que sí, las escuché, durante horas puse la oreja, puesto que no tenía, como mi padre, mi fingido padre, un plazo perentorio, podía simular todo el interés del mundo en lo que chachareaban, pero mental y emocionalmente lejos de ellas, volando con piloto automático, dejándolas que ejercitaran sus lenguas todo lo que quisieran, como si yo estuviese fascinado con el alcance de sus mentes y me moría de ganas de saber con qué maravilla iban a salir después, cuando lo único que de veras deseaba de ellas era el momento en que pudiera meterme de contrabando en la parte inferior de su anatomía y olvidarme de mí mismo por seis, siete, ocho segundos, a veces un poquito más, el momento en que podía vomitarles mi identidad en su interior desde el vacío de mi profundidad, tratando de aparentar que ahí abajo, ahí adentro, estaba mi único amor auténtico, aferrada ella de mis nalgas para que no me saliera, rezándole yo a Dios de que cuando abriera los ojos sería ella la que estaría ahí, lista para conversar conmigo la noche entera, contarnos los secretos más íntimos, hablarnos el uno hacia el otro hacia el mundo que solamente compartíamos ella y yo, yo y ella. Pero abría mis ojos y Amanda Camila no estaba.

En vez de ella, réplicas y rutinas implementadas y reveladas esa noche con Cristina, vengándome de ese idiota Cara de Guagua que me había habitado el cuerpo durante tantos años. Pero eso no me dio felicidad, que yo me probara a mí mismo que yo era capaz de retenerme para que ella pudiera realizar la larga sacudida de su orgasmo, qué importaba que le diera placer a ella retardando mi propia eyaculación, si mi única verdadera felicidad sólo se cumplía cuando finalmente me dormía, sólo me sentía bien en el momento en que se anulaba este cerebro tan lleno de deseos y recuerdos.

Soñé en algún momento, temprano por la mañana, que ella me despertaba para despedirse, soñé que le murmuraba tengo algo que confesarte. No soy un reportero, nunca ejercí esa profesión. Y ella respondía yo también tengo una pequeña confesión propia.

Nunca me tiré a tu papá. Simplemente lo adoraba desde lejos.

Ese intercambio, ¿yo lo inventé? ¿Inventé esa conversación con Cristina para sentirme aún más deprimido? Puesto que si yo la hubiera conocido a ella antes que a Amanda Camila esa primera tarde en Chile, si hubiese sabido que mi padre no me había precedido, ¿acaso no habría sido ella la mujer elegida para terminar con mi virginidad? ¿No era ella otra oportunidad desperdiciada? Ya casi no podía distinguir yo entre lo que era real y lo que era falso: dormir, eso era real, dormir con la esperanza de que nunca iba a despertar.

Serían como las once de la mañana cuando sonó el teléfono y la voz rastrera del que atendía la recepción del hotel me advirtió que otros clientes necesitaban mi habitación.

Cristina había pagado la noche anterior. Dejándome una nota:

-La próxima vez, te toca a ti. De todos los McKenzie, eres el mejor-. Hice una bola con el papel, lo tiré al cesto, agarré el teléfono y disqué el número de Amanda Camila. La empleada contestó que la señorita había salido.

-¿Me dejó algún mensaje?-

-Que le dijera adiós-.

-¿Nada más que eso?-

-Adiós. Aquí lo tengo anotado, don Gabriel. Me pidió que escribiera esa palabra exacta por si usted llamaba-.

Me quedaban un par de horas hasta encontrarme con mi tío Pancho. Lo llamé desde el hotel, usando ese teléfono espantosamente negro y feo. Había un lugar que me hacía falta visitar antes de que me fuera del país: el restorán donde se había llevado a cabo esa apuesta entre él y Cristóbal McKenzie y Pablo Barón.

-Esa apuesta que perdí-, dijo él, melancólico. Podía escuchar, a sus espaldas, el blando sonido de sus compañeros de trabajo. Su hermano le había conseguido un empleo... vendiendo planes de previsión, vendiendo falsa seguridad para el futuro, decía Pancho, a gente que lo que necesitaba era precisamente lo contrario, conciencia de su inseguridad necesitaban los ciudadanos, para que se rebelaran. Pero había que estar agradecido de que hubiese algún tipo de trabajo y él, siempre el materialista doctrinario, creía con toda su alma no existente en la importancia del trabajo y comprendió que Cristóbal se había arriesgado a recomendarlo a uno de los padres que le debía un favor, que le hiciera el favor de contratar a Francisco McKenzie y no se iba a arrepentir. De ahí, tal vez, su melancolía porque había prometido no armar ningún lío, no organizar a los otros agentes vendedores en un sindicato ni convencer a los futuros pensionistas de que investigaran cómo se estaban invirtiendo sus escuálidos ahorros en un mercado que de un momento a otro se podía derrumbar dejándolos en la miseria más absoluta, había prometido que no iba a dilucidarle a ningún diente potencial la letra fina de los contratos que tenían que firmar. Melancólico porque había perdido más que la apuesta.

-Ese restaurante-, dije yo.

-Si insistes-, dijo. -Encuéntrate conmigo a las dos de la tarde. Ese sitio es tan bueno como cualquier otro para pasar el tiempo mientras, bueno, ya sabes, mientras la cosa está sucediendo-.

Al dejar el hotel, me sentí... supongo que la mejor palabra es sucio, Janice, por muy lugar común y obvia que sea esa palabra.

Con una mugre pegada a la parte interior de la piel que yo sabía que ninguna agua, ni todo el líquido mágico de este planeta, sería capaz de lavar nunca más. Nunca más sería yo ese niño pequeño que se metió adentro de la ducha con su papá, ese joven que contempló con su papá el agua que cargaban a bordo de ese barco que iba camino al iceberg. Condenado a ser este fracaso como hermano y como amante y como padre, alguien que había dejado que su hijo

fuera eliminado de este mundo, alguien que nunca le tomaría la mano a ese chiquitito para mostrarle el vuelo de los pájaros.

Atiborrado con esos pensamientos venturosos, dejé que mis pies me llevaran tambaleando a la Alameda y al Santa Lucía. Cinco meses después de mi primera visita tan llena de esperanzas y planes, retorné una vez más al cerro donde la carta de Pedro de Valdivia prometía a aquellos que vinieran a poblar estas tierras que se perpetuarían y en las que, sin el menor remordimiento, él había fornicado con Inés de Suárez. Yo había visitado el Santa Lucía cuando yo era virgen y mi hermana también. El cerro donde uno puede levantar solteras y viudas, donde te pueden violar, donde te pueden robar hasta el alma.

No fue el alma lo que me robaron en ese momento, sino otra cosa: la billetera. Sentí un escurridizo golpeteo en el bolsillo de mis pantalones y me volví y logré vislumbrar a un niño vago que corría cerro arriba. ¡Se estaba llevando mi plata! Sin pensarlo dos veces, salí detrás de él, subiendo por una terraza llena de estatuas, viendo una dudosa silueta alejándose como un conejo, más y más arriba, pasando seudocolumnas y falsos acueductos romanos, hasta que llegué, casi sin aliento, a una amplia plaza bien arriba donde, a un costado, encima de una roca gigantesca, se erguía la estatua de un indio. Al rufianillo lo agarré justo debajo de la estatua y estuve a punto de quitarle mi billetera cuando de pronto una manada de otros niños -nosotros les decimos pelusas acá en Chile, Janice- me rodeó en forma amenazante.

Eran más pequeños que el Choclo y su pandilla, pero eran como diez y perfectamente capaces de hacerme experimentar por segunda vez los placeres de los bajos fondos de Santiago, una repetición de lo que me había sucedido hacía cinco meses atrás en esa población. Ésta iba a ser mi despedida de la ciudad en que yo había nacido. Estaban dispuestos esos rufianes a dejarme desnudo en esta colina. Mientras a unas cuadras de distancia desvestían bajo las luces despiadadas de ese doctor a la hermana a la que yo le había hecho el amor. Todo se precipitaba hacia otra pesadilla.

-No lo toquen-.

No era la voz de Ignacio. La voz de Carlitos. Ahí estaba, un poco más alto de como yo lo recordaba, con un aire de confianza que nunca hubiera sospechado, ese niño que lloraba de miedo en la oscuridad, al que yo tuve que tomar de la mano para llevarlo al baño.

-Es Gabriel-, dijo él. -El hijo del gran McKenzie. El que me cuidó-.

Los niños retrocedieron un par de pasos.

Carlitos le arrebató la billetera al pelusa que me la había sustraído. -Toma-, me dijo, alcanzándomela. -No le robamos a los amigos-.

-No-, dije yo. -Ustedes necesitan la plata. Yo no la quiero-.

Era cierto. Pensé que se me estaba dando una oportunidad, justo antes de partir de este país, una última coyuntura donde fuera posible dejar una

minúscula marca de gloria sobre la vida de alguien, se me estaba permitiendo salvar a este muchachito y llevarlo de vuelta a la Casa Milagros.

-Vuélvete conmigo-, le dije. -Adonde mi papá-.

Tal vez todo esto, todo este desastre, me había ocurrido para que yo pudiera rescatar a ese ser humano, a uno solo.

-No, Gabriel-, dijo. -En la Casa, yo tenía miedo. Mírame ahora... soy el rey, acá soy el rey-.

Me mostró su pandilla de amigos.

-Déjame que te compre algo para comer-, dije, casi rogándole, necesitando la redención de mi propia bondad. -A todos-.

-No me parece-, dijo él. -No quiero volver ahí. No quiero que me convenzas-.

Quién sabe si yo hubiera sido capaz de insistir, quién sabe si mientras comíamos algo caliente hubiéramos llegado a algún tipo de acuerdo que me hubiese permitido volver victoriosamente a la Casa Milagros, con él como un trofeo. Porque en ese mismo momento, como una enfermiza sombra de verano, un paco hizo su aparición en esa plazuela. Y los niños partieron como pájaros después de un disparo, cada uno de ellos tomando una dirección opuesta.

Carlos subió corriendo unas escaleras y yo lo seguí. Pero había desaparecido. El que sí me esperaba, sobre una bella explanada en la mera cima del cerro, era Pedro de Valdivia mismo, atrapado en un frío corte de mármol que pudo haber sido originalmente blanco pero que ahora se encontraba teñido de una sucia opacidad, tal como la ciudad que él había fundado y sobre cuya horrible capa de grueso smog él presidía ahora, seguramente presenciando con alguna inquietud en lo que se había convertido el paraíso que él había descrito como lleno de verdor y brisas templadas en su carta al emperador. Mirando su estatua con más atención, estaba manchada de pequeñas estrías blancas, tiznes de caca conferidos por las aves que habían volado estos aires antes de la llegada del conquistador a este valle y que seguirían poblando este valle cuando yo estuviera tan muerto como Valdivia mismo.

Y fue entonces que, a mis espaldas, escuché aquella música.

Era el sonido solitario de una quena indígena tocando la misma canción del Inti-Illimani que me había caído desde el loft en Soho cuando rompí relaciones diplomáticas con este país. Me pregunté por un instante de paranoia insana si el Compilador de Mi Vida, quienquiera que estuviese redactando mi infortunio en alguna pantalla, si ese ser no había grabado esa melodía en algún compacto en el cielo con el objetivo maligno de burlarse de mí.

Esa idea esquizofrénica se desvaneció apenas me di vuelta y divisé, a un lado del espacio abierto, cerca de una pequeña capilla, a una joven de ensueño, una mujer nativa, con ojos oscuros y escarpados, el pelo azabache, su piel de un bronce matizado y profundo, la hermosa configuración de su cráneo, dedos

delicados tocando en forma plañidera su instrumento. Ella notó mi interés y lo consintió con un gesto leve de la cabeza y siguió tocando, sin darse cuenta de que cada nota me estaba reprochando mi falta, ese desliz que había cometido en la calle de SOHO a los once años. Tan afligido estaba que pensé por un momento que mi mamá lo tenía que haber planificado, este encuentro como la última vuelta de la tuerca de su venganza. Algún día vas a venir corriendo a pedirme noticias de Chile y yo no te las voy a dar.

Era capaz de haberle pagado a esta belleza indígena para que viniera a rondarme, tal vez era su infecta manera de recordarme que todavía estaba en deuda con el Che Guevara, que yo todavía no había pagado lo que le debía al Che, por ahí era el Che mismo el que me había mandado a esta mujer musical.

De pronto, me sentí tan enfermo como aquella tarde en que le confesé mi pasado a la Nana. Me dio alcance el olor de la anestesia y de la sangre que impregnaba el aire carnicero de esa clínica del aborto y que yo había respirado sin darme cuenta el día anterior, el olor que Amanda iba a estar absorbiendo dentro de unas pocas horas, mezclándose con el smog veraniego, aunque lo que de veras estaba mofándose de mí y manchándome era el valle mismo, millones de pulmones haciendo escarnio de mi existencia, corrompiendo conmigo el veneno del aire que éramos y respirábamos. Eran ellos, los habitantes de este sitio, los contaminantes verdaderos. Eran ellos los que me estaban castigando. Por lo que hice y por lo que no hice, lo que empecé y también terminé esa noche en SOHO. Algo en mi destino se había torcido definitivamente en ese momento, cuando el grito de ¡Che Guevara! ¡Presente! me había llevado a negar mi continente de origen. Lo único que necesitaba haber hecho era remontar aquellas escaleras al loft, haberle entregado el dinero a mi madre, haberme puesto a cantar aquellas palabras que la concurrencia entonaba con tanto fervor, nada más que eso. Y mi ventura se hubiese alterado como una brizna en el viento. Al día siguiente hubiera llegado la insistente y habitual invitación para volver a casa de parte del gran McKenzie y esta vez yo hubiera contestado que sí y hubiera viajado hasta acá, esta ciudad fundada por Pedro de Valdivia, y mi padre me hubiera ofrecido algunos consejos, me hubiera encaminado. Y verano por medio yo hubiese vuelto y eso hubiera bastado, él me hubiera contado su estúpida apuesta antes de que mamá lo hiciera, me hubiera echado yo debajo de estos limoneros y estas montañas y con gran timidez hubiera entrado adentro de una muchachita chilena, tal como siempre debió haber sido. ¿Tal vez hubiera sido esta princesa a la que ahora escuchaba, por qué no, por qué no ella, después de todo? Y entonces hubiese vuelto y te hubiera brindado a ti, mi fiel Janice Worth, lo que ambos, tú como yo, tanto deseábamos. Y Amanda Camila no hubiese sido más que otro pariente lejano en el borde de mi conciencia, y el iceberg algo que me hubiese llamado la atención en el -New York Times- entre los bagels y el jugo de naranja, un comentario jocoso acerca de una exótica idea de los estrafalarios y remotos chilenos, y yo nunca hubiera mandado asesinar a mi propia hija, porque ella jamás hubiera existido.

Así pudo haber sido, debió haber sido, en una existencia alternativa, en el planeta posible que había derrochado junto con el dinero que entregué a esos muchachos que bailaban sobre el pavimento de Manhattan. Y no hubiera cargado con la maldición del Che Guevara por el resto de mis días y no me hubiera acostado con mi propia hermana y no la hubiera traicionado, así, tan fácilmente,

con la primera mujer, esa Cristina, que se me cruzó por el camino. Así debió haber transcurrido esta vida mía.

Y de pronto, no lo pude tolerar más.

Metí mi mano en el bolsillo y extraje un puñado de billetes, esos que Carlos no había querido recibir de mí porque, como todos los demás seres humanos con que me encontraba en este viaje, no deseaba que yo lo redimiera, agarré ese dinero y se lo lancé a ese ángel moreno y musicante, como si estuviese retornando a los remotos descendientes de la Nana una pequeña parte de lo que Valdivia y sus muchachos les habían robado, como si eso me libraría de los recuerdos incestuosos que esa mujer me provocaba, que me inducía con el bisturí de su melodía. Le arrojé los billetes a sus pies desnudos y le susurré, no a sus oídos, sino que a la hermosura de sus perfectos labios nativos: -Por favor, por favor, no toque más-. Y ella se detuvo. Absolutamente atónita, observando el dinero como si jamás hubiese visto nada parecido, como si a los dos nos hubiesen transportado a los días de la fundación de Santiago cuando los españoles habían arribado con sus cuentas y abalorios y monedas y los mapuches habían examinado esas baratijas con el asombro de la incomprensión. -No, espera-, dijo ella, sus ojos relumbrando líquidos y alarmados, pero me di vuelta y la dejé ahí, bajé corriendo las escaleras a la próxima plazuela y, todavía débil y sin aliento, me apoyé en la roca sobre la cual seguía erguido el cacique indio.

Y vi su nombre: Caupolicán.

¿Dónde había escuchado yo antes ese nombre? ¡El teatro! ¡El teatro donde mi padre había hallado a Polo aquella noche en que, según mi madre, yo fui concebido! Un puerco rayo de luz del ceniciento sol de Santiago golpeó la cara de la estatua, y desde atrás una voz que conocía demasiado bien reptó hasta mis oídos, hizo un comentario.

-Huelén-, dijo esa voz familiar, y casi deseé que fuera Polo mismo el que, por medio de algún pacto con los dioses endemoniados de este valle, había logrado rastrearme hasta acá para recordarme que cuando yo partiera de este país él se quedaría como único heredero de mi padre, el usurpador de mi herencia. Pero supe con horror que era alguien mucho peor: Max Behrends.

-Huelén-, reiteró Max. -La palabra mapuche que designa el dolor, cuando todo es al revés de lo que debe ser. Es con esa palabra que han estado llamando a este cerro desde tiempos inmemoriales. Antes de que a alguien se le ocurriera ponerle el nombre de alguna santurrona italiana. El dolor. ¿Crees que, cientos de años antes de que llegaran los españoles, anticiparon que los iban a reculear, que lo único que les daría la historia era una estaca clavada en el culo? No es una metáfora. A él le metieron una estaca por el culo. Así fue cómo lo mataron, a Caupolicán. Iban a quemarlo vivo, pero como se convirtió, se hizo cristiano, bueno, se mostraron compasivos, lo sentaron en una lanza y así, desangrándose, se murió. Lentamente-.

No le respondí. Me di media vuelta, como para irme, pero Max me agarró con su fuerte mano germánica. -¿Por qué tanto apuro?-, dijo. -Hay alguien que tengo

ganas de que conozcas. Ella te podría contar algo más acerca de esta estatua. Por ejemplo, ¿por qué no se le ve ninguna estaca, ni en el culo ni en ninguna otra parte?-

¿Se había vuelto loco? ¿Era ésta su venganza contra mí por haberlo yo separado de Amanda Camila, me iba a tomar de rehén durante horas mientras reencarnaba su viejo rol de guía turístico en este cerro? ¿Iba a arrastrarme de vuelta a ese momento inicial cuando nos encontramos y reconocimos allá abajo, en la entrada del cerro, cuando él le explicó a esa cámara que éste había sido anteriormente un cementerio para los expatriados del cielo y de la tierra?

Como de costumbre, él había hecho esa pregunta para poder respondérsela él solito, exhibir sus conocimientos chilenísimos aunque el destino lo hubiese hecho nacer, por casualidad, en el lejano Salzburgo. -Esta estatua no tiene metida una estaca en el culo-, dijo Max Behrends, con esa voz que usaba cuando lo estaban filmando, -porque es un simulacro. No tiene nada de araucano.

Encargada a un escultor chileno por unos gringos de la embajada norteamericana, él decidió inspirarse en un grabado de un indio noble que encontró en una novela yanqui, -El último de los mohicanos-, no sé si la leíste-.

-Mira, Max-, le dije, -yo tengo un almuerzo que...-.

-Los gringos-, prosiguió Max, como si yo no lo hubiera interrumpido, -odiaron la estatua. Por supuesto. No querían un modelo basado en uno de sus propios indios estúpidos y ficticios de las praderas del Norte. Ellos esperaban un indígena chileno auténtico y típico, como si tal cosa existiera. Le devolvieron la estatua indignados y ¿qué crees que hizo el escultor?-.

No tenía la menor idea, no quería saber, me importaba un rábano. Pero no estaba dispuesto a discutir el asunto a bofetadas con Max. Él era más grande, estaba en buen estado físico, y tenía razones para odiar y golpear a este único público solitario al que había capturado, al que estaba aburriendo en forma mortal.

-El escultor no tardó en vender su obra maestra al cerro Santa Lucía, proclamando, falsamente, que se trataba de Caupolicán. Y los chilenos se sintieron felices de la vida. No les pareció mal que se hubiera copiado de un modelo del norte. Y así va la cosa.

Primero los españoles le meten a Caupolicán una estaca ardiente por el culo y siglos más tarde sus descendientes chilenos levantan una estatua que no contiene ni el dolor ni el martirio, lo que viene a ser un crimen más tremendo, se me ocurre, que el asesinato original. Una de las estatuas más famosas de Chile...

con que se les enseña a los escolares una versión degradada de su propia historia. ¿Qué te parece peor, Gabriel: torturar a alguien o tratar por todos los medios de olvidar esa tortura? ¿Ah?- La presión sobre mi brazo fue creciendo. -Pero para qué preguntarte a ti, cuando le podemos preguntar a alguien que no ha olvidado, una verdadera experta en la materia, alguien que justamente viene a nuestro encuentro en este mismo instante. Victoria Huepimul en persona-.

Me libré de la garra de hierro de Max y ahí estaba ella, la mujer nativa que tocaba esa música infernal. Había bajado por las escaleras detrás de mí y ahora se dirigía hacia mi persona como si alguien le hubiera metido una estaca por su espléndido culito o más bien -lo que era más alarmante como si quisiera meterme una a mí. Afortunadamente, no hizo nada tan drástico: extendió hasta mi mano, en forma silenciosa, reprobatoria, el dinero que le había arrojado a sus pies. No se lo acepté. Me dije que aquí tenía la oportunidad para seguir en contacto con esta mujer y su pasión. Era lo único en que podía pensar mi corazón infiel en aquel momento: quizá sobrevendría un milagro y ella era la razón por la que yo había peregrinado a Chile, quizá después de todo no estaba yo tan perdido. Como un niño taimado, empuñé las manos y me las coloqué detrás de mi espalda.

-¿Ya se conocían?-, preguntó Max, sus ojos azules paseando por mi cara y después por la cara de ella. -¿Victoria, tú ya...?-

-Este huevón pensó que yo era una mendiga, Max-, dijo Victoria. -Tu amigo pensaba que yo era una mendiga de mierda.

Como soy india, ¿no?-

Con la mano que se había aferrado con tanta fuerza a mi brazo, Max ahora tomó, suavemente, la mano de Victoria. -Yo no lo llamaría un amigo, ¿no es cierto, Gabriel? Aunque me hizo un servicio, Victoria. Si no hubiera sido por él, no nos habríamos nunca encontrado. Éste es Gabriel McKenzie, el que...-

-¿El tipo que te separó de esa niña de quien te enamoraste en Punta Arenas?-

-El mismísimo hijo de puta. Nunca tuve la oportunidad para agradecerle. Gracias a tus maniobras, Gabriel, no pude ver más a Amanda. Y eso me liberó para descubrir a Victoria-.

-No entiendo de qué estás hablando-, dije. -La verdad es que tengo que irme-
.

Pero no me moví. Los ojos de Victoria me sujetaron a ese suelo, me anclaron a sus deseos. De pronto, comprendí el origen de mi fascinación: ella me recordaba a la Nana de esa foto, la intensa niña ona allá en el museo de Punta Arenas que me había reclamado por encima del abismo del tiempo y del espacio y de la muerte. Había un toque, un tañido, de la Nana en sus ojos, sus labios, la ladera apacible de sus hombros.

-Se me ocurrió que te gustaría conocer a Victoria-, dijo Max.

-Una de nuestras grandes concertistas, una compositora musical de primera. Toca el clarinete con la sinfónica. ¿No está mal, a los veintiséis, ser la encargada de la sección vientos, no? Viene a practicar al cerro. Comprendo por qué te sientes confundido. Yo también no supe qué pensar cuando la vi por primera vez, hace cinco meses, tocando Mozart, el día exacto de mi cumpleaños, como un regalo que en ese momento no supe apreciar-.

-Max Behrends-, dijo Victoria, -hablas demasiado. ¿Por qué no usas tu boca para convencer a tu amigo o a tu enemigo o quien crestas sea, para que me acepte este dinero, así podemos partir, te parece? Se arruinó mi ensayo-.

-Yo tengo una solución equitativa, bien negociada, mi amor-, dijo Max. -A ti no te interesa guardar el dinero y él no lo quiere recibir, así que la solución es que... me lo guardo yo-. Y depositó el dinero en su propio bolsillo. -No para mí. Una donación para tu Proyecto Lautaro. ¿De acuerdo, Gabriel? ¿Una donación? ¿De parte de un experto en Internet? Hasta se me pasó por la cabeza la idea -ese día en que me vino a ver con el pelotudo de su padre por razones que todavía no alcanzo a explicarme- y bueno, pensé, Victoria, que por ahí podría ayudarte en tu proyecto-.

-¿Tú eres un experto en Internet?-

¿Era una ilusión, o Victoria me estaba mirando menos agresivamente?

-Mi niña tuvo una idea bastante especial-, prosiguió Max.

-Quiere conectar electrónicamente a todas las comunidades mapuches-.

-Conseguirles la última tecnología, la mejor-, dijo Victoria, que desconfiaba de mí, pero que intuía, estaba seguro, que yo era capaz de comprender sus planes mejor que Max, esta mujer que pudo elegir una canción que me evocaba tan precisamente los errores de mi vida. Qué sueño hubiera sido hacerle el amor, conversar con ella después de hacer el amor. ¿O la estaba usando a ella para borrar a Cristina, para borrar a Amanda? -Intercomunicar a los miembros de mi nación, enchufarlos en la red. En cada comunidad, una computadora. Nuestro problema principal es la fragmentación.

Comenzamos poniendo a la gente en contacto, informando dónde hay ofertas de trabajo, dónde hay emergencias y necesidades; pero en una segunda etapa, nos coordinamos para cosas mayores, para recobrar las tierras que nos robaron, por ahí para ir creando las condiciones para nuestra autonomía-.

-Lo que hubiera hecho Lautaro-, dije yo, tratando de nutrir esa conversación, nutriendo la frágil esperanza de que algún día fuera algo más que una conversación la que tendríamos, -de estar vivo hoy-.

-Eso es. Al principio Max no entendía. Creía que eso iba a destruir nuestra cultura. Max sabía mucho acerca del país, pero todavía pensaba en los indios como lo hace alguien como tú, ves a una india solitaria en un cerro y le tiras unas monedas en forma paternalista. Yo tuve que enseñarle que no somos pasado, somos futuro, y que una comunidad que no se abre al mundo exterior está destinada a morirse-.

-Estoy de acuerdo-, dije. -Usen el dinero para el Proyecto Lautaro-.

-Muy bien-, dijo Max. -Anda a buscar tus cosas, m'hijita-.

-A ver si un día pasas a echarme una manito, Gabriel. ¿Te parece?-

-Me encantaría-.

Los dos la miramos montando las escaleras, la vimos desaparecer.

-¿Fantástica, no?-, preguntó Max, siempre tan entusiasta. -Va a componer la música para mi película. La escuché sin darle mucha importancia aquel primer día...-

-Tu cumpleaños-, dije.

-Sí-, respondió él.

-Tu cumpleaños-, repetí yo, dándole vueltas a las fechas en mi cabeza. Eso significaba que él la había conocido el 11 de julio, exactamente un día después de que yo mismo había visitado por primera vez el pie del cerro y lo había visto a él montando hacia la cumbre. Eso significaba que si yo hubiese subido al Huelén o al Santa Lucía o lo que se llamara esta mierda de rocas y arbustos y plazuelas, yo me hubiera topado con ella antes que él.

Me hubiera sentado debajo de la estatua del conquistador muerto.

Yo hubiera escuchado esa canción que me remordía. Yo le hubiera metido conversa, ella me hubiera relatado los pormenores del Proyecto Lautaro, yo le hubiera ofrecido mis servicios a ella en vez de hacer negocios con Oscar y Nano. Me hubiera enamorado de ella tal como ahora mismo lo estaba rápidamente haciendo en vista de que mis puentes con Amanda Camila se habían quemado.

Significaba que yo había perdido, por unos metros, por unos minutos, lo que debió haber sido mi destino en Chile, conocer a la mujer que podría haberme salvado y que ahora pertenecía a Max Behrends. Él estaba haciendo ostentación de ella, por eso me había prendido nuevamente del brazo, a fin de explicarme ahora que Victoria estaba esperando un hijo suyo, para darme las gracias por haberle obstaculizado el acceso a Amanda Camila, puesto que en medio de una noche frustrante en que trataba de imaginarse cómo llegar a ella le había sobrevenido el recuerdo de esa quena y su especial armonía que había oído el día de su cumpleaños. Y a la otra mañana, se apuró en subir al cerro Huelén, esperando la reaparición de esa mujer musical durante horas y horas. Y cuando, esa tarde, Victoria por fin se materializó como si viniera desde alguna zona del futuro, él no tuvo inconvenientes en escuchar el concierto entero. El resto fue fácil: le había propuesto que hiciera el acompañamiento musical para su filme y terminaron cenando juntos.

Max me había robado la vida dos veces y si en la primera ocasión, cuando nos cruzamos en el aeropuerto, él llegando y yo yéndome, ambos con seis años de edad, ese robo había sido una mera casualidad del destino, esta segunda vez, ahora que los dos éramos adultos, la responsabilidad fue enteramente mía, fui yo mismo el que le pavimenté el camino. Debes creer que estoy loco loquísimo, Janice, y claro que sí, tienes toda la razón. Más trastornado, difícil. Lo sabrás mañana al leer los diarios: -Acto terrorista en Sevilla, con una explosión se

celebran los quinientos años, chileno enajenado hace estallar el iceberg en nombre del Che Guevara-. Bastará con que pongas el noticiario mañana para saber cuán insano estoy. Pero lo que te cuento es la verdad: habríamos hecho una pareja perfecta, Victoria Huepimul y el hijo bastardo de Pablo Barón. Yo podría haberle transferido todos mis conocimientos sobre Internet, era absolutamente concebible que me hubiera pasado el resto de mi vida al servicio del Proyecto Lautaro, y hubiéramos tenido niños con los ojos aborígenes de mi Nana y yo nunca hubiera descubierto, ni me hubiera importado, quién era mi padre. Nunca hubiera tenido que armar todas mis trampas y mentiras, traicionando a la mujer que me había criado y quería salvarme.

-¿Te la tiraste?-, preguntó Max Behrends.

Lo miré como si el que estuviera loco fuera él y no yo.

-Amanda Camila-, insistió Max. -¿Te la tiraste?-

Debe haber divisado el huelén en mis ojos, el dolor saliendo a borbotones de mis ojos, debe haber adivinado la respuesta en mis ojos. No había comprendido, creo yo, esa primera vez en que él me vio al pie de esta colina ni tampoco cuando una semana más tarde navegó esas mesas en el hotel Cabo de Hornos en Patagonia ni menos cuando me aconsejó que matara a mi padre cuando lo visité en su oficina acá en Santiago, en ninguna de esas ocasiones llegó a entender como ahora lo hacía hasta qué punto estábamos el uno enmarañado en el otro. Algo le hizo amanecer en el cerebro que él bien podría haber sido este ser que lo miraba en forma tan desolada, que mi dolor pudo haber sido el suyo, que un destino bifurcado que ni él ni yo controlábamos nos había intercambiado, dándole a él la alegría de ser quien era y a mí la miseria de llamarme Gabriel McKenzie. Así se habían repartido las cartas, y era así como iban a seguir las cosas, de eso se aseguraría Max Behrends.

-Ni lo pienses-, dijo. -Pobre de ti si te acercas a Victoria-.

Como Pablo Barón, tantos meses antes, hablando de otra mujer. El mismo tono. -Te fuiste. Andando. Antes de que ella vuelva-.

No tenía a dónde ir, ningún lugar. Miré a Max, pero no había en sus ojos ni una migaja de piedad.

-¿¡Qué mierdas te dije!? ¡Andando!-

Me puse a andar. Fui al restaurante donde Cristóbal McKenzie había aterrizado después de que perdió su virginidad. Nada mejor que terminar yo en el sitio donde todo había comenzado.

Seguía ahí, en Providencia. El mismo menú, quizá hasta el mismo garzón, mi tío Pancho no estaba seguro pero bien podía ser que fuera el mismo: todavía trabajando las mesas, todavía midiendo a cada cliente para calcular el tamaño potencial de cada propina, todavía ofreciendo a los comensales una elección entre carne o pescado, Santa Rita blanco o San Pedro tinto. Tal como él había desplegado sus talentos cuando yo no estaba aún enteramente vivo, reptando

hacia el nacimiento, con la posibilidad de ser abortado si Pablo Barón no hubiera desafiado a Cristóbal McKenzie a que declarara cómo pensaba pasarse los próximos veinticinco años, si Pablo Barón no hubiera inducido a su mejor amigo y peor rival a que se casara con la mujer en la que acababa de descargar su semilla la noche anterior. Hubiera bastado con eso. Si el tío Pancho no se hubiera autoconvidado ese día, comenzando esa conversación sobre el Che y el futuro de América, yo no hubiera existido, tal como en una hora más, a las tres de la tarde para ser preciso, el niño que yo había concebido adentro de mi hermana Amanda Camila dejaría de existir. El mozo hubiera estado presente, capaz que estuviese recitando los idénticos platos del día, les recomiendo la corvina a la margarita que está exquisita, tratando de convencer a este mismo tío mío... pero a su lado se hubiese encontrado un sobrino que tendría otros problemas, o tal vez los mismos, la misma cara tratando de madurar. Alguien, pero yo no, yo no.

-Esa apuesta-, dijo mi tío. -No me da pena haber hecho la apuesta. Lo que me da pena es haberla perdido. No por mí. Pienso en todos los que vivirían en mejores condiciones si hubiese habido socialismo en América Latina, si controláramos nuestro propio destino. Esos niños de la calle de los que tu papá no tiene para qué encargarse, que deberían ser responsabilidad de todos. Que no deberían siquiera existir. No hay niños vagos en Cuba. No los hay en la Unión Soviética. Claro, ahora van a volver a pulular. Las corporaciones, los niños sin hogar, la prostitución, vas a ver lo que hace el capitalismo-.

-Tío-, le dije. -El socialismo fracasó. Mató a millones de sus propios ciudadanos. Gente inocente, tío-.

-Cierto, cierto. Pero los nacimientos son dolorosos. Cometemos errores y aprendemos y rectificamos. Pero el sueño, Gabriel, no va a desaparecer, ya vas a ver, porque el capitalismo no puede resolver el problema de la pobreza, hacer felices a los seres humanos. Va a terminar destruyéndose solo. Ojalá que primero no destruya el planeta-.

No era el momento para entrar en una discusión política con él, llevarlo a hacer una nueva apuesta estrafalaria, que en veinticinco años más todo sería diferente, que los Choclos de este mundo iban a armar barricadas y que resucitarían los onas y que las fábricas de los Larrea serían manejadas por sus obreros, no quería escuchar su profecía de que algún día alguien como Carlitos sería el presidente de Chile. Nada iba a cambiar nunca.

Mi padre McKenzie había tenido toda la razón. O tal vez el que tenía razón era mi padre Barón, que los cambios, cuando vinieran, serían muy graduales, dentro del sistema. O quién sabe, por ahí el loco de mi tío Pancho algo intuía del futuro y la gente se cansaría de que los jodieran día y noche y, asqueados, harían estallar el mundo entero. Pero el punto para mí era que me daba lo mismo, porque pasara lo que pasara nada iba a poder cambiarme a mí. Yo jamás iba a ser diferente y Chile no había logrado alterar esa verdad fundamental. Yo me iba esta noche. Ésta era mi despedida de este país que me había fallado.

Y aun así, en ese mismo instante en que lo pensé, se estaba formulando una última oportunidad para un giro drástico en la rueda de mi fortuna, estaba allá, habitando el aire que respirábamos, una última oportunidad a punto de

materializarse, ahí mismo, sobre esa mesa al lado de las copas de vino y las aceitunas. Muy tarde, demasiado tarde.

-¿Pensaste alguna vez que los otros dos podían ganar?-, pregunté, sin sospechar la revelación que mi tío estaba por extraer del pasado. -No el hecho de que tú perdieras, pero que los otros dos iban a terminar ganando, ¿te imaginaste esa posibilidad?-

-Los dos-, Francisco McKenzie repitió las palabras -¿Sabes guardar un secreto?-

-Soy una tumba-, le dije, mintiendo como de costumbre.

-Barón ya perdió-, dijo, atacando su churrasco con ferocidad, apuñalándolo como si fuera el abominable Dow Jones de Wall Street, como si fuera el nuevo plan chileno de privatización de pensiones que el mundo entero estaba imitando, se puso a masticar esa carne con dientes que durante cinco años sólo habían probado las deprimentes colaciones carcelarias.

-¿Barón ya perdió? No entiendo. ¿Van a echar a Barón?- ¿Sabía mi tío algo que yo no supiera? ¿O era otra ensoñación suya, un consuelo ilusorio, imaginarse al ex resistente y traidor humillado, teniendo que renunciar a su puesto y a su poder?

-No, no. Se va a quedar como ministro. Está haciendo exactamente lo que sus amos esperaban de él: siguiendo el modelo económico de Pinochet sin Pinochet. Unas migas para los trabajadores, grandes ganancias para las multinacionales. ¿Sabías que Chile es más dependiente que nunca de los mercados extranjeros?-

-Tío, me conozco de memoria la teoría y los discursos. ¿Me podrías explicar qué significa eso de que Barón ya perdió?-

Nuestro mozo nos vació un poco más de vino en cada copa.

Francisco McKenzie lo observó, esperó pacientemente a que se hubiese retirado, y prosiguió. -Mi hermano se aseguró-, dijo, -de que aun en el caso de que los dos llegaran hasta los cincuenta años habiendo, ambos, cumplido su parte, aun en ese caso, él tendría una ventaja sobre Barón-.

-¿Una ventaja? No entiendo-.

-Lo mío no tenía ninguna importancia. Lo mío no contaba. La apuesta era entre ellos. Y venía desde la niñez. Primero, cuál de los dos había nacido primero, después cuál de los dos tiene más largo el pico. Se comparaban en el kinder, a esa edad ya estaban compitiendo, quién puede mear más lejos, ese tipo de huevada-.

-Así que...-

-Así que mi hermano decidió, poco después de hacer la apuesta, que iba a

tratar, por si acaso, de cagarse al contrincante-.

-¿Cagárselo? ¿Cómo?-

-Piénsalo bien. Piensa en sus áreas respectivas de predomino, dónde cada uno aventajaba al otro. Barón tenía todo ese poder político y lo utilizó, trató de utilizarlo -por lo menos, eso es lo que Cris dice y yo le creo-. Entonces hay que preguntarse qué aptitud poseía Cris que pudiera permitirle superar a Barón. ¿Para qué sirve Cris? ¿Qué podía hacerle Cris a una mujer que jodiera a Barón, que hiciera de McKenzie el vencedor secreto de la contienda? Secreto, es decir, con una excepción... yo. Él me contó todo. Tenía que hacerlo, necesitaba que el tercer hombre sentado a esa mesa de cumpleaños fuera testigo. Quería que yo supiera, aun si terminaba habiendo un empate, que él había ganado. Que finalmente, en el juego de la vida, en el mundo real, él le había sacado la cresta a Pablo Barón-.

-¿Amanda Camila?-, me atreví a vaticinar, mi corazón repentinamente apesadumbrado. No podía ser que mi padre se la hubiera tirado después de todo, que su juramento a Barón el día del nacimiento de ella no hubiese sido más que otro fraude, que ella misma me había mentido.

-Amanda Camila-, vino la confirmación de mi tío.

-¿Se tiró a la Amanda Camila?-

-¿Tirársela? Por el contrario. Cristóbal es el padre de Amanda Camila. A la que se tiró fue a la Marta, la madre de Amanda. Lo hizo para coronarse campeón. Lo hizo el día preciso y seguro en que Marta calculó que ella estaría fértil-.

-Pero si Marta lo odiaba, Pablo Barón me dijo que...-

-¿Qué esperabas que ella anunciara? ¿Lo amo, me acostaría con él todos los días de mi vida si él lo consintiera? Claro que hizo lo posible para disminuir las sospechas naturales que pudiera tener Pablo, lo fastidiaba con la monserga de que ese McKenzie era una mala influencia. Pero Marta obtuvo de mi hermano la única cosa que jamás le dio a otra mujer que a tu madre... una criatura. de manera que Amanda Camila es tu hermana, ¿qué te parece?-

Pero no era, claro que no era mi hermana. Si mi tío estaba contando la verdad, yo no tenía con ella ningún parentesco. Sin saberlo, habíamos intercambiado padres: ella era la hija de Cristóbal McKenzie y yo era el hijo de Pablo Barón y...

-Esto no puede ser cierto-, le dije a mi tío Pancho. -¿Quién más lo sabe, quién lo puede confirmar?-

-Tranquilo, hombre, tranquilo-. Francisco McKenzie estaba gozando con mi ansiedad, que por cierto, como siempre, malinterpretaba. -No hay nadie más. Marta, claro, está muerta. Y la otra persona que lo sabía, bueno, también se murió-.

-¿Quién?- Hice la pregunta aunque de pronto sabía la respuesta. De pronto todo se me esclareció, de pronto entendí todo.

-Tu Nana, ¿quién otra iba a ser? Esa vieja terminaba sabiendo todo, ¡qué mujer! Ella arrinconó un día a tu papá y se lo preguntó, así, directamente. De hecho, ésa es la razón verdadera por la que dejó la Casa Milagros. Toda esa tontería de que había esperado a Milagros siete años y que con eso bastaba... pura mierda. Créeme que estaba dispuesta a esperar setecientos años a que Milagros retornara. No, ella se fue para hacerse cargo de la hija de McKenzie, tu media hermana, cuando Barón salió de la clandestinidad. Me preguntó, incluso, qué tipo de persona era Barón. En ese tiempo todavía éramos amigos con Pablo, aunque ya estaba comenzando a desconfiar de él. Ya podía vislumbrar que iba a terminar negociando con Pinochet-.

-Tío, por favor, por favor, deja de lado la política. ¿Qué pasó?-

-Yo le dije a tu Nana que Barón era un buen tipo. Tal vez yo pude haberle prevenido, pero creo que la Nana se hubiera ido con él de todas maneras, ni si fuera Hitler lo hubiera dejado de servir con tal de que alguna mujer madura y sabia estuviese criando a la Amandita. Era la hija del hombre que la Nana había escogido para su querida Milagros, el hombre que, según los consejos de esa misma Nana, Milagros siguió amando pese a todas sus aventuras eróticas con otras mujeres. Así que ahora quería asegurarse de que su hija, ese miembro secreto de la familia McKenzie, pudiera recibir la protección y consejos que necesitaba. Momento, momento. ¿Dónde vas?-

Iba a salvar a mi bebé.

Faltaban diez minutos para las tres y si me apuraba podía llegar a tiempo. De nuevo, todo cobraba sentido: ese condón que Cristóbal McKenzie le había regalado a Pablo Barón con el compromiso de que jamás lo usaría con la recién nacida Amanda Camila. Había sido el condón que no utilizó con Marta, la única otra mujer a la que se había tirado sin protección, ninguna goma entre los espermatozoides de él y el vientre de ella. La única vez que rompió la promesa que le había hecho a mi mamá... porque quería ganar esa apuesta más de lo que quería serle fiel a ella, sus deseos de vencer a Pablo Barón lo llevaron a traicionar a la mujer de su vida. Barón podía bien ser el hombre más poderoso de la nación, pero todo su poder no habría sido suficiente para impedir que la pija de McKenzie entrara al espacio sagrado que Barón había reservado para sí mismo y su linaje. Con razón Cris le había jurado a su amigo que nunca tocaría a esa niñita: era a su propia hija a la que estaba resguardando de sus aventuras sexuales. Estaba comprometiéndose a no cometer el acto incestuoso que yo pensé, iluso, que yo mismo había cometido. Pero Barón se equivocaba. Yo no era el hermano de Amanda.

Y la Nana lo había sabido. Para mí, ésa era la prueba definitiva, el último pedazo del rompecabezas que faltaba y que ahora cabía a la perfección. Nunca había podido entender cómo podía ser que la Nana, que parecía amarnos a Amanda y a mí tan encarnizadamente iba a permitir que los dos hijos de Barón fornicaran. Mi respuesta de que ella era un demonio nunca me había convencido y había sido injusta. Era, por el contrario, un ángel. Desde el comienzo nos había

acercado el uno al otro, alentándonos, el hijo de la mujer que ella adoraba acoplándose con la hija del hombre que se había casado con aquella mujer. Nos había aguijoneado a los dos, a la hija de Cristóbal y al hijo de Milagros, y cuando ese hijo le confesó sus tribulaciones, ella le había pasado la información a Milagros para que las cartas me ayudasen a resolver mis problemas. La Nana jamás había esperado que ni Amanda ni yo descubriéramos quiénes eran nuestros verdaderos progenitores. Había agonizado durante la noche en que hicimos el amor, había transferido su alma a esa cosita pequeña y casi humana que comenzaba a formarse adentro de Amanda Camila, había dado su bendición a nuestras nupcias.

Y todavía había tiempo para que todo saliera bien, para salvar a esa encarnación de su amor y del nuestro, para que los planes de la Nana fructificaran.

Golpeé a la puerta de aquella clínica clandestina.

No me contestó nadie.

Volví a golpear y divisé a una mujer en la casa adyacente, fumando un cigarrillo taciturno en el umbral, mirándome con suspicacia como si quisiera memorizar mis facciones para poder identificarme después, cuando la policía me detuviera. Él es, él es el que pagó el aborto. Giré la manilla y la puerta se abrió y entré.

Estaba poniendo orden el doctor, haciendo la limpieza. Había sangre en la mesa de operaciones y él la estaba fregando con un trapo. El olor de la anestesia flotaba, enfermizo, en el aire.

-¿Qué hace aquí? ¿Quién le abrió la puerta?-

-¿Dónde está ella?-

-Se fue. ¿Quién le abrió la puerta?-

-Habíamos quedado a las tres-.

Dejó de restregar, fue hasta el lavadero, comenzó a enjuagarse las manos. El agua se enrojeció. -Sí, pero me llamó a pedirme si no podíamos arreglar una hora más conveniente, un poco antes, y yo me dije, total, me salto el almuerzo, liquidamos el asunto de una vez, por ahí hasta puedo dormirme una siestita. Pero no me ha respondido usted mi pregunta-.

Me senté en una silla al lado de la mesa de operaciones, mi cuerpo cayendo como si fuera un fardo. -No es posible que se haya ido. Fue otra persona. Tiene que haberse equivocado-.

Vino hasta mí, secándose las manos. Se las secó de una manera especial, un dedo y después otro dedo, como si estuviera quitándose un guante, en forma meticulosa, primero la mano derecha, después la izquierda, dedo a dedo. -Era la hija del ministro Barón, ¿no es cierto?- Estaba parado a mi lado. Tenía una de

esas gorras, como un fez blanco, un gorro blanco y sucio.

Se le posó una mosca, lista para escaparse a la primera señal de peligro. Ahí se quedó la mosca, mirándome con sus mil ojos fragmentados. -Era la hija de Pablo Barón-.

-Sí-, dije.

-Ya me parecía. No podía estar seguro, no se lo mencioné a ella. Siempre es bonito cuando uno puede identificar a los pacientes. Vienen con sus nombres falsos y de vez en cuando uno puede adivinar quién es. No, no es para chantajearlos. No me meto en esos negocios, no tiene para qué preocuparse. De hecho, le tengo esto-.

Me pasó el montón de billetes que yo le había entregado el día anterior, que mi tío había ofrecido para persuadirlo de que operara el último día del año.

Yo tomé los billetes en forma mecánica. Lo único que pensaba era que la había perdido, había llegado tarde, la guagua estaba muerta, ese pequeño respiro de amor de la Nana había sido extinguido para siempre.

-No puedo aceptar su dinero, tratándose de la hija del ministro-, dijo el doctor. -Es un gran hombre, ese Pablo Barón.

Debido a él es que hay paz en este Chilito, por fin las cosas se están arreglando. Un valiente... negociar con los militares, convencerlos de que dejaran el poder, y después convencer a su propia gente de que aceptara esas condiciones. Una suerte tener a alguien como él, razonable, determinado, honesto. Y si su hija ha cometido un pecadillo por ahí, paciencia. Respeto a cualquier miembro de esa familia. No, señor. Yo no voy a recibir dinero de ningún Barón-.

Si hubiera sabido que había operado a una McKenzie y que el Barón verdadero, el hijo de Barón, estaba sentado frente a sus ojos, ahí en su clínica en ese mismo momento.

Miré ese manojo de billetes en mi mano.

-Guárdelo-, insistió el doctor. -Mi contribución, mi homenaje insignificante, a un gran hombre. Y la próxima vez, por Dios, hombre, use un profiláctico. Aunque eso me empobrezca-.

-Muéstremelo-, dije.

-¿Qué cosa?- Y cuando no respondí, agregó: -No es algo que usted quiera ver. Tampoco es tanto lo que... Ya lo boté-.

¿Por qué quería yo castigarme a mí mismo? ¿Por qué quería yo ver más sangre, la sangre de la menstruación detenida, la sangre del primer nieto de Barón y McKenzie, los dos unidos en esa cosa muerta que debió haber sido una cosa viva, la sangre que se había extraviado en las arterias de la Nana y estalló en

su corazón, toda la sangre que había fluido en este valle desde la fundación de Santiago, por qué quería ver más de lo que ya había visto e imaginado?

-¿Qué hubiese sido?-

El doctor apagó las luces, señaló la puerta. -Usted no quiere saber-.

-Quiero saber-.

-Muy temprano para...-, dijo. -Pero si tuviera que dar una opinión, una mujercita, diría que las probabilidades...-

Salimos a la calle, él le deseó feliz año nuevo a la mujer desgañitada que seguía fumando su cigarrillo... tal vez había rescatado también a esta vecina ante una emergencia, aligerándola de un bebé no deseado, tal vez a ella tampoco le había cobrado como una manera de garantizar su futura complicidad. Quién sabe qué secretos conocía, qué vientres había limpiado, qué memorias y esperanzas había enterrado, qué vidas había permitido que recomenzaran como si nada hubiera transcurrido.

Por un instante final me di permiso para creer -digo final porque fue de veras la última vez, de veras que después de ese momento nunca alcancé a ilusionarme de nuevo ni con una chispa, ni con un átomo, ni con la partícula posible de una creencia- que quizá me quedaba alguna esperanza, me llegó como un relampagazo suave, con la voz de la Nana que me acunó desde alguna profundidad interior, la corazonada de que también yo podía borrar el pasado como todos los chilenos a mi alrededor lo estaban haciendo sin aparentemente ningún esfuerzo, me aferré a la insensata fe de que a personas como yo se les otorgaba una segunda oportunidad en esta tierra, una oportunidad más de la que merecían, el espejismo de que yo podría, como mis dos padres, mentir y engañar y nunca pagar de hecho las consecuencias y por ahí incluso, igual que ellos, hacer algo de bien a mis semejantes. Me visitó una alucinación desde el futuro y me contó que lo único que necesitaba hacer ahora era hablar con Amanda Camila, tenerle confianza como para entregarle todos los detalles de la verdad, tal como ahora lo estoy haciendo contigo, Janice, pedirle que me perdonara y perdonarle también yo a ella, y empezar desde un nuevo principio, empezar como debíamos haberlo hecho hacía tantos meses atrás. Esa ilusión.

Duró lo que dura la vida en este planeta, una nonada, lo que tardó una bala en destrozarle el pecho al Che, lo que tardó la sangre en escindirle el corazón a la Nana, lo que le tardó al doctor en perforar ese huevo fertilizado, ése fue el tiempo que pude conservar caliente esa esperanza de que todo iba a arreglarse.

Fue ese resplandor de esperanza momentáneo y truncado lo que colmó mi paciencia, lo que me trajo a morir a Sevilla.

Despertando de esa expectativa de que mañana todo sería mejor, sabiendo que jamás nada cambiaría para mí, también supe que nunca más quería yo tener confianza en la benevolencia del universo, nunca deseaba yo otra vez narcotizarme con el espejismo de que algún día yo podía ser feliz. Supe más que eso. Supe que ésta era la manera mediante la cual ese algo o ese alguien que

jugaba conmigo me tenía atrapado, esa cosa o persona o destino o como quiera que se llamara, ese ente que se entretenía a mis expensas, que esto era lo que usaba, ese parpadeo de fe que acababa de experimentar yo era lo que me daba energía para seguir, intentando un nuevo camino una y otra y otra vez, que ésta es la manera como el universo nos controla.

Bueno, a la mierda contigo. No contigo, Janice, pobrecita en tu pobre sofá de porquería ayer, frente a tu pobre pantalla de porquería hoy. A la mierda con ustedes, contigo, con quien sea que esté conduciendo este confuso experimento conmigo: agarremos a este idiota y vamos a joderlo bien jodido, no una vez, sino hasta que se canse, y cuando las cosas vayan de mal en peor y empeoren aún más y todo se venga al suelo, ahí es cuando le enviamos el centelleo de otro deseo, otra mujer, otro hoyo en otro cuerpo, otra figura paterna en que modelarse y guiar su existencia, un mínimo chisporroteo de esperanza para que no desmaye. Así nos podemos divertir un poquito más cuando vuelva a levantarse y de nuevo el imbécil se dirija cantando alegremente hacia un porvenir ciego.

Bueno, a la mierda contigo, quien seas, estés en el cielo o en el infierno o en algún punto intermedio.

Y adentro de ese mandar a la mierda a los planificadores de mi vida despuntaba la idea -fue lento su despertar y no una grandiosa revelación, ningún orgasmo de luz me inflamó mi cerebro-, fue entonces que comprendí que solamente si me mataba podía yo liberarme. Aun si eso era lo que los dioses querían que yo hiciera, aun si todo esto estaba organizado para desquiciarme y llevarme al suicidio, a fin de que pudieran reírse un poco más a mis expensas, bueno, no importaba, porque ése sería el acto final. Tendrían que partir a buscar a otro iluso con que retozar y corretear y recrearse. Esto sí que estaba en mis propias manos, ése fue el pensamiento que cruzó por mi mente mientras mi cuerpo se apoyaba contra la pared de la clínica donde el doctor había operado sobre mi esperanza, entrado con sus manos y su acero en el espacio donde antes sólo mi amor dolorido había hecho residencia. Terminar con mi vida era la única cosa que yo podía hacer que pusiera un punto final a esta farsa.

Fue ahí que yo por fin supe quién era, en esa calle desolada del verano, me acordé del cementerio del cerro Huelén que Max mencionó, esas palabras suyas que rememoraban el destino de los expatriados, aquellos que no tenían patria y por lo tanto no tenían ni una tierra donde ser enterrados. Yo pertenecía a aquellos hombres sin un hogar. Max lo había comprendido cuando me miró desde la altura, viéndome ahí al pie del cerro donde se había fundado Santiago, donde todas nuestras historias comenzaron. Pertenecía a los heréticos y a los descastados y los infieles. Y con los suicidas, sobre todo con ellos. Con los asesinos. Lo sé ahora en Sevilla y tuve plena conciencia de ello allá en ese momento cuando íbamos aproximándonos a las últimas horas del último día del año en que había muerto mi Nana.

Necesitando su cuerpo que meciera mi cuerpo, y pedirme que siguiera vivo, alguien que me limpiara la rabia. Pero yo la había liquidado, a la última ona, esa vieja estúpida y maravillosa y bella había muerto por mí. O tal vez no era la última ona, como si eso importara. Mapuche o fueguina o azteca, fui yo el que la maté como si hubiera apretado el gatillo. La matamos entre todos con nuestras

mentiras, sus propias mentiras tan llenas de amor habían terminado con su existencia. Su amor por Amanda Camila y su amor por Milagros, eso es lo que había matado a mi Nana, mi novia, debió haber sido mi única novia y madrina. Sí, lo habíamos acometido entre todos, ese asesinato, pero era yo el que la había abandonado en la oscuridad para que muriera sola, no había permanecido a su lado para tomarle la mano como ella hubiera tomado la mía si yo hubiese estado entrando en la muerte, yo no estaba ahí cerca en ese momento crucial cuando ella dejó esta tierra.

De todas las cosas, ésa era la única de veras imperdonable.

Mentir, maquinar, maniobrar, todo eso -yo no había hecho ni más ni menos que todos los que me rodeaban en Chile, lo que hacían los habitantes de este país como profesión y vocación, empezando con mis dos padres-. Pero dejando que ella agonizara mientras yo me lavaba el olor a sexo y pringón de mi cuerpo, dejándola ahí sola cuando yo pude haberle aliviado los cabellos sueltos de los ojos, aun si no hubiese sabido que yo estaba ahí... para esa infidelidad no había perdón. Que yo no hubiera registrado sus últimas palabras o su último silencio. No habría suelo sagrado para mí, ningún lugar en esta tierra que yo pudiera llamar mío.

No quedarían los huesos, ningún país para reclamarme, ningún vástago para recordar mi pasaje y extinción. Como la Antártida misma, salvo que yo no tenía ningún subsuelo escondido, ninguna cordillera rompiendo hacia arriba, ningún volcán furtivo, ninguna isla atiborrada de pingüinos, ningún cormorán o albatros. Ninguna tibieza. Sólo yo. Hielo fuiste y hielo eres y hielo serás.

Pero voy a partir de este mundo con estilo. Con un estallido que llame la atención.

La idea de que yo iba a suicidarme fue profundizándose en las horas que siguieron. Se asentó y profundizó cuando volví a la casa de Barón y traté de consolar a Amanda Camila sin contarle absolutamente nada de la verdad, dejándola que siguiera pensando que éramos hermanos. Se profundizó cuando la recosté suavemente en esa cama donde habíamos hecho el amor y la ayudé a dormirse, escuché cómo su llanto se fue transformando en el ritmo de una respiración apacible, y cuando besé su pelo sobre la almohada y apagué la luz y abandoné esa pieza. Profundizándose aún más esa idea cuando fui hasta la habitación vacía adonde había muerto la Nana y me acosté en su cama y decidí que no partiría de Chile esa noche, porque si iba a matarme necesitaba testigos, me mataba precisamente para que otros lo supieran, fue en ese momento que se entreveró un segundo pensamiento con el primero: tal vez no debía morir yo solo, tal vez debía llevarme al otro mundo a otra persona, tal vez Polo, tal vez Max, para que se dieran cuenta de que no habían ganado, que aún me quedaba un par de cartas que jugar. Me quedé dormido con ese pensamiento nuevo acurrucado en mis brazos como si fuera un niño muerto y sólo desperté cuando mi madre me sacudió, diciéndome, -Gabriel, te vas a perder la llegada del Año Nuevo, apúrate-, mi madre que había escrito esas cartas por el amor que me tenía, aunque ese amor no le había impedido ignorar mi dolor ni mi soledad durante los años de Nueva York, mi madre que se había culeado a dos hombres en dos noches sucesivas sin pensar dónde me dejaban a mí sus aventuras, escindido y a la

deriva, tantos años más tarde. Yo le sonreí angelicalmente, maliciosamente. -Claro, mami. Ya bajo-.

Ella estaba tan excitada. -Están planeando el cumpleaños número cincuenta, Cris y Pablo-, dijo. -Pablo tiene que cerrar el Pabellón chileno el 12 de octubre en la Expo 92, así que nos invitó a todos, a ti y a mí también, a Sevilla. ¡Y Cris quiere ir, está dispuesto a dejar el país por primera vez en su vida!

Con tal de que yo viaje con él, que sigamos juntos-. Y yo seguía sonriendo: -Fantástico, mamá. Vamos a pasarlo bomba. Ya bajo-. Y Sevilla me pareció un lugar tan bueno como cualquier otro para eliminar de este mundo a un estafador como yo. La ciudad de don Juan, la ciudad de Colón, parecía el lugar perfecto, en realidad, y respecto a quién iba a convidar para acompañarme, no sería Polo ni Max -¿qué me importaban esos dos?-. Eran auxiliares, jugadores de segunda categoría en este drama. Los hombres que debían morir conmigo eran...

Ahí los vi, ambos juntitos, abrazándose a la medianoche, celebrando la venida del año en que cumplirían cincuenta, en que América cumpliría quinientos. Los vi tomados el uno del otro con tanta vehemencia como yo me había aferrado a mi Nana el día de mi llegada a este país, con la ferocidad con que me hubiera gustado abrazarlos yo, a cualquiera de ellos, una vez por lo menos, a uno de ellos por lo menos. Los vi mirarse con supuesta y limpia franqueza y desearse mutuamente el mejor Año Nuevo de la puta vida, los dos ocultándole al otro lo que se habían hecho y lo que me habían hecho a mí. Y luego viraron sus cuerpos al unísono, mis dos padres notaron mi presencia, emergieron hacia mí como si hubiesen sido un par de cangrejos arrastrándose desde el lisiado océano de la muchedumbre congregada para la festividad, ese centenar de niños que habían venido desde la Casa Milagros para celebrar 1992, todos esos amigos de Cris y Pablo bailando y besuqueándose y sudando champaña, vinieron hasta mí ese par de bribones y me envolvieron con sus cuatro brazos simultáneos, Barón y McKenzie y el hijo de ambos apretujados como en una orgía. Sentí su respiración cálida y borracha en mi cuello, de un lado y del otro, sus dedos enganchándome los hombros y las costillas y los codos. Por Dios, cómo te queremos, Gabrielito -ambos babeándolo en mis oídos-, y yo les sonreí como si les creyera. Y fui comprendiendo qué era lo que yo tenía que hacer.

Fue entonces, apresado en su doble abrazo paternal, que todo fue haciéndose claro. Los odiaba con tanta intensidad que bastaba dejar que ese odio tan natural y permanente como mi respiración o mi sangre me guiara. Barón y McKenzie que habían buscado su placer en la mujer del otro. Barón y McKenzie que se habían negado a reconocerme como su heredero legítimo. Barón y McKenzie que, cada uno por su cuenta, me había utilizado para destruir al otro. Mi padre McKenzie apretándome contra su pecho, su cuerpo entero temblando ahí tan cerca. Así de próximo había estado él a mi madre cuando no me hizo, así de lindante y vecino con la mujer de Pablo Barón cuando había engendrado a Amanda Camila. Había llegado él a mi Amanda antes que yo, después de todo, la niña que yo amaba. Había estado adentro de ella años antes de que yo pudiera hacer el intento, llevando él las semillas del cuerpo y del sexo de ella en sus testículos. Y al otro lado mío, el cuerpo de mi padre Barón que se había estremecido adentro de mi madre veinticuatro horas antes de que su mejor amigo

la convulsionara, mi padre Barón que le había mentido a ese amigo acerca de ese episodio, que nos había escondido ese secreto a él y a mí todos estos años, mi padre Barón que me había enseñado a mentir, a engañar a quienes te aman y a joderlos si es que podías... ésa era la lección que él y su compadre McKenzie me habían enseñado, la lección que yo había estado recitando como si ellos me la estuviesen dictando, los padres que había venido a encontrar a Chile.

Me libré de su abrazo múltiple, temiendo que fueran a sofocarme con las falsas palabras de su falso amor. Aun en ese momento, con todo ese rencor brotando y hurgándome el interior como un semen oscuro, todavía no tenía yo un plan. Matarme, sí.

Matarlos a ellos, probablemente. Sevilla, sin lugar a dudas.

¿Pero cómo? ¿Y con qué propósito?

Como de costumbre, estaba al garete, sin rumbo fijo que seguir. Esperé a que algún signo me llegara, alguna voz me rescatara, alguna persona, viva o muerta, acompañara mi conspiración, caminara conmigo hacia el hielo final de la muerte.

Y como si respondiera a mi plegaria, mi madre me proporcionó el nombre que yo buscaba. Me había estado fastidiando con ese nombre y rompiendo las paredes de mi vida con su imagen desde antes de que pudiera recordarlo. Era tan simple y tan evidente.

Iban proponiéndose los brindis y el suyo fue el tercero en escucharse.

Primero, Larrea. Él formuló su deseo de que brindáramos por la salud de Cristóbal Colón y por la salud eterna también de la refrigeración, las dos maravillas máximas de los últimos quinientos años, el hombre que nos había descubierto y traído hasta acá como Moisés cruzando el desierto del Atlántico, y la tecnología que llevaría el iceberg de vuelta a la madre patria para probar que todos los habitantes de las Américas no éramos indios.

Y toda la concurrencia brindó ruidosamente.

Luego le tocó el turno a Polo: él quería que bebiéramos en honor al otro Cristóbal, el gran McKenzie, y su mejor amigo, el ministro Barón, que en este año que recién se iniciaba estarían celebrando juntos su medio siglo en este planeta con la fiesta más descomunal en Sevilla... y que todos los presentes estaban convidados.

Y nadie tuvo problemas con celebrar esa iniciativa.

Finalmente, habló mi madre. Otro aniversario este nuevo año, dijo ella, era el de la ejecución y entierro del Che Guevara, veinticinco años desde que había dejado huérfano a este continente, desde que sus manos, como las de Galvarino, habían sido tronchadas. Pero no estaba tan muerto como algunos quisieran creerlo. Iba a resucitar y ese retorno iba a desatar una tormenta. Brindemos por el Che: que vuelva pronto y que no muera nunca.

Fue un brindis del que la mayoría no quiso, muy enfáticamente, participar. -Brindar por ese guerrillero, jamás-, una señora sumamente atildada le susurró a su marido. Unos cuantos tragaron su champaña en honor a Guevara, por ahí uno o dos pensarían que era muy chic exhibir su izquierdismo revolucionario, un grupo de los muchachos de la Casa Milagros dio un grito celebratorio por ese hombre con el pelo hippy y los ojos furiosos, aunque sin saber muy bien quién era. Pero los otros huéspedes ignoraron la llamada de mi mamá, otro arrebato de Milagros, pobrecita, por Dios, qué mal gusto. Hicieron de cuentas que no la habían escuchado.

McKenzie y Barón, sin embargo, sí habían puesto atención, y se miraron de reojo, cada uno a su manera, y en esas ojeadas pude adivinar lo que el uno y el otro pensaban en forma perversa y simétrica. Cada uno evocó para sí con satisfacción cómo el Che los había llevado al cuerpo de Milagros Gallardo y a la apuesta en esa mesa en que celebraron los veinticinco años, cada uno planificando la pequeña sorpresa que iban a largarle al otro el 11 de octubre precisamente a las 11.59 de la noche en Sevilla, cada cual saboreando el momento en que iban a proclamarse el vencedor -no de la apuesta, sino en la carrera por la vida, yo me tiré a tu mujer; no, yo me tiré a la tuya-, los dos preparándose para arrojarle al mejor amigo que él había perdido, completando la competencia que habían iniciado sus respectivas madres cuando ellos estaban recién en kindergarten.

No lo lograrían. Yo no iba a darles la oportunidad. Sería yo el que les lanzaría esa revelación a la cara. Frente a todos, todos los que hubiesen atravesado hasta Sevilla para honrar ese triple aniversario, el de mis dos padres y el de la madre América. Informarles a ambos que los dos eran perdedores y que yo era el único ganador porque yo iba a matarlos a ellos y matarme a mí mismo -en el nombre de mi verdadero padre, en el nombre del Che Guevara.

¿Y acaso no es cierto, Janice? El hombre cuya muerte me había empujado hacia la vida, empujado a Barón y McKenzie hacia la rajadura expectante de mi madre. ¿Qué hubiera hecho él de haber estado vivo? ¿Qué consejos le hubiera dado él a su ahijado e hijo Gabriel?

Mi tío Pancho me había dado la respuesta la primera vez que habíamos hablado en aquella prisión. El Che hubiera hecho estallar ese iceberg. Una rebelión simbólica, es cierto, pero qué otro tipo de rebelión era posible en un mundo donde Oscar y Nano posicionaban al Che para venderlo en el mercado, y los indios a los que el guerrillero había jurado defender ponían su confianza en la red Internet antes que en la revolución armada, y los trabajadores que debían unirse a la insurrección estaban calculando en qué valores de la Bolsa representando a qué corporaciones multinacionales iban a invertir sus planes de previsión social. ¿Había otro modo mejor de declarar el repudio a todo lo existente? La nota que dejaría tras de mí proclamaría que mi acción era una manera de conmemorar al Che Guevara. Se la mandaría a Cristina Ferrer en su hotel en Sevilla al final de la Expo 92: estoy protestando la contaminación de la memoria del Che. Sin agregarle que lo estaba haciendo también por razones más personales. Haciendo volar en mil pedazos lo que me había unido a mi padre McKenzie cuando llegué a Chile, dinamitando el hielo que nos había engatusado

hasta la Antártida a él y a mí y que lo había forzado a aceptarme como su hijo. Haciendo añicos aquello en que mi padre Barón había invertido su prestigio y su futuro, el hielo con que se me acercó y me manipuló. Yo soy el hijo del Che -mi madre me lo machacaba a cada rato, a él le debes todo, si no hubiera sido por él...-. ¿No fue el Che quien dijo que sólo la violencia puede arreglar el mundo, purificarlo todo? Me iba a culear el iceberg, cumpliendo la amenaza escrita por el Comandante Venganza.

Y lo haría, no sólo en el nombre del Che, sino en el nombre también de la Nana. Porque ella hubiera aprobado, yo estoy seguro. Debe haberse dado cuenta de lo que yo estaba haciendo, colaborando en mi confabulación con gran entusiasmo, dejándose usar por mí. Qué mejor destino, me dijo un día, cuando la encontré suspirando al lado de la radio que transmitía la muerte de una madre en algún melodrama romanticón. ¿Qué más puede uno pedir, que a uno se la coman los seres amados? Bueno, yo me la comí, me había estado pidiendo secretamente todos estos meses que por favor la devorara. Mi secretaria secreta, redactando esas cartas que yo le iba dictando. Aunque más bien fue ella la que me las dictaba a mí, para que, finalmente, pudiera yo llevar a cabo esas amenazas: hay algo propicio y casi justiciero, sí, en esa decisión mía de liquidar el iceberg. No lo había entendido para nada en ese momento, pensé que era yo el que inspiraba esas cartas, empleando, creía yo, las mayúsculas laboriosas de la Nana para manipular a mi padre y conseguir su asistencia. Pero retrospectivamente puedo ver que lo que iba estableciendo y casi decretando eran mis intenciones más profundas, mi obituario, los múltiples fragmentos del iceberg que había anticipado aquella noche en que divisé la Antártida en las fraccionadas pantallas de Nueva York, susurrándole a la Nana, y en realidad a mi mamá que recibía el dictado, que el iceberg sería ultimado en Sevilla, que estaba dispuesto, de hecho, a sacrificar todo, pronosticando el día, cincuenta años después del nacimiento de mi padre y veinticinco años después del entierro del Che, cuando yo terminaría destruyendo todo lo que había amado en este mundo.

Pagando con mi sangre, pensándolo bien, lo que mi bisabuelo Wendell hizo, lo que mi linaje le hizo al linaje de la Nana, cerrando la deuda de mi familia. Completando el trabajo al que ella debió haberse dedicado en vez de defenderme en forma idiota, alimentándome, canturreándome, culpándose para proteger a sus mujeres Milagros y Amanda, culpándose para liberar a sus hombres, Cristóbal y Gabriel, para que pudiéramos vagar por ahí, culear por ahí... llenar algunas cavidades en algunos cuerpos femeninos antes de desaparecer de esta tierra. Ella merecía algo mejor que ese mensaje final tan sumiso y obsecuente. Mi Nana merecía acompañarme en el virulento desenlace, igual que el Che: mi verdadera madre y mi verdadero padre tomándome la mano y haciéndome de guía, van a estar a mi lado esta noche, Janice, cuando me despida de este mundo.

-Oigan, todos-, grité a esa muchedumbre bulliciosa, pero ni uno de ellos me quiso atender, ni siquiera Amanda Camila que había logrado maquillarse y arrastrarse hasta la celebración, entrando al Año Nuevo con la determinación de olvidar las malas memorias y los fetos muertos de 1991, recomenzar su vida. Ni siquiera ella oyó mi voz en medio del estrépito, todos prediciendo que éste iba a ser el mejor año de sus vidas y el mejor año en la historia del universo, ni siquiera ella admitió que yo existía. Polo fue el único. Me acomodó un vaso vacío

en la mano y, chillando feliz año nuevo como un enajenado, terminó rociándome con champaña -y -Perdona, huevón, perdona-, mientras me empapaba como una ballena desesperada-. A propósito. Yo respondí simulando que estaba por caerme y lo agarré, soltando la copa de cristal. Rebotó contra Polo, impregnándole la camisa, y precipitándose al suelo. Ahí sí que me hicieron caso todos: a la gente le encanta ver algo que se quiebra, el vidrio ahí esparcido a mis pies como una anticipación de los mil pedazos en que va a fragmentarse el iceberg en un par de horas más. Ahí sí que se pusieron a escucharme. La violencia, Janice. El Che sabía de qué hablaba. No hay nada como una pizca de violencia para que la gente se dé cuenta de que existes.

-Perdona, perdona, huevón-, le dije a Polo. -Pero para algo sirvió el accidente. Puesto que ahora-, indiqué a los celebrantes que habían callado repentinamente, -ahora que tengo su atención, damas y también caballeros, si es que hay algún caballero presente, lo que de hecho dudo, pero a lo que iba-, haciéndome el borrachín, -ahora quiero anunciar mi regalo de cumpleaños, lo que voy a darles a Cristóbal McKenzie y Pablo Barón aquí presentes-.

-Tiene que ser una sorpresa-, sentenció Jorge Larrea. -No nos cuentes-.

-Oh, habrá una sorpresa, y más que una-, prometí. -Pero necesito contarles ahora, porque no quiero que nadie más se me adelante-.

Todos guardaron silencio, esperando mi anuncio. A Polo lo vi salpicado y nervioso, lo vi tenso y ansioso por saber qué podía ofrecerle yo a su mentor y maestro que no disminuyera el valor de su propio regalo. No tenía para qué preocuparse.

-Cazuela-, dije.

Todos los concurrentes a la fiesta se rieron.

-No una cazuela cualquiera-, dije. -Cazuela de la Nana. Eso les cocinaré a ellos y a quien más venga al cumpleaños esa noche, 11 de octubre de 1992. En Sevilla. Todos los ingredientes, frescos. Un plato chileno típico en el corazón de España.

Cocinado por este Comandante que les habla. En base a su receta secreta. Que ella sólo me confió a mí-.

-Qué tierno-, dijo mi mamá, dándome un beso.

-Lindo, lindo-, concordó Amanda Camila. Pálida y bamboleante, pero llena de esperanza, mi Amanda, atrapada y chantajeada por los dioses, creyendo como todos los demás en esa pieza que podía salvarse, que todo iba a terminar bien. -Lindo, Gaby. La Nana hubiese estado feliz-.

-El mejor regalo que un hijo puede darle a un padre-, dijo el gran McKenzie. -Que él me cocine algo-.

-Me sacaste las palabras de la boca-, dijo Barón, esbozando una sonrisa

malévola, sus anteojos brillando como los míos.

-Simplemente quiero que la Nana esté presente-, les dije.

-Quiero que ella nos bendiga, esté donde esté-.

El resto fue fácil, demasiado fácil.

¿Necesito darte los detalles, Janice?

Cómo convencí a Pablo Barón y a Jorge Larrea de que me subieran al barco de carga -Aconcagua- que, con el iceberg a cuestas, estaba recalando en el puerto de Valparaíso camino a Sevilla, cómo lo hice porque quería asegurarme de que nadie se me adelantara con la idea del sabotaje. Cómo acompañé a mi iceberg a los trópicos, más allá de la línea ecuatorial, siguiendo el itinerario de Drake, oyendo a ese témpano gruñir y lamentarse y llamarme en las noches bajo la luna cálida del Pacífico. Cómo llegué a Panamá y crucé hasta el otro océano y dejé atrás lo que vio Balboa y lo que Magallanes y Sarmiento de Gamboa navegaron, entrando yo al mar que Colón atravesó ocho veces en sus cuatro viajes, conduciendo al iceberg de vuelta por la ruta que había abierto el Almirante, ese pedazo de la Antártida sobre el cual había caído la nieve cincuenta mil años antes de que él hubiese pisado esta tierra que habían explorado los ancestros de los onas y de los araucanos. Cómo traspasé el Mar del Sargazo, murmurándole al iceberg lo que estaba viendo, consolándolo por la ceguera en que se sumía en sus muchas cajas, transmitiéndole las gaviotas y las olas incandescentes y las ardientes nubes de tormenta, todo tan diferente del continente del hielo eterno donde había nacido, cómo le hice compañía como si yo fuera su Nana, escoltándolo hacia los ojos del mundo y los ojos de la muerte. Cómo le sugerí al capitán que desviáramos la nave a un puerto que no estaba programado -Cádiz, insinué para evitar que los ecologistas le hicieran daño a nuestro huésped de honor, y cómo me hicieron caso a mí, el defensor, el amante del iceberg.

¿Quieres oír todo eso, Janice? Cómo nuestros camiones horadaron las frías estepas de la España a la que Colón había retornado cuando se acabaron sus jornadas, cuando las palmeras y la isla de los Caribes y las sirenas míticas se iban desvaneciendo de su memoria y él enfilaba rumbo a otra isla, la de la Cartuja, donde la Feria del Mundo conmemoraría de él lo que los cortesanos de su época le habían denegado. Cómo arrendé este departamento en la calle nombrada en homenaje a mi distante primo Rodrigo de Triana, exiliado para siempre del sol del Nuevo Mundo que sus ojos habían violado sin recibir recompensa. Cómo fui supervisando día a día la instalación del hielo antártico, registré su dolor cuando Armando Jorquera penetró en sus fragmentos azules con su sierra; cómo vigilé para cerciorarme de que nadie lo vulnerara, para que sólo yo pudiera lastimarlo, para asegurarme de que fuéramos a morir juntos, él y yo, y cómo me hice invisible como un cartero, como el hombre que lee el medidor del agua, como el jardinero que cultiva flores bajo los naranjales del Alcázar, logrando que Freddy, el hijo de don Jacinto, me hiciera pasar una y otra vez a la exhibición como si yo fuera el dueño. Cómo me familiaricé con cada puesto en la feria de Sevilla, cada granja cercana; fui tramando los pertrechos para la última cena. Cómo estuve presente en abril cuando el presidente de la República (pero no Barón, todavía Barón no hacía su aparición, alguien tenía que quedarse atrás

en Chile para manejar las riendas del gobierno) inauguró el Pabellón; cómo pude ver a los millones que se bebieron con las miradas al iceberg que yo había reconocido en la Bahía del Paraíso y que estaba acá porque yo había convencido a mi padre McKenzie de que lo rastreara bajo ese manto de nieve al otro día.

Cómo, en efecto, quedaron atónitos con el Nuevo Chile, con el Túnel de los Sonidos, por nuestra inverosímil modernidad -¿acaso algo de esto importa al cuento?-. Cómo llené los días entre abril y octubre levantándome minas, levantándolas en inglés y tirándomelas en castellano, recolectando nacionalidades del modo en que los niños coleccionan diferentes botellas de coca-cola en cada país que visitan, conchas alemanas y chuchas pakistaníes y rajas rusas y una puta que tenía que ser, creo yo, de Senegal, aunque me sería difícil certificarlo porque forman una tormenta de nieve en mi cabeza, como si hubiera una sola hendidura repetida que tratara de rellenar y que se vuelve a abrir una noche o un par de noches más tarde, un eclipse de pieles y gargantas guturales en idiomas que nunca aprendí a pronunciar, ni una memoria de esas mujeres torturando mi mente en este momento, con la excepción quizá de Cristina Ferrer que reaparecía de vez en cuando para mandar informes sobre la Feria del Mundo y el iceberg y también para hacer el amor conmigo, el mejor de todos los McKenzie, según ella; cómo la hice vestirse de gitana imitando a Carmen y frotarse tabaco en el muslo como una cigarrera pornográfica, Sevilla, Sevilla -¿por qué te va a importar algo de esto a ti, Janice, si a mí me deja indiferente?-. Cómo celebré mis veinticuatro años, el 9 de julio de 1992, el aniversario del día en que tuve el deseo incontrolable de zambullirme en los ojos verdes de Amanda Camila; cómo me compré una entrada para ver el don Juan Tenorio en el Teatro Lope de Vega, la obra de Zorrilla donde el transgresor se salva al final por el amor de Inés, una monja -un desenlace falso y romántico que sustituye al que le dio Tirso a su rufián, que fue arrastrado hasta el Infierno por la estatua del Comendador-; cómo me fui al término de la representación jurando que ninguna mujer iba a salvarme a mí, a salvar el iceberg, a salvar a mis dos padres, por mucho que ambos me mandaran cartas entusiastas en que anunciaban que ya llegarían a Sevilla, ya vendrían a hacerme compañía. Cómo un día a principios de octubre partí a Praga a juntarme con Milagros y Cristóbal, que se estaban regalando la luna de miel que nunca se habían permitido disfrutar antes; cómo ellos fueron a ver el don Giovanni en la Opera donde se había estrenado esa obra por primera vez mientras yo, la misma noche, me fui a diez callejuelas de distancia a mirar la versión para títeres, una farsa bufonesca y satírica donde todos eran burlados y todos se salvaban. Cómo los tres arribamos en Sevilla -Sevilla, Janice, que un moro en el siglo trece describió como una ciudad cuyos habitantes eran los más frívolos de la tierra y los más aptos para la burla- y ahí estaba mi Amanda Camila, que todavía creía que era la hermana de Gabriel, el burlador. Importa acaso que, viéndola tan resplandeciente y tan pronta a perdonarme todo, casi cedí a la tentación de recomenzar una vez más, casi, casi, y esa misma tarde la llevé a una corrida de toros y observé a ese animal escarnecido al que iban matando lentamente, sangrando lentamente, y cómo yo, a diferencia de los otros cuarenta mil espectadores de la Real Maestranza que sacaban su pañuelo blanco exigiendo que tuviera una segunda oportunidad, de que se lo dejara vivir, cómo yo no quise perdonar a ese toro. Cómo yo lancé mi grito ritual de alegría cuando la espada perforó la joroba de esa espalda que temblaba de cólera y terror; cómo gocé el horror y la compasión de Amanda Camila. Necesitas saber cómo un día la acompañé al Archivo del Consejo de Indias para buscar alguna nota que Tomé

Hernández, el único sobreviviente de Puerto Hambre, hubiese podido dictarle a un escribano, algo sobre los onas, y cómo después paseamos por las calles de El Arenal y probamos tapas en cada bar de buena y mala muerte que hallamos como si tuviéramos la eternidad por delante; cómo la engañé yo para que creyera que disponíamos de esa eternidad, y cómo nos sentamos frente a la catedral y no permitimos que dos gitanas nos leyeran el futuro en las palmas de la mano. A la manera de dos hermanos, a la manera de dos amantes demasiado ancianos como para tener deseos carnales, aparentemente en paz, ella que creía que era posible enterrar el pasado y encarar el nuevo día que iba a amanecer.

Detalles, Janice, tantos días y detalles: cómo me despedí del mundo, del planeta entero, acá en Sevilla, un pabellón nacional diferente cada día hasta que agoté cada rincón del globo y podía irme de esta tierra, planificando todo para tener estos últimos tres días en que pudiera escribirte y mandar esta carta, la última tarea que me he impuesto antes de que se termine mi misión, que alguien lea mi historia después de que yo la haya completado, que tú despiertes algún día a mediados de octubre de 1992 en tu propia América del Norte, Janice, y encuentres en tu casilla de correo los trazos finales de mi existencia, la explicación de por qué partí, de por qué nunca te mandé ni un mensaje, de por qué nunca volverás a escuchar de mí.

Y no tengo más que contarte.

Se va terminando el día sobre el Guadalquivir y me está llamando la ciudad de don Juan.

¿Lo voy a hacer de verdad? ¿De verdad voy a matarme junto a las dos caras que me dieron origen hace veinticinco años atrás mientras la cara de mi madre, la eterna tercera cara femenina, contempla lo que estoy a punto de hacer y mientras la boca de Amanda Camila me ruega que no lo haga? ¿De veras voy a destruir ese iceberg al que di nacimiento?

Eso es algo que sólo yo sé y que tú pronto, muy pronto vas a llegar a descubrir.

Epílogo

Del 9 al 12 de octubre de 1992
-Io non morii, e non rimasi vi vo-.
(Ni morí ni quede vivo).

Ariosto, -Orlando Furioso-,
citado por Giacomo Casanova en su -Autobiografía-.

-Es sólo para el bien de aquellos sin esperanza alguna que la esperanza misma se nos ha dado-.

-Recientemente, en Zimbabwe... me contaron acerca de elefantes violentos que, separados de la manada, habían enloquecido después de presenciar la matanza de los elefantes matriarcas, aquellas hembras de mucha edad que contenían el conocimiento y la historia del territorio y de la tribu. Los elefantes reaccionan exactamente de la misma manera con que los jóvenes, sean hombres o mujeres, reaccionan ante la guerra o la desintegración de la comunidad; se vuelven paranoicos, virulentos y antisociales-.

Esto no lo estás haciendo bien, mi niño Gabriel.

No, no hablo de tu vida. Eso está más que claro. Hasta un idiota se daría cuenta de que te metiste en un embrollo del cual es difícil salir, que has hecho un lío descomunal de tu vida desde que yo no estoy cerca para ayudarte. No, de lo que hablo es de la cazuela.

He tratado de contactarte desde que me morí, mi niño, y ahora que finalmente lo he logrado, ¿qué es esto, qué es lo que veo?

Esa agua está a punto de hervir. ¿No te dije cien veces que el agua tiene que estar bien caliente pero que nunca la dejes hervir, justo el calor que asegure que va a ser fácil en unos minutos más desplumar la gallina? Bien. Así es la cosa. Como si pudieras oírme. Mi amigo, que se encuentra aquí, al ladito mismo, él jura que no puedes oír nada, -un carajo-, dice, porque es tan malhablado como lo eres tú, él cree que es inútil este intento de contactarte. Pero mire, Che, yo le digo, vea cómo Gabriel me escucha, está metiendo las gallinas en el agua caliente tal como yo le advertí que había que hacerlo.

-Usted se lo enseñó mientras estaba viva y ahora él recuerda sus instrucciones-, responde el Che. Mi amigo Che es un descreído, no cree en este empeño mío por salvarte. Está cooperando conmigo porque de hecho no tiene alternativa. Él sabe que vamos a estar encerrados los dos en este sitio por un tiempo largo, muy largo, y quiere que nos llevemos bien. Me tardó tres días -hablo del tiempo, por supuesto, como lo hacen los que siguen vivos en la tierra, Gabriel-

, tres días casi enteros para convencer a este señor Guevara de que tenía que secundarme en mi misión. Para que te ayudara. Sí, a ti te estoy hablando, a ti, Gabriel McKenzie, allá en ese pabellón chileno de Sevilla, el hijo de mi Milagros que se encuentra furiosamente desplumando a esas gallinas muertas, ¿ves que mi método es bien práctico y cómodo? Es ahora, mi niño, que tienes que tostar cada ave sobre un fuego lento -chamuscarle las púas que todavía quedan sobresaliendo de la piel, tal como se desbroza y quema la tierra después de la cosecha- y ahora este caballero Guevara por fin habla. -Como la barba incipiente de un hombre-, dice él, frotándose su escasa barba y yo me alegro de que haya decidido contribuir con ese comentario, aunque tal vez no te sorprenda saber que de cocina el tal Che no sabe ni una pizca, ni un poquito así, de las cosas domésticas. Tal vez sea mejor que te avise de inmediato que no concordamos en mucho, que digamos, con el Che, y en realidad, casi no estamos de acuerdo en nada, pero en lo siguiente los dos no tuvimos problema en coincidir: eres un gil, Gabriel McKenzie, Dios sabe que eso es verdad. Y una cosa más: los dos pensamos que no deberías matarte. Un alivio que el Che concuerde conmigo, porque si no, no podría venir yo en tu auxilio. Si de mí depende, no voy a dejar que esto termine en forma trágica, y en cuanto a él, bueno, está dispuesto a actuar como mi asistente, aunque de una forma desganada e incrédula, hasta el punto de que el tipo todavía no quiere creer, ni siquiera acá donde estamos, que Dios existe. -Ésta es una pesadilla-, dice, -de la que voy a tener que despertar. El Más Allá no puede ser esto, imposible-.

Vacilas ahora, Gabriel, miras por la pieza como si yo estuviera a tu lado mientras preparas la cazuela. Pero no me puedes ver. Apenas escucharme. El eco de mi eco. Podría confundirse mi soplo con una brisa, pero no te quepa duda, sí, soy yo, tu Nana.

Ahora te detienes por un segundo, ya lavaste y refregaste la piel de la gallina bajo el chorro de agua que sale de la canilla, pero ahora tus dedos abandonan la tarea de limpiar las tripas y la sangre -oye, no vayas a olvidarte de botar los interiores, el corazón y el hígado no sirven para la cazuela-, te quedas ahí embelesado, escuchando esta lánguida y lejana voz mía en tu interior. Te acuerdas de las voces que aullaban silenciosas bajo el viento de la Patagonia, el triste sonido del hielo que frotaba contra el otro hielo en la Bahía Paraíso, te preguntas por qué justo ahora me estás recordando, te preguntas si yo te he perdonado.

¿Qué me dirías si te respondiera que yo no tengo nada que perdonarte? No estás listo para aceptar esa posibilidad, Gabrielito, todavía no por lo menos, ni siquiera listo para admitir que me puedes oír: la culpa te está comiendo vivo. Mira cómo vas tronchando esa gallina con el cuchillo de cocina, rompiéndole el espinazo como si fuera tu propia espina dorsal la que estuvieras cercenando. No hagas eso. Cuando lo hiervas en el agua va a desarmarse y todos esos minúsculos huesitos pueden quedarse atascados en la garganta de los comensales. Ya te lo dije, te lo expliqué la primera vez que hice cazuela en tu presencia, vas a ver que es cierto que el espinazo le da a la sopa un sabor especial, tienes que dejarlo irse cocinando de a poco junto con el cogote de la gallina que acabas de matar. Le torciste el pescuezo sobre tu rodilla como si estuvieras ajusticiando a ese pobre animal más que matándolo, y yo encuentro que lo hiciste con excesiva violencia, ni siquiera pidiéndole permiso para quitarle

la vida. Pero fue finalmente una suerte que lo hayas hecho con tanto odio, porque eso fue lo que convenció al Che. Cuando vio tus manos estrangulando a esas pobres gallinas, me dijo, -Este niño lo va a hacer-, me dijo el Che, -este tonto de veras piensa matarse y matar a los otros también-.

Fue entonces que él aceptó participar en este intento para llegar hasta ti. Porque a mí me hacía falta que dijera que sí, este tipo Guevara, este señor Che tenía que dar su visto bueno.

¿Cómo es que estamos juntos? Bueno, te tendría que explicar algunas cosas acerca de cómo funciona este lugar, pero es muy poco lo que me permiten contar. Mis labios están sellados.

Sellados de verdad. No sellados como te lo prometí cuando tú me confesaste tus problemas. Tuve que contarle a esa sombra mía, Milagros. Te dije que sólo hablaría con mi sombra, así que de hecho no fue una mentira. Aquí no puedo mentir en absoluto. Está prohibido. Aunque no hay necesidad de prohibir nada porque de todos modos no podemos mentir, nadie lo puede hacer: cualquiera es capaz de leer lo que piensas en tu misma frente, brillando como alas a toda vista, así que ¿para qué intentar siquiera esconder las ideas o los planes? Si bien se nos permite guardar algunos secretos; seleccionamos algunas cosas bien íntimas que no necesitamos mostrar ni contarle a nadie. El Che no me exhibe su dolor, el dolor en esas manos que a él le... y yo, bueno, mientras menos hable de lo mío, mejor.

Pero no debes dejarme que te distraiga de tu tarea principal, que esa cazuela salga bien. Vas metiendo todas esas presas de ave en una olla con bastante agua, eso es, y cuando suelte el hervor, le vas agregando el pimentón, el comino, un pequeño atado de perejil, el orégano. Y no olvides la sal. No hay que cocinar todo eso por más de una hora, a un fuego no muy fuerte. No se te vayan a deshacer las presas. Y ese tiempo es justo lo que vas a precisar para preparar lo demás.

En cuanto a por qué estamos juntos, el Che y tu Nana: te lo debemos a ti. A esa conclusión hemos llegado, lo que le sugerí a él cuando preguntó -¿Y usted, quién demonios es usted?-, tan pronto como yo traspasé lo que podría denominarse un umbral o una puerta, su primer visitante en veinticinco años, esta vieja.

Me llamo Mercedes, le dije. Estaba choqueado, no había visto un alma desde que lo mataron, y justo resultó ser esta Nana la que vino a verlo. Me dieron ganas de estirar mi mano y tomarle la suya, pero a las autoridades de este sitio no les gusta eso de andarse tocando, prefieren que los residentes guarden sus distancias. Especialmente si se trata de alguien con quien uno va a pasar un buen rato encerrado.

-¿Mercedes qué?-, preguntó él.

Mercedes así nomás, respondí. Nunca uso mi apellido. Soy una Nana.

-Fue alguna vez una Nana-, el Che trató de corregirme.

No, le contesté con mucha firmeza, todavía soy una Nana. Uno nunca deja de ser una Nana si lo ha sido de verdad. Y mi niño está con problemas. Problemas serios.

Le conté que durante los últimos once meses -tiempo de la tierra, claro-, es decir, durante casi un año, desde que yo no había estado presente, le conté al Che, que me había pasado importunando a los encargados de ese lugar, los que administran esta Casa, que me pusieran como pareja a alguien que pudiera ayudar a mi niño, y los fastidié tan persistentemente, dijeron, que finalmente decidieron mandarme donde él. Ese hombre Guevara, él tiene que estar listo para recibir un visitante, dijeron, y me metieron a empellones en esta pieza donde él había aguantado la soledad desde su muerte, esperando, observando cómo el mundo enloquecía, dice él, -y justo me la mandaron a usted en el aniversario de los veinticinco años de mi asesinato-.

Tú eres lo que nos junta, niño Gabriel. Eso es lo que le expliqué al Che. El hecho de que estás a punto de cometer esta matanza estúpida en nuestro nombre, en mi nombre y en el suyo. El hecho de que no te puedo salvar sola. Eres un gil tan grande, hijo, que necesitas dos ángeles guardianes, porque con uno no te basta.

-Ese niño suyo es un desastre-, me dijo el Che apenas yo le conté tus problemas, -y todo por culpa suya, por no haberse rebelado, señora-, y yo tuve que contestarle: es tan niño suyo como mío, don Guevara. Cuando Gabriel llegó hasta mis brazos, usted ya había fracasado con él, le había armado un tete en la cabeza, Che, usted lo dejó confundido con tanta santidad que él no podía imitar, con ese afiche heroico suyo en la pared, toda esa cháchara de cómo de veras el Comandante no había muerto, y a raíz de ese intercambio nuestro, la verdad es que durante un buen rato no nos volvimos a hablar, el Che y yo. Pero después yo le cociné algo rico, un pastel de choclo le cociné, y mientras comíamos él me contó unas historias harto hermosas, me contó cómo había cruzado el continente entero en moto y acerca de las vidas destrozadas que encontró y cómo juró que no iba a descansar hasta que no hubiera más injusticia, que no había peor pecado que dejar que una vida se malgastara, y también me contó de los campesinos que había encontrado en la Sierra Maestra en sus tiempos de guerrillero. A mí me gustó la idea de que una Sierra fuera una maestra, que la sierra pudiera enseñar cosas, y a él le causó gracia lo que llamó mi ocurrencia, que Maestra en este caso significaba la-sierra más importante-, y yo dije: no hay nada más importante que una mujer que le enseña a los jóvenes, y eso también le gustó, así que volvimos a trabar una cierta amistad. Y fue en ese momento en que yo lo invité a que, entre los dos, nos pusiéramos a atisbar tus planes y preparativos. Presenciamos cómo fuiste escribiendo esa carta en esa máquina infernal a esa mujer Janice con que nunca hiciste el amor, y la verdad es que no pude evitarlo. Suspiré y se me salió una exclamación: ¡pero por Diosito que es gil mi niño Gabriel!, y el Che asintió con la cabeza y también dio un suspiro y fue ahí que le encajé la pregunta, ¿si acaso él pensaba que era posible hacer algo?

Los reglamentos que rigen este lugar determinaron que se puede susurrar mensajes hacia el otro lado, o hacer el intento por lo menos, si hay dos residentes que patrocinan esa tentativa de cruzar la frontera, y uno de los dos debe haber conocido personalmente al sujeto que sigue vivo en la tierra y el otro no puede

bajo ninguna circunstancia haber tenido contacto con ese ser y ni siquiera puede haber compartido con él o con ella ni un instante simultáneo en el planeta. Y el Che está calificado como potencial colaborador mío por la más leve de las circunstancias, puesto que murió justo antes de que fueras concebido, Gabriel.

Esos preceptos se establecieron, dicen, para asegurar que ninguno de los espíritus, si es que nos quieres llamar con ese nombre torpe, decida interferir en los asuntos mundanos por su propia cuenta: tienes que conseguir el auxilio de otro. Y te voy a decir, Gabriel, que es bastante difícil convencer a los viejos habitantes de este sitio a que intervengan. Yo he llevado mi caso a cuanta presencia he podido hallar bajo el sol y sobre el sol, Gabrielito, créeme que he estado muy ocupada. Apenas vi que habías partido en la dirección equivocada, me aproximé a un tipo llamado Ramsés II, un viejo malas pulgas -los rumores son que nunca ha ayudado a nadie en todos los milenios que se ha pasado por estos lugares, ni un sueño le había mandado a los vivos, y tampoco yo pude penetrar su indiferencia-. Ni siquiera registró mi presencia. Seguí procurando ayuda, me manifesté a cantidad de otras entidades mientras tú planeabas tu destrucción y te encontrabas con Max en el cerro y ansiabas suicidarte y te viniste a Sevilla, y cada intentona mía era respondida con un rechazo: ese Gabriel tuyo es un tarado, no vale el esfuerzo. Así que tengo que suponer que ahora tuve suerte. O la suerte la tienes tú. O así está planeado el asunto. Porque hay en este universo más planes que los tuyos, Gaby.

Sí. Ésas son las reglas, mi niño. Con tal de que uno no actúe, interfiera en la vida de alguien. Solamente estas voces, solamente estas palabras en tu interior, Gabriel, las que vas a atribuir, según el Che, a tu propia psicosis. Creo que ésa es la palabra que utilizó, estoy recibiendo una verdadera educación por estos lados, lo que nunca recibí en la tierra, todas estas palabras altisonantes. De todas maneras, el Che está seguro de que vas a interpretar lo que te está pasando por la cabeza como una fantasía. Y por ahí tiene razón. ¿Qué tipo de espíritu de ultratumba le recuerda a un ser vivo que corte las zanahorias en trozos después de haberlas pelado; qué tipo de voz espectral, dice el Che, se dedica a insistirle al receptor que rebane en cuatro pedazos la cebolla -eso mismo, que sean cuatro, y si lloras un poquito no te aflijas, mira que te va a hacer bien, mi niño- y luego se asegura de que el que cocina deslice cada sección en el agua para que flote y no se disgregue; qué voz de ultratumba le machaca que hay que tener cuidado con no sobrepasarse con las cebollas, mira que te pueden estropear la cazuela entera; quién creería que todo esto te viene del más allá? -¿Quién va a creer que un fantasma vendría desde tan lejos para brindar instrucciones de cocina-, se pregunta el Che, -cuando podría usted estar dedicada a destaparle las patas a un chancho burgués y hacerle miserable la noche?-

Usted me ayuda a mí, le respondo al Che, y yo lo ayudo a usted. Primero usted salva a mi niño, después nos concentramos en los chanchos burgueses, aunque yo no conozco esa raza de chanchos. Si mi Gabriel no está interesado en mi transmisión, puede apagar mi voz ahora mismo, como si yo fuera uno de los melodramones que tanto me gustaba oír en las tardes. Tal vez por eso es que quiero que tu historia termine bien, mi niño, que tu cuento culmine con lágrimas de felicidad. Pero eso realmente depende de ti. Si tu corazón no está abierto, estas palabras te van a resbalar como la mugre que cae de esos zapallos que estás frotando bien limpios, qué bien, hijito, así hay que hacer las cosas. -Ese idiota

pequeño burgués le cortó la transmisión hace rato-, dice el Che. -De todas las personas que podría rescatar, me tiene que tocar este McKenzie suyo. Débil y apolítico y sin moral. ¡Un gringo! ¡Un joven que desechó a la América Latina por los Estados Unidos!-

Se enoja así de vez en cuando, se encoleriza, y más rabia le da todavía cuando se acuerda de que tu rebelión anárquica -así la llama- la llevas a cabo en el nombre del mismo Che, que por vengarlo a él estás por matar a tu propio progenitor. Y no, no te voy a contar cuál de los dos, Barón o McKenzie es el verdadero; no te lo revelaría aunque las reglas me lo permitieran. Tal como tampoco te voy a divulgar, mi niño, mis secretos, mis cositas. Lo que no descubriste acerca de mi vida mientras yo vivía no te lo voy a difundir desde la muerte. Ni a ti, ni al Che, ni a nadie.

Como si importara tanto que sea ona o mapuche, si hice el amor o si fui virgen toda mi vida.

Mucho más urgente es recordarte, Gabriel, que te has olvidado del ajo. Anda, pronto, agrégalo. Es bueno para la memoria, ayuda al que se lo come, para limpiarle la mente, estar bien alerta. Y ahora la cabeza de ajo, sí, pon la cabeza entera, tal como te dije que lo hicieras.

Ve, le digo al Che. ¿Usted ve cómo nos hace caso, nos escucha?

Che hace un gesto de indiferencia con los hombros. Los dos contemplamos cómo arrojas las torrejas tan relucientes del pimentón en la olla, desaparecen en ese hervor. Puedes cocinarlo cuanto quieras y nunca va a perder su saborcillo ni su lozanía.

¿No te parece perfecto ese olor recio y picantoso que los pimentones tan verdes ofrecen al aire de una cocina? Y son tan hermosos, de manera que sirven para el gusto y también para decorar. Pero el Che no se alegra. Está triste, mi Che. Tengo ganas de darle un buen abrazo, acurrucarlo en mis brazos como lo hacía contigo, Gabriel. Él se pone melancólico cuando empieza a pensar en ese otro lugar, Bolivia, donde sus sueños no se cumplieron, donde gente con mi color de tez y mis ojos oscuros, vestidos esos campesinos con ropa vieja y desvencijada, lo vieron pasar por la selva y no se le unieron, hasta denunciaron su presencia, los indios, informaron a las autoridades. Él entregó su vida por ellos y a ellos no les importó para nada.

-Lo volvería a hacer-, dice. -¿Qué otra alternativa había?-, pregunta. -¿Dejarlos morirse? ¿Cerrar los ojos, vivir como si esa gente no existiera? Cómo les habría gustado a mis detractores que yo me hubiera pasado la vida como un triste médico en Buenos Aires, irme de este mundo sin haberlo modificado para nada. Sin importarme el dolor. Como su niño Gabriel-.

Y le da contra ti, mi niño. Aunque también me toca a mí.

Porque ahora dice el Che: -¿Ésa es alternativa? ¿Ser como usted, que le cocinó a una familia que nunca se dio el trabajo de conocerla de verdad? Que sólo se aprovecharon. Que siguieron viviendo después de que usted se murió como si

nada hubiera sucedido-.

¿Y usted, nunca tuvo una Nana?, le pregunto, sin dejar de tenerte a ti entre miras, Gabrielito, asegurarme de que has despuntado bien los porotos verdes.

-Tuve-, responde el Che. -Venía de Galicia, me crió. Mi mamá se despreocupaba, le gustaba quedarse sola por ahí, nadar le gustaba. Y también tuve una tía... Beatriz se llamaba, a ella la quise mucho-.

Pregúntele a su Nana, le digo, pregúntele lo que significa que un niño se te aferre al cuerpo, traerlo hasta este mundo no una vez, cuando nace, sino una y otra vez, tantas veces como haga falta en los muchos minutos y frutas del día, cocinar para que coma ese niño. Si usted le hubiera dado leche a los niños, si le diera la mamadera como yo hice con Milagros y Gabriel, si los hubiera despertado en las mañanas con un besito como yo hacía con Amandita, sí, creo que le hace falta preguntarle a su Nana cómo nos teje la mano de Dios. Pregúntele cómo andaría el mundo si todos tratáramos a nuestros semejantes así, de esa manera, todos como Nanas con los demás. Pregúntele.

-Si alguna vez me sueltan de acá-, respondió el Che, -y puedo encontrarla, ahí le voy a preguntar. Pero sólo si usted le pregunta a ese Dios con que tanto se llena la boca, que quién mató a su madre, señora, quién decretó que usted fuera la sirvienta y que otro fuera el patrón-.

Tal vez nos han colocado acá, juntos y revueltos, para aprender. Él había estado esperando hacía veinticinco años que alguien, cualquier persona, hiciera su aparición. Cuando entré hace tres días atrás, en el mismo momento en que tú te pusiste a redactar esa carta a esa niña gringa, bueno, mi Ernesto no pudo ocultar su disgusto. Al que esperaba era al tal Fidel, ese tipo que gobierna en Cuba. Quería alguien con quien pudiera discutir y conspirar por varias eternidades. -Y en vez de eso-, se queja, -después de un cuarto de siglo sin compañía de ninguna especie, dedicado día y noche a observar cómo el mundo se vuelve más avaro y globalizado y ni una cosa que yo pueda alterar desde acá, condenado a ver cómo transforman mi imagen en una tacita de té o una camiseta, a quién me mandan si no es a esta vieja. ¿Por qué usted, señora, de todos los posibles muertos del universo, justamente me tiene que corresponder usted?-

Tal vez es así como nos preparamos para la próxima etapa, nos reunimos primero acá y nos agarramos a fondo, como dos prisioneros en una celda, como un hombre y una mujer, como dos amigos del alma. Tal vez él sea mi novio por toda la eternidad, hasta que yo aprenda de él o él aprenda algo de mí. Al final de cuentas, cuando nos llegó la muerte, los dos estábamos solos, más solos que al nacer. ¿Quién sabe las razones más profundas?

Amantes, tal vez, convocados por su hijo perdido, por ti, Gabriel. Para que podamos avisarte que no nos gustan estos planes que has armado para destruirte y destruir el iceberg.

Y el Che, por si acaso, quiere que sepas que no hay un iceberg que desenchufar, que dinamitar. Sí, ya sé, ya sé, lo has visto, es el mismo destello

azul de hielo que presenciaste cuando lo desgajaron de las piernas de la Antártida, pero él insiste en que no es así. Dice que tiene buena información, inteligencia la llama el Che. Eso es lo más importante, tener una buena red de informantes. -Si yo hubiera sabido que me iban a emboscar en La Higuera...- De todas maneras, él sostiene que cuatro noches antes de la inauguración de la Expo allá por abril, se rompió el sistema de refrigeración. Cundió el pánico y trajeron a no sé cuántos expertos. El coso se estaba derritiendo frente a sus ojos. Cuando finalmente lograron arreglar el sistema, el iceberg estaba medio disuelto, lo que quedaba no era más que un charco triste, goteando hacia un desaguadero. Así que se buscaron hielo local, lo mezclaron con el núcleo antártico y con hielo que fletaron por aire desde Noruega hicieron un menjunje, un buen cocido, casi como una cazuela, niño Gabriel, y acudieron a un genio de la iluminación quien con sus luces imitó el efecto azulino transparente del original. A mí se me ocurre que el Che cuenta este episodio porque quiere que tú creas que no estarías haciendo volar más que a una ilusión, un espejismo, dice él, tan falso como la tumba de Colón que instalaron en la Catedral de Sevilla. Sólo estarías haciendo estallar agua española mezclada con unos racimos de hielo chileno y una escarcha traída del Polo Norte, hielo del papá Noél, lo llama el Che, riéndose, el Norte y el Sur por fin asociándose sin que haya ni un fotógrafo presente.

La verdad, te digo, es que no tengo la menor idea de lo que está hablando. Pero si eso te ayuda a detener la mano y guardar esa dinamita, bueno, bendito sea mi compañero Ernesto, se anotó un poroto. Está comenzando a pensar que podemos ganar esta batalla.

Está comenzando a ver todo este asunto como un desafío mayor, casi como una campaña, dice, en una guerra de guerrillas:

infiltrar el mundo, disparar un poco como francotirador, establecer un foco para rescatar un alma perdida. Claro que me alegra su entusiasmo creciente -que puede provenir del olorcillo de esa cazuela que flota por el aire con tanta delicia que incluso llega hasta este más acá de donde te contemplamos-, pero prefiero de todas maneras confiar en algo diferente para persuadirte. Digamos que finalmente no hagas estallar el iceberg.

Todavía no hemos solucionado el problema real: lo que hay en tu corazón, o más bien lo que falta, la ceguera que has mostrado a lo largo de tu vida a los caminos que podrías haber tomado. Si no atendemos a ese vacío en tu interior, da lo mismo si ese pedazo de hielo es real o es falso. No es más que eso. Un pedazo de hielo.

Así es que lo que necesitamos es un cambio de corazón. Y nos queda menos de una hora y media hasta la medianoche. Y lo único que tengo a mano es esa cazuela. Es mi única embajadora, el último puente que me queda. La cazuela es humana y vegetal y animal y líquida, comida que escogiste tú mismo, que te la enseñé a cocinar yo cuando aún vivía. La única manera de que comiences a ver lo que deberías haber estado viendo todo este tiempo y...

Aunque no es por esto que te estoy hablando. No te he contactado desde tan lejos con el mero propósito de retarte. Lo que no entiendes por tu propia cuenta, mi niño, es inútil que alguien te lo diga.

-¿Entonces por qué está usted malgastando nuestro tiempo?-, pregunta el Che repentinamente, otra vez escéptico.

Para abrirle un espacio a él, a nuestro Gabriel McKenzie. No podemos hacer más. Acompañar a los tontorrones de este mundo como podamos y que ellos traten de resolver sus problemas también como mejor puedan. Nada más que abrirle un pequeño espacio, un respiradero. Un espacio donde Dios pueda mostrarse. ¡Dios!, se burla el Che. Pero a él no tienes para qué escucharlo, ese Che tan incrédulo. Las cosas acá, le digo, podrían ser tanto peores.

-Sí-, me dice. -Podrían haberme forzado a ponerme una máscara de Ratón Mickey y hacer de guía a los que recién llegan, saludarlos en su primer día y asegurarles que tuvieron la mejor vida posible en el mejor de los universos posibles. Me pudieron haber castigado con ese tipo de mortificación. Peor: me podrían haber reencarnado en un multimillonario. En vez de eso, me metieron en este sitio para que pasara no sé cuánto tiempo con usted. Aunque usted, quiero que lo sepa, es buena gente-, dice el Che. -Un poco lameculos, un poco traidora a su propia clase, pero potencialidad no le falta, por ahí algo aprende-.

Gracias, digo yo. Usted también es buena gente. Aprecio que haya ofrecido su ayuda para salvar a un ser humano. Aunque no sea más que uno, eso es lo que digo. El que menos lo merece. El que está más allá de la redención.

El Che suspira. Piensa en los años que nos quedan por delante, a él y a mí. -La ilusión cristiana-, dice el Che.

No me importa cómo lo llame, digo. Aunque no sea más que uno.

Si usted no tiene en su corazón lugar para ese tipo de caridad...

Pero no tengo tiempo para estas discusiones, lo que precisa mi atención es lo que se está cocinando. Gaby, no puedes dejar de atender siempre a la olla, mira que las gallinas están casi a punto. Los porotos verdes --chauchas-, interpone el Che, -le decimos en la Argentina, en Cuba habichuelas-, y yo le pido que no me interrumpa, que a mi niño Gabriel yo le hablo en buen chileno-, esas leguminosas que le decimos porotos verdes tienen que entrar al hervido cuando todavía las gallinas no hayan terminado de cocinarse -échalos en tajaditas delgadas, cortaditas para que sus ojos puedan mirarse, y soy yo la que te miro desde esas formas almendradas, todos los muertos te miran desde los ojos de los porotitos verdes. Y ahora sería justamente el momento en que conviene agregar el arroz, aunque a mí me parece bien tu decisión, Gabriel, de no usar arroz esta noche. No eres pobre, no necesitas llenar diez barrigas con comida para alimentar a dos o tres. Cuando yo era niña, le poníamos harto arroz a la cazuela, pero siempre he pensado que el mundo perfecto sería un mundo donde el arroz se utilizaría para otros propósitos, y no para engañar a un estómago con hambre.

-Epa, mi vieja-, dice el Che, -ya está aprendiendo. Ya la vamos a transformar en revolucionaria, ya nos vamos para el monte los dos, ya...-.

Yo lo callo. Este hombre tiene que aprender a cerrar la boca cuando están

sucediendo cosas importantes, y esa olla ha estado al fuego hace una hora, en efecto, mi niño, y ahora es cuando hay que meter lo que no queremos que se cocine de más. Lo que has estado preparando en una olla que tienes aparte, tal como yo te lo mostré y expliqué, hirviendo por separado durante unos treinta minutos en un tantico de agua y algo de sal, las papas enteras y los pedazotes lindos del zapallo. Diosito; cómo me gustaba el zapallo cuando yo vivía, y veo que también lograste encontrar choclos, esas hermosas mazorcas que has limpiado dejando entreverse los granos amarillitos y relucientes.

-Todo eso proviene del Nuevo Mundo-, dice el Che. -Se da cuenta usted, lo que este muchacho cocina fue lo que los indios descubrieron, uno de sus muchos regalos a la humanidad. Su mocoso tan mimado podría agregarle unos tomates y ahí sí que todo sería perfecto-. Yo le digo al tal Che que no se meta en lo que no sabe, que la cazuela no lleva tomates, por mucho que sea una planta que nació a la luz del día en esta América nuestra.

-Cazuela-, dice el Che. -Ya voy comprendiendo. El encuentro de las gallinas y las zanahorias y las cebollas del Viejo Mundo con los vegetales y tubérculos del Mundo Nuevo, eso es lo que usted le está enseñando en forma secreta-.

Eso no es para nada lo que le estoy enseñando, le respondo.

Más bien algo tan simple como la alegría de cocinar para otro ser humano. Si Gabriel pudiera entender, si lo pudiera entender usted, don Ernesto Guevara de la Serna, entonces todos estaríamos más felices. Y con sus cavilaciones intelectuales casi ha desviado usted la atención de Gabriel, casi comete mi niño un error. Bien, mi amor, así se hace, le agregas ese poquito de agua en que se han estado cocinando las papas y el zapallo y el maíz, lentamente, dije que lentamente, y usando la tapa de la olla como colador, vacías el agua a la olla principal, esa grande donde esperan las gallinas. Y asegúrate de que los vegetales estén separados hasta el final, especialmente las papas -son tan egoístas las papas, codiciosas, les encanta absorber el gusto, disolver el regusto de lo demás, la verdad es que nunca han sabido comportarse estas papas-. ¿Pero nosotros les tenemos cariño de todas maneras, no es cierto?

-Las papas-, dice el Che. -Déjeme que le cuente algo acerca del descubrimiento de las papas, de cómo eso cambió la historia de Europa, cómo lo hizo el azúcar más tarde. Nunca podrían haber hecho una revolución industrial, si no hubiesen tenido a su disposición ese...-

Después, doctorcito Guevara, de eso hablamos después. Lo que queremos asegurar por ahora es que esa cazuela no sólo tenga el sabor del cielo sino que parezca algo celestial también, que se vea lo que se dice una maravilla. Porque Gabriel ha rayado unas zanahorias y las va friendo en aceite. Y ahora miras ese color naranja oscuro que tienes que añadir a la sopa, a última hora, eso sí, para que no se vea tan desmedrada. Hace muchos años atrás la gente pensaba que si parecía amarillo y grasoso eso era un signo de que aquello era saludable. Pero es mucho mejor si tiene ese color más profundo, sazonado. Me dan ganas de volver a vivir sólo para cucharear un poquitín, tomarle aunque fuera el saborcillo. No todas las ilusiones son malas, Gabriel. De vez en cuando no está mal inventarle cosas lindas a la gente, esconder algunas cosas oscuras y terribles, fingir que las

cosas son más bellas de lo que realmente son.

Así que ahora estás casi listo y puedes oír a los invitados en la pieza de al lado. Puedes escuchar las botellas de champaña destapándose a medida que avanza la hora del cumpleaños... y ahora es cuando tenemos que actuar.

Así que ahora estás casi listo y puedes oír a los invitados en la pieza de al lado. Puedes escuchar las botellas de champaña destapándose a medida que avanza la hora del cumpleaños... y ahora es cuando tenemos que actuar.

-Momento-, dice el Che. -Yo no sigo en esto, hasta que se me clarifiquen los objetivos finales políticos de esta acción, si el camino que ha tomado este joven no es contrarrevolucionario.

Porque quiero que se sepa que yo no he cambiado para nada mis ideas originales, ni un poquito así-.

Bueno, le respondo, si usted no ha cambiado sus ideas originales ni un poquito así, entonces es probable que también sea usted un poco gil. Pero tendrá usted muchas eternidades por delante para explicarme por qué me equivoco. Ahora tenemos un problema más inmediato. Parece que usted no entiende, don Che, que en menos de una hora Gabriel va a sacar el arma que ha metido de contrabando adentro de uno de esos tiestos vacíos y con pistola en mano va a amenazar a Cristóbal McKenzie y a Pablo Barón y va a aceptar la ayuda entusiasta de un sorprendido tío Pancho para atar a los dos amigos a sendas columnas del iceberg y enseguida va a echar un discurso en que invocará su nombre, Che, y quizá hasta el mío y luego mandará que Milagros y Amanda y los otros huéspedes partan y entonces va a prender la mecha y en un par de segundos habrán muerto los tres... y usted puede discutir sobre la política y la injusticia y la revolución cuando le traigan al Gabrielito acá a este sitio, va a disponer de todo el tiempo del otro mundo para persuadirlo de que debió haber tomado otro camino. Pero si no lo salvamos ahora, ahora mismo, nunca va a tener siquiera la oportunidad de descubrir ese otro camino. Así que por última vez... ¿está o no está dispuesto a ayudarme?

-Usted es la que manda, doña Mercedes-, dice el Che.

Por una vez, tiene razón. Soy la que mando.

Mire, le digo al Che, mi niño ya comienza a endulzarse, se le debilita la voluntad. Ni siquiera se da cuenta de lo que le está pasando, los alimentos le han estado hablando, cada papa le ha estado susurrando lo que significó dormir debajo de la tierra, cada mazorca de maíz le ha estado murmurando que debajo de todo hielo hay tierra, debajo de su hielo particular también tiene que haber algo así como tierra, el olor que flota desde la olla le ha estado conversa que te conversa.

Ahora es el momento crucial. Ahora Gabriel tiene que dejar que la cazuela se repose, que descanse un poco, se asiente como quien dice, antes de que se sirva. Si recuerda mis instrucciones, va a calentar los platos. Pero nunca jamás hay que hacer que los invitados coman las cosas muy calientes, cuando acaban de hervir.

Ahora es el momento, cuando no tiene nada que hacer con sus manos que esperar estos cinco, diez minutos. Amanda Camila entra y él le pide, ¡ay! con tanto cariño, como si amara el mero sonido de su nombre, ama tener ese nombre de ella en su boca, le pregunta si a ella no le importaría conducir a cada comensal a su puesto, que cada uno se siente a esa mesa que ha instalado frente al iceberg, que dentro de bien poco va a empezar a servir los platos con la cazuela de la Nana.

Sí, mi niño Gabriel, a ti te gustan las cosas bien calientes.

Incluso cuando eras niño siempre me exigías que te caldeara la leche un tantico más, más caliente, Nana, pero también existe la paciencia además del ardor, en este mundo, mi niño. Eso se lo he repetido al Che porque me parece que él tampoco practica mucho la virtud esta de la paciencia. Él también está excesivamente enamorado del calor y del fuego, pero él asintió con rapidez ante mi recriminación, murmuró algo acerca de las condiciones objetivas, que no tengo la menor idea de qué cosa podrán ser.

Pero esto sí que lo sé: no deberías comer la cena antes de que esté lista, no hay que empujar fuerte contra la realidad o la realidad va a empujarte con más fuerza de vuelta. Y además, necesitas darle a todas esas cosas maravillosas que cocinaste tiempo para conocerse en la quietud, no de la manera que uno se comunica en medio de un hervor agitado, sino más bien como cuando nos despedimos uno del otro si el viaje de la familia ha sido auspicioso y el viaje que se avecina se anuncia aún mejor, darse el tiempo para que uno le diga al otro: te veré dentro de poco en un plato, adentro de una boca, más adentro de una garganta, en medio de un estómago, te veré cuando los dos nos vayamos convirtiendo en energía. Cuando un hombre y una mujer me usen para hacer el amor esta misma noche. Yo estaré contigo, hermano zapallo, hermana zanahoria, cuando hagan el amor.

Sólo dura, debe durar, cinco o diez minutos este proceso de asentarse.

Justo el tiempo para un penúltimo descanso antes de que sirvas, tratando de que cada porción sea idéntica, como una madre con sus polluelos, tal como yo te enseñé aun antes de que supieras caminar.

Escucha lo que te dicen los alimentos, Gabriel. Te están susurrando que esto no puede terminar del modo en que lo planeaste. Miras la profundidad de la sopa y me ves, me ves cuando te traje a este mundo, cuando convencí a tu madre de que te diera nacimiento, cuando la navegué hacia los brazos de Cristóbal. Soy yo la responsable, finalmente, de tu existencia.

Y no te dejaré morir.

¿Me puedes escuchar?

Quieres garantías de que todo va a resultar bien, que si te permites esta tregua, si renuncias a tu juramento de hacer volar el mundo en mil pedazos, no te vas a encontrar triste y atribulado, burlado de nuevo por los dioses que rigen

tu destino.

Ésa es una garantía que no te puedo dar. La garantía de que vale la pena tener esperanza, que los esperanzados tendrán alguna recompensa.

¿Te volverás a juntar con Amanda Camila, lo querrá arriesgar ella, sientes que tienes la fuerza para subir esa cuesta? No lo sé ni te lo diría si lo supiera. ¿Seguirá tu madre con Cristóbal McKenzie, que tal vez sea o tal vez no sea tu padre, te amará si llega a dudar de que tú seas su hijo? ¿Podrá Pablo Barón guiar el país hacia el siglo veintiuno, será capaz de seguir amando y protegiendo a Amanda si descubre que es posible que ella no sea su hija? ¿Saldrás del pabellón mañana 12 de octubre, en el momento en que el día quiebra la noche y despunta, y te encontrarás con una mujer alta que camina hacia ti como si lo hiciera sobre el aire mismo y ella se aproximará a ti y te dirá -Soy Janice, te seguí la pista hasta acá en Sevilla y no necesito ninguna tonta carta tuya para entender que tenemos que empezar de nuevo tú y yo, vuélvete a los Estados Unidos conmigo, el mundo vuelve a nacer cada segundo una y otra vez, llegan unos a este planeta y otros se van-, ¿eso es lo que te espera? ¿Es tu futuro? ¿O no habrá señales de ella y en su lugar hallarás un mensaje de Oscar y Nano que tienen el dinero para invertir en tu revista y están prontos a meterse en ese negocio -una solución que el Che detesta con devoción, pero que entusiasmaría a muchos millones de habitantes de este globo? ¿O vas a avisarle muy cortésmente a Oscar y Nano que no aceptas su propuesta, porque prefieres retornar a Chile y buscar a Victoria y ofrecerle tu ayuda, aunque tengas que pelear a combos con Max y que él te dé una paliza, ofrecer tus servicios a Victoria, además de tu talento, ese cerebro tuyo tan sobrecargado, esas manos delicadas tuyas que tanto odias, con la esperanza -eres de sexo masculino, finalmente- de que alguna noche ella estará leyendo las palabras en esa pantalla por sobre tu hombro y los dos terminarán abrazados apasionadamente? ¿O es a la Patagonia adonde de veras quieres regresar, empezar a ver ese lugar, y la Antártida, ver todo eso de veras en vez de resbalar por la superficie de esa geografía y toda geografía en busca de tu propia imagen? ¿Llevar a ese iceberg, auténtico o falso, de vuelta a su madre, de vuelta a la Bahía del Paraíso? ¿Eso es lo que deseas? No lo sé. El Che no lo sabe o no quiere decirlo. ¿Cómo podemos adivinar nosotros el rumbo en que te llevará tu corazón humano? ¿Si no vas a vagar siempre, eternamente desterrado? Lo crucial es que ahora vas sirviendo la cazuela en los platos, cada uno esperando en una fila como buenos platos obedientes, el plato para Milagros y el plato para Amanda Camila y el plato para Cristóbal McKenzie y el plato para Pablo Barón y el plato para Polo y el plato para cada uno de los invitados, para Armando Jorquera y Jorge Larrea y tu tío Pancho, todos congregados acá en este final que yo quisiera que fuera también un comienzo, y finalmente una buena porción para ti, Gabriel McKenzie Gallardo. Me da esperanza de que te estés sirviendo a ti mismo esa cena que tú te cocinaste y que yo te enseñé y acabo de ayudarte a preparar -no, no va a borrar el pasado, el pasado está siempre cerquita aun cuando no lo recordemos-. No vas a deshacerte del pasado tan fácilmente, no, no es eso lo que te estoy prometiendo. Lo que te estoy prometiendo es que si colocas una presa de ave en cada plato, una linda papa, una tajada sustancial de zapallo, un tercio de una mazorca de maíz, si zambulles ese cucharón al fondo de la olla y aseguras que cada uno de los presentes -incluyéndote a ti mismo, ¡inclúyete entre los presentes!-, aseguras que todos los presentes tengan algunos vegetales, algunos porotos verdes, una muestra de cebolla, y si después y sólo en ese momento

repartes el caldo mismo, donde todos los ingredientes de la cazuela han depositado la mejor parte de sí, su esperanza, tal como ha ocurrido desde que la tierra se puso a amarnos lo suficiente como para alimentar nuestra vida, si haces todo esto, Gabriel, lo que te estoy prometiendo es que este plato va a tener sabor a cielo. Eso es todo lo que puedo prometer, y ni una garantía acerca de lo que puede pasar a partir de este momento. Podrías resbalar en una cáscara de plátano a la salida del pabellón y desnucarte y morir en un hospital en España como le sucedió a Colón o podrías tener una iluminación divina y comprender el único modo de salvar a la humanidad y convertirte en uno de los grandes hombres del próximo milenio, puede o puede no pasar, pero lo que sí te certifico es lo siguiente: si le añades un toquecito final de cilantro, si terminas la cazuela con una salpicadura de cilantro -sin abusar, sin excederte-, no tengo empacho en proclamar la siguiente promesa: que tu cazuela va a ser tan buena como cualquier comida que yo he cocinado en mis ochenta años.

Así que ahora estás listo.

Están reclamando tu presencia desde la otra pieza.

Amanda Camila y Cristóbal y Polo y Milagros y Pablo y Francisco.

Tu familia.

Vacilas. Te veo vacilar. Observas el fósforo en tu mano. La última vez que usaste un fósforo, de esa misma cajita, fue para prender el fuego con que ibas a cocinar la sopa que ahora debes presentar a los dos hombres que te hicieron, los dos hombres que hoy cumplen los cincuenta años.

Es el momento de la verdad, el momento del fuego. El momento en que vas a tener que decidir si lo que acabas de cocinar es la última cena de los primeros quinientos años de América o si es el primer desayuno nuestro de los próximos quinientos.

El Che y yo te miramos los ojos, tratamos de adivinar a partir de tu mirada lo que vas a hacer.

Éste es el momento que yo elijo para atravesar el espacio infinito que nos separa y tomarle al Che una de sus manos con mi mano. Sí. Una de sus manos.

Es la primera vez que alguien lo toca desde que murió, la primera vez que yo he tocado a otra persona. Está prohibido. No es lo que se estila por estos lados.

Háblale, Che, le digo. Deja que escuche tu voz además de la mía.

El Che te mira, Gabriel, te mira ahí parado frente a todos esos platos, el vapor de la comida montando hasta tus ojos, y entonces se pone a cantar, canta algo en una voz bien baja. Es en un idioma que yo nunca antes he escuchado. -Nonantzín-, canta, -ihcuac nimiquiz mitlecuilpan xinechtoca-. Y enseguida traduce:

-Madrecita, cuando yo me muera, entiérrame al lado de tu hogar y cuando

hagas tortillas sentada en la puerta, entonces ponte a llorar por mí. --Ihcuacu tiaz tetlazcalchihuac ompa nopampa xichoca--. Es en náhuatl-, susurra el Che. -El idioma de tus primos, los aztecas. Yo aprendí esa canción en México, de una mujer que murió de asma, murió porque no tenía medicina, no tuvo atención médica. Murió como mueren todas las madres del mundo.

Esto es lo que me dejó, esa canción, una canción de nuestros tiempos-. El Che tararea la melodía un poco más y luego sigue en esa voz profunda y triste suya: -Y si alguien viene y te pregunta, madrecita, -Nonantzín-, ¿por qué lloras? Dile que la madera está verde y que es el humo el que hace que tus ojos se llenen de lágrimas. Es el humo el que te hace llorar-.

Ahora el Che pone su cabeza en mi falda y yo se lo permito. Yo lo acuno suavemente. Mi niño, le digo, yo te voy a cuidar. Hasta el final de los tiempos.

Y entonces, juntos, nos ponemos a esperar, los dos, su mano quebrada en la mano mía, su cabeza en mi falda, esperamos tu decisión desde tan cerca y desde tan lejos, Gabriel McKenzie, esperamos como dos amantes a punto de dar nacimiento a una criatura, esperamos como si de esto dependiera el destino final del mundo.